



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

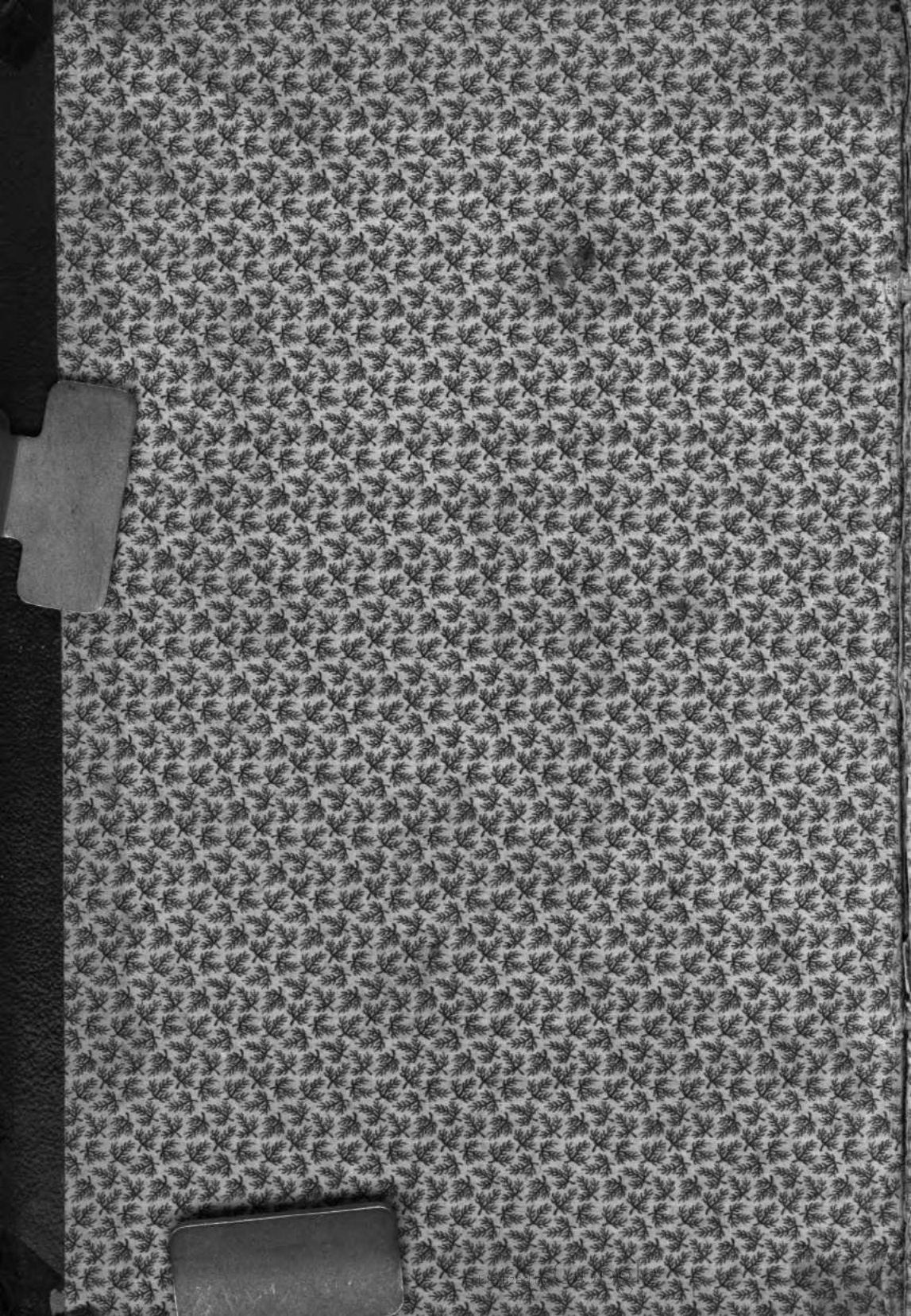
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

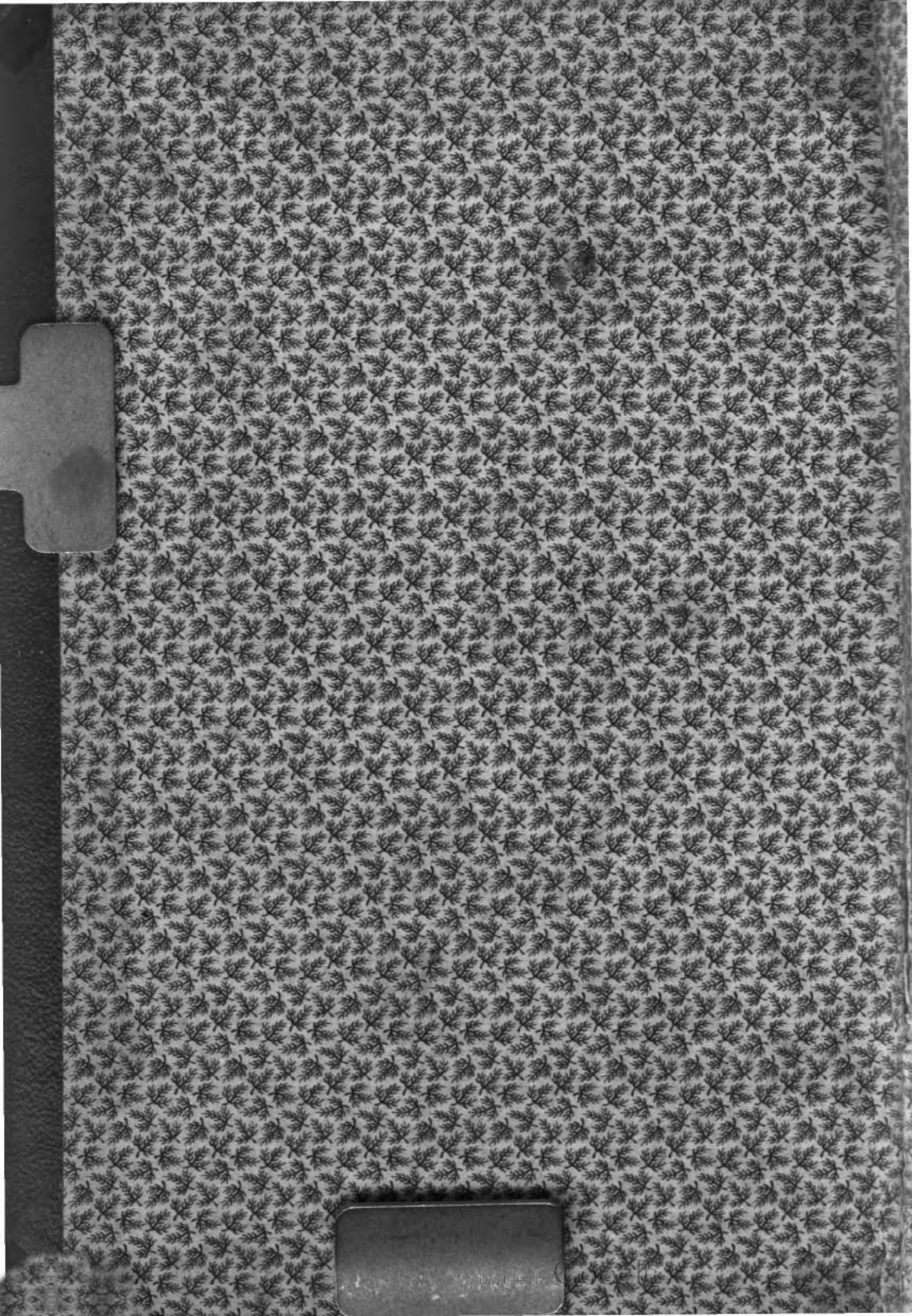






# *La Regencia y Luis Quince*

Alexandre Dumas



LA  
REGENCIA Y LUIS XV.



LA REGENCIA

Y

LUIS QUINCE.

NOVELA HISTÓRICA

FOR

ALEJANDRO DUMAS.



BARCELONA.

LIBRERIA DE ALOU HERMANOS, EDITORES,  
CALLE DEL HOSPITAL, NÚM. 94.

1863.

196324



---

BARCELONA :— Imprenta de Juan Viñals, calle de San Pablo n.º 59.— 1863.



## CAPÍTULO I.

Acababan de dar las siete de la noche del día 9 de setiembre de 1715, cuando un coche fúnebre seguido de algunos carruajes de luto, salía silenciosamente del palacio de Versalles.

Después de haber atravesado el bosque de Bolonia, penetró en la llanura de San Dionisio por escusados caminos y entró en la antigua basílica de Dagoberto. Aquel vehículo era portador de un cadáver que fué colocado en el piso bajo de la galería sepulcral en el lugar que su predecesor, admirado sin duda de tan larga espera, ocupaba hacía setenta y tres años. El cadáver que á su vez debía aguardar á su sucesor por espacio de cincuenta y nueve años, era el del rey Luis XIV.

¿Porqué los restos mortales de uno de los mas grandes reyes

que ha tenido la Francia tuvieron que seguir aquella desviada senda? ¿Porqué fueron privados de la pompa real? ¿Qué poderoso motivo obligaba á trasladar con tanto misterio aquel féretro á su último destino?

Porque la majestad de la muerte, por lo comun la mas poderosa de todas, era aquella vez tan insuficiente como la fuerza para librarle de las injurias del populacho.

En efecto, al esparcerse por Versalles la noticia del fallecimiento del rey, rebosaron de alegría los parisienses cual si sintiesen romperse una larga esclavitud; el pueblo por tanto tiempo desdichado, oprimido, arruinado, despreciado y casi aborrecido, entregóse á toda clase de regocijos. En vista de lo que ocurría declaró Monsieur de Argenson, teniente de policía, quien hizo inútiles esfuerzos para contener aquel torrente de impiedades, que de nada respondía si la comitiva mortuoria atravesaba la ciudad de París.

Hé aquí el motivo porque seguía esta, en su nocturna y misteriosa carrera, la senda que hemos indicado.

Sin embargo, nada perdió en ello el pueblo. Ávido de espectáculos y no habiendo presenciado por espacio de mucho tiempo sino el de las procesiones religiosas, juró no se le escaparía aquel. En su consecuencia, como los reales restos debían inevitablemente ser trasladados á San Dionisio, é ignorando el día que debían conducirse á su morada postrera, fuese á vivaquear desde el 6 de setiembre, en la llanura que separa París del panteon de sus reyes.

La comitiva apareció á las seis; pero cosa estraña, ningun príncipe de la familia real ni de los adoptivos, ninguno de los pares creados por aquel rey, ninguno en fin de los cortesanos acompañaban aquel pobre y aislado cadáver que parecía mas bien se le arrastraba hácia desconocidas gemonias que conducírsele á un sepulcro real.

El duque, jóven de 23 años, nieto del gran Condé, era el único que acompañaba el cadáver.





El Regente.

¿Sería acaso por cumplir con un acto de piedad ó querria tal vez estar seguro de que quedaba la tumba bien tapada?

Por otra parte, la multitud que poblaba toda la estension de la carrera y, cual si se hallára en alguna feria ó mercado, tenia allí fondas, juegos y danzantes, se hubiera quizás contenido en presencia de alguna pompa ó de algun dolor sincero y verdadero, al ver semejante aislamiento, comprendió que se le abandonaba el cadáver para que obrára á su antojo y se vengára de la opresion por el insulto.

El tumulto que durante la carrera habia acompañado la comitiva, aumentó considerablemente al llegar á las puertas de San Dionisio; queríase derribar el coche fúnebre y despedazar el cadáver y ataud; vióse la tropa precisada á intervenir. Un hombre asomó la cabeza por la portezuela de uno de los coches del séquito, exclamando: «No creía yo que el carnaval empezára en el mes de setiembre.» Otro rechazó á dos parisienses ébrios que rodaron por un fangoso hoyo, y se marchó diciendo:— «Sapos, esto os enseñará á cantar en la puesta del sol.»

En efecto, la turba cantaba; pero sus cánticos eran de Noche Buena, epigramas contra el rey y amenazas contra los jesuitas.

Cuando los cánticos del pueblo se dejan oír con tono tal, se parecen mucho á un rugido.

Al entrar en la basílica no se libró el cadáver de los insultos de aquellos miserables, y el dia siguiente seleia en los muros de la iglesia:

*En San Dionisio como en Versailles  
Véase sin corazon y sin entrañas.*

No les cupo mejor suerte á sus efigies, pues mutiláronse las estatuas de piedra y las de mármol; y la de bronce de la plaza

de las Victorias, que no pudo ser derribada, vióse adornada con la siguiente inscripcion:

*Su corazon fué como su estatua, de bronce.*

Los excesos duraron hasta el siguiente dia.

Dejemos al pueblo ahullando sus blasfemias contra su difunto monarca, ó mejor contra la monarquía, y veamos lo que Luis XIV dejaba en pos de sí.

Tres poderes muy distintos dejaba, de los cuales dos estaban íntimamente unidos.

Consistian estos en:

Madama de Maintenon quien, de dama pasó á ser esposa de Luis XIV, conforme hemos dicho ya.

MM. Du Maine y de Tolosa quienes de adulterinos bastardos fueron elevados á la categoría de príncipes adoptivos.

Y el duque de Orleans, heredero legítimo del trono en caso de estincion de la rama principal, representada por el jóven Luis XV, biznieto de Luis XIV, hijo segundo del duque de Borgoña. Nació en Fontainebleau el dia 15 de febrero de 1710, y era el último vástago de aquella rica descendencia que, aterrizado había visto el rey desaparecer uno tras otro bajo la implacable autoridad de la muerte.

Los dos poderes unidos y cuyo objeto era el mismo, se componian, pues, de Madama de Maintenon y los príncipes adoptivos.

Era su objeto confiar las riendas del Estado en manos de M. du Maine á fin de que Madama de Maintenon continuára ejerciendo bajo la regencia de su discípulo favorito, la influencia que Luis XIV le permitiera tomar en los asuntos políticos y religiosos durante los últimos años de su reinado.

El duque de Orleans por el contrario, queria sostener la prerrogativa de su categoría, reclamar con la regencia la direccion

de la educacion real , y cónservando sano y salvo al príncipe hasta el día de su mayoría , contestar perentoriamente á las calumnias esparcidas contra él por sus enemigos en la desastrosa muerte del gran Delfín y de los príncipes hijos y nietos suyos.

La causa del duque de Orleans era tambien la de toda la nobleza de Francia, pues se creia insultada por los inauditos privilegios concedidos por Luis XIV á los príncipes adoptivos , á quienes habia hecho preceder á los duques y pares, llamándoles á la sucesion al trono en caso de estincion de la rama principal.

De esta manera M. du Maine, bastardo y adulterino, privaba al duque de Orleans, heredero legítimo en el órden de la sucesion ordinaria.

Digamos algo de los personajes cuyos nombres acabamos de citar, indicando sus preteñiones y descubriendo su objeto.

En nuestra historia de Luis XIV , dijimos tocante á Francisco de Aubigné , todo cuanto teníamos que decir de él ; la hicimos seguir de su estraña fortuna desde su nacimiento en las prisiones de la Conserjería de Niort , el día 27 de noviembre de 1635, hasta su salida de Versalles y su entrada en San Ciro el 30 de agosto de 1715. Quanto relataríamos aquí no seria , pues , mas que repetir lo que se ha dicho.

Hemos explicado de que manera el duque du Maine , habia abandonado completamente el partido de su madre , para unirse al de madama de Maintenon , su rival. Nació el día 31 de marzo de 1694 , fué apellidado Borbon lo propio que su hermano en 1673, elevósele á la primera categoría del Estado con los príncipes de la familia real en 1694 , y en 1714 , llámósele á suceder al trono de Francia en falta de príncipe de la familia real.

No hay de que admirarse de tal ingratitud ; no tenia el duque ninguna virtud verdadera , hasta estaba dispuesto á sacrificar á sus intereses la apariencia de las que aparentaba tener.



Es preciso ver su retrato en Saint-Simon , el gran pintor del siglo XVIII.

El duque du Maine tenia génio , né como un ángel , pero si como un demonio al cual se parecia en malignidad y perversidades.

El dia 19 de marzo de 1692, casó con Ana Luisa Benedicta de Borbon , nieta del gran Condé. Cualquiera otra mujer habria tal vez contenido ese peligroso carácter , pero la orgullosa princesa procuraba al contrario aumentar continuamente la ambicion de su esposo.

Con no menos talento que el duque , Luisa de Borbon andaba con muy diferente marcha , tenia un valor escetivo , era emprendedora , audaz y violenta , veia solo la pasion presente é indignábanle las subterráneas medidas de su esposo , á las cuales llamaba ella *miserias* y *flaquezas* ; reprendíale el honor que le dispensára al darle su mano , empequeñecíale ante ella , volvíale flexible y empujábale , esperando sin cesar comunicar su voluntad á aquella organizacion pobre y miserable.

M. du Maine era de agradable figura , su estatura mediana y bastante bien hecho , pero cojeaba á consecuencia de una caída que sufrió en su infancia.

Madama du Maine distaba mucho de ser bonita , sin embargo dábale cierto atractivo su viveza ; pero se la titulaba la enana , á causa de su estatura estremadamente baja , pues alcanzaba apenas cuatro piés.

El conde de Tolosa , al contrario de su hermano , era el honor , la virtud , la rectitud ; la equidad personificadas. Acogia á las gentes del modo tan galante como podia permitírsele su natural flemático , tenia cierto valor y verdaderos deseos de ser útil al rey ó á la Francia , pero con vias rectas y honrados medios ; poco ingenioso , reemplazaba en él un sentido recto , aquella fuerza de imaginacion que su hermano mayor heredára , á la que llamaban

el génio de los Mortemart. Por otra parte , se habia consagrado á la marina y comercio , ramos que sabia con perfeccion.

Casó con la señorita María de Noailles, de quien se ha ocupado poco la historia , y haremos nosotros otro tanto.

Uníanse naturalmente al partido de los príncipes adoptivos , los demás hijos bastardos de Luis XIV, esto es , la señorita de Blois, casada con el príncipe de Contí , quien falleció en 1683 , y á quien llamaban la princesa donairiere (1).

La señorita de Nantes , que casó con el duque de Borbon, apellidada la señora duquesa.

Y la señorita de Blois, casada con el duque de Orleans , quien mas tarde fué regente.

Felipe II , duque de Orleans , habia nacido en Saint-Cloud el día 4 de agosto de 1774.

Su madre , Carlota Elisabet de Baviera , conocida con el nombre de princesa Palatina , decia al hablar de ese príncipe :

— Fueron las hadas convidadas á mi parto y habiendo cada una de ellas dotado á mi hijo de un talento, les reunió todos. Por desgracia olvidóse convidar á una que , habiendo sido la última en llegar , dijo : tendrá todos los talentos, escepto el de hacer de ellos buen uso.

Alcanzado que habia la edad de 41 años , en el momento en que abrimos este nuevo período de la historia de Francia , tenia el duque de Orleans un rostro agradable , aunque tostado por el sol de Italia y de España, era su fisonomía atractiva, á pesar de que sus poco agraciados ojos le hicieran aparentar vizco, su talle mediano y sin embargo esbelto bien que gordo. Sus réplicas eran prontas , justas y alegres. Sus primeros fallos seguros , solo la reflexion les hacía indecisos ; era su demostracion tan lucida

---

(1) Viuda que goza de los bienes ó rentas que le señaló el marido en las capitulaciones matrimoniales.

que presentaba claras las cosas mas abstractas de la ciencia , de la política , del gobierno y de la hacienda. Éranle familiares todas las artes , era buen pintor , buen músico , escelente químico y hábil mecánico. Al oírle hablar, habríasele tenido por persona de vasta instruccion y sin embargo no era así, pues únicamente tenia una escelente memoria. Como dice Saint-Simon , habia heredado en pleno de su padre , el valor de sus pasados, lo cual motivaba que llegára casi á dudar del de los demás.

El duque de Orleans tenia escasamente diez y siete años cuando le casó el rey con su hija, la señorita de Blois. Amaba á Madama de Borbon y accedió á este enlace con suma repugnancia. Habíasele amenazado , en caso negativo , con un encierro en el castillo de Villers-Cotteret , y sin embargo se oponía á él ; solo Dubois pudo decidirle. Ya sabemos que en el momento en que acababa de empeñar su palabra con el rey , la princesa Palatina , alimentada con las tradiciones de la aristocracia alemana, recibió esta declaracion como un desaire.

No fué feliz ese enlace ; el duque de Orleans se habia casado contra su voluntad y la señorita de Blois sin afeccion alguna, creyendo haber honrado al duque al darle su mano. Por mas esfuerzos que hiciera para ocultarlo , no podia contener ciertas impertinencias que hubiera querido disimular en el instante mismo en que las pronunciaba , y sin embargo las dejaba escapar continuamente.

La duquesa de Orleans era alta sin majestad, hermosos su cuello, ojos y brazos , su boca bastante bien hecha , sus dientes algo largos y bellos , sus mejillas , que acicalaba desmesuradamente, eran muy anchas y colgantes ; á pesar de sus bellos párpados y sus castaños cuanto bien peinados cabellos ; desfigurábanla sus despobladas cejas , cuyas rojas manchas reemplazaban el ausente pelo ; á consecuencia de las viruelas , tenia trémula cual vieja la cabeza ; sin que fuera jorobada ni contrahecha, tenia un cos-

tado mas abultado que el otro ; perezosa en extremo , permanecia mucho tiempo tendida ya en la cama , ya en un canapé , comia casi siempre acostada y rara vez contaba con otros convidados que Luisa Adelaida de Damas Thiange , duquesa de Sforce , sobrina de Madama de Montespan , y por consiguiente prima hermana suya . Habia empezado á dar algunos motivos de queja á su marido , mirando con demasiada benevolencia al caballero de Roye , mas tarde marques de La Rochefoucault , lo cual no impidió su odio contra el duque de Orleans por todas sus infidelidades en cambio de la que tenia intencion de cometer ; y no era seguramente por celos , sino por despecho á causa de que no la adoraba y servia como á una divinidad .

De este extraño y mal encajado enlace , habian nacido ó debian nacer siete hijos : un varon y seis hembras .

Era el primero Luis de Orleans .

Las seis hembras eran , la mayor , Maria Luisa , quien casó con el duque de Berry , viuda tres años habia .

La segunda , Luisa Adelaida de Chartres , quien debia ser abadesa de Chelles .

La tercera , Carlota Aglaé de Valois , quien debia casar con el duque de Módena .

La cuarta , Luisa Elisabet de Montpensier , que habia de enlazarse con D. Luis , príncipe de Asturias .

La quinta , Felipa Elisabet Carlota , condesa de Beaujolais , desposada en 1721 con el hijo segundo del rey de España .

La sesta , en fin , Luisa Diana , quien debia casarse con el príncipe de Conti .

Tenia además tres hijos bastardos : dos varones y una hembra , de los que solo adoptó uno .

Llamóse el caballero de Orleans , fué general de las galeras y gran prior de Francia ; era hijo de la señorita de Sery , mas tarde condesa de Argenson

Eran los otros dos, el abate de San Albino<sup>3</sup>, hijo de la Florencia, bailarina de la Opera, y una niña de la señorita Desmareti, actriz de la comedia francesa.

El duque de Orleans no tenia por legítimo mas que al caballero de Orleans, por cuyo motivo le reconoció.

En cuanto á los otros dos nada quiso oír hablar, á pesar de sus instancias.

Ahora que tenemos ya en escena á nuestros principales actores, levantemos el telon y veámosles representar cada uno en su respectivo papel, en esa gran comedia titulada la *Regencia*.



## CAPÍTULO II.



Durante los tres últimos días de la enfermedad del rey, los salones del duque de Orleans se habian vaciado y llenado, segun las alternativas buenas ó malas del ilustre enfermo.

Además de la noticia del fallecimiento de Luis XIV, giraba la conversacion de sus salones sobre las últimas escentricidades del príncipe de Contí, casado con una princesa de Condé.

Ente singular era tanto en lo físico como en lo moral, monseñor Luis Armando, príncipe de Contí, cuyas escentricidades, como diríamos hoy dia, motivaban alternativamente las alegrías y terrores de la córte.

Era de baja estatura y en extremo contrahecho, su rostro pasadero, pero repugnante el resto de su figura. Dábale su continúa distraccion cierto estraviado aspecto muy poco tranquilizador para quien conocia su carácter.

Su esposa, dice la princesa Palatina, era una hechicera criatura que hacía alarde de su belleza.

El príncipe de Contí no habia amado mas que á su madre, la señorita de Blois, hija de la señorita de La Valliere, á quien llamaban la gran princesa de Contí, y con todo madre é hijo estaban en continúa disputa. En un momento de rabieta, determinó la

gran princesa hacer construir una casa apartada del palacio de su hijo , á cuyo objeto empleó los obreros necesarios ; pero desgraciadamente no estaban aun llenos los cimientos cuando se reconcilió con su mago , segun ella le llamaba , y despidió á los operarios. Sin embargo la tranquilidad era poco duradera en la casa de Contí. Sobrevino una nueva contienda á consecuencia de la cual se emplearon de nuevo á los operarios ; pasaba ya á ser costumbre que se les llamaba á cada cuestion que entre ellos mediase, de suerte que con solo inspeccionar las obras , se podia estar fácilmente al corriente de las relaciones mas ó menos amistosas de la gran princesa y su hijo : si adelantaba en construccion la casa, era prueba de que estaban como perro y gato ; si por el contrario permanecian paralizados los trabajos , era su causa el reinar la mayor armonía en el interior filial y materno.

\* A mas de esos defectos , otro mas grave tenia el príncipe de Contí el cual hubiera amenazado extinguir la raza de los Condé-Contí á no haber habido otros varones ; no podemos menos de dejar adivinar ese defecto que sin embargo no le impedia el ser celoso de su esposa y frecuentar constantemente las casas de dudosas costumbres.

A consecuencia de una visita en uno de los parajes que acabamos de indicar , se estaba amenizando secretamente la de pésame que los cortesanos hacian á Felipe II durante la noche de 1.º de setiembre de 1715.

El dia siguiente debia tener lugar la sesion del Parlamento que habia de decidir la validez del testamento de Luis XIV.

El futuro regente estaba en camino de comprar la regencia.

El primer presidente, du Mesme era todo de Madama de Maintenon , por cuyo motivo no habia esperanzas de ganarle.

M. de Guiche era considerado como muy unido á los bastardos. Coronel de guardias franceses y hombre importante , habia recibido seiscientas mil libras y respondido de su gente.

Los simples guardias debian ocupar secretamente el palacio, mientras que los oficiales con los soldados escogidos, pero sin uniforme, se esparcirian por la sala.

Por lo que toca á los presidentes Maison y Lepelletier, eran adictos al duque de Orleans; llamábales el príncipe sus favoritos.

Érale afecto de Aguesseau, y Joly-de-Fleury le habia prometido hablar en su favor.

Los jóvenes consejeros no debian titubear entre la rancia (así llamaban á Madama de Maintenon) y el duque de Orleans; ni resistir los antiguos al derecho de amonestar que se les prometia devolver.

En fin, los duques y pares debian ser seducidos por la prerogativa, que se les prometia conceder definitivamente de permanecer cubiertos mientras el primer presidente les pediria su voto.

A causa sin duda del antiguo rencor que conservaba el rey al duque de Orleans, con motivo de su fingido amor por la reina, España, amenazaba por el órgano del príncipe de Cellamare, no reconocer la regencia de aquel, pero lord Stairs se habia obligado á reconocerla en nombre de Inglaterra, y durante la sesion consentia el embajador en mostrarse en una tribuna con el abate Dubois.

Lord Stairs era bien querido en la córte del difunto rey, debiéndolo á un hecho demasiado característico para que no le demos á conocer.

Decíase un dia á Luis XIV que lord Stairs era, entre todos los diplomáticos, el que sabia tal vez mejor el respecto que se debia á las testas coronadas.

— Ya lo veré, dijo Luis XIV.

Aquella misma noche debia subir al coche del rey.

Llegado que hubo al estribo del carruaje y mientras estaba con el sombrero en la mano, aguardando humildemente á que el rey se colocara:

— Subid, M. Stairs, dijo resueltamente Luis XIV.



Lord Stairs tomó al momento la delantera y fué el primero en subir.

— Tenian razon , caballero , dijo Luis XIV; sois el hombre mas cortés que yo conozco.

Ya se comprenderá que esta cortesía consistia en obedecer al rey sin titubear por raro que fuera ver á un hombre que precedia Luis XIV y era el primero en subir á su coche.

Lord Stairs sabia obedecer sin réplica por inesperada , estraña ó inaudita que fuera la órden. Fué , pues , desde aquel instante , á los ojos del gran rey , el hombre mas cortés de Europa.

Podrán las anécdotas separarnos algunas veces de nuestra relacion , pero no de nuestro objeto , la historia de *La Regencia* no es en realidad sino una coleccion de ellas.

El duque de Orleans tomaba sus disposiciones para el siguiente dia , ora conversando á derecha é izquierda , comprando á M. de Guiche , acariciando á MM. de Aguesseau y Joly-de-Fleury , ora ápretando la mano á lord Stairs , maltratando al príncipe de Conti , buscando con la vista al jóven duque de Fronsac , quien era ya una autoridad , ora en fin cambiando en voz baja algunas palabras con M. de Saint-Simon.

Pasó parte de la noche en su gabinete con el cardenal de Noailles , quien habia sido encargado de entregar á los jesuitas el corazon del difunto rey , y les dijo al entregárselo :

—Padres mios , poseed este corazon que os ha honrado constantemente con su amistad y confianza , ya que tan tiernamente os amó el gran rey cuya muerte lloramos.

Las últimas medidas tomadas para el dia siguiente , lo habian sido con el cardenal.

Llegó por fin aquel tan deseado dia , el cual halló al duque perfectamente dispuesto para la lucha que iba á tener lugar.

A las ocho de la mañana estaba el Parlamento reunido bajo la presidencia de Juan Antonio Mesmes.

Leyóse la carta cerrada y sellada con el real sello por la que se anunciaba oficialmente el fallecimiento de Luis XIV.

El duque de Orleans fué luego introducido con todos los honores debidos á un infante de Francia (1).

Un momento despues entró el duque du Maine, seguido del conde de Tolosa.

El de Orleans atravesó á su vez el estrado, y fué á colocarse en lugar preferente.

Al pasar por delante de M. de Guiche mostróle este su gente.

Al tomar asiento entre los duques y pares, hízole una seña M. de Saint-Simon.

Al entrar, saludóle respetuosamente lord Stairs desde la tribuna, en donde podia divisarse detrás suyo, en la penumbra, el gesticulante rostro del abate Dubois.

Conforme se vé, estaba cada cual en su puesto.

Empeñóse la batalla por medio de un discurso del primer presidente.

Ya se tiene conocimiento de esta memorable sesion en la que se destruyó en algunas horas, piedra por piedra, el edificio tan laboriosamente levantado, en diez años de paciencia é hipocresía, por Madama de Maintenon, el padre Le Tellier y los bastardos. Testamento y codicilo fueron destruidos, como lo habia previsto Luis XIV. —Somos omnipotentes mientras vivimos, habia dicho el gran rey; una vez muertos, somos menos que simples particulares.

La autoridad política fué confiada al duque de Orleans, lo propio que la militar. Solo habia de ser presidente del consejo de regencia y fué nombrado regente; debia darse el mando de las tropas de la real casa á M. du Maine y se dió á Felipe II; debia ese disponer de los empleos, beneficios y cargos del Estado, y ese pri-

---

(1) Calificacion que se daba á los principes franceses.

vilegio le heredó el duque de Orleans. Tuvo este además la facultad de formar el consejo de regencia del modo que mejor le pareciera y cualesquiera otros inferiores que tuviera á bien establecer. El duque du Maine conservó únicamente la superintendencia de la educacion real.

En cuanto al de Borbon, que no debia ser admitido en el consejo de regencia hasta la edad de 24 años, pidió el de Orleans su inmediata admision, y la obtuvo.

Los artículos del testamento por los que se conferia al mariscal de Villeroy, el título de ayo del jóven rey Luis XV, y el de su aya á la duquesa de Ventadour, fueron los únicos que se observaron.

Por lo demás, nada de particular tenia la conservacion de estas disposiciones con respecto á la duquesa de Ventadour; pues no podia destituirse á la aya del rey sin formacion de causa, porque estaba revestida de un cargo de la corona.

El ayo tenia un solo encargo.

Apenas circuló por París el primer decreto del Parlamento, cuando se manifestó abiertamente la alegría. El duque de Orleans era lo venidero, es decir, lo desconocido; porque lo desconocido es la esperanza, así lo ha querido Dios para bien de la humanidad. El duque du Maine era lo pasado, esto es, Madama de Maintenon y el Padre Le Tellier, eran los desastres de la guerra de sucesion, el hambre sombría y la mustia tristeza; lo pasado, en fin era la muerte y lo venidero la vida.

Un segundo decreto del Parlamento, del dia 12, confirmó el primero. El jóven rey asistió á esta segunda sesion, en brazos de su aya, y pronunció un discurso de tres líneas.

—Señores, dijo con su armoniosa vocecita, he venido aquí para afirmaros mi afeccion. Mi canciller os espresará mi voluntad.

Estas fueron las primeras palabras políticas que S. M. pronunció; y fuéronle satisfechas en dulces por su aya.

Las últimas le fueron pagadas en maldiciones por la Francia.

Una de las particularidades de ese hecho de justicia , dice el diario histórico del reinado de Luis XV , por M. de Levi , presidente del tribunal de hacienda , fué que asistió á él la duquesa de Ventadour, sentada bajo el trono de S. M., preferencia que á ninguna mujer se habia concedido hasta entonces y de que se hubiera vista privada á haber habido reina regente para acompañar ella misma al rey, su hijo , á esa augusta funcion.

Pronunciado el segundo decreto , no quedaba ya esperanza alguna á los príncipes adoptivos.

M. de Tolosa sin ambicion lo mismo antes que despues , volvió á sus cacerías en los bosques de Rambouillet, en donde su esposa, igualmente sin ambicion , le recibió con su habitual sonrisa.

M. du Maine, débil como siempre y avergonzado de su flojedad, volvióse á encerrar en Sceaux, con objeto de acabar la traduccion de Lucrecio.

— Caballero , le dijo su esposa al recibirle , gracias á vuestra cobardía, el duque de Orleans es dueño del reino, y vos, con vuestro Lucrecio, no llegareis tan solo á ser académico.

Recibido que hubo las felicitaciones de sus amigos , corrió el duque de Orleans á hacer una visita á Madama de Maintenon , su antigua adversaria quien le recibió con fingida humildad.

Iba á anunciarle que continuaria satisfaciéndole la pension señalada por el difunto rey, y como le diera por ello las gracias:

— No hago mas que cumplir con mi deber, respondió el duque, ya sabeis lo que me ha sido prescrito y no pretendo faltar; además mi aprecio para con vos me hace igualmente obrar así.

Al siguiente dia, Madama de Maintenon escribió las siguientes líneas á Madama de Caylus:

« Desearia con todo mi corazon que vuestro estado fuese tan feliz como el mio. Me he retirado del mundo que no me gustaba, y estoy en el mas amable retiro. »

Este fué el primer suspiro que se oyó exhalar desde San Ciro, pues Madama de Maintenon estaba en estado agonizante.

Durante esto, ocupábase el duque de Orleans en organizar un consejo de regencia, el cual permanecía tal como lo habia indicado el difunto rey.

A mas de este consejo, creaba aun otros seis.

Uno de negocios estrangeros, presidido por el mariscal de Uxelles.

Otro de guerra, presidido por el de Villars.

Otro de hacienda, presidido por el duque de Noailles.

Otro de marina, presidido por el mariscal de Estrées.

Otro de estado, presidido por el duque de Antin.

Y otro inquisitorial presidido por el cardenal de Noailles.

Creados que fueron estos, se ocupó en cumplir las obligaciones contraidas, cosa rara por parte de los que suben al poder.

El parlamento tuvo el derecho de amonestar que se le habia quitado en el reinado de Luis XIV.

M. du Mesmes, primer presidente, quien de partidario del duque du Maine, pasó á serlo, en debido tiempo, del de Orleans, fué nombrado gran maestro de puentes y calzadas del reino, cargo que fué creado por él y debia morir consigo mismo.

Joly-de-Fleury y de Aguesseau entraron en el consejo inquisitorial.

El marqués de Ruffé, teniente general de los reales ejércitos, fué nombrado sub-gobernador de S. M.

El de Asfeld fué miembro del consejo de guerra y nombrado inspector general de fortificaciones.

Al de Simiane se le nombró teniente general del rey en Provenza.

Al abate de Fleury, autor de la Historia Eclesiástica, se le nombró confesor del rey.

Aunque este último nombramiento fuera una prebenda, porque

el agosto penitente contaba solamente la edad de cinco años , no por esto dejaba de tener su significacion. Desde Enrique IV, este destino habia sido constantemente desempeñado por jesuitas.

Al verse privado de su cargo, preguntó el Padre Le Tellier cual era su actual destino.

— No es cosa que me corresponde, dijo el príncipe, preguntadlo á vuestros superiores.

En cuanto á la órden que Luis XIV dió en su lecho de muerte, de que se condujera al jóven rey á Vincennes , con motivo de la salubridad del aire, lejos de hallar en ello el regente inconveniente alguno, encontrándose mas cerca de París que de Versalles , y siendo París el centro de sus negocios, y mayormente de sus placeres, veia en eso una facilidad para él.

Sin embargo los médicos de cámara, probablemente por motivos de comodidad personal , declararon el aire de Versalles tan puro como cualquiera otro , y el regente reunió entonces los de París, quienes , sin duda alguna por igual motivo se decidieron por Vincennes.

En su consecuencia, condújose al jóven rey al castillejo el dia 9, esto es, el mismo en que fué trasladado á San Dionisio el féretro del rey difunto.

Las cortes extranjeras vengaron á Luis XIV de los insultos hechos á su cadáver por el populacho de París.

En Viena vistió de luto el emperador cual si fuera un padre, y se prohibieron toda clase de diversiones durante el carnaval; apesar de deber mediar aun cuatro meses.

Celebróse en Constantinopla un gran funeral, y el conde de los Alleurs, embajador de Francia cerca de la Puerta Otomana, pidió y obtuvo del gran señor una audiencia para notificarle el fallecimiento de Luis XIV.

Recibióle al momento el sultan , y le dijo el visir:

— Habeis perdido un gran emperador , y nosotros un gran

amigo y buen aliado: S. A. y yo hemos llorado su muerte.

Mientras que en el extranjero se estaban tributando á Luis XIV esos honores supremos, de Argenson fué á decir al regente que se trataba al rey de fallido.

— Y bien! que remedio veis en eso, dijo el regente.

— Es menester, contestó el teniente de policía, mandar detener á los que tan malos propósitos tienen.

— No entendeis nada en eso, dijo el príncipe, es preciso pagar las deudas del difunto y todas esas gentes callarán.

---

### CAPÍTULO III.

---

Hemos trazado en los anteriores capítulos , el retrato de los principales personajes que sirven de transición á esas dos épocas muy distintas , que se llaman el siglo de Luis XIV y la Regencia. Hemos dicho lo que eran el duque y la duquesa du Maine y el conde de Tolosa. Hemos diseñado el perfil de Felipe II de Orleans y dicho una palabra de la señorita de Blois , su esposa ; pero no hemos hablado aun del resto de la familia; es decir , de Madama, segunda esposa de Monsieur y madre del regente; esto es, Madama de Berry, hija mayor de Felipe ; de la señorita Luisa Adelaida de Chartes; de M. Luis de Orleans ni de la señorita Carlota Aglaé de Valois , quienes representan un importante papel en la vida de su padre.

Las otras tres hijas quienes casaron la primera con el príncipe de Asturias, la segunda con el infante D. Carlos y la tercera con el príncipe de Conti, no tienen importancia política ni dudosa reputación. Ocuparémonos únicamente de ellas segun las necesidades de nuestra narración.

Despejado el terreno político por el doble decreto del Parlamento , confinada á San Ciro Madama de Maintenon , retirados MM. du Maine y de Tolosa , uno en Sceaux y otro en Rambouil-



let, desterrado en la Fleche el padre Le Tellier, enterrado en San Dionisio el rey difunto é instalado el jóven rey en Vincennes, queda aislado el Palais-Royal, y con el alto que hace la regencia entre Versailles y las Tullerías, permítesenos cambiar las mudas paredes que cubren al cardenal de Richelieu , en transparentes tabiques de cristal.

Por su edad é importancia personal es la primera Madama, á quien su hijo amaba con ternura, escuchaba con paciencia y obediencia con exactitud.

Como segunda esposa de Monsieur, Carlota Elisabet de Baviera habia sucedido á la bella cuanto coqueta Madama Enriqueta de Inglaterra, quien falleció en 1670, envenenada segun toda probabilidad, por el caballero de Lorena y el duque de Effiat.

La nueva Madama habia nacido en Heidelberg, el dia 7 de julio de 1652, en el séptimo mes del embarazo de su madre.

Dejemos que la sincera princesa haga ella misma su retrato físico. Sacaremos el moral del duque de Saint-Simon , de Duclos y de los demás autores de aquella época. Hé aquí el primero:

«Es preciso confesar que soy horrorosamente fea , lo cual me cuesta poco decir. Carezco de facciones, tengo pequeños los ojos, corta y extraordinaria la nariz, largos y vulgares los labios , no puede esto formar fisonomía alguna. Las mejillas me cuelgan y es disforme mi rostro á lo cual debo añadir que soy de muy reducida estatura , corta y gruesa. Para convencerse de si anuncian talento mis ojos , seria menester examinarles con un microscopio ó con espejuelos, pues que de otro modo seria difícil juzgar de ellos. Es muy probable que en todo el globo no se hallarian manos mas feas que las mias.

«En mi niñez preferia las espadas y fusiles á las muñecas; hubiera deseado ser varon , lo que por poco me cuesta la vida. En efecto, habiendo oido contar que Maria Germain se habia vuelto hombre á fuerza de saltar , dí tan terribles saltos para obtener

igual metamórfosis, que por milagro no me rompí el pescuezo.»

Entretanto la princesa Carlota habia crecido y vuéltose un horroroso feito agraciado, como decia ella misma.

Sin embargo era princesa y por fea que fuese, se tenia entera certidumbre de casarla.

Por otra parte, á pesar de su fealdad, habia inspirado una verdadera pasion. Era el estraño amoroso, Federico, marqués de Baden Dourlach. Hizo cuanto pudo para hacerse amar por la princesa, pero cosa singular, aunque jóven y gallardo, le despreció el agraciado feito. Largo tiempo tardó él en conformarse con tal desgracia el pobre marqués, quien ostigado y forzado por sus padres, se unió con la princesa Holstein, perdido que hubo toda esperanza de casar con la de Palatina.

No fué esto todo. Quísosela aun casar con Federico Casimiro, duque de Courlande. Estaba este enamorado de otra, la princesa Mariana, hija del duque de Ulrich de Wurtemberg; pero los padres del de Courlande habian ojeado á la princesa Palatina, y rehusando su consentimiento al deseado enlace, exigian que su hijo visitara Heidelberg, esperando que los atractivos de la princesa Carlota militarian victoriosamente en su favor; mas á penas la hubo visto cuando huyó y pidió incorporarse al ejército, prefiriendo hacerse matar que casarse con semejante mónstruo.

El príncipe Casimiro estaba aun corriendo y la princesa Palatina riéndose todavía del efecto que produjera á su pretendiente, cuando llegaron los mensajeros del rey Luis XIV con objeto de pedir su mano para Monsieur.

Fácil es de esplicar el motivo que habia determinado al gran rey á esa alianza: habia puesto un pié en España, por medio de un casamiento con la hija de Felipe IV; hizo otro tanto en Inglaterra con el de Madama Enriqueta con Monsieur; y su alianza con el penúltimo elector de la rama Palatina proporcionábale igual beneficio en Alemania.

Triste era ese enlace para la princesa; sucedía á otra que habia fallecido de muerte violenta ; casábase con un príncipe cuyos extraños gustos eran conocidos ; iba en fin á aparecer en una corte donde se tomaba la falsedad por ingénio y la franqueza por tontería.

Alegó las dificultades que pudo; pero mediaba la razon de estado, y fué preciso obedecer.

Llegado que hubo en San-Germain , parecióle haber caido desde las nubes. Produjo su efecto en Monsieur , esto es, la halló horrorosa y huyó al divisarla cual habia hecho el duque de Courlande.

El rey Luis XIV , como no debia casarse con ella , fué por el contrario muy obsequioso para con Madama. Fuéla á buscar y condújola al cuarto de la reina diciéndole: Tranquilizaos, mas miedo tendrá de vos que vos de ella, y sentándose junto á la misma durante las ceremonias , indicóle cuando era menester levantarse y cuando debia sentarse.

No habia tenido Monsieur varon alguno con su primera esposa, pero Luis XIV queria que tuviera uno con la segunda; en su consecuencia, fué preciso al primero poner manos á la obra.

Despues de tres años de oposicion , nació Felipe de Orleans en 1674 y Elisabet Carlota de Orleans en 1676.

Cumplido que fué este deber, pidió Monsieur permiso á Madama para separarse de su lecho, á lo cual accedió gustosa la princesa, quien se acomodaba muy poco con el papel que representaba.

En medio de esto inspiró Madama una segunda pasion, era esta á la princesa de Monaco, Catalina Carlota de Grammont; se comprende como, con su rigorismo aleman recibió Madama ese extraño amor. La pobre Madama de Monaco quedó desesperada y tan desconsolada como el marqués de Baden Dourlach , marchábase diciendo en medio de su desesperacion : Dios mio , de que estais, pues, formada señora que no amais á hombres ni á mujeres.

Ya podemos calcular que la buena princesa tendria ojeriza á Madama de Maintenon, quien le enajenó los ánimos la delfina. Al ver Madama que ésta no la recibia bien, dirijióse directamente á Madama de Maintenon.

—Señora, le dijo; la delfina me acoge mal; esto va bien, mientras conserve buenos modales para conmigo, no me disputaré yo con ella; pero si llega á ser demasiada grosera, iré á pedir al rey si la desea de tal temple.

Esta amenaza atrajo de nuevo á Madama, no el corazon, pero si el buen semblante de Madama de Maintenon y Madama de Borgoña.

Madama de Fiennes, esposa del escudero ordinario de Madama, tenia mucha capacidad; pero era burlona y su pico no perdonaba al rey ni á Monsieur, con mayor motivo debia librarse de él Madama, mas cogiéndola esta por la mano un dia y conduciéndola á un rincon del aposento le dijo:

— Señora, grande es vuestra disposicion y sois amable, pero teneis un modo de hablar que acomoda al rey y á Monsieur porque están acostumbrados; en cuanto á mí, que acabo de llegar de Alemania, no estoy familiarizada con él, y, como es regular que no me familiarizaré y me enfado muy de veras cuando alguien se burla de mí, tengo á bien daros un consejo. Si no os ocupais de mí, correremos muy bien perfectamente juntas; si me tratais como á los demás, nada os diré, pero dirigire mis quejas á vuestro marido, y si este no os corrige, le mandaré echar fuera de aquí.

Comprendió perfectamente Madama Fiennes el peligro que corria si continuaba chanceándose de semejante señora, cerró pues la boca y corrió á mas y mejor con la princesa con gran admiracion de la corte y hasta del mismo rey, quien le pedia por que motivo Madama Fiennes que de todo el mundo hablaba, sin excentuar á él, pudiera callarse tan absolutamente con respecto á Madama.

Estrañóle de tal suerte esa mudez que quiso un dia informarse

acerca de su cuñada , quien le contó sencillamente el secreto.

Pasaba su vida la princesa en escribir relatando los mas secretos negocios del Estado á todas sus amigas y particularmente á sus amigos de ultra Rin.

Ya se comprenderá que Madama de Berry debia ser para ella con semejante rigidez, lo que Julia era para Augusto , su úlcera.

Madama de Berry era la hija mayor del duque de Orleans ; á los siete años de su edad fué presa de una enfermedad calificada de mortal por todos los médicos , quienes la abandonaron. Mandó entonces el duque que le trajeran á su aposento lá cuna de su pobre niña , verificado lo cual , cuidóla á su modo y la curó. Tambien era Maria Luisa de Orleans la hija querida de Felipe II; demasiado querida , al decir de ciertos historiadores.

Cuando se trató del casamiento de la señorita de Orleans con el duque de Berry , fué cuando se esparcieron mas y mas los rumores á que acabamos de aludir ; pero no tuvieron acogida cerca de Luis XIV y tuvo lugar el enlace. Efectuado que fué este, granjeóse el duque de Orleans la amistad de su yerno , quien le dejó tan libre con su esposa como antes de su casamiento. Ambos comian frecuentemente juntos, servidos por la señorita de Vienne, confidente de la duquesa y especie de descarada , propia para todo y apta para cualquier encargo.

Recien casada aun Madama de Berry entró en galanteo con La Haye , quien de paje del rey , pasó á ser escudero de su marido.

Era , dice Saint-Simon , un hombre alto y flaco , de talle afectado, rostro despellejado , aspecto tonto y fátuo , de poco talento, pero sencillo. Propúsole huir con él y la acompañára á Holanda ; pero asustado de la propuesta, decidió comunicarlo todo al duque de Orleans.

Fué menester la influencia del padre con la hija para hacer comprender á esta la diferencia que habia entre una princesa real en Francia ó la querida de un gentilhombre en Holanda.

Rindióse en fin la duquesa de Berry , y quedó olvidado el caprichito.

Antes que los excesos desfiguraran su talle , y tuviera pecoso el cútis, Madama de Berry era bien hecha y bella , carecia de gracia y tenia el mirar afectado. Cual sus padres , tenia gran facilidad en hablar, decia cuanto queria, espresándolo á medida de su gusto, con tal limpieza, precision, exactitud , eleccion de términos y particularidad en los giros que sorprendia sin cesar. Tímida en ciertos casos, pero únicamente para con las bagatelas, osada en otros hasta el exceso , altiva hasta la locura , libre hasta el cinismo , era , salvo la avaricia , dice Saint-Simon , un modelo de todos los vicios, modelo tanto mas peligroso , cuanto no podia existir otro en el mundo con mas ingénio y arte.

La hermana de la duquesa, hija segunda del duque de Orleans, la señorita Luisa Adelaida de Chartres , era bien hecha y la mas bella de todas sus hermanas. Tenia soberbia tez , hermoso cútis, bello talle , lindos ojos , manos delicadas , dientes cual collar de perlas , encías no menos bellas , y mejillas en que blanco y encarnada se mezclaban sin arte alguno. Bailaba bien , cantaba mejor , tenia hermosa voz , únicamente tartamudeaba algun tanto al hablar.

Por otra parte , reunia todas las inclinaciones de un hombre, le gustaban las espadas , fusiles , pistolas , perros y caballos , meneaba la pólvora como un artillero , componia fuegos artificiales y les disparaba ella misma, nada la asustaba, desdeñaba el tocador, las alhajas, las flores , y detestaba en fin todo lo que agrada á las mujeres.

Era el ayudante químico, mecánico y cirujano de su padre.

Su hermana, la señorita de Valois, era menos hermosa que ella, sin embargo , tenia lindos y dorados cabellos , blancos dientes, tez , cútis y ojos agradables ; pero desfigurábanle su enorme nariz y un diente que adelantando mas que los otros , parecia

salírsele de la boca cada vez que iba á reír. Era abultado su talle, su cabeza como pegada en los hombros, y tenia el ademan de una anciana, á pesar de contar escasamente la edad de quince años. La duquesa de Orleans acostumbraba decir :

« Seria la mas perezosa del mundo á no tener á mi hija Carlota Aglaé, quien es todavía mas perezosa que yo. »

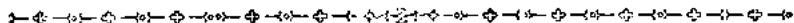
M. de Richelieu estaba llamado á corregir á la princesa de este último defecto.

Los demás hijos del príncipe no existian aun bajo el punto de vista de la importancia.

Luis de Orleans, duque de Chartres, quien nació el dia 2 de setiembre de 1705, solo tenia trece años y prometia ser lo que fué: un príncipe frio, devoto é insignificante, como si sus hermanas se hubiesen llevado para sí toda la sangre de los Orleans y de los Mortemart.

Las otras dos hijas, Luisa Elisabet, señorita de Montpensier, quien debia casar con el príncipe de Asturias, nació el dia 11 de diciembre de 1709, y la señorita de Beaujolais el 18 de igual mes de 1714.

En cuanto á la última hija del duque de Orleans, no habia nacido aun.



## CAPÍTULO IV.



Hijo de gobernador del rey y gobernador del rey á su vez , el mariscal de Villeroy quien era alto , bien formado y de rostro agradable , parecia haber nacido á propósito para presidir un baile , ser juez en una corrida de caballos , ó representar en la Ópera los papeles de reyes y héroes. Por lo demás era fuerte y vigoroso , hacía de su gran cuerpo cuanto le acomodaba sin violentarse , no contaba con vigiliass ni fatigas , pasaba los dias y noches á caballo , era en todo elegante , noble en sus menores acciones , grande y buen jugador , sin que sintiera el perder ni le alegrara el ganar , tenia el lenguaje y modales de un antiguo cortesano , era glorioso al esceso , pero tambien humilde y bajo cuando creia tener necesidad de hincar la rodilla ante el rey ó Madama de Maintenon.

Por otra parte , era un pobre y mal general incapaz de obrar en ninguna accion. Feuquieres , á propósito del sitio de Naumur , decia de él y del príncipe de Vaudemont: «Parecia que los señores Villeroy y Vaudemont disputáran entre sí sobre quien cometeria mas faltas , en lo cual ganó sin embargo Villeroy. Espectador impasible de la bella defensa de M. Boufflers , permanció sin des-



envainar la espada por espacio de un mes, cuando bastaba un solo movimiento para sacarle del peligro.

Vióse entonces aludido por todos los poetas cómicos, como dice Madama de Coulanges, hé aquí una de sus picantes alocuciones : «Si Cárlos VII tuvo una famosa Juana de Arc, por otro nombre la doncella, tambien la tiene nuestro gran rey; pero oculta dentro la vaina de la espada de Villeroy, que si no es vírgen es doncella».

Durante toda la siguiente campaña halló medios para permanecer perfectamente desapercibido, á pesar de tener el mando en jefe del ejército de los Países Bajos.

Devolvióle el reposo la paz de Riswick; mas la guerra de sucesion le puso otra vez en campaña. Entró en Italia al objeto de obligar al príncipe de Saboya y Catinat á atacar al príncipe Eugenio en Chiari; pero perdióse la batalla y Catinat quedó herido. Tres meses despues perdió Cremona y cayó prisionero.

El príncipe Eugenio le devolvió á la Francia sin ninguna clase de rescate, calculando que con devolversele causaba ya suficiente perjuicio á esa nacion. En efecto, Luis XIV quien se empeñaba en sostener al que él llamaba su favorito, volvióle á confiar el mando del ejército de Italia. Vióse en Ramillies el resultado de tal flaqueza, donde veinte mil hombres fueron acuchillados ó hechos prisioneros, perdióse la artillería, sembróse con nuestras banderas el campo de batalla, y doce plazas fuertes del Brabante y de Francia abandonadas por nosotros y tomadas por el enemigo, dieron á conocer aquella generosidad de su general que nadie habia comprendido.

Al saber Luis XIV la derrota de Ramillies, habia vuelto á pedir, como Augusto, sus legiones á Varus.

Madama de Maintenon quien apoyaba á Villeroy, le dijo :— Señor, preciso es que hagais ofrenda al Señor de vuestros dolores.

—Ah ! señora ! treinta mil prisioneros de guerra, qué sacrificio!

Sin embargo, calmó aquella cólera del rey, y Luis XIV, cuya

ternura para con Villeroy habia aun aumentado , salió á su encuentro hasta la puerta de su cuarto y en el momento en que era de suponer un terrible escándalo :

— Señor mariscal , le dijo , á nuestra edad no hay que esperar un feliz éxito en nuestras empresas.

El rey , en estremo entusiasmado , falleció nombrando á M. de Villeroy ayo del jóven rey Luis XV.

El mariscal de Villars , que seguia al de Villeroy , era nieto de un escribano de Condrieux : era su padre el hombre mejor hecho y de mejor presencia de Francia y muy valiente y diestro en las armas ; así es que adquirió en los continuos duelos de la época en que vivia , una reputacion que vino á coronar el honor de haber sido padrino de M. de Nemours en su combate con M. de Beaufort. Fué tanto mayor su nombradía despues de aquel encuentro , cuanto , muerto ya M. de Nemours derribó á su adversario. El estrépito de semejante aventura fué causa de que se le apropiara el príncipe de Contí. De modo que cuando el cardenal de Mazarino pensó darle la mano de su sobrina , sirvióse de Villars cual si hubiera sido su representante , situacion que le colocó en un mundo superior á él y entre el cual nunca se desconoció , permaneciendo galante y discreto , al paso que su buen físico y hermoso talle la granjeaba la amistad de las damas. En época en que la posicion de la viuda Scarron era algo crítica , fué útil á esta señora. Madama de Maintenon , quien nunca olvidaba á sus amigos se acordó de Villars , y la posicion que se hizo adquirir cerca de Luis XIV , aseguró la de su hijo.

El segundo mariscal de Villars , el de que nos estamos ocupando , muy al contrario de Villeroy , habia tenido la dicha de salvar en Denain , la Francia que habia este perdido en Ramillies. Decíase claramente que esa memorable batalla no era debida á su génio militar sino á la casualidad. Pero no creia de eso nada Villars , tenia suficiente talento para tomar ascendiente sobre los

necios , por la confianza que en sí mismo tenia , en lo que le ayudaba una facilidad de elocucion y abundancia y continuidad de espresiones , tanto mas repugnantes para los hombres superiores, cuanto eran con el arte de volver por sí , elogiarse y vanagloriarse de haberlo previsto y consultado todo.

Hizósele duque despues de la batalla de Hochstett , y á consecuencia de la de Malplaquet , con gran admiracion de todos , por cuanto esas dos batallas eran otras tantas derrotas sufridas.

Era alto y moreno , bien hecho , aunque engordó al envejecer, sin que por otra parte le pesáran los años , su espresion era pronta , franca y algo loca , y de presencia y gestos que respondian á su fisonomía.

Su âmbicion era desmesurada ; extraordinaria la opinion que de sí mismo formaba , la que habia llegado á comunicar al rey; distinguido su valor y grande su actividad ; su audacia sin par y tal su descaro que todo lo sostenia y nada le arredraba. Acompañaban de contínuo sus acciones una fanfarronada y avaricia estralimitadas.

Por lo demás , los laureles de Denain no habian preservado á M. de Villars de una desgracia , bastante comun en todo tiempo, pero menos rara en aquella época. La mariscal , para escusarse, cuando así obraba , echaba la culpa á ciertas costumbres que el mariscal habia contraido en el ejército , sin duda para aproximarse en todo al gran Condé.

Contaba corriendo tras el regente , tras el conde de Tolosa y tras M. de Richelieu , que el jóven príncipe de Eisnach habia querido mandar azotar un dia al mariscal con motivo de una declaracion que le hizo.

Todos admitian esa excusa y el mariscal hacía como los demás.

El mariscal de Uxelles , cuyo nombre era de Ble, debió toda su fortuna á su amistad con Beringhen , escudero de la reina , de quien hemos hablado estensamente en nuestra historia de Luis XIV.

Como Beringhen y su esposa eran en extremo queridos de la señorita Choin, esposa del gran Delfin, consintió esa señorita en recibir al mariscal á instancias de dichos consortes.

Llegábase á Monseñor por conducto de la señorita Choin y á ésta por medio de su perra. Era esta un perverso animalito muy arisco, el cual estaba siempre irritado, y cuyas simpatías podian solo obtenerse con cabezas de conejo, golosina de que gustaba sobre todas las demás.

M. de Uxelles quien aun no era mariscal, sin embargo de que deseaba serlo, emprendió el seducir á Monseñor por medio de rebotes.

En su consecuencia, traia él mismo dos ó tres veces por semana, en un pañuelo bordado, cabezas de conejo á la perra de la señorita Choin, mandándolas por uno de sus lacayos los dias que no lo efectuaba él en persona.

Fallecido que hubo Monseñor, no solamente no reapareció ya M. de Uxelles, sino que aparentó no haber visto nunca á la señorita Choin ni á su perra. Al hablársele de una ú otra, contestaba que no sabia de que se trataba, pues que jamás habia conocido semejantes razas.

Era alto y gordo, todo igual, caminaba lentamente y cual si se arrastrara, tenia grande y muy barroso el rostro al par que bastante agradable, aunque enfurruñado por largas y pobladas cejas bajo las cuales habia dos menudos cuanto brillantes ojos que privaban que nada escapara á sus miradas. Su primer aspecto era de un mercader de ganado vacuno, veleidoso por demás, y de vida desarreglada, estaba rodeado sin cesar de jóvenes oficiales á quienes oprimia, como dice Saïnt-Simon; era bajo, flexible y adulador para con las gentes de quienes creia deber temer ó esperar algun favor, y dominante en todas las demás sin ninguna clase de consideracion.

En cuanto á M. de Tallard era sujeto muy distinto. El conde

de Harcourt y él eran los únicos que podían disputarse el ingenio, habilidad, industria, manejo, intrigas, deseos de ser y hechizar en el comercio de la vida y en el mando. Tenían ambos gran aplicación, constancia y facilidad en el trabajo. Ni uno ni otro dió nunca el más indiferente paso sin que le guiara un objeto real y positivo. Animábalos igual ambición, igual deseo de salir airoso en sus empresas, por cualquier medio que fuera. Amables, corteses, bondadosos y accesibles en todas ocasiones, adorados ambos de sus generales y ascendidos por medio de continuos servicios prestados en los campos de batalla ó en embajadas. Con todo protegido de Harcourt por la continua influencia de Madama de Maintenon, era más feliz en la carrera; Tallard, más humilde porque ascendía sin otra protección que su mérito y su madre, hermana del primer mariscal de Villeroy, señora muy pegada á la aristocracia, con cuya clase relacionó á su hijo desde su juventud.

En lo físico, era Tallard de mediana estatura, de celosa mirada y lleno de ardor y astucia; pero lo espresaba todo sin fijarse en nada. Tenía flaco y descarnado su cuerpo, mucho talento y gracia en la espresión; mas, como dice Saint-Simon, derribábale sin cesar el diablo á causa de su gran ambición.

Por lo que toca al conde de Harcourt, era un genio bello y vasto, de encantadora viveza; pero, cual Tallard, una ambición sin límites, una elevación, un desprecio de los demás, una dominación insoportable; reunía en su lenguaje todas las apariencias de la virtud, sin embargo todo lo atropellaba para el logro de sus fines. Por otra parte, más honradamente corrompido que de Uxelles y hasta que Tallard, mezclaba graciosamente un porte guerrero con un ademán cortesano. Era grueso, pero no alto, y de tan particular fealdad que sorprendía á primera vista; pero de ojos tan vivos, de mirada tan penetrante, tan grande y no obstante tan flexible, y de tan espresiva fisonomía, que disimulaba mucho su defor-

midad; cojeaba además bastante de resultas de una caída que sufrió desde lo alto de la muralla de Luxemburgo al foso, en cuyo desgraciado lance se dislocó la cadera. Polvaba casi tanto como el mariscal de Uxelles, pero con mas aseo; y habiendo un dia notado la repugnancia que inspiraba al rey la vista de ese tabaco esparcido en todo su traje, dejó de polvar al momento, cesacion á que se atribuyeron las apoplegías que despues tuvo y fueron causa de su terrible fin.

El duque de Noailles habia nacido para adquirir la mayor fortuna, aun cuando no la hubiera heredado. Era alto, grueso, de ademan lento y fuerte, y modesto en el vestir, pues cuando mas usaba el simple traje de oficial.

Difícil era tener mas talento que el mariscal de Noailles, mas arte y agilidad para ajustar ese talento con el de los demás y persuadirles, cuando podia convenirle, que insistia en iguales deseos y afecciones que ellos mismos. Dulce, gracioso y afable, sin que aparentara estar importunado, ni tan solo en los momentos en que mas lo estaba; gallardo, festivo, placentero, lleno de esa chanza franca y cortés que nunca ofende, fecundo en gratas agudezas, placentero en los banquetes y músico; comprendía y ajustaba á los suyos los placeres de los demás; nunca se le veia de mal humor; tenia facilidad para decir cuanto queria y facultad para hablar un dia entero sin que pudiese recojerse cosa importante en las palabras que acababa de soltar; era sencillo, acogiente, entendia en todo algo, hablaba de todo, pero superficialmente, mostrando el hondon tan luego como se le sondeaba. Esto concebía de Monsieur de Noailles quien le veia un solo instante, una hora, un dia.

Pero para el que teniendo que luchar con él, debia estudiarle á fondo, era cosa distinta. Todo ese arte, esa capacidad, esa experiencia, ese comercio de artificios, amistad, aprecio y confianza, ocultaban un profundo abismo que causaba vértigo; una falsedad á toda prueba; una perfidia fácil y natural acostumbrada á bur-

larse de todo ; un alma tan intrigante que llegaba á hacer dudar que encerrara una aquel cuerpo; un completo menosprecio de toda virtud; la constante fatiga de la mas declarada y seguida hipocresía, que ni aun cogida infraganti se sonroja , aprieta mas vivamente su aguda lanza y al encontrarse al descubierto se repliega cual serpiente de que conserva el veneno ; tal era su temple, así obraba sin ninguna clase de disgusto , odio ni cólera , para con amigos de quienes confiesa no haber nunca tenido lugar de quejarse y con los cuales hasta ha contraído las mayores obligaciones.

Seguia luego M. de Torcy. Facilitábale á menudo su suegro, M. de Pomponne, la entrada al consejo confiándole despachos; esperaba que el difunto rey se acostumbraria tambien á ver su cara, como efectivamente sucedió, de modo que á fuerza de verle entrar y salir le dijo un dia que se sentara y permaneciera allí.

En la época en que nos hallamos tenia M. de Torcy unos cuarenta años de edad , y habia viajado con provecho por todas las córtés de Europa. Era prudente, instruido , estremadamente circunspecto, amado de todos y en particular del regente.

El consejero Rouillé du Coudray ocupaba un destino muy insignificante en comparacion de todos esos hombres, lo que no obstaba para que luchara con ellos á medida de su voluntad y hasta con réplicas. Era una de las personas de confianza del duque de Noailles quien le habia recomendado al regente, lo cual no impidió que fuese tan firme con el duque como si no le debiera absolutamente nada. Tenia nuestro consejero , hombre completamente honrado, mucha capacidad y literatura , pero le gustaba el zumo de cepas hasta el extremo de embriagarse ; su relajacion rayaba en escándalo y nada podia contenerle. Espresábase un dia en pleno consejo con su acostumbrada libertad, cuando le dijo M. de Noailles: M. Rouillé, vuestro lenguaje tiene un sabor muy báquico. — Posible es, señor duque, pero no hay en él alboroque.

Sonrojóse y calló M. de Noailles , quien aun que duque y mariscal, no hubiera podido decir otro tanto.

Por lo demás , tenia Rouillé tan limpias las manos que necesitando su firma una sociedad de arrendadores y habiéndole presentado una lista de sus sócios con varios nombres en blanco , les preguntó el motivo de tales vacíos.

— Son , respondió el que tenia la palabra , los puestos de que vos podeis disponer.

— Como ! dijo Rouillé , si participo yo de vuestro beneficio, ¿ podré mandaros ahorcar en caso de que seais unos bribones ?

Detrás del consejo de regencia , detrás de los otros cinco consejos de quienes hemos hablado , habia un hombre que tenia por sí solo mas influjo con el rey que todos sus consejeros.

Este hombre era Guillermo Dubois.

El duque de Orleans habia tenido sucesivamente cuatro ayos, el mariscal de Navailles, el de Estrades , el duque de la Vienville y el marqués de Arcy , habian los cuatro fallecido antes de que fuera terminada la educacion del príncipe. Esto motivó lo que decia Benserade: que no podia nombrarse ayo para ese niño.

Sucedióles Saint-Laurent, oficial de Monsieur y sugeto de gran mérito; pero llevaba consigo la desgracia aquel destino, pues habiendo sido acometido de una violenta diarrea , sucumbió algunas horas despues.

Para copiar los temas del jóven príncipe , habia Saint-Laurent tomado una especie de abate, el cual hacía las veces de criado del cura-párraco de San Eustaquio, llamado el abate Dubois, hijo de un boticario de Brives-la-Gaillarde. Pretendíase que su madre habia olvidado el hacerle recibir el sacramento del bautismo y su padre el mandarle cumplir con el de la comunión. En cambio fué confiado á los jesuitas entre los cuales aprendió los defectos que le faltaban y un poco de latin. La camarera de Madama de Gourgnés dió á luz un niño, y este suceso motivó un casamiento determinado



por una dote de mil escudos satisfechos por el presidente , y decidió el viaje de los recién casados á París. Separáronse á los tres meses , el marido para formar educaciones y la mujer para continuar la suya. Con objeto de ofrecer mas confianza, usó entonces Dubois el alzacuello y tomó el título de abate, bajo el cual estaba, conforme hemos dicho, de criado en casa del cura-párroco de San Eustaquio , cuando fué presentado á Saint-Laurent , quien le empleó, como llevamos indicado. Al fallecimiento de éste , siendo ya el príncipe bastante grande para poder tener un preceptor con título, confiósse este cargo á Dubois quien con sus buenas maneras y su piedad , se habia captado la voluntad de todos sin exceptuar á Madama.

Captósse al momento y por completo la de su discípulo con modos suaves é insinuantes , de suerte que cuando pensó el rey hacer casar á la señorita de Blois con el duque de Chartres , no se halló otro mas á propósito que Dubois para poder negociar aquel asunto y llevarlo á feliz término.

Encargósse el padre La Chaise de poner á Dubois en comunicacion con Versalles, y dos ó tres entrevistas con Madama de Maintenon le proporcionaron al preceptor que , tal como se obligara, decidió al príncipe á aceptar aquel enlace , ya por temor á la cólera del rey, ya por la esperanza que le dió de ver doblar su crédito en la córte.

Efectuado que fué el casamiento, preguntó el rey al abate la recompensa que deseaba.

— Señor , respondió osadamente Dubois, en ocasiones importantes solo se deben pedir á un rey magnánimo como V. M., gracias proporcionadas á la grandeza del dueño; en su consecuencia, ruégole me haga cardenal.

Creyó el rey haberlo comprendido mal , hízole repetir lo que acababa de decir , volvióle luego la espalda y no le habló mas.

Ya se comprenderá que con semejante empeño , tuvo Madama horror á Dubois.

Así es que cuando al salir del Parlamento, se dirigia el regente al cuarto de aquella para darle cuenta del feliz resultado que acababa de obtener, despues de escucharle con gran satisfaccion , le dijo:

— Hijo mio, no deseo en el mundo mas que el bien del Estado y vuestra gloria ; una cosa solamente he de pedir para vuestra felicidad; pero exijo por ello vuestra palabra.

Dióselo el duque.

— Y bien, dijo la princesa algun tanto tranquilizada, lo que de vos deseo, es que nunca empleeis á ese tunante de abate Dubois, el mayor pícaro que haya en el mundo, y quien sacrificaría el Estado y hasta á vos mismo al interés mas insignificante.

Al entrar el regente en su gabinete , el primero con quien dió fué el abate Dubois.

Tenia en la mano los despachos de consejero de Estado , los que presentó á la vista de S. A.

— ¿Qué es esto? dijo el regente.

— Bien lo veis, monseñor, contestó Dubois.

— Si; son despachos de consejero de Estado; pero á quien quieres que nombre?

— A mí, monseñor.

— Cómo á tí!

— Si, monseñor; cuando casé á V. A. con la hija del rey, pedí á S. M. me hiciera cardenal , desechó mis pretensiones é hizo bien, pues no era yo apto para eclesiástico, pero si lo soy para ministro; así, monseñor, firmad.

Tomó el regente la pluma y firmó , luego arrojando á Dubois los despachos, díjole:

— Toma , bribon! márchate ó te mato.

Cogió Dubois los despachos y salió corriendo.

Hé aquí los medios de que éste se valió para ser consejero de Estado.

O mejor, hé aquí las causas aparentes ; las reales fueron — la reflexion—estraña es la palabra, y sin embargo justa.

Habia el regente reflexionado que Dubois, ese compañero de los desarreglos, que ningun nombre habia recibido en las fuentes bautismales, y á quien daba á veces uno de los mas enérgicos y merecidos, ese perverso dador de consejos para la vida privada, se los habia dado siempre escelentes para la vida pública, que ese ateo sin creencia alguna, creia en la gloria de los Orleans; habia en fin reflexionado que ningun prelado habia solicitado ni solicitaria aquel destino, para no ser precedido en el consejo del abate Bignon, simple eclesiástico; habia por último reflexionado que la eleccion que hiciera del abate Dubois, era una de las mejores que pudiera hacer.

En lo físico era Dubois flaco, largo y delgado, canijo, su peluca rubia con trazas de fuina y con ingenioso semblante. « Disputábanse en él todos los vicios, dice Saint-Simon, sobre cual de ellos quedaria dueño de la plaza. Hacian entre sí gran ruido y tenian continuos combates. Eran sus dioses la avaricia, la ambicion y los desarreglos.—Sus medios, la perfidia, la lisonja y la servidumbre.—La impiedad perfecta; su opinion, de que la probidad y honradez son quimeras;—sus cualidades:—Descollaba en bajas intrigas y vivia de ellas, pero siempre con objeto propio, en que todos sus pasos eran dados con tal paciencia que no admitia mas plazo que el del éxito, ó la demostracion reiterada y positiva de no poderlo alcanzar, á menos que caminando igualmente por la profundidad y las tinieblas, hallara mejor senda, abriendo otro ramal. Pasaba así zapando las tres cuartas partes de su vida. Con este-rior recto, sincero y á menudo ruboroso, transformaba en verdad la mas garrafal mentira. Hubiera hablado con gracia y facilidad, si, al intento de penetrar á los demás que le hablaban y por temor



El Abate Dubois.

de  
á  
la  
le  
g  
e  
ta  
la  
g  
le  
qu  
tra  
co  
tr  
to  
ty  
ma  
me  
er  
av  
m

de adelantarse mas de lo que queria, no se hubiese acostumbrado á una tartamudez ficticia que le desmejoraba y que habiendo aumentado en la época en que llegó á ocuparse en asuntos importantes, le volvió insoportable y á veces incomprendible. A no mediar esos giros y la poca naturalidad que en ellos resbalaba á pesar de su esmero, hubiera sido grata su conversacion. Tenia capacidad, bastantes conocimientos científicos, sabia historia y habia consumido largos ratos en la lectura ; estaba acostumbrado al mundo y tenia grandes deseos de agradar é insinuarse. Pero estaba todo esto maleado por una falsedad que despedian sus poros y hasta su alegría que entristecia en ésta. Por otra parte, era perverso con reflexion; traidor é ingrato por naturaleza y raciocinio, y gran périto en las composiciones de las mayores atrocidades; descarado hasta el extremo de intimidar cuando se le cogia infraganti ; ambicionábalo todo y queria en todo el barato ; además, relajado, inconsecuente, *ignorante en todo negocio*, apasionado y furioso siempre ; blasfemador y loco hasta el punto de menospreciar á su señor públicamente; encargábase, en fin, de los negocios para sacrificarles á su crédito, á su poder, á su autoridad absoluta, á su grandeza, á su avaricia, á su tiranía y á su venganza».

Hé aquí el juicio de los contemporáneos. La posteridad únicamente, al ratificarle, añadió la siguiente línea:

— Era hombre de génio.



## CAPÍTULO V.



Ahora que nuestros lectores tienen ya ante sí el mayor número de los personajes que deben representar un papel durante la regencia del duque de Orleans y los primeros años del reinado de Luis XV, sigamos el hilo de los acontecimientos.

El día 2 de enero de 1716, había vuelto el rey á las Tullerías, y permanecido cuatro meses en Vincennes.

Se recordará que el día en que el cadáver de Luis XIV fué conducido á San Dionisio, había dicho M. de Argenson que se trataba de fallido al difunto rey.

En efecto, deplorable era el estado financiero.

Era un lúgubre coro de miserias desde cerca cuarenta años, coro no cantado, pero sí llorado por todo el pueblo, y en el que cada ministro venía á echar á su vez un lamentable recitado.

Dijo Colbert en 1681:—No se puede ir mas adelante.—Efectivamente no pudiendo ir mas adelante sucumbió.

En 1698 pidió el duque de Borgoña una relacion á los intendants, y estos contestaron que la Francia iba despoblándose por la miseria, que había desaparecido una tercera parte de su poblacion, y no quedaba ya de los campesinos, muebles que poderles secuestrar.

No se llamaría á eso un grito de agonía? Y bien! en 1707 el Normando de Boisguilbert miraba como feliz aquel año de 1698.

—Entonces, dijo, entonces habia aun aceite en el candil. Hoy dia todo ha tocado á su término por falta de materias, hoy dia, añadió, va á rodar el proceso entre los que pagan y aquellos cuyo solo oficio es percibir.

Dijo el arzobispo de Cambray, preceptor del nieto de Luis XIV: —No viven ya los pueblos como hombres, ni está permitido confiar en su paciencia; la vieja máquina acabará de estrellarse al primer choque; se toca ya el extremo de las fuerzas y se reduce todo, por parte del gobierno, á cerrar los ojos y tomar de continuo.

Por esto hubo tanto alborozo, como ya hemos dicho, al fallecimiento de Luis XIV. En efecto, en el instante en que éste depositaba su avanza en manos de la muerte, debia dos millares y medio.

—Si fuera yo súbdito, decia el regente, por cierto me exhaltaria.

Y como se le hablara de un inminente motin: —Tiene razon el pueblo, dijo, y hace mal de sufrir tanto.

El pueblo era desgraciado; sin mueble alguno desde 1698, desde esta época vióse, pues, obligado á deshacerse de lo que le quedaba, es decir, del ganado, y no obstante sin él no hay pastos, no hay agricultura. Sufre la tierra á su vez, ayuna y al ayunar se agota. La tierra, esa madre bienhechora, muere de hambre como sus hijos.

Y sin embargo el hombre está todavía luchando. Por fortuna las antiguas leyes defienden el suelo cual sagrado objeto. No ha podido el fisco apoderarse del arado, arrástranle hombres, mujeres y niños, mas son vanos sus débiles esfuerzos, el año no alimenta ya al año.

Además de los dos millares y medio de deudas que quedaron en la época del fallecimiento del rey, habia un déficit de 77 millones en los gastos corrientes, y se habia ya echado mano de parte del producto del año 1717.



Desmarets, último inspector general, habia hecho maravillas; pero el hoyo estaba convertido en abismo y no era ya posible llenarle.

Las necesidades mas apremiantes del nuevo reinado, eran hacer frente á las pecuniarias é infiltrar algun poco de oro en la gran máquina política.

Proveyéronse las pagas de las tropas y rentistas, importe que se sacó de los recaudadores y arriendos generales; suprimiéronse una infinidad de cargos ridiculamente privilegiados y honerosos al pueblo y al rey; liquidóse la renta al interés del cuatro por ciento, resultando un beneficio de tres quintas partes, y ordenóse en fin la revision de las cuentas que, como dice el duque de Noailles, estaban en manos de ávidos empresarios, cubiertas con tinieblas de sus raterías.

El dia 4 de octubre envióse una carta circular á los intendentes de provincias, en la que relucía esta partecita de oro que nada pudo corromper en el príncipe — un buen corazon.

—Siendo un acto de piedad, decia, el impedir la opresion de los contribuyentes, creo no hay castigo bastante grande para corregir á los que intentaren oponerse á la resolucion de aliviarles. Cuidad, pues, que los recaudadores, al proceder por via de ejecucion contra dichos contribuyentes, no les arrebatén las caballerías y bueyes de labranza, camas, ropa de uso, utensilios ni útiles necesarios á la subsistencia del artesano.

Pedíanse además memorias exactas que pudieran servir para regularizar la imposicion del tributo con la mayor legalidad posible; concediéronse descuentos en la décima y la capitacion de 1716; desminuyóse por último, de mas de 3.400,000 libras (1) la imposicion de aquel año y prohibióse la creacion de cualquier clase

---

(1) Denominábase así el franco antiguamente en Francia, nombre que no ha variado aun en algunas provincias. (N. del T.)

de impuesto á menos de ser mandado por decreto y con conocimiento de causa.

El primer medio que se empleó para hacer frente al déficit del otro reinado y á las reducciones de las imposiciones del nuevo, fué la refundicion de las monedas. Declaró el gobierno que desde 1.º de enero de 1716, valdrian los luises de oro, veinte libras en lugar de tres, y los escudos, cinco en vez de tres y media. Admitieron en la Casa-Moneda los escudos de oro por diez y seis libras y los de plata por cuatro ; ascendiendo el beneficio á cerca de 72 millones.

Salió luego el edicto sobre empresarios.

El dia 12 de mayo, dice el presidente de Levi, establecióse una cámara de justicia para la averiguacion y castigo de los que habian cometido abusos financieros.

*A nadie corrigió aquella cámara de justicia ; pero produjo dinero en abundancia.*

Su establecimiento regocijó al pueblo de un modo muy distinto que las diminucioncitas que se le habian concedido. El pueblo comprende mucho mejor la justicia que se ejerce en los demás que la benevolencia que sobre él se derrama.

Hay aquí una cosa rara, y es seguir con la vista esta lista de gentes tasadas, ver de donde salieron esos hombres y la altura en que se habian colocado.

Tenemos á un Terlet que figura por 900,000 libras ; á un Francisco Aubert , antiguo intendente del canciller Philippeaux, por 700,000 ; á un Juan Jacobo de Availly, 887,000 ; á un Pedro Maringue , 1.500,000 ; á un Guillermo Hureau de Berally , por 1.125,000 ; á un Romanet , por 4.453,000 ; á un Gourgon, ex intendente de Rouen , por 1.349,572 ; á un Antonio Crozat, por 6.600,000 ; á un Juan Pedro Chaillon , por 1.400,000 ; á un Juan Remy-Henault, nieto del labrador y padre del presidente del Parlamento, por 1.800,000 ; y por 157,000 á un Dechauffour,

quien diez años mas tarde fué enrodado en la plaza de Greve.

Todo esto produjo, ó debió producir, 347.355,433 de francos. Decimos debió producir, porque no produjo en realidad la tasa mas que 160 millones de los que escasamente entraron 60 en las arcas reales.

En efecto, eran los ladrones desollados por otros de igual clase y era fácil arreglarse. Vendian reducciones las queridas del regente, las de los jueces y hasta los jueces mismos. Visitó un caballero á un empresario que habia sido tasado en 1.200,000, y habiéndole ofrecido el hacerle desquitar de esta obligacion mediante 300,000 libras. — A fé mia, señor conde, contestóle aquel, llegais demasiado tarde, pues acabo de cerrar el trato con Madama, por la cantidad de 150,000.

Afanábase cada uno en llevarse la mejor parte posible de esta preciosa ralea. M. de Fourqueux, presidente de la cámara de justicia, se habia apropiado especialmente el despojo del famoso Bourvalais; viéronse un dia aparecer en su mesa los cubos de plata en los que refrescaba éste sus bebidas, en tiempo de su esplendor; reconocieronse y desde entonces se dió á M. de Fourqueux el nombre de el guarda sellos (1). El marqués de La Fare, yerno de Papperel, quien fué sentenciado á la pena capital, se hizo adjudicar los bienes de su suegro, malbaratándoles en relajaciones, sin pensar en mandar algun socorro al pobre diablo del sentenciado, á quien el regente habia conmutado la pena con la inmediata.

Indescriptible era el gozo que reinaba entre las gentes del pueblo, habia todos los dias retracciones, en el atrio de Nuestra Señora, iban allí los empresarios sentenciados, conducidos por el verdugo, en un carro y una soga atada al cuello. Las láminas de aquella época les representan vomitando el oro que se habian tragado.

---

(1) *Seaux* (cubos) *sceaux* (sellos) tienen en francés igual pronunciaci6n.  
(N.del T.)

Los medios que acabamos de indicar, algo violentos por cierto, pero muy populares, hicieron sin embargo frente á las primeras necesidades. Mientras tanto habia llegado un hombre que debia adquirir en poco tiempo un influjo inmenso en los negocios del reino.

Hablamos del Escocés Juan Law.

Fué este á Francia por vez primera, en el reinado del difunto rey, quien le habria sin duda empleado, á haber sido católico.

Era Law hijo de un platero, aun que baron por rama segunda pues era su madre dueña de la propiedad de Lauriston, erigida en baronía. No se sabia su edad á punto fijo, porque á nadie lo habia comunicado. Joven é instruido en la ciencia del cálculo, fué á Lóndres en donde ganó mucho dinero en el juego, mas trabóse de disputas con M. Wilson, por una mujer y matóle en un duelo; fué entonces detenido y huyó de la cárcel; pasando luego á Francia, en donde estableció una banca de faraon y realizó considerables beneficios, á tal punto considerables, que habiendo inspirado desconfianza á la policia, invitósele á que saliera de París.

Visitó entónces Ginebra, Génova y Venecia, donde jugó y ganó consecutivamente; deseando luego esplotar en mayor escala fué á presentar un sistema financiero á Victor Amadeo, duque de Saboya, quien, despues de haberle examinado, se contentó con decirle: No soy bastante poderoso para arruinarme. Volvió entonces á Francia por segunda vez, anastomóse con Desmarest y fué rechazado por el motivo que llevamos indicado.

Mas lo que era impedimento para Luis XIV, no lo fuera para Felipe de Orleans, quien escuchó la relacion de su sistema, y vió un hombre que prometia disminuir los impuestos y aumentar los productos. El génio del regente era de aquellos arriesgados que van en busca de lo desconocido y desean lo imposible.

El proyecto era extraordinario, audaz y por consiguiente debia agradar al príncipe; asi es que lo adoptó.

Tenia ese proyecto dos objetos muy distintos.

1.° La creacion de un banco de descuentos.

2.° La formacion de una sociedad mercantil destinada á poner en valor á paises que se anunciaban por encerrar inmensas riquezas.

El dia 2 de mayo decretóse el establecimiento de un banco general para todo el reino, bajo la razon social de Law y compañía.

Además nombróse á Law director de la sociedad comercial, titulada Compañía de Occidente , porque debia hacer el comercio del Mississipi.

Esta sociedad tenia la propiedad del Senegal y el privilegio esclusivo del comercio de China.

Seguirémos esas instituciones en sus progresos y decadencia.

Acabemos en pocas palabras el retrato de Law. En la época á que hemos llegado, era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años de edad, de estatura alta y fisonomía grata y pacífica; hablaba bastante bien el francés para demostrar claramente en nuestro idioma los problemas asaz oscuros de su sistema.

Cual todos los hombres de génio, para quienes la existencia ha sido solo una lucha, poco le importaban sus enemigos, pues comparábales con las moscas que se situaban en el rostro y á las cuales espanta uno con la mano.

Durante ese tiempo, aprovechando el regente las buenas disposiciones de Inglaterra para con él , habia mandado á Lóndres á Dubois para concluir allí el tratado de la triple alianza.

Por poco quebrantaba esta buena inteligencia la huida de Jacobo III, quien habia salido del ducado de Bar, atravesando París y embarcándose en Bretaña.

Mucho ruido hizo la fuga del pretendiente, pues Luis XIV habia sostenido continúa y abiertamente á los Estuardos y alimentado siempre la esperanza de restablecerles un dia en el trono. Pero en la época del fallecimiento del rey, habia cambiado la política, y el

regente , á quien el porvenir reservara la suerte de Guillermo de Orange, habia visto en Inglaterra una aliada natural y en España una enemiga.

Ya en el reinado de Luis XIV , Bolindbrog y el duque de Ormonck habian ido á someterse á Jacobo III, quien residia entonces en San-German. Estos dos jefes del torismo , proscritos de Inglaterra, proponian un desembarco en Escocia. El conde de Marr prometia la insurreccion de tres reinos , y, en efecto , el dia 20 de setiembre de 1715, levantaba en Carlestown, al frente de tres cientos vasallos suyos, el estandarte real de Jacobo III de Inglaterra y VIII de Escocia.

Imposible era que el jóven príncipe dejara á sus fieles escoceses que se hicieran matar por él, sin sostenerles con su presencia; así resolvió ponerse al frente de ellos, y conforme hemos dicho, salió de Bar para atravesar la Francia.

Sabedor de su partida, lord Stairs pensaba poder impedir por dos diferentes medios, la llegada del príncipe á Escocia.

Era el primero rogar al presidente que en virtud de las buenas relaciones que existian entre él y el rey de Inglaterra , mandara detener al pretendiente á su llegada á Francia.

Aplazado el regente por lord Stairs, dió órden á M. de Contades, mayor de sus guardias, que marchara inmediatamente á Chateau-Thierry para detener en su tránsito á Jacobo III; pero M. de Contades comprendia que el regente no podia mandar detener á aquel monarca. Bastóle en su consecuencia una mirada cambiada con el príncipe ; partió durante la noche del 9 de noviembre y entró en Chateau-Thierry por una puerta en el preciso instante en que el pretendiente acababa de salir por la otra.

Llegó éste á París el dia 10 por la mañana , hospedóse en una casita que M. de Lauzun poseia en Chaillot, vióse allí con la reina, su madre, y tomó el mismo dia el camino de Orleans , en la silla de posta de M. de Torcy.

El segundo medio de lord Stairs para impedir la llegada del pretendiente á Bretaña , consistia en hacerle asesinar , medio que le sugirió la hábil torpeza de M. de Contades.

Residia en París cierto coronel, llamado Douglas , quien habia tenido el mando de un regimiento de irlandeses costeado por la Francia, y que fué despues reformado; era sugeto de buenos modales , cortés, de gran esperiencia y reputado por valiente ; pero sabíase que era de muy pobre fortuna. Mandóle á buscar lord Stairs, declaróle su intencion y propúsole libertar á Inglaterra de ese último Estuardo , quien iba por segunda vez á reclamar el trono de sus mayores.

Nadie sabe cual fué la promesa que se hizo á Douglas ni cual la condicion con que fué cerrado el pacto regicida. Aceptó la terrible mision , llevóse consigo dos hombres de su confianza , bien armados , y fué á aguardar al príncipe en el camino que debia recorrer.

Detúvose en Nonancourt , apeóse y comió un bocado ; informóse con estremado cuidado de una silla de postas que describió , y al decirsele que no habia pasado aun , prorumpió en amenazas, pensando que se le queria engañar.

Llegó en el mismo instante un caballero sudado y cubierto de barro. Llamó á parte á Douglas y hablóle en voz baja ; anunciábale sin duda que habia perdido la pista del príncipe, pues redobló aun su cólera.

El maestro de postas , que se llamaba l'Hopital , estaba ausente, pero se hallaba su esposa en casa. Era ésta una mujer buena y honrada, y tenia capacidad , inspiracion y valor ; vió en Douglas á un inglés ó escocés, pensó que se trataba del pretendiente, adivinó que aquellos hombres tenian malas intenciones para con él y resolvió salvarle.

En su consecuencia, púsose á disposicion de Douglas y sus esbirros, nada les rehusó, prometiéndoles tardar cuanto pudiera en pro-

porcionar los caballos á los viajeros y advertirles durante esa demora, en caso de que no quisiesen decirle á que punto se dirigirian.

Douglas era desconfiado y retiróse con uno de sus hombres, dejó á los otros dos en la casa de la posta y fué á emboscarse en el camino, participando únicamente á sus cómplices el lugar de la emboscada. El caballero que instantes antes habia ido á encontrarle, debia hacerle advertir por el criado que quedaba con él, tan pronto como divisara la silla.

Muy embarazada se halló la pobre mujer al verse cara á cara con aquellos dos entes; afortunadamente calculó que uno de ellos habia llegado en el momento en que se levantaba de la mesa el que parecia ser el jefe, y que por consiguiente nada habia tomado; ofrecióle un almuerzo; pero en vez de servirle vino comun, sirviósele excelente, entretúvole en la mesa cuanto le fué posible y esperó sus órdenes.

Entretanto puso de vigilante en la calle á un criado suyo en quien tenia entera confianza, con orden de que se presentara en el umbral de la puerta, pero sin pronunciar una palabra, en el instante en que apareciera la silla; sin embargo, tardaba esta en llegar, fastidiábase en la mesa el caballero, pues estaba fatigado con motivo de la carrera que acababa de recorrer; indújole á que entrara en un cuarto y se echara en la cama, asegurándole podia confiar en ella y en su criado. Accedió el caballero y encargó á este último no abandonara el umbral de la puerta y corriera á darle aviso tan pronto como se mostrara la silla.

Conducido que fué su huesped en el cuarto mas separado de la casa, salió Madama l'Hopital por una puerta de detrás y volando á casa de una amiga suya, quien residia en una apartada calle, refirióle su aventura y sospechas, adquirió la certeza de que admitiría en su aposento al viajero, mandó á buscar á un eclesiástico pariente suyo, despojóle de su peluca y traje, y volvió á to-



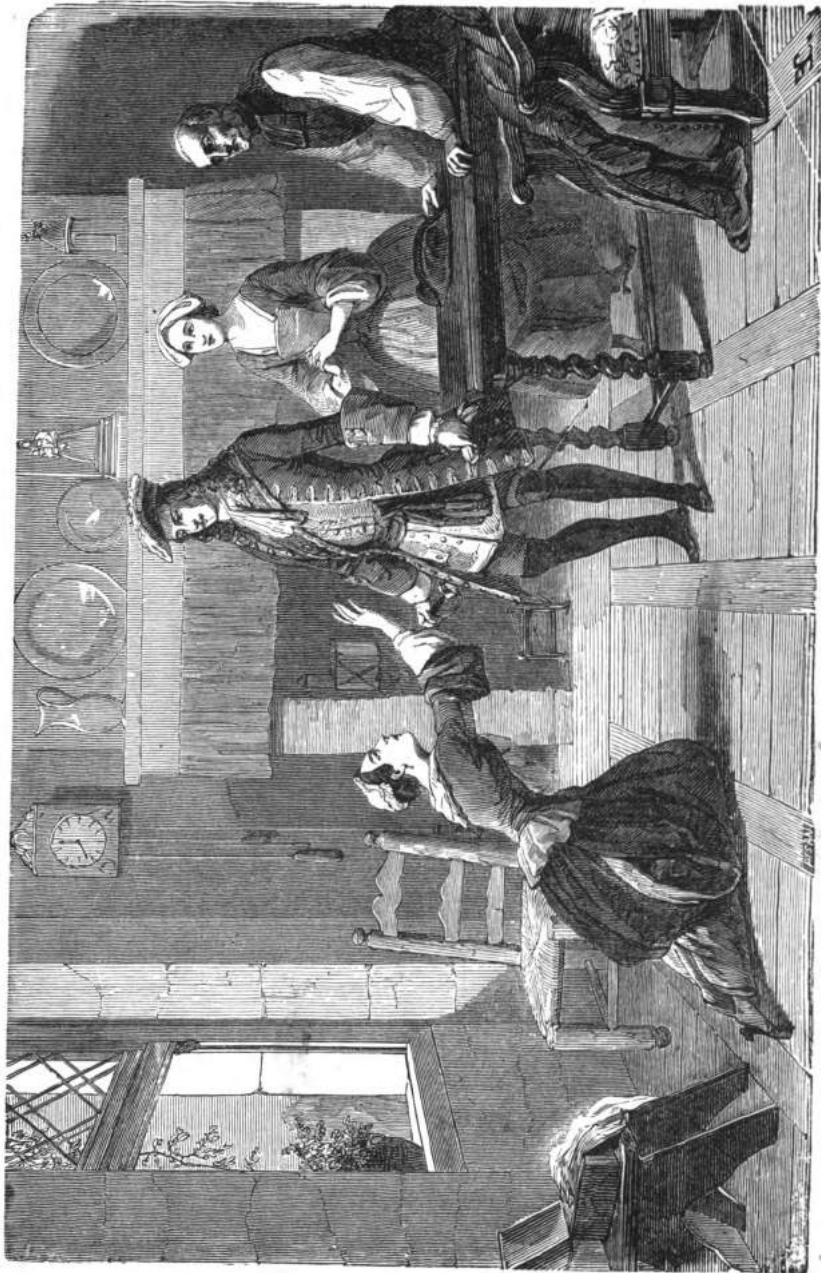
mar el camino de su casa, donde encontró en el umbral al criado, á quien ofreció un sorbo de vino en compañía de su postillon, mas éste que estaba ya advertido, derramándole el licor á copa llena logró tenderle bajo la mesa á la tercera botella, convertido en un difunto de taberna. Llamó al momento la dueña, entró ésta y habiendo luego ido á escuchar en la puerta del caballero y conocido y cerciorándose de que estaba durmiendo, cerróla con llave y colocóse de centinela en la puerta de la calle.

Apareció la silla al cabo de un cuarto de hora, salió esta buena mujer á su encuentro, hízole tomar una apartada via, condujo al viajero al aposento de su amiga y echándose allí á los piés del rey Jacobo III, suplicóle tuviera confianza en ella, pues que en caso contrario estaba perdido; refirióle cuanto habia acontecido y en tanto que el rey se disfrazaba de abate é instalaba en aquella casa donde todos ignoraban su presencia, mandó pasar aviso á la autoridad, declarando las sospechas que concibiera, hizo detener al beodo criado, y al caballero entregado aun al sueño, y envió á uno de sus postillones á casa de M. de Torcy, de quien le habia el rey proporcionado el nombre y direccion, al objeto de participar al ministro lo que acababa de suceder.

Gran barullo reinaba durante aquel intérvalo en la casa de postas; y despertando sobresaltado el caballero, dijo pertenecer á la embajada de Inglaterra, y que como tal era inviolable. Pidiósele probara lo que acaba de afirmar, mas no siéndole posible nombró á Douglas, pero rehusó decir donde se hallaba. Despues de un largo debate, llevósele en fin á la cárcel, junto con el criado, que estaba aun bamboleando.

Nadie pudo saber lo que se hizo de Douglas despues de lo ocurrido en la casa de postas. El rumor de la prision de sus dos cómplices llegó sin duda á sus oidos. Viósele correr por la carretera cual desesperado, pero corria en vano.

Permaneció el rey Jacobo tres dias en Nonancourt, oculto en



Madama l' Ospital salva á Jacobo III.

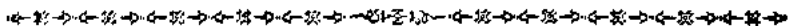


casa de la amiga de madama l'Hopital , despues de los cuales partió con el traje indicado , entrególe una carta para su madre , y ganó el puerto de Breña en donde debia embarcarse , y llegó á Escocia sin tropiezo alguno.

A los ocho dias de inútiles escursiones , volvió Douglas á París y clamó contra la violacion del derecho de gentes con audacia é impudencia estremadas. Lord Stairs acudió por su parte al regente en queja de la misma violacion , mas relatóle este su proyecto en todos sus pormenores , aconsejóle se callara , y consintiendo en dejar la instruccion en sumario , devolvióle sus dos asesinos detenidos en Nonancourt.

Amparado por lord Stairs , permaneció aun Douglas algun tiempo en París , mostrándose con afectacion en las diversiones y espectáculos; mas al ver que no le admitia ya el regente y que las gentes honradas le habian cerrado sus puertas , desapareció para no volver mas.

La reina de Inglaterra mandó á buscar á Madama l'Hopital desde San-German , dióle las gracias , la acarició como se merecia y acabó por darle su retrato , con la satisfaccion de haber cumplido con su deber. Fué cuanto le produjo su buena accion: porque murió directora de postas en Nonancourt.



## CAPÍTULO VI.



En tanto que el joven rey, de regreso ya á las Tullerías, iba creciendo bajo la vigilancia de la duquesa de Ventadour, mientras que se iban continuando las ejecuciones contra los empresarios, interinechaba Law los cimientos de su sistema, mientras que Dubois solicitaba en Lóndres la firma del tratado de la triple alianza, y Jacobo III librado de la aschanza de Nonancourt, probaba de reconquistar el triple trono de sus mayores, se iba París reponiendo de la sacudida que experimentara. El duque de Orleans, salvo un estraordinario trabajo, volvió á tomar su acostumbrado modo de vivir, la duquesa de Berry, su hija mayor, se entregó á esa loca existencia que, en medio de aquella época de vertiginosa disolucion, le valió una mención muy particular por parte de los historiadores y analistas.

A consecuencia de sus discusiones con su madre la duquesa de Orleans, y para ser mas libre de sus acciones, por las que le reprendía sin cesar en el Palais-Royal su abuela la princesa Palatina, pidió Madama de Berry permiso al regente para habitar en Luxemburgo, á lo que, como buen padre, accedió aquel inmediatamente.

Apenas fué la duquesa instalada en el Luxemburgo , cuando se le desarrollaron todos aquellos terribles instintos físicos que reunia.

Su primer capricho fué tener una compañía de guardias.

Concediósela el duque de Orleans , quien nada sabia rehusar á su hija querida ; pero quiso al propio tiempo , tuviera tambien otra su madre , la princesa Palatina.

Cosa séria era para la duquesa de Berry , la eleccion de los gentiles hombres que debian formar aquella compañía , y quienes debian estar continuamente á sus órdenes , agregados á su persona tanto de dia como de noche.

Era sobre todo objeto muy importante la eleccion del capitán , teniente y corneta.

Dióse el primer empleo al caballero de Roye , marqués de La Rochefoucault; y el último al de Courtaumer.

Yacante quedaba la lugar-tenencia cuando se le antojó á Madama de Pons , azafata de la duquesa de Berry , pedir aquel destino para M. de Riom , una mañana que asistió al afeitado de la princesa.

Quien es ese M. de Riom ? preguntó esta buscando en sus recuerdos á que fisonomía podia pertenecer semejante apellido.

— Pero , señora duquesa , es muy buen gentilhomme , hijo de Madama de Biron , segundo de la casa de Aydie , y por consiguiente sobrino de M. de Lauzun.

— No os pido yo esto , amiga mia , ya sabeis que me gustan las figuras agradables y gentes bien hechas: cómo está formado ?

— Como conviene á un militar , señora , tiene cinco piés y cuatro pulgadas , el pecho sobrepujado y bien torneadas las piernas.

— Y el rostro ?

— Me veo precisada á confesar á S. A. que M. de Riom no es ciertamente lo que se llama un buen mozo ; pero si puedo decir que es hombre firme.

— Está bien , Pons , haced venir al conde á Paris , le veré.

Como podrá suponerse, apresuróse Madama de Pons á escribir á su primo, quien por su parte no se hizo esperar.

Obró muy bien Madama Pons en no elogiar demasiado el rostro de M. de Riom.

— Era, dice Saint-Simon, un mozo gordo y corto, mofletudo y pálido, quien con su granujiento rostro parecia un obrero.

Tenia únicamente el conde de Riom bellos dientes, y era amable, respetuoso, cortés y honrado; nunca se habia imaginado inspirar pasion alguna, así es que al notar que agradaba á la princesa, quedó asombrado y voló á comunicarlo á su tío, M. de Lauzon.

Reflexionó un instante el duque, mas luego viéndose renacer en el hijo de su hermana:

— Me pides consejo? le dijo.

— Si, tío.

— Pues bien! es preciso que hagas lo que yo he hecho.

— Qué es menester que haga?

— Has de ser flexible, complaciente y respetuoso en tanto que no seas amante de la princesa, pero en el momento de serlo, es necesario que cambies de tono y maneras, que tengas antojos cual señor y caprichos cual mujer.

Inclinóse Riom ante esa rancia esperiencia y se retiró.

Durante el último año de la regencia, es decir, durante la época de que nos estamos ocupando, tenia el duque de Orleans, ardiente en el trabajo como todos los hombres de imaginacion y energía, una hora fijada para cada clase de tarea. Antes que se vistiera, empezaba el trabajo solo en la cama; recibia gente en su cámara despues de levantarse, momento corto y seguido y precedido siempre de audiencias que le absorbían gran parte de tiempo, teníanle entonces los jefes de los consejos sucesivamente hasta las dos; á esa hora tomaba el chocolate en vez de la comida, á que habia renunciado por completo; apoderábase luego de él M. de La Vrill-

liere; despues le Blanc, de quien se valia para sus confiancias; seguian á continuacion aquellos que iban hablarle de la Bula, de que nos ocuparemos muy luego y á la cual titulaban *la Constitucion*; venia despues M. de Torcy, con quien abria los pliegos y al que mas tarde confió la direccion de correos; luego M. de Villeroy, para no ocuparse en nada, solo para gallardear, como dice Saint-Simon; despues, en fin, los ministros estranjeros cada semana, y algunas veces los consejos. Llegaban de esta suerte á las siete ó á las ocho de la noche.

Los domingos y demás dias festivos, oia misa el duque en su capilla particular.

Despues del chocolate, concedia media hora á la duquesa, su esposa, y otra á la princesa Palatina, cuando habitaba ésta el Palais-Royal, esto es, en invierno, porque pasaba el verano en Saint-Cloud.

Iba el duque á visitar al rey unas veces por la mañana antes de ocuparse en los negocios y otras por la noche cuando habia concluido su trabajo. Era entonces un regocijo para Luis XV, pues llevábale casi siempre algun hermoso juguete ó le contaba festivos cuentos, lo que motivaba que aguardara una nueva visita con suma impaciencia. Por lo demás, nunca se separaba del rey sin que le hiciera muchas reverencias y le diera pruebas del mas profundo respeto.

El dia que no habia consejo, terminábase la jornada á las cinco de la tarde, desde cuyo momento no se trataba ya de negocios, sino de ir á la Ópera ó al campo, y de cenar ya en el Luxemburgo, ya en el Palais-Royal.

Son aquéllas famosas cenas de que tanto se habló antes que nosotros lo hiciéramos, y de las cuales dirémos algo á nuestra vez, hablado que hayamos de los convidados que comunmente asistian á ellas.

Eran esos desde luego la querida ó queridas del regente y des-



pues sus acostumbrados compañeros , á quienes apellidó *Sollastres* , nombre admitido por la crónica escandalosa de aquella época y trasmitido á la posteridad como para hacer honor á la sagacidad del ilustre padrino.

Cuando se le permitia su estado de salud, asistia igualmente algunas veces á ellas el abate Dubois.

— Mi hijo, decia la princesa Palatina, se parece mucho al rey David: tiene corazon é ingénio; es músico, pequeño, valeroso y amante de las mujeres.

En el momento en que hemos llegado, era la favorita del duque Madama de Parabere, lo cual no era obstáculo para que tuviera aquel sus amorosas relaciones con Madama de Averne, Madama de Sabrán y la duquesa de Phalaris.

Madama de Averne era esposa de un teniente de guardias. Sus amores con el regente databan desde una diversion que dió la mariscala de Estrées; era una jóven encantadora, un prodigio de gracias, tenia los cabellos rubios, finos y ligeros, era deslumbrante la blancura de su tez, delgadísimo su talle, suave y tierna su voz, á la que añadia una nueva gracia cierto ligero defecto de pronunciacion provincial; su fisonomía, jóven y móvil, se volvia seductora al animarse y cuando en dulce y tierna meditacion se cubrian sus azules ojos con húmedo vapor, cuando su fresca y sonrosada boca dejaba vislumbrar una ligera hilera de perlas por entre la ligera separacion de sus labios, no era aquello una mujer, era el génio de la voluptuosidad.

Algunas obras de Creuse pueden dar una idea de lo que era Madama de Averne.

Madama de Sabrán quien ya desde muy jóven reunia las disposiciones que mas tarde le granjearon su galante reputacion, habíase salido del hogar materno para caçarse con un hombre de gran reputacion, pero que nada poseía; púsola en libertad ese enlace, y es cuanto ella deseaba.

Era mujer encantadora, de una belleza perfecta, belleza regular, agradable y á la vez patética; su aire era natural, sus maneras simples; insinuante y espiritual, pero algo desordenada; reunia en fin cuanto era menester para agradar al regente. Este nombró mayordomo suyo á M. de Sabrán con dos mil escudos de sueldo, paga que su esposa tenia á bien cobrar ella misma.

Esta fué quien en una de las cenas del regente aventuró, con gran gozo de los convidados, este aforismo que despues se hizo célebre:

«Formado que hubo al hombre, cogió Dios un resto de barro con el cual amasó el alma de los príncipes y de los lacayos.»

Madama de Phalaris era alta y séria, llevaba siempre el rostro cubierto de lunares é iba adornada de plumas; era gazmoña, y afectaba abiertamente principios en que nadie creia y en los que solo ella aparentaba creer.

En cuanto á Madama de Parabere, la favorita á quien el príncipe apellidaba su negro cuervecito, era pequeñita, como lo indicaba su sobrenombre, graciosa, esbelta y viva en las réplicas; bebia y comia maravillosamente, con cuyas cualidades, junto con algunas otras que no pretendemos mencionar en este lugar, se habia ido apoderando de la voluntad del regente.

Por lo demás, poca influencia ejercian en Felipe esas mujeres, por quienes no se arruinaba ni les dejaba tomar parte alguna en los negocios del Estado.

Insistió un dia Madama de Parabere en que le participara el duque no sé que clase de proyecto político, mas habiéndola este cogido de la mano y conduciéndola ante un espejo:

—Señora, le dijo, miraos y decidme si se puede hablar de negocios á semejante palmito.

Los Sollastres de monseñor eran generalmente el duque de Brancas, el marqués de Canillac, el conde de Broglie y el de Nocé.

Era el primero un agradable veleidoso , un perfecto epicúreo, quien desfloraba la vida sin que aceptara de ella ninguno de los deberes que pudiesen estorbar su egoísmo ó los fastidios que pudieran distraerle de su pereza.

Si abría el regente la boca para hacerle una confidencia:

— Chito , mou señór , decia , jamás supe guardar mis propios secretos, y sabría aun guardar menos los de los demás.

Si se le quería hablar de los negocios del Estado :

— Poco á poco, decia, fastidíame los asuntos, pues es la vida para divertirse.

Si le rogaban sus amigos que pidiera algo al príncipe:

—Es inútil, contestaba Brancas, disfruto de mucho favor, pero no de crédito.

A los dos ó tres años de semejante modo de vivir, fué preso de un remordimiento, volvióse devoto y se retiró en la abadía del Bec, desde donde escribió al duque de Orleans, invitándole á que cual él se retirara del mundo , é hiciera tambien penitencia. Contentóse el duque con contestarle por medio del refran de una cancion de moda en aquella época:

*Reviens , Philis , en faveur de tes charmes  
je ferai grâce á ta légèreté. (1)*

Era Brancas uno de los mas gallardos mozos de la córte.

Seguíale Canillac, capitan de una compañía de mosqueteros del rey.

Era de templada figura y agradable ingénio , su conversacion cortés ; narraba con una facilidad especialmente graciosa : mordedor con magníficos dientes , agradaba al ofender : apasionado

---

(1) Vuelve Filis recomendada por tus gracias que no ha de faltarte el favor.

por los placeres y el agasajo, afectaba tan austera regidez que hasta llegaba algunas veces á burlarse de sí mismo.

En el momento en que el banco de Occidente empezó á enredarse en sus negocios, dijo Canillac á Law:

—Caballero Law, yo hago billetes y no les pago, así, vos me habeis robado mi sistema.

El duque de Broglie asemejábase á la vez al mochuelo y al mono; jugador libertino, y cargado de deudas, pasaba su vida en los enredos, lo cual le entristecía durante el día, mas al llegar la noche veíasele con la copa en la mano y era tan chispeante su conversacion como la espirituosa espuma del licor que asomaba á sus labios con frecuencia tal, que causaba la admiracion de los mas toscos convidados, pasando luego á esas bromas sin fin y á esas locas canciones que convierten en orgias los banquetes.

Nocé era alto y moreno, ó mejor, como decia la princesa Palatina, verde, negro y amarillo; eran grandes sus atenciones y mayor su extravagancia, desbordándose su imaginacion en tan amargos borbollones que llegaban á arrastrar el objeto. Habia sido educado con el regente, de quien su padre fué sub-ayo, y por consiguiente ejercia gran influencia en él. No salia por la noche el regente, sino en compañía de Nocé.

Era este el Giafar de aquel nuevo Arounal-Raschild.

Los demás convidados de costumbre eran Ravannes, quien dejó curiosas memorias sobre las cenas de que hablaremos, y Cossé de Brissac, caballero de Malta, quien trasladaba en los postreros momentos de una estremada orgia, los caballerescos modales de sus pasados.

Encerrábase á las diez el regente con esos hombres y mujeres, con quienes se juntaba á veces la duquesa de Berry, su hija. Cerradas que fuesen las puertas, ya podia arder Paris, perderse la Francia, undirse el mundo entero, estaba positiva, rigurosa y absolutamente prohibido el ir á turbar al regente.

Pasaba en aquellas reuniones cuanto podía imaginar la locura de embriagadas, ricas y poderosas gentes, cosas son semejantes á las que refiere Petronio y á las que medita Apuleo.

En medio de todo esto, habia un criado del regente, hombre honrado que habia visto nacer al príncipe y á quien éste habia hecho conserge del Palais-Royal. Llamábase Ibagnet, y amaba sinceramente á su amo, con quien hablaba con la libertad de un antiguo servidor. Teníale el regente cierta clase de respeto y nunca se habria atrevido á encargarle aquellas bajas misiones con que cumplian por él con gusto los ministros ó sus sollastres. Acompañaba por la noche á su señor, con la luz en la mano, hasta el cuarto en donde se celebraban las orgias, y deteníase allí. Invitóle á entrar un dia el duque, mas díjole el honrado criado, meneando la cabeza:

—Monseñor, aquí acaba mi servicio. No veo tan mala compañía.

Tan terrible era la vida que llevaba el regente, que cada vez que se mandaba á buscar á Chirac, su primer médico, para que le visitara, nunca dejaba este de esclamar:

—Oh! Dios mio! ha sido acometido de un ataque apopléctico?

Con sus contiúas instancias, obtuvo en fin Chirac del regente que se abstuviera de la comida que hacía á las dos, sustituyéndola con una simple taza de chocolate; pero estaba éste tan cargado de ámbar que en vez de serle saludable no podia menos de ser nocivo. El duque veia en el ámbar un poderoso afrodisíaco.

Echemos ahora la vista en la literatura de aquella época.

Si esceptuamos á Chaulieu y Fontenelle, á estos dos decanos de la literatura, toda la brillante pleyade de Luis XIV habia ya desaparecido. Corneille, el decano de la academia francesa, habia fallecido en 1684; Rotrou, en 1691; Moliere, en 1675; Racine, en 1699; La Fontaine, en 1695; Regnard, en 1709; y Boileau, en 1711.

La literatura del siglo XVIII, la literatura filosófica mas bien que la literaria, habia apenas nacido ó estaba por nacer aun. Juan Jacobo Rousseau, quien nació en 1712, era todavía niño. Voltaire nació en 1694, y estaba componiendo sus primeros versos. Marivaux nació en 1688, y no debia dar á luz su primera comedia hasta el año de 1721. Crebillon hijo, nació en 1707, y por consecuencia tenia diez años de edad. Piron nació en 1689, y no debia ir á París hasta 1719; y Montesquieu, quien como el último nació en 1689, y fué consejero en 1714 y presidente de bonete redondo del Parlamento de Burdeos, no debia dar al público sus *Cartas Persianas*, su primer trabajo, sino en 1720.

Todo pasaba, pues, ó iba á pasar entre Chaulieu, de 77 años de edad; Fontenelle, de 59; Le Sage, de 48; Crebillon, de 43; Destouches, de 37; Marivaux, de 28; y Voltaire quien no tenia mas que 20.

Chaulieu, septuagenario, habia visto el pasado siglo desarrollarse ante sus ojos; habia medido su grandeza y su miseria, su esplendor y sus desastres; ya casi sin vista, habia conservado aquella alegría, privilegio de los ciegos. Ay! habia mas gozo, mas fé y mas creencia en aquel sol que se ponía, que en todos los astros que iban á salir. Chaulieu, con un pié en el sepulcro, reía con risa menos gesticulante que el jóven Arouet en su cuna.

Fontenelle, quien debia vivir cien años, era la personificación del egoismo, esa fantasma viviente que pasa á través del tiempo sin pensar mas que en sí misma; Fontenelle, hombre de ingenio; escritor agradable, filósofo panteísta, se vanagloriaba de no haber reído ni llorado nunca. Unió un siglo por ambos estremos sin haber tenido una querida ni un amigo. Quereis tener una idea exacta de lo que era Fontenelle? Escuchad:

Entró en una fonda con un compatriota suyo, pidieron ambos espárragos, con la sola diferencia de que él les prefirió con aceite y el otro en salsa. Salió el mozo y en el mismo instante sucum-

bió su convidado, víctima de una apoplejía fulminante. Movióle Fontenelle, tocóle y examinó si era efectivamente muerto; y convencido que quedó del terrible lance, mandó que se llevaran el cadáver, y volviendo á llamar al mozo le dijo:

—Vengan todos los espárragos con aceite.

Una sola anécdota es á veces mas completa que una biografía.

Le Sage, conforme hemos dicho, habia dado á luz, en el año de 1709, *Turcaret*; es decir, una de las mas bellas comedias que existen.

Habia publicado además, en 1707, su romance titulado *El diablo cojuelo* y acababa de publicar, en 1715, la primera parte del *Gil Blas*.

Crebillon venia despues de los grandes maestros Corneille, Rotron y Racine. Tenia un resto de inspiracion trágica, algo sombrío y enlutado en su concepcion; pero poco arte en la composicion y carecia de estilo; afligió tanto á Voltaire su *Catalina*, que no se habria ese sosegado, si no hubiera compuesto otra. Tuviéronse dos malas composiciones en vez de una; hé ahí todo.

Crebillon llamaba suyo el género terrible. Despues de la representacion de *Atréo*, preguntáronle porque motivo habia entrado en aquella via:

—No pude escoger, respondió. Habíase Corneille apropiado el cielo y Racine la tierra, y no quedándome ya mas que el infierno, echéme allí á cuerpo descubierto.

En la época en que nos hallamos, despues de haber estado en 1711 en el apogeo de su reputacion, empezaba ya Crebillon á bajar de aquella resbaladiza cumbre. En 1714, habíale *Xerxés* empujado en esa rápida pendiente de la caida; iba en fin á dar *Semiramis* que debia hacerle adelantar de un paso hácia el profundo abismo de olvido en que ha caido en nuestros dias.

Destouches habia principiado por una tragedia de los *Macabeos*, cuya dramática historia no dejó vestigio alguno. Habia luego he-

cho representar, en 1710, el *Curioso impertinente*, y despues, en 1713, el *Irresoluto*, que termina con este agradable verso:

*J'aurai mieux fait, je crois, d'épouser Célièmène* (1).

En 1715, en fin, acababa de dar á luz el *Maldiciente*.

Marivaux, como ya dijimos, no habia hecho nada aun.

Voltaire, quien por su tragedia de *Edipo*, iba á ser poeta de la época, solo se habia dado á conocer con los *He visto*, que le habian proporcionado su entrada en la Bastilla.

Durante ese tiempo iba el jóven rey creciendo en manos de Madama de Ventadour, quien procuraba darle la educacion mas real que le era posible, pero no siempre salia en ello airosa.

Estando el niño un dia jugando con un luis, dejósele caer al suelo, y como se bajara para recogerle, levantóle la duquesa, diciendo:

— Señor, todo cuanto se le cae de las manos á un rey, no le pertenece ya.

Y entregó la moneda á un lacayo que acertaba á pasar.

Presentóse otro dia al rey á M. de Coislin, obispo de Metz, cuyo físico no era muy afable; así es que al ser divisado por Luis XV, este exclamó:

— Jesús! cuán feo sois!

— De veras, replicó el prelado volviéndole la espalda, hé aquí á un niño bien mal educado.

Salió sin tan solo saludar á S. M.

Iba á enfadarse el rey, pero intervino Madama de Ventadour y díjole: Que lo que en otro niño hubiera sido únicamente una inocencia, era por su parte una grosera descortesía.

Luis XV, ya adulto está muy bien retratado en esas dos facciones del rey niño.

---

(1) Mucho mejor hubiera procedido enlazándome con Celimena.



## CAPÍTULO VII.

Hemos asistido á la primera manifestacion de la alianza formada entre lord Stairs y el abate Dubois , cuando ambos se mostraron en la misma tribuna , á esa famosa sesion del Parlamento, que discernió la regencia á Felipe II.

Ya mas de un año antes del fallecimiento del difunto rey, estaba lord Stairs en Francia, en donde, sin mision aparente, llevaba, no el cargo de embajador , sino que representaba los intereses del rey Jorge , llevando en la faltriquera sus despachos en blanco. Dependia , pues , de él la eleccion de la época en que tomaria una posicion oficial.

Era un gentilhombre escocés muy sencillo, alto, bien formado, flaco y jóven aun , llevaba elevada su cabeza y tenia espresivos los ojos. Era de carácter pronto, emprendedor, audaz y atrevido por temperamento y por principios. Tenia ingénio y destreza , lo que se llamaba en fin habilidad. Era además reservado, instruido, dueño de si mismo , dominaba su semblante y hablaba todas las lenguas ; so protesto de que le gustaban las diversiones , daba grandes banquetes, impulsando á los demás hasta la embriaguez, sin que llegara nunca á turbarse su razon ; adicto á Malborough, con quien estaba profundamente unido, recordando que le

habia sacado de la oscuridad al darle un regimiento y la órden de Escocia, era whig (1) hasta la punta de las uñas.

Semejante hombre debia entenderse con Dubois de un modo admirable.

Por otra parte los intereses del rey de Inglaterra y los del regente de Francia eran los mismos.

Guillermo habia muerto en 1702 y dejado el trono en su hija Ana, quien falleció sin descendencia en 1712, pero habia llamado desde 1704 á su sucesion eventual á Jorge, elector de Hannover.

Habia, pues, Jorge visto ratificar su adopcion por el Parlamento inglés, como Felipe habia visto confirmar su regencia por el Parlamento francés. Tenia cada uno un enemigo peligroso. Jorge I, á Jacobo III, aspirante al trono de Inglaterra; y el regente á Felipe V, aspirante al de Francia, en caso de fallecer el jóven rey Luis XV. Muy natural era que el regente prestara auxilio á Jorge I, contra Jacobo III, á fin de obtenerle de aquel contra Felipe V.

Pero esa nueva combinacion destruia todos los antecedentes de la política de Luis XIV, quien habia logrado que la España fuese su aliada al paso que la Inglaterra su enemiga.

El viaje de Dubois tenia, pues, por objeto estrechar esa alianza de comunes intereses entre Jorge I y el regente.

De las negociaciones entabladas por Dubois, resultó el tratado firmado en La Haya entre Francia é Inglaterra, titulado *Tratado de la triple alianza*, porque las provincias unidas acabaron por adherirse á él.

Decíase en ese tratado que saldria de Francia el pretendiente, que se demolerian Dunquerque y Mardick, que ninguno de los

(1) Nombre de un partido político en Inglaterra que hace profesion de defender la libertad y está en oposicion con los Toris. (N. del T.)

contratantes prestaria auxilio á los rebeldes declarados tales por ambos partidos; mediante lo cual se prometian recíprocamente sostener las disposiciones del tratado de Utreck , que aseguraba la sucesion de la corona de Inglaterra en la casa de Hanover y alejaba del trono de Francia á Felipe V.

Valióle á Dubois dos cartas la firma de dicho convenio : una del rey Jorge y otra del regente.

Hé aquí la del primero:

« Hariais bien , M. Dubois , de hallaros el dia 20 del actual «(Enero de 1717) en..... ( 1 ) , por donde pasará al dirigirme á «Lóndres. Además de la satisfaccion que tendré en veros , hago «intento de hablaros sobre varios asuntos. Stanhope os manifes- «tará el contento que esperimento por la unánime aprobacion de «las Siete Provincias. Si fuera yo regente de Francia, no perma- «neceriais largo tiempo en el puesto de consejero de Estado. En «Inglaterra seriais ministro antes de ocho dias.

JORGE, REY DE INGLATERRA.»

Hé aquí la del regente:

« Mi caro abate: Habeis salvado la Francia, el duque de Orleans «os abraza y el regente no sabe como recompensaros. He parti- «cipado al rey el brillante servicio que acabais de prestarle; «y me ha contestado con la sencillez propia de su edad : « no «creia yo que fueran tan útiles los abates. » Apresuraos á dis- «frutar de vuestro triunfo , pues noto vuestra ausencia en el Pa-

---

(1) El nombre que cita en la carta autógrafa es ilegible.

«lais-Royal. Haced ahora una gran alianza con vuestra salud y  
«la vida.

VUESTRO APASIONADO, FÉLPE DE ORLEANS.»

Regresó Dubois triunfante á París , en donde supo que habia fallecido el canciller Voisin, hallando en su lugar á M. de Aguesseau, y al rey libre de mujeres , como se decia en aquella época.

En 15 de febrero , habia sido confiado , por Madama de Ventadour , al cuidado del duque de Orleans , quien al momento le presentó á M. de Villeroy y al abate Fleury , antiguo obispo de Frejus , á quien no ha de confundirse con el autor de la historia eclesiástica, y quien no era preceptor del rey, pero si su confesor.

Sin embargo, en tanto que realizaba el tratado de la triple alianza, que era una precaucion contra España, deseaba el duque entablar buenas relaciones con esta nacion ; en su consecuencia, el dia 26 de febrero de 1717, mandó, por conducto del duque de Richelieu , el cordon azul al príncipe de Asturias , y abrió con Felipe V una negociacion cuyo objeto era el enlace del príncipe con una hija suya.

El duque de Richelieu , cuyo nombre hemos ya pronunciado otra vez , merece mas que otro una mencion particular. Habiendo nacido en el siglo de Luis XIV , debia sobrevivir quince años á Luis XV , y como tipo de la aristocracia del siglo XVIII , fallecer en 1788 , en el año anterior al de la toma de la Bastilla , es decir, un año antes del golpe que hirió el corazon de la monarquía.

Habiendo nacido en 1696 , tenia entónces el duque 21 años ; era de agradable aspecto , talle elegante y habíase conquistado la reputacion de ser uno de los mas espirituales de la época. Una aventura que tuvo casi al entrar al mundo , á la edad de quince años , con la duquesa de Borgoña , habia puesto á la moda al sobrinito del gran cardenal. Fué sorprendido por las camareras en el lecho de la duquesa del propio y exacto modo que Chatelard en

el de María Estuardo, con la diferencia de terminar el lance de un modo menos trágico; pues Chatelard entregó su cabeza al verdugo, mientras que Richelieu quedó corriente con catorce meses de encierro en la Bastilla.

Había servido á las órdenes del mariscal de Villars; y encontrábase con él en Denain, disfrutando al propio tiempo del doble privilegio, poco comun por cierto, de ser á la vez adorado del marido y de la mujer.

Apenas salió de la Bastilla, cuando la señorita de Charolais, hermana del duque de Borbon, concibió una loca pasión por él. A propósito del duque de Borbon, al ocuparnos de él, diremos algunas palabras de la duquesa, su madre, quien componía aquellas canciones que tan alto se cantaban entónces, pero que no se atreverían á cantar hoy día en voz baja, y de su padre Luis III de Borbon, quien, mas jiboso que viejo caldero, decia á Monsieur, hermano de Luis XIV:

—Ayer me tomaron por vos en el baile de la Ópera.—A lo que contestaba Monsieur:

—Caballero, hago ofrenda de ello á Dios.

Entretanto, y relativamente á su amor para con el duque de Richelieu, detengámonos un instante para hablar de la señorita de Charolais, quien, como se verá, merece mucho que se ocupe uno en ella.

No pertenecía á ningun partido político y se ocupaba únicamente en sus placeres; era bella y graciosa, y habia recibido del cielo tan feliz ó fatal sensibilidad que para ella era el amor una necesidad. La señorita de Charolais y M. de Richelieu habian sentido igual necesidad en su alma antes de la edad de quince años, y alcanzado que hubieron la de veinte ó veinte y uno, habia la primera tenido tantos amantes como queridas el segundo.

El resultado de esta encantadora existencia fué que la señorita

de Charolais desde los quince á los veinte años, en cada uno de ellos tuvo un hijo.

Por lo demás, no se crea que ocultara semejantes hechos, considerándolo, como dice Bois-Jourdain en sus *Misceláneas históricas*, como un accidente de su estado de soltera mayor que lleva el título de princesa. Sin embargo, cada vez que acontecía un accidente de esta naturaleza, hacíasela pasar por enferma durante las seis últimas semanas de su embarazo; recibía únicamente á amigos íntimos, y á pesar de que no ignoraba el público su situación, como había ya pasado á ser costumbre, nadie hablaba de ella; la córte mandaba informarse de su salud, pero sin anticiparse mas.

Una vez, sin embargo, quebrantóse el incógnito sin que nadie buscara penetrarle; es el caso que habiendo sido cambiado el suizo del palacio sin que el nuevo portero recibiera las oportunas instrucciones, contestó del siguiente modo á un criado que iba á pedirle noticias de la princesa:

—La señorita sigue perfectamente, lo propio que el recién nacido.

En este feliz momento de la vida de la señorita de Charolais, apareció M. de Richelieu, de quien, como dijimos, se habia enamorado locamente la princesa.

Por otra parte, lo que tal vez decidió al regente á alejar al jóven duque de Frónsac, quien acababa de hacer una segunda estada en la Bastilla, á causa de su duelo con M. de Gagé, lo que determinó al príncipe, decimos, á enviar el cordon azul al príncipe de Asturias era quizas mas que su deseo de entablar con España las negociaciones de que hemos hablado, que el de restablecer en su propia casa la tranquilidad turbada por el jóven duque.

La señorita de Valois, hija del regente, tenia por M. de Richelieu una pasion no menos loca que su prima, la señorita de Charolais.

Pedimos á nuestros lectores tengan á bien dispensarnos; pero es nuestra costumbre pintar las épocas, no segun los historiadores, sino á imitacion de los analistas; no siguiendo el ejemplo de Tácito, sino el de Suetonio; no á la moda de Anquetil, sino á la de Saint-Simon.

¶ Hémonos presentado sombríos y tristes en el último período del siglo de Luis XIV, permítasenos ser ahora insensatos, bulliciosos y libres en esa época libre, bulliciosa é insensata. A nuestro modo de ver, es la historia un espejo sobre el cual no tiene el historiador facultad para correr un velo.

Volvamos á tratar de los amores de la señorita de Valois.

No tenia esta las mismas proporciones para ver á M. de Richelieu, que su prima, la señorita de Charolais, quien moraba en un cuarto bajo, situado en un jardin cuya llave tenia el duque. La señorita de Valois era tan severamente vigilada por su padre en particular, que hallándose un dia en el baile de la Ópera, estaba hablando con ella M. de Mauconseil, amigo del duque de Richelieu, cuando el regente, quien sospechaba el amor de los dos jóvenes, pasó por cerca de su hija, y dirigiéndose á M. de Mauconseil á quien tomara por el duque:

—Máscara, le dijo, cuidado con vos, si no quereis volver por tercera vez á la Bastilla.

Asustado Mauconseil, quitóse al momento la máscara, á fin de que viese el regente que se habia equivocado; conoció en efecto su error, mas añadió lo siguiente:

—Está bien, pero no deja de ser dado el consejo, M. de Mauconseil; esplicad, pues, á vuestro amigo lo que acabo de decir en su obsequio.

No le amedrantó á Richelieu la amenaza, pues disfrazóse de mujer y no se dió por satisfecho hasta que se vió al lado de la princesa.

Súpolo el regente; pero la señorita de Valois, tanto por amor

como por temor de que se llevara á efecto la amenaza de la Bastilla , dió á su amante armas terribles contra su padre; disimuló su cólera el regente y confió al duque una mision en España.

Hé aquí el motivo porque se eligió al duque de Richelieu para llevar el cordon azul al príncipe de Asturias.

Hemos hablado ya dos ó tres veces de los bailes de la Ópera; habian sido inventados á corta diferencia en aquella misma época, por el caballero de Bouillon, quien, sin que se supiera el motivo, se hacía apellidar príncipe de Auvernia; fué el primero que concibió la idea de elevar el entarimado á la altura de la escena y convertir la sala de la Ópera en salon á un andar. Tan feliz halló la idea el regente que pensionó con seis mil libras al caballero de Bouillon. La Ópera estaba entonces, como sabemos, en el Palais-Royal.

Súpose por aquella época la próxima llegada del Czar Pedro á París.

Era para los parisienses gran novedad la visita de aquel polar monarca, carpintero en Saardam, quien habia regresado á Petersburgo para apaciguar una rebelion de Strelitz, con su hacha de descuartizamiento en la mano, y aplastado en fin en Pultava á Cárlos XII, el leon del norte.

Pedro I deseaba desde mucho tiempo visitar la Francia; habia ya manifestado ese deseo á Luis XIV, en los últimos años de su reinado; pero entristecido el rey por los achaques de su edad, arruinado por la guerra de sucesion y avergonzado de no poder ostentar el fausto de los primeros años de su reinado, habia hecho variar de intento al Czar, del modo mas cortés que le fué dable.

A principios del año 1717, resolvió, pues, poner en ejecucion el proyecto aplazado por Luis XIV. Participólo al regente el príncipe Kurakin, su embajador, y por temor de alguna derrota, anunció que habia ya partido su amo para ejecutar el proyectado viaje.



No pudo, pues, el regente escusarse cual lo hizo Luis XIV, y estando ya próxima la llegada, mandó á su gentilhombre ordinario, el marqués de Nesle y de Libois, que se dirigiera á Dunquerque y esperara allí al Czar con los equipajes del rey.

Dióse orden de que se le recibiera al desembarcar, se le costearan los gastos del viaje y se le hicieran en todas partes los mismos honores que al rey.

Además, el mariscal de Tessé fué hasta Beaumont para recibirle y conducirlo á París, en donde llegó el día 7 de mayo.

El Czar era alto de estatura, bien formado y estaba bastante flaco; tenía la tez morena y animada, grandes y brillantes los ojos, mirada penetrante y algunas veces feroz, sobre todo cuando le cogia un movimiento convulsivo que desorganizaba su fisonomía, ocasionado por una tentativa de envenenamiento de que fué víctima en su infancia; sin embargo, cuando queria recibir á alguien con finura, volvíase risueño su semblante y no carecia de gracia, aunque conservara siempre algo de severa majestad. Eran bruscos y precipitados sus movimientos, impetuoso su carácter y violentas sus pasiones. La costumbre del despotismo hacia que se sucedieran en él rápidamente, deseos, antojos y extravagancias y no pudiera soportar la menor contrariedad de tiempos, lugares ni circunstancias. Cansado á veces de la afluencia de personas que iban á visitarle, despedíales con una palabra, con un gesto, ó dejábales allí plantados y se dirigia á donde le llamaba su curiosidad: si no estaban dispuestos los coches, subia al primero que á su vista se ofrecia, aun cuando fuera de alquiler. No hallando otro, subió un día al de la mariscala de Matignon, quien habia ido á verle, y se hizo conducir á Bolonia; en este caso, que acontecia con frecuencia, el mariscal de Tessé y sus guardias corrian tras él como podian. Resolvióse en fin tenerle siempre dispuestos coches y caballos lo cual se ejecutó testualmente.

Con todo , en otras ocasiones daba pruebas de que no le era extraña la etiqueta ; así es que por grandes que fueran sus deseos de visitar París , declaró que no saldría de casa que no fuera visitado por el rey .

No se le quiso tener mucho tiempo prisionero ; pues hízole su visita el regente el día siguiente al de su llegada . Apenas fué anunciado , cuando salió el Czar de su gabinete , adelantóse hácia él , abrazóle y mostrándole con la mano la puerta del gabinete , volvióse al momento y entró primeramente seguido del regente y el príncipe de Kurakin ; habíanse preparado dos butacas , tomó el Czar una de ellas , y se sentó en la otra el regente , quedándose en pié el príncipe Kurakin , quien les servía de intérprete .

Al cabo de media hora de conversacion , levantóse el Czar y detúvose en el mismo paraje en donde había recibido al regente , quien , al retirarse , hizo una profunda reverencia , á la que contestó el primero con una inclinacion .

El lunes , día 10 de mayo , visitó el rey á su vez al emperador ; al ruido del coche , avanzó el Czar hasta el patio , recibió al rey al apearse , y siguiendo ambos la misma línea , conservando el rey la derecha , entraron en el aposento en donde el Czar tomó el primer sillón , dándole en todo la preferencia ; permanecido que hubieron algunos momentos sentados , levantóse el emperador y tomando al rey en sus brazos , abrazóle varias veces , con enternecidos ojos y con ademan y trasportes de la mas notada ternura . El rey que solo contaba la edad de siete años y algunos meses , no quedó en modo alguno admirado , hízole un cumplimentecito y se prestó con gusto á todas las caricias del Czar . Al salir conservaron ambos príncipes el mismo ceremonial que á la llegada , acompañándole hasta el coche y conservando siempre el mantenimiento de la legalidad .

El día 11 devolvió el Czar la visita al rey ; debíale este recibir al bajar de la carroza , pero en el momento en que aquel divisó al

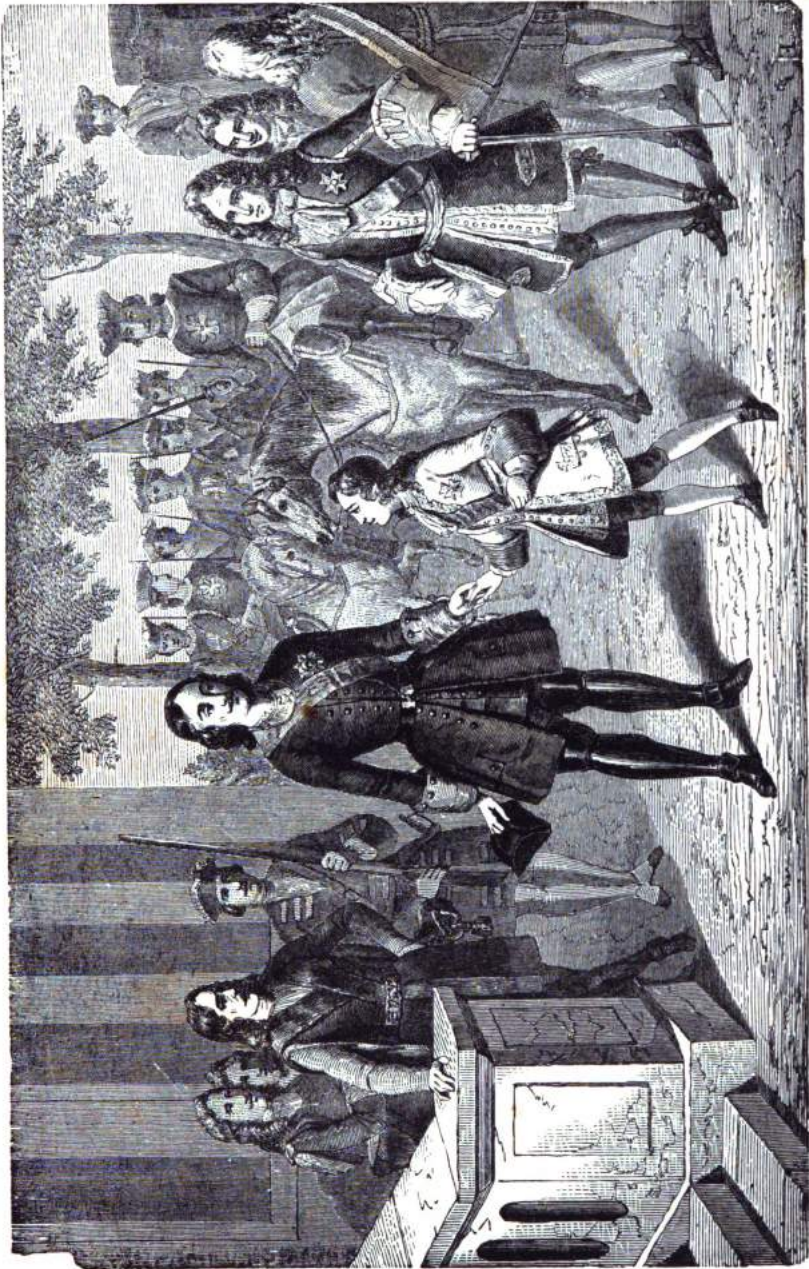
jóven príncipe en el vestíbulo de las Tullerías, saltó del coche, fué á su encuentro, cogióle en brazos, subió de esta suerte la escalera y le llevó hasta el aposento; llegados que allí hubieron, observóse todo lo de la víspera, á escepcion de dar el rey la mano al Czar, como sucedió el dia anterior.

Al llegar á París, paró el Czar en el Louvre donde se le había destinado el aposento de la reina, ricamente amueblado é iluminado al efecto; mas habiéndole hallado demasiado lujoso, subió otra vez al coche y solicitó una casa particular; condujósele entonces al hotel Lesdigueres, cerca del Arsenal, donde halló los muebles tan bellos y ricos como en el Louvre. Habiéndose, pues, imaginado esa contrariedad de que estaba demasiado bien alojado, sacó de un forgon su cama de campaña y armóle en un guarda-ropa.

Encargóse á Varton, uno de los cocineros del rey, tuviera preparada mañana y tarde, para el príncipe una mesa de cuarenta cubiertos, otra para los oficiales y otra para los criados.

Recibida y devuelta que fué la visita del rey, recorrió el Czar todo París entrando en las tiendas, deteniendo á los obreros, preguntando á todo el mundo, visitando los Gobelins, célebre manufactura de granas y tapices, el Observatorio, el Jardin de Plantas, el gabinete de Mecánica, la Galería de los Planos y los Inválidos; echando una desdeñosa mirada á los diamantes de la corona, pero se detuvo una hora hablando con los carpinteros que construian el puente giratorio.

Era su traje de los mas sencillos; consistia en una casaca de baragan, ceñido por un ancho cinturón desde el cual estaba pendiente un sable; usaba una peluca redonda, no empolvada, que no pasaba del cuello y llevaba camisa sin puños. Al llegar á París habia encargado una peluca, trájosela de moda el peluquero, es decir, larga y poblada; y sin tomarse la molestia de decirle que no la queria de aquella suerte, cogió unas tijeras y la redujo á la forma que mejor le pareció.



Luis XIV recibe á Pablo I, emperador de Rusia.



En medio de sus carreras , cogiéronle deseos de visitar San Ciro; estudió todas las clases é hizo esplicar las lecciones que allí se daban , mas antojándosele de súbito el ir á ver á Madama de Maintenon , subió á casa de ésta , y , sin que le detuvieran las observaciones de sus camareras , quienes le dijeron no estaba levantada su señora , entró á su cuarto , y como estaban corridas las cortinas de la cama y ventana , descorrió las de esta primero y luego las de la cama , miróla atentamente y salió á los cinco minutos sin haberle dirigido una palabra.

Visitó la Sorbona y al divisar la tumba del cardenal de Richelieu , voló hácia ella y abrazó el busto del ministro de Luis XIII, exclamando:

—Diera la mitad de mi imperio á un hombre como tú para que me ayudára á gobernar la otra mitad.

No fué echada en olvido la casa de monedas: despues de haber el Czar examinado la estructura y juego del balancin, juntóse con los operarios para acuñar una medalla , la que le fué presentada al acabar la operacion.

Tenia en la faz su efigie con su inscripcion: *Petrus Alexiowitch Czar. Mags. Rus. Imp;* y llevaba al dorso una firma con estas palabras; *Vires acquirit eundo.*

Muy grata le fué esa galantería; nunca habia visto una medalla tan bien-acuñada como aquella, ni tan parecida.

Todo París se ocupó del Czar el primer mes , el segundo produjo menos efecto, y el tercero, habiéndole ya visto todo el mundo, nadie se paraba en él.

El dia 20 de junio dirigióse á las aguas de Spa.

Entre tanto continuabá aun el gran proceso que apartaba la nobleza de Francia; habíase quebrantado el testamento de Luis XIV, pero no el edicto de 5 de mayo de 1694, que concedia á los príncipes adoptivos la categoría inmediatamente despues de los de la familia real , aventajando á los pares , y tambien el del mes de

julio de 1714 que declaraba que en caso de estincion de los príncipes legítimos de la casa de Borbon , quedaban abtos para sucederles MM. du Maine y de Tolosa , lo propio que sus legítimos hijos.

Esos dos decretos pesaban mucho á la nobleza de Francia.

Los pares al igual que los príncipes legítimos , presentaron su apelacion.

Es lo mas chocante de la de los últimos que, al contrario de la máxima emitida por Luis XIV de que *no debiendo la corona sino á Dios* , podia trasmitirla á quien se le antojara , decian que esa disposicion *privaba á la nacion de su mas bello derecho, el de disponer de sí misma en caso de faltar la real familia.*

Hé aquí de esta suerte reconocida la eleccion y reclamado el sufragio universal por la misma nobleza , por los mismos príncipes de la familia real , en su apelacion del 22 de agosto de 1716.

Contestó á ésta , el dia 2 de julio de 1717 , un decreto revocando al de igual mes del año 1714 y la declaracion de 1715 y privando al propio tiempo á los príncipes adoptivos del derecho de poderse titular y calificar príncipes de la familia real ; pero conservándoles los honores de que habian hasta entonces disfrutado en el Parlamento, esto es, la precedencia y la categoria superior á los pares. Salvo esta última prerogativa, hallábanse completamente desposeidos de los estraños honores de que les habia rodeado la debilidad del antiguo rey.

En tanto que se juzgaba ese gran proceso, movióse un conflicto no menos grave , el que al igual que el otro , debió ser juzgado por el consejo de regencia.

Algunos dias despues al en que el rey habia empezado á rodearse de hombres , quiso ir á la féria de Saint-Germain, la que acababa de abrirse. Créfase en un principio que nada era tan fácil como proporcionarle esa diversion; pero como fué menester subir

á un coche , no estuvieron acordes M. du Maine y M. de Villeroy sobre el puesto que debían ocupar respectivamente en el del rey; pretendiendo M. de Villeroy que como ayo de S. M. , no debía ceder el primer asiento sino á los príncipes de la familia real.

Tal dificultad no pudo resolverse en aquel momento y el rey volvió á subir á sus aposentos , llorando y sin poder ver la fériá.

Durante ese tiempo lastimósele al regente á tal punto la vista, que le amenazaba una ceguera completa, lo cual agitó la idea de separarle del poder y reemplazarle con el duque de Borbon en caso de absoluta ceguera. Manifestaron al público que la causa de la enfermedad que amenazaba la entera estincion de la vista del regente, era un raquetazo que sufrió distraidamente mientras estaba jugando á pelota.

Pero si era casi ciego el regente, no era por cierto sordo. Habia oido hablar de un modo vago de que se queria nombrar en su lugar al duque de Borbon , habia perseguido y atacado ese murmullo , profundizado el complot y adquirido la certeza de que eran sus autores el canciller de Aguesseau y el cardenal de Noailles.

Resolvió el duque de Orleans castigar á los culpables, y estando un dia hablando con el de Noailles, presidente del consejo de hacienda, y MM. Portail y Fourqueux , miembros del Parlamento, atrajo el príncipe la conversacion hácia su canciller ; quejóse de su poca amabilidad para con sus deseos y declaróles que estaba casi determinado á reemplazarle.

El duque de Noailles que ignoraba el punto á que habia llegado el asunto , defendió al canciller con mas calor del que hubiera empleado á haber sido advertido. Olfatearon ambos consejeros una desgracia y ablandáronse muy luego en esa misma defensa que , cual el duque de Noailles , habian empezado á emprender. Por otra parte, cada uno de ellos alimentaba la esperanza de reemplazar á de Aguesseau en caso de que se le despidiera. En tal es-



tado las cosas ; entró un uquier y anunció á M. de Argenson, abriendo ambos batientes de la puerta , honor que tributado á un simple teniente de policía, admiró mucho á los asistentes.

Pero esplicóles el regente el enigma casi en el mismo instante:

—Señores, les dijo, os presento al nuevo guarda sellos.

Y sacando en el mismo momento el nombramiento de M. de Argenson de su faltriquera, puso de su mano el sello y se lo entregó.

—Segun lo que está pasando, dijo aturdido M. de Noailles, me parece que no me queda ya mas que marcharme , pues veo me cabe el infortunio de estar en completa desgracia.

—Como os plazca, caballero, contestó el regente.

Y el duque se retiró.

Volviéndose entonces el príncipe hácia ambos consejeros:

—Señores, les dijo, mostrándoles á de Argenson, os presento no solamente al conciller , sino tambien al jefe del consejo de hacienda.

Inclináronse los dos miembros del Parlamento, y salieron para no tener que cumplimentar á M. de Argenson.

En cuanto al cardenal de Noailles permaneció aun al frente del consejo inquisitorial; pero fué muy luego reemplazado por los dos jefes del partido Molinista , los cardenales de Rohan y de Bissy.

Poco antes de esta revolucioncita de gabinete, tuvo el duque de Orleans una discusion de precedencia bastante chocante , que prueba la importancia que cada cual daba en aquella época á honores que hemos visto caer en desuso.

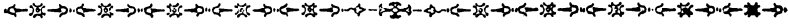
En 1716 no habia el duque asistido á la solemne procesion que á la sazón se hacia el dia de la Asuncion de Nuestra Señora; mas habiéndole echado en cara Saint-Simon ese mal ejemplo, resolvió asistir el siguiente año.

Legado que hubo aquel dia, hizo pedir al Parlamento que cate-

goría debía tener en la ceremonia y en que puesto debía representar á la persona del rey en su calidad de regente. Al objeto reuniéronse dos veces las Cámaras, y el presidente hizo contestar al príncipe que como miembro del Parlamento debía, segun costumbre, ir entre dos presidentes.

Segun dicha respuesta, envió el duque una carta cerrada y sellada con el real sello á los miembros del Parlamento y al capítulo de Nuestra Señora, en la cual declaraba S. M. que tenia vivos deseos de asistir á la procesion, al objeto de dar el ejemplo á su pueblo y satisfacer su devocion para con la Vírgen Santísima; pero que habiéndole manifestado que el excesivo calor podia perjudicar su salud, habia rogado al duque de Orleans le reemplazara en tan solemne acto, para implorar el socorro del cielo en favor de su reino; y que mandaba, pues, que ya que le representaba el regente se recibiera á este cual si fuera él mismo.

En su consecuencia, fué su A. R. á la procesion precediendo al primer presidente.



## CAPÍTULO VIII.



En la época en que nos hallamos, es decir, al principio del año de 1718, tenía M. de Argenson, nuevo guarda sellos, sobre sesenta años, y era teniente de policía desde 1697, esto es, desde unos veinte y un años.

Era alto y tan moreno, ó mejor de tan negro rostro, que, al tomar su tono de magistrado, helaba de terror al acusado; por lo demás era un excelente teniente de policía, estaba al corriente de cuanto ocurría, y conocía las costumbres, virtudes y vicios de los parisienses, quienes le temían como al rayo, aun que usaba de un modo muy discreto de las revelaciones que le hacían sus agentes, mayormente con respecto á las personas distinguidas.

Ese hombre tan firme, tan audaz y tan terrible como hombre público, era como hombre privado, un verdadero amigo y de carácter flexible; tenía la conversacion amable, mucho ingenio, finura y jovialidad; mostrando casi siempre, mayormente en la mesa, aquella encantadora jocosidad que causa la diversion de un banquete.

En su calidad de teniente de policía, tenía M. de Argenson entrada en todos los conventos, de los que era naturalmente inspector, calidad en la que podía conceder una infinidad de mercedes

que, sin que le costáran un solo maravedí, enriquecían á aquellas santas vírgenes.

En una de esas visitas, entabló amistad con la superiora del convento de la Madeleine-du-Tresnel.

Era aun jóven y bella, tenia brillantes ojos, magnífico cútis, un agradable conjunto de rostro y talle algo grueso, hé ahí todo, lo cual no era por otra parte un defecto para de Argenson.

Al cabo de una semana, hallábase el teniente de policía en el convento de la Madeleine-du-Tresnel con la misma libertad que en su casa.

Tres meses mas tarde era tanto lo que confiaba la superiora poseer toda su vida á M. de Argenson, que hacia edificar una capilla á San Marcos, patron de éste, á quien habia tenido en la pila la serenísima República de Venecia. Elevábase en dicha capilla un sepulcro en donde debia depositarse su corazon.

Tan delicadas atenciones conmovieron profundamente á M. de Argenson; así es que eligió por domicilio el convento, en donde, despues de su tarea, se retiraba cada noche en una casa que habia hecho construir.

Fué la primera operacion de M. de Argenson, un convenio con los mercaderes de Saint-Malo, por el que se comprometian en suministrar al rey 22 millones de barras de plata cuyo importe debia satisfacerse en monedas, á razon de á 55 libras el marco.

Empezaba al propio tiempo las suyas la sociedad de Occidente, haciendo salir para la Luisiana seis buques con cargamento de hombres, mujeres y mercancías.

A últimos de mayo, espidió el regente un edicto en nombre del rey, mandando refundir todas las monedas y darles un aumento considerable, no fué presentado al Parlamento, registróse únicamente en el tribunal de monedas, lo cual motivó que presentára dicho cuerpo un decreto por el que se determinó hacer humildes amonestaciones al rey, no solamente tocante á las formas

del edicto que no se registró en el tribunal, sino también sobre sus consecuencias, hasta que S. M. se dignara hacer á ellas justicia.

Vese en ello que no tardó el Parlamento en hacer uso del derecho que se le había devuelto.

En medio de todas las discusiones que traían esa oposición del Parlamento, dejábase algunas veces llevar el duque de Orleans por la fogosidad de su carácter. Cierta día, cansado ya de tanta lentitud y mala voluntad, respondió al magistrado que le estaba amonestando en nombre de la corporación: — Id al.....

— Manda V. A. que su contestacion se registre? pidió inclinándose el magistrado.

Esa gravedad devolvió al príncipe su sangre fría, pero no impidió que reuniera el consejo y espidiera un decreto derogando el del Parlamento y mandando fuera ejecutado el edicto según su forma y tenor.

Hubo nuevas amonestaciones por parte del Parlamento, corroboradas por otras del tribunal de Cuenta y Razon y del de Subsidios.

Ese conflicto motivó un sólio de justicia á donde se trasladó el Parlamento, atravesando París con toga encarnada. Valióle semejante demostracion, el ser seguido durante la carrera por unos cien tunantes que iban gritando: Abajo los cangrejos.

Habia entretanto vuelto á Lóndres Dubois; tratábase aquella vez de hacer acceder el emperador al tratado de la triple alianza convirtiéndola así en el de la cuádruple.

Salió de París con preciosas notas que le proporcionó Lord Stairs para todas las personas que pudieran tener algun influjo con el rey Jorge.

Figuraba en primera línea la duquesa de Kendal, favorita del rey. Así es que se llevó Dubois á Lóndres muchas modas de París, adornos á la Adriana, vestidos de todas clases, escelentes

esencias, polvos odoríficos, etc. etc., resultando de tales precauciones que á los ocho dias fué la duquesa una ardiente partidaria de Francia.

Quedaba el principal de los Pitt, el abuelo de aquella familia que por espacio de tres siglos estuvo al frente de la política inglesa. Era uno de los mas encarnizados antagonistas de la alianza francesa.

Informóse Dubois de los medios con que podia seducirse al gran político, y supo que poseia un diamante que pesaba seis cientos granos por el que queria dos millones. Como tenia ilimitado su crédito, compróle y mandóle al duque de Orleans, diciéndole: «Os envio un diamante al que por cierto dareis vuestro nombre; precede de algunos dias á un tratado al cual daré yo tal vez el mio.»

En efecto, el dia 2 de agosto, estaba el tratado ajustado entre el emperador, el rey de Inglaterra y el de Francia. La cuarta potencia, que era Holanda, no se unió á las demás hasta el dia 16 de febrero de 1719.

Por medio de aquel tratado, consentia en fin el emperador en renunciar, para sí y sus sucesores á todos sus títulos y derechos en España, haciendo renunciar por su parte á S. M. C. á todos los derechos y pretensiones que pudiera tener en sus estados de Italia y Países Bajos, lo propio que en el marquesado de Final y en los de reversion que se habia reservado sobre el reino de Sicilia, pero se le concedia todo cuanto pudiese pretender en las sucesiones eventuales de los ducados de Parma y de Toscana. Obligóse el emperador, abiertas que estas fuesen á investir de ellas á los hijos de la reina de España; en fin por medio de aquel tratado á consecuencia del de Utrech, que cedia la Sicilia al duque de Saboya, debia el príncipe devolverla al emperador, quien lo hacia conceder por el rey católico la isla y reino de Cerdeña, de que se habia España posesionado el año anterior.

El 18 de diciembre, adherióse el duque de Saboya al tratado de la cuádruple alianza y aceptó la Cerdeña en cambio de la Sicilia.

Hacíase todo esto en detrimento del rey de España quien, fija la vista en el trono de Francia, aguardaba el fallecimiento del jóven rey para ir á reclamar la sucesion de su abuelo.

No solamente estaba en realidad muy débil Luis XV., sino que los mismos que habian hecho circular aquellos murmullos de envenenamientos que se habian esparcido cuando la muerte de los príncipes, predijeron de nuevo el próximo fallecimiento del jóven rey, quien, habiendo pasado, como ya dijimos, en manos del regente, estaba aquella vez á su entera disposicion. Como para dar razon á los calumniadores, cayó efectivamente enfermo el niño y habiendo los médicos juzgado á propósito darle emético, apresuráronse á esparcer que únicamente se habia salvado por medio de un vomitivo que se le dió á tiempo. Hubo todavía mas; fué tal la inquietud que reinaba en París, que un simple habitante de la capital determinó salir para Viena, en cuya córte contaba con un poderoso amigo. Tenia por objeto aquel viaje, suplicar al emperador Carlos VI hiciera una demostracion amenazadora contra Francia, á fin de hacer comprender bien que era mancomunasia la gran familia de testas coronadas, y que la muerte del rey, que no podia suponerse fuese natural, seria un *casus belli*. Lo que hay de extraño es que, despues de una negociacion de algunos meses, fué esta insinuacion perfectamente acogida por el emperador, quien recogió víveres en Luxemburgo, y envió algunos cuerpos de ejército á la frontera.

El restablecimiento de la salud del rey y la firma del tratado de la cuádruple alianza, acabaron con tan hóstiles demostraciones.

El que dirigia todas las intrigas franco-españolas, era el cardenal Alberoni.

Estraña era la fortuna de este prelado, cuyo bullicioso ingénio por poco cambia la faz del mundo.

Los que hayan leído nuestra historia de Luis XIV, recordarán á M. de Vendome y las escentricidades á que se entregaba.

En tiempo en que mandaba en Italia, envió el duque de Parma cerca del general francés, un obispo de su consejo para que negociára algo con él en su nombre. Recibió M. de Vendome al embajador estando en su sillico en donde permanecia la mitad de su vida; algo singular pareció al obispo en un principio el asunto, pero aguantó y dirigióle las felicitaciones de su amo, cumplimiento que acogió gravemente el general, sentado sobre su trono; despues de las felicitaciones del duque, dirigióle el obispo la suyas y pidióle como se hallaba.

— Así, así, contestó M. de Vendome.

— En efecto; replicó el obispo al notar la engranujada faz del general, paréceme que V. A. tiene el rostro muy enardecido.

— Otra cosa diriais de mi trasero, respondió éste.

Y á fin de que el embajador no dudara de su palabra, volvióle la espalda é hizole juez de cuanto acababa de pronunciar.

— Monseñor, dijo levantándose el obispo, conozco perfectamente que no sirvo para tratar con vos, pero ya os enviaré uno de mis limosneros que se ajustará á vuestro carácter.

Y pronunciadas esas palabras, se retiró.

El limosnero de que se trataba era Alberoni.

Habia nacido en la cabaña de un jardinero; cuando niño, fué campanero, y cuando mozo trocó su capote de tela por el traje de clérigo. Era burlon y refase á cada paso. Oyóle un dia reir de tan buena gana el duque de Parma, que el pobre príncipe, quien no rela siempre que queria, llamó al cleriguillo para que le contara no sé que grotesca aventura; apoderóse de S. A. la risa, y habiendo conocido que no era malo reir algunas veces, agrególe á su capilla particular, mas bien en clase de bufon que como cura ecónomo; pero notando poco á poco el príncipe su extraordinario ingénio, vió que aquel á quien habia tomado por mero *hazme reir*, podia serle de suma utilidad en política.



Estaba persuadido de ello y deseaba se le presentara ocasion favorable para confiarle algun importante asunto ; cuando regresó de su mision el obispo refirió al príncipe cuanto habia ocurrido y rogóle enviara en su lugar á Alberoni. No apeteció otra cosa el duque , y confió al limosnero cerca del nieto de Enrique IV , la mision que debia el obispo llenar.

Partió, pues, con plenos poderes de aquel.

Halló á M. de Vendome dispuesto á sentarse á comer y comprendió la situacion, M. de Vendome, goloso cual si hubiera sido un verdadero Borbon , en vez de tratar de negocios , pidióle permiso Alberoni para prepararle dos guisados á su manera , y obtenido lo cual , bajó al momento á la cocina , volviendo un cuarto de hora despues con una sopa con queso en una mano y macarrones en la otra.

Probó primero la sopa M. de Vendome y tan rica la halló que quiso partírsela con Alberoni. Al probar los macarrones llegó á su colmo la admiracion del general para con el enviado , quien empezó entonces á entablar el asunto , de que se apoderó con la punta del tenedor. Pasmado quedó S. A. , pues los mas grandes génius diplomáticos nunca habian tenido semejante influencia con él.

Volvió Alberoni cerca del duque con la satisfactoria noticia de haberle sido concedido cuanto deseaba de M. de Vendome.

Pero al separarse de éste se habia guardado bien de dejar su receta al cocinero del príncipe , de suerte que á los ocho dias, M. de Vendome hizo pedir al duque de Parma si tenia algo que negociar con él. Reflexionó S. A. y halló un segundo motivo de embajada , á cuyo objeto mandó de nuevo á Alberoni cerca del duque.

Conociendo Alberoni que tenia en ello asegurado su porvenir, logró persuadir á su soberano que el puesto en que podia serle de mayor utilidad , era cerca de M. de Vendome , y á éste que no podria pasarse de la sopa con queso ni de los macarrones. Agre-

góle así el duque á su servicio, confióle sus mas secretos asuntos y al pasar á España , llevósele con él.

Púsose allí en relaciones con Madama de los Ursinos , favorita de Felipe V, y al fallecer M. de Vendome en Tignaros, en 1712, dióle cerca de ella el mismo destino que tenia cerca del difunto. Para Alberoni no dejaba de ser esto un ascenso, pues que Madama de los Ursinos era una verdadera reina de España.

Sin embargo, la princesa de los Ursinos empezaba ya á envejecer, lo cual era un gran crimen á los ojos de Felipe V; así es que cuando en 1714 falleció Maria de Saboya su primera esposa, pensó aquella proporcionar una segunda reina, creyendo que una princesa que le debiera la corona se la permitiría llevar.

Intervino entónces Alberoni, propuso á la princesa la hija del duque de Parma, su antiguo señor, presentándosela cual niña sin carácter ni voluntad, y le aseguró haria de ella cuanto querría, porque de la dignidad real nunca reclamaria mas que el nombre. Dió fé á esta promesa, fué convenido el enlace y salió de Italia la jóven princesa para dirigirse á España.

Al saber su próxima llegada, partió la de los Ursinos para ir á su encuentro, pero aquella jóven reina, á quien la favorita debía conducir á su capricho, mandó detener á esta tan luego como la divisó. Colocada la princesa en un coche, cuyo espejo rompió de un codazo un guardia, descubierto su seno, sin capa y en traje de córte, condujósela á Búrgos, con una temperatura de seis grados bajo cero, y luego á Francia, á donde llegó sin un ochavo, despues de haberse visto obligada á pedir prestadas cincuenta pistolas á sus criados.

El subsiguiente dia al de las nupcias, anunció el rey á Alberoni que se le nombraba primer ministro.

En este destino, cifrábase su mayor deseo en ver á Felipe V rey de Francia.

El rey Jorge habia advertido varias veces al regente que se

tramaba algo contra él , y éste había puesto siempre las comunicaciones ante los ojos de M. de Argenson , sin que la habilidad del antiguo teniente de policía viera nada en aquel complot , que parecia mas bien ficción que real.

No podia ser mas propicio el momento , pues que la popularidad del regente empezaba á flaquear primeramente entre el pueblo , al que exaltaban las orgías del Palais-Royal , luego en el Parlamento , al cual acababa de despojar de la facultad de amonestar y le habia desterrado en Pontoise ; y por último entre la aristocracia que , al ver su tendencia á la concentracion de los poderes , sentia que iba á escapársele la influencia gubernamental para pasar en manos del regente ó en las de Dubois. El duque de Orleans habia además roto sus amistades con el partido jansenista , y todos los doctores del antiguo Port-Royal empezaban ya á gritar contra él.

Madama du Maine , por su parte , desterrada en Sceaux , habíase formado una corte de poetas , publicistas y sabios , que en aquel tiempo de sátiras , regocijos y libelos , ejercia un gran poder en la direccion del espíritu público.

El poeta Chancel de Lagranje , mas conocido hoy dia con el nombre de Lagranje-Chancel , hallábase al frente de esa oposicion.

Conocíasele por algunos sucesos dramáticos desde su estreno en el teatro en 1697 , por *Oreste y Pilades* ; habia hecho representar *Amasis* , en 1701 ; *Alcerte* , en 1703 ; la *Locura supuesta* , en 1713 ; y *Sophonisbé* , en 1716. Todas estas producciones ó bien habian sido silvadas , ó solo habian obtenido un mediano éxito ; pero en aquella época fecunda en medianía , no habian dejado de proporcionarle cierta especie de reputacion.

Voltaire acababa de dar á luz *Edipo*.

Era esta composicion una venganza contra el regente ; habia aquel aprovechado los momentos de ocio que le proporcionara su

detencion en la Bastilla , para componer dicha pieza: *Los incestuosos anales del rey de Tebas*, eran una continua sátira de los incestos que se reprochaban al regente. Habia aun mas , púsose la tragedia bajo la proteccion de la duquesa de Orleans , quien aceptó la dedicatoria, en la que manifestaba su autor que compuso *Edipo* para complacerla , y que la publicada bajo su proteccion como un débil ensayo de su pluma.

Era en efecto débil el ensayo; pero sangrienta la crítica , pues respondia el espíritu de oposicion del momento. Fué la pieza representada sin interrupcion , por espacio de cuarenta y cinco veces.

Aparentó el regente no hallar nada en *Edipo* que pudiera herir su amor propio, mandando á su autor, despues de la primera representacion , una cantidad bastante crecida.

—Caballero, dijo Voltaire al que se la remitia , decid á S. A. que le doy las gracias por haberse encargado de mi sustento, pero que le suplico no haga otro tanto con mi vivienda.

En medio de esas preocupaciones, Alberoni, el príncipe de Cellamare y Madama du Maine habian preparado su plan.

Hé aquí, pues, lo que estaba meditando el primero: queria apoderarse de Felipe de Orleans y encerrarle en la ciudadela de Toledo ó de Tarragona; preso el príncipe , hacia reconocer por regente á M. du Maine; separaba Francia de la cuádruple alianza, arrojaba á Jacobo III , y con una flota en las costas de Inglaterra, hacia partícipes de las presas con Holanda , á Prusia , Suecia y Rusia, con los que acababa de firmar una alianza. Aprovechaba la lucha el imperio para volver á tomar Nápoles y Sicilia; y aseguraba entónces el gran ducado de Toscana , próximo á quedar sin soberano por estincion de los Médicis , al hijo segundo del rey de España; unia á Francia los Países Bajos , cedia Cerdeña al duque de Saboya , Commachio al Papa y Mántua á los venetos; hacian el alma de la gran línea de Mediodia á Occidente

contra Oriente y Norte ; y en caso de fallecer Luis XV, coronaba á Felipe V rey de la mitad del globo.

No carecia el plan de cierta grandeza, por mas que hubiera salido de la mente de un maestro en el arte culinario.

Mas uno de aquellos sucesos que frustran por su infimidad todas las previsiones humanas , vino á trastornar esta gigantesca combinacion.

Esta vez escogió la Providencia para agentes de su voluntad, á un pobre diablo empleado de la biblioteca y la directora de un colegio de dudosas costumbres.

Llamábase el empleado Juan Buvat.

Y la aparejadora la Fillon.

Presentáronse ambos casi á un mismo tiempo en casa Dubois.

Hé aquí lo que habia sucedido con relacion al primero.

El infeliz empleado , con quien estaba atrasada la biblioteca de cinco ó seis meses de sueldo, vista la escasez de sus haberes, iba pidiendo por todas partes documentos que copiar, con objeto de poder atender á sus necesidades. Un titulado príncipe de Listhney, quien no era otra cosa que un criado del príncipe de Cellamare, ocupábale en hacer trabajos de poca importancia , sin que se preocupara nunca Buvat por lo que copiaba, cuando despertó sus sospechas una nota que se habia dejado imprudentemente entre los papeles confiados al pobre calígrafo.

Hé aquí la indicada nota , copiada testualmente de los archivos de los negocios estrangeros.

« Confidencial:

« Para S. E. monseñor Alberoni , en persona...

« Nada hay tan importante como el asegurarse de las vecinas »plazas de los Pirineos y de los señores que residen en aquellas »comarcas.»

Poco habia comprendido hasta aquí Buvat , y como copiaba á medida que leia , continuaba copiando y leyendo :

« Gánese la guarnicion de Bayona , ó apodérese de ella. »

Al llegar á esta línea, comenzó á parecer mas sério el asunto, y habiendo cesado de escribir, leyó con atencion tal que iba esta creciendo á medida que se internaba en el precioso documento.

« El marqués de T.... es gobernador de D...., concócese sus intenciones ; cuando se determine, debè triplicar sus gastos al objeto de atraer á la nobleza, y derramar gratificaciones.

« Carentan, en Normandía, es punto importante: condúzcase con el gobernador de la citada poblacion del mismo modo que con el marqués de T...., adelantad mas y prometed á aquellos oficiales las recompensas que les convengan.

« Óbrese de la propia suerte en todas las provincias. »

No le quedaba ya duda á Buvat , pues veia señalado el rastro de una vasta conspiracion.

Continuó aun leyendo :

« Para suministrar ese gasto, débense contar al menos con trescientas mil libras para el primer mes, y sucesivamente con cien mil para el tiempo que se necesite, satisfechas con puntualidad. »

Estas cien mil libras al mes, pagadas con puntualidad , hacíanle saltar los ojos al infeliz Buvat , quien solo tenia nuevecientas al año, y aun estas mal pagadas.

Así , prosiguió con nuevo ardor :

« Ese gasto, que cesará cuando haya paz , pone á S. M. C. en estado de obrar con seguridad en caso de guerra.

« España es una mera ausiliar, porque el verdadero ejército está en Francia. Diez mil españoles son mas que suficientes con la presencia del rey.

« Pero es preciso se trate de apoderarse de la mitad de el del duque de Orleans. Ahí está el punto decisivo, y no puede resolverse sin dinero. Se necesita una gratificacion de cien mil libras para cada batallon ó escuadron.

« Veinte batallones ascienden á dos millones. Con esta cantidad se forma un ejército firme y se destruye el del enemigo.

« Es casi seguro que los mas fieles súbditos del rey de España no se emplearán en el ejército que debe atacarle ; dispérsense por las provincias, allí podrán agitar los ánimos, pero es menester revestirles de algun carácter, si es que no tengan. En este caso, es necesario que S. M. C. mande despachos en blanco para que pueda llenarles su ministro en París.

« En atencion á los muchos que tendrán que proveerse, conviene facultar al embajador para que puede firmar por el rey de España.

« Conviene además que S. M. C. firme sus despachos como infante de Francia, título que le pertenece.

« Reúnanse fondos para un ejército de noventa mil hombres, ejército que podrá hallar ya el rey, firme, aguerrido y disciplinado.

« Llegado que hayan á Francia los indicados fondos , distribúyanse en todas las capitales de provincias , tales como Nantes, Bayona, etc.

« No se deje salir de España al embajador francés ; pues su presencia responderá de la seguridad de aquellos que se declaren.»

Por copista que fuera , no podia ya Buvat abrigar duda alguna; copió como las demás , la pieza que acabamos de transcribir ; copióla aun mejor , pues que en vez de una copia sacó dos.

Entregó una al titulado príncipe de Listhney, y quedóse la otra.

Salió al momento y voló á casa de Dubois , á quien entregó la que tenia en su poder.

El dia siguiente , recibió Dubois otra visita no menos importante que ésta ; la de la Fillon.

Buvat habia ido á denunciar el mensaje.

La Fillon iba á hacer otro tanto.

Hé aquí lo que pasó en su casa el precedente dia.

Un secretario del príncipe de Cellamare tenia una cita á las ocho de la noche con una de las pensionistas de esa honrada señora:

En vez de ir á las ocho, fué á media noche.

Este atraso motivó una esplicacion entre los amantes.

Alegó el secretario que como el abate Porto-Carrero salia para España y le confiara el príncipe de Cellamare muy importantes documentos, se habia visto obligado á prolongar su trabajo hasta las once y media.

La Fillon habia oido toda la esplicacion y temiendo que encerraba algun misterio, fué á trasmitirla á Dubois.

Este pegó ambos asuntos uno á otro.

Porto-Carrero estaba encargado de los documentos que copió Buvat.

En efecto, era aquel un jóven abate, sobrino del cardenal de igual apellido; no se ocupaba absolutamente en política, por cuyo motivo era imposible se llegara á sospéchar la importancia del mensaje de que estaba encargado.

Llevaba doce horas de ventaja á Dubois.

Mandó éste correr trás él; pero Porto-Carrero corria casi tanto como sus corredores y hubiera tal vez llegado á España antes que ellos, á no haber voleado su silla en Poitiers, al vadear un rio.

Lo primero en que se ocupa un viajero que vuelea, es comunmente en salvarse y luego en salvar su equipaje; pero no sucedió así con Porto-Carrero, quien solo pensó en su valija, llevada por la corriente, sobre la que se lanzó sin que le arredrara aquel rio que dejaba de ser vadeable. Tal empeño en salvar su valija con riesgo de sus dias, infundió sospechas al postillon, quien lo participó á la autoridad en la próxima parada. Como cuantos iban á España ó llegaban de allí oian á rebellion, detúvose á Porto-Carrero á todo trance, y al llegar los corredores de Dubois, halláronle ya en buen recaudo.

Aseguráronse doblemente de su persona y envióse la valija á



Dubois, por un caballero, corriendo á mas no poder; la que recibió el jueves, dia 8 de diciembre, en el preciso momento en que salia el regente para dirigirse á la Ópera.

Conforme dijimos, á las seis de la tarde no era ya posible hablar de negocios al regente. Habia éste mandado preparar una cena al salir de la Ópera, y como era mas difícil aun el hablarle en la mesa que en el teatro, tuvo Dubois el tiempo necesario para arreglar la conspiracion del modo que mejor le pareciera; porque cada vez que tenia lugar alguno de estos banquetes que llevamos ya descritos, subíasele el licor á la cabeza hasta el punto de no poderse ocupar de la política antes de las doce del dia.

Habíase Dubois apoderado del asunto con sumo interés, y como no carecia de enemigos, creyó prudente conservar alguna alta proteccion, calculando que su estrella no le proporcionaria siempre confidentes como Buvat y la Fillon; así es que quemó ú ocultó parte de las cartas, no entregando al regente las culpables que le pareció deberle entregar.

El príncipe de Cellamare recibió aviso por un correo particular de la detencion de Porto-Carrero, y como no podia suponer que se hubiese descubierto el secreto, presentóse en la mañana del dia 9 á Leblanc ministro de la guerra, para reclamar la libertad de su mensajero, quien viajaba con pasaporte español, ó al menos la devolucion de un paquete de que estaba encargado; pero el ministro á quien Dubois previniera de lo acontecido, contestó que no solamente no se pondria en libertad al detenido ni se le devolveria su paquete, si no que tenia orden de acompañarle á su palacio, y apoderarse de cuantos papeles hallara en él. Trataba el príncipe de hacer valer su calidad de embajador, cuando entró Dubois y le rogó de un modo algo severo que obedeciera la orden; no opuso entonces resistencia, y volvió con sus dos acólitos á la embajada, que estaba ya ocupada por un destacamento de mosqueteros.

Registráronse allí los papeles del príncipe , y se puso en todos el sello del rey y el del embajador.

Leblanc , para quien afectaba el príncipe conservar grandes atenciones , mientras que trataba á Dubois con el mayor desprecio, puso la mano en una arquillita que encerraba varias cartas. Quitósela Cellamare y rogándole la entregara al abate , caballero Leblanc , le dijo, nada teneis que ver con esto, esta arquilla contiene únicamente cartas de mujer.

Por la noche leyéronse en el consejo los documentos que encerraba la valija , ó mejor los que Dubois habia tenido á bien dejar en ella , dando por resultado que se reconocieran como principales culpables , el príncipe de Cellamare , los duques du Maine , el de Richelieu , el marqués de Pompadour, el conde de Aydie , Foncault de Magni , introductor de embajadores , el abate Brigaut y el caballero de Mesnil.

Este último fué detenido el día 9, pero antes habia cuidado de entregar á las llamas todos sus papeles, cosa que sintió en extremo el regente, en atencion á que era un íntimo confidente de Madama du Maine y se le tenia por amante de la señorita de Launay, quien, á lo que se decia , merecia la entera confianza de la princesa.

El abate Brigaut fué detenido en Montarges , despues de tres ó cuatro dias de pesquisas, y conducido y encerrado en la Bastilla.

Foncault de Magni huyó. Era dice Duclos una especie de loco que no hizo en su vida mas que una accion cuerda: la de escaparse.

El caballero de Aydie tuvo conocimiento de la detencion del príncipe de Cellamare , mientras estaba presenciando una partida de ajedrez en una casa en donde debia cenar aquella noche. Prestó mucha atencion á tan interesante noticia, no pareciendo que prestara menos á su partida. A los diez minutos , ocupó el puesto de uno de los jugadores que confesó quedar vencido, y ganó; mas habiéndose luego anunciado que estaba en la mesa la cena , apro-

vechó del natural movimiento de los asistentes para salir; fuese á su casa, mandó por caballos de posta y partió.

El día 10 por la mañana, prendióse en su propia casa al marqués de Pompatour, padre de la linda Mandama de Courcillon y abuelo de la princesa de Rohan.

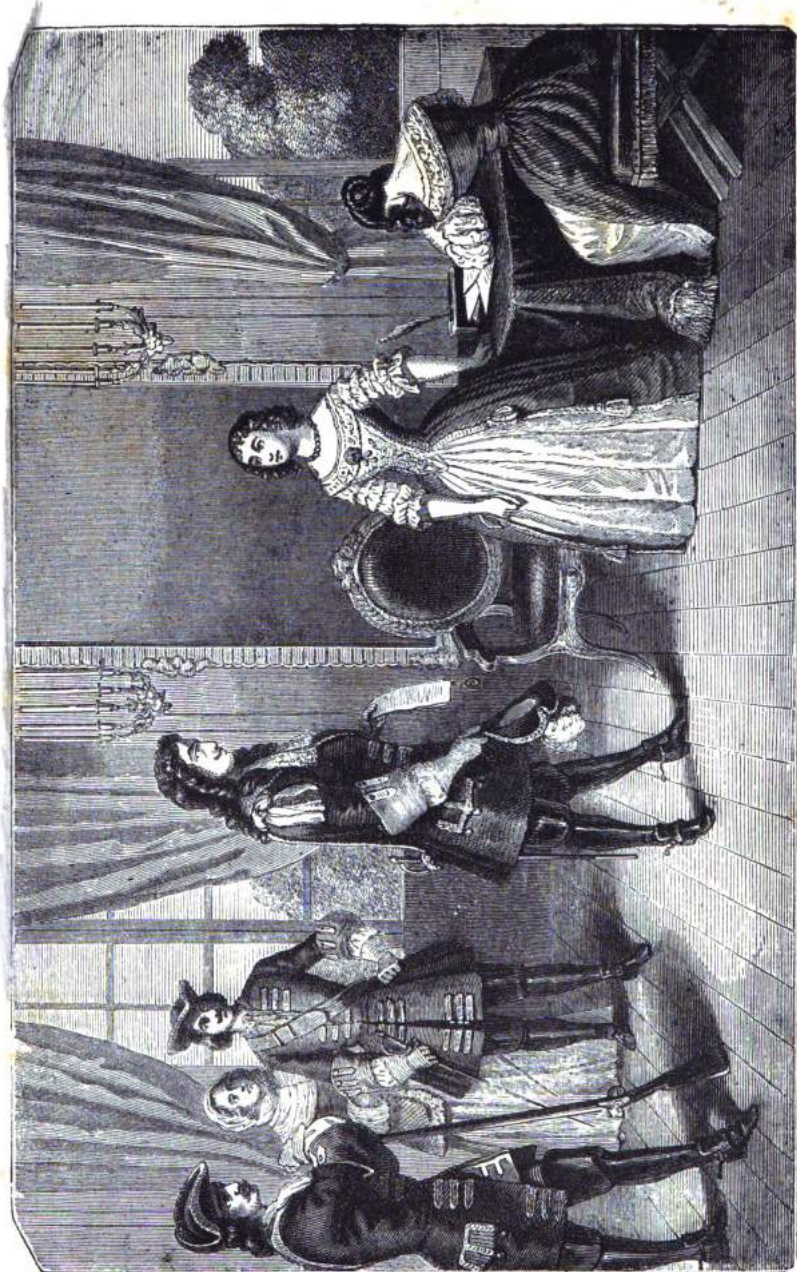
Al ir á detener á M. de Richelieu hallósele aun en la cama. Oyó ruido en el salon, y sin darle tiempo para informarse de aquella novedad, entró en su cuarto Duchevron, preboste de la condestablia, con unos treinta arqueros. El duque habia recibido la noche anterior una carta de Alberoni y colocándola debajó de la almohada. Esta carta era en gran manera comprometedora y hasta le perdia si llegaba á caer en poder de Dubois; conservó, pues, su serenidad y saltando precipitadamente de la cama, les dijo: señores, estoy dispuesto á seguiros, pero antes permitidme que orine.

Al pronunciar estas palabras, abrió la mesa de noche, cogió el vaso y mientras que por un natural movimiento volvieron los guardias la espalda, tomó la carta y la tragó sin que nadie lo notara.

El duque du Maine fué preso en Sceaux, por la Billarderie, teniente de guardias de corps, y conducido al castillo de Doullens en Picardía, donde quedó bajo la vigilancia de Favantour, oficial de mosqueteros.

En cuanto á la duquesa du Maine, detúvola el duque de Ancenis, capitan de guardias de corps, en una casa de la calle de Saint-Honoré que habia alquilado con objeto de hallarse mas cerca de las Tullerías. Condújola á Lion desde donde fué acompañada al castillo de Dijon por un teniente y un oficial de guardias de corps.

El príncipe de Cellamare fué conducido á España. Quiso reclamar é invocar el derecho de gentes, pero se le contestó que no existia para conspiradores. Salió de París custodiado por Dulibois



Arresto de la duquesa de Maine.

y d  
lig  
ga  
ci  
d  
s  
C

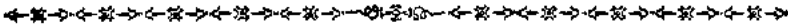
y dos capitanes de caballería; aguardaron en Blois á M. de Saint-Aignan, embajador de Francia en Madrid, despues de cuya llegada se permitió al príncipe que continuara libremente su camino.

M. de Saint-Aignan llegó antes de lo que se pensaba; pues recibió la órden de salir de Madrid cuando se procedía á la detencion del príncipe de Cellamare. Ignoróse la causa de semejante grosería, aunque algunos la atribuyeron á ciertas palabras pronunciadas por el embajador francés con motivo de un testamento de Felipe V por el que, en caso de fallecer, nombraba regente á la reina y á Alberoni primer ministro. Hélas aquí:

— Podria muy bien suceder con el testamento del nieto lo que ha acontecido con el del abuelo.

Dió fin el año 1718 con la noticia de la muerte de Carlos XII, quien diez años habia tenia ocupada á toda Europa con sus caballerescas locuras.

Fué muerto de un falconetazo, segun pública opinion disparado desde la fortaleza de Fredericks-Hall, en donde iba á poner sitio. Circuló sin embargo el rumor de que uno de sus oficiales le hizo saltar la tapa de los sesos de un pistoletazo.



## CAPÍTULO IX.



El natural resultado de los sucesos que acabamos de describir fué la guerra con España. Francia publicó su manifiesto el día 2 de enero. Contenia el estado de esta nacion en la época del fallecimiento de Luis XIV; la necesidad de la paz y la que cada cual tenia de reunirse contra quien la turbaba. Esponia las ventajas concedidas al rey de España por medio del tratado de la cuádruple alianza, tales como la renuncia absoluta del emperador á la corona de España, á lo cual nunca habia querido acceder aquel la seguridad é investidura de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia para los infantes hijos de la reina y la reversion del reino de Cerdeña concedida al rey de España en cambio de la cesion que hizo de la Sicilia.

A este manifiesto siguió el de España en el que esponia Felipe V los motivos que le determinaran á obrar contra el emperador, alejando los malos procedimientos de los imperiales en la ejecucion de los tratados, cuando la evacuacion de las plazas de Cataluña é islas Baleares, en donde sembraron la rebelion y proporcionaron socorros á sus habitantes para impedir que se sometieran. Recordaba además el atentado cometido por el gobierno de Milan en la

persona del inquisidor mayor de España , detenido en su tránsito por dicha ciudad, contra el derecho de gentes; y tambien las negociaciones que se estaban practicando en Lóndres y Viena para devolver á Sicilia al emperador y privar á la corona de España del derecho de reversion estipulada por los tratados.

Segun sus respectivas declaraciones , la razon asistia á una y otra potencia, así es que por una precision tuvieron que apelar al Dios de los ejércitos, arbitrio invocado en semejantes casos.

En su consecuencia , el dia 10 de marzo acamparon las tropas francesas á las órdenes del general de Berwick, entre Bayona y San Juan de Pied de Port, dispuestas á romper las hostilidades contra España.

El dia 15 del propio mes llegó á esta nacion el pretendiente para hacer, con ayuda del gabinete de Madrid , una nueva tentativa en las costas de Inglaterra , al objeto de operar allí una diversion é impedir que esta potencia auxiliara al emperador.

El dia 21 de abril el marqués de Silly pasó el Bidasoa y se apoderó del castillo de Behobia.

El dia 27 , determinó Felipe V separarse de su jóven esposa y tomar el mando de su ejército, declarando por medio de una proclama que su amistad para con Luis XV , lo propio que su celo para con la nacion francesa , le decidieron á obrar así , al objeto de sacarle de la opresion.

Aquel monarca creia ver en semejante declaracion levantarse en su favor la Francia entera y pasar parte de su ejército á las filas del español ; pero aquella potencia estaba pensando en el cautiverio de M. de Richelieu y no podia ocuparse en la proclama de Felipe V.

Conforme llevamos dicho, el duque habia sido detenido el 28 de marzo de 1719 , mucho tiempo despues que los demás conspiradores y encerrados en la Bastilla. Guardábale rencor el regente desde larga fecha, y habia dicho que aun cuando tuviera aquel cuatro



cabezas , le sobraban motivos para mandárselas cortar ; pero las pruebas de su culpabilidad no se hicieron públicas, circulaba únicamente por los salones una carta suya en la que trataba de hacer permanecer en Bayona su regimiento; de suerte que la prision de aquel hombre de moda se atribuía á una causa puramente personal. De todas maneras no dejaba de ser un gran suceso para las damas la detencion de un ser que creían propio, pues que al tomarles el duque se les arrebatava un bien que les pertenecia. Hubiérase dicho que todos los salones de París, sin escepcion alguno, iban perdiendo su animacion desde el encierro del duque.

Otra persona compartió con él el escandaloso privilegio de preocupar á París, era esta la duquesa de Berry, quien á lo que se decia , no quiso dar paso alguno en favor de su antiguo amante, con motivo de los celos que le inspiraba la señorita de Valois.

Durante la Semana Santa, retiróse, como de costumbre, á pesar de su embarazo, en el convento de las Hijas del Calvario, en un aposento que ocupaba en la época en que se cumple con los preceptos pascuales ó durante los caprichos religiosos que algunas veces se le antojaban.

Era dicho aposento una mísera celda en la que vivia como simple religiosa, durmiendo en una cama dura cual piedra y orando postrada en la húmeda losa, sin que quisiera aceptar almohadas ni tan solo un pedazo de estera para sus rodillas.

Al presenciar los llantos y edificante devocion de la real penitente, no podian comprender aquellas santas vírgenes los mundanos rumores que penetraban hasta el fondo del convento; los que pretendian mostrar que los pecados de la antigua Magdalena eran solo pecadillos en comparacion de los de la moderna.

Aquella vez cumplió la duquesa con los preceptos de la Iglesia de un modo mas severo de lo que acostumbraba; pesaba sobre ella una profecía que le produjo honda impresion; pues antes de retirarse en aquel sagrado asilo, habíase disfrazado é ido á vi-

sitar cierta jitana , á la sazón muy reputada, quien le dijo con la inspeccion de su mano:

*« Peligroso será vuestro parto, pero si podais contarlo , vivireis mucho tiempo. »*

Esta profecía hirió tanto mas á la princesa , cuanto coincidía con otra que le habian hecho en su niñez, por la que le predecian que no traspasaría la edad de veinte y cinco años.

Quiso la casualidad ó el destino, que se cumpliera la prediccion de la charlatana, pues á pesar de sus muchas precauciones, á los ocho meses de su embarazo, tuvo la princesa una caída que motivó la muerte de su hijo. Fué al instante presa de una gran calentura, cogióla el desvarío y empeoró luego á tal punto que se esparció por París el rumor de su próximo fallecimiento.

Habiéndola los médicos abandonado, determinóse administrarle el elixir de Garus , muy de moda en aquella época ; pidióse al efecto al autor quien la examinó y hallándola tan mal parada , de nada quiso responder.

No habiendo ya esperanzas de poder salvar á su querida hija, determinó el duque de Orleans llevar á cabo el asunto , á pesar de la cólera de Chirac. Estableció Garus entonces sus condiciones que consistian en que debia la princesa pertenecerle por completo, desde el preciso instante de la primera toma de su elixir hasta el de su completo restablecimiento ó de su muerte. Pidió dos enfermeros para que estuvieran constantemente en el cuarto de la princesa y la velaran en los cortos instantes en que debiera él descansar, todo lo cual le fué concedido. Tomó la augusta enferma el elixir é instalóse Garus en su cuarto con sus dos enfermeros.

No podía ser mas feliz el resultado ; pues la princesa se sintió luego aliviada, con todo temióse por algunos instantes, que fuera momentáneo aquel alivio como el que experimentó Luis XIV; pero siguió mejor por la noche y continuó todo el siguiente dia, de modo que á las veinte y cuatro horas creia ya Garus poder responder

de la salvacion de la enferma. Sin embargo , no calculaba que Chirac podia burlar su vigilancia ; y este hombre furioso al ver triunfar el charlatanismo en donde acaba de estrellarse la ciencia, y sabiendo por otra parte lo que dijo Garus de que cualquier clase de purgante seria para la princesa un mortal que hubiera tomado el elixir ; aprovechó el momento en que abatido por lá fatiga habia aquel ido á descansar, presentóse á la puerta del cuarto, y con un imperioso gesto impuso silencio á los enfermeros , quienes no se atrevieron á oponerle resistencia sabiendo la influencia que tenia con el duque de Orleans, acercóse al lecho de la princesa y presentóle una bebida. Tomóla la augusta enferma, casi dormida, sin enterarse de que clase de pocion era ni que persona se la ofrecia, y satisfecho Chirac, desapareció con su taza vacía.

A los cinco minutos era ya presa de terribles sufrimientos, daba horrosos gritos y manifestaba sentir todos los síntomas de un envenenamiento.

Despertó Garus á sus ayes é informándose de cuanto habia acontecido, voló furioso al salon en donde el duque y la duquesa de Orleans estaban esperando ansiosos el resultado del remedio , y denuncióles á grandes voces el crimen de Chirac. Precipitáronse al punto al cuarto de la enferma á quien solo bastaron diez minutos para volver á sumergir en tan fatal estado; pero estraña imprudencia! apareció Chirac en aquel momento y riendo y jaclándose en alta voz de cuanto acababa de hacer , inclinóse irónicamente ante la duquesa de Berry y salió.

La duquesa falleció á los dos días sin poder recobrar la razon un solo instante.

El duque de Orleans permaneció en la cabecera de su hija durante la agonía de esta; pero el de Saint-Simon logró despues llevarselo á un pequeño gabinete , en donde apoyado en un balcon, pudo llorar á solas y á sus anchas.

Tal era su dolor y tan violentos sus sollozos, que, predispuesta

como estaba su naturaleza á ataques apopléticos , llegó á temerse perdiera la respiracion. Como para salir del gabinete era indispensable volver á pasar por el cuarto de la princesa , obtúvose que lo efectuase antes de que falleciera ésta , pero á aquel desolado padre , al volver á ver tendida en el lecho de la agonía á la hija que tanto queria , fuéle imposible dar un paso mas; cayó á su cabecera y no se levantó hasta que hubo exhalado su postrer suspiro.

Solo entónces volvió al Palais Royal, encargando á M. de Saint-Simon la mas esquisita vigilancia y anunciando en alta voz que tanto en el cuarto de la princesa como en el suyo propio quedaban advertidos de no recibirse mas órdenes que las del duque.

Los pormenores de la autopsia permanecieron secretos ; divulgóse que apenas parida de tres meses, habia su cuerpo presentado el aspecto de un nuevo embarazo.

Fué enterrada sin ninguna clase de ceremonia ni mas pompa que un particular. Su corazon fué llevado al Val-de-Gráce y su cadáver depositado en la antigua basílica de Dagoberto.

El rey vistió de luto por espacio de seis semanas y la corte durante tres.

La duquesa dejó únicamente una hija.

Presentóse cierto dia un desconocido al convento de las Hospitalarias del arrabal de Saint-Marceau, y rogó á la superiora admitiese en aquel asilo á una niña de unos dos años en compañía de su aya. Aceptó aquella , y convenido que quedó el precio de la pension , pagó nuestro hombre las cinco primeras anualidades. Fué luego por la niña y el aya , y volvió con un coche lleno de ropa blanca adornada con encajes y córtés para vestidos , y una vajilla de plata.

Poco despues del fallecimiento de la duquesa de Berry , súpose el secreto del nacimiento de la niña que nos ocupa , porque habiendo sido nombrada abadesa de Chelles la señorita de Chartres, hizo reclamarla en su calidad de tia de la misma.

Duclos dice que veinte ó veinte y cinco años despues vió á esta religiosa , cuya fortuna quedaba entónces reducida á una pension de tres cientos francos, en un convento de Pontoise.

Casi á un mismo tiempo que la duquesa fallecieron dos personas mas, quienes á cogeries la muerte diez años antes, hubieran conmovido al mundo entero, y sin embargo no causó mas sensacion que si esta hubiera herido á simples particulares.

Era la primera Madama de Maintenon , quien residia en Saint-Cyr desde el fallecimiento de Luis XIV , con cierta etiqueta de reina viuda. Cuando la de Inglaterra iba á comer con ella , servíanlas las jóvenes alumnas de la casa é iba todo con la mayor armonía.

Solo M. du Maine podia ir á verla sin prévia autorizacion; hacía frecuentes visitas y ella por su parte le recibia con maternal ternura. Causóle mayor sentimiento la degradacion de su hijo adoptivo que el fallecimiento del rey ; y para morir hasta cierto punto conforme habia vivido, encamóse el siguiente dia al en que tuvo noticia de su detencion, y despues de tres meses de calentura y languidez, falleció el sábado 15 de abril de 1719, á la edad de ochenta y tres años.

Era la segunda el padre Le Tellier , confesor del rey, cuyo fallecimiento , que tan importante hubiera sido en otra época y tan ignorado fué en la á que hemos llegado, aconteció el 2 de setiembre del propio año.

Interin iba continuando la guerra con España , y el dia 16 de junio tomábamos á Fuenterrabia, y el 11 de agosto San Sebastian.

En suma , en el trascurso de este último mes , el caballero de Givry, al frente de cien hombres embarcados en una escuadra inglesa , sorprendió á Centena en cuyo puerto quemó tres buques españoles , mientras que el mariscal de Berwick entró en Cataluña y se apoderó de Urgel y su castillo.

## CAPÍTULO X.

Poco despues del fallecimiento de la duquesa de Berry, la religion arrebatava al regente otra hija.

Ya hemos explicado los rumores que circularon sobre la señorita de Chartres, iguales á los que antes se esparcieron tocante á la duquesa y la señorita de Valois. La causa de su retiro fué un secreto para todos. La princesa Palatina confiesa en sus memorias ignorar los motivos que pudieron determinar á aquella á abrazar la vida monástica.

Richelieu no tuvo tantos miramientos y declaró terminantemente que su resolucion tenia dos móviles, á saber, sus celos por la señorita de Valois y para poder contar con un serrallo.

Profesó el dia 23 de agosto de 1718, trocando su título de princesa por el humilde nombre de sor Bathilde, y fué nombrada abadesa el 14 de setiembre de 1719, esto es, un año despues de su profesion.

El regente compró este destino para su hija, á la señorita de Villars, hermana del mariscal de igual apellido, mediante una renta vitalicia de doce mil libras al año.

Estraña abadesa era esta, segun Saint-Simon, cuya austeridad

rayaba á las veces en exceso y cuya religiosidad se limitaba en otras al hábito que vestia. Era música, cirujana, teóloga y directora, pero inconsecuente siempre y disgustada y cansada de tan diversas situaciones.

Entretanto iba Law alcanzando una brillantísima posición, y París entero, trasladándose á la calle de Quincampoux, tomaba un raro aspecto motivado por las metamorfosis sociales que se iban operando.

En efecto, todas las fortunas habían sido alcanzadas, quebrantadas, destruidas ó establecidas por ese extraño vértigo que acababa de apoderarse de toda la Francia; acudía gente de provincias, de Inglaterra y hasta de América para jugar á aquel extraño juego de acciones que hacia y deshacia las fortunas en veinte y cuatro horas.

Desde el 3 de enero hasta el 1.º de abril emitió billetes, en virtud de reales edictos, por la cantidad de setenta y dos millones.

Habíase tratado de darle el registro general de hacienda, no podia el regente rehusar este destino á un hombre tan popular como Law, sin embargo impidióselo el no ser este católico, pero como afortunadamente era menos escrupuloso que el duque, abjuró en manos del abate Tancin, abjuración que le valió á éste la embajada de Roma.

No era muy caro, que digamos, porque iba Law obteniendo cada día tan particulares edictos que la tempestad que iba poco á poco apareciendo contra él, debía evidentemente descargar un día sobre su cabeza.

Publicóse primeramente un decreto prohibiendo efectuar pago alguno en monedas de plata mayor de 600 libras. Prohibióse por otro, algunos meses despues, entregar en plata una cantidad de mas de 10 libras y de 300 en oro; y por un último edicto privóse á todas bajo multas sin distincion de clases ni personas, conservar

en su poder mas de 500 libras en metálico, concediendo á los delatores la tercera parte de la suma que se hallara al contraventor.

Convertido en papel el metálico, dió tal valor á las acciones del doble bando que, si debemos creer á M. de Necker en su contestacion al abate Morellet en 1767, ascendieron á la fabulosa cantidad de seis millares.

En cuanto á Law en vez de convertir en papel su dinero, cambiábale en fincas, pues compró al conde de Evreux, por la cantidad de 1.800,000 libras el condado de Tancarville, en Normandia; ofreció 1.400,000 al príncipe de Carignan por su palacio de Soissons; á la marquesa de Beuvron, 500,000 por su hacienda de Lillebonne; y 1,700,000 al duque de Saboya por su marquesado de Rosny.

Por lo que toca al regente, muy al contrario de Law, aprovechaba sus lucros propios para derramarles sobre todo el mundo, no en monedas de oro, sino cual lluvia de papel. Dió un millon al Hospital de París, otro al Hospicio General, otro á los Espositos, 1.500,000 para libertar á detenidos por deudas y una gratificación de 50,000 cada uno al marqués de Nocé y condes de la Mothe y de Roze.

No siguió igual ejemplo el duque de Borbon, quien habiendo ganado inmensas sumas, hizo reconstruir el magnífico sitio de Chantilly y compró cuantos bienes le convinieron; montó una casa de fieras superior á la que poseía el rey, é hizose venir á la vez de Inglaterra 150 corredores que le costaron de 1,500 á 1,800 libras cada uno. Gastó cerca de dos millones en una sola fiesta que mandó hacer en obsequio del regente y la difunta duquesa de Berry.

Podemos decir que entretanto el asunto de la conspiracion de Cellamare se habia caido al pozo. El príncipe, conforme sabemos, fué el primero á quien se libertó, obligándole á salir para España.

El regente mandó á buscar á Lagranje-Chautel, autor de las



*Filípicas*, y habiéndole preguntado si realmente pensaba cuanto de él habia dicho, contestóle afirmativamente el descarado poeta:

—Podeis regocijaros, respondió el duque, porque á haber escrito semejantes infamias contra vuestra conciencia, os mandaba ahorcar. Contentóse con enviarle á las islas de Santa Margarita, en donde permaneció únicamente tres ó cuatro meses, porque los enemigos del regente hicieron circular el rumor de que le habia hecho envenenar, y no hallando el príncipe medio mejor con que poder desmentir aquella nueva calumnia, determinó abrir las puertas de la cárcel al pretendido difunto, quien se apresuró á volver á París rebosando como nunca odio y rencor.

En cuanto al duque de Richelieu, habiendo caído enfermo en la Bastilla, espúsose al regente que si el preso tenia la desgracia de sucumbir en su encierro, podria acarrear tales maldiciones á su crueldad que llegaran á manchar su memoria. Enternecióse el duque y accedió á que se le libertara con la espresa condicion de que fuesen á buscarle el cardenal de Noailles y la duquesa, su madre política, y le tuvieran en Conflans hasta que lo permitiera su estado de salud volver á la hacienda de su nombre, en donde debia permanecer hasta nueva orden.

Salió, pues, de la cárcel el dia 30 de agosto de 1719, para Conflans, cuyos muros escalaba ya á los ocho dias, y al irse á dirigir á su destierro, recibió autorizacion para ir á pasarle en Saint-Germain.

Tres meses despues hizo su visita de reconciliacion al regente, quien, no habiendo nacido para aborrecer, le tendió la mano y abrazó.

El duque y la duquesa du Maine, quienes, conforme dijimos, fueron encerrados el primero en el castillo de Dourlans y la segunda en la ciudadela de Dijon; salieron ambos de su respectivo encierro antes de terminar el año, desarmando al regente el duque

por medio de una absoluta denegacion y la duquesa por un completo reconocimiento.

Dirigiéronse á Sceaux en donde hallaron al marqués de Pompadour, conde de Laval, Malezieux y la señorita de Launay, quienes habiendo recobrado antes que ellos su libertad, les aguardaban allí para emprender de nuevo aquellas encantadoras diversiones que el pobre ciego Chaulieu apellidaba Noches Toledanas.

En cuanto al cardenal de Polignac ; no llegó á ser detenido, porque el regente se contentó con desterrarle en su abadía de Anchin.

Así es que no dejó de formar cierto contraste y de llamar la atencion pública la prision de cuatro gentilhombres bretones, verificada á últimos de noviembre, acusados de haber tomado parte en la conspiracion del príncipe de Cellamare.

Durante aquel año y el precedente, operáronse muchos cambios en la política interior. Descando el regente popularizarse, apoyóse en el Parlamento y la nobleza ; resistióse al poder real que tan pesado parecia en manos de Luis XIV ; probóse de gobernar con las utopias de Fenelon y del duque de Borgoña; pero muy pronto se notó que con devolver al Parlamento la facultad de amonestar, resucitaba una oposicion , y que con establecer los consejos se creaban estorbos. Abolióse, pues, paulatinamente aquella facultad concedida á los Parlamentos, y reemplazáronse los consejeros por secretarios de Estado.

Poco á poco fueron estos contrarestados por una voluntad única ; porque el gobierno del regente comprendió que toda su fuerza consistia en la concentracion , y el 31 de diciembre de 1719, en vez de los setenta ministros que componian los diversos consejos de regencia, quedaron tan solo :

Dubois, ministro de negocios extranjeros.

Leblane, ministro de la guerra.

De Argenson, guarda-sellos.

Y Law, registrador general de hacienda.

Los cuatro pertenecian al regente en cuerpo y alma.

Conforme se ha visto no favorecieron mucho á Felipe V los azares de la guerra ; pues el paso del ejército francés por el Bidasoa, la capitulacion de Fuenterrabia, la toma de San Sebastian, el incendio de tres buques en el puerto de Centena, la conquista de Urgel y su castillo por el mariscal de Berwick, y la ciudadela de Mesina en poder de los imperiales é ingleses, diéronle mucho que reflexionar, llegándose á convencer de que todo era debido á la ambicion de Alberoni.

Sin embargo, no dejaba este de permanecer aun al frente del ministerio español y poner la mano en todos los grandes asuntos del mundo; pero la eterna sabiduría que preside á la historia antes de ser escrita por los historiadores, decidió que, habiendo subido á la cumbre del poder por un juego de la fortuna, debia Alberoni caer por un capricho de la casualidad.

Prescindiendo del gran sistema político de que nos ocupamos en su lugar, el cual Alberoni adoptó el movimiento europeo, tenia el ex-campanero otro particular que adoptaba á su conservacion personal, consistia este en no dejar asomar á ningun parmesano en la córte de España, ya fuese por no querer allí testigos de su humilde cuna, ya por que temiera que algun compatriota suyo egerciera á la reina parte de aquella influencia cuya totalidad reservaba para sí mismo.

No pudo impedir sin embargo que la jóven princesa obtuviera permiso de su marido para tener junto á ella á su nodriza, campesina de los alrededores de Parma, llamada Laura Piscatori; porque cuando la reina deseaba algo, tenia á su disposicion medios contra los cuales no podia Alberoni luchar á pesar de su gran génio. En las veinte y cuatro horas que duró su entrevista con el rey, jóven aun y ardiente cual su abuelo, comprendió que aquel hombre de tan grandes pasiones, seria eternamente su esclavo, y

que aun cuando fuese nocturno su reinado, tendría suficiente poder para gobernar á España.

Habiendo sabido Laura por la reina, á quien nombró esta su azafata, la gran resistencia que opuso Alberoni á que fuese llamada en Madrid, prometióle un ódio igual al de que era ella objeto por su parte, apesar de la sonrisa con que la recibió.

Instruido Dubois de los debates domésticos de la córte de España, en donde no carecia de confidentes, resolvió sacar partido de ellas.

Versado como estaba en esa clase de intrigas, ofreció á Laura un millon si lograba malquistar al cardenal con la reina, lo cual obtuvo á pedir de boca; pues á los ocho dias de terminada la negociacion, recibió Alberoni un escrito de Felipe V, por el que le mandaba saliese de Madrid á las veinte y cuatro horas y de España á los quince dias, con prohibicion de escribir á nadie.

Mandóse á un oficial de guardias de corps que le acompañase hasta la frontera; pero al llegar á Barcelona, dióle el teniente de rey una escolta de cincuenta hombres, en atencion á que el camino que debia recorrer estaba infestado de bándidos, pues aquel desgraciado ministro que tanto habia combatido por cuenta de su soberano, iba á verse luego precisado á combatir por la suya propia.

Así aconteció en efecto, pues coche, escolta y cardenal, viéronse acometidos por doscientos malhechores, por entre los cuales fué menester pasar con la pistola en la mano.

Dos leguas mas léjos divisóse otra partida que parecía perseguir al desterrado, pero aquella tropa llevaba el uniforme de los guardias del rey, de modo que en vez de huir ó de oponerle resistencia, determinaron aguardarla. Venia efectivamente de parte de Felipe V, para registrar los cofres de Alberoni y ocuparle los papeles que encerraran, porque el ex-ministro llevóse al salir de Madrid, documentos importantes, entre los cuales figuraba el tes-

tamento de Carlos II, que instituía á Felipe V heredero de la monarquía española, sin duda para entregarle al emperador quien hubiera otra vez reclamado el trono en nombre de Carlos V.

Dubois enterado antes que el regente de la desgracia de Alberoni, y sabiendo que para dirigirse á Italia, debía antes atravesar el mediodía de Francia, envió á M. de Marcieu, conocido del Cardenal de Parma, para recibirle en la frontera.

Tenia por objeto este aparente obsequio, aprovechar la cólera del ministro desgraciado para que descubriese algunos secretos del rey ó de la reina de los que contaba Dubois sacar gran partido. Al divisar á M. de Marcieu, comprendiendo al momento Alberoni la misión de que estaba ese encargado, le dijo:

—¿Venís sin duda para saber el secreto de la monarquía española? voy á comunicároslo: Felipe V solo tiene necesidad de dos cosas: una mujer y un reclinatorio para rezar.

La desgracia de Alberoni dió por resultado la paz general, obtenida por Dubois, conforme se había previsto, pues que accedió Felipe V al tratado de la cuádruple alianza, firmado en La Haya, el 17 de febrero, por su ministro, el marqués de Beretti-Landi.

Otro suceso no menos importante atrajo despues la atencion de Europa hácia el otro extremo de Francia.

Ya dijimos que los estados de Bretaña en vez de conceder, segun costumbre, el don gratuito por aclamacion, contestaron que no podia tener en consideracion la demanda sino despues de vistas y examinadas las cuartas.

En el instante en que supo la respuesta el mariscal de Montesquiou, gobernador de la provincia, hizo ocupar á Rennes, Vannes, Redon y Nantes, y prohibió adeanás á los gentilhombres bretones que se reunieran sin permiso del rey. Como ya se sabe, eran esos de raza brusca, antigua y salvage, y mientras que el resto de la nobleza de Francia había ido á decolorarse bajo los rayos del sol de Versalles, permanecieron ellos firmes, vigorosos y con la frente

elevada á la sombra de sus drúidicos monumentos y antiguas selvas. Érales, pues, insoportable aquel ataque á sus privilegios.

Antiguos partidarios de España, en tiempo de la Liga, en aquella época en que la monarquía católica era adversaria de Francia, adoptaron el partido de Felipe V contra el regente y enviaron una mision á Madrid , cabiéndole á M. de Melac Hervieux , gefe de la embajada , el honor de dirigir la palabra al rey en nombre de la nobleza entera ; á la que contestó el monarca por medio de la siguiente carta, fechada en San Esteban el 22 de junio de 1719.

«M. de Melac Hervieux me ha traído proposiciones de parte de la nobleza de Bretaña , relativas á los intereses de ambos tronos. Refiérome á cuanto de la mia diga dicho caballero , pudiéndole asegurar que les agradezco vivamente la resolucion que toman, la cual sostendré lo mejor que pueda , satisfecho como estoy de poderles demostrar el aprecio que para mí tienen tan fieles súbditos del rey, mi sobrino, de quien no deseo sino el bien y la gloria.

«YO EL REY.»

La resolucion á que se refiere la carta del rey , era separar de Francia la Bretaña. El plan era sencillo y debido al arrojio de dos mujeres, de Kanken y de Bonnamour: consistia en que se constituyeran los estados y tomaran un acuerdo, diciendo que habiéndose violado los privilegios de la provincia, se declaraba esta independiente; pero Madama dè Egoulas, haciendo traicion á su patria , puso á Leblanc al corriente de cuanto allí pasaba . y este segundo Dubois mandó á M. de Montesquiou que castigara severamente á los culpables .

No podia escogerse otro mas á propósito para reprimir una rebelion , aun cuando fuera en Bretaña , país de eterna revuelta é imposibles represiones.

Pedro de Artagnan de Montesquiou, mariscal de Francia era, segun Sir Montesquiou, mas tarde conde de Atenas, descendiente de los antiguos Montesquiou, heredero de Clovis. Habia adquirido aquella insensibilidad propia de rudas fatigas, sufrimientos y desengaños experimentados en la carrera de las armas, en donde sirvió mas de medio siglo. A la primera noticia que tuvo de la revuelta, pidió tropa para reprimirla con la severidad de su carácter y cual si el gobierno hubiera querido mandar á aquel hombre, cuyos abuelos se remontaban al origen de la monarquía, soldados dignos de él, envióle los descendientes y restos de aquellos famosos dragones que extinguieron con su sangre la rebelion de Cevennes, esa Bretaña meridional de la Francia.

Al cabo de una lucha de tres meses, sometió la Breñana é hizo prisioneros á tres ó cuatrocientos campesinos y unos doce gentilhombres bretones, cuatro de los cuales, llamados Pontcalec, de Montlonis de Talhouet y de su Couedic, fueron condenados á la última pena.

Como los tribunales ordinarios hubieran retardado el castigo y era menester una represion pronta y severa, apelóse á la real sala de Nantes, la que se reunió y pronunció la sentencia, que fué ejecutada á las doce de la tempestuosa noche del 26 de marzo, en la plaza pública de aquella poblacion. A dicha hora apareció iluminada la mencionada plaza enlutado el patíbulo, cual corresponde á gentilhombres, circuyéronle cincuenta soldados con antorchas, casi en el mismo instante en que aparecieron los cuatro sentenciados, cuatro gallardos jóvenes que formaban juntos la reducida cifra de ciento cuarenta años.

Marchaban con calma, firmeza y serenidad. Sin embargo, horrorizáronse al cortarles sus hermosos cabellos, antiguo emblema de aquella franca libertad, que intacto se ha conservado en Bretaña.

Montlouis, el mas joven de entre ellos, derramó una lágrima, y rogó en voz baja al verdugo, entregara á su desconsolada madre

aquella leonada cabellera. A media noche habian entregado su alma al Criador con la sonrisa del mártir.

Muchos poblaron las cárceles, otros, en mayor número aun, y no fueron por cierto los menos desdichados, huyeron á España. Los que habian sido decapitados, yacian al menos en la tumba de sus pasados; los cautivos veían el cielo de la patria por entre las rejas de la cárcel; pero los emigrados!

«Véíaseles azotar las calles de Madrid, escribió el mariscal de Tessé en 1720, indicando con su triste semblante que no intentarían volver á revoltar á Bretaña.»

Háblanse aun hoy día, en las mas humildes cabañas ya de Saint-Malo, gruta de piratas tan fatal para Inglaterra, ya de Lorient, Villeneuve ó de Brest, *finis terræ*, los retratos de du Couedic, Talhouet, Poncalec y Moutlouis, que legan los padres á sus hijos, y cuando se les pide quienes son aquellos hombres cuya imágen conservan tan religiosamente, en medio de su ignorancia llena de fé, que son santos, contestan unos, y otros responden que son mártires.

Aconteció entretanto la presagiada caída del sistema del banco. Las acciones del Mississipi, del Sud y del Senegal, creadas á quinientas libras subieron hasta catorce y quince mil; lo cual demostraba palpablemente la poca probabilidad de que pudieran sostenerse á tan elevado tipo, la imposibilidad de una nueva progresion y su próximo descrédito.

El decreto de 1719, de que tenemos conocimiento mandando cambiar en papel toda cantidad en numerario que escediese de 500 libras, fué mal ejecutado. Contábase con una entrada de un millar y las entregas en caja no llegaron á veinte millones. Desde entonces no tan solo se niveló el metálico con la emision de los billetes, sino que escedió esta de dos terceras partes del valor de todas las monedas de oro y plata que circulaban por el reino.

El 21 de mayo, día fatal, salió en fin un decreto mandando re-



ducir los billetes de banco y acciones de la sociedad. Había de efectuarse esa reducción gradualmente, mes por mes, hasta el día 1.º de enero de 1721, época en que debían los billetes hallarse reducidos á la mitad del valor que tenían el día en que apareció el edicto. Por mas que por otro del 22 revocara el del 21, quedó al momento arruinado el sistema y, desacreditadas las acciones, fué mas rápido su descenso que su elevación.

Ya se comprenderá la consternación que espacióron por todo París ambos edictos, por desacreditar las acciones el primero, y el segundo por mantener en circulación un papel sin crédito. Terrible fué el golpe para todas las fortunas, pues el papel moneda había entrado en todas partes, si se exceptúa á algunos prudentes que pudieron librarse del huésped enterrando su metálico. El valor ficticio del papel había subido hasta seis millares por el alza de las acciones; pero la cifra real de la emisión ascendió á la enorme cantidad de dos millares seiscientos millones. Fué para Francia todo un sacudimiento semejante á los producidos por los temblores de tierra, que trocó en rabia el general estupor, hasta el punto de fijarse sediciosos pasquines en todas partes, y por poco motiva una sublevación en la capital del reino.

El duque de Orleans con ese valor temerario de que había dado tantísimas pruebas lo mismo en la vida pública y la privada que en los campos de batalla, reía de todos aquellos movimientos populares que tanto amedrentaban á Law.

Refugióse este en el Palais-Royal, apresuróse en dimitir su cargo de registrador general de hacienda é intentaba huir en aquel mismo instante y abandonar á Francia, para desaparecer del horizonte financiero y político, cuando el regente á quien divertía en extremo su terror, le proporcionó guardias para su protección y defensa contra cualesquiera desmanes del pueblo, dando al mismo tiempo la orden de que se opusieran á su fuga.

El día 10 de diciembre, después de haber ido tomando parte

en cuantas operaciones se ejecutaron desde mayo á últimos del año, abandonó el teatro de sus hazañas y fué á refugiarse en una de sus haciendas situadas á tres ó cuatro leguas de París. Mas luego, no creyéndose ya seguro en aquella especie de destierro, determinó fugarse de Francia; pero aguardábale desgraciadamente en Vincennes un nuevo contratiempo. Detúvole allí cuarenta y ocho horas el gobernador de la provincia, hijo del guarda-sellos, marqués de Argenson, quien no le soltó hasta recibir una orden formal del regente. Dirigióse mas tarde á Bruselas y despues á Venecia, en donde falleció dejando en París crecidas deudas que su esposa pagó.

Durante el primer período del año, realizáronse algunas cosas que hemos callado para podernos ocupar de Law y su sistema.

Establecida que fué la paz entre Francia y España á consecuencia de la desgracia de Alberoni, partió con direccion á Madrid, portador del cordon azul para el último infante de España, M. de Maulevrier, nombrado embajador por el rey Luis XV. Traia además el encargo de negociar el doble enlace del rey con la infanta y de la señorita de Montpensier, hija del regente con el príncipe de Asturias.

El dia 18 de febrero, entró el rey en el consejo de regencia, cuya primera sesion le fastidió en extremo, declarando al salir, á M. de Fleury, su preceptor, que no queria asistir mas.

— Cuidado, señor, contestóle esto, si no quereis versaros en los negocios públicos, permaneceréis ignorante, y en caso de que tengais algun dia un delfin mas instruido que vos, podrá muy bien suceder que ocupe vuestro destino y se contente con haceros una pension. A lo cual contestó el rey si seria en tal caso muy crecida.

Un hermoso dia de mayo vióse que el vigía de Nuestra Señora de la Guardia señalaba un buque; llevaba el nombre de el *Gran Saint-Antoine* y tenia su capitan el de Chateau. Habia salido de Sidon el 31 de enero con patente limpia, y tenia suma necesidad

de aprovisionarse porque habiendo querido hacer aguada y tomar algunas provisiones en Cagliari, fué recibido á cañonazos por el gobernador de la isla, quien habia visto en sueños cebarse la peste en Cerdeña y diezmar á sus habitantes. Habiéndosele muerto dos hombres en su travesía y otro el dia de su llegada, entró en cuarentena en Pomega en donde sucumbió el cirujano dos dias despues.

El rumor de tan singular mortandad empezaba ya á circular por la poblacion y á inspirar un vago temor, cuando uno de los médicos de la misma declaró que visitaba en la plaza del Linche á un marino cuya enfermedad presentaba todos los síntomas de la peste Oriental. Falleció aquella misma tarde. La peste estaba en Marsella.

El 16 de agosto, dia de San Roque, mientras que setecientas personas fallecian del contagio, mandábanse allí dos médicos, de orden del regente, para estudiar aquella enfermedad que, habiendo ya puesto un pié en Aix, podia muy bien presentarse en París de un dia á otro.

Estos dos parlamentarios consagrados á la muerte, eran los doctores Lemoine y Bailly.

Basta con pronunciar el nombre de M. de Belzunce para hacer elogio del mismo; pero otros nombres hay que los habitantes de Marsella conservan en sus corazones y que repetian aun en la fiesta secular consagrada á la desaparicion de la peste. Es uno de ellos el del caballero Rose, quien, un dia en que sucumbieron cuatro mil personas cual heridas del rayo, púsose con gran calma en medio de todas aquellas víctimas é hizo sacar los muertos por los presidarios de Argel y Tunez, participando de los peligros con aquellos hombres que no se miraban como tales.

Los demás nombres de que hemos hablado, son los de los regidores Moustier, Dieudé, Audemar, Pichetté de Croissante, Estellé y el del baile de Langeron.

Íbamos á decir los de los capuchinos que se sacrificaron para prestar auxilio á los enfermos y enterrar á los muertos, mas careciendo aquellos de nombre, se contentan los marseleses con decir: «Al principiar la peste habia en Marsella doscientos setenta frailes de la órden franciscana, y quedaron solo tres á la desaparicion de aquella.

Un caso análogo aconteció despues de la batalla de Eylau. Entregó el emperador al coronel de un regimiento que habia hecho prodigios de valor, doce cruces para que las distribuyera á su voluntad.

Admitiólas este con aire embarazado.

— Qué teneis ? le preguntó Napoleon. — Señor contestó el coronel, me habeis entregado doce cruces y solo me quedan seis hombres.

---

## CAPÍTULO XI.



Cuando iba á declararse la peste de que hemos hablado en el anterior capítulo, atravesaba Marsella para dirigirse á los estados de su esposo el duque de Módena , la señorita de Valois, esa bella Carlota Aglaé que tuvo la habilidad de tomar M. de Richelieu á la señorita de Charolais y su padre á madama de Berry.

Muy difícil fué el poder determinar á la jóven princesa al mencionado enlace ; pues , conforme ya dijimos , adoraba al duque de Richelieu, por cuya razon deseaba el regente alejarla de Francia. Tratóse de casarla con el príncipe del Piamonte; pero no queriendo Madama, abuela de la princesa, que pudiera un dia echársele en cara el haber engañado á una amiga, escribió á la reina de Sicilia que la amaba demasiado para hacerle tan mal regalo.

Frustróse pues, el primer enlace , causando no poca alegría á la señorita de Valois, gran pesar á su madre, quien habia deseado esa union , y suma satisfaccion á Dubois y al regente , quienes, sabiendo que debia despojarse de la Sicilia á Cerdeña, mas bien habian tolerado que solicitado aquella alianza.

Entabláronse entonces negociaciones con la córte de Módena, y

el 28 de noviembre de 1719, recibióse la noticia de que al ver el retrato, se habia el duque enamorado de la princesa.

Antes de su partida, quiso ésta visitar á su hermana en Chelles, á lo cual se opuso la princesa Palatina, pretestando que habiéndose declarado el sarampion en la abadía, podia poner en peligro sus dias.

— Esto busco, respondió la señorita de Valois. En efecto, atacóla la contagiosa enfermedad; pero á pesar de su peligroso estado, bendecia al sarampion porque diferia su enlace.

Restablecióse sin embargo y habiendo llegado el dia de la marcha, fué menester acatar la órden.

El duque de Módena debia trasladarse de incógnito á Génova, en cuya poblacion habia de tener lugar la primera entrevista de los augustos prometidos.

La señorita de Valois, se detenia en donde podia con objeto de prolongar su viaje. Desde Lion, mandó á Paris una tosca arenga que le dirigiera un señor cura-parróco la que divirtió en extremo á toda la córte. Pidió al propio tiempo permiso para ver la Provenza, Tolon y Saint-Baume. Aquella infeliz princesa deseaba verlo todo, esceptuando á su marido.

Tal fué la lentitud de su viaje, que llegó el nóvio á quejarse por no ver llegar á su cara mitad. Enfadóse al fin el regente y mandó á su hija se embarcara sin demora, lo que efectuó en Antibes.

Sin embargo, despues de su entrevista con el duque, escribió que habiendo hallado á este menos despreciable de lo que se habia imaginado, confiaba se acostumbraria á él.

Gran diferencia habia entre el que dejaba y aquel en cuya busca iba, como lo pintaban unos versos epigramáticos que á la sazón fueron compuestos aludiendo á esta partida.

Mientras esto pasaba, firmó el rey una declaracion que ocasionó gran ruido. Era prohibicion de decir, sostener ni hablar nada

contra la Constitucion *Unigenitus*, de que hablamos en otro lugar de esta obra.

Dirémos en pocas palabras lo que era dicha Constitucion, á pesar de que su esplicacion no será muy atrayente que digamos, por cuyo motivo nos hemos abstenido de hacerlo tanto como nos ha sido permitido; mas no pudiendo ya retroceder, vamos á acabar de una vez.

La bula *Unigenitus* contaba del reinado de Luis XIV, y era obra del papa Clemente XI quien la dió á luz en 1706. Pronunciaba la supremacia del papa sobre los obispos, fundada en que el Padre Santo dimanaba de Jesucristo y que los demás prelados dependian del Sumo Pontífice.

Estaba dicha bula en contraposicion con un libro publicado un año ó dos antes por el padre Quesnel, gefe del partido jansenista, titulado «Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento,» libro que por el contrario presentaba á los obispos como descendiendo directamente de Jesucristo.

Atacáronla M. de Noailles y ocho obispos jansenistas y amigos del padre Quesnel, declarando que segun el texto claro y formal del Evangelio, procedia su autoridad de Jesucristo y no del soberano pontífice.

No sabiendo de que modo entretener á Luis XIV, entretúvosele con semejante querella.

Bien pronto se dividió la Francia entera en jansenistas y molinistas, cuyo último nombre fué refundido en jesuita.

Ya próximo á fallecer, habiéndose presentado en la mente del rey las persecuciones que habia hecho sufrir á los jansenistas, privó al cardenal de Bissy que diese una última declaracion contra el jansenismo.

— He hecho cuanto he podido, dijo, para establecer la paz entre vosotros, sin que haya podido lograrlo; ruego, pues, al Señor que os la dé.

Poco antes de su fallecimiento, trasladó el rey aquel asunto al papa pidiéndole una Constitución que condenase severamente las proposiciones del padre Quesnel, sostenidas por M. de Noailles, y garantizándole la completa obediencia á sus determinaciones por parte del clero francés. Envióla el Santo Padre, pero lejos de hallar en este aquella ciega obediencia prometida por Luis XIV, encontró en él una formidable oposicion tanto mas desgraciada para él y el rey, cuanto procedia de los hombres mas distinguidos por sus virtudes y su saber.

Falleció, pues, el rey, conforme hemos dicho, sin ver concluido aquel gran asunto que debia mas tarde aparecer en la regencia con mas actividad que nunca.

El partido de Madama du Maine, el duque de Villeroy, Besons, Bissy y hasta Dubois, quien aspiraba al cardenalato se declararon en favor del papa.

La Sorbonne y cuatro obispos al ver amenazadas las libertades de la iglesia galicana, pidieron un concilio general.

Prohibió entonces el regente, conforme hemos explicado, el decir, escribir ó publicar cosa alguna contra la bula *Unigenitus*.

En medio de aquellos escándalos religiosos, estalló otro mucho mayor.

Aspirando Dubois al cardenalato, como llevamos dicho mandóse á Roma á M. de Tencin para allanar los medios. El aspirante al trono de Inglaterra, desterrado en la capital del orbe cristiano, sin ninguna clase de recursos para atender á su subsistencia, hizo ofrecer el capelo á Dubois en 1718, si lograba hacerle satisfacer la pension que el regente habia mandado darle; pero comprendiendo aquel que aceptando de Jacobo III el capelo se desacreditaba cerca del rey Jorge, determinó rehusarlo, si bien conservó en su poder la carta, para que pudiese servirle en caso necesario.

Quedó mientras tanto vacante el arzobispado de Cambray, por fallecimiento del cardenal de Tremouille. Este arzobispado daba



una renta de ciento cincuenta mil libras y era además una puerta para obtener el birrete.

Juzgando Dubois muy oportuno el momento para utilizar la carta del pretendiente, envióla á Nericault Destouches, encargado de negocios de Francia en Londres, mandándole la mostrara al rey Jorge recordándole su calidad de autor de la cuádruple alianza, y le rogara que le recomendase al regente para el susodicho arzobispado.

Echó á reir el rey Jorge al oír semejante propósito. — Señor, dijo Destouches, siento cual voz cuanto de singular encierra la solicitud, pero estoy vivamente interesado en que tenga buen éxito, en cuyo caso tengo asegurada mi fortuna, cuando si por el contrario se frustra, estoy perdido.

— Pero, como quieres, respondió el rey Jorge, que un príncipe protestante se mezcle en hacer un arzobispo en Francia; se reirá naturalmente de la recomendacion el regente y la echará debajo la mesa. — Perdonad, señor dijo Destouches, el regente se reirá, no hay duda, pero lo concederá, tanto por respeto para con vuestra magestad, como porque hallará chistoso el asunto. — Te complacerá pues esto? preguntóle el rey: — si, señor, contestó Destouches. Entonces dame la solicitud. Entregósela al instante, firmóla y se la devolvió. Mandóla Destouches al regente aquel mismo dia, participándolo por el propio correo á Dubois, quien se presentó sonriendo al duque de Orleans en la mañana del siguiente dia al en que debia este recibirla.

— ¿Qué tienes, y á que viene esta alegría? pidióle el príncipe. — A fé mia, monseñor, mótila un raro sueño que tuve la noche pasada. — ¿Qué es lo que has soñado? que me habiais concedido el arzobispado de Cambrai, vacante en la actualidad. — Preciso es confesar, abate, dijo el regente volviéndole la espalda que son muy ridículos tus sueños. — Toma, y porque no habriais de hacerme arzobispo como á cualquier otro. — Hablas, pues, de veras. — Muy

formal, monseñor. — Entonces he de contestarte, dijo el duque, que mas bien sueñas ahora que no lo estarias haciendo la pasada noche; y volvióle por segunda vez la espalda.

El abate se apresuró demasiado, porque el despacho del rey Jorge, habiendo experimentado algun atraso, no llegó en manos del regente hasta la tarde. Presentóse, pues, al otro día del propio modo que lo habia efectuado la víspera, y dirigiéndose al duque. — Y bien, monseñor, le dijo, ¿qué determinamos con respecto al arzobispado que os pedí ayer? Oye, repitió el regente, tanto me admiraste con semejante pretension que quiero admirarte aun mas concediéndotela.

Agradecido Dubois, tomó la mano del regente y la besó.

Preocupábale sin embargo en aquel momento una cosa: el estar casado. Solicitar de Clemente XI el divorcio cuando pensaba pedirle mas tarde el capelo, era complicar la situacion, así es que calculó mas corto y fácil el hacer desaparecer las pruebas de aquel casamiento.

Confió su apuro á M. de Breteuil, intendente de Limoges, quien deseando ser útil al hombre que tenia su fortuna entre sus manos, hízose dar todos los permeneros de que tenia necesidad para el logro del apetecido objeto y poniendo á la obra manos, tomó tan acertadas medidas que en altas horas de la noche hallábase ya en el pueblo en que se habia celebrado el enlace, y fué al instante á parar en casa del cura párroco, sucesor del que habia casado á Dubois.

El buen sacerdote á quien M. de Breteuil pidió amistosamente hospitalidad, experimentó tal satisfaccion de recibir en su aposento al intendente de la provincia, que lo puso todo en confusion. Obsequió á su huésped con una opípara cena, sirviéndole esquisitos vinos, siendo tanta la rapidez con que se sucedieron las libaciones, que en los postres no veía ya muy claro el buen cura. Aprovechó de esta ocasion M. de Breteuil para manifestarle que

aunque no dudaba tendria en debida forma sus registros, tendria un particular gusto en poderles ver. Seguro de la formalidad de sus libros, accedió al momento el cura, depositándoles en manos del intendente, quien no juzgó conveniente abrirles hasta que una nueva libacion cerrara por completo los ya turbados ojos del sacerdote; obtenido lo cual buscó y halló en el registro el año en que se efectuó el casamiento y despues al testimonio, que comprendió del libro y puso en la faltriquera.

Teníase ya el testimonio pero faltaba el contrato, lo cual obligó á M. de Breteuil el tener que cumplir con otra mision no menos árdua. Como el tabelion que autorizó la escritura habia ya fallecido, dejóse en manos de su sucesor la opcion entre una cantidad de cincuenta mil libras ó un perpétuo encierro. No titubeó mucho el notario, pues entregó la minuta á M. de Breteuil, y este sin hacerse rogar, se apresuró á mandarla á Dubois, junto con el testimonio del estado civil, documentos que inutilizó sin demora el interesado.

Dióse por último otro paso para que no quedara ninguna clase de inquietud al nuevo arzobispo. Mandó buscar á Madama Dubois, y usando con ella las mismas frases que con el notario, permitióle tambien obstar [por igual cantidad ó el encierro perpétuo. Aceptó esta los cincuenta mil francos y prometió que guardaria en lo sucesivo el secreto que supo guardar hasta entonces.

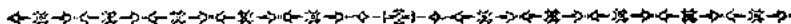
Todo pues quedó arreglado á las mil maravillas y en el mejor de los mundos posibles, como Voltaire debia decirlo mas tarde.

Habiéndose negado Dubois á recibir las sagradas órdenes, acudióse al cardenal de Noailles, quien se rehuso á ello pura y simplemente pero aunque sin ninguna clase de afectacion ni escándolo, y sin que con promesas y amenazas pudieran hacerle retroceder un solo paso.

Pensóse entonces en M. de Besons, hermano del mariscal de igual apellido, quien fué mas complaciente que el cardenal de Noailles, dando al abate las licencias necesarias para que recibiese

las sagradas órdenes en el gran vicariato de Pontoise, dependiente de la diócesis de Rouen.

So pretesto de los importantes negocios de que estaba encargado, obtuvo Dubois un breve para recibir todas las órdenes á la vez. Trasladóse al efecto cierta mañana á una iglesia parroquial del antedicho gran vicariato de Pontoise, en donde el obispo de Nantes, le confirió, en la misma misa rezada, conforme se habia obligado, el subdiaconato, diaconato y presbiterato. Regalóle el regente con este motivo un anillo pastoral que valia mas de cien mil libras y nombróle despues plenipotenciario en el congreso de Cambray junto con MM. de Morville y de Saint-Contest.



## CAPÍTULO XII.

1721

Ya en fuga Law y destruido su sistema, fué menester pensar en volver las cosas en el estado en que se hallaban antes.

Fué la primera erigir un tribunal de justicia encargado de una mision casi igual á la que se estableció al principio de la Regencia, para con los arrendadores de rentas públicas.

Debía procederse á la averiguacion de la procedencia de cinco ó seis millones de acciones emitidas segun voz pública, sin autorizacion del rey.

En tanto que se esperaba que funcionara aquel tribunal, dióse una primera satisfaccion al pueblo vendiendo al mejor postor todos los muebles de Law y confiscando sus haciendas, de las que catorce llevaban título.

El 26 de enero de 1721, apareció un decreto ordenando un refrendo general de todos los valores de banco que se hubieran emitido de la parte de un año. Los propietarios de dichos valores quedaron obligados á declarar la procedencia de los mismos y el precio á que les compraron. Semejantes medidas dieron por resultado importantísimos descubrimientos. La fortuna de M. de Leblanc, ascendia á 17 millones; la de M. de la Faye á 18; la de

M. de Farges á 20; la de M. de Verrue á 28; y la de M. de Chau-  
mon á 127.

Persiguióse con este motivo á algunos importantes hombres de estado; tales fueron el ministro Leblanc, el conde y el caballero de Belle-Isle, hijo y nieto de Fouquet, y M. Moreau de Sechelles.

Además, perdió de Argenson su destino de guarda sellos, que se devolvió á de Aguesseau, hombre popular por esencia.

Verdad es que fué acompañada su desgracia de toda clase de distinciones: conservósele el título de guarda sellos concediéndosele la libertad de ir al consejo cuando bien le pareciera y quedó amigo y consejero del duque de Orleans. Sin embargo por mas que tales atenciones aminoraran la desgracia del ex-canciller, no dejaba de ser una cuanto le estaba aconteciendo. Probóse muy claramente su profundo pesar y la enfermedad que le arrastró al sepulcro en 8 de abril de 1721, un año despues de su caída.

Pocos dias antes que M. de Argenson, falleció el papa Clemente XI, autor de la bula *Unigenitus*, sucediéndole el 18 del siguiente mayo el cardenal Conti, bajo el nombre de Inocencio XIII.

El fallecimiento de Clemente XI detuvo las persecuciones de que era objeto Alberoni, á quien se queria privar de su dignidad á instancias de los reyes de España. El tribunal instalado al efecto, determinó prolongar el asunto esperando que Clemente XI, cuyo pontificado contaba ya veinte años, moriria antes de que se pronunciara el fallo. Así aconteció en efecto, y no solo se halló Alberoni libre de un proceso cuyo resultado perseguian tres terribles enemigos: el rey, la reina y el papa, sino que fué invitado por los que fueron sus jueces á tomar parte en el cónclave, en su calidad de cardenal podia su ausencia motivar una protesta y hasta invalidar la eleccion del nuevo pontífice.

Francia deseaba que este fuera el cardenal Conti.

Dubois contaba no morir arzobispo, érale necesario un capelo, y estendia aun mas allá sus esperanzas, pues dislumbraba ya la

liara. Dos confidentes suyos, el jesuita Laffiteau, obispo de Sisteron y el abate de Tencin, estábanle negociando en Roma el cardenalato; pero á pesar de sus vivas instancias haciale Clemente XI tal sorda oposicion que daba á entender les seria mas difícil la empresa de lo que habian creído en un principio. En su consecuencia propuso Dubois al cardenal de Rohan el ir á Roma para despachar su promocion, prometiéndole en cambio el primer ministerio que á su regreso vacare. Disponíase para partir cuando la noticia del fallecimiento del sumo pontífice aumentó la importancia de su mision, pues contando con su limitado crédito salió con el doble objeto de hacer elegir papa á Contí y mandar nombrar cardenal á Dubois.

Teniendo cada cardenal facultad para tomar un conclave, el de Rohan admitió á Tencin quien, antes de encerrarse con él, hizo un convenio con el de Contí.

Segun dicho convenio, y merced á la influencia de la Francia, debía el último ser elegido papa y nombrar á Dubois cardenal.

Terminado y cangeado este tratado, fueron encerrados Tencin y el cardenal de Rohan en el palacio electoral. Laffiteau quedó escluido del arresto á fin de poderse entender con Dubois.

Los millones traídos por el cardenal de Rohan suavizaron la rigorosa sujecion de los miembros del cónclave, y el 5 de mayo el jesuita Laffiteau escribió á Dubois que no obstante su pretendida impenetrabilidad, entraba todas las noches por medio de una llave falsa y se veía con el cardenal de Rohan y Tencin, á pesar de los cinco cuerpos de guardia que habia de atravesar para apersonarse con ellos.

Contí quedó elegido papa el dia 8 de Mayo, tomando el nombre de Inocencio XIII.

Esta eleccion acabó con el proceso de Alberoni, porque no asistian al nuevo pontífice iguales motivos que al anterior para perseguirlo. Así es que en lugar de ser privado de su dignidad y

enviado á un destierro, lo que le hubiera sin duda sucedido á no haber fallecido Clemente XI, alquiló en Roma un magnífico palacio, en donde se instaló con gran ostentacion sostenida con los millones que economizó en España mientras estuvo en el poder. Vió morir allí, uno tras otro, al cardenal del Gindice y la princesa de los Ursinos, enemigos suyos, quienes cual él residian en Roma. Fué nombrado legado de Ferrara y falleció honrado con este título á los 90 ó 92 años de su edad. •

Volvamos ahora á tratar del cardenal de Contí, es decir, del nuevo papa.

Tenia 66 años de edad y llevaba 14 de cardenalato. Habia sido nuncio en Suiza, España y Portugal; era descendiente de una de las cuatro primeras casas de Roma, y no cedia á los Ursinos, Colonne y Savelli. Era amable, bondadoso y tímido; pero muy encariñado con la casa paterna, y en el cual mas que el mérito, recomendaba su alta posicion. Dudando pues llegar al pontificado, sin duda por falta de este mérito, cerró con Tencin el trato de que hemos hablado, y que mas tarde hubiera deseado anular. Larga fué la lucha, pues duró desde el 18 de mayo hasta el 16 de Julio. Dóñale á Contí el inaugurar su pontificado con semejante ceremonia, pero obligóle Tencin á cumplir su palabra, con el convenio en la mano. Deseaba el papa además una biblioteca de doce mil escudos, fuéle esta ofrecida en nombre de Dubois y desaparecieron por este medio los últimos escrúpulos de Su Santidad.

El día 16 de Julio nombróse cardenal á Dubois con gran escándalo de la cristiandad; comisionando al abate Passerini, limosnero del papa, para hacerle entrega del birrete.

Mucho se hablaba de esa promocion, llevando sobre el cardenal los juegos de palabras y equívocos, cuando hizo estremecer la Francia un suceso inesperado que de repente evocaba las antiguas calumnias esparcidas en otro tiempo contra el regente.

Es el caso que el 31 de Julio se acostó el rey disfrutando de



perfecta salud y despertó con gran pesadez' en la cabeza , atacado de angina y sintiendo calofríos; levantóse unas dos horas, mas habiendo empeorado á eso de las tres de la tarde, fué menester volverle á meter en cama. Pasó muy mala noche; y á las dos de la madrugada habiendo aumentado la intensidad de los síntomas de la enfermedad , esparcióse la consternacion por el palacio y mas tarde por la poblacion.

A eso de las doce del dia, entró M. de Saint-Simon al cuarto del augusto enfermo, en donde no halló mas que al duque de Orleans muy triste y sentado junto á la chimenea. Entró al propio tiempo Bouldue, uno de los farmacéuticos de cámara, con una poción en la mano. Seguíale Madama de la Ferté, hermana de la duquesa de Pompadour , aya del rey, y al divisar á M. de Saint-Simon , quien le impedia ver al regente :

—Ah ! señor duque, exclamó, el rey está envenenado.

—Pero señora..... callaos, respondió Saint-Simon.

—Os digo que está envenenado, replicó.

—¡Qué osais proferir , señora ! callaos.

Y como apercibiera al regente con el movimiento que hizo Saint-Simon , callóse de repente.

En cuanto al duque de Orleans, contentóse con encogerse de hombros y cambiar una mirada con el de Saint-Simon y Bouldue.

El tercer dia empezó á perturbarse la cabeza del rey, y la de los médicos á hacer otro tanto. Helvetius, el mas jóven de entre ellos, quien fué despues médico de la reina, y padre del famoso Helvetius, propuso entonces una sangría á los piés; pero clamaron contra ello los demás médicos, y Marechae, primer cirujano de cámara, declaró que si solo hubiera en toda Francia una lanceta, la haria pedazos á fin de que no se sangrara al rey.

El regente , el duque , M. de Villeroy, Madama de Pompadour y la duquesa de Ferté , de quien acabamos hablar, estando presenciando la consulta y viendo con la mayor desesperacion

falta de unanimidad entre aquellos hombres de quienes dependia la vida del jóven monarca , Hamaron á M M. Dumoulin , Silva, Camille y Falconnet, médicos de la capital , quienes despues de una discusion de algunos instantes , fueron del parecer de Helvetius.

Viendo este entonces que los demás médicos de cámara se mantenian aun firmes, y no habiendo otro medio con que poder hacer prevalecer su opinion:

— Señores , les dijo, ¿me respondeis con vuestra cabeza de la vida del rey , si no se le sangra? —Nó, contestaron á la vez , no podemos cargar con semejante responsabilidad. —Pues yo, replicó, respondo de su vida con la mia, si se le sangra.

Habia tal conviccion en la espresion de aquel célebre médico, y tomando el regente la palabra, le dijo:

—Obrad, caballero Helvetius.

Retiráronse entonces los demás médicos y Helvetius sangró al rey.

Una hora mas tarde disminuyó la calentura ; desapareció por la tarde el peligro y se levantó el rey á los dos dias.

Entregóse París á toda clase de regocijos y se cantó el Te-Deum en todas las iglesias, en donde acudió el rey dando gracias al Altísimo , á la Virgen y á Santa Genoveva por su milagrosa salvacion.

Aconteció esto poco antes de San Luis , dia que se celebraba todos los años con un concierto en las Tullerías, pero aquella vez fué convertido en fiesta.

El mariscal de Villeroy quien habia dicho mas claramente que los demás que el rey estaba envenenado, embobábase ante aquella afluencia que importunaba al príncipe , sacándole de los rincones en que este se escondia á cada paso, á fin de que todos le vieran. Por último , al ver atestados de gente el jardin de las Tullerías y plaza de Carrousel y cubiertos de curiosos los tejados, condujo al

rey al balcón. Aquella inmensa multitud dió al instante el grito de viva el rey, el cual se extendió en universal aclamacion por las calles y plazas.

— Señor, dijo entonces Villeroy á Luis XV; veis esa multitud, ese pueblo, ese gentío, pues bien todo eso os pertenece, todo está á vuestro dominio, vos sois su señor y podeis hacer de esos hombres todo cuanto os apetezca.

¡Ay! desgraciadamente esas imprudentes palabras de su ayo no se borraron jamás de la mente del jóven príncipe. De un pueblo que gritaba viva el rey, en 1721, hizo una nacion que, 72 años mas tarde gritaba viva la guillotina.

Hacíase por aquel tiempo en Lóndres el esperimento de la inoculacion con sentenciados á muerte, cinco de los cuales fueron inoculados y perdonados de la vida.

M. de Mauleorier por su parte no perdió tiempo en Madrid, pues el día 14 de setiembre, estaba ya determinado el enlace del rey con la infanta y el del príncipe de Asturias con la señorita de Montpensier, recibándose aquel mismo dia en París una carta de Felipe V dirigida á Luis XV, en la que le anunciaba que no solo consentia en aquella union, sino que le participaba la satisfaccion que la misma le causaba.

Nada se habia hablado al rey tocante al tal enlace, faltaba pues, anunciárselo, y tambien que, á pesar de no contar mas que la edad de once años quisiera admitir por esposa á una niña que tenia solo tres.

Escogióse para comunicárselo un dia en que hubiera consejo de regencia, al objeto de que al anunciar aquella noticia al rey, se anunciara en el propio consejo casi aun mismo tiempo, para no tener que volver á tratar de ella.

En semejante negociacion era menester desconfiar de algunos, mayormente del mariscal de Villeroy, quien, enemigo declarado del regente era fácil hiciera cuanto pudiera para trastornar el

plan. Así es que el duque de Orleans empezó por obtener dos auxiliares; eran estos el duque superintendente de la educación real y M. de Frejus, preceptor del rey. El primero recibió la confianza á las mil maravillas y aprobó mucho el enlace, mas el segundo la acogió friamente, objetando que la edad de la infanta hacia de ese casamiento un acto descabellado. Manifestó sin embargo que no creía se opusiera á ello el rey, prometió hallarse presente en el acto de la propuesta y se obligó á emplear toda su influencia con el joven príncipe para decidirle á secundar las miras del regente.

Al otro día, para el que se habia dejado la comunicacion del asunto, presentóse el regente á la hora convenida al aposento del rey, en cuyas antesalas cuidó de informarse de si M. de Frejus estaba con su discípulo. Sabedor de que contra su promesa, estaba aquel ausente, mandóle recado al momento, pues habia decidido no entrar sin su compañía. No tardó sin embargo en verle acudir como el que, habiéndose engañado de hora, se apresura á reparar su error. Entraron pues, y hallaron junto al príncipe, al Duque, al mariscal de Villeroy y al cardenal Dubois.

El regente anunció entonces al rey aquella gran noticia con el tono mas gracioso que le fué dable, elogiando las ventajas de la proyectada union y suplicando á su magestad diera su consentimiento. Tan sorprendido quedó aquel joven monarca, que permaneció largo rato en silencio, con el corazón oprimido y humedecidos los ojos. Tenia el regente fija la vista en el obispo, pues conocia muy bien que todo dependia de él en aquel solemne momento. Cumplió este su palabra é insistió, despues que lo hubo hecho el regente, en la necesidad de que cumpliera el rey con los compromisos que aquel contrajo en su nombre y al ver al mariscal insistió con mas eficacia diciendo:

—Vamos, señor, preciso es hacerlo de buena gana.

Sin embargo, nada podia romper el obstinado silencio del rey.

Hablóle al oído M. de Frejus, exhortándole con ternura á que no diferiese el ir al consejo para declarar allí su consentimiento ; pero no solo conservaba el mismo silencio sino que permanecía inmóvil como una estatua ; hasta que al fin haria sin duda algun gesto, movimiento ó seña afirmativa, pues dijo M. de Frejus:

— Monseñor , Su Magestad irá al consejo , pero es menester darle el tiempo necesario para que se disponga á ello.

Inclinóse el regente , contestó que aguardaba la voluntad del rey, é hizo seña á Dubois y al duque para que le siguiesen.

En efecto , entró el rey en el consejo media hora mas tarde , y al hacerse lectura de la carta de Felipe V, declaró que daba gustoso su consentimiento á aquel enlace, aprobando al propio tiempo el de la señorita de Montpensier con el príncipe de Asturias.

Los mas encarnizados enemigos del duque de Orleans quedaron asombrados de aquel inesperado golpe. Con esa gran obra de la política, no solo se convertía el regente en el mas próximo aliado de aquel que un año antes pedía su cabeza, sino que lograba su hija poner un pié en las gradas del trono de España.

Aprobado que fué el doble casamiento, nombróse al duque de Saint-Simon embajador cerca del rey de España para pedir oficialmente la mano de la infanta. Madama de Ventadour, fué nombrada su aya, con encargo de ir á buscarla á Madrid y acompañarla á París. Cruzáronse, en fin, en Bayona, el duque de Osuna y el marqués de La Fare , el primero enviado de Felipe V para cumplimentar á Luis XV, y el segundo enviado de este para hacer otro tanto con aquel.

Mientras la aristocracia se estaba ocupando en los sucesos que acamos de mencionar , el pueblo y la vecindad no carecian de espectáculos. Enredábaseles á Cartouche en la plaza de Greve.

Encarcelado este en un principio en el Chatelet y mas tarde conducido á la Concergería , fué juzgado y sentenciado el dia 26 de noviembre de 1721 , diéronsele tormentos el dia 27 , los que

sufrió sin que llegára á confesar nada , y el 28 fué conducido al cadalso.

Llegado que hubo en el lugar de la ejecucion , sin haber querido hacer revelacion alguna , en la conviccion de que harian sus cómplices en el postrer momento alguna tentativa para salvarle, miró detenidamente aquella multitud, las calles y callejones, puertas y cuanto le fué posible mirar , y al notar que nada habia allí de lo que esperaba hallar , excepto el terrible patíbulo que dominaba toda aquella gente ávida de su suplicio, en el instante en que le agarraba el verdugo, detente , le dijo; tengo que hacer algunas revelaciones.

Apresuráronse á conducirlo en el Hotel-de-Ville, en donde, además de confesar sus crímenes, que hasta entonces habia callado denunció á trescientas setenta personas , entre las que figuraban ciento treinta y cuatro mujeres.

Diéronse instantáneamente las órdenes necesarias para proceder á su detencion, y como Cartouche, al descubrir á sus cómplices, habia indicado las guaridas en que estaban ocultos , cayeron casi todos en el garlito y fueron sin demora conducidos al Hotel-de-Ville , en donde les aguardaba mas bien como juez que como sentenciado. Aproximáronse todos á él pálidos y en tono de súplica.

—Escuchadme, les dijo, fulano, zutano etc. nombrando á cada uno por su propio nombre: os he enriquecido y sostenido mientras he disfrutado de libertad, una vez preso he sufrido horribles torturas, sin haber querido confesar nada ni delatar á nadie conforme al juramento prestado ante nosotros mismos, he subido al cadalso, confiado en vuestras promesas , pero habeis observado conmigo una conducta muy distinta. Uno de vosotros me vendió; todos os escondisteis el dia de mi detencion y me abandonais en el acto de mi suplicio. Os denuncio yo á mi vez , quedamos pues en paz. Por lo que toca á aquellos que materialmente no han podido so-

corrermé, les absuelvo y no les denuncio; esto es cierto que ellos me vengarán cumplidamente.

Era ya tarde, y Cartouche volvió á ser conducido á su cárcel y aplazado el suplicio para el dia siguiente.

Con efecto, á la luz del nuevo dia, Cartouche fué descuartizado y quebrantado su cuerpo con una barra de hierro. Todavía quedaba en vida, cuando uno de los arqueros, en vez de dejarle sufrir en la picota, como lo disponia la sentencia, escurrióse bajo el cadalso y pasando su mano por una abertura que formaban las tablas, tiró de la cuerda que sujetaba la cuerda del paciente, y lo ahogó.

Con este importante hecho, terminó el año de 1721.

## CAPÍTULO XIII.

Inauguróse el año de 1722 con el cange de las princesas, futuras del rey y del príncipe de Asturias, efectuado en la isla de los Faisanes, que está situada en medio del Bidasoa, y en la que tuvieron lugar en 1659 las conferencias del cardenal Mazarino con Don Luis de Haro, primeros ministros de Francia y de España, quienes firmaron la paz de los Pirineos y arreglaron el casamiento de Luis XIV con la infanta Doña Maria Teresa.

El día 9 de enero, el mismo en que tuvo efecto el indicado cange, dirigióse á Madrid la señorita de Montpensier y la infanta tomó el camino de París.

Al llegar á esta capital, nombróse al duque de Osuna caballero de la orden del Espíritu Santo. M. de Saint-Simon recibió de Felipe V dos collares del toison de oro, uno para él y otro para su hijo mayor, y dos títulos de Castilla, uno tambien para él y otro para aquel de entre sus hijos que le pareciera mas digno de semejante distincion.

Agitóse en aquel entonces una grave cuestion en la córte.

El padre de Aubanton, confesor de Felipe V, no contento con haber obtenido de su penitente que la infanta de tres años de edad,



tuviera por confesor un jesuita , pidió y obtuvo autorizacion para solicitar á M. de Saint-Simon que tuviera el j6ven rey un confesor de la propia 6rden.

Saint-Simon no se oblig6 á ello , pero lo escribi6 al regente y este lo refiri6 á Dubois. Como esta proposicion entraba en las miras del nuevo cardenal , determin6se la retirada del abate Fleury y prop6sese para dicho destino al padre Linieres , quien era ya confesor de Madama.

Hall6 la tal propuesta tres opositores: el cardenal de Noailles, mariscal de Villeroy y obispo de Frejus.

El primero sin que presentara á nadie , se limit6 á escluir á los jesuitas.

El segundo propuso tres sugetos:

Al canciller de Nuestra Se6ora , á Beno6l cura parr6co de Saint-Germain en Haye y al abate de Vautrouy , quien acababa de rehusar el obispado de Perpi6an.

El obispo de Frejus propuso dos:

A Paulet, superior del seminario de Bons-enfans 6 Champigny, tesorero de la Sainte-Chapelle.

Triunf6 el cr6dito de Dubois en favor del padre Linieres , quedando otra vez confiada á los jesuitas la direccion de la conciencia del rey de Francia.

Ya se deja comprender la profunda herida que recibieron MM. de Frejus, de Villeroy y de Noailles , al ver el poco caso que se hizo de sus amonestaciones.

Habi6ndose malquistado el regente con el parlamento , era menester hacerle malquistar con el consejo de regencia, porque como sabemos, hab6anse ya suprimido los dem6s consejos.

Not6ronse desde entonces las tendencias de Dubois y se conoci6 que el duque de Orleans animaba su ambicion, ya por conviccion, ya por indiferencia; pero no siendo esto suficiente, porque si bien Villeroy y Noailles no salieron con la suya , n6 por esto abando-

naron el terreno, inventó Dubois un nuevo medio para lograr su objeto.

Desde que era cardenal, no asistiendo este al consejo con motivo de la precedencia á que tenia derecho la que privaban sus antecedentes y humilde cuna, calculó hacer entrar allí al de Rohan para poder él luego introducirse.

Como recordará el lector, el cardenal de Rohan es el que salió para Roma, con ilimitado crédito, cuando el fallecimiento de Clemente XI y la eleccion de Contí, y á quien prometió Dubois un ministerio; en su consecuencia, secundó gustoso los deseos de este, en los que no supo distinguir más que un honor personal tributado á su mérito y una via mas corta y llana, con su entrada en el consejo, para ver mas pronto realizadas sus ambiciosas esperanzas.

Aconteció lo que Dubois habia previsto. A su entrada en el consejo, retiráronse al momento el canciller y los duques; en cuanto al mariscal de Villeroy, abandonó la mesa y fué á sentarse en un taburete detrás del rey.

De Aguesseau, tan escrupuloso en el punto de precedencia, perdió con aquella retirada su destino de guarda sellos. Pasó este á de Armenonville, quien hizo conferir el de ministro de estado á su hijo Fleurieu.

Otro medio puso en juego Dubois, que no carecia de eficacia; fué este la traslacion del rey á Versalles.

Componíase la córte en París de todos los grandes señores que residian en la capital, cuando en Versalles no podian los cortesanos ser tan asíduos, á menos de hacer grandes sacrificios pecuniarios, lo cual separaba paulatinamente el rey de su comunicacion con ellos.

Establecido que fué en Versalles el monarca desde donde volvió á París rarísimas veces, empezó Dubois á rogar al regente que le nombrara primer ministro. Al oír el duque semejante declaracion,

desembarazóse del nuevo cardenal concediéndole la superintendencia de correos, de la que despojó á M. de Torey.

Admitió Dubois esta presa esperando cosa mejor, y entre tanto iban decayendo los asuntos en medio del conflicto entre el poder y el amor propio, reclamando cada cual cerca del regente y el regente cerca de Dubois, á lo cual contestaba siempre este:

— Monseñor, imposible es que pueda funcionar la máquina gubernamental, si todos los resortes no son dirigidos por una misma mano. Ni las repúblicas se sostuvieran á no reunir todas las voluntades particulares para formar una voluntad única y enérgica. Conviene, pues, que el punto de reunion sea vos ó yo, ó mejor, vos y yo, en atencion á que, siendo yo otro vos mismo, no tendré mas voluntad que la vuestra. Así nombradme primer ministro; pues, en caso contrario vuestra regencia va á caer en el desprecio.— Pero, no te conferí un poder ilimitado, contestó el regente.— No, costestó Dubois.— Qué te falta, pues, para poder obrar.— Me falta un título, monseñor; el título forma la autoridad del ministro; á carecer de él, se burlan del hombre, pero si le tiene, se le obedece sin réplica. El título es la consagracion del poder, y este sin aquel es una usurpacion.

Poco satisfactorias eran para Dubois las respuestas del regente á sus pretensiones; así resolvió valerse de su afiliado Laffitteau, á quien habia hecho obtener el obispado de Sisteron; en recompensa de sus servicios prestados en Roma, de donde acababa de llegar. Era un bribon incorregible, tan mal sacerdote como Dubois, lo que no era poco; desvergonzado, libertino y escandaloso en sumo grado; todo lo cual le valió la ilimitada confianza que en él tenia el nuevo cardenal, el único que podia sostenerle; en su consecuencia, era evidente que debia hacer cuanto de él dependiera para aumentar la fortuna de Dubois.

Iba, pues, á ser recibido en audiencia particular por el regente, en la que debia estenderse sobre la consideracion de que disfru-

taba en Roma el aspirante, y decir alguna palabra sobre la gran mejora introducida en los negocios de Francia, si se nombraba á Dubois primer ministro. Mas interrumpióle el duque á las primeras palabras que aventuró sobre el particular.

— Y ¿qué diablos quiere el cardenal? exclamó, tiene toda la autoridad que puede tener un primer ministro y aun no está contento; quiere el título, mas ¿qué hará de él?—Disfrutará del mismo, monseñor.—¿Por cuanto tiempo? pues Chirac le ha visitado y dice que no vivirá seis meses.—¿De veras? preguntó Laffitteau.—Pardiez! si lo dudas, te lo haré repetir por el médico mismo.—Siendo así, monseñor, contestó Laffitteau, os aconsejo que le nombreis sin demora primer ministro.—¿Y por qué?—Porque ya comprenderéis, sin duda, monseñor, que nos vamos acercando á la mayoría del rey, ¿no es esto?—Sí.—Conservaréis indudablemente su confianza.—Lo espero.—La deberá á vuestros servicios, á vuestro superior talento, lo sé, pero no teneis ya en fin autoridad propia. Un gran príncipe cual vos tiene siempre enemigos y celosos, estos procurarán haceros perder la estimacion del monarca, sus mas próximos cortesanos no os profesan gran cariño y al terminar vuestra regencia no podreis haceros nombrar primer ministro, porque este hecho no tendria ejemplar. Haced, pues, interin en favor de otro este nombramiento; nombrad para el mismo al cardenal Dubois, como lo fueron los cardenales Richelieu y Mazarino, y á su fallecimiento heredaréis un título que vos no habréis establecido, al cual estará ya acostumbrado el público, aparentaréis aceptarle por modestia y cariño para con el rey, y reuniréis á un tiempo toda la realidad del poder.

Reflexionó el duque y hallando aceptable el consejo del jesuita, nombró á Dubois primer ministro.

Hubo por la noche banquete en el Palais-Royal, en donde, como era natural, se estaba hablando del indicado nombramiento y el duque de Orleans defendia allí sin rodeo á su antiguo profesor,

diciendo que podia sacarse cualquier partido de un hombre dotado de semejante capacidad.

—Monseñor, dijo Nocé, habeis hecho de Dubois un secretario de estado un embajador, un arzobispo, un cardenal y hasta un primer ministro, pero apuesto á que no haréis de él un hombre honrado.

Nocé fué confinado el siguiente dia.

Conforme se ha visto y hemos cuidado de hacer notar á nuestros lectores, toda la política interior del regente tendía desde ya mas de un año á la concentracion de los poderes y al rompimiento de las oposiciones públicas y privadas. Hacíanla los consejos y se disolvieron; hacíala el parlamento y fué desterrado en Pontoise; hacíala M. de Argenson, y cayó en desgracia; hacíala en fin Nocé, y tuvo que abandonar París.

Quedaba aun el mariscal de Villeroy quien no solamente hacia oposicion al gobierno, sino que pasaba á decir las mayores insolencias. Trató Dubois de seducirle antes de adoptar medidas violentas contra su persona; pero la humildad que le bastó para captarse la voluntad del rey, de Madama y de los príncipes, no fué bastante para obtener la del orgulloso mariscal, cuya altivez iba en aumento á medida que se humillaba el cardenal.

Acudió este al de Bissy, amigo del mariscal y le rogó fuese su mediador cerca de Villeroy, con quien deseaba mantener amistosas relaciones.

El cardenal de Bissy que habia visto entrar en el consejo á su colega el de Rohan, por un servicio prestado á Dubois, halló propicia la ocasion para poder introducirse por igual puerta que aquel, se encargó gustoso de la negociacion, y logró persuadir al mariscal, sin gran esfuerzo, que era real y verdadera la admiracion de Dubois para con él.

No admiraba á Villeroy, en los dos que le rodeaban, la presencia, pero sí la ausencia de esa admiracion. En cuanto á la sumision de Dubois era segun el mariscal, cosa insignificante que un

tan mínimo compañero fuera humilde ante los grandes señores. Fueron, pues, aceptados sin réplica ambos extremos por Villeroy, disponiéndole por lo demás á aceptar el tercero como reconciliacion.

Declaró, pues, el mariscal estar dispuesto á sacrificar sus antipatías personales en bien del estado, y permitió á Bissy llevara palabras conciliadoras al primer ministro.

Voló á dar cuenta á este del resultado de su mision y regresó sin pérdida de tiempo con encargo de pedirle el dia y hora en que le permitia presentarle sus humildes respetos.

Pero ya fuera que no quiso el mariscal recibirle en su casa, ó ya que quisiera ser galante hasta el último extremo hizo contestar á Dubois que le esperara.

Dijo á este Bissy que haria cuando pudiera para acompañársele el siguiente dia, el mismo en que debia recibirse á los embajadores.

Grande fué la alegría de Dubois y mayores aun las promesas que hizo á su cólega en el caso de que le hiciera semejante favor. Cumplió Bissy lo mejor que pudo y salió airoso; pues, el otro dia, mientras que Dubois estaba dando audiencia al embajador de Rusia y hallándose el inmediato salon atestado de ministros estrangeros y personajes mas importantes de la diplomacia anuncióse:

El señor mariscal de Villeroy.

Sin embargo de que no se acostumbraba interrumpir en modo alguno las audiencias queria el portero avisar sin demora al primer ministro; pero opúsose á ello el mariscal y aguardó en el salon como todos los demás.

Divisóle Dubois al acompañar al embajador y olvidando á los demás, acercóse á él é inclinándose como ante un monarca empujóle respetuosamente hasta su gabinete en donde se confundió en demostraciones por el honor que acababa de dispensarle.

Dejóse confundir el mariscal con todas aquellas protestas, á las

que contestaba con ligeros signos ó movimientos ya de labios, ya de la vista, ya de cabeza. Calmado que se hubo Dubois, permitióse aquel con el tono doctoral que le era propio, darle algunos consejos; luego dejándose arrastrar por su elocuencia, pasó de los consejos á las amonestaciones y de estas á los reproches.

Era Dubois como la serpiente, queria arrastrarse pero con condicion de que no le pisaran. Así es que se levantó al primer contacto de aquel pié que aprovechando su humildad trataba de aplastarle. Viendo Bissy el mal estado en que se hallaba el asunto, quiso intervenir en él, mas era ya tarde, porque la cólera del mariscal habíase apoderado de su corazon y subídosele á la cabeza. Golpeaba con el pié el suelo, levantaba la cabeza, gallardeaba en fin, como dice Saint-Simon. Dubois, por el contrario, iba palideciendo y replegándose en sí mismo, cual si buscara poderse animar. Al cabo de algunos instantes, aturdido el mariscal con el ruido de sus propias palabras, estaba fuera de sí, amenazó á Dubois y hasta llegó en fin á decirle:

— Si, señor, eso es lo que hay, es preciso que uno de los dos caiga, y si quereis admitir de mi un último consejo, mandadme prender.

El cardenal de Bissy viendo chispear la vista de Dubois, comprendió que se caía al pozo todo su influjo personal, si dejaba prolongar mas el asunto; así es que cogiendo del brazo al mariscal, arrastróle hasta la puerta y logró hacerle salir. Pero como Villeroy no era sugeto que hiciera una natural retirada, salió chancéandose, injuriando y amenazando á Dubois. Quedó, pues, suspendida la audiencia y el primer ministro voló al aposento del regente furioso, sofocado y tartamudeando de cólera, para proponerle el arresto del mariscal, siguiendo los consejos del mismo.

No tenia el regente motivo alguno para apoyar á Villeroy, uno de sus mas encarnizados calumniadores, y á pesar de que cada vez que estaba el rey indispuerto dejaba el mariscal oír su terrible

voz vomitando veneno , rogó el duque á Dubois que se calmara , pretestando que al objeto de no acarrearle nuevos odios con el arresto de semejante personage , se encargaba él de su ejecucion , el que se efectuaría al primer insulto que le hiciera , y que por consiguiente no se haría esperar mucho.

Mandóse á buscar á todo evento , á M. de Saint-Simon , para preparar , conforme él mismo expresa la máquina con que coger á Villeroy.

Fué aquel del mismo parecer que el regente , y calculó que con la muy conocida insolencia del mariscal , no tardaría este en proporcionar una ocasion buena , plena y entera á S. A.

El duque , que asistió á la conferencia opinó como Saint-Simon , si bien propuso no fiarse en la casualidad y preparar el lazo con que poderle coger.

Consistía en que en el próximo consejo hablara el regente al rey en voz baja , y si el mariscal , segun era su costumbre se acercara á ellos , el duque condujera al rey en su gabinete , en cuyo caso seguiría sin duda al último el mariscal , y al prohibírsele el regente se entregaría aquel á algun esceso de que S. A. se aprovecharía , quedando todo dispuesto de esta suerte para el arresto de Villeroy.

Aconteció en efecto cuanto Saint-Simon había previsto ; quiso el mariscal escuchar lo que el regente estaba diciendo al rey , quiso igualmente seguir á este hasta el gabinete de aquel , despues de lo cual oyó del duque que teniendo que comunicar un asunto particular al monarca , era menester que le hablara á solas , á lo que contestó muy ensoberbecido que S. M. no tenía ni debía tener secretos para su ayo , á cuya observacion se volvió el regente y le dijo:

— Señor mariscal , olvidais ó no alcanzais á penetrar la fuerza de vuestras espresiones y á no mediar la presencia de S. M. os trataría conforme mereceis.



Pronunciado que hubo esas palabras, inclinóse S. A. ante el rey y salió. Corrió tras él el mariscal para justificarse, mas dióle á comprender con un gesto, que no admitiria escusa alguna.

Pasó el dia engallándose el mariscal y diciendo que sin embargo de haber cumplido con su deber, como la conciencia de su derecho le habia tal vez empujado demasiado, se presentaria al regente para tener con él algunas esplicaciones.

Presentóse el siguiente dia en el gabinete del duque atravesando la córte con su soberbia cuanto inseparable espada, y habiéndosele abierto paso por la multitud como de costumbre y no notando cambio alguno en los honores que se le tributaban, pidió en alta voz:

—¿En dónde está el señor duque de Orleans?

Está trabajando, señor mariscal, contestó el uger de servicio.

—Es menester que le vea, dijo el duque, que se me anuncie.

Y se precipitó en seguida hácia la puerta no dudando que se le abriria.

Abriósele en efecto, pero salió á su encuentro La Fare, capitan de guardias del regente y le pidió su espada.

Salió al propio tiempo Leblanc presentándole la órden de detencion firmada por el rey, en tanto que el conde de Artagnan, capitan de mosqueteros hacia avanzar una silla ya dispuesta que le estaba aguardando en una esquina.

En un abrir y cerrar de ojos fué colocado y encerrado en ella el mariscal y llevado por una puerta-ventana que daba en el jardin. Esperábale abajo de la escalera de la naranjería una carroza rodeada de veinte mosqueteros, para conducirle al lugar de su destierro, que distaba unas diez leguas de Versailles.

Faltaba comunicar esa ejecucion al rey, quien, como todos los niños mimados, amaba á cuantos le elogiaban; en su consecuencia, como Villeroy era uno de los que mas le alababan, á la primera noticia de su ausencia, no quiso el jóven monarca com-

prender ninguno de los motivos del arresto de su ayo , echó á llorar y permaneció así sin pronunciar palabra alguna ni querer contestar á ninguna de las espresiones que usó al regente para tratar de consolarle , determinando este por fin saludarle y retirarse.

Muy triste quedó el rey durante aquel dia , pero su dolor aumentó en gran manera cuando habiendo notado la ausencia del obispo de Frejus y preguntado por dicho prelado , se le contestó que no estaba en Versalles y hasta se ignoraba en donde podia hallarse.

Pronto circuló el rumor de que el mariscal y el obispo se habian mútuamente obligado en caso de que fuera desterrado uno de ellos , á desterrarse el otro voluntariamente sin demora.

Villeroy habia sabido convencer tanto al rey de que solo estaba rodeado de enemigos y envenenadores y que debia su existencia á los asíduos cuidados de su ayo y su preceptor , que al verse á un tiempo separado de uno y otro , fué preso de la mayor desesperacion.

No habiendo el regente previsto el tal golpe , estaba en los mas terribles apuros. Dubois se habia imaginado , sin ninguna clase de motivo , que el obispo se hallaba en la Trapa é íbase á mandar allí un correo cuando se supo que se habia retirado en Baviille , en casa del presidente de Lamoignon.

En el instante en que tuvo el regente noticia del lugar del retiro de M. de Frejus , voló á anunciar al rey que su preceptor regresaria á palacio aquel mismo dia con lo que le tranquilizó algun tanto. Salió para Baviille el correo que debia dirigirse á la Trapa , y conforme prometió el duque , volvió el preceptor en el corriente del dia.

M. de Frejus quedaba ya libre de su juramento ; se habia efectivamente desterrado voluntariamente el mismo dia en que Villeroy lo fué de órden superior , y no era suya la culpa , si le mandaba el rey regresar , pues el primer deber del súbdito es obediencia y el obispo habia obedecido á su monarca.

Desde aquel momento, comprendiendo el regente la pujanza que adquiriera el obispo, esplicóle largamente los motivos que le habian obligado á llegar á tal extremo con Villeroy, y acabó por hácersele aprobar. Por otra parte, no le disgustaba á M. de Frejus el haberse librado de un hombre cuya jaclancia y cuyo orgullo tuvo que soportar mas de una vez, resultando de ello que presentó el mismo y recomendó al rey al duque de Charost, á quien el regente habia conferido el destino del mariscal.

En cuanto á este, mandósele preso á Lion, por hallar la hacienda de Villeroy demasiado cerca de Versailles.

En medio de tales acontecimientos, no solo se hallaba Dubois primer ministro, sino tambien libre de sus dos mayores enemigos: Nocé y Villeroy.

La Academia aprovechó las mismas circunstancias para nombrarle uno de sus miembros.

Falleció por aquel tiempo en Windsor un personage que causó gran mal á la Francia bajo el precedente reinado. Hablamos de Juan Churchill, duque de Marlborough. Vengónos de él una cancion que coavirtió en ridículo un terrible nombre.

Habiendo llegado el dia prefijado para la consagracion del rey, tuvo efecto la ceremonia en 25 de octubre.

Los seis pares de Francia seglares fueron representados por otros tantos príncipes legítimos, cosa que nunca habia tenido lugar: el duque de Orleans representó al de Borgoña, el de Chartres al de Normandía, el de Borbon al de Aquitania, el conde de Charolais al de Tolosa, el de Clermont al de Flandes y el príncipe al conde de Champaña.

El mariscal de Villars representó al condestable de Francia y el príncipe de Rohan al gran maestro de la Real Casa.

Al colocar la corona en las sienes del rey, en vez de conservarla este en la cabeza quitóse la y púsola sobre el altar. Advirtiésele que aquello no se observaba en el ceremonial de la consa-

gracion ; pero contestó el príncipe que preferia mil veces faltar al ceremonial y rendir homenaje de su corona á aquel á quien la debia.

A su regreso de Reims , detúvose el rey algun tiempo en Villers-Coterets , en donde el duque de Orleans le obsequió con magníficas fiestas ; y le cogió allí por primera vez tal placer por la caza , que mas tarde fué en él una pasion ; pasó luego á Chantilly , en casa del duque de Borbon , quien gastó un millon en su recibimiento.

Al ver desplegar semejante lujo , dijo Canillac.

«Conócese que el Mississipi ha bañado estos terrenos.»

Al regresar á París , el duque de Orleans hizo salir para España , acompañada de la duquesa de Duras y del caballero de Orleans , á su hija la señorita de Baujolais , cuyo contrato de casamiento con el infante don Cárlos , habia sido firmado el 26 de noviembre. Este enlace no llegó á realizarse.

A los ocho dias de haberse firmado dicho contrato , falleció la princesa Palatina , madre del regente. Cerráronse los teatros por espacio de ocho dias y la córte vistió de luto durante cuatro meses.

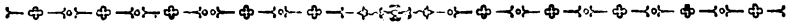
Pocos eran los accidentes que acontecian de la importancia del que nos ocupa , que no inspirara algun epígrama.

Propúsose , pues , para la difunta , el siguiente epitáfio :

*Aquí yace la ociosidad.*

Dice un antiguo refran que la ociosidad es madre de todos los vicios.

El famoso terremoto de Portugal inspiró al maestro Andrés una tragedia , último acontecimiento del año 1722.



## CAPÍTULO XIV.



El año de 1723 vino á inaugurarse con la mayoría del rey, quien el 16 de febrero cumplia catorce años.

En la mañana de aquel dia, el duque de Orleans fué á ofrecerle sus respetos y pedirle órdenes para el gobierno del Estado.

El dia 22 del propio mes, presidió Luis XV el parlamento , en donde declaró su mayoría y anunció que, segun las leyes del Estado, queria en lo sucesivo encargarse de la direccion del mismo, y volviéndose hácia el duque de Orleans, dióle las gracias por sus buenos servicios dedicados á los negocios del reino , rogóle les continuara y confirmó al cardenal Dubois en sus funciones de primer ministro.

En esta sesion se crearon tres duques y pares : Biron , Levi y La Valliere.

Habia por parte del duque de Orleans gran justicia en la restitucion de tal título á los Biron. Habíase despojado de esta dignidad á Cárlos de Biron, culpable del crimen de lesa magestad, y se devolvia á su inocente descendiente , á cuyo objeto se hicieron al duque algunas observaciones á las que contestó que era justo pudiese de nuevo levantarse por medio de honrosos servicios la familia de cuyos títulos privaran los estravíos.

Remóntase á esta época la desgracia de Leblanc y del conde de Belle-Isle, que trazó los principios de la influencia de madama de Prie.

Era esta hija de Bertelot de Pleneuf, rico hacentista y uno de los primeros empleados del canciller Voisin. Hizo una inmensa fortuna y ocupaba una magnífica casa en la que su esposa hacia los honores con suma gracia y disposicion. Dicha señora habia sido en su infancia, por parte de su madre, Madama de Pleneuf, objeto de las mas tiernas afecciones; pero fueron estas disminuyendo á medida que iba creciendo Inesina (este era su nombre), quien desagradaba por momentos á su madre mientras iba agrandando á las demás, llegando á tal punto las cosas que al poco tiempo quedó convertido el profundo amor maternal en el mas terrible ódio que puedan conservarse dos rivales. Resolvióse por fin casar á la señorita de Pleneuf al objeto de volver á restablecer con su ausencia la buena armonía que su presencia desterrara de la casa del desgraciado arrendador de rentas públicas.

Entre los varios partidos que se presentaron, pareció el mas aceptable el marqués de Prie, de muy buena familia, padrino del rey y partidario de Madama Ventadour. Verdad es que carecia de fortuna y la paz habia detenido su carrera como militar; pero en cuanto á la primera, ya tenia para él Pleneuf y por lo que toca á la segunda, podia colocarse al marqués en alguna embajada. Arreglóse, pues, el asunto, efectuóse el enlace, Madama de Prie fué presentada al rey, á cuya presencia desplegó todas las seducciones de su ingénio, que tan grandes eran cuando así le convenia, y destinóse á M. de Prie á la embajada de Turin.

Allí frecuentó Madama Prie la aristocracia y adquirió aquellos modales del gran tono que la convirtieron en una de las mujeres mas peligrosas, lo propio que de las mas distinguidas de la época en que acabamos de entrar.

Regresó á París en 1719; era ya una mujer cumplida, una

seductora criatura , estaba dotada aun de mas gracia que de belleza , tenia mucha penetracion y despejado talento , génio , ambicion y viveza , gran presencia de espíritu y un exterior decente en sumo grado.

Vióla el duque y enamoróse de ella , que no se hizo rogar convencida de la importancia de semejante conquista. Su union fué en un principio misteriosa , tuvieron una casita en la calle de Sainte-Appoline , coches , etc. etc. , pero cogiéronle celos á M. de Borbon , como suele suceder á todo enamorado durante la luna de miel , y despidió á M. de Alincourt , hijo del mariscal de Villeroy , quien antes que el príncipe ocupó aquella plaza.

Nada en vano hacen las mujeres del temple de Madama de Prie. Estando esta quejosa , ó creyendo deberlo estar de Leblanc y del conde de Belle-Isle , nieto de Fouquet , aprovechó para perder al primero la ocasion de la quiebra de La Jonchere , tesorero del fondo extraordinario de la guerra quien fué encerrado en la Bastilla , acusándole de haber sustraído fondos de la caja de aquel para motivar su bancarrota. Instado por la marquesa , acudió el duque al de Orleans en demanda de justicia ; este le dirigió á Dubois , quien no asistiéndole motivo alguno para apoyar á Leblanc por no ser de sus afiliados , y teniendo compromisos contraidos con M. de Breteuil , quien con tanta soltura supo hacer desaparecer las pruebas del casamiento del abate , determinó confiarle el departamento de la guerra y mandó á la Bastilla á Leblanc y al conde de Belle-Isle , dando órden á la Sala del Arsenal de formar el proceso.

Concluido que fué el asunto á entera satisfaccion de Madama de Prie y el duque , ocupóse el cardenal en presidir la asamblea del clero , que no se habia reunido desde 1715 , último honor que coronó aquella estraña vida porque iba á cumplirse la prediccion de Chirac.

En efecto , notábase en Dubois gran sufrimiento ; habia trasta-

dado la corte de Versalles á Mendon só pretesto de proporcionar al rey el placer de una nueva morada; pero no era otro el motivo de tal traslacion , que disminuir por mitad el camino que precisamente debia hacer, pues acometido como estaba de una úlcera en la vegiga, tenia que hacerse conducir en una silla, por no poder ya soportar el movimiento del coche.

Hallóse tan mal parado el sábado dia 7 de agosto, que los médicos le declararon era indispensable hacerle una operacion muy grave y peligrosa , operacion tanto mas urgente cuanto que á no hacérsela , era muy probable falleciera antes de tres dias. En su consecuencia , rogáronle se hiciera trasladar á Versalles , para practicársele con la mayor prontitud posible.

Enfurecióse á tal punto el ministro al comunicarle esa noticia, que envió al diablo á los médicos y cirujanos , hízosele sin embargo la operacion, pero á las veinte y cuatro horas, minuto por minuto, falleció echando pestes y maldiciones.

Tiempo era ya de que falleciera ; habia terminado su obra y á todos pesaba sin esceptuar al regente. Pruébanlo claramente las palabras que este usó el dia en que debian tener lugar la indicada operacion, aludiendo al aire abrasador que estaba haciendo y á la tempestad que luego estalló. Hélas aquí:

— Vamos , vamos , dijo restregándose las manos , cuento que este tiempo acabará con esta buena pieza.

Aquella misma noche escribió lo siguiente á Nocé , desterrado con motivo de las espresiones que aventuró tocante á Dubois :

— Muerto él perro muerta la rabia. Te aguardo esta noche en el Palais-Royal.

Tal fué la oracion fúnebre que dedicó al primer ministro.

Sin embargo , no debia el duque sobrevivir mucho á aquel de quien acababa de despedirse tan ligeramente. Tambien iba á llegar su turno.

El fallecimiento de Dubois que , cual fiel espejo, debia repre-



sentarle sus pasados y actuales excesos, sirvióle solo para que se entregara mas y mas á los placeres que habian pasado á serle imprescindibles. Con todo, mandábale la muerte cuantas advertencias le era dable enviar: tenia baja su cabeza, morado el rostro y perdido su vigor. Amonestábale Chirac todos los dias, y contestaba siempre:—Mi caro Chirac, no muere de ataque apopléctico quien lo desca: Sea corta y buena la vida.

Iba el médico todos los dias para sangrarle y el príncipe lo aplazaba siempre para el siguiente.

En la mañana del jueves dia 2 de diciembre, fueron tales los ruegos de Chirac, que no pudo menos el duque, con objeto de sacárselo de allí de decirle que se dejaría sangrar el próximo lúnes.

Aquel dia debia ir á trabajar en el cuarto del rey y al entrar en su gabinete halló á Madama de Phalaris que le estaba aguardando en la puerta. Pareció causarle gran placer aquel encuentro, pues le dijo al divisarla:—Entrad, señora, tengo la cabeza muy pesada y me distraeréis con vuestros cuentos.

Entraron ambos y se sentaron uno al lado de otro junto á la lumbre.

De repente sintió Madama de Phalaris, quien habia ya empezado una narracion, caer sobre ella al duque, con el peso de un cuerpo inanimado. Levantóle, mas estaba ya sin sentidos, ó mejor, era ya cadáver.

Muerte dulce, cual habia deseado: muerte semejante á su vida y que le cogió entre los brazos de aquella en cuya compañía habia tantas veces el placer y el sueño.

Una gaceta extranjera anunció que habia fallecido asistido de su confesor ordinario.

Tenia cuarenta y nueve años, tres meses y veinte y nueve dias.

Retrocedamos algun tanto, y digamos algo sobre los sucesos comprendidos en el período que acabamos de atravesar y los personajes que representaron algun papel en el mismo.

La sociedad habia experimentado una gran trasformacion desde el fin del reinado de Luis XIV, la que habia empezado á hacerse sentir á principios del siglo.

Mas firmes que los hombres, los sucesos habian estrellado el poder político en manos del antiguo rey; mas firmes que la soberana voluntad, se habian librado de la presion de la misma.

Carlomagno lloró en su lecho de muerte, por la futura invasion de los bárbaros que acababan de destruir la obra de su vida entera. Luis XIV debió llorar por la transformacion de una sociedad que iba aniquilar la obra de su reinado.

El objeto político de Luis XIV habia consistido en el poder único, la autoridad real; quiso decir y dijo: *El Estado soy yo*. Igual hubiera podido decir de la sociedad. Un instante: *la sociedad fué él*. Pero así como se cansaron los reyes de seguir su tutela, se cansó tambien la sociedad de imitar su ejemplo.

Escapáronse los reyes de su influencia por medio de sus derrotas, y la sociedad se libró de su tiranía por medio de su muerte.

Durante los últimos años de su reinado, iba creciendo una generacion que apartándose de las costumbres del siglo xvii, pasaba á inaugurar las costumbres del xviii. Esa generacion tuvo por héroe á Richelieu, por apóstol al duque de Orleans, por rey á Luis XV y por modelos á Nocé, Canillac, Brancas, Fargy y Ravannes.

El siglo xvii fué la laboriosa construccion de la autoridad política y religiosa. Gastó en él su talento Enrique IV, Richelieu su génio y Luis XIV su voluntad.

El xviii, la demolicion de este príncipe, la caida del trono y la profanacion de los altares.

En el xvii, Corneille, Racine, Moliere, Montesquieu, Bossuet, Fenelon, Fouquet, Louvois y Colbert.

En el xviii, Voltaire, Rousseau, Grimm, de Alembert, Beaumarché, Crebillon hijo, el marqués de Sade, Law, Maurepas y Colonne.

Nótese que ese fatal siglo XVIII no fué un accidente en medio de la série de las edades, sino los designios de la Providencia, fué preparado por la revocacion del Edicto de Nantes, por la apertura de las escuelas de Génova, Holanda é Inglaterra por Newton, lo propio que por la marquesa de Maintenon, Leibnitz, y el padre Le Tellier.

¿Qué significa ese antagonismo del rey contra el duque de Orleans; ese odio que se tienen tío y sobrino? Es la lucha del génio de lo pasado contra el espíritu del porvenir. ¿Porqué no queda mas que Luis XV de toda aquella posteridad de Luis XIV? Porque á esa sociedad que se está corrompiendo, le es necesario un rey corrompido, á fin de que caigan una y otra en el mismo abismo, y que todo reviva y se renueva á la vez. El pueblo y Napoleon, la democracia y la legalidad.

Ved como Felipe de Orleans prepara á Luis XV; pero, ¿preparó acaso mejor Richelieu á Luis XIV?—Nó.—El duque de Orleans es espiritual, ateo, blasfemador y desordenado, no cree en ningun sentimiento humano ni respeta lazo alguno de familia; pero tiene mision de conservar á Luis XV, de hacerle atravesar las enfermedades de la infancia, todas las fases de una mala salud; Dios en sus inmutables secretos tiene necesidad de Luis XV, es el disolvente con cuya ayuda va á quitar el alma á esa sociedad que quiere destruir, así es que establece en el corazón del duque aquella sublime probidad del hombre que responde del niño, y cuando se ha fortificado la salud de este, cuando ayudado por el ministro que la Providencia ha hecho por él, á la vez satisfecho de su génio y de sus desarreglos, cuando ha convertido al niño en jóven y éste en rey, muere cual si solo hubiera aguardado semejante momento para abandonar el mundo. Muere como vivió, sin tener tan solo tiempo para arrepentirse de todas sus faltas, algunas de ellas casi crímenes, como si estuviera seguro de que una sola palabra le bastará para desarmar al Señor, diciéndole:

—Me has entregado al Delfin y te he devuelto á Luis XV.

Y que Dios le perdonará.

Sin embargo, á pesar de todos sus vicios, el duque de Orleans tenia el corazon grande y noble, y la historia, olvidando los desórdenes del padre, las orgías del príncipe y las flaquezas del hombre, le representará velando con la mano tendida sobre la cuna de aquel que se le acusaba de querer envenenar.

Veamos ahora lo que será de este niño á quien la voz del pueblo apellida ya el Bien Amado.

FIN DE LA REGENCIA.





Louis XV.





# LUIS XV.

## CAPÍTULO I.

El sábado 15 de Febrero de 1710, despertóse á Luis XIV á las siete de la mañana, es decir, una hora antes que de costumbre, á causa de que la duquesa de Borgoña estaba experimentando los dolores del parto.

Vistióse el rey con presteza y voló junta á ella. Poco tuvo que aguardar aquella vez, porque á las ocho tres minutos y tres segundos dió la duquesa un príncipe que recibió el nombre de duque de Anjou.

El cardenal de Sanson administró al recién nacido el agua bautismal, sin las ceremonias de la iglesia. Llevósele Madama de Ventadour en una silla de manos, escoltado por M. de Boufflers y ocho guardias de corps. Al mediodía trajóle M. de Vrilliere el cordon azul, y fué visitado durante el dia por toda la corte.



Como el príncipe que acababa de nacer tenia un hermano mayor que llevaba el título de Delfin, conforme dijimos en otro lugar, diósele el de duque de Anjou.

El día 6 de marzo de 1711, sabedor el rey de que ambos infantes acababan de caer enfermos del Sarampion, mandó se les bautizara sin demora, pues habian sido bautizados sin las ceremonias religiosas. Facultóse á Madama de Ventadour para nombrar padrinos á quienes mejor le pareciera. Ambos niños debian recibir el nombre de Luis. Fueron padrinos del delfin, la misma Madama de Ventadour y el conde de La Motte, y el duque de Anjou tuvo por padrino al marqués de Prie y por madrina á Madama de la Ferté.

Dos dias mas tarde falleció el delfin, cuyo título heredó el duque de Anjou.

Vimos á Luis XV conducido á Versalles en la época del fallecimiento de Luis XIV; le vimos volver á París para presidir la sesion del parlamento que anuló el testamento de su abuelo y nombró regente al duque de Orleans. Hicimos mencion de los principios que le inculcaba M. de Villeroy, su ayo; de su amistad para con su preceptor, M. de Fleury; y de su antipatía para con Dubois. Relatamos los temores de la Francia y la ansiedad del regente cuando otra enfermedad puso en peligro sus dias y de que modo, en fin, fué salvado por la firmeza de Helvetius.

Asistimos luego á la declaracion de su mayoría y mas tarde á su consagracion y al fallecimiento del duque de Orleans. El primero que supo este acontecimiento fué La Vrilliere, hijo de Chateauneuf, ministro de estado de Luis XIV, el mismo que tanto escandalizara á su esposa, la señorita de Mailly, al saber que se casaba con un simple ciudadano, á pesar de que fué mas tarde del consejo de regencia.

Voló, pues, al cuarto del rey, luego á casa de M. de Frejus, dirigiéndose por último al duque de Borbon, y calculando que

podria este príncipe heredar los títulos de primer ministro, apresuróse en estender á todo trance el diploma, sirviéndole de modelo el del duque de Orleans.

El obispo de Frejus hubiera podido apoderarse del ministerio; aconsejábanselo sus amigos, y tal vez reflexionó sobre ello algun momento; pero era sugeto de paciencia y ambicion; raro conjunto que hace difícil destruir á los hombres políticos que le poseen. Por otra parte, sabia contentarse con la realidad del poder, dejando las apariencias para los demás, cosa no menos rara. No creyendo, pues, deber manifestar tan pronto el deseo que mas tarde realizó, fué el primero en declararse en favor del duque, cuya profunda incapacidad no le era desconocida.

Sabido que fué el fallecimiento del príncipe, presentáronse á palacio todos los cortesanos, presididos por el duque.

Grande era la tristeza del rey, cuyos húmedos y enrojecidos ojos daban señales de haber derramado lágrimas.

Espúsole el obispo de Frejus que en medio de la gran pérdida que acababa de experimentar en la persona del duque de Orleans, cuyo elogio quedó hecho en dos palabras, lo mejor que podia hacer S. M. era rogar al duque, que estaba allí presente, que se encargara del peso de todos los negocios y aceptara el destino de primer ministro, vacante por fallecimiento del de Orleans.

Miró el rey al duque de Frejus, como para leer en sus ojos, y al notar que respondian estos á sus palabras, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

Dióle el duque las gracias y La Vrilliere trasportado de alegría por el buen éxito de su gran empresa, sacó de su faltriquera el juramento de primer ministro, copiado del del duque de Orleans, y propuso en alta voz á M. de Frejus de hacérselo prestar en aquel mismo momento.

Volvióse Frejus hácia el rey, díjole ser conveniente y prestóle en seguida; despues de cuya operacion, salió del gabinete el

duque, seguido de la multitud; de suerte que al cabo de una hora de haber fallecido el de Orleans y antes que su hijo, quien residía en París, tuviese noticia de su fallecimiento, estaba ya todo consumado.

Consagremos algunas líneas al príncipe á quien La Vrilliere y Fleury acababan de entregar con tanta presteza la herencia del duque de Orleans.

Era hijo de Luis de Borbon Condé, á cuyo padre habia dado Luis XIV en 1660 el ducado de Borbon en cambio del de Albret. Era su madre la espiritual señorita de Nantes, hija de Luis XIV y de Madama de Montespan. Tambien habia heredado el ingenio de los Montemar.

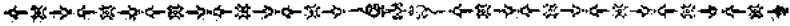
Tenia, pues, el duque, en la época de que hablamos, treinta y un años cumplidos. Era alto y seco como una astilla, tenia encorvado su cuerpo como un giboso, las piernas largas y cenceñas cual cigüeña, las mejillas hundidas, gruesos los labios y la barba tan estravagantemente puntiaguda, que se hubiera creído, como decia la duquesa su madre, que la naturaleza se la habia hecho de esta suerte para que se le pudiera coger por ella.

Tal era el duque en lo físico; por lo tocante á su moral, era cortés, de elevados sentimientos, vivia felizmente, tenia poco ingenio y poca instruccion, pero no carecia de política ni de avaricia. Habia ganado mas de 250 millones de cuenta y mitad con su madre.

Enseñaba un dia un legajo de acciones del Mississipi á Brancas, cuya avidez pensaba escitar, mas éste le contestó:

— Monseñor, una de las acciones de vuestro abuelo, vale mil veces mas que todas las que me mostrais.

Aludia al gran Condé.



## CAPÍTULO II.



En tanto que la córte de Francia se entregaba á toda clase de diversiones, la de España se fastidiaba en gran manera.

Felipe V, á quien á juicio de Alberoni, le eran solo necesario un reclinario para rezar y una mujer, habíase cansado de uno de esos dos objetos, que mas le ligaban con el mundo, sombrío y taciturno, haciendo por toda distraccion algunas visitas á los sepulcros del Escorial. El monarca que habia costado á la Francia veinte y cinco años de guerra por mantenerle en el trono, estaba ambicionando la calma, reposo y preces del claustro. El 15 de enero de 1724, cediendo, en fin, á esa atraccion hácia la vida religiosa que desde tanto tiempo le atormentaba, abdicó la corona en favor de D. Luis, príncipe de Asturias, y se retiró en su Real sitio de San Idefonso, sombrío monumento que nada tenia que envidiar al mas severo claustro.

Mientras que Felipe V se retiraba momentáneamente del mundo, dejábale para siempre el Papa Inocencio XIII, despues de tres años de pontificado, habiéndole sucedido en 28 de mayo, Vicente Maria Orsini, con el nombre de Benito XIII.

Diez dias antes, la famosa Catalina, esa huérfana á quien un pastor luterano educara por caridad, esa prisionera que hizo

Tcheremetof al tomar á Marienburgo, esa mujer de un soldado sueco, que desapareció sin que nadie haya nunca sabido lo que se hizo de él, esa esclava del favorito Menzikoff, esa querida de Pedro I, que vimos visitando á París en los últimos períodos de la regencia, fué coronada emperatriz de todas las Rusias.

Tales eran los principales sucesos de Europa, cuando el rey Luis XV, quien era de débil salud, cayó otra vez enfermo.

Presentóse el mal con tan peligrosos síntomas como la vez primera é hizo rápidos progresos, pero cedió á dos sangrías. Por espacio de tres dias temióse por la existencia del jóven monarca; pero quien mas angustias esperimentó durante la enfermedad del rey fué el duque, no precisamente porque temiera se le acusara como al regente, de haberle envenenado, y por consiguiente ver desaparecer su honor con el rey, sino porque parecia este sin poder y deseaba aquel conservar su destino de primer ministro. Dormía el duque en un aposento debajo del del rey, y como creyera oír una noche mas ruido y movimiento que de costumbre, subió precipitadamente y con bata, para enterarse de lo que acontecia.

Tal aparicion admiró en gran manera á Marechal, primer cirujano, quien estando acostado en la antesala, se levantó y corrió á pedirle el objeto de su azoramiento; pero solo pudo obtener palabras entrecortadas, parecidas á las que podria pronunciar un loco: *He oido ruido y el rey está enfermo! ; Qué seria de mí, Dios mio!* exclamó fuera de sí. Marechal pudo al fin tranquilizarle, pero tan profunda era su impresion que al acompañarle hasta la puerta, oyó que decia en sí mismo: *no me volverán á cojer, y si de esta escapa, le casaré.*

En efecto, ya recordará el lector que la futura esposa de Luis XV tenia ocho años de edad, lo que hacia imposible la realizacion del casamiento del rey antes de seis años y el tener este sucesion antes de siete ú ocho. Siendo menester un delfin, para que en el

caso de fallecer el rey no pasara el duque de Orleans á empuñar el cetro y permaneciera en el poder el duque, resolvió este volver á mandar á España á la infanta, resolucion que se ejecutó en 5 de abril de 1725.

No bastaba la realizacion de tan gran proyecto, pues era preciso reemplazar á la niña con una jóven y echando el duque una ojeada en toda la Francia y en Europa para buscar una princesa que con la mayor prontitud pudiera convertirse en esposa del rey, fijó la vista en su hermana, la señorita de Vermandois. Pasaba por este medio á ser hermano político del rey, y en caso de regencia, hallaba su ambicion un nuevo apoyo en la vida del monarca. Consultólo con Madama de Prie (sin cuyo consejo nada importante ejecutaba) quien fué del mismo parecer, esperando que una reina de su temple nada sabria rehusarle, pero pudo convencerse á la primera entrevista que con la princesa tuvo, que no adquiriria con ella la décima parte de la influencia que tenia con su hermano, y se separó de ella, jurando que la señorita de Vermandois no seria reina de Francia.

Observó luego al duque una cosa que, dijo ella, no haber antes notado, y era que al casar á su hermana con el rey, se colocaba bajo la dependencia de esa y de su madre, cuyo absoluto carácter era muy conocido del príncipe, lo cual pudo sin pena hacerle renunciar al alto honor de aquella ilustre alianza.

Volvió entonces la vista hácia la Rusia, y como al primer rumor que circuló del envío de la infanta á España, habia el príncipe Kourakin comunicado la noticia á la Czarina, quien acababa de suceder á su marido, muerto como mueren los Czares, ofreció esa, en 8 de febrero de 1725 á su hija Elisabet, para reemplazar á aquella; pero queriendo el duque que se le llamara á suceder al trono de Polonia al fallecimiento del rey Augusto, quedó frustrada la negociacion.

Pensó entónces Madama de Prie en Maria Leczinska, hija de

Estanislao Lecziński, rey de Polonia destronado y retirado en Wissemburgo, Alsacia.

Difícil era hallar un rey en mas humilde situacion que la en que se hallaba Estanislao. Escapado con su esposa é hija de la persecucion de Augusto, fué proscrito y habiendo un decreto de la dieta de Polonia dotado su cabeza, se refugió en Luccia, luego en Turquía y mas tarde en Deux-Ponts. Habiendo fallecido Carlos XII, su último apoyo, y hallándose siempre amenazado, sin recursos, seguridad ni esperanzas, resolvió esponer su desdichada posicion al duque de Orleans, regente á la sazón, quien movido de compasion le permitió se retirara en una aldea cerca de Landawr; pero viendo que ni bajo la protección de la Francia estaba con la suficiente seguridad y que se le amenazaba con hacerle robar, retiróse en un antiguo cuanto arruinado castillo de Wissemburgo.

Empezaba ya á disfrutar de cierto reposo en aquel retiro, cuando M. Sum fué á quejarse en nombre del rey augusto de la hospitalidad que Francia concedia al destronado soberano.

— Caballero, contestóle el regente, decid al rey vuestro señor que la Francia ha servido siempre de asilo á los reyes desgraciados.

Allí fué donde supo cierta mañana, por una carta particular del duque, la inesplicable felicidad que le esperaba; y voló al instante al cuarto de su esposa é hija, diciéndoles: — Arrodillémonos y demos gracias al Señor. — Oh! padre mio, exclamó la princesa Maria, os devuelve, pues, Dios vuestro trono de Polonia: — Nó, hija mia, obra mucho mejor, dijo el rey, os hace reina de Francia.

Como por ambas partes mediaba gran prisa para despachar el negocio, á los quince dias, llegaba á Fontainebleau Maria Leczińska y el 4 de setiembre, al darle el cardenal de Rohan la bendicion nupcial, la hacia reina de Francia.





Edamisho, rey de Polonia, abandonado á Danzick.



El duque de Richelieu, no pudo asistir á ese enlace, por hallarse de embajador en Viena.

M. Leblanc, el caballero y el conde de Belle-Isle, de cuyo proceso y encierro en la Bastilla dimos cuenta en su correspondiente lugar, salieron libres y plenamente justificados de toda acusacion.

Fué el primer golpe dirigido al poder del duque y á la influencia que Madama de Prie tenia con él.

No tardó en pesar sobre ellos una gran acusacion.

El año 1725 habíase presentado bastante mal, apenas apareció el sol en los bellos dias de la primavera y del estío, y los campos estaban en cambio muy humedecidos por las incesantes lluvias, de modo que no pudieron las mieses sazonar. De tal suerte amenazado el estado de las cosechas, llegó á temerse que el hambre desolara á la nacion; subieron los trigos y harinas, y cosa hasta entonces inaudita, llegóse á pagar la libra de pan á nueve sueldos. Acusóse abiertamente á Madama de Prie y su consejo de haber monopolizado los granos; pero volvió felizmente el buen tiempo, reapareció el sol y secó las llanuras, fué abundante la cosecha y como no podia el trigo conservarse por estar impregnado de aguas, se vendieron los granos á precios ínfimos.

Desapareció con los bellos dias, la tempestad que se amontonara á la sombra del hambre y pudo así librarse el duque del primer peligro que amenazara su fortuna, para caer mas tarde por sí mismo con motivo de la insaciable sed de Madama de Prie.

No se habia esta engañado al hacer colocar la corona en las sienes de la infeliz Maria Leczinska, habia hallado en la jóven reina un corazon recto y á tal punto agradecido que, prescindiendo de toda etiqueta, la recibia muy familiarmente á pesar de que fuera hija de M. de Pieneuf y querida del duque.

Verdad es que para disminuir la inconveniencia, ó para presentarla mayor, se le habia confiado un destino en la córte.

Confiando en esa proteccion, creyó pues, la marquesa poder aventurar un golpecito de estado.

Su enemistad con M. de Frejus contaba desde el principio de la administracion del duque. En tanto que esperaba obtener de Francia las contribuciones que su activa imaginacion debia proporcionarle con diferentes pretextos, habíase ya apoderado de la pension de cuarenta mil libras esterlinas que Inglaterra concediera á Dubois para que les fuera favorable á sus proyectos. Como esta subvencion se reclamaba en nombre del duque y M. de Frejus estaba mas sediento de poder que de dinero, dejábales obrar el obispo; pero no hizo lo propio cuando trató Madama de Prie de echar mano de la hoja de los beneficios eclesiásticos. Cogió entonces el obispo al duque á parte y le hizo entender muy religiosa y respetuosamente, si bien que con mucha firmeza, que al someterse á sus luces en lo tocante á los negocios temporales, no le permitia su conciencia abandonar los espirituales, añadiendo que esta reserva no podia menos de ser un alivio para el príncipe, ya demasiado abatido con el peso de tantísimos asuntos, y que siendo los negocios eclesiásticos muy numerosos y complicados, no era demasiado el que se ocupara únicamente una sola persona. Conocia muy bien el duque la importancia del abandono que se le pedia, pero no se atrevió á descontentar á M. de Frejus; en su consecuencia, permitió al preceptor del rey que se apoderara por completo de ese ramo de administracion. Desde aquel momento juzgara los ministros aquella posicion, M. de Fleury era el colega invisible, si bien que verdadero, del duque de Borbon; así es que antes que se vieran con el rey, enseñábanle secretamente sus cartas, informábase de su contenido con igual secreto, y les guiaba en la senda que debian seguir, lo cual se encargaba de hacer aprobar por el jóven monarca. Conforme se vé, M. de Fleury era en realidad mas que el primer ministro, quien creyéndolo dirigir todo, no hacia sino obedecer.

Quedó furiosa Madama de Prie al ver se le escapaba la hoja de los beneficios eclesiásticos, sin embargo de que comprendió que sola y aislada como se hallaba, era preciso resignarse y juntar, si era posible, al poder del duque otro poder tan poderoso como aquel; por cuyo motivo había convertido en reina de Francia á Maria Leczinska.

No carecia de tinieblas el corazon de esa muger de veinte y cuatro á veinte y cinco años de edad.

Alcanzado que hubiera su objeto, fortalecida con la amistad de la reina y la indiferencia del monarca para con los negocios, pensó que al poder alejar á M. de Frejus, adquiria todo poder. En efecto, á imitacion del regente, iba el duque todos los dias á trabajar con el rey, ó mejor en presencia de éste, pero como estaba siempre allí presenté el obispo de Frejus, su sombra incomodaba en extremo, no solo al duque, quien se habria al fin acostumbrado á ella, sino á la célebre Madama de Prie. Calculó, pues, ésta un medio para librarse de aquel incómodo testigo; consistia este en persuadir al rey de que se hiciera el trabajo en el cuarto de su esposa, como lo hacia Luis XIV en el de Madama de Maintenon. Allí podia Madama de Prie reemplazar á M. de Frejus, porque era de suponer que no teniendo lecciones que dar al marido, sino únicamente al jóven príncipe, no le seguiria hasta el aposento de la reina.

Determinado que fué el proyecto, púsose sin demora en ejecucion: á la primera ocasion que tuvo el duque de ver al rey, propúsole su intencion, aceptóla éste y M. de Bordon previno á S. M. que se dirigia directamente al nuevo lugar destinado para el trabajo.

M. de Frejus, ignorando esta pequeña maquinacion, presentóse como de costumbre al gabinete del rey, quien se hallaba aun en él, pero pasó á los diez minutos al cuarto de la reina; aguardó el obispo algun tanto, sin que le causara sorpresa semejante salida, mas no viendo llegar al duque á la hora acostumbrada, temió lo

que estaba pasando; informóse y supo la realidad del hecho. Volvió al instante á su casa, escribió una triste al par que tierna y afectuosa carta á su discípulo, en la que le anunciaba que se retiraba de la corte é iba á acabar sus dias en el retiro. El dador de esa carta fué Niert, primer ayuda de cámara del rey.

A los diez minutos salia M. de Frejus para Issy, dirigiéndose al seminario de los sulpicianos, á donde iba algunas veces para distraerse.

Al salir del cuarto de su esposa, dirigióse el rey al suyo, receloso de lo que iba á pasar con M. de Frejus, mas en vez del obispo halló en él la carta.

M. de Frejus habia salido airoso la primera vez con su retirada, cuyo éxito le indicó que no era el médio tan malo, que digamos. No quedó Luis XV menos afligido esta vez que la primera, lloró tambien, y al objeto de ocultar á todos los ojos sus lágrimas y su pesar, escondióse en su guarda ropa; pero Niert, quien tendria sin duda sus instrucciones, voló á participarlo al duque de Mortemart primer gentilhombre, y diez minutos mas tarde estaba este con el rey, quien continuaba llorando en el mismo sitio.

—En verdad, Señor, pido perdon á V. M. pero no puedo comprender que un rey llore; una intriga aleja de vos á M. de Frejus, decid, pues, sencillamente quiero volverle á ver y mandadle á buscar.—¿Por quién le enviaré á buscar, dijo el afligido monarca, quien se atreverá á encargarse de semejante orden, y á desavenirse con el duque?—¿Quién se atreverá, decís? yo Señor, me atreveré á ello, escribid solo una línea y vais á verlo. — ¡Pues bien! vé Mortemart, dijo el rey, cuanto hagas lo doy desde ahora por bien ejecutado, con tal que vuelva M. de Frejus. No se lo hizo repetir; dirigióse recto al duque con plenos poderes del príncipe y le manifestó la voluntad del rey, no como un deseo, sino como un mandato. Trató de resistirse el duque, pero sintiendo Mortemart que si no hacia aplacar aquella resistencia estaba perdido, exigió en

nombre del monarca que saliese inmediatamente y en su presencia, el espreso que debia ir á buscar al obispo á Issy, y no salió hasta que vió alejarse á galope el correo.

A la salida de Mortemart llamó el duque á Madama de Prie; la situacion era apremiante; emitióse el parecer de apoderarse del obispo en el camino de Issy á Versailles y conducirlo á alguna apartada provincia, en donde se le tendria confinado por medio de una órden superior, y cuando el rey pidiera por él, se le contestara que habia rehusado volver. Habíase igualmente pensado en emplear todas las seducciones de la reina, dar grandes partidas de caza ó inventar, si era dable, nuevos placeres para distraer al rey, al objeto de hacerle olvidar á su rancio preceptor, á quien se queria echar toda la culpa.

Audaz era el proyecto, y podia haberles salido bien por la misma causa; pero el espreso corrió mas de lo que se habian imaginado, y el obispo, en vez de hacerse rogar, salió sin demora, de suerte que se hallaba ya cerca del rey cuando estaban aun discutiendo sobre el medio mas á propósito que podria adoptarse para impedir su vuelta á Palacio.

Apenas supo la retirada de M. de Frejus, Horacio Walpole, quien residia en París desde el 25 de Mayo de 1724, en calidad de embajador de la Gran Bretaña, dirigióse á Issy, en donde llegó casi al propio tiempo que él y le hizo sus protestas de amistad, visita que nunca olvidó el obispo.

De regreso á Verselles, medió gran lucha, como puede comprenderse, entre el duque y M. de Frejus, y por mas que aquel manifestara al prelado grandes miramientos y se conformara á ellos Madama de Prie, resolvióse despedir al primer ministro.

Apesar de sentirse amenazados, no creian el duque y madama de Prie, tan próxima su caida; pues M. de Frejus continuaba tributando al primero todos los honores debidos á su rango. Por lo que toca á la segunda, no la veia con mas ni menos frecuencia que

antes, no parecia ocuparse en modo alguno de ella ni haber conservado ningun resentimiento de cuanto habia pasado.

Debiendo el rey salir para Rambouillet el dia 11 de Junio, y seguirle en su viage el duque, parti6 antes aquel encargando á este que no se hiciera esperar.

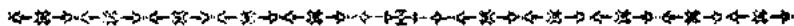
Como se vé, tampoco representaba mal su papelito Luis XV.

Preparábase el príncipe para salir, cuando entró en su casa un capitan de guardias y le notificó la resolucíon del rey de que se retirara en Chantilly y permaneciera allá hasta nueva órden.

En cuanto á Madama de Prie, desterróse en su hacienda de Courbe-Epine. En un principio creyó momentánea su desgracia, y parti6 sonriéndose y prometiendo á sus amigos un próximo regreso, mas como supiera al llegar al lugar de su destierro que su destino de dama de honor se habia confiado á Madama de Halaincourt, vió claramente que habia sido para siempre espulsada de Versailles y perdió con la esperanza toda la filosofía que á su salida aparentara.

Tal fué la tenacidad, obstinacion y violencia de su pesar, que empezó á enflaquecer de un modo tan visible y sorprendente, que los médicos no pudieron atribuir á su enfermedad otra causa que los nervios y vapores. Vió ent6nces que todo habia acabado para ella, y ya que con el favor le abandonaba la belleza, determinó envenenarse, fijando para ello y por anticipado un preciso término, decidida como estaba á no cambiar nada de esa resolucíon.

Anunció desde ent6nces su fallecimiento cual profecía, diciendo que tal dia á tal hora habria cesado de existir, y falleció efectivamente el dia y hora prefijados.



## CAPÍTULO III.

1763

Próximo á fallecer el cardenal Mazarino, aconsejó á Luis XIV que nunca tuviera un primer ministro; M. Fleury era sin duda alguna de igual parecer, pues aunque mas tarde motivara la revolucioncita que acabamos de relatar, siéndole muy fácil suceder al duque, se contentó con entrar en el consejo y el título de ministro de Estado.

Con la ostensible entrada de M. de Fleury al poder, empezó para Francia y hasta para Europa un período de paz menos parecido á la calma que á la atonia; principiando entonces los historiadors á enregistrar una série de hechos sin importancia que parecen interrumpir la vida de la nacion.

Ya un terremoto en Palermo, ó un incendio en el bosque de Fontainebleau, ya una aurora boreal en París, ó una peste en Constantinopla.

Luego fallecimientos, tales como el de la duquesa de Orleans, princesa de Baden-Baden, á la edad de 21 años; el de Sofía Dorothea, hija única de Jorge Guillermo, duque de Brunswick-zelt, reina de la gran Bretaña, acaecido en el palacio de Ahen; el del duque de Parma, Francisco Farnesio, sin sucesion, á la edad de 49, sucediéndole su hermano; el de Luis Armando de Borbon, príncipe de Contí (de quien nos hemos ocupado mas de una vez), á los



31 años de su edad; y por último el de M. de Vendome, gran prior de Francia, á los 71.

Digamos algunas palabras de este último, en quien quedaba estinguida la rama de Cesar de Vendome, hijo natural de Enrique IV y Gabriela de Estreels, duquesa de Beaufort.

Era el gran prior hermano de aquel famoso duque de Vendome que con tanta facilidad mostraba el rostro á sus enemigos y el trasero á sus amigos. Batióse por primera vez contra los turcos en Candia, á las órdenes de su tío; ese héroe de la regencia de Ana, de Austria, ese rey de la Fronda que se escapó de Vincennes para hacer su inútil expedición de Gigelli é ir á morir en Candia de un modo tan misterioso.

Al regreso de aquella cruzada, tenia solo el gran prior 17 años, distinguióse luego en la conquista de Holanda, fué herido en la batalla de Marsella y nombrado teniente general en 1695. Sirvió con su hermano hasta 1705, algunas veces bajo sus órdenes, y fué siempre tan valiente como él, pero menos perezoso y quizá mas libertino.

En efecto, una mujer fué causa de que no asistiera á la batalla de Casano, cuya falta le valió el caer en desgracia cerca del rey; retiróse entonces en Roma y pasó algunos años viajando. Furioso el monarca, le amenazó con retirarle sus beneficios, á lo cual contestó el gran prior devolviéndoseles él mismo, quedándose solo con una pension. Fué hecho prisionero por los imperiales al atravesar los Grisones y no volvió á Francia hasta 1712, el mismo dia en que su hermano falleció en Vinarós, de una indigestion.

Por este fallecimiento, hallóse el último miembro de la casa de Vendome, cuyo nombre cuidó poco de perpetuar el ilustre duque; en cuanto á él, no podía casarse porque desde su juventud era profeso de la orden de Malta. En 1715 fué nombrado generalísimo de las fuerzas de dicha orden con mision de ir á defender á Malta que los Turcos amenazaban sitiár; pero fué inútil el viage porque no se cumplió la amenaza, y pasó entonces á acabar tranquilamente

aquella admirable existencia que habia llevado en su delicioso retiro del Templo.

Vivia allí en medio de los literatos que formaban su acostumbrada sociedad ; Chaulieu y Lafare eran sus convidados cotidianos ; Voltaire le titulaba alteza Coplera. En una de aquella reunion dejó escapar la siguiente frase :

— Somos todos príncipes ó todos poetas ?

Falleció rodeado de sus templarios , segun llamaba á sus amigos , el dia 24 de Enero de 1727.

Ya que de Voltaire hemos hablado , digamos con que objeto abandonó la Francia y viajaba por Inglaterra.

Ya hemos explicado su familiaridad con el prior de Vendome , usábala igual con M. de Conti , con el duque de Sully , con todos y en todas ocasiones. Hallándose un dia comiendo en casa del duque , tuvo allí una querrela con M. de Rohan Chabot , que le obligó á dejar la Francia. Emitia este una opinion que Voltaire combatia con su acostumbrada libertad ; admirado de que le contradijera un sugelo desconocido , que le parecia no ser de su condicion , pidió con insolente tono , quien era aquel jóven que tan alto hablaba.

— Un jóven , replicó el poeta , que es el primero de su apellido , mientras que vos sois el último del vuestro. No pasó de aquí la cosa por de pronto , pero ocho dias mas tarde , en ocasion á que Voltaire se hallaba otra vez convidado en casa del duque , pasáronle recado de que alguien pedia por él para un asunto importante ; bajó Voltaire y al llegar á la puerta halló un coche , cuya portezuela estaba abierta y al prepararse para subir á él , fué cogido por un hombre que se hallaba dentro , y le tuvo así indefenso en tanto que otro le estaba dando de garrotazos.

Mientras esto pasaba , estaban M. de Rohan Chabot á cuatro pasos gritando á sus gentes : — No olvideis que es Voltaire , cuidado con su cabeza , algo puede salir aun de ella.

El tal insulto duró hasta que M. de Rohan dijo :—Ya hay bastante.

Furioso Voltaire de cuanto acababa de sucederle , volvió á subir á casa de M. de Sully y le rogó le ayudara á vengarse de un ultrage que recaía sobre él, puesto que no dejaba el poeta de ser su huésped cuando se le hizo bajar á la calle. Habiéndose rehusado á ello el duque, vengóse Voltaire de él borrando de la *Enriada* el nombre de su abuelo.

Al saberse esta aventura , que aconteció en 1725 , dijo M. de Contí :

— He aquí unos garrotazos bien recibidos ; pero muy mal dados.

Sin embargo que Voltaire habia resuelto vengarse , encerróse por espacio de tres meses , durante los cuales aprendió á la vez la esgrima y el inglés ; la primera para batirse con M. de Rohan y el segundo para pasar á Inglaterra efectuado que fuera el combate.

A los tres meses mandó llamar al caballero de Rohan Chabot, empleando para ello tales frases , que le fué imposible á este rehusar. El duelo fué aceptado , escogiéronse los testigos y fijóse el dia en que debía tener lugar ; mas durante este intervalo , la familia de Rohan dió pasos cerca del duque y pidió el encierro de Voltaire, negóse ese de pronto, pero los solicitadores volvieron á la carga, llevando al príncipe un cuarteto escrito por el mismo Voltaire , y por medio del cual atacaba al duque y hacia una declaración á Madama de Prie. El poeta fué entonces detenido y conducido por segunda vez á la Bastilla , en donde permaneció durante seis meses. El dia mismo en que se le puso en libertad, recibió la orden de salir de Francia.

Hallábase , pues, Voltaire en Inglaterra , y el teatro parecia que estaba durmiendo como la política , y tan ávido como los sucesos de aquella época.

Estaba la reina en estado interesante y la Francia aguardaba ansiosa su alumbramiento; pero quedaron frustradas sus esperanzas, pues la reina dió á luz dos princesas.

Semejante fecundidad dábalas para lo venidero, sin embargo Luis XV quiso hacer á Dios partícipe de sus intereses. A este objeto, el dia 8 de diciembre de 1728, comulgaron ambos públicamente y nueve meses mas tarde dió la reina el primer delfin. Fué aquello un delirio no solamente para la Francia entera, sino para toda Europa que veía la paz asegurada en este alumbramiento. Tributáronse al Todopoderoso públicos obsequios, por haber mostrado de un modo tan evidente su intervencion en las cosas humanas; asistió el rey al Te-Deum que se cantó en Notre-Dame, y cenó luego en el Hotel-de-ville con los príncipes legítimos y principales cortesanos; acuñóse una medalla en la que estaban representados el rey y la reina, y al reverso la tierra colocada sobre un globo y teniendo al delfin en brazos con esta inscripcion: *vota orbis*: los votos del universo.

Al principio del primer embarazo de la reina, falleció en San Petersburgo la emperatriz Catalina, y Newton en Westminster. Seis pares del reino sostenian los extremos del paño fúnebre.

## CAPÍTULO IV.

Señalóse el año de 1729 por un gran suceso de que tenia suma necesidad la poblacion de París , para salir de la torpeza en que se hallaba : el duque de Richelieu regresó de su embajada de Viena.

Habia ya tres meses que estaba autorizado para llevar el cordon del Espíritu Santo , en recompensa de los grandes servicios que habia prestado al rey cerca del emperador. Fué recibido en el capítulo el dia 1.º de Enero, y recibió del monarca la placa.

Esceptuando lo que acabamos de mencionar , los únicos sucesos importantes se reducen á fallecimientos y nacimientos.

Fallece la marquesa de Nesle , y se nombra en su lugar dama de palacio , á su hija la condesa de Mailly , á la que vamos á ver representar un importante papel. Fallecen los mariscales de Uxelles y Villeroy , y la señorita Adriana Lecouvreur. No causaron gran impresion los tres primeros , pues Madama de Nesle estaba enferma desde mucho tiempo , M. de Uxelles tenia ya 79 años de edad y M. de Villeroy contaba la de 76 á 77 ; pero la señorita Lecouvreur estaba en todo el brillo de su juventud , de su belleza y de su talento , y además estrañas circunstancias rodeaban esa catástrofe.

Hé aquí lo que en aquella época se decía ; pero digamos algo sobre su vida antes que lleguemos á su muerte.

Era hija de un pobre sombrerero de Fisme (Champaña), quien fué á establecerse en París cerca del Teatro Francés. Aquella vecindad hizo concebir á Adrianita ideas de comedia que realizó, debutando el día 14 de marzo de 1717, con el papel de Monima y representando luego los de Electra y de Berenice. Al mes de sus debutos, era ya recibida cómica ordinaria del rey para los papeles trágicos y cómicos. Hizo su carrera dramática en trece años, los que habia visto pasar en medio de crecientes é incesantes éxitos animados por el favor del público. Pertenecía á esa rara escuela de artistas dramáticos que habla la tragedia y que al romper la medida del verso, sabe conservar al período su poética armonía. Sin ser de elevada estatura, sabia alzarse con tal perfeccion que parecía sobresalir por su estatura á las demás mugeres, lo cual fué causa de que se dijera que era una reina confundida entre las cómicas.

Su mas familiar repertorio, el que representaba con marcada superioridad, eran los papeles de Jocasta, Paulina, Atalia, Zenobia, Roxane, Hermione, Erifile, Emilia, Mariana, Cornelia y Fedra.

Hé aquí una de las aventuras de Adriana que hizo gran ruido en París. Cuando su amante, el conde de Sajonia fué aclamado unánimemente en 1726 duque de Courlande, empeñó su vagilla por 40000 libras para ayudarle á conquistar su ducado que le disputaban la Polonia y la Rusia. El conde, que iba entonces reuniendo todos sus recursos y los de sus amigos, no solamente aceptó aquella generosidad, sino que referió en las principales casas el desprendimiento de su querida ; pero desgraciadamente por Adriana salió mal de su empresa, y obligado á salir de Courlande en 1727, regresó á París y volvió á continuar sus relacio-

nes con una princesa cuya dignidad real aunque mas efimera era mas duradera que la suya.

Hasta aquí los hechos : veamos ahora las conjeturas.

Uno ó dos meses antes del fallecimiento de Adriana Lecouvreur, Luisa Enriqueta Francisca de Lorena , cuarta esposa de Manuel Teodoro de la Tour de Auvergne , duque de Bouillon , se habia enamorado del conde de Sajonia. La duquesa de Bouillon tenia á la sazón 23 años , y era de carácter pronto y violento , caprichosa y sobretodo escesivamente galante; la crónica escandalosa pretendia que sus gustos carecian de límites y se extendian desde los príncipes á los cómicos. Sin saber por que , no quiso el duque corresponder á la galantería de la jóven duquesa , no ciertamente por respeto á Adriana , sino probablemente por un capricho igual al que atraia á sí á Madama de Bouillon.

Una muger menospreciada busca siempre , al desprecio de que es objeto , la razon menos humillante posible ; así , la que adoptó la duquesa fué que las obligaciones que el duque habia contraido con Adriana , no le dejarian en completa libertad para tener otra querida. Vió pues en la actriz el obstáculo que impedia á aquel para corresponder á su pasion , y resolvió vengarse desembarazándose de su rival.

No somos de aquellos que creen en la culpabilidad de los príncipes , por la sencilla razon , que siendo príncipes deben ser culpables. No somos de los que enregistran los rumores que resuenan y por consiguiente repetimos lo que se dijo en aquella época , no al modo de público acusador , sino al de simple narrador.

Derribada que fué la Bastilla , señaló entre el número de los encarcelados en el año de 1730 , al abate Bouvet , por la causa de la duquesa de Bouillon y la cómica Lecouvreur.

Hé aquí el motivo del encierro del mencionado abate. Tomamos los siguientes detalles de una carta de la señorita Aissé dirigida á Madama de Calandrine. Esta carta está fechada : marzo de 1730.

Las noticias que contienen debian pues ser frescas y nuevas, puesto que la señorita de Lecouvreur habia fallecido el dia 20 del propio mes.

Determinada como estaba á suprimir el obstáculo que la estorbaba , la duquesa de Bouillon mandó hacer unas pastillas envenenadas ; luego , como era menester hallar un medio para hacerlas entregar á la señorita Lecouvreur , echó la vista en un jóven abate , reputado por buen pintor , para hacerle servir de instrumento de su venganza.

Dicho abate , de escasísimos recursos , se paseaba un dia por las Tullerías sin tener con que desayunarse , cuando acercándosele dos hombres , propusieronle despues de una larga conversacion , un medio para sacarle de la miseria : consistia este en insinuarle al favor de su talento en la pintura en casa de la Lecouvreur y hacerle comer unas pastillas que se le entregarían ; rehusó el infeliz abate , defendióse contra las instancias cada vez mas apremiantes : objetó la enormidad del crimen ; pero contéstáronle que habiendo recibido la confidencia , no habia ya medio de retroceder , y que á no ejecutar lo que de él se esperaba , seria acusado y condenado. Asustado , prometiéndole todo el abate. Condujéronle entónces á casa de Madama de Bouillon , quien le confirmó las promesas y amenazas al entregarle las pastillas, obligándose él por su parte á poner el proyecto en ejecucion en el decurso de ocho dias.

Recibió en este intervalo una carta anónima la señorita Lecouvreur ; rogábanla por la misma se presentara sola ó acompañada de una persona de su entera confianza en el jardin del Luxemburgo. Designábasele que en el quinto árbol de uno de sus paseos hallaría á un hombre que debia comunicarle asuntos de la mayor importancia. La señorita Lecouvreur habia salido de casa por la mañana y volvió en el mismo momento en que llegó la carta, acompañada de un amigo y de su compañera la señorita Lamothe; asi es que



volvió á subir al coche con las mismas personas, dando órden al cochero de que se dirigiera al lugar indicado.

Llegado que hubo al Luxemburgo, buscó el mencionado paseo, y halló junto á su quinto árbol, al abate Bouvet, quien, adelantándose hácia ella, le refirió la fatal mision de que estaba encargado, declarándole al propio tiempo que era incapaz de cometer semejante crimen, pero añadió que á no cometerle sería por cierto asesinado.

Adriana dió las gracias al jóven y le dijo que ya que tan honradamente obraba, podia completar su buena accion, segun su parecer, yendo á denunciar el crimen al teniente de policía. Respondió el abate que ya él habia intentado dar aquel paso, que solo le detuvo el poder de los enemigos que se creaba, pero que ya que ella le daba aquel consejo dictado por sus primeras inspiraciones estaba dispuesto á seguirle.

Aprovechó la señorita Lecouveau aquella buena disposicion, hízole subir á su coche y le condujo á casa M. Herault, á la sazón teniente de policía. Espusieronle el objeto de aquella visita, y M. Herault pidió al abate si tenia las pastillas que le fueron entregadas; el jóven, por toda respuesta, sacólas de su faltriquera y se las entregó. Trajeron entónces un perro, diéronle una de ellas, y murió al cuarto de hora de haberla tomado.

—Quién de ambas señoras de Bouillon os entregó estas pastillas? pidió entonces el teniente de policía.—La duquesa, respondió el abate (1).—No me admira en modo alguno: cuando se os hizo la propuesta? continuó.—Anteayer.—En donde?—En las Tullerías.—Por quién?—Por dos hombres que no conozco.—Os dijeron si hablaban en nombre de la madama de Bouillon?—Obraron mejor aun, puesto que me condujeron á casa de la propia señora.—Y os confirmó la duquesa lo que aquellos hombres os dijeron?—

---

(1) Era la otra, María Carlota Sobieski, casada con Carlos Godefroi de La tour de Auverna, príncipe de Bouillon.

Sin faltar una sola coma.—Os atreveriais á sostenerlo?—Mandadme encerrar en la cárcel y confrontadme con madama de Bouillon. Reflexionando un instante el teniente de policía, nó, dijo, si es menester, ya lo harémos mas tarde.

Pidióle luego las señas de su casa y le despidió diciendo á la señorita Lecouveur esta frase sacramental de los tenientes de policía pasados, presentes y futuros:

—Tranquilizaos, ya velo por vos.

Participó el teniente de policía al cardenal de Bouillon, quien acudió al momento furioso é insistió para que se diera publicidad al crimen; pero los parientes y amigos de la casa de Bouillon fueron de parecer de no sacar á luz tan escandaloso atentado. Hízose sin embargo público al poco tiempo, causando en todos una horrible sensacion.

El cuñado de madama de Bouillon habló de ello á su hermano, manifestándole la necesidad de que su esposa se justificara de semejante sospecha, solicitando el encarcelamiento del abate, lo cual le fué fácil obtener. Detúvose, pues, al desgraciado Bouvet y condújosele á la Bastilla. Diéronle alli tormentos; mas no se logró sino que repitiera lo que habia dicho ya. Se le amenazó; pero persistió en su declaracion. Hiciéronse grandes promesas, pero no quiso dejarse seducir. Túvosele, pues, encerrado sin que el asunto adelantara ni retrocediera un paso.

Escribió entónces Adriana al padre del abate quien residia en provincia é ignoraba lo que habia acontecido á su hijo. Acudió el infeliz á París, solicitó la instruccion del asunto y pidió cual gracia que se formara causa á su hijo. Viendo inútiles tan justas reclamaciones, acudió al cardenal; este pidió á madama de Bouillon si queria que se instruyera el proceso en atencion á que su conciencia no le permitia dejar á un inocente gimiendo en el encierro. La duquesa prefirió que se libertara el preso. Salió, pues, de la Bastilla el abate, cuyo padre permaneció aun dos meses en

París velando por él, pero al separarse, cometió el abate la imprudencia de volver á su antigua morada, de donde fué arrebatado, no se sabe si vivo ó muerto, sin que nadie volviera á oír hablar de él.

Habiendo sabido tal desaparicion, comprendió Adriana que la venganza de la duquesa estuvo solo adormecida y acababa de despertar.

Trascurrieron quince dias sin que la actriz oyera hablar del asunto, cuando una noche, despues de una gran funcion, habiendo representado Fedra, Madama de Bouillon le mandó recado invitándola á que subiese á su palco. Sorprendida de semejante invitacion, respondió que su trage no le permitia en aquel momento presentarse ante ella. No se dió por vencida la duquesa con esa respuesta, y le mandó otro recado diciendo que cualquiera que fuese el trage que en aquel momento llevara, se lo perdonaba por anticipado.

— Muy indulgente es la señora duquesa, replicó la actriz, pero si ella me perdonara el aparecer así en la sala, no me lo perdonaria el público. Decidle, sin embargo, que al objeto de obedecer sus mandatos, en cuanto me sea posible, me hallaré á su paso al salir.

Tuvo pues que contentarse con aquella respuesta, hallando efectivamente á su salida á la señorita Lacouvreur que la estaba aguardando. Prodigóle toda clase de cumplidos, ya sobre su modo de representar ya sobre su gracia y su belleza. Con esa pública simpatía, algo comun entre los grandes señores para con los artistas, queria sin duda sofocar los rumores que habian corrido y estaban aun corriendo.

Dos dias mas tarde, hallóse Adriana indispueta, mientras estaba representando una pieza, siéndole imposible continuar su papel. Anuncióse su indisposicion al público, mas este que tuvo muy poca confianza en los obsequios que la duquesa de Bouillon prodi-

gara á la artista, pidió ansioso noticias de esta al terminar la funcion. Poco tranquilizadoras eran las que se les pudo dar, pues tal era la debilidad de Adriana que fué indispensable conducirla á su casa en un coche.

La señorita Lacouvreur iba decayendo de un modo visible desde aquella noche fatal; sin embargo, luchando con su mal, reapareció el 15 de marzo en la escena, en donde pudo juzgar el público el notable cuanto terrible cambio que habia experimentado; apenas podia hablar y sostenerse, y hasta se llegó á temer que no acabaria la tragedia.

Con gran admiracion de todos, reapareció todavía en la escena en la comedia *El Florentino*, creyase punto menos que imposible el que pudiera llenar su papel. Viósele luchar y vencer el mal, y fué cual nunca encantadora. Dió con ello su último adios al público, pues, falleció á los cuatro dias presa de horribles convulsiones. Hízosele la autopsia y habiéndosele hallado gangrenadas las entrañas, circuló el rumor que habia sido envenenada por medio de una lavativa.

La persecucion del clero añadió á este fallecimiento una ilustracion de que no tenia necesidad despues de los rumores de envenenamiento que habian circulado. Habiéndose rehusado á la artista la sepultura eclesiástica, fué menester que unos mozos de cordel la enterráran clandestinamente á la una de la madrugada, cerca de las playas del Sena, en la esquina de la calle de Borgoña.

Existe aun un hermosísimo retrato de esa artista, hecho por Doyne y grabado por Drevet hijo.

El duque de Bouillon, esposo de la duquesa, á quien se acusaba abiertamente de haber envenenado á la señorita Lacouvreur, solo sobrevivió á esta dos meses.

Por aquel tiempo intentaron los corsos su primera sublevacion contra los genoveses, revuelta que debia acabar con la reunion de

la Córcega á la Francia, dos años antes del nacimiento de Napoleón primero.

Ya esplicamos la universal alegría con que fué acogido el nacimiento del delfin y no fué por cierto menor el gozo al anunciarse el de un segundo príncipe, á quien se dió el título de duque de Anjou. Desde entonces quedaba asegurada la rama masculina, á menos de una de aquellas fatalidades que persiguió á la posteridad de Luis XIV.

Sin embargo, continuaba la guerra contra los jansenistas y molinistas, la bula *Unigenitus*, de que eran un episodio las convulsiones de San Medardo, estaban ocupando los ánimos á falta de mas importantes acontecimientos. Los apelantes estaban furiosos contra ella y publicaban contra los aceptantes, como ya dijimos en otro lugar de esta obra, un ilustrado semanario lleno de sutileza y amargura, titulado «Noticias eclesiásticas.»

Por lo demás, esa estraña secta de las convulsiones cuya éstension enregistran todos los historiadores sobre el año de 1756, existe aun en nuestros dias. El autor de este libro conoció á una familia de convulsionarios en que se perpetuó la crisis, y habria por cierto visto administrar lo que se llamaba grandes ausilios, es decir, los garrotazos y leñazos á una infeliz anciana de 70 años que padecia con regularidad convulsiones cada tres meses, si á los primeros porrazos que esta recibió no hubiera él huido horrorizado á la vez de la violencia con que los verdugos la golpeaban y de la voluptuosidad con que recibia la paciente aquella singular preparacion á la éstasis. La facultad tenia su participacion en el tratamiento y la aplicacion de ese terrible remedio tenia efecto entre familia.

Entretanto seguia un rey el ejemplo de Cárlos V, Cristina y Felipe V, y se disgustaba del trono para mas tarde arrepentirse de ello. Era ese rey, Victor Amadeo II, quien abandonó Turin para ir á Chamberí, en donde pensaba vivir como simple particular,

con el nombre de conde de Tende, abdicando la corona en su hijo Cárlos Manuel.

Habia sido causa de tal retiro, mas que las diferentes vicisitudes de su borrascosa vida, su amor por la linda condesa de San Sebastian. Así es que al llegar á Chamberí casóse públicamente con ella, como hizo secreta y clandestinamente Luis XIV con Madama de Maintenon.

En medio de las turbaciones que le tomaban un ducado en cambio de un reino, la vida de Victor Amadeo estaba dividida entre dos amores: el de Madama de Verrue, quien llevó á Francia el contraveneno que ofreció á Luis XV, y el de la condesa de San Sebastian, la que debía acompañarle de su prosperidad al retiro y del retiro á la cárcel.

Ya que hemos hablado de Madama de Verrue quien, algunos años mas tarde debia volver á dejar el bullicioso mundo, digamos aun algo de esa curiosa existencia, una de las mas completas de aquella época y que acabó por morir con el nombre de dama de la voluptuosidad, despues de haber merecido el de dama de la Virtud.

Era hija del duque de Luynes y de su segunda esposa, quien fué á un tiempo esposa y tia de su marido, pues era hermana del padre de su madre, la célebre duquesa de Chevreuse, á la que tantas páginas consagramos en nuestra historia de Luis XIV. De su segunda esposa, tenia el duque muchos hijos y como no era muy holgada su posicion, tuvo que casár á sus hijos como pudo. Juana de Albert de Luynes, la de que nos estamos ocupando, nació el dia 18 de Setiembre de 1670, y casó con M. de Verrue, cuya madre, viuda y muy considerada, era dama de honor de Madama de Saboya.

Presentóse el conde á la córte del Piamonte con su esposa. Era jóven, hermoso, bien formado, rico y honrado; cualidades que hechizaron á la esposa y le inspiraron un profundo y verdadero

amor para con su marido; de suerte que pasaron los primeros años de su union en medio de una felicidad que nada pudo turbar.

El duque de Saboya vió á Madama de Verrue en casa de su madre y se prendó de ella al instante. Como no se oculta mucho tiempo el amor de un príncipe, mayormente á aquella que es objeto de él, notó Madama de Verrue las galanterías del duque, de lo cual dió inmediatamente cuenta á su suegra y marido, quienes se contentaron con elogiarla por su prudencia, dando poca ó ninguna importancia al suceso, lo que motivó que doblara el duque sus cuidados para con ella y ordenara contra su gusto y costumbres, festejos de los que la hizo reina. No le fué preciso meditar mucho para adivinar en obsequio de quien se ordenaban tales fiestas, así es que inventando pretextos, pudo abstenerse de aparecer en ellas dos veces consecutivas. Ya se comprenderá que fué notada su ausencia y léjos de elogiar su excelente conducta, culpáronla aun por la misma su marido y su suegra. Confesó entónces á su esposo que el duque de Saboya estaba enamorado de ella, que sus atenciones, sus cuidados y hasta sus palabras no le dejaban ninguna duda sobre ello; pero contestóle el esposo que por mas que estuviera de ella enamorado el duque, no convenia á su honor ni á su fortuna que insinuase ella nada. Viendo que nada se oponia á sus intentos, pasó el duque á declararse abierta y atrevidamente á la jóven, quien acudió de nuevo á su esposo y á su suegra, rogándoles la acompañaran uno ú otra al campo, ó que al menos le permitieran retirarse allí. Contestaron á tan justa demanda que queria arruinarles; en tales apuros, quedábale un solo partido y le adoptó: era este fingirse enferma. Hízose ordenar las aguas de Borbon, escribió á su padre rogándole se hallara lo mas pronto posible en el indicado punto, advirtiéndole al propio tiempo que tenia que comunicarle un secreto de la mayor importancia. Preciso fué que suegra y marido acataran el mandato del médico, consintieron pues que la fingida enferma abandonara el ducado de

Saboya, pero acompañada de su tío, el abate de Scaglia. No podía estar bajo mejor tutela, porque se aproximaba ya este á los 70 años y se le tenia por sugeto muy honrado ; pero Madama de Verrue era bella al punto de hacer pervertir al mas puro, y aquel atrevido anciano, como dice Saint-Simon, se enamoró de su sobrina, de suerte que cuando esta hubo visto á su padre y declarádole el peligro que corria si volvía al Piamonte, prometió el abate velar por ella y evitar cualquier tentativa contra su honor.

Esa promesa tranquilizó á M. de Luynes y hasta á Madama de Verrue, así es que regresó aquel á París y esta volvió al Piamonte despues de tres meses de ausencia ; pero durante el viage, manifestó á su vez el abate á su sobrina , que cuanto habia hecho para que se quedara á su lado, era por el amor que le profesaba, de suerte que habiendo rechazado este amor casi con horror, apercibióse Madama de Verrue que léjos de tener en su tío un defensor, se habia este convertido en su mas cruel enemigo. Al llegar á Turin halló al duque de Saboya mas enamorado de ella que antes y á M. de Verrue y su madre mas complacientes que nunca ; de manera que rechazada por su suegra, abandonada de su esposo y perseguida por su tío, no tuvo ya entónces aquella pobre muger mas que un solo y único recurso : echarse á los brazos del duque. Marido, madre y tío desesperábanse al presenciar tal escándalo, dieron pasos, pero era ya tarde, y por otra parte impúsoles silencio el duque. Estaba loco por Madama Verrue y esta disfrutó en un instante cerca de él del mismo favor que disfrutara Madama de Maintenon cerca de Luis XIV. Tenia el duque consejo de ministros en su casa, complacía en todo, adivinaba sus deseos y se apresuraba á satisfacerles, dábale pensiones, pedrerías, muebles, casas, etc., pero era en cambio celoso en sumo grado ; tenía la encerrada, aunque tambien se encerraba él á su vez. En medio de todo esto, cayó enferma Madama de Verrue, estaba envenenada ; pero afortunadamente tenia el duque un contraveneno , dióselo á



todo evento, y como resultó ser el antídoto del veneno, restablecióse completamente; mas poco tiempo despues, fué atacada de viruelas, no quiso el duque que tuviera mas enfermero que él, y la veló todas las noches hasta que estuvo fuera de todo peligro. Hubiera ella deseado sin embargo que el duque le probara su amor dándole un poco de libertad, porque los celos de su ilustre amante iban siempre aumentando, á pesar de que no le daba ningun motivo para ello, y la encerraba cada dia mas. Tal existencia acabó por ser insoportable á la desgraciada favorita, la que, teniendo un hermano, á quien amaba mucho, el caballero de Luynes, determinó escribirle que fuera á verla en Turin, dándole cita para la época precisa en que el rey debia hacer un viage á Chamberí.

El caballero de Luynes no fué menos exacto en ir á Turin que lo fué su padre en presentarse en Borbon. Confesóselo todo, al modo que lo hizo con su dicho padre. Conviniéron ambos en probar de huir y dirigirse á Francia. Empezó Madama de Verrue por hacer salir del ducado todas sus joyas y dinero; realizó, por medio de ventas de diversos bienes, considerables sumas que tomaron el mismo camino que los primeros envios y salió ella por fin montada en un brioso caballo, con una bella noche, y acompañada de su hermano, dirigiéndose á Génova, y embarcándose luego para Marsella, á donde llegó sin ningun percance.

Estaba el duque furioso al saber esta noticia, pero su poder no se estendia mas allá de las fronteras de su ducado y no tuvo otro medio que resignarse.

Llegó á París la fugitiva y encerróse en un convento, pero como podrá calcularse, no abandonó su obligatoria cárcel por un encierro voluntario; así es que salió del convento, compró una magnífica casa, dió banquetes y pasaba feliz sus dias. Como era mujer encantadora, espiritual y todavía radiante de juventud y belleza, tuvo al momento una córte en medio de la que fué una reina muy dife-

rente de lo que hubiera sido en el Piamonte. El favor que hiciera al rey al llevarle el contra veneno igual al que la salvó á ella, acabó de introducirla en el gran mundo. Empleaba cien mil francos al año en cuadros, curiosidades y gratificaciones que daba á los artistas pobres ó á los literatos de escasos medios, lo cual le valió los elogios de Lafaye y de Voltaire. Duró esta encantadora existencia hasta el año de 1756, época en que falleció.

Dejó dos hijos: un varon y una hembra, reconocidos ambos por el duque de Saboya. El hijo murió jóven y soltero, y la hija casó con el príncipe de Carignan, cuya descendencia está aun reinando en Cerdeña.

Ya dijimos, á propósito de la condesa de San Sebastian, que su amor debia acompañar al rey Victor Amadeo á su retiro y de su retiro á su cárcel. Digamos de que modo, estando aun reinando en 1.º de setiembre de 1730, quedaba prisionero el 8 de octubre de 1731, esto es, un año después de haber abdicado voluntariamente en favor de su hijo Cárlos Manuel.

Es el caso que Victor Amadeo, como Cárlos V, y como Cristina, no hubo tan pronto despreciado el trono que se arrepentió de ello y trató de volverle á tomar á aquel en favor de quien le abdicara; pero no se devuelve tan facilmente un trono, por mas que sea un padre quien lo exija. Así, de órden de su hijo, procedióse á su detencion en la noche del 28 al 29 de setiembre en el castillo de Moncalier, y se le condujo al de Rívoli. Por lo que toca á su esposa, la condesa de San Sebastian, fué confinada á las fronteras del Piamonte.

Mientras que en Cerdeña hacia un hijo detener á su padre, en Prusia un padre hacia lo propio con su hijo.

El dia 13 de setiembre de 1730, Federico Guillermo II, hijo del elector de Brandeburgo, quien hizo erigir un reino á Prusia, en donde fué reconocido por rey el dia 18 de enero de 1731, mandó se procediera á la detencion de su hijo, por haber querido

salir de los estados de su padre, contra la voluntad de este y en union con el conde de Ke. Ejecútose pues la orden contra el príncipe y su cómplice.

Sobre la misma época, cansado el duque de Orleans de la inútil lucha que sostenia contra M. de Fleury, resolvió retirarse de los negocios para entregarse por completo á la devocion, dando en su consecuencia la dimision de coronel general de infantería. Aceptó el rey la dimision y suprimió el destino, que ya habia sido suprimido en 1639, con motivo del fallecimiento del duque de Epernon, quien lo desempeñaba, y fué restablecido en 1721 para darle al duque de Orleans, á la sazón duque de Chartres.

En cuanto á Luis XV, á parte las partidas de caza, el ceremonial, los oficios divinos y la etiqueta, era su mayor placer, durante los sucesos que acabamos de relatar, el plantar lechugas, y verlas crecer, en un jardincito que M. de Fleury le habia regalado.

A propósito de M. de Fleury, nos olvidamos consignar en su tiempo y lugar, su promocion al cardenalato, la cual data del 11 de setiembre de 1726.

## CAPÍTULO V.

Nada había, en efecto, mas inocente que la corte del rey Luis XV en la época en que hemos llegado; es decir, en 1.º de enero de 1732.

Esa castidad de la juventud del monarca era debida al regente, quien, libertino, ateo y blasfemador, habia sin embargo sabido preservar al augusto niño, cuya custodia le habia Dios confiado del contacto con la orgía universal de que era gefe. Luis XV habia salido de manos del nuevo Sardanápalo con la blanca púrpura de Eliacino.

¡Cuán feliz hubiera sido la existencia de aquella pobre princesa que se envió á buscar en un arruinado castillo de Alemania para hacerla reina de Francia, si al propio tiempo que la esposa, hubiera sabido ser la querida de su augusto marido!

A los ojos de Luis XV, era Maria Leczinska la mas bella de todas las mugeres, y la fecundidad de la reina atestiguaba que el monarca no se limitaba á simples elogios. A los diez meses de casada habia ya dado una princesa, luego dos gemelos, un hijo, ese delfín cuyo nacimiento dió lugar á tantos festejos, y mas tarde el duque de Anjou, quien vino á consolidar el cetro en manos de la rama masculina. ¡Cinco hijos en otros tantos años! cuando el padre de esta numerosa familia contaba escasamente la edad de veinte y uno.

Sin embargo, al rededor del trono no habia mas que placeres. Ya relatamos en otro lugar los amores de todas las grandes damas de aquella época ; cruzábanse todos esos amores cual red en que todo corazon caía , escepto el del rey , cuyo solo amor era Maria Leczinska , y la caza su único placer .

Cosa maravillosa eran las partidas de caza durante la juventud del monarca , con todas aquellas galantes amazonas que las seguian . La bella condesa de Tolosa, la señorita de Charolais, la de Clermont y la de Sens ; todas aquellas heroínas de las pinturas de Vanloó , que este nos dejó vivientes despues de un siglo de esa mitología de que está perfumada toda la época á que aludimos . Aquellas cazadoras menos castas que Diana , pero amorosas como Calipso , corrian por los bosques de Rambouillet y Vincennes, de Bolonia , Versailles y Satory , no en coche como Madama Enriqueta de Montespan y la de La Valliere , sino á gran carrera de caballos , empolvado su cabello y adornado con perlas y rubies , sombrerito tricornio inclinado hácia la oreja con gran conquetería , la amazona con solapas ceñida al cuerpo y arrastrando hasta el suelo , sin ocultar por esto el piececito con que picaban al caballo con una espuela de oro .

Por lo demás , no carecian de peligro aquellas cacerías : los ciervos y jabalíes vendian caramente la vida á aquellos ilustres picadores que les perseguian con el chuzo en la mano . En una de dichas cacerías fué muerto M. de Melun , amante de la señorita de Clermont ; pero tan indolente era esta jóven princesa , que la duquesa dijo al siguiente dia :

— Creéis que la señorita de Clermont haya notado la muerte de su amante ?

Al regresar de aquellas partidas de caza , dábanse opíparas cenas , propias para estómagos y espíritus de veinte y cinco años ; pasábanse las noches en el juego, noches mas agitadas y aun mas abrasadoras que los dias en que corria el oro por las mesas cual

brillantes cascadas. El rey jugaba como su abuelo Enrique IV , pero este ganaba siempre y aquel perdía algunas veces. Acudía entonces á M. de Fleury, quien regañaba y pagaba, porque consideraba que se amoldaban mejor á su ambicion que pasara el monarca los dias en la caza y las noches en el juego; aunque debiera costar algunas miles libras al Tesoro, que verle ocupado en los negocios del Estado.

Reinaba gran libertad de accion y de palabra en aquellas reuniones ; era por otra parte moda en aquella época , y la princesa Palatina y la duquesa, nos enseñaron á llamar las cosas por su propio nombre. Casi por espacio de un siglo , la lengua francesa nada tuvo que envidiar á la latina sobre este objeto.

M. de Fleury no asistia á ninguna de esas partidas, servíale de excusa su vejez , y Luis XV se felicitaba de escapar de este modo á la doble vigilancia del preceptor y del ministro ; pero nada ignoraba el anciano Mentor de cuanto pasaba en aquella intimidad, porque cada cual se apresuraba á convertirse en espía para obtener alguna sonrisa , en particular Madama Tolosa , á quien M. de Fleury nada sabia rehusar.

En los pequeños consejos de la Muette y de Rambouillet , procuróse para el duque de Penthièvre , hijo del de Tolosa y niño aun , la futura del destino de gran almirante y de los demás empleos de su padre. Aseguróse en los mismos consejos la fortuna del duque y del marqués de Antin , hijo del primer matrimonio de la condesa. Preparóse tambien allí la desgracia de M. de Chauvelin , guarda sellos y ministro de negocios estrangeros, y se conoció y desarrolló en los mismos desde los primeros síntomas, la tendencia hácia el placer , que los rehusos conyugales de la reina hicieron al fin nacer en el corazon del rey.

La señorita de Charolais era la que con mas impaciencia seguia semejantes progresos ya desde dos ó tres años , no apartando su vista del jóven príncipe , á quien se habian sucesivamente atri-

buido relaciones amorosas con la condesa de Tolosa , la señorita de Clermont , Madama de Nesle , la de Rohan y hasta con la duquesa , pero sin ninguna certeza y fijándose solo en apariencias.

A pesar del rumor de esas buenas fortunas , la emprendedora princesa resolvió vencer la gran timidez del rey ; pero era demasiado ligera para que pudiera llamar por mucho tiempo la atención de Luis XV ; notándose muy luego que , si pudo distraerle de sus amores conyugales , fué solo por cortos instantes.

Efectivamente , Maria Leczinska poseia el corazon de su esposo y tenia su poder absoluto en todo cuanto no era de la incumbencia de M. de Fleury; pero ante este , estrellábase toda influencia , hasta la influencia real. En punto á dinero , era intratable el avaro ministro. Buena y caritativa , empleaba la reina en obras piadosas los pocos recursos de que podia disponer. Hallándose en Compiègne entregó una vez cuanto tenia en monedas y alhajas á los comerciantes y á la escuela de artillería , y á su regreso á París vióse obligada á pedir prestado para jugar.

Testigo de semejante apuro Madama de Luynes, trató aunque en vano de determinar á la reina á que pidiera un suplemento de pension , á lo cual se rehusó esta obstinadamente , prestando que estaba segura de no obtener del primer ministro mas que una humillante negativa. Resolvió entonces tentar ella misma el asunto, dirigiéndose al efecto al cardenal y esponiéndole la situacion de la reina ; mas el ministro se contentó con responder que arreglaría la cosa con el contralor general Orry.

A la primera entrevista que con este tuvo el cardenal , hablóle de la apurada situacion de la reina, mandándole entregára á S. M. cien luises por una sola vez. Prevenido por Madama de Luynes, clamó el contralor contra la modicidad de dicha suma , representando respetuosamente al primer ministro , que siendo él un simple particular , ya la daría á su hijo en caso de que por sus limosnas se hallara en la posicion de la reina. Añadid pues cin-

cuenta luises mas , dijo M. de Frejus. Insistió aun Orry , diciendo que no bastaban cincuenta luises y que además no se atreveria á presentar á la reina una tan mínima cantidad. Para desembarazarse de tal obsesion , aumentó aun la alocucion de veinte y cinco luises ; en fin el contralor general fué empujando á M. Frejus de veinte y cinco en veinte y cinco luises hasta que llegó á la cantidad de doce mil francos , la misma que presentó á la reina , preguntándole si le bastaba. Contestó María que quedaba muy satisfecha ; con lo cual hubiera acabado el asunto , á no haber el obispo hallado medio para prolongar la expedicion de doce mil francos por espacio de tres meses , teniendo la reina que aguardar el cobro de sus acostumbradas rentas , para pagar sus deudas y atender á otros compromisos.

La reina tenia en su marido un apoyo , pero perdió este por su culpa y gratuitamente. Ya fuese que se hubiera abatido en sus reiterados partos , bien fuese por indiferencia para con su esposo , afectó tal frialdad que hirió á Luis XV y le alejó de su esposa , quien por el contrario hubiera podido hacer de él , á haberlo querido , lo que la reina de España hacia de Felipe V.

Así , nada traspiraba aun sobre los secretos amores de Luis XV , cuando el dia 24 de enero de 1732 , en una de aquellas pequeñas cenas á que solia asistir , en ocasion á haber bebido algo mas que de costumbre , levantó la copa y brindando por la desconocida querida , rompió el vaso , invitó á los convidados á que hicieran otro tanto y adivinaran el nombre de aquella desconocida.

Cada cual profirió entonces el nombre que le vino á la imaginacion. Eran con el rey veinte y cuatro , siete se pronunciaron por la duquesa , otros tantos por la señorita de Beaujolois y nueve por Madama de Lauraguais , nieta de Lassay y nuera del duque de Villars-Branças , quien hacia un mes que estaba en la corte.



Desapareció desde aquel día toda duda, supóse que el rey tenía una querida, pero no quien era esta.

Tal ignorancia pesaba mucho á los cortesanos, en particular al cardenal, porque una querida podia estorbarle mucho, y se deshicieron todos en conjeturas sobre los futuros amores del monarca.

Túvose un consejo entre el ex-preceptor, la duquesa y tres mayordomos: Bontemps, Lebel y Bachelier, cuyos unánimes suffragios se dirigieron á Madama de Mailly.

Digamos algo sobre la casa de Nesle, enlazada con la de Mailly.

Era una noble y antigua casa conocida en Europa desde el siglo XI, por la persona de Anselmo de Mailly, tutor del conde de Flandes, gobernador de sus estados, y muerto en el sitio de Lila. Su blason habia figurado entre los mas ilustres en tiempo de las cruzadas, y las numerosas ramas de la familia que ocupaban el primer rango en el estado, llevaban altivos sus armas en los tres mazos y su soberbia divisa: *golpée quien quiera*.

El marqués Luis III, primogénito de dicha rama, casó en 1709 con la señorita de Laporte Mazarino, cuya galantería pasó á ser proverbial; Maria Leczinska, de quien era dama de honor, conocia todas esas galanterías, por las que nunca la reprendió; pero cuando sabia ó creia saber que Madama de Nesle tenia alguna cita, deteníala y hacíale leer la Imitacion de Jesucristo ó la Sagrada Escritura, como espiacion del pecado que habia deseado cometer.

Tres ó cuatro años antes de la época en que nos hallamos, decíase que dicha señora habia sido la querida del rey, bien que de un modo pasagero. Falleció en 1729 dejando cinco hijas que atrajeron las miradas del soberano.

Era la primera Luisa Julia, la de que nos ocupamos, quien casó con su primo Luis Alejandro de Mailly.

La segunda Paulina Felicia , que se enlazó con Felix de Vintimille.

La tercera Diana Adelaida , que casó con Luis de Brancas, duque Lauraguais.

La cuarta Hortensia Felicia , que casó con el marqués de Flavacourt.

Y la quinta María Ana , que se enlazó con el marqués de la Tournelle, y fué la famosa Madama de Chateauroux.

M. de Fleury permitia, pues, que el rey amara á la mayor de las hijas de Madama de Nesle, pero como ya dijimos, Luis XV muy púdico aun, muy religioso y muy sumiso á las preocupaciones domésticas, no era sujeto que ayudara á su preceptor en tan gran empresa. Fa cilitóse dos ó tres veces el encuentro de Madama de Mailly con el monarca, pero como este solo hablaba con la vista, determinóse que Bachelier y Lebel se cuidarian de la intriga.

El rey hallaba encantadora á Madama de Mailly; pero se acordaba y hablaba siempre de su esposa, siendo el resultado de la conversacion mandar á Bachelier para avisar á la reina que iria á pasar la noche con ella, á lo cual contestó que sin embargo de sentirlo en estremo, no podia en modo alguno recibir á S. M., respuesta que satisfizo á ambos tentadores.

No se dió por vencido el rey, envió allí por segunda y tercera vez el mayordomo, volviendo siempre portador de igual contestacion.

Irritado entonces Luis XV, juró que nada habia ya entre la reina y él y que nunca mas le pediria que cumpliera con su deber.

Esa espresion demuestra claramente el aspecto bajo el cual respondia María Leczinska á los amorosos preliminares de su esposo.

Entró en aquel momento el duque de Richelieu, enviado por Madama de Mailly y prevenido sin duda de la oportunidad de la ocasion, por algun secreto mensage de uno de ambos mayordomos. Trató de reconciliarle con la reina, pero Luis XV, furioso aun, relatóle cuanto acababa de pasar. Pidióle entonces el duque si creia

poder vivir con semejante vacío en el corazón y si realmente había hecho cuanto era humanamente posible para permanecer fiel á su esposa; mas habiendo el rey suspirado, el duque pronunció el nombre de Madama de Mailly, que despertó un grato recuerdo en el espíritu y corazón del monarca, confesando que era mujer seductora y sería una querida encantadora, respuesta que determinó una entrevista.

No era difícil la victoria, pues Madama de Mailly solo deseaba ser vencida.

Pretenden algunos, entre los que se halla M. de Richelieu, que no fué menester si no la intervencion de Bachelier, para que dicha señora no saliera del real gabinete tal como en él entró.

En suma, que Bachelier ayudara al desenlace de aquella empresa ó que perteneciera exclusivamente aquel honor á Madama de Mailly, no dejaba esta de ser ya la querida del rey, y era cuanto se deseaba, puesto que convenia á la vez, al amor de Luis XV y á los proyectos de M. de Fleury.

Nació en 1710 y era por consecuencia de la edad del monarca. Tenia cierta decencia de la que pudo salir por la sola importancia del caso; su voz era algo dura, pero se templaba al hablar de amores, era morena, tenia muy bellos, grandes y expresivos ojos, rostro largo, bella frente y las mejillas algo llanas; por todo lo cual convenia al rey.

Amable, reservada, tímida, sin ambicion, ignorante de los negocios del Estado, de inmutable carácter, fiel amiga, incapaz de falsedad, compasiva, recta y enemiga de la intriga, habia de convenir en extremo á M. de Frejus.

Por lo demás, el porvenir justificó la opinion que de ella se formara; querida del rey, le amó por si mismo, porque era el mas amable y el mejor mozo de su corte y de su reino; contenta con amarle secretamente, ni tan solo probó usar de su favor; jamás le pidió una sola gracia para ella ni sus parientes, mientras este fa-

vor duró, y no recibió del rey sino algunos regalitos que un simple particular se hubiera sonrojado de ofrecer á su querida.

En tal intriga hicieron dos personas gran ruido. Fueron estas M. de Mailly y M. de Nesle, padre y marido de la favorita del rey. El esposo recibió orden de cesar toda relacion con ella, y el padre, cuyos negocios no iban muy bien que digamos, calló mediante la cantidad de quinientas mil libras. Vendió muy barato el honor de la antigua y noble casa de Nesle.

Algunos años antes de que ocurrieran los sucesos que acabamos de narrar, esto es, el 31 de enero de 1732, firmóse en Versalles el contrato del casamiento de la señorita de Chartres con el príncipe de Contí, quienes fueron casados el siguiente dia por el cardenal de Rohan.

El príncipe de Contí era hijo del célebre príncipe del mismo nombre, de quien hablamos en otro lugar, el cual falleció en 1727, dejando por sucesor de sus títulos, bienes y apellidos, al conde de la Marche. La madre, María Teresa de Borbon Contí, quien estaba en continuas disputas con su hijo, falleció á su vez al cabo de algunos dias á la edad de setenta años.

El apellido de Contí quedaba pues reducido á las dos viudas, al príncipe que acaba de casarse y á un tio de este que era gran prior y persona de talento.

Era además un príncipe bueno, amable, escesivamente vivo, celoso de su rango y pródigo en sumo grado, como lo demuestra la siguiente relacion: Fué á decirle un dia su escudero que se habia ya acabado el forrage de su caballeriza. Furioso de semejante descuido, llamó á su intendente, quien se escusó con el tesorero por no haberle querido entregar dinero. Mandó entónces el príncipe que fuera allí el tesorero, y este manifestó no haber dinero en las arcas y que el abastecedor se negaba á entregar forrage sin que se le satisficiera en el acto su importe. Siendo grave el

caso, reflexionó el príncipe por primera vez en su vida, despues de lo cual dijo:

—¿Quién nos fia aun?—Nadie á no ser el pollero.—Pues bien, dijo el príncipe, que se dén á mis caballos pollas asadas.

El dia 2 de junio fué bautizado el duque de Chartres, á quien dieron los padrinos, el rey y la reina, los nombres de Luis Felipe. Este príncipe, padre de Felipe Egalité y abuelo del rey Luis Felipe, casó con Madama de Montesson.

## CAPÍTULO VI.

Después del largo período de paz ó de guerra sin importancia que acabamos de atravesar, tuvo lugar un suceso que iba á poner en peligro el equilibrio europeo.

El día 1.º de febrero falleció en Varsovia el rey de Polonia Federico Augusto II, á la edad de sesenta y dos años, el mismo que habia destronado á Estanislao, suegro de Luis XV. Su hijo, el príncipe real y electoral de Sajonia, sucedia de derecho á su electorado, pero no al trono de Polonia, cuyo monarca era electivo.

Reunióse el 3 de mayo la dieta, cuya deliberacion dió por resultado que no tenian derecho á la elegibilidad sino los gentiles hombres polacos; que era indispensable para disfrutar de ese derecho, no solo ser gentil hombre polaco sino tambien haber nacido de padres católicos; que nadie mas que el primato podia proclamar el rey so pena de ser declarado enemigo de la patria, y en fin, que la eleccion quedaba fijada para el 25 de agosto.

El día 17 de marzo declaró Luis XV á todos los embajadores extranjeros acreditados cerca la córte de Francia, que en modo alguno permitirla que ninguna potencia se opusiera á la libertad de dicha eleccion.

Motivó la indicada declaracion la solicitud dirigida á Estanislao por el primato y cierto número de gentiles hombres.

Esa diligencia tenia, pues, por objeto ofrecer la corona de Polonia al padre de la reina de Francia, pero al escuchar tal propuesta contestó el destronado monarca, meneando la cabeza :

— Ya conozco á los polacos, me proclamarán rey ; pero no me sostendrán.

— Que se os proclame rey , le dijo Luis XV, yo me encargo de sosteneros.

La promesa de su yerno hizo aceptar á Estanislao la oferta que se le hacia y declaró que se pondria en las filas de sus amigos. Su competidor natural era el príncipe real y electoral de Sajonia, hijo del difunto rey.

Al ver que Francia se declaraba en favor de Estanislao, Rusia y Austria se declararon por el príncipe Augusto. Rusia hizo cruzar una flota por el Báltico, y el Austria dió sus órdenes para impedir que Estanislao atravesara sus estados.

El 20 de agosto, es decir, cinco dias antes que el fijado para la eleccion, el caballero de Thiange, cuya semejanza con el rey era muy grande, vistióse con el traje habitual de éste y se peinó como él. Este cambio de traje y tambien el de nombre, tuvo efecto en Berny, cerca de París, á donde se habia dirigido Estanislao desde Versailles. Separáronse allí el verdadero y falso rey. Este, á quien se daba el tratamiento de magestad, tomó el camino de Bretaña y llegó á Brest, en donde se embarcó públicamente el dia 26 á las diez de la noche, al estruendo de las salvas de toda la artillería del puerto. Estanislao debia dirigirse á Varsovia por tierra, sin mas acompañamiento que el caballero de Andelot. En su consecuencia, pusóse una peluquita negra y casaca de paño gris de modesta apariencia. En cuanto el caballero de Andelot, vistió un traje algo mas lujoso, porque representaba el papel de señor, mientras que el rey llevaba pura y simplemente el de hombre de confianza. Subieron ambos á un malísimo coche con caballos de posta, y tomaron el camino de Metz ; pero por pobre y destrozado

que fuera la silla, no dejaba de ser un vehículo francés y podía por lo mismo inspirar sospechas al llegar á la primera poblacion Alemana. Conociendo, pues, la dificultad que habia para llegar á su destino, sino se cambiaba de silla, determinó M. de Andelot rogar á su huésped se informara de si habria en la villa algun coche aleman para vender. Salió ese al momento y habiendo hallado uno, corrió á anunciarlo al caballero, quien, fingiendo estar cansado, envió á su compañero para que le examinara y cerrara el trato, dado que le pareciera conveniente. Compróle el rey, y continuaron al instante su camino.

Todo siguió perfectamente hasta las puertas de Berlin, en donde empezó un largo interrogatorio del que salieron airosos uno y otro.

Hallaron en Francfort al sobrino del marqués de Monti, embajador de Francia, y subieron á su coche, pero al objeto de enganar á los espías tomó el rey el cuarto asiento, y entró en fin en Varsovia el 8 de setiembre.

La eleccion que debia tener lugar el 25 de agosto fué aplazada para el 11 de setiembre, por cuyo motivo llegaba Estanislao á tiempo para mostrarse al pueblo y luchar contra toda dificultad.

Subió á caballo el dia 10, y recorrió las calles de Varsovia en medio de universales aclamaciones.

Recogiéronse el 11 los sufragios, resultando todos en favor de Estanislao.

El príncipe Wiesznowski, canciller de Lituania, fué el único que protestó contra aquella unanimidad, y se retiró de la asamblea acompañado de algunos mal contentos. El primado hubiera podido proclamar rey á Estanislao aquel mismo dia, pero no lo hizo hasta dos dias mas tarde, porque esperaba poder ganar al canciller, quien persistió en su retirada; pero sucedió cuanto Estanislao habia previsto.

Marchó contra Varsovia un ejército ruso para anular aquella



eleccion; los cien mil polacos que se habian reunido para proclamar al rey, se retiraron en sus respectivas provincias y entretanto no llegaba el socorro prometido por Luis XV. Los partidarios de Estanislao rogábanle se mantuviera firme, diciéndole que para salir airoso no necesitada mas que ganar tiempo. Echóse la vista en las diferentes plazas fuertes que pudieran ofrecer un asilo al rey, recayendo la eleccion en Dantzick, ciudad independiente que estaba bajo la proteccion del rey de Polonia, en la que hizo el monarca su entrada el dia 2 de octubre acompañado del primato, del embajador de Francia y del conde de Poniatowski, á quienes seguian algunos nobles polacos.

Entre tanto entraron en Polonia los rusos, y en el mismo arrabal de Praga, á consecuencia de la declaracion del general de Lacy, comandante del ejército moscovita, eligióse en nombre de la Czarina al príncipe Augusto, cuya noticia no admiró en modo alguno á Estanislao.

—Bien lo habia dicho, murmuró encogiéndose de hombros, pero tambien él esperiméntará muy luego la fidelidad de los que acaban de elegirle; y propuso á los vecinos de Dantzick el abandonar la poblacion y devolverles su promesa; pero se opusieron todos á su salida.

El ejército ruso se dirigió á dicha ciudad, el 20 de febrero de 1754, y la sitió.

Agitábase una gran cuestion europea fuera de la cuestion privada. El rey Estanislao representaba la nacionalidad polaca y el príncipe Augusto la influencia rusa y alemana. La proclamacion del último era, pues, el futuro desmembramiento del reino de Polonia.

Francia no habia tomado al acaso el partido de Estanislao. Era necesario, en sus comunes intereses con España, arruinar el poder del Austria en Italia y oponer un dique al imperio ruso que desde aquella época estaba amenazando invadir á Europa. Ese

dique eran Suecia, Polonia y Prusia. La primera y última prometieron ser neutrales. Estanislao hubiera entonces continuado la política de Carlos XI y de Luis XIV, quienes apoyaron, el primero la elección de Enrique III, y el segundo la del príncipe de Conti.

He aquí las consideraciones que habían arrastrado á la Francia á aquella guerra tan bien emprendida como mal apoyada, mayormente por parte de quien mayor interés tenía en sostenerla. Nos referimos á Estanislao.

Poniéndose al frente del ejército por desorganizado que fuera, y llamando al pueblo á las armas en nombre de la nacionalidad polaca, podía reunir cincuenta mil hombres, con los que hubiera podido hacer frente á los rusos, guardar su capital y esperar los socorros de Francia; y en caso de perder, perdía al menos batiéndose.

Sin embargo, Estanislao tenía mas de cincuenta años y por otra parte no fué nunca hombre enérgico. Cubriendo su flaqueza con el manto de la filantropía, declaró que no quería ceñirse una corona á espensas de la vida de sus súbditos ni ponerse en el caso de tener que señalar su advenimiento al trono con la efusión de su sangre. Era hablar como cura y no como soldado.

Habíase, pues, retirado en Dantzick como ya dijimos, para esperar allí el socorro de Francia.

El conde de Munich, al frente de diez mil hombres, reunióse con M. de Lacy y tomó el mando del sitio, bombardeando la plaza, en donde no tardó en hacerse sentir el hambre; pero los sitiados estaban aguardando con confianza el auxilio prometido por la Francia, cuyo gobierno no tenía aun costumbre de faltar á su palabra.

Apareció por fin en el horizonte la bandera blanca; pero todas las baterías de la costa habían ya caído en poder de los rusos. M. de La Motte que mandaba la flota, no osó esponerse á una destrucción casi cierta. En aquel caso ya previsto, debía dete-

nerse en Copenhague y entenderse con M. de Plelo, embajador de Francia en Dinamarca.

Luis Roberto Hipólito de Brehan, conde de Plelo, era descendiente de aquella bella y noble raza bretona que defendía valerosamente su honor. Era un joven de treinta y cuatro años, á la vez poeta, sabio y diplomático; hizo imprimir investigaciones astronómicas en la colección de la real academia de ciencias, y escribió algunas poesías en el album de un hombre de gusto.

Hízose comunicar por M. de La Motte las instrucciones que este tenía de MM. de Fleury y de Maurepas. Vió en ellas que si había medio de conservar á Dantzick, era indispensable hacer toda clase de sacrificios para introducir allí algun refuerzo, seguido de otros; que si por el contrario caía la plaza en poder de los rusos, no quedaba mas recurso que ocuparse en la salvación de Estanislao. Como la ciudad estaba todavía en poder de este, fué menester pensar en el auxilio, el cual se componía de mil quinientos hombres que debían atacar á cuarenta mil y abrirse paso.

Si se lee con atención la historia de nuestras guerras, veráse que lo imposible es lo que mas fácilmente germina en la mente de los franceses.

Al aspecto de aquella situación, retrocedió M. de La Motte; pero tomándolo por su cuenta, declaró M. de Plelo que se encargaría personalmente de conducir á las tropas y dirigir el desembarco. M. de La Motte hizo entonces dirigir la flota á Dantzick, haciéndole responsable de cuanto pudiera acontecer. Llegó esta á la rada de dicha fortaleza, atravesando los cruzados fuegos, desembarcó el embajador con las tropas y atacó el ejército ruso, pero fué víctima de su arrojo. A pesar de haber ya previsto tan triste desenlace, creyó que, para honor de la Francia debía probar de hacer lo que no podía realizarse. Muerto que fué M. Plelo, retiróse la tropa en buen orden y regresó la flota á Copenhague.

Como en todos sus ataques militares, la Francia tuvo en este

la parte gloriosa que inmortaliza una derrota lo mismo que una victoria.

En el preciso momento en que regresaba á Copenhague la flota, llegó otro refuerzo, con lo cual se podian reunir dos mil hombres, procedentes de los regimientos de Flandes y de Artois. Manifestóse á los oficiales la situacion de Dantzick, á fin de que, reunidos en consejo de guerra, determinaran por sí mismos lo que debia hacerse. Declararon todos que en cualquier punto en donde se hallaran reunidos dos mil franceses, no podian estos retroceder ante el enemigo por numeroso que fuera, y que si no podia pasar la flota, se apoderarian de los fuertes á mosquetazos. Por otra parte, la mision que debian llenar era sagrada, pues que se trataba de la vida de Estanislao.

Reapareció, pues, la flota francesa en la embocadura del Vístula; pero aquella vez, cosa increíble, atravesó los cruzados fuegos de las baterias y entró en el puerto de Dantzick con las velas desplegadas, en medio de las aclamaciones de la ciudad entera; pero no se trataba ya de batirse con los rusos, sino de salvar los dias de Estanislao, cuya cabeza estaba dotada.

Estaba el rey resuelto á permanecer en la plaza y participar de la suerte de sus defensores, cuando se tuvo noticia de que el fuerte de Wesheelmund acababa de capitular. La capitulacion de dicho fuerte obligó á la ciudad de Dantzick á pensar en la suya, relevando el rey á los vecinos de la promesa que le habian hecho de sepultarse entre sus ruinas.

Difícil era calcular el modo como podria Estanislao abandonar la plaza, cercada como estaba por el ejército moscovita y obstruido todo paso hasta tres leguas de distancia.

Formó cada cual un proyecto de retirada para el rey: la condesa Czapska, palatina de Pomerania, quien hablaba el alemán como su propio idioma, confiando en un hombre cuya fidelidad conocia y era práctico en el país, ofrecióle participar de los pe-

ligros de su viage, disfrazándose de aldeana y haciéndole pasar por su esposo.

Propúsose todavía otro espediente, el cual consistia en ponerse al frente de cien hombres decididos y abrirse paso por entre el enemigo, cuyo proyecto fué desechado como el precedente, no porque hubiera dificultad en hallar á los cien hombres indicados, pues que se habrian presentado mil, sino porque era muy aventurado el intentar semejante accion en un país inundado y con líneas de circunvalacion que cerraban todo paso.

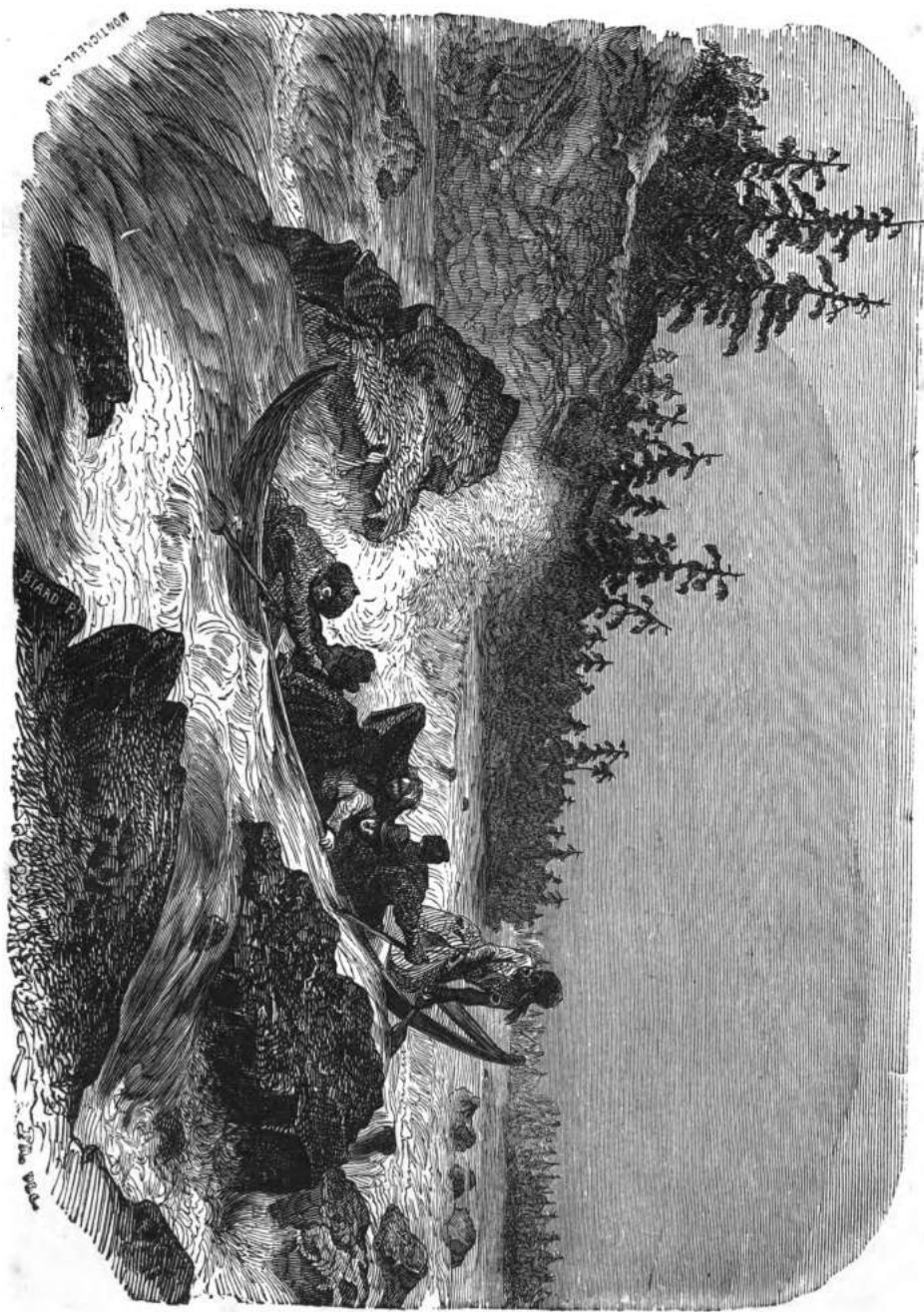
El marqués de Monti, embajador de Francia, propuso otro proyecto que parecia mas acertado; era este, que saliera de Dantzick el rey, acompañado de dos ó tres hombres de entera confianza, disfrazados de aldeanos.

Al objeto de adoptar este último medio, dirigióse Estanislao, el domingo dia 27 de junio á casa del embajador, so pretexto de pasar allí mas tranquila la noche, apartándose de las bombas que ya empezaban á alcanzar el barrio en que residia; pero al llegar tropezó con uno de aquellos ínfimos percances que privan con frecuencia la ejecucion de grandes proyectos y amenazan hacerles abortar.

Habíase proporcionado el marqués de Monti un traje de aldeano tal como convenia á la urgencia del caso: un vestido usado, camisa de tela ordinaria, gorro de los mas sencillos y un fuerte baston de espino pulido y adornado con un cordoncito de cuero; pero faltaban un par de botas, que á ser nuevas debian precisamente comprometer al rey, y á ser demasiado usadas, podian perjudicarle en su marcha. Habiendo el embajador examinado por espacio de dos dias cuantos piés pasaban por su lado, á fin de hacer una prudente eleccion entre todos los calzados, fijó la vista en las botas de un oficial de la guarnicion; pero estaba la dificultad en el modo y pretexto bajo los cuales pediria aquellas botas. Cuestion era aquella ante la cual se estrellaba la hábil diplo-



Exida do Karamisao rey do Iakonia.



macia de M. de Monti, llegando por último á corromper al asistente de dicho oficial, quien las robó á su amo y las llevó al embajador. Por extraño que pareciera el capricho de este por un par de botas usadas, al menos el robo respondía del secreto.

Sin embargo, si bien M. de Monti anduvo acertado en el estado de deterioro de las botas, no sucedió lo mismo con la medida del pié del oficial, quien le tenia muy pequeño, mientras que el rey le tenia muy grande. En tal apuro, hízose traer todas las botas viejas de su casa, entre las que habia un par de su ayuda de cámara, que se amoldaron perfectamente al pié de Estanislao. No deja de ser chocante que tuviera que buscar tan lejos lo que tenia en su casa, y se viera obligado á negociar un robo cuando obtenia el deseado objeto con reclamar lo suyo propio.

Salió el rey completamente disfrazado y con doscientos ducados de oro de la casa del embajador, en la esquina de cuya calle halló al general Steinflicht que le estaba aguardando disfrazado como él, y fueron juntos á buscar al mayor de la plaza. Este, que era de nacion sueco, se habia obligado á favorecer la retirada de Estanislao, y debia encontrarse en cierto lugar de la muralla, como así lo efectuó. Al pié del muro habia amarradas dos navecillas guardadas por tres hombres, quienes, prácticos en el país, segun pretendian, se habian obligado á conducir al fugitivo hasta Marienwerder, que pertenecia al rey de Prusia.

En vez de tres hombres, halláronse cuatro aguardando al rey, pero aceptó este el tal aumento en su escolta, por creer la ocasion poco propicia para cuestionar sobre ello.

Habia á dos pasos del foso un cuerpo de guardia ocupado por un sargento y algunos soldados. El comandante habria sin duda recibido alguna severa consigua, pues se le vió por tres veces apuntar su fusil al mayor, por que pretendia hacer pasar á los fugitivos sin ninguna clase de esplicaciones. El mayor por su parte, intentó dos ó tres veces echar mano de una pistola que llevaba



escondida en la faltriquera , pero reflexionando el ruido que produjera el disparo y el tumulto que siguiera á la muerte del sargento , prefirió confesárselo todo. Exigió entónces que fuera á hablarle el rey en persona y se le diera á conocer. Consintió este en ello, inclinóse aquel y mandó á sus soldados que dejaran pasar á Estanislao y á su séquito.

Como el mayor no tenia ya necesidad de seguir , despidióle el rey, y subió á la navecita con el general Steinlicht, empezando á bogar ó mejor á remar á través de la inundada campiña , con la esperanza de ganar el Vístula y hallarse al rayar el dia al otro lado del rio , y por consiguiente casi fuera de peligro. Mas , despues de haber navegado un escaso cuarto de legua , habiendo los conductores hallado una cabaña en medio del lago , declararon que , por aquel dia , habian ya hecho bastante camino , que era ya demasiado tarde para intentar el paso del rio , y se hacia preciso permanecer allí el resto de la noche y siguiente dia. En vano les rogó el rey que continuaran , era irrevocable su partido , y fué menester ceder. Bajó , pues , de la navecilla y entró en la cabaña.

A consecuencia de esta primera lucha que acababa de tener con su escolta , dió Estanislao una mirada escudriñadora á los individuos que la componian. Era el gefe un hombre de treinta á treinta y cinco años , el cual aparentaba tener cierta autoridad sobre sus compañeros , de la que usaba en toda ocasion para presentar los mas estravagantes proyectos : era á la vez el tipo de la ignorancia , de la tontería y de la tenacidad. Los otros dos pertenecian á esa clase vagabunda , medio soldadesca y medio gitana , á la que llaman *sznapanes* , de la que darémos una idea mas exacta recordando que de esta voz se ha formado la de *chenapan* (1); conocian perfectamente el país , pero á parte el instinto de los anima-

---

(1) Salteador de caminos , foragido , bandido.

les que consiste en hallar el camino con la vista, oído y olfato, ofrecían el tipo mas completo de la brutalidad.

El cuarto, con quien el rey no habia contado, no pertenecía á esa honrada sociedad. Era un fallido que huyendo del arresto, se habia arreglado para ir á Prusia, con ayuda de las disposiciones tomadas para la retirada del rey.

Todo esto tranquilizaba muy poco al fugitivo, quien entró en la cabaña con el corazon profundamente oprimido, echóse en un banco, que tuvo que partirse con el fallido, su compañero de infortunio, sobre quien apoyaba la cabeza, y aguardó de tal suerte el siguiente dia, en que salió de allí para presenciarse los detalles del bombardeo de Dantzick, distante media legua de aquel punto. Pasó todo el dia con la mayor impaciencia, aunque era tan miserable y aislada aquella cabaña, que nadie pensó en ella.

Llegó por fin la noche y con ella el momento de salir, pero á medida que iban adelantando, presentábase mas penoso el camino; llegaron en medio de un bosque de cañas en el que fué preciso abrirse paso, no solo separándolas, sino aplastándolas con el fondo de la barca, resultando de ello que además de hacerse gran ruido, el cual podia muy bien oírse con el silencio de la noche, se dejaba una huella que facilitaba la persecucion de los fugitivos.

De cuando en cuando era menester bajar de la navicilla por hundirse en la lama, y tirarla á fuerza de brazos en los lugares en que habia mas profundidad de agua.

A eso de las doce de la noche llegaron á la calzada de un rio que creyeron era el Vístula; reuniéronse al momento los conductores y celebraron un consejo del cual escluyeron al rey y al general. Estanislao aprovechó aquella ocasion para rogar á Steinflicht que se encargára del oro que llevaba encima cuyo sacudimiento le estaba molestando; pero el general le observó que algun percance podia separarles uno de otro, y entonces podría

hacerle suma falta ; mas habiendo el rey insistido en lo mismo , consintió en que se partiera la suma, quedándose por consecuencia cien ducados cada uno.

La celebracion del consejo dió por resultado que , ignorando el punto en que se hallaban , el gefe , Steinflícht y el fallido subirian á pié la calzada , mientras que el rey y los dos *sznapanes* costearian la misma por el lago. No tardó, pues, en realizarse lo que Steinflícht habia previsto , pues iba á separarse del rey bien que momentáneamente.

Habíanse engañado en sus cálculos , porque creyendo encontrarse á orillas del Vístula , hallábanse en el norte del Nering.

Sin embargo , á cien pasos de distancia perdiéronse de vista ambas partidas , é informándose el rey á cada paso del general Steinflícht , se le contestaba :

— Tranquilizaos , está allí .

Llegó por fin el dia , y pudieron entónces convencerse de que si no se habian extraviado , poco faltaba para ello ; siendo menester en su consecuencia , buscar sin pérdida de tiempo un refugio donde aguardar la próxima noche. Orientáronse ambos conductores , y calculando que debia haber en aquellas cercanías la cabaña de un aldeano amigo suyo , dirigieron allí , y preguntaron :

— ¿ Teneis moscovitas en casa ? — No tengo ninguno en la actualidad , dijo el aldeano , pero si deseais hablar con alguno , muchos vienen por aquí durante el dia .

A pesar de ello , calculando el rey que valia mas permanecer oculto en la cabaña que quedarse en el lago , dirigióse á ella y los *sznapanes* le condujeron á una guardillita , ofreciéndole un manojo de paja que casualmente habia allí , y le rogaron descansar mientras que el uno se quedaria abajo de centinela y el otro iria en busca del general , por quien Estanislao pedia incesantemente.

Como habia pasado dos noches sin cerrar los ojos trató de

dormir , pero al hallarse con las botas mojadas y llenas de barro, la ausencia del general , el marcado designio de sus conductores de alejarse del itinerario señalado de antemano los peligros que corria en la cabaña , frecuentada segun el aldeano por tantísimo moscovita , y las muchas y funestas ideas que se presentan en la mente de un hombre en semejante situacion , apartaron de él todo sueño. No pudiendo pues dormir , determinó levantarse y asomarse á la ventanita de la guardilla , desde donde vió á un oficial ruso que estaba paseando por la pradera á unos cien pasos de la cabaña y dos soldados que apacentaban sus caballos.

Esos tres hombres separados de su campo, fueron á los ojos de Estanislao otros tantos centinelas que le estaban espiondo, en tanto que aguardaban algun refuerzo que tal vez habian enviado á buscar, cuya idea fué confirmada en la mente de aquel desgraciado príncipe, al ver á unos doce cosacos que atravesando los campos á rienda suelta se dirigian á la cabaña en que él se hallaba ; aquel cambio en un país hasta entónces tan tranquilo, determinó al rey á retirarse de la ventana y echóse en su manojó de paja esperando el desenlace de tales sucesos.

A los cinco minutos ocupaba aquella partida los bajos de la cabaña.

Poco después, oyendo el rey ruido en la escalera que coducia á su guardilla, esperaba ya verse frente á frente con algunos barbudos y amenazadores rostros cuando por el contrario, presentósele la esposa de su huésped, enviada por los *sznapanes* para rogarle se abstuviera de bajar á la sala, idea que no se habia por cierto presentado en la mente del rey.

No tenia otro objeto el viage de los cosacos á la cabaña, en donde permanecieron una hora, que el de almorzar en la misma. Si bien el rey logró librarse de los cosacos, no sucedió otro tanto con la huésped, cuya curiosidad despertó tanto el cuidado con que se escondia, como la mision de que habia sido encargada cerca de

él; queria saber á toda costa quien era el gran personaje que tanto temia á los cosacos, y á quien tenia ella el honor de albergar en su casa. Mucho le costó á Estanislao el huir de semejante prueba, á cuyo objeto improvisó un cuento que aquella mujer creyó, ó aparentó creerlo.

Por la tarde, fastidiado de su reclusion, bajó el rey para hablar con sus conductores, quienes le aseguraron que el general Steinflicht estaba á un cuarto de legua de la cabaña y se proponia reunirse con él por la noche en cierto punto del Vístula, segun habian convenido; que hallarian en el mismo una barca ya preparada; pero que dudaban pudieran pasar tan caudaloso rio con una embarcacion tan pequeña, mientras soplara el viento con tanta violencia.

No podia ya el rey desconfiar del honor de aquellos hombres, que habiendo pasado el dia en medio de los rusos, hubieran muy bien podido venderle, si tal hubiese sido su intento, pero temia su ignorancia. Continuó, pues, por la noche su camino, muy tranquilo tocante al primer punto, pero en extremo inquieto en cuanto al segundo.

El lago terminaba á un cuarto de legua de distancia de la cabaña en que habian pasado el dia, por lo que fué menester abandonar la barca y seguir á pié el camino en terreno fangoso en donde se hundia á cada paso hasta las rodillas alguno de los viageros, teniendo necesidad de la ayuda de los demas para no hundirse hasta las orejas.

Al cabo de cuatro ó cinco horas de marcha, conociendo que se hallaban en la calzada del Vístula, uno de los *sznapanes* rogó al rey que se quedara con su compañero mientras él iria á ver si se hallaba en su lugar el barco; mas regresó un cuarto de hora despues sin haberlo podido hallar y diciendo que los moscovitas se habian sin duda apoderado de él.

Fué entónces preciso volver al lago y buscar un asilo donde

pasar el día, á cuyo objeto, habiendo divisado una casa se encaminaron hácia ella, pero no hubieron tan pronto puesto los piés en su umbral, cuando el dueño exclamó mostrando al rey:

—¡Cielos! ¿quién es ese hombre?

—¡Toma! dijo uno de los *sznapanos*, un compañero nuestro.

—Ese hombre, dijo el aldeano quitándose el gorro é inclinándose, es el rey Estanislao.

No habia que titubear; así es que alargándole la mano, le dijo el rey:

—Si, amigo mio, es el rey Estanislao fugitivo que confiado en vuestro honor, viene á pedir os un asilo en vuestra casa y el medio de alcanzar la otra orilla del Vístula.

Aquella confesion obtuvo el mas feliz éxito, porque orgulloso el aldeano con la confianza que merecia del monarca, trató de hacerse acreedor á ella, prometiéndole al efecto que le haria pasar el rio, y tomando las medidas necesarias para cumplir con su promesa.

En tanto que el honrado aldeano se estaba ocupando en buscar lo necesario á su deseado objeto, divisó Estanislao al gefe de sus conductores de quien estaba separado desde treinta y seis horas; dirigíase corriendo hácia la casa en que él se hallaba, en cuyo umbral le recibió y pidió ante todo noticias del general.

Refirióle entonces el gefe que la víspera mientras él estaba aguardando al rey con el general y el fallido en el punto designado, habiendo visto avanzar hácia ellos una partida de cosacos, debió cada cual emprender la fuga, porque al volver la vista no vió á uno ni á otro, ignorando enteramente lo que de ellos se hizo.

Como cualquier clase de reconvenccion hubiera sido inútil en tales circunstancias, resolvió resignarse y aguardar.

A eso de las cinco de la tarde, vió regresar á su huésped, quien le participó que habia hallado una barca en casa de un pescador en donde se albergaban dos moscovitas, pero que era de

parecer aguardara algunos días antes de intentar su marcha, con motivo del gran número de cosacos esparcidos por aquellos alrededores, unos para apacentar sus caballos y otros para seguir la pista al rey Estanislao, cuya huida empezaba á divulgarse.

Aconsejóse el rey con su escolta y el aldeano, despues de lo cual determinó pasar allí la noche y día siguientes, que para él fueron dos siglos.

Al otro día á las cinco, empezaron las dudas y comprendiendo el rey que era menester llamase en su auxilio un poderoso socorro, mandó subieran una botella de aguardiente, y convidó á los *sznapanes* y al aldeano á beber á su salud; lo cual produjo tan maravilloso efecto, que al acabarse el líquido estaban todos dispuestos á arrostrar por el rey toda clase de peligros.

Aprovechó este tan buenas disposiciones, las que aumentaron aun mas al saberse que los soldados rusos no se hallaban ya en casa del batelero y que habia á la orilla del rio una barca en la que se aguardaba al viagero.

Montaron, pues, á caballo el rey y su huésped, precediéndole este de cincuenta pasos y siguiéndole sus conductores; atravesaron profundos cenegales en donde se abatía á cada paso el caballo del rey ó se hundía hasta el pecho. Resplandecian por todos lados los fuegos de los diversos campos volantes esparcidos por la llanura, pero la claridad de aquellos fuegos, limitada á cierto círculo, reunía la doble ventaja de mostrar al rey los enemigos é indicarle la tenebrosa línea que debía seguir para no ser visto.

Detúvose de repente el huésped del rey y retrocedió para manifestar á este el temor que tenia de que estuviera vigilado el paso que él creía libre; por lo que le rogó se aguardara allí en tanto que iba á cerciorarse de ello. Fuese á todo escape y regresó al cabo de pocos minutos, con la noticia de que estaba efectivamente guardado, y que habian perdido los caballos en los pastos, sin haberles podido encontrar.



**Ponteney.**— El regimiento de Normandía ataca á la primera columna inglesa.





Consternados los viajeros, determinaron retroceder, pero el rey se opuso abiertamente á ello, y el aldeano ofreció entónces una nueva tentativa para hallar otro paso. Sin embargo, el gefe y los dos *sznapanes*, de cuyas cabezas se habian ya desvanecido los humos del aguardiente, no querian consentir en ello y el rey se vió obligado á facultarles para que se quedaran, si así lo estimaban conveniente. Tendiéronse entónces al suelo, y, gimiendo y lamentándose cual mugeres, dijeron que se les queria llevar á una muerte cierta.

Regresó entre tanto el aldeano, habiendo ya hallado un paso libre. Continuó el rey su marcha, y al cabo de media hora encontrábase en la calzada sin que hubiera tenido ningun encuentro desagradable. Desde dicha calzada viendo, ó mejor oyendo un carro moscovita, arrimóse á un lado con su partida, y pasó el vehéculo sin que nada notara su conductor. Dejaron los caballos á unos cien pasos de distancia para andar á pié un cuarto de legua y escondiéronse luego entre las matas, en tanto que el aldeano iba á practicar una nueva exploracion; oyóse al poco rato ruido, y era el de los remos de la barca que se dirigia á la orilla del rio para embarcar á los fugitivos.

Próximo ya á alcanzar la otra ribera, llamó el rey á parte á su huésped y sacando del bolsillo un puñado de aquellos ducados que tanto le incomodaran y de los que, por suerte suya, solo quiso aceptar la mitad el general y le puso en manos del honrado aldeano, quien, meneando la cabeza, empezó por rehusar aquella retribucion, y acabó, en fin, á las repetidas súplicas de Estanislao, por admitir respetuosamente dos ducados por toda recompensa, volviendo á pasar el rio con la misma barca, despues de haber dejado al monarca en la ribera opuesta y besándole rendidamente la falda de su basto frac.

Divisábase á poca distancia una poblacion, á donde llegaron al rayar el dia, y se echaron allí á dormir el gefe y los dos *sznapanes*,

creyendo no tener ya nada que temer, sin que bastara ni un ruego para sacarles de la cama. Viendo entónces el rey que no debía contar mas que en sí mismo, encargó á un campesino buscara un carruaje de cualquier clase que fuera, y no se parara en el precio, pero como cometió la imprudencia de pagar á su mensajero por anticipado, volvió este convertido en difunto de taberna. Sin embargo, bien que embriagado, habia tenido la habilidad de cumplir, aunque no con exactitud su encargo. Condujo á un hombre que convenia en alquilar un carro lleno de mercancías, pero queria que se consignara el precio del ajuste. Ofrecióle entónces comprárselas el rey, cerraron el pacto mediante veinte y cinco ducados y se quedó con un surtido de tela de Sajonia.

Sin embargo, como se hizo la operacion á toda prisa en medio de la calle y á vista de cuantos pasaban, no dejaron de reunirse algunos curiosos; así es que estaba el rey calculando partir sin pérdida de tiempo, cuando uno de los *sznapanes*, sin duda porque vió la facilidad con que se desprendia del dinero, saliendo precipitadamente de la casa en donde habia descansado una ó dos horas, empezó á publicar los servicios que él y sus compañeros habian prestado al fugitivo monarca, exigiéndole allí mismo é instantáneamente la recompensa, recompensa tanto mayor, á su modo de ver, y que debia ser tanto menos regateada por el rey cuanto habian peligrado su libertad y sus dias.

La situacion empezaba á ser ya algo embarazosa para el monarca, pues la multitud parecia dispuesta, como sucede siempre, á interesarse por el demandante, cuando con gran sorpresa de Estanislao salió de dicha casa el gefe, y reprendiendo al *sznapan* por su borrachera; volvióse hácia los espectadores y les dijo:

—No creais una sola palabra de cuanto á dicho ese tunante, es ya costumbre en él, cuando está bebido, el emprenderlas contra sus compañeros, tomándoles por grandes señores y pidiéndoles el precio de favores que está lejos de haberles hecho.

Cogiéndole luego por el brazo, hizole entrar de nuevo en dicha casa, en medio de la algazara de los asistentes.

No pudiendo permanecer allí por mas tiempo, hizo el rey subir al borracho á su carro, envió al embajador al que no lo estaba, y partió confiando la conduccion del caballo y carruage al gefe de los conductores; sin pedir por ningun camino, pues no querian dejar vestigio alguno de su paso, por en caso de que se les persiguiera. Orientóse conjeturalmente el monarca, y como se trataba de pasar el Nogat, probó de alcanzar la punta en que se separa del Vístula, dejando á la izquierda Marienburgo, plaza guardada por los enemigos.

Atravesaron varios lugarejos habitados por sajones ó moscovitas, sin que unos ni otros se opusieran á su paso, y á eso de las ocho llegó á la orilla de un rio. Habia allí cerca un figon y á algunos pasos de este una vieja y agujereada navecilla, lo cual hizo presumir á la escolta del rey que se hallaban á la orilla del Nogat, y esclamaron que la Providencia les habia mandado aquella barca para pasar el rio. Ocupábanse ya en empujarla hácia el agua, cuando preguntando el rey á un aldeano qué rio era aquel, supo se hallaban en la orilla del Vístula, y que estaba á hora y media de distancia del Nogat. A no haberse antes informado, iba Estanislao á trasladarse á la orilla opuesta del rio, de la que tanto le costó salir.

Difícil era recorrer aquel país con el carro, los caballos estaban muertos de fatiga con motivo de la marcha forzada que acababan de hacer; en su consecuencia, determinó el rey entrar en el figon, en donde fingió ser un cortante de Marienburgo que deseaba pasar el Nogat para hacer compras de ganado, y pidió si era fácil proporcionarse allí una barca; á cuya pregunta meneó el huésped la cabeza, pues segun manifestó, se habian los rusos apoderado de todas, con motivo de las partidas polacas que circulaban por el otro lado. Nuevo é inesperado obstáculo que se presentaba en el momento en que tocaban ya á su salvacion.

Pasó entónces la noche en un hórreo, noche de insomnio como todas las que habian trascurrido desde su salida de Dantzick, excepto la que pasó en casa del honrado aldeano que le conoció, durante la cual pudo descansar algun tanto.

Al amanecer subió otra vez al carro y continuó la marcha siguiendo la calzada por pésimos caminos y hallando al cabo de dos horas una poblacioncita, en donde se apeó de su carrnaje, entró en una casa, y del propio modo que la noche anterior, hízose pasar por un cortante de Marienburgo que iba á comprar ganado al otro lado del Nogat.

—No puede ser mas propicia la ocasion, dijo la huésped, pues no teneis necesidad de pasar para ello el rio. Tengo yo aquí ganado para vender, y como no soy exigente, estoy en la conviccion de que nos arreglaremos.—Imposible lo veo, respondió el rey, porque debo hacer las compras con dinero que me deben en el otro lado del rio; cuando le haya cobrado, fácil será que cerremos algun trato, pero lo mas importante para mí en este momento, es cobrar el dinero.—Pero como vais á hacerlo dijo la huesped, sino hay ninguna barca para poder pasar el rio?—¡Bah! hizo Estanislao, algo me dice que hallareis una para mi.—Oíd, dijo la huésped, conozco que sois un hombre honrado y teneis necesidad de pasar el rio. Ireis con mi hijo y vereis á la orilla opuesta un pescador amigo suyo que tiene una amarrada á su casa, y á una simple señal vendrá á buscaros. Idos y condúzcaos Dios á donde podais recobrar la tranquilidad de que careceis.

Le conocería tambien aquella mujer? No lo supo el rey, pero le dió las gracias, y subiendo con su hijo al carro, trasladóse á la orilla del rio, en donde dió el jóven la señal. Salió inmediatamente de su casa el pescador y pasando el rio, admitió en su barca al rey con uno de sus conductores, dejando al otro en el carro, prometiéndole volverle á enviar á su camarada.

Llegado que hubo á la orilla opuesta del rio, levantó el rey las

manos y dirigió la vista hácia el cielo: estaba ya en salvo. Despidió entónces á su *sznapan*, y le entregó una carta para el embajador, por la que le rogaba entregára á los tres individuos la recompensa que se les habia prometido, en atencion á que habia llegado sano y salvo á la otra orilla del Nogat. Avanzó luego hácia un pueblecillo llamado Bialagora, en donde compró otro carruage con dos caballos, y saliendo aquella misma noche con dicho equipage, hizo, libre de todo peligro, su entrada en Marienwerder.

En cuanto á los franceses que permanecieron en Dantzick, túvose en cuenta su valor desde el mismo dia en que se rindió la plaza, porque las cortes de Viena y Rusia enviaron órdenes mandando no se les tratara como prisioneros de guerra, sino como extranjeros libres y ausiliares. Ya fuese por verdadera admiracion por esa espléndida locura, ya que la Czarina y el emperador no quisiesen contrariarse con el gabinete de Versalles, hicieron ambos príncipes una infinidad de galanterías á los oficiales; la primera en particular, envió á cada uno de estos un vestido completo de paño ruso fabricado, bordado y cortado en Rusia; acabando asi aquella espedicion tan fatal al rey Estanislao Leczinski, que sacó lo mas puro de esa noble sangre polaca que desde un siglo parece derramarse en todos los campos de batalla de Europa.

Estanislao Poniatowski le dió el último golpe haciéndose cómplice de Catalina y subiendo á su vez al trono treinta años mas tarde.

El cañon de Dantzick comunicó el fuego á toda Europa.

Las armas francesas acababan de ser insultadas por los rusos é imperiales. No se podia alcanzar á los primeros, atrincherados como estaban en el Volga y el Niemen, pero podia hallarse al Austria en Alemania y en Italia. Dábanos la mano nuestra hermana la España.

Habia ya desaparecido todo rastro de disentimiento entre Felipe V y Luis XV. El nacimiento de dos príncipes habia puesto á la

casa de Orleans fuera de causa y quitado al nieto de Luis XIV toda posibilidad de pensar ya en la reunion de ambos reinos. Por otra parte, España estaba tan interesada como Francia en el desmembramiento de la casa de Austria. No debia ella reolamar en Italia á Nápoles y Parma?

Hé aquí el plan de la determinada campaña.

Un ejército debia atravesar la Lorena, los tres obispados é ir á sitiarse á Filipsburgo, llave de la Alemania. Tomada que fuera esta plaza, se debia penetrar en el interior de la Suabia, é ir á través de la Alemania, á ausiliar á Polonia. Otro ejército habia de traspasar los Alpes con ayuda de nuestros aliados los piemonteses y avanzar hácia Milan; mientras que un cuerpo de tropas españolas se dirigiria á la península por el extremo opuesto y desembarcaria en Nápoles, en tanto que nosotros iríamos del Oeste al Este.

Los generales en jefe de ambos ejércitos, eran, para el de Alemania el duque de Berwick, y para el de Italia, el mariscal de Villars.

El duque de Berwick, Jaime Fits-James, era hijo natural de Jacobo II y de Arabella, hermana del duque de Mal-Bouroug. Nació el 21 de agosto de 1670. Mandósele á Francia á la edad de siete años; fué educado en Quilly-au-Plessis y en la Fleche, se batió por primera vez en Hungría y tomó carta de naturaleza en 1703. Mandósele á España al frente de un ejército en 1704; y fué nombrado mariscal de Francia en 1706, habiéndose batido en España, Flandes y en el Rin. Dejóle la paz en 1719, y la guerra le volvió á encontrar en 1734, cuando ya contaba la edad de sesenta y cuatro años. Era infatigable, intrépido y hemático. Al mariscal de Villars en la época que alcanzamos, le hallamos ya mas que octogenario; pero á pesar de su avanzada edad fué siempre el mismo, sin que el peso de sus ochenta y un años le privara de la exaltacion de su orgullo ni de la ligereza de su carácter.

Eran los generales que habian de servir á las órdenes del duque de Berwick:

Cárlos Luis Augusto Fouquet, conde de Belle-Isle y nieto del célebre superintendente de hacienda, cuya gran fortuna y profunda desgracia relatamos en nuestra historia de Luis XIV. Tambien él esperimentó aquellos caprichos de la suerte familiar á su raza. Nombrado mariscal de Francia en tiempo de la regencia, hizo en España la guerra de sucesion; y envuelto en la desgracia de Leblanc, fué encerrado con él en la Bastilla, cuando el ministerio del duque, de donde salió para ir confinado en sus haciendas. En fin, fué nombrado teniente general en 1732 y ascendido al mando de uno de los cuatro campos de recreo que se formaron aquel mismo año.

Adriano Mauricio de Noailles nació en 1678 y le hemos ya hallado con el nombre de duque de Agen, que llevaba en su juventud. Fué porta-estandarte del regimiento de caballería del mariscal de Noailles, obtuvo el mando de una compañía en 1693, fué segundo comandante de una brigada de caballería en 1695, nombrósele brigadier de los reales ejércitos en 1702, mariscal de campo en 1704, y muy luego despues teniente general.

Claudio Francisco Bidal, caballero de Asfeld fué maestro de campo de un regimiento de dragones, luego brigadier de los reales ejércitos en 1694, mariscal de campo en 1702 y teniente general en 1704.

En fin, Mauricio, conde de Sajonia, jóven de 38 años, héroe de raza bastarda, como Dubois y Berwick; hijo de Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia, quien acababa de fallecer, y de Aurora de Koenismark. A la edad de 12 años, matáronle el caballo que montaba y atravesáronle el sombrero de un balazo en Tournay. En la batalla de Malplaquet, es decir, á los trece años, conservó la serenidad y calma de un hombre experimentado, en medio de la mas horrenda carnicería que puedan mencionar los anales de su siglo. En suma, á los diez y seis años, habiende sido sorprendido en el pueblecillo de Traknilz, hizo tal vigorosa de-



fensa al frente de un puñado de hombres, que los historiadores la compararon con la de Cárlos XII, en Bender.

Desde entónces hallóse siempre en donde la ocasion y el honor le hacian desenvainar su espada; en Sholsund, en Belgrado ó en Mittau. Habiendo estallado la guerra contra el Austria, mandósel e al ejército del Rin con el empleo de mariscal de campo.

Salieron igualmente á campaña cinco príncipes legítimos: el conde de Charolais, el príncipe de Contí, el de Dombes, el conde de Eu y el de Clermont.

Los generales que debian servir á las órdenes de M. de Villars, eran:

El rey Cárlos Manuel, quien nació en Turin el 27 de abril de 1701, y fué reconocido rey de Cerdeña y duque de Saboya despues de la abdicacion de Victor Amadeo II, su padre.

Francisco, duque de Broglie. Nació el dia 11 de enero de 1671, y fué nombrado porta-estandarte del regimiento de coraceros en 1687, capitán en 1690, maestro de campo en 1693, brigadier en 1702, mariscal de campo en 1704, inspector general de caballería en 1707 y teniente general en 1710.

Y Francisco de Franquetot, duque de Coigny, quien nació el 16 de marzo de 1670 y ganó con su espada uno por uno, todos los grados desde el de porta-estandarte hasta el de teniente general.

Los dos generales imperiales eran el príncipe Eugenio, general en gefe del ejército de Alemania y M. de Mercy, que lo era del de Italia.

Ya conocemos al célebre príncipe Eugenio, vencedor de Zenta, Hoschedt, Audenarde, Malplaquet y Peterwaradino, é hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini.

Por lo que toca á Fernando Cárlos de Mercy, nació en 1666, fué voluntario en la defensa de Viena, sitiada por los turcos, luego teniente de un regimiento de coraceros, mayor, feld mayor general, y por último, nombrósele comandante general de Sicilia

en 1719. A pesar de tener ya sesenta y ocho años, era un general propio para sorpresas, marchas y contra marchas y de súbita aparición.

No nos detendremos en seguir en sus detalles esa doble invasión, señalaremos solo los principales hechos, consignando sus resultados.

El norte de la Lorena fué invadido sin resistencia; mandóse guarnecer el ducado de Bar; sitióse á Filipsburgo; una bala de cañon atravesó el pecho del mariscal de Berwick y continuaron el sitio MM. de Asfeld, de Noailles y en particular M. de Belle-Isle, y fué tomada la plaza á vista del príncipe Eugenio, despues de treinta y dos dias de heróica defensa.

Por la parte de mediodía, atravesó el Po el ejército franco-piamontés, maniobrando osadamente sin hallar mas obstáculos que el orgullo y mal humor de Villars, quien estaba en continua oposicion con el atrevido movimiento y firme decision del rey Cárlos Manuel; pero felizmente falleció atacado de calenturas.

Ambos ejércitos franceses perdieron, pues, el principio de la campaña y casi á un mismo tiempo, á sus generales en jefe; á quienes veinte años de paz envejecieron mucho mas que cuarenta años de guerra, y no se hallaban ya en armonía con los elementos guerreros que estaban llamados á hacer mover, los que desaparecian para ser reemplazados por las nuevas tácticas que iban á suceder á las antiguas teorías.

El fallecimiento de Berwick y de Villars fué el advenimiento del caballero de Tollard y del conde de Sajonia.

El mando del ejército de Italia, cayó pues en manos de Broglie y de Coigny, lo propio que el del norte á los de Asfeld y de Noailles.

En suma, retiráronse precipitadamente los imperiales, no pasando hasta Parma, en cuyo único punto halló su general en jefe una posicion conveniente para esperar al enemigo.

No solamente nos aguardaron en Parma los imperiales, sino que pasando de la retirada á la ofensiva, desplegaron con admirable orden, formaron en columna cerrada, nos atacaron y derrotaron los regimientos de Berry y de Auvernia, mientras que un balazo acabó con la vida del conde de Mercy.

Detuviéronse los imperiales al gran clamor que en sus filas produjo esa noticia, y aprovechando M. de Coigny con admirable sagacidad aquel movimiento de turbacion, mandó una carga por regimientos formados en columna cerrada, segun el método del caballero de Tollard, abriendo un inmenso boquete en el centro de las filas enemigas. Los imperiales que nos atacaban, fueron, pues, atacados á su vez, y dispersados y puestos en fuga, dejando ocho mil hombres en el campo de batalla.

Supo Luis XV con diez y nueve dias de intervalo, la toma de Philipsburgo y la batalla de Párenes, y nombró mariscal de Francia á MM. de Asfeld, de Noailles, de Broglie y de Coigny.

Vimos ya cuanto pasaba en Philipsburgo y en Parma, veamos ahora lo que pasó en Nápoles.

Desembarcó el infante Don Carlos el dia 29 de marzo y se le abrieron las puertas sin resistencia, haciendo su entrada en la capital el 10 de mayo, y cesionario de todos los derechos del rey su padre en el reino de las Dos Sicilias, recibió en su propio nombre el homenaje de todas las órdenes del Estado.

El 25 del propio mes, los imperiales, al mando del general Visconti, fueron hostilizados en sus atrincheramientos de Bitonto. El 25 de junio, una escuadra franco-española compuesta de diez y seis galeras, llevó al nuevo rey un refuerzo de diez y ocho batallones y dos mil quinientos caballos, con los que puso Don Carlos sitio en Gaeta, plaza que se rindió en 6 de agosto.

Pasaron entónces el estrecho diez y ocho mil hombres para someter Sicilia á Don Carlos, y los imperiales abandonaron todas las plazas, sosteniéndose únicamente Cápua, Mesina y Siracusa.

Todo el territorio de las Dos Sicilias quedó en el espacio de cinco meses en poder de los españoles, y el emperador perdió el reino de Nápoles por haber querido mezclarse en la proclamación de un rey de Polonia. Obtuvieron al mismo tiempo alguna ventaja los imperiales en una sorpresa nocturna, en que el mariscal de Broglie, de sí perezoso y dormilón, fué obligado á huir mas que de prisa; pero se desquitó el 19 de setiembre en Guastalla, cuya batalla fué casi igual á la de Parma.

A fines de junio de 1735 se unieron los españoles con los franceses y piemonteses, siendo los imperiales espulsados de casi toda la Lombardía y quedando nosotros dueños de todo el alto y el bajo Mantuano. Mántua quedó del emperador.

En Alemania nos hallábamos en las puertas de Maguncia, y aun que el príncipe Eugenio estuviere acampado entre Meidelberg y Brucksall, proporcionábamos forrages en todo el Palatinado. Las ventajas de las dos campañas de 1754 y 55 fueron enteramente nuestras.

Sin embargo, Inglaterra miraba nuestras victorias con su acostumbrada envidia. El conde de Walpole fué interpelado en el parlamento. El hallarse Nápoles y Sicilia en poder de los españoles, y los ejércitos franceses á orillas del Po y del Rin, daban gran cuidado á los *whigs*.

Holanda hacia sus observaciones en voz baja al ministro inglés; porque dueños los franceses de Filipsburgo, dominaban Bélgica, y con solo alargar la mano podían tocar á Holanda, cuyos habitantes no habian por cierto olvidado las guerras de Luis XIV.

Por otra parte, Prusia, aunque guardiana de las libertades germánicas, amenazaba con mezclarse en el juego, si la guerra tomaba un carácter demasiado alemán.

Atacado por tres diferentes lados, sacó Walpole de su faltriquera una convención secreta con el cardenal de Fleury, por

medio de la cual consentia este en dejar decaer su marina y conceder á los ingleses el imperio de los mares y la universalidad del comercio ; freno que Francia se introdujo en la boca y que debia hacerle sentir cuando tratára de engrandecerse.

Las tres potencias interesadas en la paz ofrecian su mediacion , aunque era fácil llegar á un feliz resultado , porque el cardenal de Fleury no era de natural belicoso , y el emperador conocia que al hacer el príncipe Eugenio la guerra contra la opinion por él emitida en el gabinete de Viena , habia perdido la mitad de aquella fuerza que en otro tiempo desplegara. En su consecuencia , anudáronse las negociaciones , y se establecieron las condiciones preliminares el dia 3 de octubre. Hélas aquí :

1.<sup>a</sup> El rey Estanislao abdicará la corona de Polonia , reconociéndosele sin embargo por rey de esta nacion y conservando todos sus honores y títulos. Pondrásele inmediatamente en posesion del ducado de Bar , y tan luego como el gran ducado de Toscana pase á la casa de Lorena , le cederá esta el suyo , y ambos se reunirán á la corona de Francia al fallecimiento de dicho monarca , bajo cuyas condiciones queda el rey Augusto reconocido por rey de Polonia y gran duque de Lituania .

2.<sup>a</sup> El gran ducado de Toscana pertenecerá á la casa de Lorena al fallecimiento de su actual poseedor ; garantizándole las potencias todas su eventual sucesion , y Francia le abonará entretanto las rentas de la Lorena.

3.<sup>a</sup> Nápoles y Sicilia pertenecerán á Don Carlos , de cuyos reinos se le reconocerá por rey.

4.<sup>a</sup> Se devolverán al emperador los demás Estados separados que poseía , se le cederán los ducados de Parma y Plasencia , y se restituirán las conquistas hechas en Alemania por las armas francesas.

5.<sup>a</sup> El rey garantizará al emperador la pragmática sancion de 1713.

6.ª Nombrarânse , en fin , comisionados por una y otra parte , para el arreglo de los límites de la Alsacia y de los Países-Bajos.

En 5 de noviembre de 1735 , publicóse en Alemania la cesación de las hostilidades y en Italia el 15 del propio mes ; dándose á este convenio el nombre de tratado de Viena.

Lo mas notable que en él hallamos , es que la reforma europea que trae , está todavía en vigor en nuestros días , á pesar de los sacudimientos que ha experimentado Europa desde hace un siglo.

Así es que la Francia de la casa de Borbon , no empero la de la república ni de Napoleon , conserva aun la Alsacia conquistada por Luis XIV , y la Lorena que Luis XV le añadió. El Piamonte , al cual debia mas tarde juntarse Génova , aumentó de dos provincias. Nápoles y Sicilia conquistados por la rama segunda de los Borbonés de España , está todavía en manos del rey Fernando , heredero de la propia rama. A pesar de la revolucion democrática de Florencia , el gran duque de Toscana , representante de la casa de Lorena , vuelve á entrar en sus estados. En suma , los ducados de Parma y Plasencia , no se separaron de la casa del emperador , sino por el fallecimiento de la gran duquesa Maria Luisa.

Verdad es que verémos antes de diez años el fin de todas esas potencias peninsulares cuyo principio no hemos visto.

El honor de ambas campañas fué para Francia , y en 1734 , 35 y 36 , dirigiéronse todas las miradas hácia nuestros ejércitos , los cuales concluyeron cuanto importante se hizo.

En el interior , casóse [por aquella época M. de Richelieu con la princesa Elisabet Sofía de Lorena , hija del príncipe de Guisa , y obtuvo á los nueve meses un heredero que tomó el título de duque de Fronsac. El conde de Belle-Isle fué nombrado caballero del Espíritu Santo. Nombró el rey mariscales de Francia al duque de Rivas , al marqués de Puysegur y al príncipe de Tingry. Regresó á París nuestra antigua conocida , la princesa Carlota

Aglaée de Valois, princesa heredera de Módena. El delfín pasó al cuidado de los hombres, á la edad de seis años y medio. El duque du Maine falleció en su quinta de Sceaux á los setenta años de su edad; y la reina, en fin, dió á luz una princesa.

Durante estos tres últimos años, no se representaron en los teatros otras producciones que las de Voltaire y Marivaux. El primero compuso *Alcira* y el *Niño prodigo*, y el segundo *el Legado* y *las Falsas Confidencias*.

## CAPÍTULO VII.

Los años que siguieron al tratado de paz, emplearónles las diferentes potencias interesadas en la ejecución de los artículos referentes á la misma.

Así, el conde de Trawn tomó posesion el 16 de abril en nombre del emperador, de los ducados de Parma y de Plasencia, y el 18 de enero y 31 de marzo hizo lo propio el magistrado M. de La Galaiziere, con los de Bar y de Lorena. El 9 de Julio pareciendo querer apresurarse en entregar su ducado al imperio, falleció el gran duque de Toscana Gaston, á los setenta años de su edad; fué el último de los Médicis, cuya raza reinó por espacio de 237 años. Notificado que fué este fallecimiento, el príncipe de Craon hizo prestar á los senadores juramento de fidelidad al nuevo duque de Lorena. El rey de Cerdeña, y los de España y las Dos Sicilias, accedieron sucesivamente al tratado de Viena en 3 de febrero de 1739 y 21 de abril del propio año. Por último, proclamóse la paz en París el día 1.º de junio. Los restos de la sociedad de Luis XIV iban desapareciendo en tanto que se constituía la de su sucesor Luis XV.

Fallecieron el duque de Berwick, á los 68 años de su edad; el de Maine, á los 66; el cardenal de Biny, á los 81; el conde de Tolosa, á los 64; el mariscal de Estrées, á los 76; el duque de Mazarino,



á los 79; el mariscal de Roquelaure, á los 82; la princesa de Conti, á los 72; y Samuel Bernardo, á los 86.

Quedó solo del antiguo tiempo el cardenal de Fleury, quien á su vez no tardó en fallecer.

Rodeaba al joven monarca, quien tenia entonces la edad de 27 á 28 años, una generacion joven tambien, cuyo primogénito era Richelieu, si bien este no tenia edad; era todo cerca del rey, diplomático, embajador, convidado á su mesa, su compañero de caza y su profesor de amor y de guerra; era él quien daba tono á toda aquella loca juventud que tenia á Marivaux por poeta, por pintor á Watteau y á Crebillon hijo, por novelero.

Venian luego el gallardo La Tremouille, cuya intimidación con el rey fué á tal punto tierna que consumió á Duchauffour; sufrió una caída de caballo en la última guerra, al frente de su escuadrón, y tuvo suficiente serenidad para taparse con ambas manos el rostro á fin de no desfigurarse; el conde de Agen, de la ambiciosa familia de los Noailles que, por medio de Madama de Maintenon tuvo casi una alianza con Luis XIV, como los Mortemart por Madama de Montespan: el marqués de Souvre, educado cerca del rey, íntimo amigo de este, á quien cuidó con el mayor interés durante su enfermedad; el marqués de Gesvres, el de Coigny, el duque de Nivermois y el marqués de Antin; todos aquellos jóvenes señores, en fin, que habiendo asistido al sitio de Filipsburgo y ganado á los imperiales las batallas de Parma y Guastalla, se preparaban, con el sombrero en la mano, sus sobrepuestas y plogadas vueltas y las cintas al hombro, preparábanse, decimos, sin ajar ninguna de esas prendas, para ganar á los ingleses la batalla de Fontenoy.

Ese mundo espiritual, zumbón y desarreglado no halla á propósito para sus banquetes los espaciosos aposentos de Versalles, sus largas galerías y su parque con sus rectas calles de árboles; con los necesarios pequeños aposentos, salones sin etiqueta en donde

puedan andar por los tapices, mirarse en los espejos y entenderse sin necesidad de levantar la voz.

Luis XV compró Choisy á M. de La Valliere, que debia ser á su vez el Marly de ese monarca. Pusieron entónces manos á la obra, Lemoine, Croyseveaux, Pigalle y Boucher, cortando unos la piedra y cubriendo la tela otros.

Toda esa córte jóven, entregada á los placeres, amante de la guerra y mas ávida de amor que de honor, era como podrá comprenderse, enemiga del rancio cardenal. Quisieron probar una tentativa por el estilo de la que abortó en tiempo de Madama de Prie y el duque de Borbon; eran los conspiradores Madama de Mailly, siempre sultana reinante, La Tremouille y Gesvres; tratábase de sustituir M. de Chauvelin al cardenal. Súpolo este por la sociedad del conde de Tolosa, la que le era enteramente adicta. Desgraciadamente para los conspiradores, M. de Chauvelin habia sido ministro de negocios extranjeros durante la última guerra, y ya fuese falso ó verdadero, circuló el rumor que habia recibido de Viena considerables cantidades para que se maltratára á Saboya; pues como recordará el lector, Cárlos Manuel recibió solo dos provincias en recompensa de su activa alianza. Reuniólo todo el cardenal y lo coordinó para formar el acta de acusacion, presentó este al real consejo é hizo decretar la desgracia del indicado M. de Chauvelin.

El dia 20 de febrero mandó á casa de este á M. de Maurepas con la siguiente carta:

«La amistad que he tenido constantemente para con vos, caballero, me ha privado hasta el presente ejecutar lo que el honor, la conciencia, la probidad y el bien del Estado me obligaban á hacer hoy.

«Firmado, el cardenal DE FLEURY.»

En tanto que se le entregaba esta carta estaba aguardándole

abajo M. de Jumilhac, con orden de conducirlo á Gros-Bois.

Libre ya de M. de Chauvelin, procedió el cardenal contra La Tremouille y Gesvres, á quienes quiso el rey apoyar aun que en vano, pues tuvo que ceder á las exigencias de M. de Fleury, permitiendo se confinára á sus dos amigos. El antiguo canciller de Aguesseau, volvió entónces á encargarse del destino de guardasellos; M. Amelot, intendente de hacienda, fué nombrado ministro de negocios estrangeros, y M. de Maurepas, ministro de Estado.

Madama de Mailly fué la única de quien no se vengára el cardenal, mas este, que estaba con la vista fija sobre el rey, comprendia que el monarca iba pronto á encargarse de ello.

En efecto, Luis XV, quien contaba escasamente la edad de treinta años, habia ya acabado con una porcion de los placeres de la vida; era indiferente en la mesa y en el juego; fastidiábase en medio de aquella córte espiritual, elegante, sensual y perfumada; estaba siempre triste, chanceaba sobre el punto de la muerte, y sin embargo la temia; solo una cosa podia reanimarle, despues de haber probado todos los cambios, excepto el de amores, el cual vamos á verle agotar como los demás.

Entre las cuatro hermanas de Madama de Mailly, habia una que estaba ambicionando una singular nombradía, era la de compartir con su hermana los favores del rey, apoderarse del corazon de este, luego de su voluntad y llegar á derribar al primer ministro y á gobernar la nacion. Era aun soltera, llamábase señorita de Nesle, acababa de cumplir veinte y tres años y habitaba en la abadia de Port-Royal. No era ni creia ser hermosa, y sabia al propio tiempo que no podia el rey sufrir á las mugeres feas; pero tenia imaginacion, y arriesgado cuanto atrevido carácter. A fuerza de desear, llegó á creer en la realidad de sus deseos, como lo prueba la siguiente carta que dirigió á una canonesa amiga suya, llamada Madama de Dray:

«Escribiré cartas y mas cartas á mi hermana de Mailly, y como

«es tan buena me llamará á su lado. Haré entónces de modo que el rey me ame, echaré fuera á Fleury, y gobernaré la Francia.»

Salióle todo á pedir de boca. Conmoviéronle á Madama de Mailly aquella carta en que la reclusa sabia tan bien pintar los fastidios del claustro, y determinó llamarla á su lado. Preparó entónces todas sus baterías, y Luis XV que á los 30 años se fastidiaba como lo hiciera á los 70 su antecesor, halló una distraccion en el espíritu de la recién llegada, de modo que cuando Madama de Mailly notó los proyectos de su hermana, era ya tarde para oponerse á ellos.

Resolvió entónces ayudar los amores del rey en vez de combatirlos, y como le amaba tiernamente, prefirió poseerle á medias que perderle por completo. Por otra parte, creía y contaba que esa complacencia seria un secreto, pero no pensaba de igual modo su hermana, quien obró tan acertadamente que el rey participó su felicidad á algunos cortesanos, de lo que resultó que á los tres meses el secreto de Madama de Mailly era ya el de toda la córte. Así es que fué indispensable para salvar cualquier accidente fácil de acontecer, pensar en buscar un marido para la nueva favorita.

Echóse la vista en M. de Vintimille, sobrino del arzobispo de París. M. de Tencin acababa de ser nombrado y no tenia mas derechos al capelo que los que M. de Vintimille estaba próximo á adquirir. Prometióse una dote de doscientas mil libras y el destino de camarista para la futura, y una pension de seis mil y habitación en palacio al marido. Nada se dijo sobre el cardenalato, y no solamente se dejó vencer el arzobispo, sino que bendijo por sí mismo el enlace de su sobrino.

No todo consistia sin embargo en dar á la señorita de Nesle un marido en apariéncia, sino que fue necesario reemplazarle aquella misma noche. Convinóse al efecto que Mademoiselle, princesa de fácil arreglo, prestase su palacio de Madrid á los jóvenes es-

posos, el rey por su parte fué á cenar al palacio de la Muette con la señorita de Clermont y las señoras de Chalais y de Talleyrand. Cuando se calculó ya terminada la cena nupcial, propuso el rey dirigirse á Madrid; subieron al efecto al coche y llegaron á dicho palacio; seguía pues todo á las mil maravillas y parecia deber continuar en las mas completas condiciones nupciales. Jugó el rey hasta media noche, y al tratarse de que se acostáran los recién casados, declaró el monarca querer ser buen príncipe hasta el extremo, acompañádoles hasta su dormitorio y entregando á Vintimille la camisa, lo que era uno de los mas altos honores que el rey pudiera dispensar y una aclaracion de cuanto se habia presumido. Un sugeto regresó al poco tiempo al palacio de la Muette: pero la marisqala de Estrées que salió de Madrid aquella misma noche para dirigirse á Bagatelle, y madama de Ruffée, que hizo otro tanto y se dirigió á París, pretendieron que no fué el rey quien se marchó quedándose en Madrid Vintimille, sino que salió este y permaneció aquel. Como quiera que sea, el día siguiente asistió el rey al afoite de madama de Vintimille y la familia del marido fué presentada al monarca aquella misma tarde por Mademoiselle.

Desde aquel momento disfrutó la familia toda del mayor favor; las otras tres hermanas de Madama de Mailly y la señorita de Nesle, esto es, Madama de Lauraguais, la de la Tournelle y la de Flavacourt, fueron asimismo presentadas al rey. El anciano marqués de Luc aprovechó el favor de su nuera para subir al coche del rey, honor á que por otra parte era acreedor. En fin asistió Vintimille á todas las partidas que se dieron, á todas las cenas y á todos los Choisy, como en otro tiempo, en el reinado de Luis XIV, se asistia en Marty. Madama de Vintimille prosiguió su objeto por conducto de su hermana madama de Mailly, quien la servia por completo, apoderóse del rey en todos sentidos, hízole olvidar su largo cuello, su grueso talle, su ademan tosco; llegó por fin á ser completamente suyo, y conforme lo escribiera á su amiga la

canonesa , la religiosa de Port-Royal quedó ya en estado de poder luchar contra el cardenal , y empezó á gobernar la Francia. Por aquellos tiempos aconteció un lance que puso á cada cual en su lugar.

El bello duque de La Tremouille falleció de las viruelas. Habíase enmendado de los errores propios de la juventud, conducidose dignamente en su desgracia y sacrificándose por Luis XV al rancio cardenal; despidióse del rey diciéndole cara á cara: Señor, no sois ya digno de ser mi amigo. Conservó únicamente el destino de gentilhombre. Era casado y adoraba á su esposa, pero como ni uno ni otro habian tenido las viruelas, prometiéronse separarse momentáneamente en caso de que uno de ellos fuera atacado de dicha enfermedad. Tocóle primero el turno á madama de la Tremouille, mas ignorando la clase de enfermedad que estaba sufriendo, no pudo advertir á su marido, quien, á pesar del aviso del facultativo, quiso continuar asistiéndola. Restablecióse la duquesa, fué atacado á su vez del mismo mal y falleció. Muy sentida fué su muerte por todas las damas parisienses; fué llorado como modelo de esposos y casi canonizado como mártir del cariño conyugal, hasta el punto de haberse tratado de abrir una suscripcion para erigirle un monumento. Dejó una hija y un hijo de 4 años de edad, para quien pidieron los duques de Aumont, de Gesvres y de Mortemart la facultad de suceder á su padre en el destino de gentilhombre. Madama de Mailly y la de Vintimille solicitaron aquella plaza para el duque de Luxemburgo, y el cardenal de Fleury la solicitó para su sobrino. El rancio ministro usó uno de aquellos medios que tan comunes le eran, pues fué á ver al rey y le dijo:

— Señor, todos mis amigos me obligan á dirigirme á V. M. para pedirle ese destino para mi sobrino, pero como está ya tan colmado de bienes, en vez de recomendaros ninguno de los miembros de mi familia, vengo á pedirlos os digneis conceder al jóven La Tremouille el derecho de suceder á su padre en su destino.—

Teneis razon, señor cardenal, contestó el monarca, tambien habia yo pensado en vuestro sobrino, pero reflexioné que semejante favor, creándole demasiados enemigos, le seria mas perjudicial que útil.

Quedó estupefacto el cardenal, pues no esperaba ciertamente semejante contestacion. Comprendió entónces que si iba á empeñarse, tenia en contra ambas favoritas del rey, no dos mugeres á quienes pudiese desunir por medio de los celos, sino dos hermanas que ya que habian sabido sobrepujar tan poderoso obstáculo, tenian un solo é igual interés, esto es, conservar ambos el real amante á cuya posicion esclusiva habian renunciado una y otra.

No pudiendo salir airoso en sus pretensiones para su sobrino, determinó el cardenal insistir en las manifestadas para el niño La Tremouille, hasta el punto de declarar al rey que habiendo empeñado en ello su palabra, se veria obligado á solicitar su renuncia, en caso de que le diera á comprender con tal rehuso, que no le eran ya útiles sus servicios. Añadió además que su avanzada edad le pedia ciertos cuidados y su salud reposo; despues de lo cual se retiró en Issy, segun costumbre, sabiendo como sabia que su principal fuerza consistia en la ausencia. Obróse entónces con mayor comodidad. Madama de Mailly y la de Vintimille continuaron presentando á M. de Luxemburgo; Madama de La Tremouille solicitó eficazmente para su hijo, y no quedó en favor del sobrino del cardenal mas que su ausente tio.

El primer paso que dió Luis XV, fué un movimiento de reaccion contra el cardenal. Tomó la pluma y le escribió que sentiria en extremo exigir de él un trabajo tal vez nocivo á su reposo, añadiendo que si este reclamaba absolutamente que se retirára á la vida privada, le facultaba desde luego para ello. Escrita que fué la carta, metióse la en la faltriquera, contando mandarla á su tiempo.

El enviado de M. de Fleury, como el embajador romano, era

portador de la paz ó la guerra. Madama de Vintimille reflexionó un momento y calculando la debilidad del rey y recordando al propio tiempo que ella contaba solo la edad de 24 años, cuando el cardenal tenia ya 90, convencióse que valia mas temporizar y tomar á la muerte por aliada, puesto que no podia tardar en llegar. Como desde algun tiempo iba el rey alternando, y pasaba entónces las veladas en casa de Madama de Mailly, determinó ir á ver á su hermana.

— Mi cara hermana, le dijo, no nos queda un minuto que perder para reconciliarnos con M. de Fleury; tal vez salgamos ahora airosas, pero tarde ó temprano volverá al poder el cardenal y nos mandará espulsar. Arréglate, pues, de modo que su sobrino sea nombrado mañana por la mañana.

Madama de Mailly no era por desgracia propia para esa clase de intrigas; amaba al rey como amante, como La Valliere amó á Luis XIV, y pedia solo una cosa, y esta era que no mezclándose ella en política, no viniera esta á mezclarse en ella. Así es que á pesar de sus promesas, ninguna cumplió al llegar la noche. Adornó su cabeza con flores y diamantes, de modo que parecia aun mas bella que de costumbre; mas Luis XV vió en aquellos adornos un trabajo de coquetería en provecho del amor y no de la política. Madama de Mailly se dormia sin haber pronunciado una sola palabra en favor del niño La Tremouille ni de M. de Luxemburgo, ni tampoco del sobrino del cardenal, pero el rey no dormia, se sentía agitado y atormentado por las reprensiones de su antiguo profesor; veía caer sobre sí aquel trabajo de correspondencia europea de que nunca se preocupára; adivinaba las ambiciones de los príncipes contra las que iba á ser necesario luchar cuando el rancio ministro no estaria ya allí para decir á la intriga lo que Dios dijo á la mar: No irás mas léjos. Estaba, pues, pura y simplemente apoyado en su cama medio acostado mirando aquella cabeza en que las armoniosas rosas se mezclaban con los polvos y



en medio de lo cual brillaban y temblaban los diamantos cual gotas de rocío. Escapábase la respiracion de la boca de la bella dormilona en regulares y alternados alientos. El rey la despertó.

Lo primero que llamó la atencion de Madama de Mailly y al despertar, fué el melancólico aspecto de Luis XV.

— ¡Dios mio! exclamó, pero.....; pero que tiene, pues, V. M. El rey echó un suspiro.

— Tengo, querida mia, dijo el monarca, que estoy vivamente agitado. — Y ¿porqué señor? — Por lo que está pasando.

Recordó entónces Madama de Mailly la promesa que hiciera á su hermana aquella misma mañana: la insinuacion del rey era muy propicia; así trató de aventurarse.

— ¿Qué está pues pasando, Señor? muy grave será el asunto, dijo Madama de Mailly sonriéndose con su mas encantadora sonrisa. — Pero bien lo sabeis picarilla, dijo el rey, ya que sois una de las tantas personas que me atormentan. — ¡Yo, Señor! exclamó Madama de Mailly. — Sí, vos; en todo caso, continuó el rey suspirando, hénos aquí libres de nuestro censor. — ¿De qué censor? — Del cardenal. — Libre del cardenal, vos, señor, ¡ah! Dios mio! dijo levantándose como horrorizada.

— Sí, Dios santo, está ya escrita la carta. — ¿Qué carta, señor? — La en que le despido. — Si, pero esa carta no se ha mandado, ¿no es verdad, señor? pidió Madama de Mailly. — A fe mia es todo un... ya que.....

— ¿Ya qué? — Ya que está sobre la chimenea. Y al pronunciar esas palabras miraba el rey con ademan casi suplicante á Madama de Mailly; y levantándose luego:

— Señor, dijo esta, todos saben que V. M. es dueño de hacer cuanto le acomode y que cuanto quiere tiene facultad para quererlo, en su consecuencia, no debe V. M. dar á nadie cuenta alguna. Madama de Mailly puso uno de sus piececitos al suelo. — ¿A dónde vais? pidió el rey. — M. de Fleury es un bueno cuanto esce-

lente ministro á quien concede Dios tan largos dias por creerles útiles al rey y á la Francia.—¿No es verdad, querida, que es este vuestro parecer? dijo el rey.—En tanto lo es, contestó Madama de Mailly, que.....

¡Cielos! exclamó el rey, entregais á las llamas la carta que dirigia al cardenal.

—Sí, señor; pero hé ahí una pluma, tintero y papel, y escribidle otra.—¡Cómo! ¿qué quereis que le escriba?—Escribidle que nombrais á su sobrino para el destino de primer gentilhombre.

El rostro del rey centelleó.

—¿Pero qué dirá Madama La Tremouille, que dirán los demás gentilhombres?—Ignoro lo que podrán decir; pero á cuanto digan podreis contestar que mi hermana y yo apoyábamos á M. de Luxemburgo, y que en prueba de que sois dueño de vos, en prueba de que sois rey, nos habeis rechazado como á los demás y pará dar mas peso á vuestras palabras... ¿Y qué? Nos enfurruñarémos.—¿Os enfurruñaréis?—¡Oh! solo durante el dia, entendámonos bien. Hé aquí plumas, tintero y papel; escribid, señor.—¡Oh! exclamó el rey echándose á las plantas de Madama de Mailly, sois encantadora.

En vez de escribir al cardenal, escribió al sobrino anunciándole que acababa de ser nombrado gentilhombre de cámara con un título de censo de cuatrocientas mil libras.

Al recibir aquella esperada carta, voló M. de Fleury á Issy y mostrándola á su tio, rogóle fuera á dar las gracias al rey; mas el cardenal que cada vez que caia alguna gracia en algun miembro de su familia, queria aparentar aceptarla por fuerza, contentóse con responder á su sobrino: Os prohibo decir una sola palabra hasta que me haya visto con el rey y logrado revocar la orden.—Pero... dijo el duque de Fleury, he contestado ya personalmente al rey para mostrarle mi agradecimiento.—Y por qué motivo habeis aceptado el destino? exclamó el cardenal con acento

de desesperacion de que su sobrino quedó engañado.—Sin duda alguna para aceptar, dijo el duque, muy ingrato hubiera sido de rehusar un favor que tantas personas ambicionaron.

—Vamos, dijo el cardenal echando un profundo suspiro, héme aquí comprometido con los señores príncipes; y levantando la vista y las manos al cielo, pidió su coche para volver á París.

Al presentarse al monarca, contóle este cuanto habia acontecido, mas como por débil que fuera no queria aparentar ceder al destierro con que le habia amenazado el cardenal, díjole que habia obrado á instancias de madama de Mailly y la de Vintimille. Pareció quedar sumamente agradecido á ambas hermanas, pero no dejó de creerse profundamente herido con la idea de que disminuia su crédito personal hasta el punto de necesitar el concurso de ambas favoritas del rey para hacer obtener un destino á su sobrino.

Relatemos ahora los hechos sin ninguna clase de comentarios:

Tuvo lugar el citado nombramiento en junio de 1741. El día 8 de agosto del propio año, madama de Vintimille fué atacada de calenturas. Estaba en cinta de ocho meses. Obligado á regresar á París, dejola el rey en Choisy al cuidado de su hermana madama de Mailly y de las damas de su habitual compañía. Existía una costumbre, ó mejor una ley, que privaba á los maridos el acompañar á sus esposas cuando el rey las conducia á Choisy. Estraña era la ley, pero sin embargo estaba vigente. Verdad es que en defecto de M. de Vintimille ya hacian compañía á aquellas señoras M. de Grammon, de Coigny, de Agen y los dos hermanos Meuse, quienes tenian mucha intimidad con Luis XV. Sangróse dos veces á madama de Vintimille, cuya enfermedad pareció redoblar los amores del rey para con ella: la víspera de su parto establecióse en su cuarto y permaneció hasta las dos de madrugada. A las nueve de la mañana dió á luz madama de Vintimille un hermoso y robusto niño, tomóle el rey y le colocó en una almohada de terciopelo carmesí. Despues de haberle mirado y dádole varios be-

sos, hízole bautizar con el nombre de Luis, el que mas tarde cambiaron sus compañeros con el de *medio Luis*.

Estaba el rey tan contento, que quiso comer con madama de Vintimille, convidando al efecto á los duques de Agen, de Villeroy y al de Deux Meuse, su mas íntimo confidente. Por la noche recibió en casa de la propia señora no solamente al arzobispo de París, sino tambien á M. de Vintimille y al padre de este. El segundo aparentaba ir á ver á su esposa é hijo. Tan feliz fué el parto de madama de Vintimille, que una hora despues parecia estar perfectamente restablecida, pero el 9 de setiembre siguiente, sin que nada pudiera hacer presagiar aquel terrible suceso, vióse de repente acometida de tan violentos dolores en las entrañas, que llamó á toda prisa no un médico, sino un confesor. El rey por su parte mandó á buscar á sus dos médicos Silva y Senac; pero ninguno de estos llegó á tiempo, porque falleció en los brazos del confesor sin sacramento alguno, pues á penas tuvo tiempo para absolverla el sacerdote, á quien encargó trasmitiese su última voluntad á madama de Mailly; mas cuando aquel santo varon iba á cumplir con la postrera recomendacion de su penitente, cuando entraba en casa de la hermana de esta, cayó muerto sin tener tiempo de proferir una sola palabra.

Esa noticia afectó tanto á Luis XV que tuvo que guardar cama, prohibiendo á todos la entrada en su cuarto. Hizo la reina pedir permiso para entrar, pero como la órden era tan terminante, fué menester el favor del conde de Noailles para poderla quebrantar. En cuanto á Madama de Mailly, salió de su cuarto llorosa y medio desnuda y se dirigió al lecho de Madama de Estrées.

Al encerrarse el rey en su cuarto, dió órden de que se sacára el retrato de Madama de Vintimille.

Habiendo circulado con bastante consistencia que esta habia sido víctima de un envenenamiento, quiso el rey que se hiciera la autopsia del cadáver; pero nada traspasó del proceso verbal de

ella, solamente, como á pesar de haber apenas trascurrido cuatro horas desde el fallecimiento, estaba ya aquel cuerpo en estado de descomposicion, depositósele en una cochera, en donde permaneció durante tres horas espuesto á la curiosidad de los transeuntes. ¡Singular destino fué la muerte, la autopsia y hasta la espesion del cadáver de aquella muger quien, la víspera cubierta de flores, encages y diamantes, era la envidia de toda la corte.

Estaba el rey anonadado; Madama de Mailly que tan buena era y amaba tanto á su hermana, gritaba con toda su fuerza y la estaba pidiendo al Altísimo; otra hermana acudió á consolarla, era esta la maş jóven de entra ellas, Madama de Lauraguais. Madama de Mailly que creia deber á Madama de Vintimille todo el cariño que el rey le profesaba, temió que aquel fallecimiento le alejaria de su persona, mas no fué así; por el contrario, concentró todas sus afecciones en ella, concedió á Meuse un aposento sobre el suyo, pero con la condicion de que solo dispusiese de la antesala y comedor, mientras que en realidad ella dispondria de lo demás. A los ocho dias, instalábase Madama de Mailly en aquel aposento con Madama de Lauraguais, su hermana, y solo dependia del rey el notar que la desgraciada Madama de Vintimille habia dejado de existir. Mas Luis XV, quien podia algun momento distraerse, no podia borrar en modo alguno de su mente el recuerdo de aquella espantosa catástrofe.

## CAPÍTULO VIII.

o o o o o

El 12 de setiembre de 1742 falleció Madama de Mazarino, abuela de la señorita de Nesle.

De las cinco hermanas, una, Madama de Mailly era la favorita del rey desde 1732; otra, Madama de Vintimille, falleció conforme vimos en el anterior capítulo; y la tercera, Madama de Lauraguais, decía que habia sustituido á la segunda. Quedaba aun Madama de La Tournelle y la de Flavacourt, quienes vivian con su abuela Madama de Mazarino, mas al fallecimiento de esta notificóles M. de Maurepas en su calidad de heredero y hostigado por su esposa, que debian salir sin demora de aquella casa.

Madama de la Tournelle era viuda y el marido de la de Flavacourt estaba en el ejército. Hallándose, pues, sin apoyo, desesperóse la primera al recibir tal notificacion, pero la segunda contestó con gran serenidad:

— Soy jóven, no tengo padre ni madre, mi marido está ausente y mis parientes me abandonan, mas sin duda alguna no me abandonará Dios.

Mandó luego por una silla de manos, colocóse en ella é hizo se trasladar á Versailles. Llegado que hubo al patio de los ministros, mandó hacer alto, que sacáran las varas y despidió á los portadores.

Muchos fueron los que pasaron sin que hicieran el menor caso de aquella silla, algunos estrañaron aquel misterio, sin que se atrevieran á pedir lo que estaba haciendo allí la persona que la ocupaba; pasó por último el duque de Gesvres, abrió la puertecilla y sorprendido de semejante lance, exclamó:

— ¡Cómo! Madama de Flavacourt, porqué aventura os hallais aquí? ¿Bien debeis saber que vuestra abuela acaba de fallecer?

— Y vos, señor duque, contestó Madama de Flavacourt, ignorais tal vez que M. de Maurepas y su esposa acaban de espulsarme, así como á mi hermana, cual aventureras, temiendo sin duda que les seamos á cargo. No sé lo que se ha hecho de dicha mi hermana; en cuanto á mí, héme aquí en manos de la Providencia.

Saludóla el duque sorprendido de tal aventura, y rogóla esperára algunos instantes con paciencia, y volando al cuarto del rey condujo á éste á la ventana y le mostró aquella solitaria silla.

— ¿Y bien, dijo el rey, que me estais môstrando?— ¿El rey vé aquella silla?— Sin duda, la veo. — Pues bien, encierra á Madama de Flavacourt. — ¡Madama de Flavacourt sola en aquella silla! exclamó Luis XV. — Sola, Señor. — ¿Pero quién la colocó allí?— Su ingenioso espíritu. — Explicaos, duque. — Lo haré, Señor: habiendo sido despedida por M. de Maurepas, ha creido deberse poner bajo la proteccion de Dios y..... — Y..... — Y del rey, Señor.

Luis XV echó á reir y dijo:

Id por ella, que se le dé habitacion en palacio y se vaya en busca de su hermana La Tournelle.

No se lo hizo repetir el duque, bajó corriendo y tomando de la mano á Madama de Flavacourt, volvió á subir y la presentó al monarca.

Dióle éste el contiguo aposento de Madama de Mailly en la parte nueva, y le prometió el destino de dama del palacio. Por lo que toca á Madama de La Tournelle, condujósela al aposento de M. de Vaureal, obispo de Rennes.

Madama de La Tournelle y la de Flavacourt eran las mas lindas de entre sus hermanas, lo cual no pasó desapercibido por el monarca á quien tan simpáticas eran las señoritas de Nesle, así es que empezó á agasajar á las nuevas comensalas que le proporcionára la crueldad de M. y Madama de Maurepas, quienes trataron de aproximarse á ellas al ver la atencion de que eran objeto por parte del monarca, pero solo salieron airosos tocante á Madama de Flavacourt, buena y encantadora señora, sin ninguna clase de rencor, quien declaró que en cuanto á ella les perdonaba con todo corazon, si daban algun paso al efecto; pero tocante á la otra hermana les juró y tuvo un ódio mortal.

Hé aquí el estado en que se hallaban dichas señoras en el momento en que el rey echaba en ellas la vista. El marido de la primera, conforme ya dijimos, era militar y por mas que estuviera ausente, amábale entrañablemente su esposa, quien hizo comprender á Luis XV que sus seductoras palabras no le harian faltar á su deber. La segunda era viuda y tenia por amante al conde de Agenois, hijo del duque de Aiguillon, sobrino de M. de Richelieu, á quien se dirigió el enamorado monarca considerándole, en su calidad de tio del jóven conde, el mas á propósito para el logro de sus fines; pero el duque calculó que en vez de tratar de persuadir á éste, era preferible usar de astucia, y le mandó al efecto una dama de la córte, con encargo de seducirle. Entretanto no veía Madama de La Tournelle, quien estaba retirada en Versailles, mas personas que las que el rey le permitia ver, en cuyo número no se contaba al conde de Agenois, como podrá comprenderse. Resistíase sin embargo y confesó al rey sus amores con el conde, de cuya fidelidad estaba ella segura.

Empezó entónces su obra M. de Richelieu. La sirena que mandára á su sobrino, iba cada dia ganando terreno en el corazon del conde, mas la dama fingió ausentarse, prometieron escribirse y lo efectuaron. Las cartas del conde pasaban de la dama á Riche-



lieu, de Richelieu al rey y de este á Madama de La Tournelle, quien se mantenía firme apesar de tantas pruebas, pretendiendo que se imitaba la letra del conde, pero tan tiernas iban siendo aquellas cartas y tan patentes se mostraron las pruebas de infidelidad del jóven, que resolvió Madama de La Tournelle vengarse de su infiel amante. Preséntase solo una venganza en semejantes casos: la pena del talion. Determinó, pues, vengarse de esta suerte y tomó por cómplice al rey; pero con condicion de que apartaría de su lado á su hermana Madama de Mailly, á quien aborrecia en extremo, y por otra parte era demasiado orgullosa para aceptar la reparticion tolerada por Madama de Vintimille y la de Lauraguais. El rey, quien no amaba ya á madama de Mailly, prometióle acceder á cuanto pedia.

Tarea algo embarazosa seria para el rey el tener que notificar tal desgracia á Madama de Mailly, cuando vino esta á sacarle de pena al reprocharle su frialdad para con ella. Luis XV era cruel para con las mugeres que ya no amaba y fué propicia aquella ocasion para manifestarle que aquella frialdad era verdadera, que no sabia él disimular, y que no amándola ya, no le era posible aparentar una pasion que habia desaparecido. A esta respuesta desesperóse Madama de Mailly, prorrumpió en lágrimas y postróse á las plantas del rey; pero el partido estaba ya tomado y tuvo que saber en aquel mismo momento por boca de su real amante que no solamente no la amaba ya, sino que al retirarse debía ceder el puesto á su rival. Rogóle, suplicóle y hasta ofreció representar cerca de Madama de La Tournelle el mismo papel que representó cerca de sus otras hermanas Vintimille y Lauraguais, pero el rey, implacable para con ella, concedióle solo dos dias para que se retirára; despedida tanto mas cruel, cuanto no tenia Madama de Mailly padre ni madre, y estando por otra parte separada de su esposo, no sabia literalmente donde ir al salir de Versailles. Manifestólo al rey, pero esto no fué obstáculo para que dejára de hallarse á la puerta el

coche á la hora anunciada. Afortunadamente la condesa de Tolosa, quien fué siempre su amiga, admiti6la en su casa, mientras que Madama de La Tournelle era invitada para ir á Choisy, donde debia ocupar públicamente el puesto de su hermana.

El viage se efectuó el 12 de noviembre. Subió el rey al coche dándole la mano, con la señorita de La Roche-sur-Yon, Madama de Flavacourt, la de Chevreuse, M. de Villeroy y el príncipe de Soubise.

Sin embargo, llegado que hubo en Choisy, sonrójose Madama de La Tournelle, al considerar que estando como estaba destinada para reemplazar á su hermana, debiera hacerlo tan fácil y públicamente. Así, terminada que fué la cena, y mientras estaba el rey devorándola con sus ardientes miradas, acercóse á Madama de Chevreuse, y le dijo:

— Querida mía, se me ha destinado un cuarto muy grande y me dá miedo; vos cuyo valor es conocido, podriais darme el vuestro y quedaros con el mio.

Pero tuvo gran cuidado esa señora en no aceptar semejante propuesta, pues temiendo alguna real equivocacion, consideró que representaria un mal papel, si llegaba la cosa á saberse.

— Querida amiga, le contestó, en Choisy no estoy en mi casa sino en la del rey, en su consecuencia, nada puedo hacer, como no sea de órden de S. M. Tuvo, pues, que conservar su cuarto, pero como se avergonzaba de aceptar tan rápida sucesion, atrincheróse en él de tal suerte, que no pudo el rey penetrar á pesar de sus nocturnos viages y de rascar con las uñas la puerta de un modo tan quedo como amoroso. Fingida ó positiva, duró la defensa cerca de un mes, pues el dia 10 de diciembre súpose que solo aquella noche se habia abierto la puerta. Al arreglar la cama de Madama de La Tournelle, hallóse en ella la caja de tabaco del rey, que S. M. habia olvidado debajo de la almohada. Esta noticia, la representacion de *Mahomet* y un coche que acababa de inven-

tar M. de Richelieu , fueron objeto de las conversaciones del último mes del año 1742.

Fastidiado de tener que abandonar la corte para ir á gobernar los estados de Languedoc , declaró M. de Richelieu que al menos viajaria durmiendo hasta Lion , en cuyo punto debia precisamente detenerse. Inventó al efecto un coche de seis piés de largo , muy ligero , suspendido con doble muelle y que encerraba una cama completa. El dia 13 de diciembre condújose el vehiculo hasta el patio de Versailles , en donde bajaron todos para verle.

A las nueve de la noche hizo el duque calentar la cama , desnudóse de un modo muy modesto ante las señoras , y despidiéndose de los espectadores , dijo gritando á su cochero: *A Lion* , y á su ayuda de cámara: *Me despertareis al llegar* ; pusóse el gorro de dormir hasta las orejas y se durmió.

En cuanto á Madama de Mailly , sucedióle lo que á La Valliere , trajo al Señor la mas santa ofrenda que pueda hacer á Dios una muger , la de un corazon destrozado por el amor. Habia por aquella época un predicador de gran nombradía que se preparaba para predicar á las nuevas católicas , la cuaresma de 1743 , era este el padre Renaud de l'Oratoire. Fuéle á ver Madama de Mailly suplicándole la dirigiera , pero escusóse de ello so pretesto de sus grandes trabajos. Dirigióse entónces á M. de Vintimille , arzobispo de París , á quien comunicó su designio de renunciar al mundo y hacer una austera penitencia , pero ese buen prelado quien , conforme se verá en la época de su fallecimiento , no tenia principios de religion muy determinados , al propio tiempo que elogió su fervor , representóle que la verdadera piedad escluia toda clase de excesos , y que el silencio y la modestia era lo que mas podia convenir en una muger cuya penitencia era escándalo.

Comprendiendo la santidad de tal consejo , fué retirándose del mundo , poco á poco y sin ruido. Vióse entónces á la muger de

tanto lujo, placeres y voluptuosidad, en extremo modesta en el vestir y rígida en sus costumbres, soportar con piadosa resignacion, no tan solo su desgracia, sino las injurias que esta le atraía.

Esa resignacion conmovió al rey de tal modo, que á pesar de la terminante prohibicion que habia de que le hablaran de dicha señora, concedióle una renta de treinta mil libras, dióle un palacio en la calle de Saint-Tomás-du-Louvre, y mandó que se pagáran todas sus deudas, las que ascendian á 700,000 libras.

Durante este tiempo, aunque en Europa y Francia estuvieran en la mas completa paz y no se vislumbrára motivo alguno de desgracias, iba esta nacion languideciendo: hubiérase dicho que tambien era ella octogenaria en la cuenta de los siglos como lo era su ministro en la de los años. Las provincias del Maine, Angoumois, Haut-Pitou, Perigord, Orleanés y Berry, esto es, las mas ricas de Francia, estaban acometidas de una especie de fiebre lenta que las minaba. Era esta el impuesto que de sus venas sacaban, el oro mas puro, esa sangre de las naciones que, cual sombrío vámpiro, iba el gobierno absorviendo. La misma Normandía, ese escelente país sucumbia á las vejaciones de los arrendadores de rentas públicas. Arruinados los colonos todos, no se hallaba uno do quiera que se buscára. Los grandes propietarios veíanse obligados á hacer cultivar las tierras por sus propios criados.

El primero que dió la voz de alarma en demanda de queja fué M. Turgot, preboste de los mercaderes. M. de Harlay, intendente de Paris, mandó suspender la reparacion gratuita de los caminos. El obispo de Mans acudió á Versalles para manifestar que en su diócesis se morian todos de hambre. En suma, el duque de Orleans trajo al consejo un pedazo de pan de helecho que le proporcionó el conde de Argenson, y poniéndole en la mesa del rey:

— Señor, le dijo, hé aquí con que se alimentan vuestros vasallos.

El obispo de Chartres fué tambien á Versalles donde pronunció al levantarse el rey, palabras en extremo atrevidas, y mientras estaba en la mesa la reina, habiéndole interrogado Luis XV sobre el estado de su diócesis, dijo que reinaban en ella el hambre y la mortandad, que los hombres comian yerbas cual çarneros, y que en pos de la miseria que solo azotaba al pueblo, vendria la peste que alcanzaria á todas las clases de la sociedad. Ofrecióle entónces la reina cien luises para sus pobres, peño el prelado los rehusó diciendo:

— Señora, guardad ese dinero, cuando estén agotados los fondos del rey y los míos, asistiré V. M. á mis pobres diocesanos, en caso de quedarle algo para ellos.

En una de las retiradas del cardenal á Issy, yendo el rey á hacerle una visita, atravesó el arrebald de San Victor, súpolo el pueblo por anticipado, reunióse allí en grandes masas, mas en vez de gritar ¡viva el rey! gritó ¡miseria! hambre! pan!!! Entristeció tanto al monarca aquella demostracion, que en lugar de dirigirse á Issy dirigióse á Choisy, y á su llegada despidió á todos los operarios que estaban trabajando en los objetos de lujo, dando conocimiento al cardenal aquella misma noche de cuanto acabade hacer. En lugar de todas aquellas luces que penetraban en Versalles y alumbraban las cosas con su verdadera luz, llegó M. de la Rochefoucauld, y dijo al rey que no sabia sin duda el estado en que se hallaban sus provincias, y que sus ministros le disfrazaban las cosas, mas Luis XV meneando la cabeza:

— Señor duque, contestó, sé todo eso lo mismo que vos, y tambien que desde un año ha disminuido mi reino de una sesta parte.

Circularon por entónces rumores de guerra europea con motivo del fallecimiento del emperador Cárlos VI, y como causára el

tal rumor cierta inquietud , respondió sencillamente el cardenal :

— Tranquilizaos , la guerra es imposible en atencion á que carecemos de hombres en Francia.

Efectivamente , calculóse que falleció de miseria mas gente en Francia en los años 1739, 40 y 41, que durante todas las guerras de Luis XIV.

Entre tanto llegó á debilitarse á tal punto la salud del cardenal , que se juzgó próxima su muerte , hasta él mismo dejaba ya de hacerse ilusiones, y á pesar de las listas falsas de los centenarios que publicaban los periódicos , sentía llegar su fin. Sin embargo de esta debilidad , arrastrábase aun hácia la autoridad. Los ministros con quienes no podía ya despachar , iban todos los dias á darle cuenta de sus trabajos y recibir sus órdenes ; pero se tenia tanto cuidado en alejar de su presencia cuanto pudiera recordarle la muerte, que cierta mañana habiéndose hallado repentinamente indispuesto M. de Breteuil , ministro de estado en el departamento de la guerra , en el momento en que acababa de despachar con él , no le prestaron los criados del cardenal socorro alguno , por temor de que aquel triste suceso impresionára á su señor , desembarazándose pues del moribundo echándole en su coche, en donde falleció al llegar á París. Por fin, en los dias 27, 28 y 29 de enero se debilitaron de tal modo las fuerzas del cardenal , que comprendió que habia llegado su hora. Durante los mencionados dias , hízole el rey dos visitas ; llevándose el delfin con él en la segunda , y como se tuviera al jóven príncipe algo separado de la cama del enfermo :

— Dejadle que se acerque , dijo , bueno es que se acostumbre á semejante espectáculo.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció , falleciendo el 29 de enero de 1743 , á la edad de ochenta y nueve años. Dedicósele un epígrama que fué su oracion fúnebre.

Francia está enferma desde hace cien años, decian; hánla suce-

sivamente cuidado tres médicos con traje encarnado. Richelieu la sangró, purgóla Mazarino y Fleury la puso en dieta.

Varios fallecimientos importantes parecieron formar séquito en el del cardenal. Falleció el rey de Prusia y le sucedió su hijo Cárlos Federico, á quien su padre queria hacer cortar la cabeza. Luis Enrique de Borbon, sucesor del duque de Orleans, como primer ministro, conforme se recordará, y amante de Madama de Prie, falleció en Chantilly. La reina Ana de Nemburgo, viuda de Cárlos II y princesa de España, falleció en Guadalajara. Juan Bautista Rousseau, murió en Bruselas, en cuya capital estaba retirado treinta años habia. El cardenal de Polignac, á quien vimos figurar en la conspiracion del príncipe de Cellemare, falleció en su hacienda. La reina viuda de España, Luisa Isabel de Orleans, murió en el Luxemburgo. Rollin, autor de la *Historia antigua*, falleció siendo profesor de elocuencia en el colegio Real. En suma, falleció en Viena el emperador Cárlos VI, cuya muerte iba tal vez á volver á poner en cuestion la paz de Europa.

## CAPÍTULO IX.



Fallecido que hubo M. de Fleury , Luis XV á imitacion de su antecesor , declaró que queria reinar por sí mismo. En efecto , el reinado de Luis XV no empieza en realidad sino en el fallecimiento del cardenal Fleury. Empezó por tributar honores casi reales al difunto ministro , hizo celebrar un solemne oficio en Nuestra Señora , y mandó que se erigiera un mausoleo en la iglesia de San Luis del Louvre. El rey de Francia tenia entónces treinta años , su ademan era noble , su rostro regularmente bello , su afabilidad estremada , raramente proferia espresiones duras , su juicio era recto , su tacto seguro ; conoció muy bien á los hombres y las cosas , y repetia alguna que otra vez la espresion de Cárlos V :

« Los literatos me instruyen , los comerciantes me enriquecen y los grandes me despojan. »

Con todo , su naturaleza era apática , no hacia mal alguno , pero permitia que se hiciera , no precisamente porque le faltára inteligencia para comprenderle , sino por carecer de fuerza para reprimirle.

Ningun cambio hubo despues del fallecimiento del cardenal en el personal de los diferentes ramos del ministerio ; M. Amelot permaneci6 en hacienda , MM. Maurepas y Saint-Florentin reci-



bieron por colega á M. de Argenson , nombrado para llenar la vacante que dejó en el departamento de la guerra el fallecimiento del marqués de Breteuil ; Ory conservó el registro de hacienda, y de Aguesseau quedó canciller como antes. Resultaba , pues, que al ponerse el rey , segun decia , al frente de los negocios del Estado , no pesaba sobre él gran obligacion , porque los asuntos seguian la impulsión dada y la máquina gubernamental iba á corta diferencia por sí misma.

El fallecimiento de Carlos VI volvió á poner en cuestion la paz de Europa. En virtud de la pragmática sancion , su hija María Teresa , grande duquesa de Toscana , habia sido reconocida por todos los grandes , por el ejército y por la magistratura , como heredera y soberana de los estados que componian la sucesion de su padre. Digamos algo sobre la situacion de Europa en el momento del fallecimiento de este.

Todo el ministerio del cardenal de Fleury habia sido una larga lucha en beneficio de la paz. La guerra de Italia y Alemania habia obligado momentáneamente la mano del ministro , pero concluyóla tan luego como las circunstancias se lo permitieron , por medio del tratado de Viena en 1738. Desolada por el turco la casa de Austria , preocupábale al cardenal la situacion del emperador , mas el marqués de Villeneuve , su embajador , obligó á la Puerta á que concluyera con el imperio el tratado de 1739. Estando Génova agitada por las facciones , mandó el cardenal tropas á Córcega para reprimir una insurreccion que hubiera podido complicar los asuntos de los genoveses. Las naciones todas , sin exceptuar á España ni Inglaterra , miraban , pues , la Francia cual madre comua manteniendo la paz entre sus hijos , los reyes de Europa. Pero en el número de esas testas coronadas , habia un rey que siempre habia sido hijo desobediente ; hablamos de Federico II , quien acababa de heredar el trono de su padre , y con ese trono veinte millones de escudos y ochenta mil soldados admira-

blemente disciplinados. A este ejército, no por cierto el mas numeroso tal vez , pero sí el mas bello y regular de Europa , seguiale un material completo. Bastaba solo una orden del rey para que ejército y material entráran inmediatamente en campaña. El embajador de Francia cerca del rey de Prusia , escribió sin duda á consecuencia de ello , que no pudiendo ya Federico respirar libremente en su reino , le era indispensable mayor espacio. A espensas de quien podia obtenerlo ? Evidentemente á espensas del Austria.

Bajo ese punto, tenia el rey de Prusia dos aliadas naturales : España y Francia : España habia tomado al Austria el reino de Nápoles en la guerra de 1733 y nunca faltaba en reclamar á derecha é izquierda, cuando la ocasion se presentaba, algunos pedazos de provincias ó de prerogativas honoríficas. Así es que apenas ocupó el trono Maria Teresa, pidióle le cediera la orden del toison de oro. La reina que lo queria todo para España , habia descubierto que, segun el derecho público del Austria , heredando como heredaban de sus padres las princesas, cuanto Cárlos VI legára á Maria Teresa pertenecia á Felipe V, heredero por rama segunda del emperador Cárlos V.

En cuanto á Francia, era el Austria su antigua enemiga; la política de Enrique IV, de Richelieu y de Luis XIV, habia tendido constantemente á debilitarla; hábale quitado poco á poco todos los medios que la hubieran podido hacer un dia potencia marítima, hábala circunscrito en el continente y relegado al fondo de Alemania, y así como en la última guerra le habia España tomado Nápoles, hábíasele Francia apoderado de la Lorena. Quanto era comun á los intereses de España y Francia, no debia serlo naturalmente á los de Inglaterra; nuestra alianza con la Gran Bretaña fué siempre corta y agitada. Nacida para ser á la vez potencia marítima y continental, Francia es sin cesar celada de Inglaterra,

intereses de familia pueden aproximar á sus gobiernos, mas nunca los intereses del pueblo.

Hé aquí, pues, cual era la posicion de todas las naciones cuando Maria Teresa fué proclamada emperatriz de Austria. Tenia entónces 23 años, era de bella figura, magestuoso talle, y conservaba toda la tranquilidad de su carácter por mas que viera á Europa amenazadora y dispuesta á despojarla.

En efecto, preparábase España para llevar la guerra en sus posesiones de Italia. El rey de Cerdeña devoraba con la vista el Milánés. Federico permanecia estendido y fortificado en Silesia. Francia dirigia sus tropas á Flandes y al Rin. M. de Fleury, quien de un principio pretendió que no habia bastantes hombres propios para la guerra, habia sido empujado por M. de Belle-Isle.

El conde de Belle-Isle sostenido constantemente en sus proyectos por el caballero de igual apellido, sugeto casi tan notable como él, improvisó en algunas noches un plan diplomático y militar de la mayor importancia, para cuyo exámen empleó el consejo diez sesiones y apesar de la silenciosa oposicion del cardenal al ver la general tendencia, no solamente se unió al movimiento, sino que quiso dirigirle. El conde de Belle-Isle pedia cien mil hombres. Opuso Fleury algunas dificultades en dicha cifra, porque cien mil hombres en campaña iban á gastarle en un año sus economías de diez.

M. de Belle-Isle presentó entónces al rey una estadística en la que mil quinientos gentileshombres de 17 á 30 años de edad, solicitaban alistarse y sacrificar su patrimonio por la patria. Podíase, pues, mandar un ejército de cincuenta mil hombres á las márgenes del Rin, sin casi mas ayuda que la nobleza. Estaba aun titubeando Fleury cuando declaró el rey que tenia compromisos contraídos con el rey de Prusia y el elector de Baviera; en su

consecuencia, recibió M. de Belle-Isle instrucciones para dirigirse á Berlin y Munich.

Fué perfectamente acogido por el rey Federico y el elector Cárlos Alberto.

El rey de Prusia tenia cincuenta mil hombres en Silesia y el elector de Baviera tenia treinta mil en el Rin y el Danubio. Pedía cuarenta mil franceses, prometía apoderarse de la corona imperial, y emperador que hubiera sido, ceder á la Francia la parte izquierda del Rin. Por lo que toca á Maria Teresa, hubiera permanecido reina de Hungría.

Recibió el elector Cárlos Alberto los cuarenta mil hombres y fué nombrado generalísimo de los ejércitos francés, hávaro y sajón.

Concentróse en Vefalia un segundo ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes del mariscal de Maillebois, para contener á los hanoverianos, el territorio de Brunswick y vigilar los estados de Holanda y países bajos austríacos. A consecuencia de esto, escribió lo siguiente Maria Teresa, á su madre política, la duquesa de Lorena, el 18 de mayo de 1741:

«Ignoro hoy dia si me quedará una poblacion donde poder parir.

Rodeada de tales peligros, hizo un llamamiento á sus fieles húngaros. Presentóse á la dieta llevando á su hijo en brazos, en donde contestaron los palatinos:

«*Mariamur pro nostro rege Maria-Theresa!*»

En cambio de ese grito de entusiasmo, prestó Maria Teresa el antiguo juramento del rey Andrés II, que se remontaba al año de 1222. Hé aquí el testo de dicho juramento:

«Si yo ó algunos de mis sucesores, sea en el tiempo que fuera, quisiéramos infringir vuestros privilegios, séaos permitido, tanto á vosotros como á vuestros descendientes, en virtud de la prome-

sa que acabais de hacerme, el defenderos sin que os trate de rebeldes.»

Mucho logró esa emperatriz con pedir socorro á sus pueblos con su hijo en brazos; pues que la escena de la dieta de Hungría resonó en toda Europa. La jóven cuanto bella emperatriz de Rusia, declaróse en favor de otra emperatriz tambien jóven y bella. Walpole, aliado del cardenal de Fleury acababa de caer en Inglaterra, y le sucedió nuestro enemigo Carteret, la duquesa de Marlborough se proclamó admiradora de Maria Teresa y se puso al frente de una suscripcion que produjo ocho mil libras esterlinas, y los estados generales de Holanda ofreciéronle un empréstito de tres millones de ducados. Abrióse, pues, la campaña con todos los elementos de una guerra general. Toda la nobleza de Francia estaba sirviendo. El mariscal de Broglie, comandante del ejército de Bohemia, tenia á sus órdenes á Mauricio de Sajon, de Aubigné, de Boufflers, de Tessé, de Clermont, duque de Biron y á Chevert, quien era solo comandante del regimiento de Beaune y á quien debia proporcionar esa campaña el empleo de mariscal de campo y el cordon rojo.

El dia 25 de noviembre de 1741, ganóse Praga por asalto. Lanzóse Chevert sobre la muralla al frente de sus granaderos, llamando antes á su sargento y diciéndole, al mostrarle el ángulo de un baluarte:

—Subirás por allí. —Sí, mi coronel. —Al acercarte á la muralla te llamarán: ¡quién vive! —Sí, mi coronel. —No contestes; y volverán á llamarte: ¡quién vive! —Sí, mi coronel. —No contestes tampoco, y te llamarán por tercera vez: ¡quién vive. —Sí, mi coronel. —Tampoco contestarás, como las otras veces, y te tirarán un tiro. —Sí, mi coronel. —No te tocará la bala. —Sí, mi coronel. —Matarás al centinela. —Sí, mi coronel. —Y luego yo entónces para socorrerte. —Sí, mi coronel.

Marchó el sargento, y todo pasó conforme habia dicho Che-

vert, quien fiel á su promesa, llegó perfectamente á tiempo.

Tomado que fué Praga, quedó el centro de las operaciones. Federico en Moravia, y Carlos Albert, elegido emperador por la dieta de Francfort, fué proclamado en Bohemia. Llegóse á Viena y las fuerzas apostadas de nuestro ejército traspasaron Lintz y se dirigieron hácia la abadía de Melk. Tomó de repente la ofensiva Maria Teresa, y supóse que por conducto de Inglaterra se habia firmado el tratado de Breslaw entre la emperatriz y el rey de Prusia. Tras esa firma, por medio de la cual reconocia Federico á Maria Teresa, en cambio de la Silesia, vióse despues tratar la coalicion de los pueblos del norte contra la Francia: Inglaterra, Dinamarca, Prusia, Rusia y Austria.

Prusianos y sajones faltaron á la vez á su palabra, y sesenta mil hombres abandonaron á un tiempo la línea de operaciones y de un dia á otro viéronse los bávaros rodeados por los austríacos, quienes no tenian necesidad de hacer frente á un enemigo que acababa de ser su aliado. Passaw y Munich, en poder de los imperiales, cortaron la retirada; mas el conde de Belle-Isle acababa de llegar á Praga, creado mariscal por el rey. El génio de la guerra era para aquel hombre de recursos lo que el de la hacienda para su abuelo. Abandonado de los sajones y prusianos, dirigióse á Praga, en donde concentró todas las tropas que pudo reunir. Abrióse paso y se puso en retirada hácia el ejército del mariscal de Maillebois, que estaba en Vefalia.

Operóse la concentracion sin grandes pérdidas, el ejército francés maniobró con admirable precision; habia allí treinta mil hombres reunidos. Dirigiéronse á Praga sesenta mil austríacos, mas no hubieron tan pronto llegado en frente de la poblacion, cuando sin darles tiempo para descansar aquella noche, salieron doce mil franceses, dispersáronles á todos é hicieron dos mil prisioneros. Verdad es que en aquella refriega pereció M. de Tessé, y M. de Biron resultó herido. Pero llegaron á París correos que auunciaban

la derrota de Federico, y los ejércitos del Rin y de Vefalia debian ir á socorrer á los treinta mil franceses encerrados en Praga. Propuso entretanto el consejo que se abrieran negociaciones: reconocer á Maria Teresa emperatriz y que quedáran libres los franceses encerrados en Praga; pero el rey hizo observar el fatal efecto que podria producir la capitulacion de dicha plaza.

El registrador general Orry declaró que tenia ochenta millones á disposicion del rey para el servicio del estado y bien de la patria.

No debia negociarse y Maillebois habia de recibir órden de dirigirse al Danubio á marchas forzadas y tender la mano á la guarnicion de Praga. Franceses y austriacos sitiados y sitiadores, supieron á la vez la marcha de M. de Maillebois. Despues de cincuenta y seis dias de atrincheramiento, levantó el sitio el príncipe Cárlos y se alejó nocturnamente para atacar á M. de Maillebois. El mariscal de Broglie abandonó al momento con su ejército el atrincherado campo; guióle Mauricio de Sajon, quien conocia la Bohemia palmo por palmo; empezóse por libertar á la guarnicion de Egra, por medio de la que se hallaron en comunicacion con el mariscal de Maillebois. El de Broglie mandó al momento la evacuacion de Praga, en cuya plaza quedó Chevert con cuatro mil hombres.

Al cabo de doce dias de admirables marchas, los mariscales de Belle-Isle y de Broglie, reuniéronse con el de Maillebois.

Permaneció en Praga Chevert con sus cuatro mil hombres, para cuya plaza debia obtener una capitulacion con todos los honores de la guerra.

España por su parte habia invadido á Italia, reclamando Parma y el Milanés, pero en esa reclamacion no podia contar con la alianza del Piamonte; porque esas posesiones fueron siempre objeto de la eterna ambicion de la casa de Saboya, por cuyo motivo escuchaba esta las palabras del Austria su antigua enemiga. Los españoles operaban pues solos en Italia, ayudados de los napolitanos, cuando vió Nápoles aparecer en su golfo una escuadra

compuesta de seis buques de línea de sesenta cañones y seis fragatas , todo con pabellon inglés.

Dicha flota iba al mando del comodoro Martyn. No sabia el papel que debia desempeñar en el mar tirreniense; pues llevaba cerrados sus despachos con órden de no abrirles hasta llegar al golfo de Nápoles. Abrióles al llegar á su destino , y vió que contenian la órden de bombardear la ciudad en caso de que en el término de una hora no se obligára el rey á retirar sus tropas de la baja Italia y conservar la mas estricta neutralidad.

Las tropas de Felipe V, debian, pues, hallarse solas é aisladas ante las austríacas , dispuestas á penetrar en Italia.

Así es que en menos de tres meses , no solamente volvió á levantarse la casi abatida Austria , sino que reunió á sí todas las naciones de Europa mas hostiles á la Francia , debiendo el cañon dejar oír su estrépito desde Nápoles á 'Straßburgo , y desde el Océano al Mediterráneo.





## CAPÍTULO X.

—338—

Una doble intriga empujaba al rey á ponerse al frente de su ejército: M. de Maurepas, cuya intencion era separarle de su favorita, y M. de Richelieu, quien queria combatir á la vista del monarca.

En cuanto á Madama de Chateauroux, confiando en la promesa del duque que, de uno ú otro modo, obtendria hallarse con el rey en el ejército, impeliále tambien para que tomára parte en la guerra.

Acababan de organizarse cuatro ejércitos, uno en Provenza, dos en Flandes y otro en el Rin. El primero era mandado por el príncipe de Conti, el segundo por el mariscal de Noailles, el tercero por el de Sajon y el cuarto por el de Coigni.

Nuestra flota, al mando del almirante Court, acababa de batir á la flota inglesa el dia 22 de febrero de 1744, en frente de Tolon. Hermoso principio de campaña, tanto mas, cuanto no contábamos sino con veinte y siete buques, mientras que los ingleses tenian cuarenta.

El dia 2 de mayo cenó el rey con la reina, sin que se hubiera tratado en modo alguno del viage. Entró despues Luis al cuarto de su esposa y habló con ella sobre distintas cosas, y al salir dió las órdenes para la hora de acostarse. Entró efectivamente en su

cuarto , aparentando ir á descansar , pero solo mudó de trage , abrazó al Delfin , escribió á la delfina , dejó cuatro líneas para la reina , en las cuales le decia que los grandes gastos que motivaria su viage le precisaban á dejarla en París ; mandó luego á Plascencia (casa de campo de Paris-Duvernoy) á Madama de Chateauroux y á la de Lauraguais ; llevóse á su confesor , el padre Perusseau , dirigióse á la capilla de la tribuna para hacer sus peticiones , y subió despues al coche con el primer caballerizo , el duque de Agen y Meuse. Siguiéronle en otro coche el obispo de Soisson y el marqués de Verneuil. Por su parte , salió para la provincia M. de Maurepas al objeto de visitar nuestros puertos ; el cardenal de Tencin se dirigió á Lion , y Orry , Saint-Florentin y el canciller permanecieron en París para los negocios del Estado.

Partió el rey el dia 3 de mayo de 1744 , no sin causar esa marcha cierta inquietud á Madama de Chateauroux , á pesar de estar segura que no tardaria en reunirse con él.

Habia oido pronunciar dos ó tres veces un nombre que , semejante á un resentimiento , entristecia ya desde algun tiempo sus jóvenes amores. Ese nombre era el de Madama de Etioles , quien mas tarde debia representar tan importante papel bajo el título de marquesa de Pompadour.

Circulaba el rumor de que esta señora estaba enamorada del rey. Habíase presentado dos ó tres veces en la selva de Senart , y asistido á las cacerías , pero con tan brillante y ligero equipage y con tan caprichosos y graciosos trages , que en las llamadas pequeñas cenas , no se trató ya durante aquellos dias sino de aquella joven cuanto encantadora muger.

La duquesa de Chevreuse habiendo un dia cometido la imprudencia de pronunciar el nombre de la joven Etioles ante el rey , vióse de tal modo aplastado el pié por Madama de Chateauroux ,

que cayó desmayada, y tuvo que guardar cama. Al siguiente día fuéla á ver esta última y la dijo :

— No sabéis pues señora, que se trata de proporcionar al rey Madama de Etioles, y que no se presenta otro obstáculo que los medios de que carecen sus amigos y mis enemigos.

Ese rumor no era extraño á la insistencia en que tomára Luis XV el mando de su ejército.

El día 12 llegó el rey á Lila; el 15 revistó el campo de Giro-my, y el 17 empezó el sitio de Menin, en donde entró vencedor el día 7 de junio. El 8 salieron del palacio de Plasencia Madama de Chateauroux y la de Lauraguais con direccion á Lila, y el 17 fué el rey á sitiar á Ipres.

Entretanto alcanzaron el ejército Madama de Chateauroux y su hermana, en el que su presencia produjo malísimo efecto. A consecuencia de ello, vióse el rey precisado á mandarlas á Dunkerque despues de la toma de Ipres. En ese punto, en donde se halló con ambas hermanas, habiendo sabido Luis XV que el príncipe Cárlos había atravesado el Rin el día 13 de julio, determinó acudir personalmente en auxilio de la Alsacia, á donde le siguieron Madama de Chateauroux y la de Lauraguais; y durante todo el camino, el conde de Suze, gran aposentador, cuidó de proporcionar en los alojamientos una comunicacion entre el del rey y el de la duquesa.

Debia el rey descansar en Metz, en donde, lo propio que en las demás poblaciones del tránsito, cuidaron de su alojamiento y de las comunicaciones necesarias para ambos amantes. Preparóse el de la favorita en la abadía de Saint-Arnoult, cuyo abate, el obispo de Marsella, quien lo había alquilado al primer presidente, le cedió á dicha señora; pero como estaba demasiado separado del rey, estableciéronse galerías que comunicaban con el de este. Sirviéronse para ello del pretesto que S. M. deseaba ir á la iglesia por medio de un camino cubierto, pero no pudo el pueblo admi-

tirlo, pues la accion de cerrar cuatro calles y privar á los habitantes de su circulacion por las mismas á causa de la galería que se acababa de establecer, parecióles un ejemplo en extremo escandaloso, dado por el rey á sus amados y fieles vasallos de la provincia.

Desde su llegada á Metz sentíase Luis XV algo indispuesto á consecuencia de las muchas fatigas que tuvo que soportar desde su salida de París. El dia 8. cogióle gran dolor de cabeza, túvosele que sangrar aquel mismo dia y purgársele el dia 9., pero desde aquel momento, juzgándole de gravedad, declaró Cassara, medico de Metz, que no respondia del rey á menos de que se cuidara la enfermedad cual se debia, y observó que el enfermo disfrutaba de muy poca tranquilidad.

Desde aquel momento cerráronse las puertas todas, de orden del duque de Richelieu, y no sirvieron ya al monarca sino sus mas fieles servidores; el mismo duque de Richelieu, Madama de Chateauroux y su hermana la de Lauraguais.

Formáronse entónces tres partidos en torno del rey: el de los ministros, el de los príncipes, y el del favorito y favoritas.

El partido de los ministros, de comunes intereses con el de los príncipes, tenia por gefe á M. de Maurepas. El de los príncipes componíase de M. de Chartres, M. de Bouillon, MM. de La Rochefoucault y de Villeroy, M. de Fitz-James, obispo de Soissons, primer limosnero, y del padre Perusseau, jesuita y confesor del rey. Formaban el tercer partido, ambas favoritas, el duque de Richelieu, Meuse, los ayudantes de campo y la servidumbre.

El partido de los príncipes junto con M. de Maurepas, estaba decidido á penetrar á cualquier precio, hasta el cuarto del rey y aprovechar la enfermedad y debilidad que por precision debia esta causar en su espíritu, para hacer alejar á Madama de Chateauroux y la de Lauraguais. Estas por su parte y el duque de Richelieu, estaban resueltos á mantenerse firmes en el cuarto de

Luis XV, cual guarnicion sitiada en una fortaleza que se sostiene hasta el último momento.

\* Para poder comprender debidamente la fuerza del duque de Richelieu, conviene no ignorar que era primer gentilhombre de cámara, cuyo privilegio era ser dueño absoluto del cuarto del rey, y rehusar ó nó á él su entrada, segun su voluntad, privilegio que habia usado desde el principio de la enfermedad del monarca.

Presentóse á la puerta el conde de Clermont el dia 12 de agosto, y como segun costumbre persistiera el duque de Richelieu en oponerse á su entrada, abrió de un puñetazo ambas batientes. Insistió el duque y quiso oponerse á su paso, mas separándole con la mano:

—Desde cuando, dijo, cree un criado tener facultad para privar que un príncipe real, vaya á ver al rey de Francia?

Luego, aproximándose al lecho de Luis XV:

—Señor, le dijo, no puedo creer en modo alguno que V. M. tenga intencion de privar á los príncipes de vuestra familia de la satisfaccion de adquirir por sí mismos noticias de vuestra salud; no queremos os sea importuna nuestra presencia, pero sí deseamos, con motivo de nuestro amor para con vos, tener libertad para entrar algunos momentos; y para probaros, Señor, que nuestro objeto no es otro que el que acabo de manifestaros, me retiro.

Preparábase en efecto para salir, cuando el rey estendiendo hácia él la mano, le dijo:

—Nó, Clermont, quédate.

Esta primera victoria proporcionóte el aconsejar al rey que oyera misa, y habiendo contestado el monarca que lo haria con sumo placer, introdujose allí al obispo de Soissons.

Madama de Chateauroux y el duque de Richelieu veían fortificarse paso á paso el enemigo en su plaza desde el gabinete en

que se habian retirado. Acercóse entónces el obispo al lecho del rey y aventuró esta terrible palabra: Confesion.

—¡Oh! dijo Luis XV, por ahora no hay necesidad.

Y habiendo insistido en ello M. de Soissons, —Nó, dijo el monarca, tengo demasiado dolor de cabeza y demasiadas cosas que buscar y decir para confesarme en este momento. —Pero, dijo el obispo, insistiendo en su propósito, V. M. podria empezar hoy y acabar mañana.

Meneó el rey la cabeza, y conociendo el obispo que ya habia obtenido aquel dia cuanto pudiera desear del augusto enfermo, determinó retirarse. Entró Madama de Chateauroux detrás del obispo y del conde, y para combatir la influencia que acababan de tomar los príncipes, empezó cerca del rey sus acostumbradas caricias, mas este la desechó poco á poco diciendo:

—No, princesa (1), creo que obramos mal; basta ya, basta.

—Tal vez sea necesario separarnos, añadió. —Muy bien, contestó picada Madama de Chateauroux; y se retiró.

El dia siguiente La Peyronie, á quien se habia mandado á buscar en París, fué á ver al duque de Bouillon y le manifestó que no teniendo el rey mas que dos dias de vida, era menester que se confesára y que en su calidad de camarero mayor era su deber el anunciar al monarca que la ora de esta confesion habia llegado ya, mas el duque comprendiendo la parte poco agradable de semejante encargo, mandó al rey á M. de Champcenez, mandándole le trasmitiese las espresiones del facultativo. Obedeció Champcenez y aproximándose á la cama de Luis XV, participóle la urgencia de la situacion.

—No deseo otra cosa, dijo el rey, pero La Peyronie se engaña, no urge tanto el caso por ahora.

Mas cual si hubiese recibido aviso del cielo, á penas hubo

---

(1) Palabra amistosa que daba el rey á dicha señora.

pronunciado esas palabras, cuando cayó sin fuerzas gritando con voz apagada:

— El padre Perusseau, pronto, el padre Perusseau, y quedó desmayado.

El padre Perusseau, quien estaba ya preparado, acudió al momento, y poco despues que el rey volviera á abrir los ojos, llamó aquel al duque de Bouillon.

— Bouillon, le dijo entónces el rey, vuelve á encargarte de tu servicio, ya no hallarás obstáculo alguno por parte de nadie, pues he sacrificado ya favorito y favoritas á la religion y á cuanto pide el Evangelio.

Cerróse luego la puerta para dejar al monarca solo con su confesor. Era completo el triunfo de M. de Soissons. No perdió momento, voló recto al gabinete en que se hallaban Madama de Chateauroux y su hermana, y con vista chispeante y animado rostro:

— Señoras, les dijo, el rey manda que salgais en este mismo instante de aquí.

Y luego, volviéndose hácia los que le acompañaban, dijo:

Destruyase en el acto la galeria que conduce del aposento del rey á la abadía de Saint-Arnoult, á fin de que sepa el pueblo que acaba de espiarse un grande escándolo.

Consternadas ambas señoras, doblaron la cerviz bajo la anatema.

Adelantándose hácia ellas M. de Richelieu, les dijo ante el prelado:

— Señoras, si teneis valor para permanecer aquí y despreciar unas órdenes arrancadas en un momento de flaqueza, me encargo yo de todo, oferta que exaltó al obispo en sumo grado.

— Está bien, exclamó; ya que esto acontece, ciérrense los santos tabernáculos, á fin de que sea mas escandalosa la desgracia y mas completa la reparacion al Señor.

Juntaron entónces las manos ambas mujeres, bajáron la cabeza y salieron avergonzadas, con la vista al suelo sin atreverse á mirar á nadie; mas no bastando esto al furioso prelado, volvió á entrar al cuarto del rey y le dijo:

Señor, las leyes de la iglesia y nuestros cánones nos prohiben llevar el viático cuando la concubina se halla aun en la poblacion. Ruego, pues, á V. M. dé nuevas órdenes para que salgan, porque no hay tiempo que perder: V. M. está muy próximo á fallecer.

Temblaba el rey á la idea de la muerte y la condenacion, y á los gritos y amenazas de M. de Soissons, concedió cuanto de él se exigió. En su consecuencia, fueron ambas favoritas no solo conducidas fuera de la casa sino espulsadas por medio de la grita del populacho. Corrieron á las cocheras del rey y no hallaron un solo empleado que quisiera proporcionarles un vehículo con que poder atravesar la poblacion. Renegábanlas todos á cual mejor. Uno solo, M. de Belle-Isle, les ofreció su brazo é hizo darles un coche; sabia lo que era la desgracia y cuan bien recibida es una mano amiga en tan apurado lance. Madama de Bellefonds, la de Roure y la de Rubembré, fueron las únicas que acompañaron á las fugitivas, quienes atravesaron la ciudad en medio de las injurias y maldiciones del populacho y fueron conducidas á una casa de campo distante algunas leguas de Metz, la que pudo obtenerse á duras penas, porque cada propietario las rechazaba á su vez cual apestadas. Fuera ya de la poblacion las favoritas, destruidas las galerias y habiendo el escándalo de la reparacion escedido al de la falta, permitió M. de Soissons que se vialicéara al rey, y el real moribundo recibió la sagrada forma diciendo:

— Señor, hice mi primera comunión veinte y dos años ha, y deseo hacer una buena y que sea la última.

Y administrado que se le bubo el viático, murmuró:

— Un rey que vá á comparecer ante el Altísimo, tiene que rendirle cuentas. ¡Oh! cuán indigno fui de la dignidad real.



Pero, no siendo aun completo el triunfo de M. de Soissons, trató este de completarlo: Madama de Chateauroux estaba encar- gada de la superintendencia de la Delfina, y se la hizo quitar; re- sidian ambas proscritas á tres leguas de distancia de la córte, y el prelado exigió que se alejáran á cincuenta; en fin, habiendo sido secreta la confesion del monarca, pidió el obispo una pública con- fesion.

—Quieren matar á nuestro soberano, murmuraba la servidum- bre. Y Lebel dijo en alta voz: Por qué motivo no le pide M. de Fitz-James en el acto su reinado?

Pero esas demostraciones no lograron mas que enfurecer al prelado en el acto de aplicar los Santos Oleos, y como cada cual se encerrára en un religioso silencio, dijo:

—Señores príncipes de la sangre, y vosotros grandes del reino, el rey nos encarga á monseñor el obispo de Metz y á mí, que os digamos en alta voz, que experimenta un sincero arre- pentimiento del escándalo que ha causado en el reino, viviendo con Madama de Chateauroux; pide por ello perdon al Todopode- roso, y habiendo sabido que dicha mujer se halla solo á tres leguas de distancia de la córte, le manda alejarse de ella á cin- cuenta, quitándole al propio tiempo su destino en casa de la Del- fina.

—Y TAMBIEN Á SU HERMANA, añadió el rey levantando con es- fuerzo de la almohada su cabeza.

Todo estaba, pues, perdido por el partido del duque de Riche- lieu y las favoritas, triunfaba el de los príncipes; los prelados ha- bían alcanzado la victoria y usaban de ella con aquella purifica- cion y persistencia de crueldades muy particular á las persecucio- nes eclesiásticas. Sin embargo, el rey iba empeorando por mo- mentos. La retirada de los ministros y cortesanos, síntomas físicos, anunciaba su próximo fin. El dia 15 á las seis de la mañana, llamóse á los príncipes para que asistieran á las preces de los ago-

nizantes , desde esta hora á las doce del dia entró el rey en una especie de agonía; de Argenson mandó empaquetar los papeles, el duque de Chartres hizo preparar su silla de posta para ir al ejército del Rin, retiráronse los médicos, y el rey, entre la vida y la muerte , quedó abandonado á los empíricos, uno de los cuales cuyo nombre se ignora, haciéndole tragar una gran dosis de emético, le facilitó una evacuacion espantosa y con ella una sensible mejora.

El rey habia pedido infinitas veces al doctor Dumoulin á cuyo objeto se habian espedido correos y mas correos, llegó al fin, pero cuando se habia presentado la mejora, la cual hizo constar y anunció al augusto enfermo, quien se resistia á creerlo, un principio de convalescencia. El dia 17 el doctor respondió ya del monarca.

El dia 9 por la noche tuvo la reina noticia de la enfermedad de su augusto esposo y recibia diariamente un boletin de La Peyronie ; no atreviéndose á salir para Metz , miraba como un suplicio el tener que permanecer en Versailles, entregábase á la mayor desesperacion y echándose al suelo , revolvíase por las alfombras y pedia á Dios se la llevára á ella y conservára los dias del rey: La noticia de la separacion de las favoritas , en vez de alegrarla , le causó un verdadero espanto. Comprendia la pobre todos los dolores de la mujer, y voló con el delfin á postrarse ante el Santo Sacramento. Cada vez que se abria una puerta, palidecía y era presa de convulsiones. Llegó por fin un correo por el que se anunciaba que se le permitia ir hasta Luneville, y al Delfin y á Madama hasta Chalons ; quiso partir en aquel mismo momento, mandó por caballos de posta y salió, yendo con ella en su primera berlina, Madama de Luynes, la de Villars y la de Boufflers; en la segunda la de Fleury, la de Antin, la de Montaut, la de Saint-Florentin y la de Flavacourt, quien residiendo en París, prudente siempre y rebelde al rey, rogó á la reina se la llevára con ella, á lo cual ac-

codió esta , siempre justa y buena , no queriendo permitir que la desgracia de las culpables pesara sobre la inocente. En Soissons halló la reina despachos de M. de Argenson, quien le anunciaba que el rey la estaba esperando con impaciencia. Siguió, pues, el camino á marchas forzadas y al llegar á Metz saltó del coche y fué corriendo á arrodillarse en la almohada de su augusto esposo, quien estaba durmiendo y habiendo despertado, le dijo:

—Ah! sois vos, señora, os pido perdon, por el escándolo que he causado y por las penas y pesares que os he ocasionado, ¿ me perdonais?

Estaba la reina bañada en lágrimas sin poderle contestar, y Luis XV iba repitiendo: — Me perdonais? me perdonais? Aquella infeliz señora estaba sin fuerzas y solo podia contestar moviendo la cabeza en ademan afirmativo; y permaneció asida á su cuello durante mas de una hora.

Hizo entónces el rey aproximar al padre Perusseau para que fuera testigo de aquella reconciliacion conyugal.

El Delfin y Madama, quienes solo tenian permiso para llegar hasta Chalons, iban entretando avanzando, pero en Verdun recibieron órden de detenerse. No obstante esa prohibicion, el duque de Chatillon, ayo del jóven príncipe, continuó su camino, mientras que Madama de Tallard hacia por su parte adelantar á las princesas, quienes se desesperaban de hallarse separadas de su padre, en particular Madama Adelaide la que fué acometida de calenturas.

A despecho de todos llegó M. de Chatillon á Metz, entró en el cuarto del rey y presentó el delfin á su padre, pero recibió este á su hijo mayor con frialdad tal, que llegó á desconcertar á su ayo, quien le pidió perdon por la libertad que se habia tomado; pero el rey nada contestó persuadido como estaba de que no debia aquello atribuirse al deseo que un hijo experimenta al volver á ver á su

padre, sino á la curiosidad de un heredero que desea saber el estado en que se halla su patrimonio.

En setiembre estaba el rey perfectamente restablecido de su enfermedad, pero á esta siguió una profunda tristeza y una continua melancolía. Cuantas escenas pasaron en torno suyo durante dicha enfermedad se presentaban de continuo á su vista y lo que rebotaba de mengua en el hombre sonrojaba el rostro del rey. Miraba continuamente á su alrededor cual si buscára á alguien, y ese alguien de quien no podia pasarse, era el duque de Richelieu. Este por su parte iba sondeando el terreno. Habiéndose dirigido al cardenal de Tencin y á M. de Noailles, contestáronle ambos que estaban convencidos de que jamás habia sido tan apreciado de S. M., lo cual le determinó á hacer entregar directamente al rey la relacion de cuanto habia ocurrido durante su enfermedad, conservando á cada actor el papel que habia desempeñado en aquella semi-tragedia, sin que omitiera en ella príncipes reales, prelados ni cortesanos. Comprendiendo que le estaban abiertas las puertas determinó entrar por las mismas. Recibió el rey tímidamente á su antiguo amigo, era visible que le recibia con placer. Operóse desde entonces la reaccion, la reina vió renacer lentamente la antigua frialdad de su esposo para con ella, y la víspera de su salida para Strasburgo, habiendo pedido cual seria su suerte en lo sucesivo, y habiendo además añadido :—Señor, muy feliz sería, si pudiera seguiros; contestóla el rey que no valia la pena, sin poder sacar de él otra cosa.

Llorosa la pobre reina salió para Luneville. El duque de Penthièvre permaneció en Metz atacado de viruelas. La duquesa de Chartres y la princesa de Conti declararon que irian á la guerra y se presentarían á la trinchera delante de Friburgo; y Mademoiselle y Madama de Módena, se dirigieron á Strasburgo. En cuanto al rey, dejó de continuar sus preces, manifestando un feroz humor y á veces una cólera concentrada. Detúvose en Luneville

cerca del rey de Polonia, pero nada pudo divertirle, y por mas que en ello se empeñáran las señoras, no se le pudo arrancar una sonrisa. Era tal su distraccion, que partió sin pensar en despedirse de la reina de Polonia, de modo que á las diez leguas de marcha, mandó un correo para pedirle perdon de semejante olvido. Del propio modo usó con su esposa, si bien un segundo correo se encargó de reparar aquella inadvertencia.

Llegado que hubo á Saverne, mientras iba á reunirse con el ejército, recibió de Madama de Chateauroux una amorosa carta y una escarapela, objetos que revivaron á tal punto su pasion, que se decia abiertamente en la córte que la antigua favorita no tardaria en volver á conquistar su posicion. Al llegar á Friburgo, cuya plaza sitió, habiendo sabido que el duque de Chantillon se habia permitido escribir á España cartas poco favorables á la reputacion de Madama de Chateauroux, cuando la desgracia de esta, firmó al momento una órden de arresto contra él y la duquesa su esposa, y no contento con esto, no quiso nunca perdonarle esa falta. Al cabo de un año habiendo el duque caido enfermo, obtuvo á fuerza de instancias el poder pasar al palacio de Luneville para alivio de su salud, pero con la espresa prohibicion de entrar en París. En agosto teniendo necesidad de pasar á las aguas de Forges, hizo pedir al rey permiso para atravesar París, á lo cual accedió el monarca, pero con condicion de que no pernoctára en la córte. En suma, en el año de 1754 hallándose en su lecho de muerte, hizo manifestar por conducto de Madama de Pompadour, á la sazón favorita del rey, el profundo dolor que le causaba el tener que bajar á la tumba privado del favor del monarca, mas Luis XV solo permitió á su favorita que contestára que el rey tenia á bien olvidar lo pasado, pero solo en atencion á su familia, la que podia contar con las bondades del monarca. Tal era el rey Luis XV.



## CAPÍTULO XI.

— 200 —

El día 1.º de noviembre capituló Friburgo , firmó el rey la capitulación y dejando á sus generales el cuidado de tomar los fuertes , partió para París el día 8 del mismo mes , con objeto de hacer allí su entrada triunfal.

No fué muy dichosa la campaña de 1742, 43 y 44.

Por hábil que fuera la retirada de Belle-Isle , no dejó de abatir los ánimos de Maillebois , apellidado el general de los maturinos , lo dejó todo para su cólega. Segur , dueño de la alta Austria , la desocupó. Broglie huyó de Baviera poco á poco y sin disparar un tiro. El emperador , á quien habíamos elegido , perdió no tan solo los estados que le habíamos prometido , sino hasta gran parte de los que ya poseía , y fué objeto de la risa de Europa entera. La guarnición de Egra , última plaza que nos quedaba en Bohemia , quedó prisionera de guerra. Noailles dejó escapar al rey Jorge II en la batalla de Eltinguen , por culpa de su sobrino Grammont. Nos batíamos en retirada desde mas de dos años y el partidario Menzel habia hecho entre tanto algunas escursiones mas allá de nuestras fronteras y hasta amenazó con ir á París para cortar las orejas á sus habitantes. El pueblo no recibía sino noticias de derrotas y no veía mas que tropas vencidas ; habíase ya usado todo , á ministros y generales , excepto al rey de

quien se esperaba todavía algo , en atencien á que aun no habia hecho nada. Decíase que su enfermedad fué motivada por las fatigas de la guerra , creyóse que iba á fallecer , salvóle la vida un milagro , todo se inclinaba , pues , por pocas victorias que hubiese alcanzado , á prepararle una entrada triunfal.

Difficil es formarse una idea de la embriaguez que acompañó la entrada del rey en París; doblábanse las ramas de los árboles de los boulevards , bajo el peso de los espectadores , las ventanas parecian tapiadas con cabezas , y los tejados todos estaban atestados de gente. Hiciéronse salir las grandes carrozas de la consagracion , y magníficos y emplumados caballos arrastraban á aquel bello y jóven monarca , que cuando queria sonreirse , lo hacia con tanta gracia. Todo eso exaltaba al enternecido puello , quien lloraba y corría , sin cuidarse de recoger las monedas que se le echaban , para poder precipitarse á las puertecillas del coche y ver , volver á ver y gritar , ¡ viva Luis el bien amado !

Esa entrada tuvo lugar el dia 13 de noviembre.

Aquella misma noche , como los reyes durmiesen en las Tullerías , habiéndose oido rascar por tres veces consecutivas la puerta de comunicacion entre el cuarto del rey y el de su esposa , despertaron las damas de servicio á S. M. y le dijeron que creian que el rey pedia por entrar , mas la reina les contestó con triste sonrisa:

— Ah ! os engañais , volved á acostaros y dormid.

Verdad es que el rey no habia manifestado ningun deseo de pasar al cuarto de la reina , pero no lo es menos que no estaba en su cama , pues acababa de levantarse y habiendo salido de las Tullerías , pasó por el Puente Real y se hizo conducir de incógnito á casa de Madama de Chateauroux , quien vivia en la calle du Bac , cerca de los Jacobinos. Quería verla y saber las condiciones que exigia para volver á la córte , y darle al propio tiempo una satisfaccion por todo lo que pasó en Metz.

Diez minutos antes de anunciarle la visita del rey , se hubiera considerado Madama de Chateauroux , demasiado feliz de volver á Versailles sin condicion alguna , pero en aquella hora en que hasta cierto punto se entregaba el monarca á su discrecion , volvió á recobrar su orgullo y habló , no como confinada , sino como dueña absoluta. Concedióle Luis cuanto de él exigió y quedó todo en olvido; mas quiso la fatalidad que aquella muger cayera enferma casi en aquel mismo momento ; iba la enfermedad empeorando , y pasó once días perdiendo y recobrando la razon , lo que dió un carácter casi fatal á su situacion y estaba sin cesar clamando en su delirio que se la habia envenenado. Sangrósela nueve veces , ya en los brazos , ya en los piés durante la enfermedad , pero nada pudo aliviarla. Cargábase cada día mas su cabezà , iba el delirio en aumento y estaba sin cesar repitiendo que la habian envenenado , falleciendo por último el dia 8 de diciembre presa de las mas atroces convulsiones. Hízosele la autopsia , mas esta no presentó ninguna señal de envenenamiento. Inhumósela en la capilla de San Miguel , en San Sulpicio , el dia 10 del propio mes , á los dos años , dia por dia , de haberse hallado debajo de la almohada de su cama , la tabaquera de oro de Luis XV.

El fallecimiento de la duquesa causó gran afliccion al rey , quien fué á cazar para distraerse. El dia 8 no le fué posible permanecer en el consejo hasta su conclusion , y no queriendo ver á nadie , fuese á encerrar en Trianon con Madama de Boufflers , la de Módena y la de Bellefonds , para poder llorar allí con mas libertad. La reina tuvo valor para escribir á su marido pidiéndole tomar parte en su dolor , mas contestóle por conducto de Lebel , que solo la veria en Versailles.



## CAPÍTULO XII.

Abrióse el año de 1745 con el casamiento del Delfin con la infanta Maria Teresa Antonia Rafaela , hija de Felipe V é Isabel Farnesio.

París se entregó á toda clase de regocijos , y tal vez no hubiera en ellos tomado parte el rey , tan entristecido por la muerte de Madama de Chateauroux , y resintiendo un mayor golpe de aquel fastidio que era el cáncer de su vida , el que habia aun hecho mas insoportable el vacío que en su corazon dejaba la bella duquesa , á no haber llegado Richelieu de los estados del Languedoc para devolverle algun tanto la alegría. Organizó al efecto fiestas cívicas dadas por la ciudad de París , pero que no dejaban de ser singulares para un príncipe acostumbrado á fiestas reales. Reuniéronse los prohombres de los diferentes gremios , y acordaron formar salas de baile ya en la plaza de Vendome , ya en la de las Victorias , llevando cada cual su contingente : los carpinteros construyeron la sala , amuebláronla los tapiceros , proveyéronla de jarros los porcelaneros , y los mercaderes de flores la transformaron en un jardin de Ispahan ó de Bagdad ; llegando de tal suerte , con la reunion de las industrias , á un lujo á que no hubieran podido alcanzar la fortuna del mas poderoso monarca.

Dióse un baile de máscaras en la plaza de Greve. Desde algun tiempo todo se inclinaba á lo oriental, como se comprendia en el reinado de Luis XV; Galland habia traducido sus *Mil y una noches*; Montesquieu sus *Cartas persianas*; Voltaire habia hecho representar *Zaire*; habia, pues, en aquel baile muchas huries, muchas sultanas, muchas indias, cuando, en medio de tanto brocado vió el rey adelantarse hácia él á una simple Diana la cazadora, que llevaba el arco en la mano y la aljaba al hombro, mostrando un blanco cuanto bien torneado brazo, hermosas piernas y manos de diosa; á pesar de llevar el rostro cubierto con la máscara, adivinó el rey con los simpáticos efluvios que despedía en torno suyo, que la bella Diana no era estrangera; habló y mostró al hablar una hilera de perlas, dejando caer por entre sus dientes una infinidad de corteses chanzas, supremas coquetearías é ingeniosos halagos; no se habia aun quitado la máscara cuando el rey estaba ya loco por ella, pero al quitársela llegó el delirio á su colmo, pues vió en la bella Diana á la ninfa de los bosques de Senart, la misma que se le habia aparecido, ya llevada por un caballo, ya medio reclinada en una de aquellas conchas de nácar que Boucher daba por carro á sus Vénus y Anfítritas, la misma en fin que motivó el que la difunta duquesa de Chateauroux aplastára el pié de Madama de Chevreuse. Las mugeres tienen esa clase de presentimientos.

No era una gran dama como las Vintimille y las Mailly, de quienes hablamos ya; ni tampoco una hija del pueblo cual Juana Vaubernier, de quien hablaremos mas tarde; era Antonieta Poisson, hija de un acaudalado arrendador de La Ferté-sous-Jouarre segun unos, y segun otros hija de un cortante de los Inválidos; como quiera que sea, casó con M. Lenermand de Étióles, el mas rico de los arrendadores generales. Tenia á la sazón veinte años de edad, sabia perfectamente de música, entendia muy bien de

pintura, y le gustaba la caza, los placeres, los gastos y las artes, participando de Vénus y de Magdalena.

Organizóse al momento una cena entre el rey y la bella Diana, cuyo pariente, Binet, criado del cuarto del Delfin, fué el intermediador de esos nuevos amoríos. La cena tuvo efecto el día 22 de abril de 1745, asistiendo á ella M. de Luxembourg y M. de Richelieu. Este último, de quien nunca se separára el perfecto tacto de cortesano, faltóle aquella vez: no vió en Madama de Etioles lo que habia ni lo que podría haber, fué frio para con ella, desdeñoso de su espíritu é insensible á su belleza, lo que nunca le perdonó. La cena fué amena y la noche muy larga, pues no se separó el rey de dicha señora hasta las once del siguiente día. Ocupaba el antiguo aposento de Madama de Mailly. ¡Cuántas melancólicas memorias escribirían las paredes de ciertos cuartos, si supieran aquellas escribir!

Desde aquel momento formáronse en la córte dos partidos; el del Delfin, que se titulaba el de los devotos, y el de la nueva favorita. Estaba esto aconteciendo mientras que M. Lenormad, quien adoraba á su esposa, se hallaba en la hacienda de M. de Lavalette, amigo suyo, en donde iba á pasar las fiestas de Pascua. Allí fué donde supo por conducto de M. de Tourneham, que su esposa habia abandonado su casa, que habitaba en Versalles y era favorita declarada. Fué preciso separar de él todas las armas, estaba desesperado y queria suicidarse. En medio de su dolor, escribió á su esposa y encargó á dicho Tourneham que se la llevara. Lo primero que hizo Madama de Etioles al recibir la carta de su esposo, fué mostrársela al rey, quien la leyó con gran atencion, y se la devolvió diciendo:—Vuestro marido, señora, es un buen hombre.

La posicion<sup>de</sup> de Madama de Etioles quedó fijada desde el primer momento; el día 9 de julio de 1745, es decir, cuando habian transcurrido á penas tres meses desde la noche de la cena á que

asistieron Luxembourg y Richelieu, el rey le habia escrito ya ochenta cartas, todas ellas selladas con un sello que llevaba: DISCRETO Y FIEL.

El dia 15 de setiembre del propio año, á las 6 de la tarde, fué presentada por la duquesa de Contí, quien reclamó aquel honor. Principió como Madama de Chateauroux, por empujar á su amante á que tomára al abrirse la campaña el mando de su ejército; pero mas hábil que la duquesa no solicitó seguirle.

Apesar de la muerte de Cárlos Alberto acaecida en 20 de enero, la que nos permitia reconocer á Maria Teresa, la guerra habia vuelto á empezar, y lo que es mas, iba á continuar con mas encarnizamiento que nunca; los gabinetes del norte querian abatir nuestra influencia diplomática y minorar nuestra nacionalidad. La coalicion era completa: los holandeses acababan de unirse con los ingleses y austríacos; era aun la misma liga contra la que luchó Luis XIV, contra la que luchaba Luis XV, contra la que debia luchar la república y el imperio, y contra la que lucharémos aun antes de mucho tiempo. Los ingleses hicieron un gran esfuerzo, enviando al litoral de Holanda veinte batallones ingleses y escoeses, otros tantos escuadrones y cinco regimientos hanoverianos, que componian quince mil hombres, habiéndose reunido con los ingleses diez y seis escuadrones; los Estados generales proporcionaron veinte batallones y cuarenta escuadrones; el Austria, en fin, mandó ocho escuadrones de caballería ligera y húsares húngaros. El príncipe Cárlos tenia además en el Rin un ejército de ochenta mil hombres, el cual debia llegar pronto á cien mil. El mando de las tropas inglesas, holandesas y hanoverianas fué confiado al duque de Cumberland.

El gobierno francés por su parte hizo prodigios para poner en pié de guerra un ejército correspondiente. Nuestros dos mayores organizadores estaban por desgracia ausentes, enviados en negociacion á Berlin; el conde y el mariscal de Belle-Isle fueron dete-

nidos y conducidos á Inglaterra; no por esto dejaron de reunirse ciento y seis batallones, setenta y dos escuadrones completos y diez y siete compañías francas. El mando de este ejército que tomó el nombre de ejército de Flandes, fué confiado al mariscal de Saxe. Mas para mayor infortunio, estaba este acometido de hidropesía. Cuando se le vió en París que á penas podia aguantarse, se le hizo observar su debilidad, pero se contentó con responder: No se trata de vivir, sino de marchar. En efecto, llegó moribundo al ejército.

El día 7 de mayo estaba el rey en Pont-Achain; el siguiente fué á visitar el campo de batalla que escogiera el mariscal; pues con la posición de ambos ejércitos debía el enemigo aceptar por precisión el combate tal como se le ofrecía el mariscal ó dejar tomar Tournai. El campo mostraba al grande hombre de guerra; todo estaba preparado para la victoria, todo previsto para la derrota: era una llanura molestada por las correnteras, limitada entre Fontenoy y el bosque de Barry, y ensanchándose luego, permitía á nuestra línea un desarrollo de unos tres cuartos de legua. Dispuesto eual hemos dicho, apoyaba el ejército su derecha en Antoin, su izquierda en el bosque Barry, y todo su frente, cuyo centro formaba Fontenoy, estaba cubierto de reductos. Antoin en particular habíase fortificado y rodeado de despojos de árboles; colocóse mas allá del Escant, además una batería de seis piezas de á diez y seis que habria destrozado á cualquier ejército que hubiese intentado avanzar hácia la llanura de separación entre Antoin y Perona. En dos reductos bastante aproximados á Fontenoy para que se cruzasen sus fuegos con los de Chevillé. Así, como Antoin no podia ser atacado sino por la llanura de Perona, ni lo podia atacar el ejército francés sin atravesar el desfiladero de Fontenoy, por cualquier parte que el enemigo se presentara, era menester que por una victoria dudosa se espusiera á ser derrotado. Además, por en caso de un contra tiempo, el mariscal de Saxe

habia establecido antes del puente de Colonia, el único por el que se podia pasar el Escant, una vanguardia compuesta de seis mil hombres de tropas frescas. En caso de inminente peligro, el rey y el delfin debian, pues, retirarse por el puente, bajo cuyo atrincheramiento podian las tropas replegarse por mas que se les persiguiera de cerca.

Los aliados por su parte habíanse dividido en dos cuerpos para hacer frente á la vez á ambos puntos de ataque. El jóven príncipe de Waldeck con los holandeses amenazaba á Antoina; los anglo-hanoverianos á las órdenes del duque de Cumberland, se preparaban para forzar el desfiladero de Fontenoy y formaban un medio círculo muy vasto en torno de nuestro ejército, apoyando su izquierda en Perona y su derecha en Barry. Ambos ejércitos emplearon la jornada del 10 y noche del 11 en sus disposiciones.

El día 10 visitó el rey al mariscal de Saxe, quien permaneció en cama por orden espresa del primero. A pesar de haber llegado la hidropesía á su tercer grado, el mariscal rehusó la puncion por temor de no poder asistir á la batalla, en caso de que la operacion saliera mal. Teniendo gran esperanza en el buen éxito de la jornada siguiente, pasó el día muy satisfecho. El rey por su parte, tenia igual confianza en la empresa y mucha serenidad. Giró la conversacion sobre las acciones en que se habian hallado personalmente los reyes de Francia. Recordó entónces el monarca á los que estaban allí presentes, que desde la batalla de Poitiers ningun rey de Francia habia combatido en compañía de su hijo, y que desde la que ganó San Luis en Talleburgo, ninguno de sus descendientes habia ganado victoria alguna importante á los ingleses; debíanse, pues, tomar dos desquites por uno. A eso de las once separóse del mariscal y se fué con el delfin á su aposento, y ambos príncipes pasaron la noche en un mismo cuarto. Despertóse el rey á las cuatro y fué en persona á despertar al conde de Argenson, ministro de la guerra, á quien mandó al mariscal

para que le diera sus últimas órdenes. Halló á este tendido en un coche de mimbre en donde estaba en tanta comodidad como en su propia cama, y por otra parte estaba mas descansado para poder montar á caballo en el preciso momento que empezara la accion. El mariscal hizo manifestar al rey que ya podia ir allí porque todo estaba prevenido. Montó, pues, este á caballo con el delfin, pasó el puente por delante de la Justicia de Nuestra Señora de los Bosques, á unos tres cuartos de legua del puente de Colona y á cincuenta pasos de nuestra tercera línea de batalla.

A las cinco habiéndose anunciado al mariscal que el enemigo se ponía en movimiento, hízose conducir hasta la primera línea, la que estaba compuesta del siguiente modo: guardaban Antoin nueve batallones, á la izquierda, hasta llegar á la correntera de Fontenoy, formaban la izquierda veinte batallones y se estendian por detrás del bosque Barry, hasta Gauvin; la caballería toda ocupaba una fila igual á la de la infantería; en dos líneas, detrás de la derecha un batallon de partidarios llamados grasinos se habia colocado en forma de tiradores en el bosque de Barry. El mariscal de Saxe se aproximó hasta el alcance del cañon enemigo para estudiar su posicion. El de Noailles se dirigió al rey para darle cuenta de las obras que habia mandado hacer durante la noche con objeto de juntar con la aldea de Fontenoy, el primer reducto de la derecha. El duque de Grammont, sobrino del mariscal de Noailles, se colocó á caballo detrás de su tio. El mariscal de Saxe escuchó la relacion, aprobólo todo, y al ver que iba á empeñarse la accion, rogó al de Noailles que volviera á colocarse en su puesto, y volviéndose este hácia su sobrino: Señor de Grammont, le dijo, vuestro puesto está cerca del rey; id, y decidle que me consideraré feliz en este dia de vencer ó morir por él.

Abrazáronse tio y sobrino, mas en aquel mismo instante oyóse el estruendo del cañon, y el duque de Grammont, quien se halla-

ba entre su tío y el mariscal de Saxe , cayó hecho trizas , víctima de la primera bala.

Hizo M. de Noailles un movimiento para socorrerle , pero todo fué inútil , pues la muerte había ya empezado su obra. Meneó tristemente su cabeza el mariscal é hizo arrancar un galope á su caballo. Inflamóse en aquel momento toda la línea francesa y contestó con una descarga general, y no bastando luego los cañonazos, batiéronse cuerpo á cuerpo. Los holandeses dirigieron dos ataques á Antoin y fueron rechazados otras tantas veces. En el segundo pereció un batallon casi completo bajo los cruzados fuegos de una bateria colocada detrás del Escaut y otra que se sitió frente Antoin, quedando solo doce hombres. En cuánto á los ingleses, tres veces rechazados de Fontenoy, volvieron otras tantas á la carga, y se reformaron para intentar un nuevo ataque.

Habiendo notado el duque de Cumberland que debian los franceses su ventaja al cruzado fuego de sus artillerías, mandó á un mayor general llamado Ingolsby, que se apoderara del bosque de Barry y quitara los dos reductos. El mayor fué á topar con el batallon de grasinos, y temiendo tenérselas que haber con una brigada entera, batió retirada y fué á pedir refuerzo al duque, quien mandó prendêrle.

Los disparos del bosque Barty determinaron al mariscal de Saxe á enviar allí dos batallones. Resuelto á forzar la correntera, formó M. de Cumberland una columna de infantería compuesta de veinte mil anglo-hanoverianos, colocó seis piezas de artillería al frente y en el centro y las hizo avanzar. Los guardias franceses y suizos, á quienes protegia una quebrada, creyendo que era solo una bateria sostenida por un batallon, determinaron apoderarse de ella; mas una vez llegados á la cresta, ballaron allí á un ejército y tuvieron que regresar á sus filas con pérdida de sesenta granaderos y seis oficiales. Apareció la columna enemiga en lo alto de la correntera y se fueron aproximando lentamente con el



arma en el brazo y la mecha encendida, sin que los guardias franceses ni suizos retrocedieran un solo paso, sin embargo de ser escasamente uno contra diez. Llegados que hubieron á cincuenta pasos, los oficiales precedidos de MM. Campbell, de Albermale y de Churchill, saludaron con el sombrero, saludo que fué contestado por el conde Chabannes y el duque de Biron, quienes se separaron de sus filas para adelantarse hácia ellos, lo propio que por todos los oficiales. Lord Charles Hay, capitán de guardias ingleses avanzó cuatro pasos y gritó:

— Señores guardias franceses, tirad!

A estas espresiones contestó en alta voz el conde de Hauteroche, teniente de granaderos, avanzando igualmente cuatro pasos:

— Caballeros, nunca somos los primeros en tirar. — Tirad vosotros, si os place.

Y caló su sombrero, el que habia conservado hasta entónces en la mano.

Los disparos de cañon y fusilería atronaron al momento el espacio, quedando de sus resultas fuera de combate diez y nueve oficiales de guardias con trescientos ochenta soldados, el coronel de suizos, M. Courten, su teniente coronel, catorce oficiales y doscientos setenta y cinco soldados. Aquella primera descarga tambien alcanzó á MM. de Chistou, de Lengey y de Peyru, quienes quedaron en el campo. La columna inglesa avanzó á paso de carga. El regimiento real protegió la retirada de los guardias, quienes fueron á reformarse tras él, y este fué á reunirse en un reducto defendido por el regimiento del rey. La columna iba continuando con igual paso, tirada y avanzando, con órden tal, que se veia á los mayores apoyar sus bastones en los fusiles de los soldados, para que tiraran á la altura de un hombre. Los reductos del bosque de Barry y de Fontenoy cañoneaban dicha columna, mas ella destruia todo cuanto se presentaba al frente. Introdújose entónces el desórden entre el ejército francés, olvidó el mariscal



Madama de Pompadour.



sus dolores y montó á caballo; mas no teniendo suficiente fuerza para llevar coraza, tomó un escudo de tafetan, el que tuvo que tirar muy luego, por no poder siquiera aguantar aquel ligero peso. El enemigo habia pasado mas allá de las baterías de Fontenoy, las que faltadas de balas, tiraban con pólvora sola para no dejar vislumbrar al enemigo que carecian de proyectiles. El mariscal mandó al marqués de Meuse que fuera á decir al rey que volviese á pasar el puente, pero habiéndole hallado inmóvil en medio de los fugitivos, contestó:

—Estoy seguro de que el mariscal hará cuanto sea necesario, pero yo permaneceré en donde me hallo.

La columna iba avanzando y los fugitivos separaron por un momento del rey al delfin. El conde de Arche quien tenia el pié aplastado de un balazo, suplicó á ese que se alejara, y se desmayó ante S. M.

—¿Cómo es posible que semejantes tropas no sean victoriosas? dijo Mauricio de Saxe al ver á M. de Guerchy y el regimiento de los naves que estaban atacando la columna inglesa á la bayoneta.

Estaba á unos seis cientos pasos la columna y el rey declarando al duque de Harcourt que estaba decidido á morir donde se encontraba, cuando acudió el de Richelieu, ayudante de campo de Luis XV.

—¿Qué hay de nuevo? exclamó al divisarle el de Noailles, ¿qué noticias nos traeis?

—Las de que la batalla está ganada, si se quiere, dijo el duque; el mismo enemigo está admirado de su victoria, ni sabe si debe continuar avanzando, pues no está sostenido por su caballería. Hágase avanzar hácia él una batería y redoblen sus fuegos los reductos de Barry y Fontenoy, ya que se les proporcionaron balas, y precipitémonos sobre él como forrageros.

—Muy bien, dijo el rey. M. de Richelieu, ponos al frente de mi servidumbre y dad el ejemplo.

Partió el duque al galope, halló M. de Penigny, cuatro piezas de artillería que se retiraban, reunió sus caballos ligeros el duque de Chaulmes, M. de Soubise sus gendarmes, M. de Grille sus granaderos de á caballo, M. de Jumilhac sus mosqueteros y M. de Biron conservó Antoin con el regimiento de Piamonte. Hallábase la coluna á cien pasos escasos de la batería que se acababa de construir por consejo de M. de Richelieu, cuando quitándose la máscara rompió el fuego. Dispararon entónces á la vez sus artillerías los reductos de Fontenoy y Barry, precipitóse en flanco la infantería francesa sobre la coluna, á la que estaban ya atacando la servidumbre del rey, los gendarmes y los carabineros. Quedó la victoria indecisa por algunos momentos. La gigantesca coluna debía hacer frente á tres diferentes lados. Por fin empezó á romperla, siguieron luego los irlandeses y despues Royal. Vióse pronto como se estaba torciendo la serpiente, luego agitarse y cortado en tres pedazos, dió hácia atrás un primer paso. Dobló aquello el valor del ejército entero, el que debía vengar horas de derrota. La hostigada coluna acabó en fin por cambiar en dispersion su retirada. Toda quedó destruida ó prisionera, y á no acudir á socorrerlos su caballería, no escapaba ninguno de los quince ó diez y ocho mil hombres de que se componia.

Luis XV soltó las riendas de su caballo y se fué á visitar uno por uno los regimientos. Oíanse en gritos de victoria allí donde un cuanto de hora antes se oían únicamente rabiosos ahullidos y ronquidos de agonía; los soldados arrojaban al aire sus sombreros, inclinábanse las banderas acribilladas de balas, movíanse los heridos para poder hacer un gesto con la mano; era aquello un general delirio. El mariscal de Saxe dejóse resbalar á los piés de su caballo y cayendo en las rodillas del rey:

—Señor, le dijo, ya puedo morir en este momento, pues solo deseaba vivir para ver á V. M. victorioso. Ahora ya sabeis como se determinan las batallas.

Levantó el rey al mariscal y le abrazó á vista de todo el ejército.

La batalla de Fontenoy abrió una série de victorias que acabó por llevar la paz de Aix-la-Chapelle. El día 18 de julio escaló á Gante el conde de Lowendahl y se apoderó de la plaza. El día 22 abrió Bruges sus puertas al marqués de Souvré. El 1.º de agosto hízose el rey dueño de Oudenarde y rindióse Dendermonde al duque de Harcourt, Ostende y Nieuport al conde de Lowendahl y Alts al marqués de Clermont Galleraude. Concluyó la campaña de 1745 con la toma de esta última plaza, y con la de Bruselas, donde hizo el rey su entrada el día 4 de mayo, se abrió la de 1746. Púsose Luis XV al frente de su ejército y se dirigió á Louvain, Liers, Arschot, Herentals y al frente de Santa Margarita, plazas que se les abandonaron sin disparar un tiro. Tomóse Anvers el 20 de mayo y su ciudadela el día 30; rindióse Mons el 20 de julio, Charleroy el 2 de agosto y Namur el 19 de setiembre. En fin, para terminar la campaña con un golpe de estado, ganó el mariscal de Saxe, el día 11 de octubre la batalla de Raucoux; mató 12,000 hombres al enemigo y le hizo 3,000 prisioneros, perdiendo solamente 1,100 hombres.

Abrióse la campaña de 1747 con la entrada de las tropas en Zelanda y la toma de las fortalezas de la Ecluse y Dislendick por el conde de Lowendahl. Las de Perle y Liefkenskoeck, fueron ganadas el 24 de Abril por M. de Contades. El 1.º de mayo apoderóse M. de Montmorin de la fortaleza Philippine, y el 15 de setiembre hizóse dueño el conde de Lowandahl de Berg-op-zoom la inconquistable. Hé aquí lo que tocó al año de 1747. En fin, el 13 de abril de 1748 sitióse Maestricht, plaza que se rindió el día 4 de mayo. El rey dijo al mariscal de Saxe:

—Porque motivo no hacen las paces los aliados, mariscal, á la vista de tantas derrotas?

A lo que contestó el mariscal con el laconismo que le caracterizaba:

—Señor, las harán en Maestricht.

Efectivamente, rendida que fué Maestricht, cesaron las hostilidades en Italia entre el duque de Richelieu y el conde de Brown.

La reina de Hungría, el rey de España y la república de Génova se adhirieron á los preliminares de paz convenidos despues de la rendicion de Maestricht entre el rey de Francia, Inglaterra y Holanda, las cuales motivaron el tratado de Aix-la-Chapelle, que se firmó en 8 de Octubre de 1748. Hé aquí que este tratado nacia en el equilibrio europeo. Recibia D. Cárlos las confirmaciones del reino de las Dos Sicilias; el duque de Módena, quien habia casado con la señorita de Valois, hija del regente, quedaba en posesion de sus estados; en fin, el infante D. Felipe obtenia los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla. El rey de Prusia, quien empezó la guerra, fué el que mas ventajas sacó de ella. Conservó la Silesia que habia conquistado, con cuyo aumento de territorio y las severas economías de su padre Federico 1.º, hallóse de repente al frente de una nacion poderosa. En suma, el duque de Saboya, obtuvo parte del Milanés en premio de su alianza con la emperatriz. Conforme se vé, el marqués de Saint-Severin, enviado de Francia en el congreso de Aix-la-Chapelle, sirvió perfectamente á los recomendados por su soberano, quien no quiso tratar como mercader, sino como rey.

Durante ese espacio de tiempo, tuvo lugar la espedicion de Cárlos Eduardo en Escocia; el fallecimiento de Felipe V de España en el Buen Retiro; el del conde de Bonneval en Constantinopla; el del caballero de Belle-Sole muerto en el ataque de la muralla de Exiles; y el de M. de Vintimille, arzobispo de París.

La espedicion del príncipe Cárlos Eduardo tenia relacion con nuestra situacion con Inglaterra, por cuyo motivo era protegida

por la Francia. Era una poderosa diversion tentada por el gobierno de Luis XV.

Salió de Nantes el pretendiente, en el buque la *Doutelle*, y llegó á la isla de la Barra, otra de las Hebridas, á fines de agosto, desde cuyo punto se trasladó á Escocia y desembarcó el 25 de julio de 1745 en Moidart, sin mas apoyo que su nombre, sin otro estandarte que un pedazo de tafetan que trajo de Francia, sin mas ejército que siete oficiales y nueve cientos fusiles por todo material.

Conócense los diferentes sucesos de esa loca expedicion del príncipe Carlos Eduardo, quien por poco sale en ella airoso á causa de su misma locura. Rodeado de aquellos pocos hombres, secundado por lord Lovat y reforzado con unos cien claymores del clan del Grants de Glenmoriston, despues de hacer incendiar y destruir cuanto se oponia á su marcha, traspasó la escalera del diablo, tomó la fortaleza de William, sorprendió Perth, entró en Edimburgo, voló á Preston-Pans, en donde puso en fuga un ejército que sir Juan Cowe pudo reunir, penetró en Inglaterra con seis mil infantes y dos cientos sesenta caballos, se apoderó de Carlisle, introdujose en el interior del reino, atravesó Manchester y alcanzó Derby. Estaba allí á treinta léguas de Lóndres, habiánsele prometido grandes movimientos en su favor, contaba recibir hombres y dinero; mas nada se realizó. Púsose en consejo la division, empezaron á murmurar los soldados, y á defecto de esperanzas conservó una constante voluntad. Quería dirigirse á Lóndres, luchó con la unánime voluntad de su ejército, y comprendiendo al fin la imposibilidad de ir mas adelante, vuélvese súbitamente hácia Escocia, atravesó Dumphryes y Glasgow, reunió algunos refuerzos de franceses y escoceses, y sitió Stirling cuya defensa dió tiempo al general Lawlay para reunir un ejército. Levantó Carlos el sitio, buscó al enemigo, al que encontró en Falkirk y arrancó una última sonrisa á la fortuna; mas al saber que se acercaba con su ejército el



duque de Cumberland , retiróse en Inverness , en donde cada vez mas cercado por las tropas reales, vióse en la precision de aceptar la célebre batalla de Culloden. Ya sabemos cual fué el resultado de dicha batalla : de los cinco mil hombres de que se componia el ejército del pretendiente, quedaron en el campo mil quinientos. Abandonó Carlos el campo de batalla con buen número de caballos, mas viéndolo todo perdido , determinó desembarazarse poco á poco de esta comitiva. Habiéndose ofrecido cien mil libras esterlinas por su cabeza, no confiaba tal vez en la fidelidad que le conservaron los suyos. Presentábasele en la mente el recuerdo de Carlos 1.º quien fué vendido á Cromwell por los escoceses.

Principió entónces aquella milagrosa huida en la que Juan Hume, en su historia de la Rebelion, y Jaime Roswell en la suya y en su viage de las islas del Oeste de Escocia, siguieron al príncipe paso por paso, huida que puede formar parte de la del rey Estanislao. Desde el campo de batalla y casi sin detenerse, el príncipe ganó Gortuleg , posesion de lord Lovat. Ya fuese que se hallára aun demasiado cerca del ejército inglés, ya que le pareciera dudosa la fidelidad de su huesped, apresuróse á ganar el castillo de Invarray , á donde llegó muriendo de hambre y se le sirvieron dos salmones que un pescador acababa de coger. El castillo fué severamente castigado por aquella hospitalidad de un dia que se dió al príncipe fugitivo , fué saqueado por las tropas inglesas, hiciéronse volar con pólvora los dos castaños que daban sombra á su entrada, quedando el uno totalmente arrancado y el otro descuajado por mitad vegetó tanto como vivió, ó mejor, vejetó la desgraciada raza de los Estuardos. En cuanto á la plata existente en el castillo, dejóse parte de ella en manos de los soldados y la otra sirvió para fundir una copa que fué por mucho tiempo propiedad de sir Adolfo Oughton , comandante en gefe en Escocia: llevaba la siguiente inscripcion : *Exprædâ prædatoris.*

Desde Inverrary pasó Carlos al Long-Island , en donde esperaba hallar un buque francés , mas hasta los elementos tomaban partido contra aquel príncipe. Hay momentos de la vida en que para mayor infortunio, las cosas inertes é inmóviles , parecen recibir inteligencia y movimiento. La tempestad rechazó de isla en isla al fugitivo , llegando por fin á South-Wist , en donde fué recibido por Clanranald, otro de los siete hombres del Moidart y el primero que le acogiera. Fué allí hospedado en el centro de la montaña , en casa de un leñador llamado Corradale , mas á pesar de hallarse casi al extremo del mundo habitable , notó que no estaba ya seguro. Desembarcó en South-Wist el general Campbell, reunió los Mac-Donalds de Skye y los Mac-Leods de Mac-Leod, enemigos del príncipe, y poniéndose al frente de dos mil hombres, empezó minuciosas indagaciones , mas una muger emprendió y realizó entónces un proyecto de cuyo éxito empezaban ya á dudar los hombres mas valientes y emprendedores.

Era esa muger la célebre Flora Mac-Donald , parienta de la familia Clanranald, la cual se hallaba de visita en South-Wist en la época de que hablamos. Su padre, conforme lo indica su nombre , era miembro del clan de sir Alejandro Mac-Donald , y por consiguiente enemigo del príncipe, y era además comandante de la milicia del propio nombre de Mac-Donald , la que se hallaba á la sazón en South-Wist. No titubeó Flora á pesar de las hostiles disposiciones de su suegro , proveyóse de un pasaporte , al que hizo continuar á un criadó y á una jóven criada que admitió segun dijo , á su servicio ; la última fué designada con el nombre de Betty Burke. Esta no debia ser otra que el príncipe Carlos Eduardo, quien llegó bajo ese nombre y disfraz á Kelbride, en la isla de Skye , en donde estaba todavía en medio de un pueblo sometido á sir Mac-Donald. Dobló Flora su valor y astucia , sin embargo , considerándose demasiado débil para poder sostener por sí sola su proyecto, resolvió atraerse un auxiliar , y este au-

siliar era la esposa misma de sir Alejandro, Lady Nargarita Mac-Donald. El primer movimiento de esta al saber la empresa á que se obligára su nuera, fué un profundo sentimiento de terror, pero esa generosidad de corazon tan propia de las mugeres, sobrepujó los temores de su espíritu; estaba ausente su marido, mas estando llena la casa de soldados ingleses, determinó confiar el príncipe á Mac Donald de Kingsbourg, intendente de sir Alejandro, y como era menester conducirle á casa del intendente, fué todavía Flora quien se encargó de esa última dificultad, partiendo para Kingsbourg y depositándole allí.

Principió entónces otra seria de aventuras para el infeliz Carlos Eduardo: fue de Kingsbourg á Rasa, fingiéndose criado de su guia, dirigiéndose luego al pais del laird Mac-Kinnon; pero á pesar de los esfuerzos de este gefe, fué obligado á volver aun á Escocia, bajando por la orilla del lago de Nevis. Corrió allí mayores peligros, pues estando recorriendo el distrito un gran número de soldados, halláronse príncipe y guias encerrados entre una red de centinelas, los que cruzándose unos con otros en sus facciones, le quitaban todo medio para avanzar hácia el interior del pais, pasando de esta suerte dos largos dias sin tan solo atreverse á encender lumbre para cocer sus alimentos, determinó tentar el paso por entre dos puestos enemigos. Tanto él como sus guias, viéronse precisados á arrastrarse por espacio de una hora, cual serpientes, en un estrecho cuanto oscuro desfiladero, y despues de una hora de angustias vieron que habian ya pasado la primera línea.

Manteniéndose con lo que la casualidad les proporcionára, y pasando á veces veinte y cuatro horas sin desayunarse, sin lumbre, sin abrigo, y andrajoso alcanzó en fin aquel desgraciado príncipe, junto con el último compañero que le quedaba, las montañas de Strath-Glass: mas no sabiendo que hacerse é ignorando á donde iba, echóse en una caverna que sabia era el refugio de

una cuadrilla de malhechores. Estos bandidos eran en número de siete , y casi todos antiguos partidarios del príncipe , dióse pues á conocer y se postraron todos á sus plantas.

Halló allí Cárlos una momentánea tregua. Ningun rey , ningun clan , ningun propietario en fin fué nunca servido con el celo y respeto que encontró el fugitivo en sus nuevos compañeros. Servíanle sí , á su manera , y no podían comprender las reprensiones del príncipe , cuando tanto se desvelaban por él. Carecia sin embargo de dos cosas , por las que experimentaba una necesidad casi igual : de vestidos y de noticias. Proporcionáronle los primeros los bandidos ; emboscándose en el camino por donde debia pasar el criado de un oficial que se dirigia á la fortaleza de Augusto con el bagage de su amo , de cuyo equipage se apoderaron despues de haberle asesinado. Y como Cárlos experimentára cierta pena de que debiera sus vestidos á tal accion , respondieron los bandidos :— Príncipe , mucho honor es para un miserable como aquel , el morir por semejante causa.

Por lo que toca á las noticias , disfrazóse uno de ellos y penetró en el interior de la fortaleza de Augusto , en donde obtuvo los mas seguros informes sobre el movimiento de las tropas , y con objeto de obsequiar al príncipe , regalóle á su regreso un pedazo de pan de especia (especie de mostachon muy cargado de especias ), de valor de un sueldo.

Permaneció con ellos Cárlos durante tres semanas , aunque aquellos hubieran deseado tenerle para siempre en su compañía , en la que habria sin duda hallado siempre el mismo cariño que le demostraron durante aquellas tres semanas. Pero sucedió un raro ejemplo de abnegacion que abrió un camino menos peligroso para la huida del príncipe. El hijo de un platero de Edimburgo , llamado Rodrigo Mackenzie , que habia servido en clase de oficial en el ejército de Cárlos Eduardo , y sabia todos los peligros que rodeaban al príncipe fugitivo , estaba oculto en las *breas* de Glen-

moriston, era de la edad y estatura del príncipe, y por una singular casualidad, parecíasele hasta el punto de tomar uno por otro. Habiéndole un día descubierto y atacádole una partida de soldados, presentósele en la mente una sublime idea de desprendimiento, fué esta la de que fuera su muerte útil á la causa que habia dedicado su vida, así es que despues de haberse defendido hasta el último extremo, presentó su pecho á los soldados, gritando:

— Miserables! vais á matar á vuestro príncipe.

A semejantes espresiones, no hubo ya gracia imaginable, los soldados creyeron habérselas con Carlos Eduardo, cuya cabeza valia treinta mil libras esterlinas. Matáronle, pues, y cortada que fué su cabeza la mandaron á Londres.

Pasó un mes sin que se descubriera aquella equivocacion, durante él, cesaron las indigaciones, como es de suponer, y Carlos Eduardo se valió de ello para despedirse de sus fieles bandidos y ganar en el Badenoch á dos fieles partidarios suyos: Cluny y Lochiel.

Sobre el 18 de setiembre de 1746, tuvo noticia de la llegada de dos fragatas francesas á Lochlannagh, con objeto de recogerle, lo propio que á los fugitivos de su partido. Embarcóse, pues, en ellas con Lochiel y unos cien partidarios que habian acudido á buscar un refugio á bordo de las mismas.

El 29 del mismo mes, desembarcó cerca de Morlaix en Bretaña. Trece meses habian trascurrido desde su salida de Francia, cinco de los que pasó entre la vida y la muerte.

Uno de los bandidos que le siguieron, desde la caverna en donde halló un refugio hasta Badenoch, y que se unió con Cluny y Lochiel, fué mas tarde ahorcado en Inverness por haber robado una vaca.

Ese hombre que robó una vaca de quinze francos de valor, habia desdenado adquirir, con precio de una traicion, las treinta mil libras que valia la cabeza de su huésped.

De regreso á Francia, fue Cárlos Eduardo espulsado por medio del tratado de Aix-la-Chapelle; fué detenido en el momento en que se dirigia á la Ópera y conducido á Vincennes en el mismo cuarto tal vez, en que cincuenta años mas tarde debia conducirse al duque de Enghien. Retiróse luego en Bouillon y despues en Roma, donde se unió con la condesa de Albany, mas célebre aun por sus amores con el penúltimo descendiente de los Estuardos.

Cárlos Eduardo habia sufrido mucho y por consiguiente tenia gran necesidad de olvidar sus pasadas penas. Sea por esto, ó tal vez para dar una leccion á las dos últimas razas reales que quiso Dios que durante los postreros años de su vida, se entregara á una constante embriaguez. Falleció en Florencia el 31 de enero de 1788.

Dicho mes fué fatal á los Borbones y á los Estuardos.

El último de estos, el cardenal de Yorck, falleció en la capital del orbe católico en 1808. Un mismo monumento encerró las cenizas de ambos hermanos, reunidos en este vasto museo de illustre polvo que se llama Roma.

Ningun cambio produjo en Europa el fallecimiento de Felipe V, de quien dimos cuenta en este capítulo. Sucedióle su hijo, el príncipe de Asturias, con el nombre de Fernando VI; hé aquí todo. En cuanto á la muerte del conde de Bonneval, fué esta el complemento de la existencia mas aventurada tal vez que haya jamás proporcionado la historia á los caprichos de la novela. Nacido el dia 14 de julio de 1675, alumno del colegio de los Jesuitas, y marino desde la edad de doce años, por poco hubiera sido reformado por el marqués de Seignelai, ministro de marina, quien, al pasar revista de los guardias marinos, no veia en él mas que á un niño.

— No se degrada á los hombres que llevan mi apellido, señor ministro, dijo el jóven con orgullo.

Y comprendiendo el ministro con quien tenia que habérselas:

— Sí por cierto, caballero, respondió el ministro, se les degrada cuando solo son guardias marinos, pero para formar de ellos alféreces de navío.

Los combates de Dieppe, de la Hoga y de Cádiz, probaron como ni uno ni otro se engañaron.

## CAPÍTULO XIII.

En la época en que hemos llegado , es decir , á eso de la mitad del reinado de Luis XV , tenia este ocho hijos de su matrimonio con la reina. No tuvo ni quiso tener hijos bastardos , si exceptuamos el *medio Luis* , pues los de Luis XIV , habíánle servido de gran ejemplo durante su juventud.

Eran sus ocho hijos : el delfín , quien nació el 4 de setiembre de 1729 , el duque de Anjou , que nació en Versalles el 30 de agosto de 1730 y falleció tres años despues ; las gemelas Luisa Isabel de Francia y Ana Enriqueta , la primera casada con D. Felipe , las que nacieron el 14 de agosto de 1727 ; María Adelaida , conocida con el nombre de Madama Adelaida , la cual nació el 23 de marzo de 1732 ; Victoria Luisa María Teresa , quien nació el 11 de mayo de 1733 ; Sofía Felipa Isabel , nacida el 27 de julio de 1734 ; y Luisa María , quien nació el 15 de julio de 1737. Suponiendo que hemos llegado al principio del año de 1750 , debemos dar al rey cuarenta años de edad , cuarenta y siete á la reina , veinte y uno al delfín , veinte y tres á las princesas gemelas , diez y ocho á Madama Adelaida , diez y siete á la princesa Victoria , diez y seis á la princesa Sofía y trece á la princesa Luisa. Prescindiendo de Luisa Isabel , casada con D. Felipe , todas las princesas vivian bajo la tutela de la reina su madre.



Sus caractéres eran muy distintos y alguna de ellas le tenian bastante raro. Madama era buena, sin ninguna clase de pasion, pensadora, tímida y prudente, gustábale la sociedad de Madama de Ventadour, casi centenaria, á quien hacia relatar todas las anécdotas de la córte de Luis XIV. Madama Adelaida, por el contrario, era muy resuelta, tenia todos los ademanes de un varon, tocaba el violin, montaba á caballo y era aficionada á las cacerías; hubiera deseado ser hombre y poder ir á la guerra. Decia cuando niña: « Ignoro porque motivo se desea tanto al duque de Anjou, que me transformen en él, y verán todo aquello de que soy capaz. » A la edad de trece años, estando un dia jugando á cartas con la reina, logró sustraer á esta catorce luses, y se la habló al dia siguiente que abria las puertas y trataba de salir de Versailles para ir á comprar su equipage de guerra.

— A donde vais, princesa? le dijo deteniéndola una de las damas de la servidumbre.

— A donde voy? respondió Madama Adelaida: voy á ponerme al frente del ejército de Papá-Rey, para batir á los enemigos y llevar al rey de Inglaterra prisionero á Versailles.

— Y cómo podreis vos sola, princesa, poner en ejecucion semejante proyecto?

— No soy sola, contestó, tengo por aliado á un jóven á quien hice obtener un destino en la córte, y que me prometió venir conmigo.

El aliado de Madama Adelaida era un muchacho de quince años á quien veia con frecuencia en los bosques de Lagny, y el destino que le hizo obtener en la córte, era el de guardian de los asnos de la princesa.

Detenida por fuerza en su cuarto, halló Madama Adelaida otro medio para ir á Inglaterra, medio que espresó aquella misma noche en el círculo de la córte.

— Haré venir, dijo, uno tras otro á todos los principales in-

gíese para que duerman conmigo , por lo cual , se considerarán particularmente distinguidos , y al dormirse les mataré sucesivamente á todos.

El medio , como podrá comprenderse , tuvo gran éxito , pero Madama de Tallard hizo observar á Madama Adelaida que seria cobardia matar de tal suerte á aquellos caballeros.

—Convengo en ello , dijo la jóven princesa , pero como quereis que obre , ya que papá prohíbe los duelos.

En cuanto á Madama Victoria , quien si no tenia pasiones menores amorosas las tenia mas pacíficas , era buena , de encantadora fisonomía , tez morena , tenia bellos y grandes ojos , y se parecia á la vez al rey , al delfin y á la infanta , amábala el rey mucho mas que á las demás hermanas , pues , á lo que se decia , amábala mas de lo que debe un padre amar á su hija , y de ese exagerado sentimiento , hizo nacer la crónica escandalosa á M. de Narbona. Madama Sofia , que seguia á Madama Victoria , era blanca en extremo , y tenia la parte superior de su rostro enteramente parecida al rey. La última , Madama Luisa , era muy pequeña , de espresiva fisonomía , de carácter pronto y alegre , sin que ni por sueño dejára vislumbrar que debia un dia ser religiosa. La infanta falleció en 1759 , y Ana en 1752. En fin , Adelaida , Victoria y Sofia , pertenecieron solteras : su padre las apellidaba en la intimidad *Pingrjo* , *Tiritaña* y *Voz ronca* , nombres poco poéticos por cierto.

En cuanto al delfin , de veinte y un años de edad , conforme dijimos , habia sido educado en medio de la mas estraña adulacion , y algunas veces la mas ridícula. Así es que fué hasta los doce años uno de los seres mas desagradables que existir pudieran.

Estando un dia jugando con él el cardenal Fleury , como lo hiciera con Luis XV cuando niño , le dijo :

— Se puede contar , monseñor , en la amistad que ahora me es-

tais manifestando ? Las amistades de los príncipes , segun se asegura , no son muy duraderas .

— Vos , sin embargo , contestó el delfin volviéndose hácia el cardenal , habeis conservado una abertura bastante buena en el corazon del rey para que podais dudar de ello .

Cuando fué cuestion de enlazarle con la infanta María Teresa de España , tenia el delfin catorce años y no habia tenido aun relaciones con ninguna muger ; asi es que estaba sin cesar hablando de sus proyectos de carreras y viages con la delfina .

— Bueno , le dijo Madama Adelaida , hablad mas bien de vuestra esposa , elogiad su bella y blanca tez , su ademan noble y sus rojos cabellos .

— Me han asegurado que tiene buen carácter , contestó el delfin , y ya me basta .

A los cinco años de su enlace , habia vivido constantemente como el mejor y mas honrado de los maridos , por cuyo motivo , conforme dijimos , Madama de Pompadour le temia mucho mas que á la reina .

Dicha Madama de Pompadour fué presentada en 1745 , conforme referimos en otro lugar de esta obra , y no habiéndolo podido ser con el nombre de Madama Lenormand de Elioles , el que tenia por otra parte motivos para dejar , por el poco favor que le hiciera al llevarle , rogó al rey hiciera por ella lo que hizo por Madama de Chateauroux , á lo cual accedió Luis XV dándole el marquesado de Pompadour .

Lo primero en que se ocupó la nueva marquesa al llegar al poder fué en derribar á M. de Orry , registrador general , reemplazándole con M. de Machault , intendente de Valenciennes .

Derribado que fué , retiróse en Bercy , y cuantas gentes honradas encerraba la Francia , fueron á inscribirse en su casa .

Por lo demás , M. de Machault , hombre honrado é inteligente ,



El mariscal de Saxe.



principió por salvar la nacion del hambre terrible que la amenazára , haciendo entrar trigos de Berbería.

Madama de Pompadour se engañó por mitad en sus esperanzas, pues si bien tuvo poder para derribar á un enemigo , no le cupo igual facultad para colocar á un amigo.

El pueblo , en quien no se pensaba mas que para los impuestos , iba entretanto murmurando , despues de haber quitado poco á poco á Luis XV el título de Bien amado. Vamos á detenernos en esos murmullos que fueron los primeros susurros de la tempestad que estalló en 1795.

Entramos en el primer período de la decadencia monárquica, irémos aprisa en esa vertiente del siglo XVIII, por ser rápida su pendiente.

## CAPÍTULO XIV.



Las cuestiones entre los mejores amigos, entre esposos y entre amantes, son generalmente motivadas por la escasez de recursos; ay! la ruptura entre los pueblos y los reyes rara vez reconoce otra causa. Al tratar del estado de la hacienda durante la regencia, ya digimos la penuria en que se hallaba la Francia, pero mucho peor se encontró despues de las locuras que acabamos de relatar. Esa especie de malestar se manifiesta comunmente con cambios ministeriales. Los resultados marítimos de la última guerra, habian demostrado claramente el deplorable estado en que habia caido nuestra marina tan floreciente bajo Colbert y tan abandonada por Fleury. M. de Maurepas quedó responsable de ese abandono, pero dejó la cartera de marina para hacer puesto á M. Rouillé, mientras que, como hemos dicho, el honrado Orry derribado por la favorita, se retiró para ceder el suyo á M. Machault de Arnouville.

Al llegar al ministerio, tropezó este con las mismas dificultades que su antecesor, y tal vez con mayores aun, por cuanto iban los recursos disminuyendo á medida que aumentaban las desordenadas necesidades. Era menester satisfacer la deuda del Estado, extinguir un déficit; mas el pueblo estaba tan arruinado que ninguno de los medios conocidos era capaz de restablecer el orden

en la hacienda. M. Machault resolvió en consecuencia acudir al clero, á la nobleza y á los países constituidos en estados, cuyas verdaderas riquezas eran desconocidas. Esos cuerpos habian conservado el derecho de imponerse ellos mismos las contribuciones y de no pagar al rey bajo ningun título de don gratuito, mas que una cantidad cuyo reparto tenian el privilegio de hacer del modo que mejor lo entendian.

Por lo demás, establecióse desde el principio de nuestra monarquía nacional, que los reyes no son absolutos, y que en materia de dinero, no les debe la nacion mas que lo que ella tiene á bien pagarles; pero en aquella época la nacion estaba representada únicamente por el clero, la nobleza y los países constituidos en estados, y en nada se contaba lo restante del pueblo, sia embargo de pesar sobre él todas las cargas. Ese gran principio fué desde entónces la base de la revolucion.

En tan embarazosa circunstancia, mandó M. Machault al registro el famoso edicto de la vigésima. El duque sucumbió en un caso análogo con su edicto de la quincuagésima que le valió el destierro, y Calone hizo mas tarde otro tanto al proponer igual tributo con el nombre de impuesto territorial.

Tan pronto como hubo recibido el edicto, mandó el parlamento al rey tres presidentes para hacerle presente los inconvenientes de semejante medida; pero solo obtuvieron por toda contestacion que les mandaba enregistrarle el siguiente dia. Marcharonse y al regresar al seno de aquella corporacion, manifestáronle la decision del monarca, quien habia declarado que queria una respuesta positiva antes de dos horas. El parlamento estaba ya cansado de la lucha, y desterrado que habia sido por Luis XIV y por el regente, poco le importaba ya serlo por Luis XV; así es que determinó que el primer presidente volviera cerca del rey, le rogára tuviera compasion de su pueblo y que si persistia en lo mismo, se lavarian las manos, cual Pilatos, y procederian al regis-



tro del documento. Rehusó el rey cuanto se le pedia y el parlamento enregistró el edicto. Enregistrado que fué, pidió Luis XV un empréstito de cincuenta millones, lo cual proporcionaba ocasion al parlamento para hacer nuevas advertencias al rey, á pesar de que, como acaba de verse, poca importancia les daba Luis XV. Así es que cuando aquella corporacion se presentó ante el monarca, este se contentó con decirles: Señores, veo que ya habeis tardado bastante en obedecerme, y debo preveniros que á tardar aun mas podria muy bien disgustarme vuestro proceder para conmigo.

Y el parlamento enregistró el edicto.

Ambos descontentaron á todo el mundo. El de la vigésima descontentaba á la nobleza, al clero y á los Estados; y el del empréstito de los cincuenta millones descontentaba al pueblo.

La nobleza y los estados de Artois, Borgoña, Bretaña y Languedoc se quejaron abiertamente de que, por medio del establecimiento de la vigésima sobre todos los bienes, trataba la córte de abolir el derecho de consentir los dones gratuitos que concedian al príncipe. De ahí dimanó la insurreccion de todos los cuerpos del Estado contra el ministerio; pero las mayores dificultades fueron las que el clero suscitó al rey. Apenas se publicó el edicto cuando todos los obispos que se hallabán en París se reunieron tumultuosamente en el palacio del arzobispo, de un modo mucho mas peligroso en sus recriminaciones que la magistratura ó los Estados, porque ante sus intereses presentaban los de Dios y manifestaban que al atacar sus privilegios se atacaban los de la iglesia. En su consecuencia, resolvióse allí una union secreta con el delfín, devoto aliado en quien creíase poder contar hasta para formar una liga contra el rey su padre.

Desde el fallecimiento del regente, los jesuitas, ya mas animados de lo que se creyera durante la regencia de este, se habian vuelto á apropiarse con el nombre de Molinistas, toda la autoridad

eclesiástica. Port-Royal no existía ya; las ciencias eclesiásticas se habían abandonado; hombres de un valor mas que secundario habían sucedido á los grandes predicadores é ilustres sacerdotes del reinado de Luis XIV; y Massillon, el último de los grandes géneos del púlpito, falleció en 1742.

Falleció entretanto el arzobispo de París, y el partido eclesiástico hizo nombrar para dicha plaza á M. Cristóbal Beaumont, arzobispo de Viena.

Llegado que hubo á París, á pesar de su gran ambicion, queriendo aparentar que había aceptado aquel cargo contra su voluntad, echóse á las plantas del rey, y en vez de darle las gracias por el favor que acababa de dispensarle, suplicóle le librara de semejante cargo, en el que se veria precisado á combatir contra una heregía tan peligrosa como lo fué la de los jansenistas. Levantóle el rey y le prometió ayudarle con su proteccion. Era cuanto deseaban los jesuitas, quienes veían la necesidad de ser sostenidos contra el ódio popular, por la autoridad real.

Mostremos ahora hasta que punto llegó la oposicion del pueblo.

Reconoció esas tres causas: el rehuso de los sacramentos, el edicto del rey sobre la mendicidad y la vagancia; y el rumor que circuló de que el monarca, para restablecerse de sus amorosos escesos, tomaba baños de sangre.

Para complicar la situacion de la córte, concibió M. de Beaumont la idea de echar una cuestion religiosa en medio de todas las cuestiones pecuniarias y civiles. Descubrió que el antiguo gefe de los jansenistas, el famoso cardenal de Noailles, había exigido en otro tiempo que los sacerdotes pidieran los boletines ó certificados de confesion antes de administrar los sacramentos á los moribundos, y teniendo un antecedente con que poder justificar su conducta, apresuróse como arzobispo molinista á exigir iguales certificados que exigiera en otro tiempo un cardenal jansenista, por lo cual nadie podia criticarle.

El primero á quien se rehusó administrar los sacramentos por falta de certificado de confesion, fué á un consejero del Chatelet, y el sacerdote que rehusó administrarle y se convertia en órgano del arzobispo en aquella ocasion, era un canónigo regular de Santa Genoveva, llamado Bonetino, quien fué sordo á todas las advertencias legales y súplicas que le dirigió aquella desconsolada familia. Mandóle presentarse el parlamento, mas poniéndose al abrigo de toda persecucion, se negó á dar cuenta á la magistratura de semejante rehuso, declarando que no estaba obligado á dar esplicaciones de su conducta sino al arzobispo. El parlamento decretó entónces la prision del canónigo y mandó al arzobispo hiciera administrar los sacramentos, no tan solo al consejero del Chatelet, quien iba cada vez peor y peligraba fallecer sin aquel consuelo, sino á todos los demás jansenistas que se hallaban en igual situacion. Mas el prelado contestó que estaba dispuesto á administrarlles á todos los consejeros de la tierra y á todos los jansenistas del mundo, con tal que le presentasen los billetes ó certificados de confesion. Entretanto iban los enfermos falleciendo, y la iglesia, despues de haberles rehusado los sacramentos, rehusáballes la sepultura eclesiástica.

Renovó el parlamento la prision contra Bonetino y mandó otra vez al arzobispo que hiciera sacramentar á los moribundos, con lo que quedó declarada la guerra.

Interin M. Berryer, nuevo prefecto de policía y hombre conveniente en todos conceptos á Madama de Pompadour, publicó unas ordenanzas que agitaron en París turbaciones aun mayores. Habia entre ellas una estraordinariamente severa contra los vagabundos y mendigos.

Ya-esplicamos la fermentacion que produjo el rehuso de los sacramentos, y sin embargo de este rehuso no tocaba precisamente al pueblo; pero iba á alcanzarle de un modo directo.

La ordenanza contra los mendigos y vagabundos era severa á

mas no poder; prendíaseles donde se les hallaba, y á imitacion de Inglaterra, formaban de ellos marineros ó colonos. La regencia dió el ejemplo de esas levas cuando se trató de poblar el Canadá y la Luisiana, en la época del sistema de Law.

Como podrá comprenderse, no siempre presidia á estos actos la mas exacta justicia. Un agente se apoderó de un niño con objeto de exigir rescate á su madre; esta en medio de su desesperacion y por otra parte creyéndole perdido, hizo oír sus gemidos en todo el barrio de San Antonio; agrupóse al punto el pueblo, tomaron las madres partido en favor de aquella desolada madre, y esparciéndose el rumor en los demás barrios, supúsose que otros niños faltaron de sus casas sin que volvieran á aparecer en ellas. De repente, en medio del barullo, turbacion y gritos, dejóse oír una voz que decia que los médicos habian ordenado al rey baños de sangre para restablecer su salud quebrantada por los escesos.

Semejantes acusaciones no necesitan profundizarse para exaltar los ánimos; en aquel mismo instante quiso otro agente de policía apoderarse de un niño que estaba mendigando á unos cien pasos de distancia del lugar en que se tenia aquella conyersacion, dió el muchacho grandes gritos y contestó su madre llamando socorro, pues no se le arrebató al hijo para conducirlo á una casa de beneficencia, sino para hacer con él algun acto odioso, como los festines de Pelópidos. Tomó el pueblo parte y causa en el asunto, mató al agente de policía, y la mullitud irritada, furiosa y amenazadora, bajó el arrabal y dirigiéndose en masa al palacio de M. Berryer, pidió justicia al parlamento por la accion de los agentes de policía que se apoderaron de los niños para vender su sangre á los criados del cuarto del rey.

Habiendo sido advertido anticipadamente, trató M. Berryer de escaparse por los jardines. El pueblo queria escalar los muros y amenazaba con destruirlo todo, cuando se le abrieron las puertas, segun unos, de órden de un oficial de policía, y segun otros por

las propias manos de Madama de Berryer; pero en el momento en que tan fácil era entrar, titubearon todos en hacerlo. Unos decían que se habían abierto las puertas para que cayeran en una trampa los que fueran entrando, y otros dijeron como cosa cierta, que el palacio estaba minado, rumor que estaba mas provisto de razon, y que determinó á todos á retroceder. Llegaron pronto en el lugar de la ocurrencia varios destacamentos de la servidumbre del rey, los guardias franceses y suizos con el arma al brazo y los mosqueteros negros con el sable en la mano, á cuya aparicion huyó precipitadamente el pueblo, regresando á sus arrabales, pero la venganza les persiguió hasta sus casas.

Varios de los que se habían notado entre los mas encarnizados, fueron presos y ahorcados, y poblaron las cárceles un número mucho mayor; mas como en realidad había habido levas de niños, quiso el parlamento que estaba algo desavenido con el rey, averiguar lo que había pasado, y al efecto espedió en 25 de Mayo de 1750 un decreto que mandaba:

«Que se procediese á la informacion contra los autores de los rumores alarmantes que dieron lugar á los tumultos populares, lo propio que contra aquellos que se hubieran apoderado de niños, dado que alguien hubiera llegado á tal extremo.»

Entretanto aquel motin de tres dias no dejó de asustar al rey, manifestándose desde luego el real temor con una completa reorganizacion en el servicio de la vigilancia nocturna, la que era esta entónces desempeñada por una compañía de paisanos sin uniforme, en virtud de una antigua ley feudal; pues era obligacion de los vasallos el hacer la guardia en el palacio y ejercer la vigilancia de noche. Por acuerdo del consejo, organizáronse entónces diez compañías pagadas y equipadas por la ciudad y dos compañías de á caballo. Esta fuerza, al mando de un comandante escogido de entre los brigadieres y tenientes generales, estaba encargada de velar por la tranquilidad de la poblacion y mantener la

obediencia al monarca. M. de Argenson hizo además levantar un plano de fortificación y cuarteles de tropas al rededor de París. Había por otra parte de volverse á armar la Bastilla y aumentar su guarnición hasta ochocientos hombres y dirigiendo la puntería de sus cañones en dos opuestas direcciones, debían cruzarse con los de Vincennes por el arrabal de San Antonio y dominar el de San Marcelo.

Mas como nada podía contener un motin por el la do opues- de París, esto es, por la parte del arrabal de San Honorato, adoptóse un sistema de cuarteles que debía servir á la vez de fortificación y de abrigo. Fabricáronse al momento tres de ellos: uno detrás del colegio Militar, en el camino de Sevres y de Vaugirard, que se destinó para los guardias franceses; otro en Rueil, entre el camino de Versalles y San German, que sirvió para los guardias suizos; y el tercero, en fin, en Courbevoie, que fué destinado para el segundo regimiento de guardias y cuyo objeto era dominar el Sena y la parte baja de Neuilly, y contrarestar cualquier movimiento que se dirigiera á Versalles.

El año de 1750 preveía ya el de 1792.

Además renunció el rey desde aquel dia á toda comunicacion entre él y la capital que tanto amó y en la que tan amado era; rompió con París que cinco años antes le recibió como triunfador, cubriendo el paso con un tendido de yerbas, flores y ramas, con París en otro tiempo la villa de los goces, placeres y festejos, convertida en la de los insultos y amenazas. Y al objeto de hacer comprender á la capital que no habia ya nada de comun entra ella y él, y que hasta para dirigirse á sus sitios de Compiègne ó de Fontainebleau, no la atravesaria ya nunca mas, hizose delinear aquella vasta avenida que junta con San Dionisio el bosque de Bolonia, y á la que llaman aun hoy dia *el camino de la revue'ta*.

En este camino, cosa estraña, pereció el 13 de julio de 1842 el duque de Orleans, único obstáculo real entre los últimos restos

de esa monarquía cuya historia acabamos de escribir, y el advenimiento de aquella república mucho mas preparada aun entre nosotros por la mano de Dios que por la de los hombres.

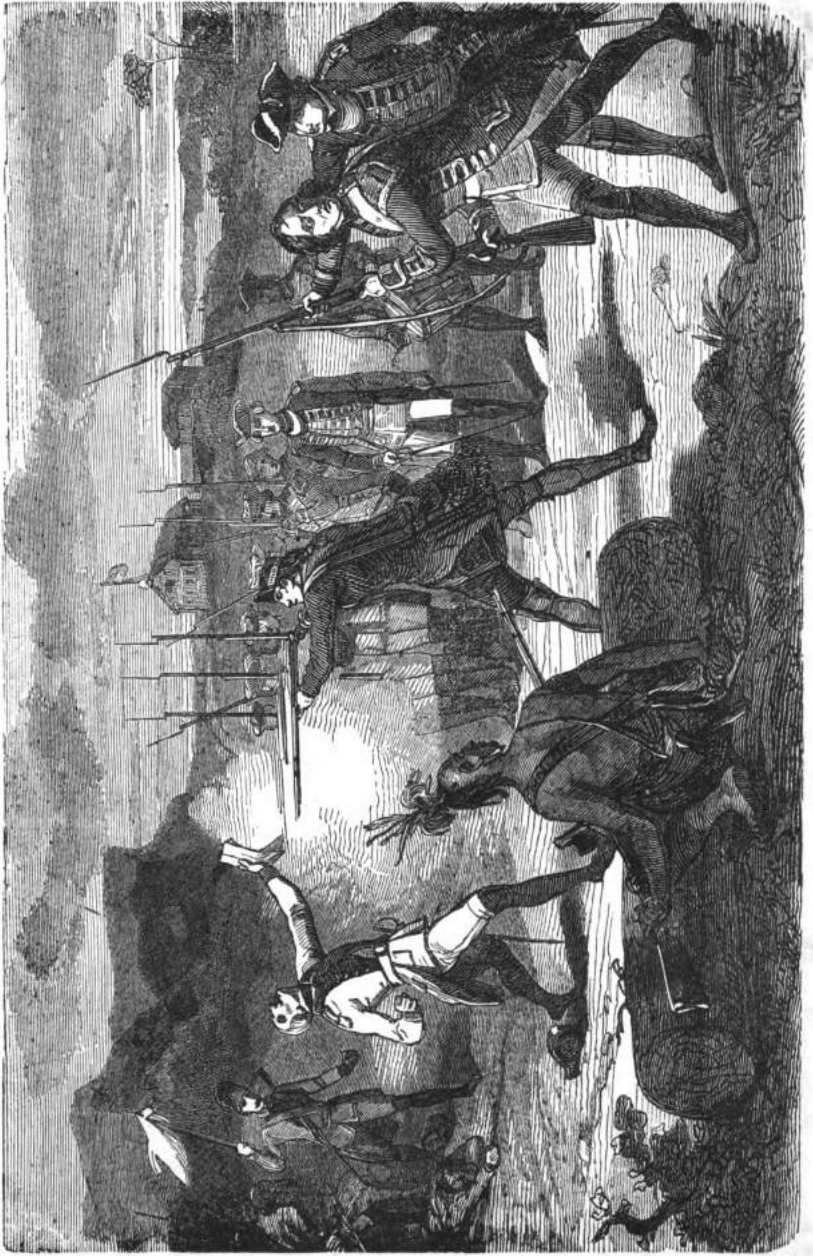
Como los grandes sucesos que acabamos de relatar abrazan los años de 1750 , á 56 , juntaremos á ellos algunos pormenores particulares que completarán la historia de esos seis años durante los cuales se sucitó la guerra del Canadá , á la que consagramos un capítulo aparte. Uno de esos pormenores particulares, el que mas regocijó á la córte por su originalidad , fué el improvisado enlace de la duquesa de Boufflers con el duque de Luxemburgo.

El 28 de junio en ocasion en que Luis XV se hallaba en Bellevue en casa de Madama de Pompadour, el duque de Luxemburgo fué á rogarle que honrara con su firma el contrato que acaba de hacer estender, el cual contenia las cláusulas de su casamiento con la duquesa de Boufflers, quien, viuda tres años habia, debutió en la córte en el año de 1734, siendo dama de palacio sobre aquella época en que el rey abandonaba á su esposa. Era amable, seductora y graciosa y ocupó luego un distinguido rango en la licenciosa córte de Choisy.

A los ocho dias fué nombrado M. de Luxemburgo para el cargo de capitan de guardias, vacante por fallecimiento del mariscal de Harcourt.

El 10 de diciembre falleció el mariscal de Saxe en Chambord, posesion que le regalara el rey; mas como no pudiese este, con motivo de la religion que profesaba el difunto, concederle iguales honores que á M. de Turenna, mandó que se enterrara en Strasburgo, y que los gastos de transporte, inhumacion y mausoleo corriese á cargo del real tesoro; encargándose á Pigale que ejecutara, como lo hizo, el monumento del vencedor de Fontenoy y de Raucoux. Tenia cincuenta y cuatro años.

El 22 de enero de 1751, fundó el rey el colegio militar, en



Asesinato de Jaconville.





donde debian ser alojados , mantenidos y educados gratuitamente quinientos gentileshombres franceses, dando la preferencia á aquellos cuyos padres hubieran muerto estando en el servicio del rey ó que estuvieran aun sirviendo en sus ejércitos. Era el complemento de la idea de los Inválidos, con la diferencia de que Luis XIV empezó por donde debia acabar.

El 12 de setiembre la delfina dió á luz el duque de Borgoña.

El 4 de febrero de 1752, falleció el duque de Orleans en Santa Genoveva, en donde se habia retirado desde algunos años, despues de haber entregado á las llamas los mejores cuadros de su galería, porque representaban desnudeces.

El 29 de junio fallecio en Roma el cardenal Alberoni. Es el que vimos figurar en la conspiracion del príncipe de Cellamare y el que agitó á Europa para formar de España la potencia que mas tarde fué : pues en el momento de su fallecimiento , poseia esta nacion el reino de las Dos Sicilias, que habia invadido, y esos ducados de Parma y Placencia que él reclamaba.

El 28 de febrero de 1753, falleció á su vez la duquesa du Maine.

El 23 de agosto de 1754 , dió á luz la delfina un príncipe que recibió el nombre de duque de Berry, quien fué mas tarde el rey Luis XVI.

Los sucesos mas importantes del resto del año de 1755 fueron el fallecimiento de Montesquieu , el de M. de Lovendahl y el del príncipe de Dombes.

El año de 1756, durante el cual se esparció por Francia la inoculacion bajo la proteccion del duque de Orleans , llénante particularmente los sucesos del Canadá.

Por lo demás , durante esos seis años , en vez de disminuir el poder de Madama de Pompadour este habia aumentando aun; porque á la avidez del dinero y propiedades que se le podia echar en cara, juntaba la favorita grandes cualidades. Poseia aquellos sen-

timientos generosos y artísticos de que carecía el rey por completo. Cuando cedió cobardemente Luis XV á las exigencias de Inglaterra, prometiéndole desterrar al pretendiente; cuando obedeciendo la órden del gabinete de Lóndres, hizo prenderle en medio de la calle y conducirle á la frontera de Francia, á donde acababa de llegar, viéndose en sus brazos la señal de la cuerda con que fué atado, empleó todo su poder para oponerse á aquel destierro y aquel arresto. Espuso su crédito y fortuna en una lucha en que no escaseó las verdades á su real amante; y cuando estuvo cumplida la obra, pronunció en alta voz estas palabras que la Europa pronunciára en voz baja: —Señor, es una cobardía.

Verdad es que estaba entretanto haciendo fundaciones menos honrosas.

Habiendo comprendido la pobre muger que aquella mision que Madama de Maintenon consideraba imposible, esto es, la de divertir á un hombre que no puede divertirse, merecía muy bien alguna indulgencia pontifical, inventó el Parque de los Ciervos. Fué aquella la vez primera que se presentó á la mente de una favorita el proporcionar un serrallo á su querido; pero la inteligente duquesa habia comprendido que su real amante era ante todo hombre de costumbres, y que por consiguiente la variedad era en él una distraccion sin que fuera un peligro. ¿Qué era, pues, el Parque de los Ciervos? un harem de Bagdad ó de Samarcanda en donde cada esclava estaba desterrada despues de haberle cabido el honor de dormir con su señor. Las que no dejaban allí mas que su honra, recibian por premio una dote, y gracias á esta, se las casaba en la vecindad ó en los cortijos; pero las que lograban ser madres, veían á sus hijos entrar en la carrera eclesiástica ó en el ejército.

Poco le importaban, pues, á Madama de Pompadour todas aquellas esclavas de un instante, mientras que fuera la sultana favorita, ó al menos la Scheherazada que debia por su espíritu, su arte y sus cuentos, divertir al sultan durante mil y una noches.

## CAPÍTULO XV.

En la época en que escribimos estas líneas cumplen justos cien años que Inglaterra y Francia, estas antiguas enemigas de Creci, Poitiers y Azincourt, se preparaban para perseguir en el Océano la lucha continental que sostenian cinco siglos habia, la que vimos terminar con la batalla de Fontenoy. Echemos una mirada en el mapa del mundo en 1750, y espliquemos cual era su potencia respectiva.

Cien años atrás no poseía Inglaterra mas que cinco factorias en la India: Bombay, Bejapour, Madrás, Calcuta y Chandernagor. En la América del norte, tenia solo Terra-Nova y aquella parte del litoral que se estiende cual franja desde la Acadia á las Floridas. Su única posesion en el banco de Bahama, eran las Islas Lucayas, en las Pequeñas Antillas, Barbuda; en el golfo americano, Jamaica, y no tenia por toda estacion en el Océano equinoccial mas que Santa Elena, de funesta memoria.

Francia por el contrario, tenia la doble supremacia continental y colonial. Poseía toda aquella línea de fortalezas construidas por Vauban, llaves de los Países Bajos y que se estienden de Filipsburgo á Dunkerque. Sus ejércitos ocupaban á Córcega, y por medio del tratado de 1748 acababa de adquirir una influencia protectora en Génova, Módena, Parma, Placencia y Guastalla.

Como potencia colonial, tenia casi todas las Antillas: Sus colonias de Acadia, del Canadá y de la Luisiana, adquirian cada dia mayor estension. Tenia Quebec, Montreal, Móbila y Nueva Orleans; los fuertes de Fontenoy, San Carlos, Pedro y Maurepas se elevaban á porfia en los lagos del Canadá. El fuerte la Reina dominaba el rio de los Aneniboins. Tenia en los lagos Onipeg, los fuertes Delfin y Borbon. En Africa el Senegal y Goreo. Colonizaba á Madagascar y tenia por parada á la India cuyo poder domina á la isla de Francia. Cuando llegemos al año de 1848 harémos un cuadro comparativo de lo que ha ganado y de lo que hemos perdido.

Volvamos á tratar de las causas de nuestra nueva ruptura con Inglaterra. Esta nacion habia recibido parte de la Acadia por medio del tratado de Utrecht. Los límites del territorio que se le habian cedido y los de las tierras que nos habíamos quedado para nosotros estaban mal fijados y dejaban en litigio una especie de terreno vagó. Sobre este terreno cuya propiedad era mas que contestable, habian los ingleses construido el fuerte llamado de la Necesidad, en el que pusieron una guarnicion bastante considerable cuyo mando confiaron el mayor Washington. El comandante de las tropas francesas en el Ohio, M. de Contrecoeur, mandó entonces á M. de Jumonville, uno de sus oficiales á dicho fuerte con encargo de entregar al mayor Washington una carta en la que le rogaba que no turbare, por medio de una posesion ilegal, la paz que reinaba entre ambas potencias y que se retirára á la parte de los terrenos ingleses que no eran susceptibles de discusion. Tomó M. de Jumonville treinta hombres y se puso en camino, mas á corta distancia del fuerte oyó una descarga de fusilería y vió que se hallaba rodeado por completo. Avanzó entonces solo hácia los que le atacaban mandando hacer alto á su reducida partida, hizo con la mano una seña, y reconocido que fué como parlamento, comenzó la lectura de la carta de que era dador, mas á las





La condesa Dubarry.

primeras palabras que pronunció, una segunda descarga le tendió al suelo junto con ocho de sus soldados, quedando los demás prisioneros, excepto un canadiense que pudo salvarse y llevar al comandante la noticia de aquella violacion del derecho de gentes.

Mientras el canadiense llevaba aquella noticia al comandante Contrecoeur, el mayor Washington daba iguales órdenes que hubiera dado en tiempo de guerra declarada, y poniéndose al frente de cuatrocientos hombres, marchaba contra los puestos avanzados franceses, pero á penas hubo caminado algunas leguas, cuando fué advertido por los salvages que una numerosa tropa marchaba á su encuentro con objeto de vengar el asesinato de Jumonville. En efecto, era el comandante M. de Villiers, hermano de la víctima, quien habia recibido del comandante la mision de castigar á los asesinos de su hermano y hacerse entregar los prisioneros; pero el mayor Washington se retiró en el fuerte y esperó allí á los franceses.

Puso en él sitio M. de Villiers, mas despues de una enérgica defensa, empujado mas enérgicamente aun, tuvo Washington que rendirse. Estipulóse en la capitulacion, la que fué mas favorable á los ingleses de lo que estos podian apetecer, que la guarnicion se retiraria en su territorio, sin que se la hostigára, con armas y bagages; pero la muerte de Jumonville se calificó de asesinato. El mayor Washington por su parte, se obligó á devolver los prisioneros franceses, á quienes habia ya mandado á Borton; mas, cosa estraña, aquellos veinte y dos hombres quedaron reducidos á siete, sin que nunca se llegára á saber lo que se hizo de los quince restantes. El mayor Washington es el mismo sugeto á quien Francia, olvidando lo pasado, ofreció mas tarde su ayuda en la guerra de la independenciam.

El asesinato tuvo lugar el dia 24 de Mayo de 1754, y la toma del fuerte el 3 de julio del propio año. Hizo Francia sus reclamaciones al gabinete de Lóndres, pero este dió, como siempre una



respuesta evasiva, y luego, sin que á ello precediera ninguna declaración de guerra, y haciendo en el mar lo que Federico iba á hacer en el continente, súpose en París que las escuadras británicas habian capturado varios buques mercantes y algunos de guerra, sin advertencia alguna.

Empezaron las hostilidades en los bancos de Terra-Nova, es decir, en las mismas regiones en donde acababan de acontecer los sucesos de que hemos hablado.

El 3 de junio de 1755, un año despues de la aventura de Jumonville, el almirante Boscawen, al frente de una escuadra de trece embarcaciones de guerra, halló los buques de la marina real el *Alcide* y el *Lys*, acercóse á ellos con amistosas apariencias, y en un cerrar y abrir de ojos les cercó y atacó. Ambos buques formaban parte de la escuadra de M. Dubois de la Motte y tenian por comandante, el primero á M. Mocquart, y el segundo á M. de Lorgénil. Sirvió de pretexto á aquel brusco ataque la pretension emitida por el almirante, y á la cual se negaron ambos capitanes, de hacer saludar la bandera inglesa. Despues de una heroica defensa ambos buques fueron apresados. A los pocos días cúpole igual suerte á el *Espérance*, que viajaba con bandera blanca y cuyo comandante, M. de Douville, despues de haberse batido cual leon, fué cogido y conducido á Lóndres en donde declaró que lejos de creerse prisionero de una nacion civilizada, se consideraba esclavo de una partida de piratas.

Esos tres acontecimientos podian ser un accidente como el que los ingleses titularon *sorpresa* de Jumonville, apesar de que la capitulacion de la fortaleza de la Necesidad reconoció que era un asesinato.

Esperábase sin embargo obtener todavía justicia por medio de negociacion, cuando se supo en Versalles que durante el mes que acababa de fenecer, habian los ingleses apresado sesenta y cuatro embarcaciones que venian de nuestras islas, cinco barcos negre-

ros con cargamento de 2000 negros, veinte y seis buques con mercancías y provisiones para nuestras islas, otro que hacia rumbo hácia Crimea, dos de la compañía de las Indias, de los que uno se dirigia al Senegal y el otro regresaba del mismo punto, sesenta y seis navíos de la pesca de Terra-Nova, dos buques que volvian de la bellena, veinte y dos que se dirigian unos al Canadá con provisiones y otros volvian de dicho punto, y veinte y siete que hacian el gran cabatage tanto en las costas de Francia como en las colonias, ascendiendo juntos á trescientas embarcaciones. Teníamos, pues, á consecuencia de tal redada, cerca de diez mil prisioneros en Inglaterra.

El ministro de Estado de los negocios estrangeros en Lóndres, era á la sazón Enrique Fox, mas tarde Lord Holland, enemigo declarado de Francia, quien nos legó á su hijo Cárlos, enemigo mas encarnizado aun y sobre todo mas terrible.

Hostigado en sus últimos atrincheramientos por el gabinete de Versalles, quien pedia como se habian podido cometer semejantes actos estando en completa paz, respondió el ministro inglés: que el estado de guerra no resultaba siempre entre naciones de combates reales, sino de ciertas medidas que anunciaban hostilidades; que los armamentos de Francia eran públicos; que esta nacion estaba preparando grandes escuadras y trasportaba incesantemente tropas al Canadá, y que en tales circunstancias no tuvo el gobierno británico necesidad de tomar consejo mas que de sus intereses y obrar vigorosamente á fin de conservar la dignidad de la nacion.

Esa insolente respuesta fué seguida de una nota mas insolente todavía, en la que el ministro británico pedia que se desarmára inmediatamente la flota francesa y se arrasáran las fortificaciones de Dunkerque, despues de cuya operacion daria esplicaciones sobre los asuntos del Canadá y en general sobre los de la América del norte.

Respondió entónces M. de Rouille en nombre del rey: — que cuanto acababa de pasar era solo un gran sistema de piratería, indigno de un pueblo civilizado; que no solo habia Inglaterra apresado los buques del rey de Francia, sino que se habia apoderado de buques mercantes por un valor de mas de treinta millones, y que el gabinete de Versalles pedia inmediatamente reparacion de aquel acto hostil.

Habiéndose negado á ello el gobierno inglés, pidió sus pasaportes nuestro embajador, M. de Mirepoix, y quedó declarada la guerra.

Por lo demás, no tardaron en salir á luz las disposiciones de Inglaterra. Un mes despues del combate naval en que sucumbieron el *Alcide* y el *Lys*, tuvo lugar un encuentro en el Ohio, cerca del fuerte Duquesne entre los franceses é ingleses al mando del general Bradock. Batidos que fueron los ingleses, muertos sus oficiales y tomados sus almacenes y provisiones, halláronse las instrucciones dadas al general por el gabinete de Lóndres, las que probaban con su fecha que en medio de la mas perfecta paz, estaba el gobierno inglés haciendo sus preparativos para traspasar los límites de Acadia é invadir la mayor parte de nuestros establecimientos de América. Consistia el plan en enviar grandes escuadras inglesas para que cerráran la entrada del rio San Lorenzo á los franceses, mientras que cuatro ejércitos atacarían las últimas líneas de nuestras colonias. En medio de ese plan, era la mision particular del general Bradock tomar el fuerte Duquesne y volver á subir el Ohio pasando el lago Erié, para hallarse con M. Shirlep, quien le estaba aguardando en Choagen con cinco mil hombres, barcas y cañones. Reunidos que hubieran estado, debian obrar de comun acuerdo y tomar á Niágara y Frontenac, mientras que el coronel Johnson se habria apoderado del fuerte Felipe, del lago Champlain y del rio Richelieu y puéstose en estado de tomar en la primavera á Montreal, en tanto que otro

ejército inglés habria penetrado hasta Quebec por el rio San Juan; pero felizmente abortó dicho plan al caer en nuestras manos. La escuadra de M. Dubois de la Motte, á quien habian quitado el *Alcide* y el *Lys*, se componia aun de siete buques y habia desembarcado á M. de Dieskau con tropas de desembarco. Hallábamnos, pues, en estado de defensa; y los salvages, por otra parte, que tanto odiaban á los ingleses, nos prometian ser nuestros poderosos auxiliares.

Pero desgraciadamente despues de haber batido un cuerpo de 1500 hombres cerca del lago San Jorge, y de haberles perseguido hasta las trincheras del general Jackson, fué Dieskau herido y hecho prisionero. Sin embargo, vigilados por nosotros los ingleses, viéronse obligados no tan solo á renunciar á su vasto plan, sino tambien á mantenerse en la defensiva. Por otra parte, esperaba un nuevo gefe que debia encargarse del mando de nuestras tropas; era este Luis José de Saint-Verant, marqués de Montcalm, uno de los generales mas valientes del ejército francés, en cuyas venas no habia degenerado la sangre de los Gozon. Era dueño de aquellos grandes bosques de la Dragonera, en donde su abuelo ejercitaba sus perros al ataque de la serpiente. Corta será su carrera, pero brillante, gloriosa y rápida cual la de la bomba que le abrió la tumba.

Entretanto devolvióse en Europa á los ingleses el golpe de mano que habian intentado en América. Inglaterra tenia en el Mediterráneo un apostadero que les interesaba tanto como Gibraltar, y tal vez mas aun. Felipe V, en tiempo de sus desgracias, dejó caer aquella perla de entre sus manos, recogieronla los ingleses é hicieron de ella una de las joyas de su corona. Aludimos á la isla de Menorca.

Tratóse, pues, de apoderarse de dicha isla y con ella cortar las comunicaciones de los ingleses con su aliado el rey de Cerdeña, estorbando así su navegacion en el levante y en Italia. El puerto

de Mahon, uno de los mas bellos de Europa daba asilo á las flotas estraviadas por el Mediterráneo, por este gran lago de que conservan la entrada, pero del que éramos los verdaderos dueños. En caso de salir una guerra desgraciada, la rendicion de Mahon podia resolver grandes dificultades para el restablecimiento de la paz; en caso contrario, habiendo pasado á ser propiedad nuestra, podíamos negociar con España, la que nos hubiera dado en cambio cuanto hubiésemos querido en el golfo de Méjico. Verdad es que el fuerte de Felipe V es tenido por inexpugnable, pero dejaba de serlo encargándolo á Richelieu, general propio para bruscos ataques y empresas insensatas. No era inmoble la columna de Fontenoy? Sin embargo, fué destruida por Richelieu.

Encargósele, pues, el mando absoluto de mar y tierra; pusiéronsele cincuenta mil luises en las arcas, y se le dió la flota de las Hieres, al mando de M. de la Galissonniere, compuesta de doce buques de línea, y aumentada con diez y ocho embarcaciones de transporte. Hizose á la vela aquella magnífica escuadra; pero, á donde se dirigia? No debia saberse sino despues de haberse apoderado del fuerte de San Felipe.

Pero como el mar es aliado de los ingleses, una tempestad vino á quebrantar la marcha de la flota, cuyos buques erraron dispersos por espacio de tres dias, reuniéndose solo el 19 de abril á la vista de Menorca. El 25 del mismo mes, el mariscal fué á reconocer la plaza de su campo echando al propio tiempo una ojeada sobre el fuerte de Felipe, el que vió formado de roca igual y con fosos de treinta piés de profundidad contruidos en el granito. Imposible era abrir trinchera en aquella impenetrable roca contra la que nada podia el cañon, debia escalarse cual ciudadela y no se sabia si habria escaleras propias para ello.

Entre tanto, obsequiaba Richelieu á las damas menorquinas; mandóles frutas y dulces, y se informó de si habia entre las producciones de Francia algun objeto que pudiera convenirles. Lue-

go, temiendo que el bueno cuanto espirituoso vino de España, de que estaban llenas las bodegas de la poblacion, embriagára á sus soldados :

— Muchachos, les dijo, el soldado que llegue á emborracharse, se le privará del honor de presentarse á la trinchera.

Divisóse luego una flota; era la del almirante Byng, que iba en su ayuda. El mariscal cedió entónces mil hombres á La Galissonniere para reforzar sus soldados de marina, y determinó dar el asalto y batirse á la vez por mar, con lo cual ofreció un doble espectáculo á los menorquines.

El almirante inglés fué completamente vencido, y Richelieu se apoderó aquel mismo dia de los puestos avanzados. En suma, durante la noche del 27 al 28 de junio, tomóles tres de los cinco fuertes que tenian, lo que motivó un proyecto de capitulacion que recibió por conducto de tres diputados, á las doce del propio dia 28, el cual fué discutido y firmado aquella misma noche. El 29, rendidas ya todas las fortalezas, salió M. de Fronsac, hijo del duque de Richelieu, para llevar la noticia á Compiègne.

Nada tenia que hacer ya el duque en Menorca, de donde hubiera salido despues de su conquista, á no carecer del consentimiento del rey. Contaba desgraciadamente en la córte con menos amigos que enemigos, y en el número de estos últimos se hallaba Madama de Pompadour, quien habiendo concebido la feliz idea de casar á su hija Alejandrina con M. de Fronsac, y hablado de ello á Richelieu, obtuvo por toda respuesta que sin embargo de que se consideraria este muy honrado con semejante enlace, nada podia hacer sin la aprobacion de la emperatriz, en atencion á que su hijo era descendiente de la casa imperial de Lorena, por rama segunda. Comprendió la duquesa al momento aquella respuesta y no insistió, mas avivó el rencor que le llevara por el poco caso que de ella hizo la primera vez que la vió.

Hacíase entre tanto cuanto se podia para malquistar al duque

con el rey , y en vista de que no recibia el permiso para salir de Mahon , vióse obligado á fingirse enfermo , y gracias á los certificados de sus médicos y á las amenazas que estaba haciendo de tomarse aquella facultad sino se le concedia , no se atrevieron á negársela por mas tiempo. Dirigióse entónces á París , cuya entrada fué para él un verdadero triunfo , mas el rey le recibió con frialdad.

— Ah! héos aquí , señor duque , le dijo Luis XV. Y bien ! cómo habeis hallado los hijos de Menorca ? dícese que son muy buenos.

— Escelentes, Señor, contestó Richelieu , pero es menester proveerse de escaleras muy largas para poderles alcanzar.

Y pronunciado que hubo estas palabras , volvió la espalda al rey .

Cuando la salida de Richelieu , estábese aun vacilando por una alianza continental entre Federico y María Teresa , y á su regreso se estaba casi inclinado hácia el Austria , pero á pesar de que su hijo , como decia , tuviera el honor de descender de la casa imperial de Lorena , no era el duque partidario de la alianza austríaca. Las tradiciones todas de los grandes hombres del último siglo eran por la disminucion del poder imperial , la que persiguieran Enrique IV , Richelieu y Luis XIV. En el acto en que el puñal de Ravillac hizo fracasar la expedicion de Juliers , Enrique IV acababa de determinar con Sully un inmenso proyecto de que dicha expedicion-era prólogo. El mencionado proyecto cambiaba la faz de Europa , la que , con el nombre de república cristiana , iba á ser convertida en una confederacion universal. Señores Jacobinos de 1793. y partidarios de la montaña de 1848, escuchad: Era un proyecto de Enrique IV , y me direis si , desde que os estais ocupando en teorías , habeis hallado algo mas liberal , conforme se decia en el reinado de Carlos X ; algo mas radical , como se decia

en tiempo de Luis Felipe ; ó algo mas democrático , como se dice hoy día.

Apoderábase del Austria que tanto mal le hiciera de cien años acá , aun cuando no fuera sino por sus divisas *a, e, i, o, u*: *Austria est imperanda orbi universo* , aspira al imperio universal. Llegado que hubiera á Viena , predicaba una cruzada y espulsaba de Europa á los turcos. Fundaba luego una confederacion cristiana formada de quince estados : seis monarquías hereditarias, cinco monarquías electivas y cuatro repúblicas.

Las seis primeras eran Dinamarca , Suecia , Inglaterra , Francia , España y Lombardía.

La última , erigida en reino á favor del duque de Saboya , componíase de Saboya , Montferrato , el Milanés y el Mantuano.

Eran las segundas , Roma aumentada con Nápoles y la Calabria ; el imperio germánico, Bohemia , á la que se añadía la Lusacia , Silesia y Moravia ; Polonia , la que se aumentaba con las conquistas que debían hacerse en Rusia ; Hungría , engrandecida con una parte del Austria , Tirol y Corinto , y lo que debía conquistarse á los turcos.

Las cuatro repúblicas eran : la italiana , compuesta de todo el Norte de Italia entre el reino de Lombardía, los estados del Papa y el Véneto ; la de Venecia , aumentada con la Sicilia ; la Helvética , aumentada con el Franco Condado ; y por fin la Bélgica.

Todos esos Estados debían tener un consejo supremo encargado de mantener la paz universal , precaver las cuestiones , decidir sobre sus altercados , defender las fronteras , dirigir los ataques contra el que fuera declarado enemigo común , y velar en fin por la seguridad y bienestar de aquella armonía universal.

¿Sabia Ravailac el profundo amor por la humanidad de que estaba poseído aquel corazón que atravesaba con el puñal en la esquina de la calle de la Ferronnerie , en 14 de Mayo de 1610 ?

Pues bien ! aquel sueño del desmembramiento del Austria que



tuvo Enrique IV convertido en proyecto, y hasta tal vez en realidad en manos de Richelieu y de Luis XIV, iba á ser abandonado por Luis XV, gracias á la fatal influencia de madama de Pompadour.

Esa casa de Austria oscura y casi desconocida desde tres siglos y medio, solo llegó á elevarse á la monarquía de Cárlos V por medio de perpétuos combates contra todo principio de libertad y aun perdiendo en ellos á Suiza, Holanda, España y Nápoles, si bien le quedaban aun los húngaros, bohemios, brabantinos, toscanos y austríacos. Estendíase todavía su dominio desde Turquía á Felipsburgo y desde el Océano al Mediterráneo. Estaba lejos de ser lo que era doscientos años antes, pero era aun mas de lo que debía ser. En 1738 todo el imperio quedó momentáneamente reducido á la sola Hungría, y Alemania respiró entonces libremente. Vió María Teresa aquel abismo, le midió, y al llegar al poder comprendió que no podia conservarle sin la ayuda de la Francia. ¿Pero con que probabilidades contaba para vencer aquella instintiva repugnancia y culpar la política de tres hombres de las fuerzas de Enrique IV, Richelieu y Luis XIV? ¿No tenian en contra al Rey, el Delfín, los ministros y hasta la nacion entera? ¿Quién podia ser su aliada en semejante lucha? Madama de Pompadour.

Sí, madama de Pompadour, la hija de Mr. Poisson, de ese dependiente medio ahorcado, esa griseta que tuvo la suerte de casarse en primeras nupcias con un alcabalero, fué la aliada de María Teresa, hija y heredera de los Césares. Cosa admirable es la política, cuyo egoismo nivela todas las condiciones!

Aun cuando madama de Pompadour hubiera llegado casi á la altura de Luis XV, cuanto no debía descender María Teresa para llegar hasta ella! Sin embargo, cuando escribia á aquella muger, la llamaba *prima mia*.

Era tan estraña, tan inaudita y tan poco probable aquella alianza de Francia con Austria, que cuando Mr. de Caünitz, ministro

austríaco en Aix-la-Chapelle, habló de ella por vez primera á Mr. de Saint-Severin, á quien madama de Pompadour mandára á dicha ciudad para concluir la paz á cualquier precio que fuera, no quiso ocuparse en tal proyecto. Mas á la primera indicacion que María Teresa hizo á la favorita, esta, menos hábil en política que Enrique IV, Richelieu y Luis XIV, dejóse engañar envanecida con el título de *prima* con que la honró aquella soberana, muy distinto del de Zagalejo II que le dió Federico.

¿Qué se necesitaba, pues, para efectuar dicha alianza? Para la favorita no era mas que una bagatela: despedir á los rancios ministeriales que conservaban aun, tocante al Austria, las preocupaciones de Luis XIV, Richelieu y Enrique IV; y colocar al frente de los negocios estrangeros á ministros nulos ó que profesáran sus doctrinas.

Tegíase despacito y á la sombra la mencionada alianza, cuyos cómplices eran Mr. de Naremburg, ministro de la reina de Hungría, el abate de Bernis y madama de Pompadour. Hé aquí lo que proponia María Teresa.

*La emperatriz daba los Países Bajos al Duque de Parma y separaba de este modo de Holanda á los ingleses, por medio de un príncipe de la casa de Borbon, y arrasaba á Luxemburgo, el Gibraltar del Austria. Tomábamos á Mons; Polonia quedaba declarada libre y su trono hereditario; Suecia ganaba la Pomerania, á cuya union se invitaba á Dinamarca. Rusia era parte contratante y como Francia estaba en guerra con Inglaterra, aun que no quedára declarada de hecho, aquella liga de las grandes potencias del continente aminoraba el poder marítimo de la Gran Bretaña, á cuya union declaraba Austria renunciar para siempre.*

Al modo de ver de María Teresa, era aquel plan vasto y atrevido, mas habiéndole rechazado Luis XV, quien no miraba tan léjos ni tan alto, rogóle la emperatriz que presentára el suyo. Acu-

dió entonces el Rey á Mr. de Bernis, quien propuso un proyecto en dos líneas :

*Garantía respectiva de los Estados de ambas casas, comprendiendo á Prusia y esceptuando á Inglaterra.*

Súpose entonces que al principio de 1750 existia un tratado entre Inglaterra y Prusia.

Prusia fué escluida del plan, el cual fué simplificado, quedando reducido á esta sola línea :

*Garantías respectivas de los Estados de ambas casas.*

Y se firmó el tratado en 9 de mayo de 1756.

## CAPÍTULO XVI.



Entre tanto iban siguiendo las querellas religiosas y políticas motivadas por el impuesto de la vigésima. El Parlamento espidió un decreto acusando al cura párroco de Saint-Etienne-du-Mont, pero el rey hizo anularle por acuerdo del consejo. No dándose por vencido, publicó el Parlamento un decreto en forma de reglamento prohibiendo rehusar públicamente sacramento alguno, por falta de boletines de confesion ó de aceptación de la bula *Unigenitus*.

Estableció entonces el rey una comision compuesta de eclesiásticos y magistrados. Eran los primeros los cardenales de la Rochefoucauld y de Soubise, el Arzobispo de Ruan y el Obispo de Lion; y los segundos MM. Trudaine de la Granville y de Auriac, consejeros de Estado, y M. Joly de Fleury, antiguo procurador general del Parlamento. En 1735, esta habia hecho su oficio de comision, es decir, no habia hecho nada, y entre tanto iban las querellas cada dia en aumento. Denunciáronse el 18 de enero varios rehusos de sacramentos que habian tenido lugar en Orleans, á las religiosas de San Lupo, del Hospital y otras; el Parlamento mandó que se pasára á informe y el 25 impúsose al obispo de aquella diócesis una multa de seis mil libras, pagadera sin demora; pero el 24 evocóse el conocimiento del asunto por acuerdo del consejo, anulándose el decreto del Parlamento. Esto determinó

amonestar al rey sobre el acuerdo del consejo. Esa contradicción parlamentaria en vez de disminuir las negativas de sacramentos, habiendo á tal punto aumentado en 22 de febrero siguiente, y siendo disputada por el clero la competencia de los magistrados, espidió el rey al parlamento letras patentes, mandándole sobreseer cualquier persecucion y procedimiento que hubiera entablado tocante al asunto de las negativas de sacramentos, hasta tanto que mandare lo contrario, so pena de desobediencia.

El dia 23 del propio febrero, acordó el parlamento hacer amonestaciones al rey sobre dichas letras patentes, y habiéndoselas dirigido el dia 4 de mayo, se negó á recibirlas y mandó se procediera al registro de las mencionadas letras.

El 7 de mayo decretó el parlamento que no pudiendo obtemperar los antojos del rey sin faltar á su deber y á su juramento cesaba de hacer administracion de justicia. Desterráronse entonces á los presidentes y magistrados del tribunal de apelacion, cuatro de los cuales fueron detenidos y conducidos á la cárcel. Los parlamentos de Aix, Tolosa y Ruan siguieron el ejemplo del de París. Habiendo el de Ruan perseguido al obispo de Evreux, su procedimiento pareció demasiado enérgico á la córte, y no solo fue anulado por acuerdo del consejo, sino que para que no quedára rastro alguno, trasladóse á Ruan el marqués de Fougere, de orden del rey, hízose entregar los registros y mandó rayar y borrar en su presencia los autos, decretos y resoluciones de aquella corporacion, la que determinó hacer las debidas amonestaciones al monarca.

El parlamento de Rennes sin turbarse por las reales ejecuciones, entró á su vez en la palestra: el 19 de agosto de 1754, condenó al obispo de Vannes á seis mil libras de multa, pagaderas incontinenti, por haber prohibido que se celebrára un funeral para el eterno descanso del cura-párroco de Karosac, y le mandó que se celebráran las exequias en el término de ocho dias, so pena

de ser tratado como infractor de las leyes del reino y fautor del cisma.

El 4 de setiembre suprimió Luis XV la Real Sala que estableciera para juzgar las causas en ausencia del parlamento y restableció en sus funciones al de París, el cual se decidió á proceder al registro del decreto de 2 de setiembre, que imponía callamiento perpétuo sobre las cuestiones de religion, y le encargaba el exacto cumplimiento de aquella disposicion, con lo que faltando el parlamento se convertia el rey en juez. El dia 2 de enero de 1755 desterró al obispo de Troyes á Mery-sur-Seine, por haber autorizado la negativa de los sacramentos, y el 15 del mismo mes decretó la prision del cura-párroco de Santa Margarita de París por haberse negado á administrales á la señora de Perth, y el 8 del siguiente mayo se le condenó á dèstierro perpétuo. El 18 de marzo espidió el parlamento un decreto declarando abusivas las deliberaciones del cabildo de Orleans, por haberse privado de los sacramentos al señor Cognion, miembro del propio cabildo, y admitió al procurador general apelando del abuso de la ejecucion de la bula *Unigenitus*; mas el 4 de abril fué anulado el antedicho decreto por acuerdo del consejo, en atencion á que, por varias disposiciones del rey la bula *Unigenitus* era declarada regla de la Iglesia y del Estado.

El 23 de mayo abrióse en los Agustinos la asamblea del clero y dió diez y seis millones al rey; terminando sus sesiones con una carta circular dirigida á los arzobispos y obispos del reino, en la que esponia los sentimientos de los prelados que componian aquella corporacion, sobre el grado de respeto debido á la bula *Unigenitus*. Apoderóse el parlamento de esa infraccion á la declaracion del 2 de setiembre, la que imponía silencio relativamente á la bula; la asamblea hizo entónces nuevas representaciones á S. M. y los parlamentos de Ruan, Aix y Burdeos mandaron la

supresion de aquella circular como contraria á las leyes y usos de la nacion.

El dia 17 de noviembre de 1755 nació el duque de Provenza, quien fué mas tarde Luis XVIII. El 12 de abril hizo el parlamento rasgar y quemar por manos del verdugo, una instruccion pastoral del obispo de Troyes sobre el cisma. Este prelado publicó á su vez en 6 de junio, un mandamiento por el que condenaba y anulaba el decreto del parlamento, prohibiendo leerle ó conservarle, so pena de escomunion, lo que le valió el destierro al extremo de la Alsacia, en la abadía de Meurbach, de órden del rey.

El 15 de junio nació el duque de Borbón, padre del de Enghien, quien fué fusilado en los fosos de Vincennes, al que veremos morir á su vez, colgado de la falleba de una ventana de su palacio de Chantilly.

El 24 de agosto tuvo el rey su sόlio de justicia en Versalles é hizo registrar tres declaraciones: la primera era relativa al establecimiento de una segunda vigésima igual á la de 1749; la segunda, imponia la continuacion por espacio de diez años, de dos sueldos para el impuesto de la décima; y la tercera, para la próroga de algunos derechos de entrada en la villa de París.

El 17 de diciembre decretó el parlamento la supresion del breve del papa, fechado el 16 de octubre. En suma, el 23 del propio mes de diciembre, hubo trono de Justicia en el mismo, en el que el rey hizo registrar en su presencia: 1.º una declaracion por la que se renovaba la órden de la observancia del silencio prescrito sobre materias de la bula, mandando que las causas civiles relativas á la administracion y negativa de los sacramentos pasasen á los jueces reales para los casos privilegiados, y dando además una amnistía general como olvido de lo pasado. 2.º Un edicto suprimiendo dos Salas de Pruebas y todos los presidentes de las cinco salas de iguales materias. Y 3.º Otra declaracion que contenia el reglamento para la disciplina del parlamento, declaracion que

acababa con las querellas, pero no con los odios. Todos aquellos rehusos de sacramentos y sepulturas, todos aquellos decretos del parlamento y contra decretos del consejo, el destierro de los consejeros y presidentes, la ausencia de la justicia y todos aquellos impuestos tan duros y tan pesados, hacían correr como un estremecimiento de tempestad en el tropel de aquel pueblo, que había seis años no veía á su rey, y que no oyendo hablar de él sino á los recaudadores, alguaciles y agentes de policía, había llegado á no amarle y hasta iba aborreciéndole. Así es que de dos ó tres años las relaciones que hacía el teniente de policía eran sombrías y amenazadoras; no ocultaba ya al rey las amenazas que contra él oía proferir todos los días, y hasta aconsejaba á Madama de Pompadour á que velara para que no se cometiera algun crimen. Por su parte recibía esta cartas y más cartas, casi todas ellas insultantes, y algunas indicándole complots, ya contra el rey, ya contra ella misma, ya en fin contra el duque de Borgoña, pobre niño á quien se amenazaba con la muerte de aquel otro príncipe cuyo nombre llevaba, y quien debía en realidad morir muy pronto. Habíase ya levantado el puñal de Macbeth.

El 5 de enero de 1757, á eso de las cinco de la tarde, sin embargo de que Luis XV había regresado hacia poco de Brianon en donde había visitado á sus augustas hijas, disponiéndose para volver, salió de su cuarto con el delfín y parte de su servidumbre y se dirigió hácia la escalera abajo de la que se estaba aguardando un coche. Era ya de noche y hacía bastante frío, por lo que todos se cubrieron con sus levitas, poniéndose el rey dos, una de ellas forrada. En el acto en que iba á poner el pié en el coche, precipitose sobre él un hombre, oyéndosele esclamar al momento:

¡Oh! me han dado un terrible puñetazo. Mas luego, habiéndose pasado la mano por debajo de la chupa y retirádola teñida con sangre, estoy herido, dijo.

Volvióse entónces y divisando junto á él á un hombre que perma-



necia con la cabeza cubierta: — Ese hombre me ha herido, dijo; detenedle, pero no le hagais ningun mal.

Un criado se echó de repente sobre el asesino y le detuvo. Luego apoderándose de él los guardias de corps, condujéronle á su sala y le registraron, habiéndole hallado en su faltriquera el arma con que acababa de herir á Luis XV. Era una navaja con dos hojas, de las que una era de forma ordinaria, larga y puntiaguda, y la otra á modo de corta plumas y de cinco pulgadas de largo. Servióse de esta última, pero tuvo el tiempo y serenidad suficientes para enjuarla. Hallósele además treinta y siete lises en monedas de oro, algunas de plata y un libro titulado: *Instrucciones y preces cristianas*. No intentó huir ni ocultar su nombre, y declaró llamarse Francisco Damiens. Igual pronombre que Ravailiac.

Luego, como poseido de remordimiento, exclamó: — ¡Vélese por el delfin! ¡qué no salga hoy!

Esa exclamacion hizo presumir que Damiens tenia cómplices, creencia que vino á aumentar la declaracion de un guardia de la puerta, quien manifestó haber oido, un cuarto de hora antes de acaecer aquel suceso, que un sugeto decia al asesino: — ¿Estás dispuesto? Y que Damiens contestó: — Estoy esperando.

Entónces al objeto de continuar ese interrogatorio estrajudicial, y obtener del asesino una mas completa revelacion, principiaron los guardias á darle tormentos.

Acercáronle al fuego y atenceáronle los tobillos con tenazas calientes, pero por agudo que fuera el dolor que sintiera, apenas dejó escapar algunos gemidos; por otra parte, hallábase en manos de soldados gentileshombres, quienes se cansaron muy pronto del oficio de verdugo. Llegó entretanto el preboste, á quien tocaba instruir las primeras diligencias de las causas por crímenes de lesa magestad, se apoderó del culpable y le condujo á la cárcel.

En cuanto al rey, quien mostró en un principio tanta serenidad

y cuyas primeras palabras fueron encargar que no se hiciera mal alguno al asesino, regresó á su cuarto y se metió en cama. De repente apoderóse de él un temor, era este de que estuviera envenenada la hoja de la navaja con que se le hirió, llegando á tal punto á dominarle, que delegó sus poderes al delfin y pidió por confesarse.

Circuló al momento un grito general de Versalles á París: «Han asesinado al rey.» Luego, cual si fuera por sí mismas, echáronse al vuelo las campanas y el arzobispo de París mandó hacer rogativas por espacio de cuarenta horas.

Apesar de que Lamartiniere, médico de cámara, anunciára abiertamente que la herida no era grave, no se recobró la calma hasta tanto que quitándose el aparato, se vió la llaga no solamente leve, sino sana. Los temores cedieron el campo entónces á las conjeturas. ¿Cuáles eran las causas del asesinato? ¿Tenia el asesino cómplices? ¿Qué jurisdiccion, en fin, debia entender en el asunto?

El 15 de enero restablecido ya de su herida, cortó el rey la última cuestion encargando la instruccion de la causa á la primera Sala del parlamento de París.

El proceso de Damiens, cual el de Ravailac, fué sombrío y misterioso. Eran dos hombres de igual temple. De duro cuerpo y alma insensible; como Ravailac, no hizo Damiens ninguna revelacion, ó si hizo, comprometerian á tan altos personajes que, como las de Ravailac, permanecieron secretas. Cual este, fué Damiens sentenciado al suplicio de los regicidas.

El 28 de marzo de 1757, á las tres de la tarde, fuéronle á buscar á su cárcel para conducirlo á la plaza de Greve. Habíanse tomado toda clase de precauciones para evitar tumultos y dejar al suplicio todo el terrible desarrollo que debia tener. A eso de las cinco colocóse en el cadalso, en donde fué desnudado por el verdugo, y pudo mirar por algunos instantes aquellos miembros

que magullados por los tormentos, iban á ser despedazados por el descuartizamiento. Admiró á todos la calma con que hizo tal exámen y la firmeza de su mirada cuando trasportó por sí misma á la multitud que le rodeaba.

Hábase levantado el cadalso á una altura de cinco piés y tenia ocho ó nueve de ancho. Sujetóse allí al reo, primero con cuerdas y luego con cadenas, las que le aguantaban por debajo los brazos y los muslos. Debiendo castigarse ante todo la mano con que hirió, quemáronse la con humo de azufre; al encenderse aquella lumbre dió un grito desgarrador, pero concluyó todo aquí, pues pasado que fué el primer dolor, levantó la cabeza y miró arder aquella su mano sin cólera, imprecaciones ni tan solo quejas. Quemada que fué la mano, empezóse á atenacarle: con la quijada de hierro del terrible instrumento, arrancáronsele las carnes de los brazos, telillas y muslos, echándole plomo derritido, aceite hirviendo y pez resina en todas las partes de su ensangrentado cuerpo en que se abría una llaga. A cada nueva herida, á cada nueva quemadura, oíase un grito, un solo grito para toda queja. Estos fueron los preliminares del suplicio, despues de los que se tendió á Damiens en una armadura á la altura de los caballos, bastante estrecha para que pudieran salirle las estremidades de los piés y manos.

La multitud disfrutó entónces de un espectáculo odioso al par que inesperado; por mas fuerza que tuvieran aquellos caballos, los muslos y nervios de la máquina humana lucharon contra ellos por espacio de una hora, y tres veces impelidos por el látigo hízoles retroceder otras tantas Damiens. Cortóle en fin á hachazos el verdugo los principales musculos, primero una pierna, luego otra, despues un brazo, y con todo vivia aun el paciente, pues tan solo al desmembramiento del último brazo consintió por fin en morir aquel informe tronco. Murió llevándose su secreto á la tumba, cual hizo Ravailac, y cual debia hacer Louvel; así es que

fueron acusados de complicidad en el asesinato los jansenistas, jesuitas, parlamentos, el arzobispo de París, y hasta el mismo delfín.

A consecuencia de aquella ejecucion, firmó el rey una orden de arresto contra M. de Argenson, y otra contra M. de Machault, ministro de marina.

Por aquella misma época exigió Luis XV una tercera dimision á M. de Rouillé, pero esa caída del ministro de negocios estrangeros reconoció otra causa. El marqués de Paulmuy, sobrino de M. de Argenson, ocupó el destino de este; M. de Moras, el de M. de Machault; y el abate conde de Bernis, el de M. de Rouillé.

No nos olvidemos, en medio de todo eso, consignar el fallecimiento de Fontanelle, el decano de los literatos de aquella época, y tipo de los egoistas de todos los tiempos. Tenia la edad de noventa y nueve años y once meses.

## CAPÍTULO XVII.

Apenas vió empeñada la guerra en el Canadá y la India, pensó Inglaterra en suscitar una guerra europea. Existía un tratado entre ella y Rusia, por en caso de que Francia invadiera á Hannover, esa posesion querida de Jorge II. Un cuerpo de ejército de 50,000 moscovitas debia hallarse dispuesto para obrar al servicio de Inglaterra, y en cambio de ese gasto de hombres, debia esta sufragar como siempre los demás, y pagar por anticipado 100,000 libras esterlinas á la emperatriz de Rusia. Dicho tratado fué anulado por la habilidad del marqués del Hospital, nuestro embajador cerca la corte de esta última nacion.

Egañada Inglaterra en sus esperanzas, volvióse hácia Prusia, firmándose un tratado entre ambas naciones el 16 de enero de 1756, mas el marqués de Valory, embajador en Berlin, dió pronto aviso al rey de que Federico iba á dirigirse á Sajonia como auxiliar del gabinete de Londres.

Justamente acababan de determinar en Viena una reunion en que cuatro grandes potencias debian tener cada una su representante. Eran éstos: el mariscal de Estrées, para Francia; el conde de Apraxin, para Rusia; el de Daun, para Austria; y el de Rosen, para Suecia. El objeto de dicha reunion era formar un comun plan de campaña contra el rey de Prusia. En caso de que su

insaciable ambicion y eterna sed de conquista, turbára aun la paz de Alemania, con menosprecio del tratado de Wesfalia, debian reunirse contra él las cuatro potencias antedichas, aplastarle de un comun esfuerzo y reducir á Prusia á las antiguas proporciones del electorado de Brandeburgo. Pero tomó Federico su partido en tanto que se estaba deliberando, y de 80,000 hombres que tenia sobre las armas, mientras que la Coalicion no tenia un solo ejército en línea, envió á Leipsick 60,000 al mando del príncipe Fernando de Brunswick.

Federico Augusto II, elector de Sajonia, dió á la vez un grito de sorpresa y de angustia, y se quejó á la Dieta y al emperador. Pidió lo que significaba aquella espantosa violacion del derecho germánico, y con que objeto Prusia se apoderaba de Sajonia, sin declaracion de guerra. Mas Federico contestó con aquella natural bondad de todos conocida, que si habia invadido á Sajonia, era por temor de que le precediera en ella el emperador de Austria. Sabia los proyectos de las cuatro potencias, y tambien que sus plenipotenciarios se hallaban reunidos en Viena contra él. Los Estados de que acababa de apoderarse, eran un depósito que le respondia de la integridad de la Prusia. Cercó entretanto el ejército sajón, hízole prisionero y le despojó de sus equipos, almacenes y armas, con objeto de que no cayeran en poder del enemigo, quien hubiera podido utilizarlo en contra suyo, devolviéndoselo al fin de la campaña, si como esperaba eran complacientes para con él los coaligados. Mientras tanto ocupó Dresde y Leipsick, confiando tal vez poderse quedar con estas plazas, segun el giro que tomáran las cosas. Prusia, esa gran serpiente cuya cola toca en Thionville y la cabeza en Memel, ha tenido siempre vivos deseos de tragarse á Sajonia.

Francia no podia ya retroceder, pues eran positivos sus compromisos con Sajonia y el imperio. Organizóse un ejército de 100,000 hombres, advirtiéndose á las Provincias Unidas, con objeto de con-

servar su neutralidad, que las fronteras de Holanda serian escrupulosamente respetadas, dividióse el ejército en tres cuerpos, encargando el mando del primero á Carlos de Rohan, príncipe de Soubise; el del segundo á Victor Francisco, conde de Broglie é hijo del mariscal; y el del tercero á Ivo Francisco Desmarets, conde de Maillebois. No eran estos por cierto los que mas convenian para luchar con un hombre de las fuerzas de Federico, pero los mariscales de Saxe y de Lowendahl habian ya fallecido, M. de Belle-Isle era anciano y amigo del gran Federico, M. de Richelieu que acababa de apoderarse de Mahon, se habia apoderado de esta plaza como se apoderaba de todo, por un golpe de mano; tenia valor para ejecutar una carga brillante, mas no la calma y génio necesarios para trazar un plan de campaña. Era un coronel de mosqueteros y no un general de ejército. Fué, pues, preciso contentarse con lo que se tenia.

Por su parte, el ejército austríaco con el en que íbamos á combinar nuestros movimientos, y el ruso que se ponía en campaña para entrar en línea con nosotros, no ofrecian capacidades superiores á las que pudiesen abandonarse ciegamente la conducta de la campaña. El príncipe Eugenio habia desaparecido, y el feld mariscal Braun, soldado de fortuna, habia reemplazado á Piccolomini. La escuela alemana sucedia, pues, á la saboyarda é italiana.

Los rusos avanzaban con 80,000 hombres, al mando del feld mariscal Apraxia, quien hizo, á las órdenes del mariscal Munich (el mismo á quien vimos prosiguiendo el sitio de Dantzick) sus primeras campañas contra los turcos. El ejército ruso, formado por Pedro I, era en aquella época lo que todavia es hoy; una inmensa máquina imparable, en la que puede siempre contar un hábil maquinista, que no avanza ni retrocede sino á las órdenes de sus gefes, y si bien se puede destruir, es imposible vencerle. No consiste todo en matar á un ruso, decia Napoleon, es preciso todavía empujarle para que caiga.

Sajonia tenia 35,000 hombres, pero desde el principio de la campaña habian sido cercados, divididos y desarmados. Habia pues, desaparecido la vanguardia de la coalicion, dejando á Federico el curso del Elba, en el que podia operar á su antojo, y las admirables posiciones estratégicas de Pyma, Dresde y Leipsick.

Suecia acababa de publicar un manifiesto, en el que anunciaba que en su calidad de garante del tratado de Westfalia, no podia impedir el que entráran sus tropas en los dominios del rey de Prusia, y en la division del ducado de Pomerania, para vengar las violadas constituciones del imperio, y obligar á aquel príncipe á que diera las satisfacciones que se le pedian. En su consecuencia, gracias á dos millones de subsidio que se mandaron al rey de Suecia, puso este 30,000 hombres en pié de guerra, destinados á operar en Pomerania; tropas experimentadas y escelentes, y en las que se mantenian aun vivientes las tradiciones de Gustavo Adolfo y Cárlos XII.

Así es que contra él y sus 80,000 hombres veia Federico avanzar á 180,000 franceses, divididos en tres cuerpos de ejército; el de Hanover, que marchaba recto á las posesiones inglesas en el continente; el de Westfalia, que amenazaba á Prusia en su flanco; y el de Silesia, que debia obrar de acuerdo con los austríacos contra Silesia y Sajonia. Luego 80,000 rusos escogidos, quienes debian atacarle en el norte y de flanco; 150,000 austríacos; y 30,000 suecos. En todo 430,000 hombres.

Verdad es que Federico tenia por aliado al terrible duque de Cumberland, quien, despues de haber perdido la batalla de Fontenoy, habia ido como Anteo, á recobrar fuerzas pisando la tierra natal. Vímosle allí quebrar cual cristal la fortuna de Estuardo, y partido que hubo el pretendiente, aplastó Escocia, pero de un modo tan cruel, que le valió en todo el continente el nombre de Carnicero.



Componíase su ejército entre hanoverianos y hesienses, todo lo mas de unos 15 á 20,000 hombres.

Conforme se vé, ni Nápoles ni España se habian mezclado en esa cuestion, no teniendo nada que ver en semejante querella puramente marítima entre Francia é Inglaterra; pero esceptuando estas dos potencias, la mitad del globo estaba en guerra, había-la en San Lorenzo, en el golfo de Méjico, en Madagascar, en la India y en el Senegal, y debia haberla luego en el Ebro, en el Rhin y en la Meuse.

El día 6 de abril de 1757 principiaron las hostilidades, mandando el príncipe de Soubise un destacamento para que se apoderára de Cleves; el día 8 otro destacamento se apoderó de Nesei, y en ocho dias quedó ocupado todo el estado de Cleves y de Gueldres, escepto la plaza de este nombre, la que, hallándose bloqueada se rindió algunos dias mas tarde sin disparar un tiro. El 23 de agosto las tropas prusianas que defendian el ducado y tuvieron que retirarse de un principio en Lipstadt, viéronse aun precisadas á abandonar este punto y fueron á alcanzar en Bilefeld á las hanoverianas y hesienses, al mando del duque de Cumberland. Entre tanto llegó á Vesel el mariscal de Estrées y tomó el mando del ejército.

Dirigiéronse sus primeras apariciones hácia el duque de Cumberland, quien estaba acampado en Bilefeld, hostigándole de tal modo con sus marchas y contramarchas, que, temiendo le cercára, volvió á atravesar Vesel para defender el electorado de Hanover, y fué obligado á aceptar la batalla de Hamstembeck, la que le precisó á abandonar á los franceses, no solo la ciudad, sino el antedicho electorado de Hanover y los Estados de Brunswick.

El 28 de julio tomó el mariscal de Estrées la plaza de Hamelen, en donde halló sesenta y tres piezas de artillería, y se juntó á su ejército el de Wesfalia á las órdenes del duque de Richelieu, quien como á mariscal mas antiguo, tomó el mando de ambos cuerpos.

Habiendo hallado el ejército del duque de Cumberland en completa retirada, dejó el mariscal descansar un tanto sus tropas, y poniéndose luego en persecucion del general inglés, empujóle en el ducado de Verden; entró en Verden el 28 de agosto, y llevando adelante á los fugitivos hanoverianos y hesienses apoderóse de Bremen: obligó al enemigo á retirarse junto Stade y le amontonó en el mar, en donde podia muy bien ahogarles á todos, príncipe inglés, tropas hanoverianas y soldados hesienses; y cuando 25000 hombres podian desaparecer en el Océano, firmó el 10 de setiembre la convencion de Closter-Saven, por medio de la que, bajo la garantía de S. M. Danesa, se obligaba el príncipe inglés á despedir sus tropas auxiliares, á pasar el Elba con la parte de su ejército, el que no podia alojar en Stade ni sus alrededores, á no consentir que la guarnicion de dicha plaza cometiera ningun acto de hostilidad, y á dejar, en fin, las tropas francesas en posesion de Bremen y Verden hasta firmada la paz.

La historia titubeó en emitir un juicio sobre semejantes actos, mas el pueblo que nunca titubea, llamó *pabellon de Hanover*, al que M. de Richelieu hizo construir á la esquina del boulevard y calle de Choiseul, en el que invirtió dos millones de francos.

Pero tal como era en fin, y suponiendo se pusiera en ejecución, aquel tratado nos hacia dueños absolutos de todos los estados del rey de Inglaterra en Alemania, lo propio que de los de sus aliados, y nos facilitaba el acompañar nuevos recursos á la emperatriz y al elector de Sajonia, abriéndonos al mismo tiempo un camino para llevar la guerra al ducado de Magdeburgo.

Así, la posicion de Federico era grave, porque si bien ganó el 6 de mayo la batalla de Praga, tambien el 18 de junio perdió la de Chosemiles, lo que le obligó á levantar el sitio de aquella plaza el 20 del mismo mes. Aprovechando esta ocasion, el príncipe de Lorena hizo en seguida una salida, y echándose sobre la retaguardia prusiana les mató 2000 hombres. Federico fué hos-

tigado durante su marcha por los húsares austríacos, cuadrilla dispuesta siempre á echarse sobre el enemigo cuando este retrocede. En fin, reunidos el príncipe Cárlos y el mariscal Daun, habíanle obligado á los dos meses á evacuar á Bohemia, mientras que el ejército ruso entraba en la Prusia ducal, despues de haber tomado á Memel el 5 de julio, que el del príncipe de Soubise marchaba sobre Sajonia y los suecos se preparaban para atacar á Pomerania. La derrota del duque de Cumberland era, pues, el último golpe dado á las esperanzas de Federico, así es, que lo propio que Anibal en Zama, como Caton en Utico y cual Bruto en Filipo, la idea que se presentó en su mente fué la del suicidio.

Esta idea sin embargo, no fué de larga duracion, y lo que mas determinó á Federico á conservar sus dias, fueron las malas maniobras de M. de Soubise.

Por medio de las maniobras de los ejércitos combinados, formaba el punto central de un gran círculo que iba estrechándose como en aquellas batidas de la India, en que el rey de los animales se halla cada vez mas cercado, y en un momento dado no le queda otro recurso que buscar un paso en el parage menos guardado por los elefantes y cazadores. Miró Federico en torno suyo, calculó que el punto cercado por el príncipe de Soubise y los auxiliares franceses que estaban bajo sus órdenes era el mas fácil de vencer, por ser guardado por soldados de todas las provincias de Alemania, que los franceses desconfiaban de sus aliados, y estos detestaban á los franceses, que el príncipe de Soubise y el de Sajonia Hildeburghausen se tenian grande envidia, que sin embargo de haber allí 60,000 hombres era aquel ejército muy heterojéneo, mientras que el suyo, si bien compuesto de solos 35,000 era igual y firme, y determinó en su consecuencia abrirse paso por entre los franceses, wurtembergienses, badenienses y bávaros, pasando por encima del cuerpo de Soubise y del de Sajonia Hildeburghausen, dando una batalla que tomára el nombre

de batalla de Rosback , y , como Malplaquet , Ramillies y Hochstedt , se contará en el número de nuestras grandes derrotas.

Los dos últimos príncipes nacieron bajo tristes auspicios , el duque de Berry , quien debía ser Luis XVI , vió la luz en medio de las querellas del parlamento y de los tumultos populares que cuarenta años mas tarde debian trocarse en revolucion. El conde de Artois , mas tarde Carlos X , nació la víspera de una derrota.

El príncipe de Soubise se condujo personalmente cual valiente soldado , cometió faltas propias de un mal general , pero fué el último en retirarse del campo despues de haber embestido tres veces al enemigo con la espada en la mano , pero no teniendo ya en torno suyo mas que dos regimientos suizos formados en cuadro , probó , aunque inútilmente , el sostener una retirada que la huida de los alemanes cambió pronto en completa derrota.

Siéndonos imposible seguir en todos sus detalles las guerras continental y marítima , vamos á dar las fechas y resultados de los principales combates terrestres y navales , los que forman los episodios de aquella lucha que terminó el tratado firmado en París en 10 de febrero de 1763 , entre el rey de Francia , el de España y el de Inglaterra , el cual fué seguido de otro entre la emperatriz y el rey de Prusia , firmado en Humberburgo , Sajonia , el 15 del mismo mes y año.

*Guerra continental y de siete años.*

1757. Batalla de Lisa ó de Lenshen en la que Federico batió á los confederados , dos veces mayores en número ; matádoles ó hiriéndoles 30,000 hombres , y á continuacion de la cual tomó á Breslaw é hizo prisionera á la guarnicion , compuesta de 18,000 hombres.

1758. Combate de Forndorf en que el propio Federico perdió 10,000 hombres , pero hirió ó mató 22,000 á los rusos.

1758. Batalla de Rotkisch, en la que Daun, á su vez, batió á Federico, matándole 10,000 hombres y apoderándose de 100 cañones.

1759. Batalla de Kunsersdorff en la cual empezaron los prusianos por dejarse tomar 100 cañones y acabaron por perder toda su artillería. Cada uno de los adversarios perdió en ella 20,000 hombres y se jactó de haberla ganado.

1758. Batalla de Manen; en la que Daun hizo rendir las armas á 18,000 prusianos.

1760. Batalla de Lignitz, sublimidad de táctica y estrategia militar, en que Federico cercado por cuatro ejércitos que iban á atacarle á la vez, se echó sobre uno de ellos destruyéndole y abriéndose paso.

1760. Batalla de Torgau, la última en que Federico mandó en persona. Daun perdió en ella 20,000 hombres.

1762. Batalla de Freyberg, la que fué ganada por el príncipe Enrique de Prusia y terminó la campaña del propio año.

#### *Guerra marítima.*

El 11 de marzo de 1756 M. Duchaffau, con la *Atalante* de 34 cañones, apoderóse del *Warwich*, buque inglés de 64. El comandante de Aubigny permaneció espectador del combate con un buque de 56 cañones, por no querer quitar la gloria á M. Duchaffau. El 27 del mismo mes, tomaron los franceses el fuerte de Bull, en donde los ingleses habian reunido considerables provisiones. El 13 de abril del propio año, una escuadra francesa al mando de M. de Baussier, se dirigió al Canadá conduciendo á M. de Montcalm, quien iba á encargarse del mando de aquellas tropas. El 17 del mismo el *Aquilon*, de 40 cañones, y la *Fidèle*, de 24, pusieron fuera de combate á la altura de Rochefort, á un buque inglés de 56 y á una fragata de 30. El 20 de junio revoltáronse contra

los ingleses los indígenas , espulsándoles del fuerte Guillermo en Colicota , y de todos los establecimientos que poseian en la costa de Bengala , cuya pérdida fué valuada en cincuenta millones. El 12 de junio fue apresado el buque frances Arc-en-Ciel á altura de Luisburgo , por una escuadra inglesa. El 14 de agosto apoderóse M. de Montcalm de los fuertes Oswégo , Ontario y Jorge , perdiendo en la refriega los ingleses 7 buques de guerra , dos trasportes, 150 cañones y un inmenso parque de municiones de guerra y víveres y haciéndoles 1600 prisioneros ; este feliz resultado se debió particularmente á M. Rigaut de Vaudreuil , quien , al atravesar á nado el Chuagan con sus canadienses , cortó la comunicacion de los fuertes Jorge y Oswégo. M. de Montcalm solo perdió 6 hombres. A los diez dias M. de Villiers , hermano de M. de Jumonville , cuyo asesinato abrió las puertas á aquella sangrienta guerra, mató á los ingleses 400 hombres y les hizo 80 prisioneros.

El 19 de enero de 1757 fué juzgado , sentenciado á muerte y ajusticiado , el almirante Bing , á quien se mandó conforme dijimos para ausiliar á Menorca y se estrelló en su mision. El 11 de febrero , arruinó M. Kersaint varios establecimientos ingleses en la costa de África. El 21 de mayo incendió M. de Vaudreuil los almacenes ingleses en el lago del Santo Sacramento y les destruyó 4 bergantines de 10 cañones , dos galeras y 350 embarcaciones de transporte. El 10 del propio mes llegó al Canadá M. Dubois de la Motte con 500 hombres y abasteció Quebec y Luisburgo. El 9 de agosto tomó M. de Montcalm el fuerte Willians Enrique , el que estaba guarnecido con 2,500 hombres. El 21 de octubre destruyó M. Kersaint , en Santo Domingo , 5 buques y 40 corsarios ingleses , y mandó á Francia una flota mercante de que querian estos apoderarse.

El 11 de febrero del mismo año cayó M Duquésne , gefe de escuadra , en medio de la flota inglesa , que se componia de 16 buques y 5 fragatas , y fué hecho prisionero. Desde el 1.º de mayo

hasta el 4 de junio de 1758 se apoderó M. Lally, teniente general en la India, de los fuertes de Gondelour, San David y Divicotay. El 5 de julio siguiente, atrincherado en Ticoderonga, derrotó M. de Montcalm á 28,000 ingleses, matándoles 4,000 y el general Howe.

El 1.º de setiembre bajaban los ingleses por las costas de Bretaña y M. de Aiguillon les obligó á reembarcarse y les hizo 700 prisioneros.

El 16 de enero de 1759 atacaron los ingleses la Martinica, de cuyo punto fueron rechazados. El 17 de agosto tuvo lugar el combate naval de Lagos, en el que se atacaron 14 buques ingleses contra 7 franceses, siendo apresados el *Centauro*, el *Temerario* y el *Modesto*, é incendiados el *Océano* y el *Formidable*. El 10 de setiembre derrotó M. de Aché la escuadra inglesa del almirante Pocok y abasteció Pondichery, y 1,100 hombres del regimiento de Lally batieron á 1,700 ingleses y 4,000 indígenas, tomándoles 4 cañones y dos carros de artillería.

El 17 de febrero de 1760 el capitán Thuron, corsario francés, hizo un desembarque en Irlanda, tomó Carrick y le impuso tributo, y á su regreso mató y derrotó á su antojo. El 17 de setiembre, al año y dos días del fallecimiento de Montcalm, rindiéronse á los ingleses la ciudad de Montreal y todo el Canadá.

El 10 de febrero de 1761 tomáronnos los ingleses Mahé en las costas de Malabar, y el 7 de junio Belle-Isle.

En 3 noviembre de 1762 cesaron las hostilidades y se firmaron en Fontainebleau los preliminares de la paz entre Francia, Inglaterra, España y Portugal. Paz vergonzosa para Francia, en la que cedió y garantizó á Inglaterra, el Acadia, el Canadá, la isla del cabo Breton y todas las demás islas y costas del golfo y rio de San Lorenzo, mil quinientas leguas de una sola plumada.

En cambio Inglaterra, cedió á Francia, las islas de San Pedro y Miquelon, sirviendo el Mississipi de límite á ambas naciones de

América, á escepcion de Nueva Orleans. Además, el rey de Inglaterra devolvió al de Francia la isla de Granada y las Granadinas. Las islas neutras, San Vicente, la Dominica y Tabago, debían pertenecer á Inglaterra. Las de Santa Lucía y Goreo fueron devueltas á Francia cuya nacion cedió y garantizó á la Gran Bretaña el río del Senegal, con los fuertes y factorías de Luis, Podor y Galam. En las indias orientales, Inglaterra restituyó á Francia todos los fuertes y factorías que poseía en 1759, en cambio de la restitucion que esta le hizo de todas las adquisiciones que habia hecho desde aquella época. La isla de Menorca y el fuerte de San Felipe fueron devueltos á la Gran Bretaña. Francia restituyó toda la parte de territorio que pertenecía al elector de Hanover y á otros príncipes del imperio. Inglaterra restituyó á España la isla de Cuba con la plaza de la Habana: En fin, los españoles cedieron á los ingleses la Florida, el fuerte de San Agustín y la bahía de Sensacola.

De ese tratado datan la decadencia colonial de Francia y el acrecentamiento de Inglaterra; desde entonces no se detuvo ya esta en su ambicion, persiguiéndola en medio de las turbaciones europeas; costándole un millar cada guerra escitada por su gabinete, pero valiéndole en cambio un puerto, una isla ó un continente; dueña del mundo conocido y aspirando al desconocido, dentro de cien años, vasta araña de mar, habrá enganchado su tela en las cinco partes del mundo. En Europa, poseerá Heligoland; en Asia, Aden, que domina el mar Rojo, como Gibraltar el Mediterráneo; en el mar Indico Ceyland, la gran península del Industan, el Nepaul, Lahore, el Lind, Relontchislan y Caboul; en el golfo de Bengala, las islas Singapores, Sinaagas y Sumatra: ciento cincuenta mil leguas de territorio que dan alimento á cincuenta millones de habitantes. En la Oceanía, la mitad de la Australia, Van-Diemen, Nueva Zelanda, Norfolk, Havay y el protectorado general de la Polinesia. En África, Bathurst, las islas de Leon, Sierra



Leona , parte de la costa de Guinea , Fernando Rio , las islas de la Ascension y de santa Elena, la colonia del Cabo , el puerto Natal, Mauricio , Rodrigo, las Escalas y Socotora. En América , el Canadá , el continente setentrional , luego los bancos de Terra-Nova hasta la embocadura del rio Mackensia , casi todas las Antillas, Trinidad , parte de la Guyana , Malvinas , Baliza y las Bermudas.

Todo lo tiene previsto y á todo está dispuesta hoy dia. Tal vez se llegue á abrir el ismo de Panamá. Tiene Baliza , centinela que espera. Puede que abra el ismo de Suez. Tiene Aden , centinela que vela. El paso del Mediterráneo al mar Indico será suyo. Lo será igualmente el paso de Méjico en el gran Oceano Boreal. Entonces tendrá en el armario del almirantazgo la llave de la India y la de la Oceanía , como posee ya la del Mediterráneo.

No es esto todo: con su título de protectora de las islas Jonicas, echa el ancla á la salida del Adriático y á la entrada del mar Egeo ; y pone un pié en la tierra de los antiguos Epirotas y de los modernos Albaneses. Cuando la Irlanda le rehuse sus campesinos y Escocia sus montañeses , cuando los mercados humanos que los príncipes alemanes tienen, se formen para ella , porque no habrá ya príncipes en Alemania , reclutará entre sus colonias guerreras del antiguo Epiro ó del antiguo Peloponeso ; tendrá una escuadra en Corfú , la que en pocos dias podrá llegar á los Dardanelos ; un ejército en Cefalonia , que en una semana estará en la cumbre del Hemo : desde donde balanceará en Grecia la influencia de la Rusia, y le bastarán algunos buques armados para destruir el comercio de todo el litoral austríaco.

Así , la alianza con María Teresa , echándonos á la guerra del Canadá , no solo habia comprometido lo presente , si que tambien empeñado lo venidero.

La guerra de 1741 que duró nueve años y se levantó porque Federico queria tomar la Silesia á María Teresa , habria ya costado

doble cantidad de dinero y hecho perecer doble número de hombres.

Italia, Alemania, Países Bajos, Mediterráneo, Canadá, India, Europa, América y Asia estuvieron degollándose por espacio de diez y seis años, porque habia en Alemania un hombre llamado Federico que queria apoderarse de Silesia, y una mujer que se llamaba María Teresa que no queria la tuviera; porque habia en Francia un rey débil que se dejaba arrastrar por su querella; y porque habia cerca de este rey una dama de Pompadour que, de acuerdo con una emperatriz que la titulaba *su prima*, habia prometido un capelo á un abate que se llamaba Bernis, y un ducado pariato á un hombre llamado conde de Stainville.

Veamos en efecto lo que pasó en Francia durante esa guerra que acaba de distraer nuestra vista dilatándola por las tres partes del mundo.

## CAPÍTULO XVIII.

El abate de Bernis quien, desde el retrete de Madama de Pompadour negoció y concluyó con el ministro austriaco el tratado de 1.º de mayo de 1756, fué nombrado embajador en Viena el 11 de enero del siguiente año para cimentarlo, y cumplida que fué su mision regresó á París en donde se le admitió en el consejo en 2 de febrero y se le declaró ministro de negocios estrangeros en el corriente del mes de junio. Habiendo sido aquel tratado objeto de ese favor, un capelo debia ser su recompensa. Además, aunque enemigo de los jesuitas, y algo filósofo, no fué extraño á la elevacion del veneciano Bezzonico, quien al llegar al pontificado se impuso el nombre de Clemente XIII. Fué nombrado comendador de la órden del Espiritu Santo en 2 de febrero de 1758, y recibió por fin el capelo á últimos del mismo año.

Pero al ser ministro, cardenal y rico, empezó á notar el abate que aquella alianza con el Austria era fatal, y que la guerra de siete años que la siguió, no solo era una ruina para Francia sino para su popularidad, é intentó negociar la paz, aunque debiera abandonar para ello dicha alianza. Mas como Madama de Pompadour pensaba de un modo muy distinto, en el momento en que no vió en la persona del cardenal á su primer empleado, vió en él á

un hombre que era indispensable derribar. M. de Stainville-Choiseul, hijo de M. de Stainville y enviado del gran duque de Toscana, era á la sazón nuestro embajador en Viena, y habia servido en el ejército de M. de Noailles en clase de ayudante mayor general. Era sugeto de figura poco agradable, pero espiritual, de una ambicion sin límites y de carácter bastante audáz para sostenerla. Dirigióse pues á él el abate de Bernis para llegar al pacífico objeto que acababa de sustituir á su primera política.

M. de Choiseul no titubeó entre el cardenal de Bernis y Madama de Pompadour, con la que estaba en correspondencia directa; comunicó al efecto los despachos del primero á Maria Teresa, presentándole cual hombre peligroso y desanimado y por consiguiente, como persona que era indispensable separar de su destino; y hallando la emperatriz un tan buen austríaco en M. de Choiseul, no vaciló en prometerle el ministerio del cardenal, cuyo despido era ya resuelto en Viena antes que Luis XV pudiera sospechar que el crédito de su ministro hubiera flaqueado.

El cardenal de Bernis vió muy luego lo que contra él se urdía; era hombre de talento y comprendiendo que no podria resistirse contra Madama de Pompadour, Maria Teresa y M. de Stainville-Choiseul, ofreció su dimision en favor de este último. Aceptada que fué esta, llamóse á París á M. de Choiseul y se le hizo duque, del propio modo que se habia nombrado cardenal al abate de Bernis. Pero esto no era suficiente, porque habiendo permanecido aun miembro del consejo, el ex-ministro continuaba allí apoyando la paz como el único remedio capaz para sacar la Francia de la situacion en que se hallaba; así es que Maria Teresa continuaba reclamando contra él, y el duque de Choiseul y Madama de Pompadour prepararon una orden de destierro, la que habiendo sido presentada al rey, fué firmada por este.

Llegado que hubo al poder, comprendió M. de Choiseul que era necesario, ya que acababa de optar entre Madama de Pompa-

dour y el delfin , hacer otro tanto entre los jesuitas y el parlamento. Entre la favorita y el delfin optó por la primera , y á fin de ser consecuente , érale preciso optar por el parlamento contra los jesuitas.

Sin embargo, comprendiendo que en la lucha que iba á empezar contra el primer príncipe de la casa real , contra el heredero de la corona, no le eran suficientes el rey, Maria Teresa, Madama de Pompadour y el parlamento, sino que necesitaba además colocar á toda su familia, haciéndoles entrar en el poder, á fin de que le denunciáran el menor atentado que se tramára contra su autoridad, empezó á hacer entrar en sus miras á su hermana, muger de talento, carácter é intriga, poniéndola al corriente de sus mas secretos planes. Beatriz, condesa de Choiseul-Stainville, era canonesa como Madama de Tencin, y se aseguraba que se parecia á esta señora en el modo de amar á su hermano con amor demasiado ardiente para no ser mas que fraternal. Sin embargo , como eran tan frecuentes semejantes acusaciones en la época que tratamos de describir, conviene no acordarles mas que el grado de confianza que el que se concede á las murmuraciones de la córte. Fué llamada á París, en donde se probó, pero sin éxito, de casarla con el príncipe de Beaufremont, quien eludió la confianza, enlazándose la poco despues, con el duque de Grammont, el cual consintió en esa union bajo la promesa que le hizo M. de Choiseul de que se levantaria el interdicto de sus bienes.

Desde entónces tuvo la duquesa una córte bastante considerable para hacer fruncir las cejas á Madama de Pompadour. Con la eleccion del duque de Choiseul á ministro y la de su hermana á duquesa, viéronse llegar á la córte á todos los Choiseul de la tierra. Bastaba con llamarse así y pertenecer á la rama masculina de esa familia para obtener destinos.

Todos los Choiseul, hombres y mugeres, oficiales, embajadores, ministros, cardenales, gobernadores de provincias, brigadie-

res, tenientes generales y mariscales de campo, formaron lo que se llama una dinastía de los Choiseul, dinastía obediente al duque su gefe y dispuesta á servirle al menor gesto, al menor signo, á la menor espresion.

Uno solo hizo oposicion y fué encerrado en la Bastilla. Era un Choiseul á quien llamaban Choiseul-Ramonet porque se había casado con la hija de Ramonet, presidente del gran consejo, había sido menino del delfin y su esposa pasaba por haber sido querida momentánea del rey.

Al ser nombrado ministro tenia escasamente M. de Choiseul 4000 libras de renta. El 14 de diciembre de 1750 casó con la señorita Crozat, nieta del famoso millonario del propio apellido, quien, en 1716 fué tasado á seiscientas mil libras en el cuarto registro y con el n.º 221, y cuyo padre había comprado el título de marqués de Chatel y de Caraman: fué un ángel durante la vida de su marido y una santa despues de la muerte de este.

M. de Choiseul sostenia, pues, con Maria Teresa, con todo su poder, cuando un suceso inesperado vino á obligar á esta á hacer la paz. Falleció la emperatriz Elisabet y dejó el trono en Pedro III, amigo personal de Federico, y quien al empuñar el centro se separó de la coalicion y mandó á sus tropas se unieran con las de este rey. No habiendo ya medio de soportar aquella revirada, fué preciso celebrar el tratado de París, tan desastroso para Francia, y en el que Federico no perdió una sola pulgada de terreno. Verdad es que Pedro III no permaneció largo tiempo en el trono, pues el mismo año en que hizo emperatriz á Catalina II, habiéndole esta hecho prisionero, falleció en su encierro á los siete dias, y Voltaire quien apellidára á Federico II el Salomon del Norte, tuvo una amiga mas entre las testas coronadas. Catalina ganó el nombre de Semiramis del Norte, el que la posteridad trocó en Mesalina.

El acrecentamiento de Rusia data realmente del reinado de es-

ta. No podemos resistir, ya que de ello tratamos, al deseo de presentar á la vista de nuestros lectores el cuadro del engrandecimiento continental de esta potencia.

Cien años atrás, estendiase Rusia desde Kiew á la isla de San Lorenzo, y desde los grandes montes de Altay al golfo de Tenisia, y habia tal vez facultad para creer que para señalarle un límite habia Bering descubierto el estrecho al cual diera su nombre al fallecer, pero no se detuvieron aquí los moscovitas, rompieron aquel viejo límite de Kiew y la serpiente escandinava que envolvió con sus sinuosidades la sétima parte del globo, desarrolló los anillos de una de sus mandíbulas y con su entreabierta boca para devorar la Prusia, toca hoy día en el Occidente con el Vístula y el golfo de Bothnia; en el Oriente, ha traspasado, alargándose, el estrecho de Bering sin detenerse hasta hallar á los ingleses al pié del monte de San Elio y de los de Bukland, cual espina en la espalda, llena hoy día una playa dentada, la que, último límite del mundo, se corta en el Océano glacial desde el rio Pianino hasta las islas de los Osos y desde el lago Praniskoé, hasta el cabo del Sasé.

Así, pues, de la parte de cien años ha ganado Rusia: la Suecia, la Filandia, Abo, Estonia, Livonia, Riga, Revel y parte del Lapon. En Alemania, Curlandia y Samogicia. En Polonia, la Lituania, Volinia, parte de la Galitzia, Moilew, Vitepsk, Polosk, Minsk, Bialistosk, Kerneniést, Tanopol, Vilna, Grodminsk y Varsovia. En Turquía, parte de la pequeña Tartaria, Crimea, Besarabia, el litoral del mar Negro, el protectorado de Servia, la Moldavia y Valaquia. En Persia, la Georgía, Tiflis, Erivan y parte de la Circasia. En América, las islas Aleoncias y la parte noroeste del continente setentrional del archipiélago de San Lázaro. Su mayor longitud es de tres mil ochocientas leguas y su mayor latitud de mil cuatrocientas. Tiene setenta millones de habitantes y

por el otro lado del mar Negro, está mirando á Turquía, la que se dispone á invadir.

Si llega un dia á apropiarse la Suecia, formará el estrecho del Sund en el occidente y el de los Dardanelos en el oriente, y nadie podrá penetrar sin su beneplácito en el mar Negro y en el Báltico, dos espejos que están ya reflejando San Petersburgo el uno y Odesa el otro.

Compárese al frente de esas dos gigantescas naciones lo que los hombres, más que los sucesos, han hecho de la Francia.



## CAPÍTULO XXI.

Colocados ya los Choiseul, firmado el tratado de París y regularmente satisfecha Maria Teresa, túvose libre y desahogada ocasion para ocuparse en aquel gran asunto que tanto preocupára á Madama de Pompadour, á M. Choiseul y á los filósofos. Hablamos de la espulsion de los jesuitas.

Dejando vivir al delfin y permitiendo la dominacion de los jesuitas, la duquesa y el ministro se consideraban perdidos cuando falleciera el rey, á la sazón de 53 años de edad. Anonadando por el contrario su compañía, no solo lograban popularizarse sino hasta quitar al rey, futuro hijo ó nieto de Luis XV, uno de los medios de perjudicarles. Los filósofos eran enemigos declarados de los jesuitas, perseguíanles desde mucho tiempo Voltaire, aun que educado por uno de ellos, de Alembert, Dideron y Federico, este otro filósofo coronado que ayudó á espulsarles de los estados de los demás reyes y no les espulsó de los suyos.

No les odiaban menos los parlamentos que los filósofos. La compañía de Jesús, gracias á sus influencias, habian logrado siempre librarse de la influencia parlamentaria, obteniendo de los monarcas, á quienes dirigian, que le llevarán sus asuntos al gran consejo, cuerpo judicial, instrumento ministerial, pero no ver-

dadera magistratura. De ahí dimanó el ódio que se les tenia.

Por su parte, el pueblo que atribuia á aquellos religiosos el asesinato de Enrique IV, el de Luis XV y la negativa de sepultura la que estaba escandalizando París diez años habia, no se hallaba en modo alguno dispuesto á ayudarles. Las dos grandes oposiciones á ese proyecto de destruccion podian dimanar de Luis XV y de la córte de Roma, gobernada enteramente por los jesuitas, bajo el pontificado de Clemente XIII.

En cuanto á Luis XV, no tomó ninguna resolucion firme en pro ni contra los jesuitas, pero les temia instintivamente.

Principióse por recordarle el modo como se habian conducido para con él cuando su enfermedad en Metz, época en que la debilidad del monarca rayó en cobardía, lo cual no les pudo nunca perdonar.

Preparadas de tal suerte las cosas, estúvose alerta, decidiendo aprovechar la primera ocasion que se presentára para atacar abiertamente aquella Orden.

Sabíase hacia ya tiempo que los jesuitas hacian en la India un comercio escandaloso, pero como era tan grande el crédito de aquella sociedad, sofocaba reclamaciones y quejas. El 19 de noviembre de 1759 declaróse fallidos de tres millones á los jesuitas Lavalette y Sacy, pero la causa no pasó mas adelante. Continuóla despues el duque de Choiseul, y por decreto de 8 de mayo de 1762, hizo responsables á las casas establecidas en Francia y al general de la Orden. Los acreedores dieron un gran grito, y púdose entónces ver los enemigos que tenia en Francia la compañía de Jesús.

Despues de haberles atacado por su comercio, atacóles el ministerio por su constitucion. La Orden fué fundada por Ignacio de Loyola, noble español, quien nació en el año de 1491; y habiendo sido acometido de una peligrosa enfermedad, hizo voto en 1534 de renunciar á todos los bienes de la tierra y trabajar en la

conversion de los infieles, si le devolvía Dios la salud. Exaudióle el Altísimo y restablecido que fué, echó en París los fundamentos de su Orden, dirigióse á Roma, hízola aprobar por el papa Pablo III en 1540 y fué elegido general de la misma en 1541. Esparcióse rápidamente esa compañía, no solo por Italia y Francia, sino tambien por la India, el Asia y todo el mundo conocido. Establecida que fué en Francia en 1551 en el reinado de Enrique II, confiósele la educacion de la juventud. Desterrados del reino en 1596, fueron otra vez llamados por Enrique IV en 1603 desde cuya época habian adquirido la influencia de que se les vió disfrutar en tiempo de Luis XIV, de la regencia y de Luis XV.

El mandato del ministerio de que se examinára la constitucion de la Orden, espantó en gran manera á los jesuitas. Redactada por gefes que habian tenido que acudir á papas y reyes para el establecimiento y dotacion de la compañía, era evidente que la arbitrariedad habia obrado mucho en favor de aquella constitucion, discutida y sacada á luz en el momento de la mayor efflorescencia de las ideas filosóficas, no podia menos de ser fatal á la Orden; así es que el delfin, el arzobispo de París, M. de Lavauguyon y todos cuantos protegian y sostenian á los jesuitas en Francia, suplicaron al rey que fuera reservado aquel exámen. Conmovido Luis XV, atribuyó á su consejo el conocimiento de las reglas de los jesuitas; mas el parlamento que veia escapársele la sumaria, sostenido por M. de Choiseul, declaró abusivas las bulas, breves y constituciones papales, y no pudiendo examinar las constituciones de los jesuitas, examinó sus obras.

Sin embargo, sentia el rey que destruir la Orden de los jesuitas perseguida por los parlamentarios, filósofos y cortesanos, y apoyada por el contrario por el delfin, era llevar un terrible golpe á la religion y de esta á la monarquia. Imposible le hubiera sido conformarse con este sentimiento que le introducía la resistencia en el fondo del corazon, como un presentimiento de su pro-

pio peligro, pero este sentimiento le esperimentó. Como todos los espíritus débiles, concretándose á un término medio, hizo escribir á Roma para pedir al general si consentiria en que se hicieran algunas modificaciones en la Orden, mas este contestó con la resignacion y firmeza de los antiguos mártires:

«Queden tales como son ó desaparezcan.»

Preferia que el edificio viniera por entero al suelo antes que ver desprenderse de él una sola piedra, y así sucedió.

El dia 6 de agosto de 1762 espidió el parlamento un decreto disolviendo la compañía, prohibiendo á los jesuitas el llevar el hábito de la Orden, vivir bajo la obediencia del general ni otros superiores de la misma, y tener ninguna clase de correspondencia directa ó indirectamente con ellos, mandándoles al propio tiempo desocupar las casas de su dependencia, privándoles así mismo el vivir en comunidad y tener canonicatos, beneficios, cátedras ó empleos, pero concediendo á cada uno de ellos en caso de solicitarlo, las pensiones alimenticias necesarias. Dicho decreto sirvió de modelo á todos los parlamentos de provincias, los que fueron sucesivamente espulsándoles de su territorio. Por otro decreto de 9 de marzo de 1764, desterráronse á todos los que se negaron á prestar el juramento prescrito en el mismo. En suma, por un edicto del rey, fechado en noviembre del propio año pronuncióse la disolucion de la compañía.

A estas horas, y sin embargo de haber trascurrido ochenta y ocho años desde la indicada época, ese grande acto de soberanía parlamentaria y de real despotismo, no se juzga aun con frialdad; la palabra *jesuita* mal comprendida, mal aplicada ó mal definida, es aun hoy dia una injuria. Y ¿por qué? Porque habiendo casi llegado á ser la última en la cronología de las órdenes religiosas, la compañía de Jesús se habia puesto al frente de todas las congregaciones religiosas y canimaba hácia la supremacia absoluta. Sin ningun medio de violencia ni privilegio alguno universitario, ha-

bíanse los jesuitas apropiado poco á poco la educacion pública y llenado sus colegios de escolares, los que al llegar á ser adultos conservaban con sus antiguos maestros una relacion simpática que les unia á ellos hasta la tumba, cual abeja á la colmena, sin mas poder que la enseñanza y sin otra dominacion que la palabra. Habian llegado á juntar entre sus manos los dos extremos de la sociedad, desarrollando la inteligencia del pueblo y dirigiendo la conciencia de los monarcas. Estaban tan profundamente arraigados, que apesar del decreto de 1764 que les disolvía, del edicto de 1767 que les desterraba y del breve de 1773 que les suprimía, apenas restablecidos por el de 1801, hallábanse ya reconstituidos en Francia á los tres años, con el nombre de Padres de la Fé, y en 1816 habian ya adquirido con su propio y verdadero nombre de compañía de Jesús, todo el poder que solo les pudo arrancar la revolucion de 1830.

Volverémos á tratar á propósito de Luis XVI, de la revolucion de 1789, sobre la espulsion de los jesuitas y la influencia que esta tuvo en la destruccion de la religion y la abolicion de la dignidad real.

El período que acabamos de describir, es sin embargo el en que Juan Jacobo Rousseau publicó sucesivamente: *La Nueva Eloísa*, *Emilio* y *el Contrato social*, producciones que en su publicacion estuvieron léjos de producir la impresion que mas tarde produjeron. Salió la primera en 1759 y la segunda en 1762.

Mientras se estaban cumpliendo esos sucesos, introducíase la muerte en la córte. La bella dama Royale, casada con el infante duque de Parma, habia salido de Italia para ir á ver á su hermano en Versalles. Luis XV no se atrevió á hacer á sus hijos lo que el duque de Orleans hiciera á los suyos. Las viruelas estaban allí presentes, como el leon de la Escritura, *Querens quem devoret*. La jóven princesa fué víctima de su ferocidad y en menos de ocho dias falleció con el rostro despedazado por sus garras de fuego.

El 5 de marzo de 1650 falleció á su vez Madama de Condé , antigua amiga del rey , á quien hizo este retratar cuarenta años antes , corriendo con él la caza , en traje de Diana la cazadora y montada en un caballo alazan. El 23 de julio siguiente murió el conde de Charolais. El 22 de marzo el duque de Borgoña. Este nombre fué fatal á cuantos delfines le llevaron ; el duque , pobre príncipe de diez años de edad , quien falleció dejando á su hermano el duque de Berry , heredero del cadalso , era un niño amador y amado. Jugando un dia con un compañero suyo , cayó empujado por este y se lastimó , mas no quiso decir nada por temor de que se reprendiese al autor de aquel accidente. Falleció de un depósito. Cruel fué esa pérdida para Luis XV ; quien le amaba como un abuelo puede amar á su nieto.

Creia el rey haber ya ajustado cuentas con la muerte , cuando fueron á decirle , cosa estraña , sobre todo para él que la veia todos los dias , que Madama de Pompadour estaba muriéndose. Es que esta para quien agradar al rey era la primera obligacion , y casi dirémos el supremo deber ; se ocupaba solo en una cosa , en ocultarle sus sufrimientos. ¿De qué sufriría? ¿de alguna de aquellas enfermedades de mugeres dolorosas é inflexibles? Seria como creyó Madama de Vintimille , como lo creyó la de Chateauroux y como lo creyó ella misma , efecto de un veneno no menos seguro y mas activo todavía.

Hé aquí lo que se cuenta , ó mejor lo que relató ella misma : Bertin , quien debia su elevada posicion á Madama de Pompadour , era ministro de hacienda , y M. de Choiseul , ambicionando todos los poderes , queria reunir este ministerio á los que ya habia acaparado para él y los suyos. Conociendo Madama de Pompadour el peligro que corrian Francia y ella , si dejaba á Choiseul al frente del gobierno , determinó hacerle despedir , mas el duque supo esa determinacion , y al siguiente dia cayó enferma dicha señora.

Condújosela de Choisy á Versailles. Luis XV vió los progresos

de la enfermedad de la marquesa sin la menor emoción, pues el sentimiento que por ella había experimentado, habiendo pasado del deseo á la costumbre, parecía haber sufrido una nueva transformación y reasumirse en un sentimiento de pura conveniencia. Fué atento y asiduo para con la enferma, como podía serlo para con una amiga. Llevábale diariamente el duque de Fleury un parte relativo á la salud de la marquesa. ¡El día 15 de abril de 1764 entró al cuarto del rey, como de costumbre, pero sin parte alguno. Madama de Pompadour había fallecido. Vió la muerte y fué con ella mas valerosa de lo que se hubiera podido creer. Al principio de su postrera jornada, fué á verla el cura párroco de la Magdalena, y al despedirse de ella á eso de las once :

—Aguárdese V. un momento, padre cura, le dijo, y marcharemos juntos.

Con la vida de la marquesa estinguióse la solicitud del rey.

El cadáver de la favorita fué colocado en una parihuela y llevado por dos gauapanes. El rey estaba en la ventana cuando pasó el innoble séquito. Estaba el cielo muy encapotado y estendiendo Luis XV la mano y sintiendo caer sobre ella algunas gotas :

—Pobre marquesa, dijo, pareceme no la favorecerá el tiempo en su último viage.

Fué inhumada en el convento de capuchinas de París en la capilla de la casa de Crequi, la que comprara un año antes para su sepultura.

## CAPÍTULO XX.

\*\*\*

Como ya digimos, el fallecimiento de Madama de Pompadour no afectó mucho al rey. Aunque nos hayamos acostumbrado á un yugo, momentos hay en que este nos pesa, por cuyo motivo se consideró Luis XV como devuelto á la libertad. Por otra parte desde algun tiempo habia tomado la marquesa, tanto en política como en religion, mas influencia de la que al monarca convenia. En política, habiale unido con el Austria, objeto de sus primeras aversiones; y en religion, le habia hecho despedir á los jesuitas, objetos de sus primeras simpatías. Además, hallándose en abierta oposicion con el delfin y Mesdames, era causa de una eterna discordia interior. Su fallecimiento privaba pues á Luis XV de costumbres contraidas que le eran agradables, pero en cambio turbaba su vida un reposo que le era necesario.

Pensado todo y segun probabilidades, no le supo mal al monarca, en el fondo del corazon, el haberse desembarazado de Madama de Pompadour; pero desgraciadamente habia entrado la muerte en la corte de Francia y no pensaba salir de aquel modo; éranle necesarias mas numerosas y sobre todo mas ilustres víctimas.

Desde fines de 1760 veia el delfin alterarse su salud; sus íntimos confidentes MM. de Richelieu, de Mury y de Vauguyon ha-



bían recibido con frecuencia la comunicacion de sus presentimientos de muerte. A los forasteros ó á lo comun de los cortesanos, decíales que la causa de su adelgazamiento y palidéz , era un frio que de él se habia apoderado en un viage que hizo á Compiègne, el que sin duda le habria causado una afección de pecho] que le hacia sufrir cada dia mas ; pero á sus amigos , á los corazones afectos , á aquellos cuya vida estaba mezclada con la suya , confesábales francamente que creia estar envenenado. A principios de diciembre habiendo pasado muy mala noche , á consecuencia de hallarse mucho peor , mandó por el médico. Algunos solícitos amigos estaban en torno de su sillón. Entró el facultativo , y al pulsarle , halló tan graves los síntomas que se estremeció. Notó el príncipe su inquietud , y cogiéndole del brazo :

—Caro Labreuille , le dijo en voz baja , no espantemos á nadie.

Y le condujo al cuarto vecino á fin de ocultar á todos los que le rodeaban , en cuanto le fué posible , la gravedad del mal de que estaba atacado. Desde entónces no tuvo ya el delfín esperanza alguna , y cuantos le estaban rodeando tuvieron que prepararse á su muerte.

En cuanto á Luis XV permanecia bastante tranquilo ; hubiérase dicho que mas que un hijo , mas que el heredero de la noble y bella corona de Francia , era el moribundo un forastero , un aliado ó todo lo mas un lejano pariente. Prodigábase toda clase de cuidados , teniánsele todo clase de miras ; pero con ojos enjutos , frio rostro y corazón vacío. Seguía el rey los progresos de la agonia detrás de la puerta entreabierta , é iba arreglando los preparativos del entierro , segun lo que notaba en el semblante del augusto moribundo , mas como se hallaban en Fontainebleau y el fallecimiento del príncipe debia ser inmediatamente seguido del regreso de la córte á Versalles , previno Luis XV á los cortesanos , que estuviesen preparados para salir uno ó dos dias despues.

Desde su lecho de muerte, veía aquel desgraciado príncipe todos los preparativos, echar paquetes por las ventanas, trasladar cofres á las puertas de los cuartos, cargar coches y mandar por caballos. Así es que dijo tristemente á su médico:

— Ah! caro Labteuille, es preciso que me despache; pues en verdad, veo perfectamente que de no hacerlo así, impaciente á demasiada gente.

La princesa, la noche anterior al fallecimiento de su augusto esposo, ya fuese á consecuencia de la fatiga que sorportára, ya que sintiese los ataques del mal de que iba pronto á ser victima, vióse obligada, consumida como estaba por la calentura, á retirarse en su cuarto; mas en medio de su agonía pensaba el príncipe en ella y mandaba continuamente recados para informarse del estado de su salud.

Recibió el delfin dos veces el viático, lo que fué un consuelo, y casi un alivio para aquel religioso corazón.

— Tan pronto como mi familia haya abandonado mi cuarto, dijo á su confesor, me rezareis sin duda las preces de los agonizantes?

— No es menester por ahora, príncipe, respondió el confesor, V. A. R. no está tan malo como cree.

— Nada importa, insistió; rezádmelas de todos modos; son estas tan hermosas que en momentos en que no tenia de ellas necesidad como hoy, me conmovian profundamente.

Conservó su cabal juicio hasta dos horas antes de fallecer, cuidando de consolar á cuantos le rodeaban, diciéndoles:

— No sufro mucho, increíble parece que sea tan fácil el morir.

Y no menta, pues falleció fácilmente, como muere un justo, el 20 de diciembre de 1765.

El rey fué mas sensible á esa desgracia de lo que se hubiera podido suponer. Cinco minutos despues que su hijo hubo espirado, habiéndose hecho entrar en su cuarto á su nieto, anunciando: S. A. R. el delfin.

—Pobre Francia! exclamó Luis XV, un rey de cincuenta y cinco años y un delfín de once.

Casi á un mismo tiempo entró á su vez la desconsolada viuda, y echándose á las plantas del rey, rogándole que pobre estrangera, le sirviera de padre y protector. Deseaba educar ella misma á sus hijos, obtener la calidad de superintendente, conservar su rango en la córte y aproximarse cuanto posible fuera á la persona del rey. ¡Pobre señora, inquietábale tanto el porvenir, cuando el suyo era un próximo puesto en la tumba de su esposo! El rey se retiró inmediatamente en Choisy, donde pasó ocho dias apartado de todo ceremonial.

Entretanto desesperábase el pueblo por la muerte del delfín, mirándola como una desgracia. Deteníanse los transeuntes en el Puente Nuevo, y se arrodillaban para orar delante de la estatua de Enrique IV. Sentíase que el luto de la viuda y huérfanos se extendía por toda la Francia.

El corazon del delfín fué conducido á San Dionisio, y su cadáver trasladado á la catedral de Sens, en cuyo subterráneo descansaba.

Volvamos á ocuparnos de la delfina, quien durante la enfermedad de su esposo fué advertida por algunos desmayos de que tambien su salud estaba profundamente atacada; fué pronto tal su debilidad que pareciendo gravísimo á los médicos su estado, redujéronla estos á alimentarse esclusivamente con lacticinios. Ese régimen pareció proporcionarle algun poco de mejora, la que se sostuvo, y en enero de 1766 declararon los médicos que la consideraban salvada; pero, por desgracia, dice la sombría crónica que enregistra los fallecimientos de las reinas que mueren jóvenes, quiso la princesa mezclarse en política; favorecía al duque de Aiguillon, de quien habló con instancia al rey varias veces, proponía un nuevo ministerio compuesto del duque de Aiguillon, M. de Muy, el obispo de Verdum y el presidente de Nicolai, y si hemos

de dar crédito á esa misma crónica, una simple taza de chocolate que tomó la princesa el 1.º de febrero de 1767 destruyó ese bello proyecto. La delfina declaró al rey aquel mismo día que estaba envenenada. En vano le dió Madama Adelaide tres dósis de contraveneno, pues falleció el viernes día 13 á la edad de treinta y cinco años.

Las palabras que pronunciára la delfina antes de fallecer, hallaron un terrible eco en Versalles. Apenas hubo cerrado los ojos cuando el obispo de Verdun, M. de Muy, la duquesa de Caumont, el mariscal de Richelieu y M. de Vauguyon creyeron en el envenenamiento. Tan patente fué la acusacion que se practicó la autopsia del cadáver de la augusta difunta en presencia de catorce médicos, quienes declararon no hallar vestigio alguno de veneno.

Todos esos fallecimientos sucesivos, todas esas acusaciones que acompañaban á los mismos, aumentaron la tristeza del rey y parecieron por un momento que egercian en él cierta influencia para hacerle mudar de vida. Notóse con inquietud que se aproximaba á su esposa, prudente y piadosa princesa que vivia cual santa en medio de cortesanos, prostituidas y envenenadores. La reina estaba sumergida en una terrible tristeza; acababa de perder por una fatal desgracia á su padre, el rey Estanislao. A mediados de febrero de 1766, habíase dormido el augusto anciano en un sillón junto á la lumbre, y habiéndole la llama alcanzado su vestido, fué presa de ella y falleció el 23 del mismo mes á la edad de ochenta y ocho años, por cuyo accidente volvió á pasar á Francia la Lorena. Sobrevivióle su hija solo dos años, pues falleció á su vez el 24 de junio de 1768, despues de una larga y cruel enfermedad. Pobre princesa quien desde hacia veinte años, no era mas que la sombra de una reina que habia visto tomar su puesto en el lecho y en el trono á las queridas de su esposo, las que á su vez desaparecian cual sombra.

El terror que se esparció por Versalles cuando el fallecimiento

del gran delfín , del duque y duquesa de Borgoña , del duque de Berry y del de Bretaña , reapareció medio siglo mas tarde en los mismos parages y en la misma familia. En efecto , la muerte acababa de hacer de las suyas , cruel y rápidamente en medio de la córte de Francia.

Recopilemos las víctimas : Madama infanta , duquesa de Parma , la duquesa de Orleans , la princesa de Condé , el delfín de Francia , su hijo mayor , el duque de Borgoña , la delfina , la condesa de Tolosa , el rey Estanislao y la reina.

En medio de tanto cadáver , sobrecogiéndose de terror , huyó de Versalles madama Luisa , y refugiándose en las Carmelitas , tomó allí el velo para no pensar mas que en Dios.

Las acusaciones de envenenamiento no fueron escaseadas : la Francia entera murmuró unánimemente ; el cardenal de Luynes , los Nicolai , el conde de Muy , el duque de Aguilion , el mariscal de Richelieu , el arzobispo de París , todos los señores , todos los prelados que formaban el partido del delfín , que por cierto era numeroso ; todos los que estaban aguardando un reinado honrado y paternal á continuacion del reinado despótico y disoluto bajo el que se estaba viviendo desde mas de cincuenta años , todas las voces , en fin , interesados en la vida de los que acababan de fallecer , esclamaron abiertamente que todas aquellas muertes no eran naturales y acusaron de ello á M. de Choiseul.

Por lo demás , falsa ó verdadera , aquella acusacion tuvo una terrible resonancia. De ella dimanó el ódio de Mesdamas y el del duque de Berry contra M. de Choiseul. Luis XVI , de corazon débil y sin rencor , fué siempre obstinado en un solo punto y los estremecimientos que apesar suyo experimentára á la vista del ministro , indicaban sin que se tomára la molestia de ocultarlo , que veia en él al asesino de su padre. El rancio rey , mas libertino y mas devoto , á medida que iba avanzando hácia la vejez , pareció por algun tiempo que solo pensaba en Dios. Su testamento data del

f allecimiento de su hijo. Viendo á este volar hácia Dios, calculó que no habia tiempo que perder , y que podia de un dia á otro ser llamado para hacer igual viaje.

Contando desde este momento , dividióse la córte aun mas profundamente en dos partidos. Hallábase al frente de uno de estos el duque de Aiguillon , quien acusaba abiertamente á M. de Choiseul de traicion y envenenamiento. El primero contaba con el delphin , los señores nombrados hace poco , el arzobispo de París , el clero de Francia y los jesuitas ; y el segundo con la emperatriz María Teresa , los parlamentos , los jansenistas , poetas , economistas y filósofos. Ya veremos mas tarde que grano de arena arrojado á la balanza , la hizo inclinar hácia el duque de Aiguillon.

## CAPÍTULO XXI.

Hemos dejado de mencionar un suceso que produjo gran ruido en París, una muerte que no causó en Francia menos sensación que la mas ilustre de las que acabamos de relatar. Desde mucho tiempo habia permanecido inactivo el cadalso, teatro desierto en donde no iba ya la nobleza á representar su último papel. Los últimos sentenciados políticos habian sido los desgraciados jóvenes de Bretaña, de cuya ejecucion dimos ya cuenta: MM. de Mont-Louis, de Pontcalec, Ducouedie y de Talhouet. El ministerio del cardenal de Fleury fué muy pacífico. Luis XV por otra parte no era cruel. Era solamente colérico; en las querellas parlamentarias tuvo veleidades sangrientas. Madama de Pompadour decia: Hago estudio para templar la cólera del rey, porque conozco que si empieza á hacer derramar sangre, inundará con ella la córte.

El que debia levantar el cadalso de la nobleza, inactivo desde hacia treinta y siete años, era el conde Tomás Arturo de Lally-Tollendal, bello cuanto sonoro nombre que habia resonado en la córte de los Estuardos con igual cariño, fuesen estos reyes ó prisioneros, habitasen en Windsor ó en San German: Desde que esta rama estaba en Francia, el conde se habia hecho francés. A los ocho años entró en el servicio y fué conducido por su padre, segundo coronel del regimiento irlandés de Dillon, al campo de

Gerona, en donde recibió el bautismo de fuego. Cuatro años mas tarde, esto es, á los doce y medio, estaba de guardia en la trinchera delante de Barcelona. Fué muy luego coronel del regimiento que llevaba su nombre. Despues, en 1740, á los treinta y ocho años de edad, fué nombrado teniente general; en 1745 distinguióse en Fontenoy, y en 1756 nombróle el rey gobernador de nuestras posesiones de la India. Era valiente é instruido: llegaba á este antiguo mundo con el ódio de los ingleses y la ambicion de una nombradía. Su principio fué una victoria; á los treinta y ocho dias de su llegada no quedaba ya un uniforme encarnado en toda la costa de Coromandel. Embriagóle la toma de Gondelour y de San David y queria pasar mas adelante á pesar de la estacion, de la falta de recursos y de la opinion de sus generales. La temeridad era su fuerza, confió en ella y se dirigió al Tanjaour. Dejaronle avanzar los ingleses, volvieron hácia atras, ganaron la batalla de Orija á uno de sus tenientes y se apoderaron de Masulipatnam; durante cuyo tiempo envistió Madrás y le ganó por asalto.

Desde mucho tiempo no se pagaba á las tropas y estas carecian de todo, por cuyo motivo vióse obligado el general á permitir que sus soldados se arrojáran sobre las pagodas y rupias indias. Casas particulares, edificios públicos, templos, todo fué saqueado. Cometiéronse horribles escesos, pero harto ya el soldado de desahogos y botín, y rico el oficial que partió pobre, convinieron en callarse, al menos momentáneamente.

Por desgracia solo Madrás estaba en poder de los franceses. Los fuertes continuaban perteneciendo á los ingleses. Lally abrió las trincheras y empujó vigorosamente el ataque del fuerte de San Jorge, pero faltaban los medios, y creyendo como creia que debia todo ceder ante el ángulo de hierro de una enérgica voluntad, empleaba á cada paso la violencia en vez de la persuasion.

Poco á poco fueron cansándose los franceses de ser mandados por un altivo irlandés. Los mercenarios, de cuyo número se com-



ponia la mitad del ejército, escucharon las proposiciones de los ingleses y se pasaron al enemigo, resultando al mes de ocupar la plaza de Madrás, que furioso Lally, viendo que era imposible conservarla, levantó el sitio del fuerte de San Jorge y se puso en retirada hácia Pondichery, encontrándose falto de todos aquellos recursos que le eran, en aquel entonces, de la mayor importancia: esto es, víveres, hombres y dinero. Nuestra escuadra por su parte, que desde el principio de la guerra habia protegido la plaza, fué atacada por la flota inglesa, muy superior en número, y despues de un combate tan glorioso como inútil, hizo rumbo hácia Borbon, de suerte que al entrar en Pondichery, vióse el gobernador reducido á sus propios recursos, los que quedaron reducidos á cero con motivo de la sublevacion de los soldados, quienes no habiendo tenido mas sueldo que el pillage de Madrás, reclamaron sus atrasos. Se les debian seis meses de paga, Lally fué con los revoltosos violento y altivo como siempre; comprimia la sublevacion en todas partes en que le atacaban de frente, mas la llama apagada flameaba de nuevo tras él con mas ardor que nunca.

En medio de esas divisiones interiores, bloquearon los ingleses Pondichery y negada al general irlandés una capitulacion que habrian tal vez concedido á un general francés, entraron á viva fuerza en la plaza y dueños que fueron de ella, vengaron con terribles represalias el saqueo de Madrás. Lally fué hecho prisionero junto con su estado mayor y conducido á Lóndres.

Ya podrá comprenderse el ruido que en París hizo una tan completa derrota. Tomada la capital de las posesiones francesas y prisioneros gobernador y su estado mayor, era imposible saber á la vez y de repente, despues de la série de las victorias de que toda la nacion se estaba aun ocupando, una derrota tan completa y desastrosa. Tenia Lally gran número de enemigos en Versalles, quienes justificaban la conducta del general irlandés; así es que no solo atacaron su capacidad y su valor, sino hasta su probidad.

Segun ellos dimanaba la desgracia de la espedicion, de la dilapidacion de los caudales del Estado, lo cual habia impedido el pagar las tropas.

Desde Lóndres oyó Lally-Tollendal esas acusaciones, y no pudiéndolas su orgullo soportar, pidió ir á Francia bajo palabra de volver á Inglaterra, y le fué concedido. Llegó creyendo que ódios y calumnias desaparecerian ante su faz de leon, mas como general de ejército, notó bien presto que habia dejado tomar al enemigo una posicion demasiado ventajosa para que pudiera desalojarle. Quiso entonces apelar á la justicia del rey, de la de los cortesanos, y pidió á Luis XV la gracia de presentarse en la Bastilla, favor que le fué concedido inmediatamente, y quedó registrado en el libro de entradas de la misma el 1.º de noviembre de 1762.

El 3 de agosto del propio año, fué presentada al rey por el gobernador y el consejo superior de Pondichery, una demanda en la que decian: « Que habiendo sido ofendidos hasta el exceso en su honor y reputacion por las imputaciones del Sr. de Lally, pedian justicia á S. M. y un tribunal que se la hiciera.

Dicha demanda iba acompañada de una memoria que probaba como el consejo y la desgraciada colonia de la India habian sido arramplados desde el principio hasta el fin bajo la autoridad de un gefe despótico que nunca conoció las reglas del honor, de la prudencia ni de la humanidad. Que el conde de Lally era responsable de toda la direccion y administracion, tanto en el interior como en el exterior de la Compañía, lo propio que de todas las rentas de los terrenos y dependencias que poseia; que tenia la culpa de la pérdida de Pondichery, ya que la plaza tuvo que entregarse por falta de víveres y que solo él tenia en sus manos los medios de proporcionárseles; esto es, el dinero para comprarles los frutos de las haciendas, el producto de las cosechas y las tropas para protegerles.

Si la instruccion del sumario se hubiera llevado ante un conse-

jo de guerra, por cierto se hubiera absuelto á Lally, pero como se queria su muerte, confirióse á las salas del Parlamento, reunidas en tribunal de justicia.

Ya hemos dicho que se queria la muerte de M. de Lally. Hé aquí por qué: daremos tres motivos por uno.

Primeramente para dar á entender en el extranjero que el irlandés nos habia vendido. Una traicion salvaba el honor de la bandera. En segundo lugar, para vengar un antiguo ódio que existia entre M. de Choiseul y M. de Lally-Tollendal, por haber este sido nombrado gobernador de la India contra la voluntad del ministro. Y en tercer lugar para perder al propio tiempo que á M. de Lally á su pariente M. de Sant-Priest, intendente del Languedoc y designado por la camarilla del delfin para formar parte del ministerio que debia un dia ú otro reemplazar al ministerio Choiseul. Habia por otra parte un antecedente; habiannos los ingleses mostrado el camino cortando la cabeza al almirante Bing. La relacion de este gran proceso fué confiada á M. Pasquier, consejero de la primera sala, el mismo á quien se confió el de Damiens.

Además fuéle fácil á Lally engañarse en la suerte que le estaba reservada; la Bastilla endulzó para con él sus rigores, limitádoles á una simple reclusion; podia pasearse, recibir á sus amigos y hasta obtuvo permiso para tener un secretario, pero el cautiverio no habia por desgracia templado el violento é irascible carácter del prisionero: al contrario, todas sus facultades habian tomado una nueva irascibilidad. El infortunado secretario, cuyo cariño para con su dueño le habia dictado la buena accion de encerrarse con él, fué mal recompensado. Las furias del prisionero empezaron á turbarle la cabeza, volvióse triste, silencioso é inquieto, y una noche, como un criado fuera á echar en el patio del pozo una palangana de sangre procedente de sangrias que se habian dado á algunos presos enfermos, aquel desgraciado jóven, ya estenuado, espantóse á la vista de aquello que creia ser el resultado de algun se-

creto suplicio, y trocando su marasmo en locura, tuvo un ataque nervioso y exclamó :

—Pero yo nada he hecho! No soy culpable! No se me puede decapitar por crímenes que no he cometido. Mi libertad! quiero mi libertad!

Pero desgraciadamente para él, cualquier servidor que entrara en la Bastilla no salia de ella hasta que su amo era libre ó muerto ; así no pudo obtener la libertad que pedia y la locura aumentó ; tenia sin cesar el cadalso ante sus ojos , y habiéndose por último decidido el trasladarle á Charenton , cumpliése esta decision, quedando Lally sin secretario.

Instruíase entre tanto el proceso aunque de un modo muy lento, porque los principales testigos estaban en Madrás y en Pondichery , esto es , á cuatro mil leguas de Francia ; así es que no pudo abrirse la instruccion hasta el 6 de julio de 1763. Durante un año de encierro nada perdió Lally de su tranquilidad : sabia el ódio que le tenian los Choiseul y no dudaba de la severidad del parlamento ; pero contestaba de un modo imperturbable á las inquietudes que le manifestaban sus amigos :—El réy me perdonará.

Empeñáronse desde el principio los debates con escandalosa parcialidad. Por otra parte , el mismo acusado enconaba todos los ódios y duplicaba todas las enemistades con el rigor de sus respuestas y el poder de sus acusaciones ; pues en varios puntos pasaba de acusado á acusador. Las sesiones eran terribles y cada dia al regresar á su cárcel , podia Lally notar que se ejercia mas activa vigilancia en torno suyo. De cuando en cuando pasaban por su mente sombríos presentimientos. Un dia , en ocasion de afeitarse el peluquero , ante el carcelero , segun costumbre , entretúvose en quitarle una de sus navajas , mas al acabar , reclamó el barbero el instrumento que faltaba en su estuche. Confesó entonces haberle tomado con intencion de afeitarse él mismo , por lo que se formalizó el carcelero y pidió devolviera la navaja á su dueño , á lo que

se negó Lally. Las órdenes que tuviera el carcelero serian sin duda severas, pues sin comunicarlo al gobernador, pidió ayuda, tocó á rebato y llamó la guardia, llenándose en un instante de soldados el corredor, y la prision de Lally de amenazas. El general devolvió entonces riendo la navaja que motivó aquella revolucion; pero era tanto lo que confiaba en la real clemencia, que todo aquel tumulto no bastó para hacerle abrir los ojos.

Sin embargo, una palabra del mayor hizole un dia penetrar una luz cruel en su poco esclarecida mente. Fué el caso que habiéndose el pueblo amotinado en torno del coche que le conducia á las sesiones del parlamento, en el que á pesar de llevar siempre una numerosa escolta iba el mayor sentado cerca del general, quiso inclinarse hácia fuera para enterarse de la causa de aquel rumor; y el mayor, de quien pudo siempre Lally observar la benevolencia, le dijo:

—Cuidado, mi general, tengo orden de mataros á la menor seña que hagais al pueblo ó á la menor prueba de interés que este os manifieste.

Reclinóse entonces Lally pensativo en el fondo del coche. Sin embargo, no era esto todo. En el momento en que se pudo sospechar que dentro de pocos dias se fallaria la causa, notando la afectacion del general en presentarse vestido de uniforme con las insignias de su grado y las órdenes del rey con que habia sido condecorado, el primer presidente mandó al mayor de la Bastilla que le quitára las charreteras, cordon azul y placas. Manifestó este á Lally las órdenes hostiles que contra él recibiera y le rogó en su consecuencia se lo quitára él mismo, mas habiéndole contestado el general que podrian arrancárselo pero que no se lo quitaria, siéndole indispensable obedecer la orden, llamó ayuda, trabóse la lucha y solo derribándole al suelo pudieron arrancar á pedazos las charreteras y cordones. Todas esas severidades eran persecuciones inútiles, hubieran debido abrir los ojos del prisio-

nero, y sin embargo, no podia creer en una sentencia de muerte.

El 6 de mayo pudo cruelmente desengañarse: proveyóse el auto del parlamento y el conde fue sentenciado á muerte como convicto y confeso de haber hecho traicion á los intereses del rey, del Estado y de la compañía de las indias, lo propio que de abusos de autoridad y axaciones hácia los súbditos del rey y extranjeros. El suplicio era el de la decapitacion y debia tener lugar en la plaza de Greve. Al oír ese fallo tanto mas terrible por cuanto no habia querido preverle, insultó Lally á sus jueces, tratándoles de verdugos y asesinos. Acercósele entonces el cura párroco de la Santa Capilla exhortándole á que callára, mas Lally le rechazó con impaciencia.

—Por Dios, caballero, le dijo, dejadme un momento solo, y fué á sentarse en un rincon.

Dejósele por espacio de unos diez minutos abandonado á su cruel meditacion, despues de los cuales fuéle á buscar el mayor, muy conmovido, para conducirle á la Bastilla.

Recordando entonces Lally lo brutal é impaciente que tantas veces fué para con aquel hombre, siempre bueno y respetuoso para con él:

—Caballero, le dijo: perdonadme todas mis sequedades; soy un soldado viejo, poco acostumbrado á obedecer á otras personas que al rey, mi desgraciado carácter me lleva casi siempre mas allá de lo que deseára.—Ante un infortunio cual el vuestro, caballero, dijo el mayor, no recuerdo ni recordaré mas que el respeto que os debo. — Pues entonces, abrazadme, dijo Lally, siento el tiempo que pasé aborreciéndoos; comprendo perfectamente que cumplíais con vuestro deber.

Regresaron luego juntos á la Bastilla, y ya dentro de la cárcel, pidióse al condenado si queria un confesor.

—Oh! oh! dijo, se lleva mucha prisa en matarme.—Caballero, respondió el mensajero, creo poderos asegurar que la visita de un sacerdote es enteramente oficiosa.—Pues bien, respondió Lally,

tened la bondad de decirle que le recibiré mas tarde ; en este momento estoy fatigado y deseo descansar un poco.

Dejóse solo y se durmió.

Desde aquel momento ningun amigo ni conocido del condenado penetró hasta él. Sus parientes , sabiendo entonces que no podia salvársele y queriéndole evitar la deshonra del cadalso, presentáronse á la plaza de la Bastilla con la esperanza que se mostraria en el terrado ó saldria en la ventana y podrian hacerle seña de que se suicidára ; pero estaba durmiendo. Despertáronle para decirle que el presidente Pasquier, el mismo que habia fallado su sentencia , pedia por hablarle ; y saltando de la cama, dijo:

Oh ! sí , hacédle entrar , que venga , que venga.

Habia tal poder en la mirada de ese hombre , que el presidente se detuvo en el umbral de la puerta.

Caballero , le dijo rompiendo el silencio, es tan bondadoso el rey, que si manifestais la menor sumision, está decidido á perdonaros ; confesad , pues , vuestros crímenes y descubrid á vuestros cómplices.— Mis crímenes ! exclamó Lally , no los habeis , pues , descubierto ? á que venís á pedirme os los confiese ? En cuanto á mis cómplices , como que no soy culpable , no tengo ninguno. Ahora escuchad : vuestro modo de proceder es para mi un insulto y sois el último de aquellos á quienes pueda permitir el hablarme de obtener gracia ; retiraos , pues , miserable , que no os vuelva á ver ya.— Pero , caballero , dijo Pasquier , reflexionad ; vuestra pasion os altera.— Oh ! bien lo sabes tú , que has especulado en esa pasion para hacerme sentenciar ; mas la sangre mancha á quien la hace derramar , y derramada que sea la mia , te hará una eterna mancha.

Y como Lally diera un paso hácia él :

— Socorro , exclamó Pasquier.

Y habiendo acudido los carceleros :

— Que se le ponga una mordaza , dijo , ha ultrajado al rey.

A esas palabras , preso de cólera , echóse el prisionero sobre el presidente , pero detuviéronle los carceleros y habiendo llamado á los soldados en su auxilio , tendieron al suelo al anciano , y obedeciendo la órden de Pasquier , le pusieron la mordaza. Supo el pueblo esa infamia y desde entonces llamó siempre al presidente, *Pasquier-mordaza*.

Detrás del relator introdújose al confesor. A las santas exhortaciones del sacerdote , pareció Lally calmarse , pero aquella calma era ficticia ; habíase proporcionado el prisionero una punta de compás , y en medio de su discurso , notó el capellan que el penitente iba palideciendo. Habíase clavado aquella punta de compás algunas líneas en el corazon.

Pidió entonces socorro el sacerdote , apoderáronse del condenado y le ataron.

—Falté el golpe , dijo Lally ; ahora es ya asunto del verdugo.

No tuvo que aguardar mucho tiempo , pues el primer presidente , advertido por Pasquier de la resistencia del general , y por los carceleros de su tentativa de suicidio , mandó que se apresurára la ejecucion ; y habiéndose anunciado esa noticia á Lally :

—Mejor , dijo ; ah ! me han puesto aquí la mordaza , pero tal vez no se atrevan á hacer otro tanto al conducirme al cadalso , y entonces , oh ! entonces hablaré.

Esas palabras fueron comunicadas á los jueces ; el pueblo habia manifestado simpatías por Lally , y si este hubiera hablado habria podido sublevar á aquel , pues el parlamento no era popular ; en su consecuencia , so pretexto de que para librarse del suplicio podria el condenado , segun las costumbres orientales , culpar á otros , pusieronle de nuevo la mordaza , y atado y agarrotado , trasladósele rabioso , pero mudo , á un chirrion rodeado de arqueros , que siguió la carreta de Samson.

Al aspecto de aquel paciente con mordaza , de aquel anciano en cuyo rostro se veian pintadas las señales de las violencias de sus



verdugos, murmuró el pueblo abiertamente, mas todas las precauciones estaban ya tomadas, habíanse dispuesto imponentes fuerzas en toda la carrera que debía recorrer el condenado, así es que no pudieron los espectadores manifestar sus simpatías de otro modo que con murmullos. Casi toda la nobleza había acudido allí en coches, nó llevada por una cruel curiosidad, sino para tributar un honor al condenado.

A aquella vista, volvió á tomar el general la calma y serenidad que tuviera en el campo de batalla. Era aquello un postrer combate que iba á empeñarse, en el que estaba seguro de perecer, porque la lucha era con la misma muerte, y se acercó á ella con la cabeza levantada. Llegado que hubo á la plata-forma del cadalso cuyas terribles gradas subió valerosamente, tendió una larga y tranquila mirada sobre la multitud, su boca era muda, pero había mas elocuencia en aquella última escitacion de la vista de la que hubiera podido usar en el mas elocuente discurso.

El verdugo que debía ejecutar la sentencia era Samson padre, mas abandonó este honor á su hijo, á pesar de un extraño compromiso que contrajera treinta y cinco años antes con el mismo paciente. Una noche, regresaba M. de Lally con algunos locos jóvenes de una casita que tenia en el arrabal de San Antonio; estaban alegres y algun tanto ébrios, como convenia á señores que se habían educado bajo la regencia, y notaron una casa aislada en medio de un hermoso jardin, que estaba muy iluminada y los que la ocupaban entregados al regocijo. Viéndose pasar detrás de los cristales, cual locas sombras, algunas parejas de danzantes, pasó por la mente de aquellos atolondrados jóvenes el tomar parte en la fiesta; llamó Lally, pero estaban tan y tan agradablemente ocupados los de la casa, que solo despues de haber notado su enfado, fué á abrirles la puerta un criado, quien les preguntó lo que querian.

—Lo que queremos, contestaron, es que vayas á decir á tu amo que cuatro jóvenes señores que pasan y no saben como em-

plear el resto de la noche, le hacen pedir si quiere permitirles que tomen parte en el baile.

Titubeó el criado, pero habiéndole empujado y puesto un luis en la mano, entró en la casa, y nuestros cuatro jóvenes conve- nientes hasta lo inconveniente, estuvieron aguardando en el um- bral el permiso para entrar. A los cinco minutos volvió el criado acompañado de su amo. Era un hombre de treinta años, con mi- rada triste y rostro severo.

—Caballeros, les dijo, el criado acaba de espresarme de parte vuestra, un deseo que no puede sino honrarme, el de tomar parte en el baile que doy con motivo de mi casamiento. — Ah! dijeron los jóvenes, os casais, bueno! nada hay tan alegre como un baile de nupcias; así, hénos, pues, admitidos en el número de vues- tros bailadores. — Ya os he dicho, señores, que seria con el mayor placer, pero aun es preciso que sepais quien es el hombre que va á tener el honor de ser vuestro huésped. — Es un hombre que se casa, hé aquí cuanto necesitamos saber. — Sí, señores, teneis ne- cesidad de saber otra cosa, porque ese hombre que se casa es.... y titubeó un momento. — Es, dijeron en coro los jóvenes. — Es el verdugo!

La contestacion entibió algun tanto á los jóvenes, sin embargo, M. de Lally, el mas ardiente de entre ellos, no queriendo que fue- ra última la suya:

Ah! ah! dijo, mirando con curiosidad al novio, sois, pues, vos, caro amigo, quien decapitais, ahorcais, abrasais, enrodais y descuartizais! tengo una particular satisfaccion en conoceros.

El verdugo saludó.

—Caballero, dijo, los mas de los mártires, los ladrones, blas- femadores, brujos y envenenadores, les dejo para mis ayudantes, pues los criados son bastante buenos para semejantes tunantes, mas cuando por casualidad se trata de jóvenes de familia como el conde de Hornó, de jóvenes como vosotros, á nadie cedo el honor

de cortarles la cabeza ó romperles los huesos, y me encargo del trabajo yo solo ; en su consecuencia, si volvieran alguna vez los tiempos de los señores Montmorency, Cinq-Mars ó de Rohan, podríais, señores, contar en mí.—Hecha ya esta promesa, señores, podeis entrar si gustais.—Y por qué no?—Entonces venid.

Entraron los cuatro jóvenes, presentáronles á la recien casada, bailaron toda la noche, y el siguiente contaron su aventura en Versalles, en donde tuvo gran éxito.

Al cabo de treinta y cinco años, hallábase el general Lally con la cabeza cana, la mordaza y sentenciado á muerte, cara á cara con el melancólico casado de quien fué huesped la primera noche de sus nupcias ; pero debia ejecutarle el hijo del verdugo, el primogénito de aquel enlace.

Arrodillóse Lally, y Samson hijo, el mismo que veinte y siete años mas tarde debia hacer caer otra cabeza mucho mas ilustre, levantó la cuchilla de la justicia, pero como la mano le temblára, dió tan poco acertado golpe que abrió el cráneo de la víctima. Cayó Lally de cara al suelo, pero se volvió á levantar casi á un mismo tiempo.

Oyóse al momento un grito desgarrador de, ¡maldicion! salido de la multitud y pronunciado por cien mil bocas. Saltó entonces de un brinco Samson padre, arrancó la ensangrentada arma de las manos del jóven, quien estaba casi desmayado, y con la rapidez del rayo hizo saltar del tronco la cabeza de Lally.

En medio de aquellos gritos de espanto, púdose distinguir un grito de dolor, que dió un niño de catorce á quince años de edad. Hé aquí quien era aquel niño : La víspera, después de haberse confesado y antes de recibir la absolucion, declaró M. de Lally al sacerdote que no sentia morir, pero sí dejar solo y perdido en este mundo á un niño hijo suyo quien ignoraba su nacimiento, y á quien hacia educar secretamente en el colegio de Harcourt, con el nombre de Trófilo. Antes de morir deseaba ver á aquel niño, es-

trecharle entre su corazón y llamarle—hijo mío. Cumplió el confesor con los deseos del general, mas como era día festivo y era el niño muy amado de uno de los profesores, había salido con él y no debía volver al colegio hasta el siguiente día. Aguárdole el sacerdote y contóle al llegar su nacimiento y su desgracia. El deseo del general podía aun cumplirse, en el camino de la plaza de Greve podía el niño verle por última vez. El confesor y el joven se dirigieron con ímpetu hácia allí, mas la multitud era numerosa y corría apresurada, aquella gran afluencia retrasaba los pasos del capellan y el niño le abandonó y se aventuró solo en medio de aquel tropel; pero por mas que se hubiera apresurado, solo llegó á la plaza de Greve para ver caer á su padre, levantarse y volver á caer. Solo en la mano del verdugo pudo hallar aquella cabeza, cuyas últimas miradas le habían tal vez buscado inútilmente por entre la multitud.

Ese niño fué el conde de Lally-Tollendal, á quien algunos hombres de nuestra generacion habrán podido ver aun, pues yo le he conocido. Lo que acabo de contar, me lo contó él mismo. Ya sabemos que el primer y único cuidado de ese piadoso hijo, fué solicitar la rehabilitacion de su padre, lo que obtuvo en el año de 1778. En el de 1786 fué diputado de los estados generales, distinguiéndose entre los oradores de la derecha. Desde 1790 emigró, regresó en 1792, fué detenido, logró escaparse y volvió á Francia en 1801, entrando en la Cámara de los pares en 1815 y en la Academia en 1816.

Los amigos del infortunado Lally hicieron cuanto fué imaginable hacer cerca de Luis XV, para obtener que se conmutára la pena; Madama de Menze se echó á las plantas del rey, su pariente no pudo ver al monarca, pero le escribió suplicándole escuchára las disposiciones de MM. de Montmorency y de Crillon, jueces espartos en materia de valor y honor, que el parlamento se había negado á escuchar. Mas todo fué inútil. El rey, ó mejor el ministro

fué inflexible. Luis XV se arrepintió de aquel rigor que rayaba en crueldad. El niño fué devuelto á la señorita de Dillon con letras patentes que justificaban su estraccion. En fin, despues de las dudas vinieron los remordimientos y se oyó que Luis XV decia un dia á M. de Choiseul :

—Afortunadamente , no seré yo quien deba responder de la sangre derramada , porque vos me engañasteis.

El conde de Lally-Tollendal , último de este nombre , falleció en 1830.

## CAPÍTULO XXII.

Mientras tenían lugar en París y Versalles los sucesos que acabamos de narrar, operábase en una isla del Mediterráneo un cambio de dominacion que debia tener en lo venidero una estraña influencia en Francia y en Europa.

El 7 de julio 1764, cansada la república de Génova de la lucha que sostenia contra Córcega desde cien años habia, acudió á Francia en demanda de auxilio y firmó con nosotros el tratado de Compiègne, por el que se obligaba el rey á mantener una guarnicion por espacio de cuatro años en las plazas de Ajaccio, Calvi, Algajola y San Florente. Confióse el mando de aquella expedicion al conde de Marbeuf, y las tropas francesas desembarcaron en Córcega el mes de diciembre del propio año.

Pascual Paoli era el héroe de Córcega y hacia diez años que estaba combatiendo contra Génova por la libertad de su patria. Al ver llegar á los franceses, comprendiendo que le llegaban de Francia los verdaderos destructores de la independenciam corceguesa, escribió al momento á M. de Choiseul, y mientras se estableció una correspondencia entre él y el primer ministro que le dejaba alguna esperanza, firmó Luis XV con Génova el tratado de 15 de enero de 1768, el que estableció el principio de reunion de Córcega á la Francia. Apenas se tuvo en la isla conocimiento de

dicho tratado, cuando reclamó Paoli contra un pacto que sin consultarla, daban una nacion á otra nacion, mas viendo que eran vanas sus reclamaciones, preparóse para continuar contra Francia la lucha que tanto él como su padre sostuvieron tan gloriosamente contra Génova.

En un principio pareció la fortuna sonreir al obstinado defensor de su país. Mandó Luis XV á Córcega á un antiguo amigo, Chauvelin, hábil cortesano, pero general inesperto, el cual presentó al enemigo líneas demasiado estendidas, y se dejó batir por fuerzas una tercera parte menos numerosas que las suyas. Forzóse el campo francés, apoderándose de Borgo á la vista del mismo general en jefe; y llegó á tal punto el terror de los franceses, que cincuenta corsos batieron á ocho compañías de granaderos.

No habiendo tiempo que perder, llamó el rey á M. de Chauvelin y le reemplazó con el conde Vaux al frente de veinte y dos mil hombres, el cual, cogiendo al enemigo entre dos fuegos, aplastóle en la batalla de Ponte-Nuovo el 9 de mayo de 1769.

Dicha batalla hizo perder todas las esperanzas de Paoli; el que embarcándose precipitadamente para Liorna, se dirigió á Inglaterra con su hermano y sobrinos. Desdê aquel momento fué la isla enteramente nuestra. A los tres meses de la huida de Paoli, es decir, el 15 de agosto de 1769 nació en Ajaccio un niño que se llamó Napoleon Bonaparte, quien debió la calidad de francés al tratado de 15 de enero del año anterior.

Cosa estraña es que la espedicion de Córcega nos lleve á poner á la vista de nuestros lectores, una muger que siendo muy desconocida al principio de enero de 1767, debia, durante los cinco años siguientes, representar un papel tan importante en la córte de Francia. Hablamos de la condesa Du Barry, la que en dicha época no se llamaba así, ni tampoco se llamaba ya Juana Vau-bernier, sino señorita Lange. ¿Qué relacion puede tener el re-

cuerdo de esta señorita con la expedición de Córcega? Nos lo dirá luego M. de Lauzun:

Lauzun tenía entonces veinte y un años, era edecan de M. de Chauvelin y amante de aquella famosa princesa Czartoriska, que hizo con él, vestida de hombre, la campaña de Córcega. Conoció en el baile de la Opera á una encantadora máscara, que le dió su dirección, es decir, el nombre y señas de su amante, el conde Juan Du Barry. Este pasaba el tiempo en el juego, y reunía una gran sociedad de jóvenes de ambos sexos. Poco escrupuloso para ocuparse en lo que hacían las demás mugeres, y poco celoso al propio tiempo para que se inquietara por lo que hacía su querida, concentraba toda su atención en el juego, y fué sin duda el que dió origen al contra proverbio: *desgraciado en amores, afortunado en el juego.*

Apenas introducido en casa del conde Juan, notó Lauzun que se hallaba en un horroroso garito, pero la mala compañía no asustaba á los jóvenes señores de la corte de Luis XV, y en tanto que su amigo Fitz-James correspondía á los agasajos de Lange, estaba él jugando con el conde Du Barry, quien, segun Lauzun, jugaba con bata y sombrero, el cual sostenía dos manzanas cocidas aplicadas á los ojos como medida sanitaria, aun que algo inconveniente ante gentes de la cuna de Lauzun y Fitz-James.

Ya fuese la vista de esas manzanas, ya el recuerdo de su princesa polaca, lo cual no nos explica Lauzun, no disputó este la posición de la bella Lange; pero si nos dice que algunos dias antes de su marcha, supo que si él la desdénara, había sido presentada al rey y producido en S. M. una profunda impresion. Sin duda por una intención de lo venidero, no quiso salir de París sin despedirse de la querida del conde que tan graciosamente le acogiera, la que era visible que no se había entregado á Fitz-James, sino como una causa desesperada. Hallóla mas graciosa y



risqueña que nunca, y como le dijera que á pesar de su ausencia no le olvidaria :

— Y bien ! dijo Lauzun, acordaos que si vos llegais á ser la favorita del rey, yo quiero mandar un ejército.—Y yo, dijo ella, no os hallo bastante ambicioso ; si llego á ser la favorita del rey, os nombraré ministro.—Bah ! y M. de Choiseul, dijo Lauzun.— A M. de Choiseul, le destesto, contestó Lange.— Ah ! veamos, porqué motivo ? decídmelo, pidió Lauzun.

Lange era buena muchacha y no se hizo rogar ; las desgraciadas manzanas de Juan Du Barry no habian aun producido su efecto.

Para llegar al rey, habíase indicado á Lange el conducto de M. de Choiseul. Este habia hallado encantadora á la jóven, pero habia visto las fatales manzanas cocidas, y las inquietudes que estas le hicieran experimentar, fueron causa por parte de Lange de una humillacion que perdonaba á Lauzun, pero que no perdonaria en modo alguno á Choiseul. Marchó, pues, aquel llevándose la doble promesa de que si fuera algun día la favorita del rey, seria amiga suya y enemiga de Choiseul.

Cómo se arregló la señorita Lange para poder ver al rey, á pesar de los escrúpulos egoistas del ministro ? Pasarémos á decirlo : Tomóse esta vez el verdadero camino, dirigiéndose á Lebel, á quien tuvimos ya ocasion de nombrar en circunstancias análogas, era criado del cuarto del rey é inventor de la famosa institucion del Parque de los Ciervos, tan filosóficamente tolerada por Madame de Pompadour. Quería la etiqueta que se probáran los manjares antes que comiera de ellos el rey ; M. de Richelieu habia llenado este destino, para con los amores del rey, pero habiendo ya llegado á una edad en que una prebenda le parecia preferible á un destino tan activo, habia encargado á Lebel que llenára las funciones á que él estaba obligado á renunciar.

Vió Lebel á la señorita Lange, quedó prendado de su belleza,





Choiseul.

no le espantaron en modo alguno las manzanas del conde Juan, y fué á dar tan detallada cuenta á Richelieu, que este quiso juzgar, al menos con la vista, si habia algo exagerado en la relacion de Lebel. Juzgó y quedó satisfecho. Asociáronse entónces con el duque de Aiguillon y redactaron, por en caso de salir airosos, las condiciones de un tratado con la nueva favorita. Pidiéronle sin embargo, una completa confesion de lo pasado, para estar prontos á hacer frente tanto á las murmuraciones, como á las calumnias. La bella Magdalena no ocultó uno solo de sus pecados; hé aquí lo que refirió.

Nació en Vaucouleurs, patria de Juana de Arc, en 1744 y tenia por consecuencia veinte y cuatro años, era hija de una cocinera y un fraile, habiase llamado Juana Vaubernier, bajo cuyo nombre empezó su educacion en casa de una modista, desde donde pasó á otra casa, aun mucho menos honrada, pero mucho mas conocida, en casa Madama Gourdan. Trocó allí su nombre con el de Lanzon. Encontróla un dia en una esquina el conde Juan Du Barry, medio ébrio, subió á su casa, y el dia siguiente la condujo á la suya; luego en un momento de apuro, vendióla á Radix de Saint-Foix, jefe de seccion del ministro de negocios estrangeros; y este la devolvió mas tarde al conde du Barry, quien le puso aquella vez, con el nombre de Lange, al frente del garito en que la vió Lauzun y la conoció Lebel. Semejante confesion daba mucho que pensar: así es que tales antecedentes espantaron á este y al duque de Aiguillon, pero Richelieu se mantuvo firme y dijo que los talentos que debia adquirir Juana Vaubernier en una vida aventurera y agitada serian bien recibidos del rey, cuya debilidad iba en aumento. Aconsejó pues á Juana, que procediera de distinto modo que las demás mugeres que habian hasta entónces disfrutado de los reales favores, esto es, que en lugar de hacer como ellas la novicia, no le ocultára el talento que tenia.

Era Richelieu un gran profeta; volvieron las cosas cual las

preveyera y mejor aun. En los brazos de la señorita Lange, soñó Luis XV los mas bellos dias de su juventud, y se pudo ver muy luego el imperio que la nueva favorita iba á tomar en él. Sin embargo, érale necesario una especie de nombre, porque ya demasiadas personas la habian conocido bajo el de Juana Vaubernier, el de Señorita Lanzon ó el de señorita Lange. Tenia Juan un hermano llamado Guillermo Du Barry, llámósele y se le casó con ella, dándole un centenar de mil libras en cambio de su nombre; mandósele otra vez en provincia, y se presentó á la córte á la condesa Du Barry, del propio modo que se hizo con Madama de Etioles, marquesa de Pompadour.

M. de Choiseul comprendió entonces la falta que cometiera al dar demasiada importancia á las manzanas cocidas del conde Juan. Entónces tambien apareció la famosa cancion de *la Bella Borbonesca*, la que, por ultrajante que fuera, no tuvo mas resultado que regocijar á Luis XV y Madama Du Barry, quienes la gorgearon á los oidos del ministro, á fin de que este no ignorára que la sabian.

Anuncióse por aquel tiempo la llegada á París del rey de Dinamarca Cristiano VII, jóven y bello príncipe, lo cual puso en emocion á la córte, la villa y los teatros. Al saberse la fonda en que iba á parar, llenáronse las casas inmediatas de lindas parisienses; y hasta algunas se entendieron con el tapicero para que pusiera sus retratos en la alcoba del príncipe ó en su gabinete de afeite. La señorita Grandi, de la Opera, precedió á estas, y le mandó e suyo en traje de Vénus, solicitando la manzana del bello Paris.

Llegó á París, pero no vió casi mas que á los enciclopedistas, y se pretende que fueron perdidos todos los adelantos femeninos.

M. de Choiseul estaba negociando entretanto un asunto que debia neutralizar la influencia de Madama Du Barry; era este el enlace del delfin con una princesa austríaca. La descendencia imperial era rica en princesas; y existia desde mucho tiempo el pro-

yecto de unir á los Borbones con los Césares; habíase hablado de volver á casar el rey; pero sentíase este demasiado anciano para ello; habiéndose pues, resuelto casar en su lugar al delfín, encargóse á M. de Breteuil estudiára entre las jóvenes austríacas, la que pudiera convenir mejor para la corona de Francia. Púédese aun ver hoy dia en el palacio de Versalles, el cuadro que se hizo á este objeto; representa á María Teresa en Schönbrunn: la ilustre emperatriz-reina, está en él abierta cual flor, fresca aun, en medio de un grupo de jóvenes princesas en capullo, en medio de esas jóvenes con cabellos rubios cenicientos, ojos azules y expresivos, tez hermosa y brillante á su vez, y aquel lábio austríaco, mezcla de sangre lorenese y castellana, se reconoce á María Antonieta á la edad de trece años.

María Antonieta Josefa Juana de Austria, nació en Viena el 2 de noviembre de 1755. Dos años antes que saliera de Schönbrunn, sabia ya que estaba destinada para el trono de Francia. M. de Choiseul le habia escogido un preceptor de su confianza, el abate de Vermond, de suerte que hablaba perfectamente nuestra lengua, y con igual facilidad el inglés, italiano y latin. María Teresa hizo aprender esta última lengua á su hija, como muestra de agradecimiento: no fué en latin que arengó á sus fieles húngaros y que estos juraron morir por ella?

La educacion de la joven archiduquesa no habia sido menos esmerada con relacion á las artes recreativas que con la de la filología: Gardel fué su maestro de danzas; Gluck le dió las lecciones de música que hicieron de ella una entusiasta en este arte, y dibujaba con primor. En cuanto á la parte política de la educacion, no la habia confiado á nadie María Teresa, y habia cuidado que pasando á ser francesa en la fórmula y maneras, permaneciera austríaco su corazon.

Como dijimos, el casamiento era ya acordado dos años habia en la política de ambos reinos, cuando fué designado el príncipe

de Lorena para ir á Viena y pedir oficialmente la mano de María Antonieta, la que fué concedida. Estremecióse Europa entera al saber esta noticia que parecia consolidar por largo tiempo la alianza austro-francesa, y cambiaba en su consecuencia la política del norte. En cuanto á Francia, preparóse para celebrar aquellas magníficas fiestas con que acostumbraba solemnizar el casamiento de sus reyes.

Salió de Viena María Antonieta provista de las instrucciones de su madre y llena de esperanza en lo venidero y de confianza en lo presente.

Sin embargo, asustóla un presagio. En la primera casa en donde paró en territorio francés, diósele un cuarto cubierto de una tapicería que representaba la degollacion de los Inocentes; y habia en ella tanta sangre derramada, tantos cadáveres esparcidos y tanta verdad y espresion en las fisonomías, que pidió la jóven princesa le dieran otro por no atreverse á dormir en aquel. La entrevista tuvo lugar en Compiègne, ceremonial renovado mas tarde por María Luisa, y que en uno ni otro caso, fué feliz para Francia.

Conforme á las leyes de la etiqueta, precipitóse María Antonieta á las plantas del rey, quien la levantó y abrazó, y luego esperando tuviera lugar la bendicion nupcial, condújola á la Muette, en donde le fué presentada la duquesa Du Barry, para quien fué perfecta la princesa con gran desesperacion por parte de los Choiseul. Tenia Versalles sus trages de brocado y sin embargo un nuevo augurio persiguió á la delfina hasta en la córte de mármol. En el acto en que iba á poner los pies en el umbral de palacio, estalló una violenta tempestad y una larga y prolongada denotacion pareció envolver todo el horizonte con un círculo amenazador, y habiendo mirado con inquietud al mariscal de Richelieu que se hallaba cerca de ella :

— ¡Triste presagio! dijo este meneando la cabeza.

En efecto, el mariscal no era partidario de la alianza austríaca.

Al siguiente día llegó la delfina en París, y el espectáculo que le estaba allí aguardando la tranquilizó sobre los presentimientos de la víspera. Toda la población estaba en pié para recibirla, y atravesó la capital á los gritos de: *Viva el delfín y viva la delfina*. Tan vivo fué el regocijo que María Antonieta experimentó una especie de embriaguez.

— Teneis en torno vuestro, señora, dijo M. de Brissac, á doscientos mil apasionados á vuestra persona. Mas en cada regocijo iba el destino á mezclar su advertencia y la muerte tomaba su diezmo en cada fiesta. Ya sabemos cuan considerable fué la cantidad que se sacó para los fuegos artificiales de la plaza de Luis XV, cuyo solo ramillete costaba sesenta mil libras; construíase entónces la calle Real de San Honorato y el arrabal. Unos rateros ocasionaron una correnca, y espantados con aquella desconocida ola que agitaba de repente aquel humano océano, quiso cada cual huir, precepitándose unos en los fosos, ahogándose otros entre la apretadura y aplastándose otros contra los muros. La policía confesó haber hallado doscientos cadáveres, mas los parisienses dijeron en voz baja que se habian arrojado mil doscientos en el Sena. Era ya el tercer presagio en menos de un mes, y conforme se vé, no era lo menos terrible.

Tal suceso causó viva impresion en el delfín. Acababa de recibir dos mil escudos que le pasaba el rey mensualmente y les mandó á M. de Sartines, acompañados de la siguiente carta:

«He sabido la desgracia acaecida á consecuencia de las fiestas que se están celebrando con motivo de mi casamiento, lo cual me ha conmovido profundamente; me han entregado lo que el rey me manda cada mes para mis menudos gastos, y no pudien-



«do disponer mas que de esto, os lo mando para que socorrais á  
«los mas desgraciados. Os aprecia, caballero,

«LUIS AUGUSTO.

«En Versalles, 1.º de junio de 1770.»

En medio de todo eso, produjo la delfina gran efecto. Hé aquí el retrato que de ella dieron las *Nouvelles à la main*.

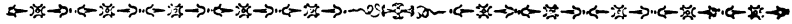
«La delfina, de estatura alta por su edad y algo flaca, es tal como una jóven que no está formada aun: es muy bien hecha y muy proporcionada en todos sus miembros. Sus cabellos son de un hermoso rubio y se juzga serán con el tiempo de un castaño ceniciento; la forma de su rostro es de un bello oval, pero algo largo; tiene las cejas tan pobladas como pueda tener una rubia; sus ojos son azules sin que carezcan de gracia y se mueven con una vivacidad llena de espíritu. Su nariz es aguileña y algo delgada en su extremo. Tiene la boca pequeña, aun que algo gruesos los labios, mayormente el inferior, cuya forma, como es sabido, es la del labio austríaco; el brillo de su tez es deslumbrante y sus colores podrian muy bien ahorrarle el tener que acudir al arrebol; su ademan es el de una archiduquesa, mas su dignidad templada por la amabilidad, y es difícil al contemplar esa princesa negarle un respeto mezclado con ternura.»

No faltaba menos que esa beldad para tranquilizar á Luis XV. Este estaba menos que convencido de la virilidad de su nieto, el duque de Berry, quien nunca mostrára el deseo de aproximarse á una muger; así es que la víspera de las nupcias mandó á buscar á M. de La Vauguyon, preceptor del delfin, al objeto de informarse de si la educacion de este era suficientemente completa para un hombre que debia casarse el día siguiente. M. de La Vauguyon, quien no creyera que los deberes de su cargo llegáran tan allá, miró al rey con estrañeza, balbuceó y acabó por confesar que nunca habia hablado al delfin sobre lo que el rey de-

seaba que ese supiera. Al ver Luis XV que M. de La Vauguyon sería en caso necesario, un mal preceptor en materia de lecciones conyugales, inventó un ingenioso medio de hablar á los ojos del adepto; hizo pegar de un extremo á otro de las paredes del corredor que conducía de su cuarto al de la delfina, las láminas del moderno Aretino, que el abate Dulaurans acababa de publicar en 1763, las que nada debían dejar que desear en los mas oscuros puntos de la ciencia, para la cual confesaba el conde de La Vauguyon ser tan mal profesor; y encargó al criado de Luis Augusto que en el acto de entregar á su amo la palmatoria, le recomendara que mirase atentamente; á la luz de la misma, aquellos gravados pegados al muro.

Hízose todo conforme se había encargado, mas á pesar de aquella precaucion, esparcióse el siguiente dia un extraño rumor que obligó á Luis XV á decir:

—En verdad que á no haber sido mi nuera una tan honrada señora, me atreveria á decir que ese pobre muchacho no es nieto mio.



## CAPÍTULO XXIII.



Por algun tiempo dirigieronse todas las miradas á Francia y á la delfina, sin inquietarse mas que de lo que esta decia ó hacia. María Antonieta era fácil de juzgar, y se supo luego á que atenerse en cuanto á ella. Como Luis Augusto parecia haber cometido desde los primeros dias, ó mejor desde las primeras noches, graves faltas que debia hacerle olvidar, dióle toda clase de libertad para sus caprichos y antojos.

Habiendo sido educada en Schœnbrunn con toda la libertad alemana, lo que mas costó á María Antonieta fué el sujetarse al ceremonial francés. Madama de Noailles, quien estaba encargada de llamarla al órden cuando se separaba de él, recibió de la jóven princesa el sobrenombre de la señora Etiqueta, sobrenombre que le quedó. Por lo demás, María Antonieta comprendió que para obrar á su voluntad y conducirse á su manera, era antes menester hacerse amar por el rancio rey, cosa fácil de obtener; cogió á Luis XV por la parte sensible y fué graciosa para con la favorita.

—¿Qué destino ocupa en la córte Madama Du Barry? pidió un dia María Antonieta á Madama de Noailles.—Pero... respondió esta algo embarazada, está encargada de agradar y distraer al rey.—Si es así, respondió la delfina, prevenid á Madama Du Barry que tendrá en mi una rival.

En efecto, María Antonieta agradaba al rey y le entretenía. Bella, viva, noble, jovial, espiritual y resuelta, apenas llegó en la corte, cuando esparció en ella un perfume de juventud y libertad que recreaba al rancio rey. Era para con Luis XV lo que había sido la duquesa de Borgoña para con Luis XIV; así es que el abuelo idolatraba á la nieta, quien iba de trapillo por la mañana ó por la noche, sin ningun respeto á la etiqueta, á presentarle su frente para que la besára; así es que le pasaban muchas cosas y en estas muchas locuras.

Los jardines de Trianon eran principalmente teatro de esas locuras. Los jóvenes príncipes y princesas ejecutaban en ellos carreras de asnos á ejemplo de los caballos que acaba de importar de Londres á París el anglomano duque de Chartres. En una de esas carreras cayó María Antonieta y habiéndosela querido levantar:

—No, dijo, corred por la señora Eliqueta, quien os indicará el ceremonial acostumbrado para levantar á una delfina que cae de su asno.

Era la espresion tanto mas á propósito cuanto habia la delfina caido del modo mas indiscreto que verse pudiera; mas era bastante bonita y sobre todo asaz bien formada para no hallarse mas que medianamente aflijida de aquel accidente; así, como en ausencia de su hermano, le hiciera el conde de Artois cumplidos que por cierto no le habria hecho el delfin:

—Toma! dijo, cuando se monta un borrico es preciso hallarse en el caso de caer de él.

María Antonieta era coqueta y ocupaba gran parte del dia en su afeite; tenia magníficos cabellos, y llevó á sus últimos límites el arte del peinado.

El enlace del duque de Orleans con Madama de Montesson, desvió algun tanto la atencion que la corte concediera á la delfina.

Luis XV reconoció el casamiento, mas negó á Madama de Montesson el título de alteza.

Entretanto continuaba la lucha entre M. de Choiseul y el duque de Aiguillon.

Digamos una palabra de Armando Vignerod-Duplessis, duque de Aiguillon, quien representó un tan importante papel durante los últimos años del reinado de Luis XV, y cuyo hijo representó otro tan triste en los primeros de la revolución. Nació en 1720, y fué jóven á la córte, en donde fué presentado con el nombre de duque de Agenois. Es el mismo duque de Agenois de quien estaba enamorada Madama de Chateauroux, la que se desmayó, á pesar de hallarse delante de Luis XV, al saber que habia sido herido en el ataque de Chateau-Dauphin, á donde le mandára el rey para alejarle de su favorita. Conforme se recordará, muy al contrario de Madama de Pompadour, era la de Chateauroux anti-austríaca. Participaba de sus principios el duque de Aiguillon, que tambien eran los de su tío, el duque de Richelieu, de suerte que se halló ser naturalmente del partido del delfin y antagonista de M. de Choiseul y de los parlamentos.

Al revelarse contra el rey el parlamento de Bretaña, oponiéndose á algunos edictos bursátiles, desplegó el duque de Aiguillon, comandante militar de la provincia, tal vigor y severidad que le enagenó el espíritu naturalmente independiente de los bretones, quienes fueron injustos para con él: cuando en 1758 hicieron los ingleses su desembarque en las costas de Bretaña, batióles el duque en Saint-Cast y les obligó á embarcarse de nuevo; pero los bretones pretendieron que no habia tomado en la victoria, la parte que podia en ella tomar personalmente, y le acusaron de haber permanecido en un molino harinero durante el combate.

— M. de Aiguillon se cubrió de gloria en el combate de Saint-Cast, dijeron ante M. de La Chalotais.

— Quereis decir que se cubrió de harina, contestó el procurador general del parlamento de Bretaña.

La palabra era dura y permaneció en la garganta del duque, quien dobló su severidad para con ellos.

Encarnizáronse entónces contra él y le acusaron de exaccion é infidelidad, solicitando su desgracia y ayudando de esta suerte á M. de Choiseul, quien sentia instintivamente la necesidad de aplastarle y hacia cuanto podia para lograr su objeto. Obligado á luchar á la vez contra el primer ministro y el parlamento, usó el duque de todos sus medios y acusó á la vez á Lachalotais de un complot que tendia á derribar la monarquía; Lachalotais fué preso y se convirtió á consecuencia de ello, en ídolo del parlamento. Redobló en Bretaña el tumulto; estableció el duque un simulacro de parlamento, que fué insultado, y el gobierno por fin, cansado ya, reemplazó al duque de Aiguillon con el de Duras; este cambio, que era para Aiguillon una desgracia, dió nuevos bríos á los parlamentos, quienes renovaron sus quejas contra él. Evocóse el proceso de acusacion en el parlamento de París, el que se declaró contra el acusado y le amenazó con obrar judicialmente. Fué entónces cuando el duque de Aiguillon y el de Richelieu su tío, reconocieron la urgencia que habia para ellos de crearse un apoyo cerca del rey, y produjeron á Madama Du Barry.

Vese que la intriga les salió á las mil maravillas. Por conducto de Madama Du Barry obtuvo del rey M. de Aiguillon una órden suprimiendo el procedimiento; el parlamento, por su parte, anticipándose al fallo que hubiera debido pronunciar, promulgó un decreto que declaraba al duque de Aiguillon prevenido de un hecho que manchaba su honor y le suspendia en las funciones de la dignidad de par hasta dar su sentencia. Para toda respuesta á ese edicto, tuvo el rey en Versalles un trono de justicia, en el que ocupó M. de Aiguillon su puesto entre los pares. Hé aquí el estado en que se hallaban las cosas en el momento en que hemos llegado.

Maupeon hijo dirigia á la sazón el parlamento de París, del que

era primer presidente; pero tenia mas altas miras, pues queria ser. canceller de Francia. A fin de que no le escapáran los sellos, prometió á M. de Choiseul apoyarle contra el duque de Aiguillon, y á este contra M. de Choiseul, y protegido por ambos partidos contrarios, obtuvo dichos sellos por dimision de su padre que servia ese destino.

Era un hombre de cincuenta y seis años, de estatura regular, cuyos enemigos le hallaban horroroso, á pesar de sus bellos, vivos, brillantes y espirituales ojos. Notábase cierta severidad en su semblante, era de un temperamento bilioso que le daba al cútis un color verde y amarillo, en vista de lo cual le titulaba el mariscal de Brissac, el presidente Mezcolanza. Este sobrenombre, que tuvo gran éxito, determinó á M. Maupeon á pintarse el rostro como los actores. De esta suerte era menos sombrío su exterior, y su lengua dorada atraía hácia él á aquellos que su mejorado semblante no habia podido conquistarle. Era insinuante, flexible y celoso de los sufragios viniesen de donde vinieran. Al ser nombrado primer presidente, pidió á un sugeto de su confianza lo que de él se pensaba en palacio; escusóse en un principio el buen hombre, mas habiéndole obligado á contestar y esplicarse, confesóle que le hallaban todos en estremo altivo.

— ¿No hay mas que eso? respondió el primer presidente; pues bien! ya mudarán de parecer. En efecto, desde aquel momento, fué apacible, afable, cortés; el menor escribiente le hallaba de ademan benigno y fisonomía risueña. Hombre de penetracion, habia echado la vista en lo venidero y calculado que un rancio ministro no podíá vencer á una jóven favorita. Desde el acto en que se encargó de los sellos, inclinóse pues visiblemente hácia Madame Du Barry, y al objeto de no amedrentarla abandonó la larga cimarra y la carroza de ébano que usaban los cancelleres. Jugaba en fin como un simple mortal con el negro y el mono de la

condesa: con Zamora y Mistigri, con Zamora que se le comia los dulces y Mistigri que le quitaba su gran peluca.

En suma, llamaba á Madama Du Barry, prima mia, alianza que no era al menos tan desproporcionada como la de María Teresa con Madama de Pompadour.

Entretanto estaban haciendo cuanto era posible para desafectar á Luis XV de M. de Choiseul; el abate de Broglie, encargado de la correspondencia de los negocios estrangeros, mantenida por agentes secretos que celaban á la vez las córtes aliadas y los embajadores acreditados cerca de ellos, demostró al rey como M. de Choiseul era mas adicto al Austria que á Francia. Madama Du Barry se proporcionó el bello retrato de Van-Dick, representando á Cárlos I, que es hoy dia uno de los principales adornos de nuestro Museo, y le puso al frente del canapé en que solia sentarse Luis XV.—¿De quién es ese retrato? preguntó el monarca.

—El de Cárlos I, Señor.—¿Porqué motivo se halla aquí?

—Para recordaros la suerte de aquel desgraciado príncipe.

—¿Y con qué objeto quereis recordármela?—Porque su suerte será la vuestra, Señor, si no destruis vuestro parlamento.

Habiendo hallado un dia el rey mejores manjares en casa de Madama Du Barry.—¿A qué viene este feliz cambio? pidió Luis XV.

—Es que he despedido á mi Choiseul; ¿y cuando despedís vos al vuestro?

Fuéle entregada al rey una nota que patentizaba en cuanto era posible patentizar semejantes asuntos, que María Teresa habia prometido al primer ministro una pequeña soberanía con toda garantía de ser hereditaria, si lograba indemnizar á la casa de Austria de la pérdida de la Silesia. El duque de Richelieu, el de Aiguillon y la favorita, no llamaban ya á M. de Choiseul, sino el rey Choiseul ó el reyecito. En fin, la duquesa de Grammont, quien iba recorriendo la provincia y sublevando los parlamentos, dejó



sorprender una carta que fué entregada á Madama Du Barry.

Una mañana halló el rey á la favorita jugando con un par de naranjas y diciendo: —Salta, Choiseul; salta, Praslin, y habiéndole preguntado que clase de juego era aquel:

— Un juego de báscula, contestóle, y entrególe la carta de Madama de Grammont; era el dia 24 de diciembre de 1770.

Cansado ya de tantas quejas como se elevaban en torno suyo, solo buscaba el rey una ocasion favorable para despedir á Choiseul, y aprovechando la que se le acababa de presentar, cogió la pluma y escribió:

«Primo mio:

« El descontento que me causan vuestros servicios, me obligan  
« á desterraros en Chauteloup, á donde ireis en el término de  
« veinte y cuatro horas; os hubiera mandado mucho mas léjos á  
« no mediar el particular aprecio que me merece Madama de Choi-  
« seul, cuya salud me es interesante. Haced de modo que vuestra  
« conducta no me ponga en el caso de tener que cambiar de pare-  
« cer, sobre lo que, ruego á Dios, primo mio, que os tenga en  
« su santa guardia.

«Luis.»

Y cogiendo luego otro papel, escribió á M. de Praslin estas dos únicas líneas:

«No teniendo ya necesidad de vuestros servicios, os mando á  
« Praslin, á donde os dirigireis dentro de veinte y cuatro horas.»

En ese borrascoso tiempo contó M. de Choiseul mas amigos que nunca. La lealtad de todos para con él, que no era otra cosa que una abierta oposicion contra Madama Du Barry, pasó á ser de moda. La víspera de su caída no era mas que un ministro, pero al siguiente dia hallóse gefe de partido y adquirió el poder del hombre que representa una idea. Los parlamentos sintieron la sacudida de su desgracia, y comprendieron que se les iba á perseguir de un modo serio; por otra parte, el derribo de M. Choi-

seul era la elevacion de M. de Aiguillon , y esta la ruina de los parlamentos.

Todas esas demostraciones no asustaron al duque de Aiguillon, pues recogió valerosamente y sin titubear , el bulto que acababa de resbalar de los hombros de Atlas , y encargándose del ministerio de negocios estrangeros, resolvió formar con el canciller Maupeon , un triunvirato del que el abate Terray fuera el tercer miembro.

Ya dijimos quien era el duque de Aiguillon y tambien el canciller Maupeon , digamos ahora lo que era el abate Terray.

Era hombre desmadejado , sin continencia , de horroroso semblante , taciturno, sin gracia alguna en el lenguaje , y de difficil expresion , pero dotado de robusta salud , de vigoroso temperamento , de viva perspecuidad , despejada inteligencia y de escelente juicio , particularmente en los negocios, siendo además espiritual , imprudente y vivo á la réplica.

—¿Cómo hallais los festejos de Versailles ? le pidió el rey.— Impagables, Señor , contestó el abate.

Habian costado veinte millones.

— A la verdad , abate , decíale el arzobispo de Narbona , vaciais los bolsillos.— Que diablos de bolsillos quereis que vacie , respondió sencillamente el abate.

Mucho se gritaba contra él , pero solia decir :

— Convieue dejar gritar á los que se desuellan. Los parisienses usaban y abusaban de semejante permiso.

— El abate Terray es hombre sin fé , decian , nos quita toda esperanza y reduce á la mendicidad.

Cierta mañana hallóse que la calle de Vide-Gousset (1) , habia cambiado de nombre ; un quidam habia mudado el rótulo durante la noche y escrito : Calle de Terray.

No estaba todo acabado con el derribo de M. de Choiseul, pues

---

(1) Vide-vacio, vacia.

quedaban aun los parlamentos. Choiseul habia agitado la magistratura contra la absoluta autoridad del rey; y se decretó la abolicion de dicha magistratura. Siguióse al momento para con Europa una política contraria á la seguida por el derribado ministro. Empujado por este, iba el rey de España á romper las amistades con Inglaterra, mas al saberse en Madrid la desgracia del duque, dió la mas cumplida satisfacciön á los ingleses sobre las islas de Falkland y puerto de Egmonte, pretextos de la querella, y no quiso tan solo examinar la naturaleza de sus derechos.

Segun el sistema austríaco, trataba M. de Choiseul á las potencias secundurias con un desprecio que desdecia de un modo singular de la proteccion que Francia les acordára constantemente; pero caido que fué el ministro, recibió el rey á Ibrahim-Effendi, enviado del bey de Tunez, y dispensó á Gustavo, príncipe hereditario de Suecia, una acogida digna de la antigua alianza, que unió siempre á ambas naciones. Concluyóse por último una alianza muy particular con el rey de Cerdeña por medio del casamiento de Monsieur, hermano segundo del delfin, con una princesa de la casa de Saboya.

Ya hemos dicho que se resolvió la abolicion de la magistratura, cosa por cierto mas fácil de resolver que de ejecutar.

La magistratura era muy poderosa, y el monarca, á quien por irrision se llamára Luis el Condescendiente, era muy débil.

Los parlamentos tenian en favor suyo á los pares, agregados á ellos por el duque de Choiseul, y el apoyo de la casa de Austria, la que iba esparciendo ocultamente algunos miles entre los consejeros. Tenian además en su favor á los jansenistas, quienes en todo tiempo y en todas ocasiones las habia sostenido contra las córtes de Francia y Roma.

El duque de Aiguillon, gefe del partido anti-parlamentario, era apoyado por Madama Du Barry, de quien participaba los favores con el rey; por el canciller Maupeon, quien representaba sin ce-

sar á Luis XV los parlamentos como capaces de renovar la tragedia de Cállos I; por el abate Terray, cansado de los gritos y quejas que esos parlamentos arrojaban continuamente contra él; por el arzobispo de París, M. de Beaumont, quien habia diez años que estaba apelando de sus sentencias; y por los jesuitas, quienes estaban llorando sobre las ruinas de sus destruidos establecimientos.

Ya frente á frente los partidos, y tomadas todas las disposiciones para el ataque y la defensa, no podia tardar en darse la batalla.

Diez y seis dias antes que se desterrára á M. de Choiseul habia cesado en sus funciones el parlamento de París, y todos los de provincias insurreccionados contra el rey habian multiplicado sus amonestaciones, á cada una de las cuales decia Madama Du Barry:

— Otro paso aun para destronaros Señor.

El canciller Maupeon dió orden al parlamento que volviera á entrar en el ejercicio de sus funciones si no queria incurrir en la cólera del rey; á lo cual contestó que estaba aguardando con sumision, pero sin funcionar, los sucesos de que estaba amenazado.

Habiéndose echado el guante á la autoridad real, recogióle el duque de Aiguillon.

Fijóse la noche del 19 al 20 de enero para la ejecucion del proyecto. A las doce fueron todos los magistrados despertados en nombre del rey. Entraron los mosqueteros en sus cuartos y presentándoles la orden de volver á emprender sus funciones, reclamaron esta respuesta sin rodeo alguno: *si ó no*.

Algunos de ellos obedecieron, pero reunidos al siguiente dia tranquilizáronse, fortificáronse y se negaron á ello por unanimidad. La negativa fué inmediatamente seguida de la notificacion del decreto del consejo, quien declaró confiscados sus cargos; y pre-

sentándose de nuevo los mosqueteros, enseñáronles las órdenes de destierro, las que fué indispensable acataran sin demora. En lugar del parlamento, instalóse el gran consejo que debia reemplazarle.

En la exaltacion del triunfo, celebró el arzobispo de París lo que se llamaba misa roja, y el nuevo parlamento fué bautizado acto contínuo con el nombre de parlamento Maupeon.

Pero operóse entónces una gran division hasta en los príncipes de la real familia; el conde de La Marche, hijo del príncipe de Contí, y el de Artois, á quien habia M. de Maupeon prometido la mano de MADemoiselle, reconocieron el nuevo parlamento; el duque de Orleans, inducido por Madama de Montesson, cedió momentáneamente; pero M. de Contí no quiso oír hablar de ninguna transaccion con la nueva magistratura. M. de Clermont, siguiendo el ejemplo de M. de Contí, protestó contra lo que acababa de hacerse, y habiendo caido mortalmente enfermo, falleció sin que el rey le perdonára aquella oposicion ni mandára una sola vez para informarse de su salud. En cuanto á los pares, protestaron igualmente contra la ruina de la antigua magistratura, pero solo tocante á la fórmula. Por lo que respecta á los parlamentos de provincias, fueron disueltos sin ninguna clase de oposicion. Así se operó ese gran suceso del que fué Madama Du Barry la principal palanca, y cuyos frutos recogió por completo el duque de Aiguillon.

## CAPÍTULO XXIV.

---

Ya hemos dicho que el duque de Aiguillon emprendió una marcha enteramente opuesta á la de M. de Choiseul. Apoyado en una memoria del delfín , padre de Luis XVI, continuó libremente la misma.

Hé aquí la partida de dicha memoria, en la que se apoyó la política del duque :

«Debo recordar sin cesar , decía el delfín , que mil gobiernos quedaron reducidos á la nada ; que varias familias reales fueron estinguidas en Europa , y que los principales Estados que me rodean son rivales de la casa de Borbon.

«La historia conoce dos de estos , los principales: Inglaterra y Austria. La primera es la menos temible. Francia debe recordar que puede subsistir sin marina ó con ella ; porque las potencias que no tienen , subsistian muy bien por medio de su agricultura, comercio é industria natural. Hemos sido muy considerados y temibles , hasta sin marina, durante el ministerio del cardenal Fleury , á quien mi padre habia confiado en su totalidad las riendas del Estado.

«Tenga , pues , Inglaterra mayor ó menor preponderancia en los mares ; esto no hace mas que aumentar ó disminuir el bienestar de la Francia , sin que le cause notable perjuicio. Inglaterra

solo debe considerar su comercio como esencial para el sosten de su actual situacion, así, no es una rival que debamos temer; mas el Austria tiene muchos otros títulos y medios hostiles y peligrosos con relacion á nosotros; y está en nuestros intereses el vigilarla, rodearla é impedirle que nos perjudique, porque su política se dilata mas de lo que permite su religion; es una nacion moderna en Europa que hemos visto salir de la nada, y que se elevó hasta la monarquía universal en tiempo de Cárlos V, á espensas de sus vecinos y con gran peligro nuestro.

« Debo, pues, esforzarme en hallar en la historia de mis antepasados el medio de que se valieron, para volver á tomar á dicha casa, la España, Nápoles, la Lorena, parte de los Países Bajos, Alsacia, el Franco Condado y el Rosellon, y no olvidar que no sostengo esa política observadora. El Austria me responderá de lo que tomó á mis pasados desde el principio que existió, lo cual no es muy antiguo, se recuerda aun lo que era la Francia en el reinado de Carlomagno.

« Mis pasados, al menos los de mi rama, habian sido constantemente adictos á los mencionados príncipes, cuando ha llegado á Francia un hombre, lorenés de corazon y origen, que está causando en la actualidad la desgracia de este país.

« El duque de Choiseul, pensionista de la casa de Austria, ha imaginado reforzar las primeras ideas del abate de Bernis, quien estaba interesado en complacer al Austria; uno y otro han echado los primeros fundamentos de las mayores desgracias que están amenazando á mi casa, si los principios austriacos acaban por prevalecer en ella. El duque de Saint-Simon me mandó hace diez años una memoria sobre ello muy bien redactada, en la que prueba como Francia no puede sostenerse sin que combata perpetuamente contra la casa de Austria; se la hallará entre mis papeles; prueba igualmente como no podemos detenernos hasta haberla reducido á la situacion de un actual electorado.

« Mi padre, sin embargo, por medio de principios que no puedo permitirme censurar, se ha aliado con la casa de Austria, con perjuicio de los intereses de las pequeñas potencias, las que mis pasados cifraron su gloria en sostener y proteger; nunca ha querido profundizar la culpable temeridad de M. de Choiseul, quien acaba de derribar un edificio fortificado por los siglos, y los hombres de Estado mas esclarecidos y mas adictos á nuestra dinastía.

« Débense sin duda alguna observar muy religiosamente los tratados; pero la delicadeza tiene sus límites, y cuando el Estado haya conocido por esperiencia cuan pesado es á los súbditos un tratado que liga á Francia sus manos, que solo tiene vida por la facultad de ejercicio del poder militar, se darán sin duda límites, sin mediar declaracion de guerra al emperador, á un tratado que nos circunscribe en todas partes y nos impide ser franceses. »

Con respecto al Austria, era por desgracia el plan difícil de seguir, porque existia aun la alianza en 1756, y no se tenian motivos plausibles para romperla. Además, ejercia ya María Teresa una decidida soberanía sobre el delfin, y si en este se notaba tan gran ódio contra M. de Choiseul, no era por que fuera el ministro pensionista del Austria, sino porque suponía que habia sido causa de la muerte de su padre. Por otra parte, podia suceder que falleciera el rey, quien á pesar de su avanzada edad no se privaba de ningun placer, y hallábase entónces todo en el mismo estado.

Empezó, pues, poco á poco á preparar Europa para la anulacion mas ó menos próxima de aquel fatal tratado.

Como ya dijimos, las potencias subalternas estaban espantadas ante la gran alianza austro-francesa; el duque de Aiguillon se ocupaba en calmarlas, escucharlas y protegerlas.

Empezó por reconciliar á Suecia y Dinamarca, nuestros dos



naturales aliados en el Norte , desde que Polonia existía como reino y no como potencia.

El duque de Choiseul habia molestado constantemente á los suizos nuestros antiguos aliados , y solia decir: vil cual suizo ! é hiriéndoles en sus intereses , abria el puerto de Versoix en el lago de Génova , cuyos trabajos interrumpió el duque de Aiguillon.

El de Choiseul habia quitado al Papa el condado de Venaissin y la ciudad de Aviñon ; para compensar , segun decia , la pérdida de las Colonias , pero era en realidad , para satisfacer á los filósofos que atacaban la religion ; mas el de Aiguillon pidió de ello perdón á Ganganelli , y le devolvió ciudad y condado.

Inglaterra nos unió con la casa de Austria , y tomó partido por Federico II. La alianza de aquella con este , era la guerra contra nosotros , por lo que echó el duque de Aiguillon las bases de un tratado de paz y de comercio que debian reanudar todas las relaciones amigables que habian existido durante los treinta años que siguieron á la paz de Utrecht.

Desde las famosas expediciones de Cárlos XII, que tantos hombres y dinero costaron á la nacion , espantada Suecia de aquella real omnipotencia que le arrastraba en pos de sí todo un pueblo al abismo, hizo cuanto pudo para reprimir la autoridad de sus monarcas ; estaba dividida en facciones que escuchaban al Austria, Dinamarca y al rey de Prusia. La autoridad de la Francia, tan verdadera en el reinado de Gustavo Adolfo, habia cedido ante la austríaca : era una posicion perdida que debia reconquistarse. Gustavo III estaba deseando salir de aquella tutela impuesta por el pueblo y la nobleza ; cuando solo era príncipe hereditario , escribió á M. de Choiseul manifestándole dicho deseo , pero el ministro se hubiera muy bien guardado de acoger favorablemente las instancias del jóven príncipe , pues con ello hubiera agraviado al Austria de un modo demasiado directo. El duque de Aiguillon, por el contrario , no conservó semejantes atenciones ; sacó á M.

de Vergennes , nuestro antiguo embajador de Constantinopla , del destierro á donde le mandára Choiseul , dióle instrucciones y le mandó á Suecia, volviendo así á los planes de la antigua diplomacia francesa: *Levantar al débil y humillar al fuerte.*

La presencia de M. de Vergennes en Estocolmo , produjo sus resultados ; estalló en Suecia una revolucion que devolvió á Gustavo el poder que la nobleza compartia con él , y le libró de la influencia rusa , austríaca y prusiana. Dicha revolucion se verificó el 10 de agosto de 1772 , en el término de cincuenta y cinco horas y sin efusion de sangre ; si bien es verdad que veinte años mas tarde se vengaron de Gustavo III de un modo sangriento , el conde de Horn , el de Ribing y Ankastroem.

Ya espusimos el estado de postracion en que cayó Polonia en medio de los conflictos europeos , desde el instante en que la poderosa mano de Francia dejó de sostenerla. Catalina II , quien tenia la vista sobre esa desgraciada nacion , dióle un monarca , mas tan segura estaba de la nulidad de este , que se estaba preparando para invadir su reino.

El duque de Choiseul no vió en la alianza de las córtes de Berlin y San Petersburgo , sino una simple defeccion á la de Viena y Versailles , pero la de Viena veia las cosas de mas léjos , veia la de Francia arruinada en hombres y dinero , y por consiguiente mediana ausiliar en el momento en que Rusia se apartára de ella; entónces fué cuando dió M. de Choiseul órden á M. de Vergennes de que revolucionára á Turquía contra Rusia: en caso de triunfar las armas turcas , el poder y sobre todo el prestigio del imperio ruso quedaban debilitados , y en caso de derrota , aproximaba Rusia sus posesiones á las austríacas , é inquietaba el imperio , el que hubiera tenido gran necesidad de nosotros.—Por mas que M. de Vergennes hubiera representado á M. de Choiseul la inutilidad de esa guerra y predíchole su desastroso resultado , mandóle seguir adelante , mas como le hiciera nuevas observaciones , envióle su

dimision y la órden de ir á Borgoña, en donde permaneciera desde dicha época, sin crédito ni empleo.

Aconteció cuanto predijo M. de Vergennes; Turquía fué batida, como dijimos, con motivo de las fiestas dadas por Potemkin á Catalina H; los ejércitos rusos invadieron la Moldavia, y los caballos de los cosacos del Don se refrigeraron en el Danubio. Asustada Austria del contacto que se operaba entre las conquistas rusas y sus posesiones territoriales, acercóse entónces al rey de Prusia, solicitando la neutralidad en caso de guerra. Así, el anciano Federico, casi intruso á su advenimiento al trono, en la gran familia de los reyes de Europa, el electoreito de Brandeburgo, como aun le llamaban al principio de su reinado, hallóse en la vejez obsequiado por las dos grandes potencias del Norte, y árbitro de los destinos europeos, mientras que M. Choiseul, que quiso destronarle, se hallaba desterrado en Châteloup.

De la reconciliacion de Austria y Prusia nació la idea de la particion de Polonia en la que cada cual halló su cuenta. La resolucion fué pronto tomada entre las potencias del Norte, quienes no creyeron necesitar la Francia para ello.

Austria introdujo sus tropas en Zips, y Prusia en el ducado de Posen. Catalina ocupaba Varsovia.

Grande fué la conmocion de Versalles al saberse ese gran descuartizamiento político.

## CAPÍTULO XXV.



Verdad que una cosa quitaba la importancia á todas las demás. Luis XV que solo contaba la edad de sesenta y tres años, aparentaba tener diez mas que el duque de Richelieu , quien contaba la de setenta y seis. El rey, el hermoso caballero de los ojos azules, del fino oido y de la tirante corva , perdía ya la vista , se volvía sordo y no podía montar á caballo , sino por medio de una grada. El fastidio que no le dejara en su juventud , acometióle en la vejez mortificándole en extremo y devorándole. Por otra parte, cumplíase en torno suyo el fatal ejemplo que acompaña á los hombres que están dando los últimos pasos en la vida. Cuanto habia sido objeto de su pasión , no existía ya: Madama de Vintimille, la de Chateauroux , la de Pompadour ; cuanto habia amado por lazos de familia, hijo , nieto , nuera , esposa , amigos , todo desaparecia. Hasta el mariscal de Armentieres , su menino , nacido el mismo año que él , acababa de fallecer ; solo quedaban M. de Chauvelin y el duque de Richelieu.

El primero principalmente, era objeto de particular atención por parte del rey , quien se interesaba de un modo muy singular por su salud. Tanto con él como con los demás , informábase á cada paso Luis XV de como se hallaba Chauvelin. Esta gran amis-

tad admiraba á todos en aquel corazon cuyo egoismo era tan conocido, mas se supo un día la causa.

Fué el caso que en una fiesta de las Casillas hízose decir M. de Chauvelin la buena ventura por un saca-dineros que estaba representando en un tablado, quien le predijo que moriria seis meses antes que el rey. Esa prediccion llegó á oidos de Luis XV y dimanó de ahí su solicitud por la salud de M. de Chauvelin.

Ese último espanto ó ese postrer aviso debia llegarle á su vez.

El 23 de Noviembre de 1773, cenó el rey en los pequeños aposentos en casa de Madama Du Barry, habiendo convidado á M. de Chauvelin por encargo de la condesa. Aceptó el marqués el convite, pero rogó al rey no le exigiera que comiese en atencion á que se hallaba ligeramente indispuerto. En efecto, principió un whist con S. M., comió solo dos manzanas cocidas, y volvió á emprender su partida con el rey. Terminada que fué esta, levantóse y fué á arrimarse á la silla de Madama de Mirapoix, quien estaba jugando en otra mesa. Mientras estaba bromeando con dicha señora, notando el rey, quien estaba en frente de él, la alteracion de su rostro:—Qué teneis, pues, Chauvelin, le dijo. Y como moviera los labios, sin duda para contestarle, cayó boca arriba sin poder articular sonido alguno.

Llamáronse al momento los médicos, pero cuando estos llegaron el marqués era ya cadáver.

Desde este fallecimiento, rara vez se vió sonreir al rey. En cuantos pasos daba, hubiérase dicho que llevaba á su lado el espectro del marqués. Distraíase solo algun tanto cuando salia en coche, así es que se multiplicaron los viages, iba de Rambouillet á Compiègne, de Compiègne á Fontainebleau, de este último punto á Versailles, mas nunca iba á París.

Pero en vez de hallar distraccion en tan amenos sitios, trañale á su memoria lo pasado, este los recuerdos y estos le entregaban á la reflexion. Tristes, amargas y profundas eran esas reflexiones,

de las que solo podía sacarle Madama Du Barry, y daba por cierto lástima el ver la molestia que se tomaba aquella jóven y bella criatura para reanimar no ya el cuerpo, sino el corazon del anciano.

Entretanto, descomponíase la sociedad como la monarquía. A las filosóficas infiltraciones de Voltaire, Alembert y Diderot, sucedian las continuas quanto escandalosas publicaciones de Beaumarchais. Publicaba este su famosa memoria contra el consejero Goezman; y este magistrado, miembro del tribunal Maupeon, no se atrevia á reaparecer en su silla. Hacia ensayar tambien el *Barbero de Sevilla*, y se hablaba ya de las insolencias que iba á declamar en la escena el filósofo Fígaro.

Una aventura del duque de Fronsac motivó gran escándalo; y dos del marqués de Sade, causaron mucho horror.

El primero, que carecia de la seduccion propia para hacerse amar y del espíritu que inclina al amor, libertino, brutal y de carácter pronto, habia sucedido con ventaja al conde de Charolais, á cuyo asesino prometió por anticipado su gracia Luis XV, jóven aun. Reclutaban para él sus lacayos, robaban lindas muchachas, echábanlas en el lecho de su amo, y este las hacia entrar luego en la Ópera.

La Ópera emancipaba, y no quedaba á los padres facultad para reclamar á sus hijas mientras pudiesen estas justificar un contrato con la Academia de música.

Una sin embargo se resistió, era de oscura cuna, tal vez amára á otro, dimanando de ahí su resistencia, y furioso el duque, cometió en una misma noche tres crímenes para obtenerla, tres crímenes que á la sazón se castigaban con la muerte: el incendio, el rapto y la violencia.

Una noche hizo prender fuego en casa de la jóven, y estando ya advertida La Gourdan, mandó esta una muger para que recogiera á la desmayada víctima, se la llevase só pretesto de socorrerla y

la condujera á casa del infame. Una vez llegada allí, apareció Fronsac, á cuya vista se estremeció la jóven, llamó socorro, gritó, se defendió y debatió, mas todo fué en vano, pues, empujándola en un sillón con muelles, quedó allí con los miembros comprimidos, y siéndole imposible defenderse, pudo el duque consumir su crimen.

Instruyéronse las primeras diligencias, mas no siguió adelante la causa, y todo quedó muerto.

Digamos algo sobre el marqués de Sade, una de las personificaciones mas curiosas de últimos del siglo de Luis XV. Era un hermoso señor, á la sazón de treinta y cinco años de edad, que nació en el palacio de la princesa de Condé, de quien su madre era dama de honor. Era descendiente de la bella Laura, segun decia, cosa posible, porque á pesar de su amor platónico por Petrarca, habia esta tenido doce hijos. Educado en el colegio de Luis el Grande, entró á los trece años de su edad en la caballería ligera. Hizo la guerra de los siete años y casó á pesar suyo con la señorita de Montreuil. Siendo rico, jóven y arrogante, y llevando un nombre honorable, ¿á qué ese fascinado espíritu, ese perverso corazón, esos inmundos deseos y esa sed de sangre?

Cierta noche, un sábado santo, acertó á pasar por la plaza de las Victorias en donde fué detenido por una muger que le pidió limosna; paróse y la miró: era jóven y hermosa, pidióle si habia hecho algun otro oficio mas grato y lucrativo; mas era honrada y aquella honradez pareció conmoverle, aparentó compadecerla y le propuso tomarla por ama de llaves, aceptó la pobre muger, á quien entregó una bolsa y dió cita para el siguiente dia en el palacio de Arcueil. No temiendo nada, presentóse la infortunada á la indicada hora; aguardábale ya el marques, cerró las puertas, renovó sus instancias, y como continuára negándose á sus brutales deseos, apoderóse de ella y con la espada en la mano la obligó á que se desnudára, y luego, cuando la tuvo en cueros, atóla al

pié de una cama , flagelóla, y habiéndola tajado con un cortaplumas, derramóle cera hirviente en las incisiones y se retiró dejándola ensangrentada y medio abrasada. Hizo entónces esfuerzos y logrando no sin gran trabajo romper las cuerdas , voló á la ventana, llamó socorro, mas como oyera ruido en la escalera y prefiriera la muerte á la renovacion de sus sufrimientos, se echó por dicha ventana.

Regresó el marqués tranquilamente á París, confiado en que aquella infeliz agarrotada como la dejára, se moriría de hambre. Evocóse aquella vez la causa y siguió su curso, condenándose al marqués de Sade á seis semanas de encierro en el castillo de Pedro Encise, de donde salió pasadas estas, olvidando á la desgraciada Keller, quien además de las heridas que le hizo, se rompió el brazo y muslo al saltar por la ventana. Retiróse en su palacio de Lacoste, cerca de Marsella, fué á la ciudad en junio de 1772 en donde dió un baile al que reunió las mas encantadoras mugeres de la misma, haciéndolas comer pastillas con cantáridas, y convirtiendo así el baile en una hora en orgía romana. Fallecieron tres mugeres y cinco se alocaron. El duque huyó robando á su cuñada, y el parlamento de Aix le sentenció á la pena capital por envenenador; mas la sentencia fue revocada y compró su cabeza por *cincuenta francos*. Regresó luego y publicó *Justina*.

No se dirigia la sociedad hácia el abismo sino hácia el albañal.

Para hacer juego con esa inmundicia, publicó el caballero de Nerciat en 1770, *Felicia ó mis Calaveradas*.

Un jóven sacerdote escribió una carta sobre los peligros de la continencia.

Todas esas anécdotas eran muy ignominiosas, muy inmundas, pero eran las únicas que entretenian al rey. M. de Sartines le hizo de ellas un diario, segun idea de la ingeniosa Madama Du Barry, diario que leía por las mañanas en la cama, y á fuerza de bajeza, acababa á veces por despertar sus deseos. Redactábase en todos los



lupanares de París y particularmente en casa de la famosa Gourdan, cuyo nombre pronunciamos por tercera vez.

Supo un día el rey por dicho diario, que M. de Lorry, obispo de Tarbes, había la víspera tenido la imprudencia de entrar en París, conduciendo en carretela descubierta á Madama Gourdan y dos pensionistas suyas, y en vista de semejante accion, hizo Luis XV avisar al limosnero mayor que llamára al obispo.

Todo se explicó por casualidad con gran gloria del pudor y caridad del prelado. Al regresar este de Versailles, halló en el camino á tres mugeres junto á una destrozada carroza, y movido de compasion por el trastorno en que se hallaban, ofrecióles un puesto en su coche, lo que aceptó la Gourdan, hallando singular la propuesta.

Resistiéndose todos á dar crédito á la sencillez del prelado, exclamaron : ¡ Cómo, no conoceis, pues, á la Gourdan ! por cierto parece increíble.

En medio de todo esto, declaróse la famosa guerra musical entre los Gluckistas y Piccinistas, dividiéndose la córte en dos partidos.

La reina, jóven y poética, organizada musicalmente, y discípula de Gluck, no hallaba en nuestras óperas mas que una coleccion de arietas mas ó menos graciosas. Al ver representar las tragedias de Racine, concibió la idea de mandar á su profesor *Ifigenia en Aulide* encargándole vertiera su fecundidad musical en aquellos armoniosos versos, y cumpliendo Gluck con los deseos de la reina, á los seis meses llevó el mismo su partitura á París. Llegado que hubo, fué el favorito de la delfina y tuvo entrada á todas horas en los pequeños aposentos.

Preciso es acostumbrarse á todo y principalmente á lo grandioso. La música de Gluck no produjo en su aparicion todo el efecto que debia producir. Para corazones vacíos y almas fatigadas no hay necesidad del pensamiento, el ruido basta, es una distraccion.

La rancia sociedad prefirió la música italiana, el sonoro casca-  
bel, al melodioso órgano.

Madama Du Barry, por espíritu de oposicion y tambien porque la delfina se decidia por la música alemana, tomó partido en favor de la italiana. Mandáronse libretos á Piccini, quien envió las partituras, y la jóven y la rancia sociedad se dividieron en dos campos.

¿Porque ideas enteramente nuevas se abrian paso á través de aquellá antigua sociedad francesa, cual desconocidas flores que salen y se desarrollan por entre las desunidas baldosas de los sombríos patios, por entre las rajadas piedras de un antiguo castillo?

A la vista de esa sociedad que marchaba hácia lo desconocido, inclinaba Luis XV cada dia mas la cabeza. En vano volvia en torno suyo la loca condesa, zumbona cual abeja, ligera cual mariposa y resplandeciente cual colibrí. Apenas levantaba el rey de tanto en tanto su pesada frente, en la que habríase dicho que se entendia á cada instante de un modo mas visible el sello de la muerte.

Era que el tiempo iba pasando, que se habia ya entrado en el sexto mes del fallecimiento del marqués de Chauvelin, que se estaba ya en 5 de mayo, y que el dia 23 del mismo mes, dia por dia, cumplian seis meses de la muerte del favorito del rey. Luego, cual si todo se empeñára en asociarse con el lúgubre presagio, predicó en la córte el abate Beauvais y en su sermon sobre la necesidad de prepararse para la muerte y el peligro de la impenitencia final, exclamó:

—Dentro de cuarenta dias, Señor, será destruida Ninive.

De suerte que despues de pensar en M. de Chauvelin, pensando el rey en el abate de Beauvais, volvióse hácia el duque de Agen y le dijo:

—El dia 23 de mayo cumplirán seis meses que falleció Chauvelin, y volviéndose al de Richelieu, murmuró:

—Ha dicho cuarenta días, no es eso, ese diablo de abate?

—Sí, Señor, y á que viene eso?

Y sin dar contestacion alguna á Richelieu, añadió:

—Desearia que hubiesen ya pasado esos cuarenta días.

Pero no consistia todo en esto. El almanaque de Liege trajo á propósito del mes de abril:

—En este mes representará su último papel una dama de las mas favoritas.

De modo que Madama Du Barry repetia en coro los lamentos del rey, y decia del mes lo que el monarca de los cuarenta días, es decir:

—Desearia que hubiera pasado ese maldito mes de abril.

Multiplicáronse los presagios durante ese maldito abril que tanto espantára á Madama Du Barry y tambien en los cuarenta días que eran la pasion de Luis XV; el embajador de Génova, Sorba, á quien veia el rey con frecuencia, falleció de muerte repentina; el abate de Laville rodó á sus piés acometido de apoplegia en su presencia, mientras iba á darle las gracias por el destino de director de negocios estrangeros que acababa de conferirle. En suma, estando el rey en una partida de caza, cayó junto á él una exalacion; todo lo que contribuyó á hacerle cada vez mas sombrío.

Esperábase alguna mejora á la llegada de la primavera. Esa naturaleza que sacude en mayo su manto, esa tierra que se rejuvenece, esos árboles que se visten con sus primaverales hojas, ese aire que se puebla de vivientes átomos, esos ardientes soplos que con las brisas cual almas en busca de cuerpos, podia todo devolver algun poco de existencia á aquella inerte materia, algun movimiento á aquella usada máquina.

A mediados de abril vió Lebel en casa de su padre á la hija de un molinero, cuya sin par belleza le dejó pasmado, y pensando que aquel delicado bocado podria tal vez despertar el apetito del rey, hablóle de ella con entusiasmo y Luis XV consintió con ne-

glijencia en ese nuevo ensayo de distraccion.

Las jóvenes á quienes el monarca debia honrar con sus reales bondades, eran generalmente visitadas antes por los médicos, pasaban luego en manos de Lebel y llegaban despues á las del rey.

Era tal la frescura de la que nos ocupa, que no se tomó precaucion alguna, y aun cuando se hubiera tomado, difícil habria sido al mas hábil médico el conocer que desde algunas horas estaba atacada de viruelas.

El rey habia tenido ya esa enfermedad en su juventud, pero á los dos dias se manifestó por segunda vez, reapareciendo al propio tiempo otra enfermedad mal curada, lo que fué causa de que dijeran los parisienses que Luis XV habia fallecido á consecuencia de las viruelas. Sobresalió, en fin, una fiebre maligna que vino á complicar la situacion.

El 29 de abril, habiéndose manifestado la primera erupcion, acudió á Versalles Cristóbal de Beaumon, arzobispo de París.

Estraña fué aquella vez la situacion; la administracion de los Sacramentos, en caso de que fueran estos necesarios en aquel momento, no podia tener lugar sino despues de espulsada la concubina, y esta que pertenecia al partido jesuítico de que era gefe Cristóbal de Beaumon, habia prestado tan grandes servicios á la religion, segun el mismo arzobispo manifestaba, en el derribo de M. de Choiseul y del parlamento, que era materia imposible el deshonrarla canónicamente.

Eran los gefes de dicho partido: M. de Beaumon, Madama Du Barry, el duque de Aiguillon, el de Richelieu, el de Fronsac, Maupeon y Terray.

Quedando todos derribados del mismo golpe que derribaba Madama Du Barry, no podian en modo alguno declararse contra esta.

El partido de M. de Choiseul, por el contrario, que se hallaban en todas partes, hasta en los estrados del rey, pedía la espulsion de la favorita y una pronta confesion. Curioso era ver al partido

de los filósofos, jansenistas y ateos instando al monarca á que se confesase, mientras que el arzobispo de París, los religiosos y devotos estaban deseando que rehusára la confesion.

Tal era la particular situación de los ánimos cuando, el día 1.º de mayo, á las once y media de su mañana, se presentó el arzobispo para ver al augusto enfermo.

Al saber su llegada, huyó á todo evento la pobre Madama Du Barry.

Richelieu fué entonces al encuentro del prelado, cuyas intenciones ignoraba aun, y le dijo :

—Monseñor, os ruego no asustéis al rey con esa proposicion teológica que á tantos enfermos mata, pero si deseais oír cucos y favoritos vicios, colocaos aquí que me confesaré por el rey y os contaré de ellos de formas tales que por cierto no les habeis oido explicar desde que sois arzobispo de París; si mi propuesta no os satisface, si quereis absolutamente confesar al rey y renovar en Versalles las escenas de M. de Soisson en Metz y si pretendéis espulsar públicamente á Madama Du Barry, reflexionad sobre las consecuencias de ello y vuestros propios intereses; operareis entonces el triunfo de M. de Choiseul, vuestro mas cruel enemigo, de quien tanto contribuyó á libraros Madama Du Barry, y perseguireis á vuestra amiga con provecho de vuestro enemigo. Sí, monseñor, vuestra amiga, y en tanto es vuestra amiga, que aun me estaba ayer diciendo :

—Que nos deje obrar el arzobispo y tendrá su birrete de cardenal; me encargo del asunto y os respondo de ello.

El prelado dejó hablar á M. de Richelieu, pues, que interiormente participaba de iguales ideas, mas era menester que aparentara que quedaba persuadido. Afortunadamente llegaron el duque de Amont, Madama Adelaida y el obispo de Senlis, y uniéndose con el cardenal, proporcionáronle armas contra el mismo; aparentó acceder, prometió no decir nada y entró en el cuarto del rey,

á quien no habló en modo alguno de Sacramentos, lo cual satisfizo tanto al augusto enfermo que hizo llamar al momento á Madama Du Barry, cuyas bellas manos besó llorando de gozo.

El siguiente dia, 2 de mayo, hallábase el rey algo mejor; en vez de Lamartiniere, su acostumbrado médico, Madama Du Barry le habia proporcionado los dos suyos, Lorry y Bordeu. Recomendóse ante todo á ambos doctores le ocultasen la naturaleza de la enfermedad y calláran sobre la situacion en que se hallaba, y en particular que apartasen de su mente la idea de que estuviese en la necesidad de acudir á socorros espirituales.

La mejora de la salud del rey permitió á la condesa el volver á tomar sus maneras libres, sus habituales propósitos y sus acostumbradas gentilezas; mas en el acto en que con su imaginacion y espíritu lograba hacer sonreir al augusto enfermo, hé aquí que se presentó Lamartiniere en el umbral de la puerta, y picado de la preferencia que se daba á Lorry y Bordeu, como no se le habia prohibido la entrada, fué recto al rey, tomóle el pulso y meneó la cabeza.

Dejóle obrar el monarca mirándole con terror, el que aumentó aun mas, al ver la desalentadora seña que hizo el médico.

—Que te parece, Lamartiniere, pidió Luis XV.

—Señor, si mis cólegas no os han dicho que el caso es de los mas graves, son unos asnos ó unos impostores.

—Qué clase de enfermedad piensas que tengo, Lamartiniere? preguntó el rey.

—Pardiez, Señor, no es difícil adivinarlo, V. M. tiene las vi-ruelas.

—Y dices que no tienes confianzas de salvarme, amigo mio.

—No digo eso, Señor, un médico no desespera nunca. Digo sí, que si V. M. no es rey cristianísimo solo de nombre, debe avisar.

—Está bien, dijo el rey.

Luego llamando á Madama Du Barry.

—Ya lo oís, amiga mia, le dijo, tengo las viruelas, y mi mal es muy peligroso, primeramente á causa de mi edad, y luego con motivo de mis otras enfermedades. Lamartiniere acaba de recordarme que soy el rey cristianísimo y primogénito de la Iglesia; amiga mia, tal vez sea menester que nos separemos, quiero precaver una escena parecida á la de Metz, avisad al duque de Aiguillon de lo que acabo de deciros, al objeto de que se arregle con vos, por en caso de que mi enfermedad empeore, para que nos separemos sin escándalo.

Mientras estaba diciendo esto el rey, el partido todo de M. de Choiseul empezaba ya á murmurar, acusando en alta voz de complaciente al arzobispo y diciendo que para no trastornar á Madama Du Barry se dejaría morir á Luis XV sin sacramentos.

Habiendo llegado á oídos de M. de Beaumont esas acusaciones, determinó establecerse en Versalles, en la casa de los lazaristas, para tomar ascendiente sobre el público y aprovechar el momento favorable para sus ceremonias religiosas, á fin de no sacrificar á Madama Du Barry, hasta que se hallára el rey en estado del todo desesperado.

Llegó, pues, el 8 de mayo, y aguardó.

Entretanto, iban pasando en torno del rey escenas muy escandalosas.

El cardenal de la Roche-Aymon era del parecer del arzobispo de París, y deseaba que todo pasára sin dar escándalo; mas no sucedía lo mismo con el obispo de Carcasona, quien aparentaba gran fervor, renovando las escenas de Metz y gritando con toda la fuerza de sus pulmones: — *Que era menester se administráran al rey los sacramentos, que se espulsára á la concubina, que se ejecutáran los cánones de la Iglesia, y que diera el monarca un ejemplo de arrepentimiento á Europa y Francia cristianas, á las que tanto escandalizára.*

—Qué derecho os asiste para darme á mí consejos? exclamó con impaciencia M. de la Roche-Aymon.

Y desprendiendo de su cuello la cruz pastoral, tocó casi con ella la naríz del prelado, diciéndote:

—El que me da esta cruz; aprended, monseñor, á respetar este derecho y no dejéis morir á vuestro rey sin los sacramentos de la Iglesia, de la que es el primogénito.

Como pasára todo eso en presencia de M. de Aiguillon, comprendiendo este el escándalo que iba á seguir á semejante desunion si llegaba á hacerse pública, volvió al cuarto del rey.

—Y bien, duque, le dijo este, habeis ejecutado mis órdenes?— Con respeto á Madama Du Barry; Señor?—Sí.—He querido esperar que me fueran renovadas por V. M.; pues, jamás me apresuraré á separar del rey á las personas que le aman.—Gracias, duque, pero es necesario. Tomad á la pobre condesa y conducidla sin ruido á vuestra casa de campo de Rueil, y agradeceré á vuestra esposa las atenciones que le tenga.

La pobre condesa, señora buena, agradable, amable, dócil y que amaba á Luis XV cual á un padre, partió para Rueil, bañada en lágrimas, en una carroza con Madama de Aiguillon y la señorita Du Barry, la mayor, y esperó allí el acontecimiento.

Pasaron los dias 5 y 6 sin que se hablára al monarca de sacramento alguno. Presentóse el cura-párroco de Versailles al objeto de prepararle para esa piadosa ceremonia, pero habiendo hallado al duque de Fronsac, prometióle este, bajo palabra de gentilhombré, echarle por la ventana á la primera espresion que sobre ello profriera.

—Si no me rompo la cabeza al caer, contestó el cura-párroco, volveré á entrar por la puerta, pues este derecho me asiste.

Mas en la madrugada del 7, pidió el rey á toda prisa al abate Maudoux, pobre sacerdote, sin ninguna clase de intriga y buen eclesiástico, á quien le dieron por confesor. La confesion duró diez



y siete minutos. Acabada que fué esta, los duques de La Urilliere y de Aiguillon querian retardára algun tanto el viático, pero Lamartiniere, particular enemigo de Madama Du Barry, porque esta habia proporcionado al rey sus dos médicos Lorry y Bordeu, conforme dijimos, acercóse á Luis XV y le dijo:

—Señor, he visto á V. M. en circunstancias muy difíciles, pero nunca os admiré como hoy: si queréis creerme, acabaréis al momento lo que habeis empezado con tanta resignacion.

Hizo entonces el rey llamar á Maudoux y este le dió la absolucion.

Nada se trató de la ruidosa reparacion que debia humillar á Madama Du Barry. El limosnero mayor y el arzobispo, redactaron de comun acuerdo la siguiente fórmula, la que fue proclamada en presencia del viático:

—*A pesar de que no debe el rey dar cuenta de sus actos mas que á Dios, declara arrepentirse de haber causado escándalo á sus súbditos y que solo desea vivir aun para el sosten de la religion y la felicidad de sus pueblos.*

Su real familia, aumentada con Madama Luisa, quien salió del convento para cuidar á su augusto padre, fué á recibir el santo sacramento al pié de la escalera. Recibió el rey el viático, y dirigiéndose al obispo de Senlis:

—Mirad, dijo, si la hostia se mezcla por desgracia con el pan de mis granos.

Abrió la boca y el obispo le tranquilizó asegurándole que la habia pasado toda.

Mientras que recibia el rey los sacramentos, el delfin, á quien se contenia léjos de él porque no habia tenido nunca las viruelas, estaba escribiendo á Terray la siguiente carta:

« Monseñor inspector general: os ruago distribuyais entre los pobres de las parroquias de París, doscientas mil libras para

»que rueguen por el rey. Si os parece crecida esa cantidad, des-  
»contadla de nuestras pensiones á la delfina y á mi.

Firmado : LUIS AUGUSTO.»

En los dias 7 y 8 empeoró la enfermedad del rey , cuyo cuerpo se iba literalmente descarnando, y abandonado de sus cortesanos, quienes no se atrevian á permanecer cerca de aquel viviente cadáver, no tenia mas compañía que sus tres hijas, quienes no se separaron de él un solo instante.

Estaba el rey horrorizado , pues veia en la terrible gangrena que invadia todo su cuerpo , un castigo directo del cielo, y la invisible mano que le tiznaba con negras manchas , era segun él, la mano de Dios. En su delirio, tanto mas horroroso cuanto no era el de la fiebre sino el del pensamiento , estaba viendo llamas y el ardiente abismo ; llamaba á su confesor, el pobre ciego, su refugio, para que estendiera el crucifijo entre él y el lago de fuego ; tomaba entonces por sí mismo agua bendita, levantaba las sábanas y mantas y se rociaba el cuerpo con ella ; pedia luego el crucifijo, le estrechaba entre sus manos , besábale y gritaba : Señor ! Señor ! interceded por mí, por mí, el mas gran pecador que haya jamás existido ; pasando el dia 9 en esas terribles y desesperadas angustias, durante el cual hizo una larga confesion y no le dejaron ni el sacerdote ni sus hijas , apesar de que presa su cuerpo de la mas horrorosa gangrena, viviente aun, exalaba el rey cadavérico un hedor tal que cayeron asfixiados dos criados , falleciendo uno de ellos.

El 10 por la mañana veíanse los huesos de sus muslos al través de la resquebrajada carne. Desmayáronse tres criados mas , el terror se introdujo en Versalles, toda la real casa huyó , no quedando en palacio mas que sus tres nobles hijas y el digno sacerdote.

Pasó en la agonía todo el indicado dia , estaba ya muerto y sin

embargo no quería morir, hubiérase dicho que quería saltar de la cama, tumba anticipada; en fin, á las tres menos cinco minutos levantóse, estendió las manos y exclamó fijando la vista en un punto de la sala:

—Chauvelin! Chauvelin! No han cumplido aun seis meses... Luego cayó y quedó cadáver.

Por virtuosas que fueran las princesas, lo propio que el sacerdote, fallecido que hubo el rey, creyeron, como aquel, cumplido ya su cargo; estaban por otra parte atacados de la enfermedad que acababa de hacer bajar al sepulcro al rey su padre. Confióse el cuidado de los funerales al gran maestro, quien dió todas las instrucciones sin entrar en el palacio.

Los limpia-letrinas fueron los únicos que se atrevieron á colocar el cadáver del rey en la caja de plomo preparada al efecto. Metiósele en ella, sin embalsamar ni echar aroma alguna, envuelto con las sábanas de su cama. Colocóse la caja de plomo dentro de otra de madera, todo lo cual fué llevado á la capilla.

El día 12 condújose á San Dionisio el que fué Luis XV, cuyo ataúd se colocó en un coche de caza, seguido de otras dos carrozas, ocupada la una por los duques de Agen y Aumont, y la otra por el limosnero mayor y el cura párroco de Versalles, y formando el fúnebre séquito unos veinte páges y como cincuenta palafreneros con antorchas; salieron de Versalles á las ocho de la noche y llegaron á San Dionisio á las once. El cadáver fué colocado en la real tumba, de donde no debía salir sino el día que se cometió la profanacion en San Dionisio. La entrada del subterráneo fué tapiada y tapados todos sus agujeros, para que de la morada de los muertos no filtrára á la de los vivos ninguna emanacion de aquella humana basura.

Ya esplicamos el gozo de los parisienses cuando el fallecimiento de Luis XIV; mas este no fué menor al verse libertado de aquel á quien treinta años antes, llamáran el Bien Amado. Gastáronse

chanzas al cura párroco de Santa Genoveva sobre la eficacia de su urna, mas este contestó :

—De que os quejais, no es ya muerto?

El siguiente dia mandóse á Madama Du Barry una orden de destierro por conducto del duque de la Vrilleire, y dijo al recibirla.

Buen principio de reinado.

## CAPÍTULO XXVI.

-1100000-

Llegamos ya al fin de uno de los mas largos reinados de la monarquía, y próximos á entrar en otro en que esta debe perecer, nos es indispensable echar una mirada hácia atrás y reasumir en algunas páginas los sucesos que acabamos de relatar al objeto de presentarles á la vista del lector.

Cuando el fallecimiento de Luis XIV, era aun la monarquía francesa, sino resplandeciente en toda su gloria, al menos fuerte en todo su prestigio. Al volverse débil, tuvo Luis XIV, cosa singular, el privilegio de permanecer grande; pero tras este monarca parecia que empezaba á extinguirse la raza de los grandes hombres. No existiendo ya los Turenne, Berwich, Condé, Vauban, Fouquet, Racine, Corneille, Moliere, Bossuet y Fenelon, fué el talento reemplazado por el genio, la ciencia por la práctica y el estilo por el uso.

Falleció Luis XIV, y cual si solo se hubiera aguardado el dia de su fallecimiento para derribar el edificio de unidad monárquica preparado por Richelieu á costa de tanta labor, mantenido con tanta habilidad por Mazarino y acabado por él con tanta pena, desparramó el regente la autoridad creando los consejos. Luis XIV lo hacia todo por sí mismo, hasta lo que le mandaba hacer Mada-

ma de Maintenon, y el regente lo dejaba todo para Dubois. Encarecía Luis XIV la rigidez de las costumbres y impelia la devoción hasta la santurronería, mientras que el regente empujaba el des-arreglo hasta el cinismo y la indiferencia religiosa hasta la impiedad. Arruinado el primero, titubeó en ensayar la menor operacion rentística, acarició á los arrendadores de rentas públicas y enseñó Versailles á Samuel Bernardo; cuando el segundo permitió á Law que destruyera todas las teorías de rentas conocidas, substituyera el papel al metálico, apretó las clavijas á los hacendistas hasta que hubieron vomitado trescientos millones y mandó á Bourvallet á la plaza de Greve. Luego, como falleció Richelieu llevándose tras él á Luis XIII, murió Dubois arrastrando al regente á una tumba vecina á la suya.

Ya vimos el ministerio del duque y la influencia de Madama de Prie; bajo dicho ministerio, lo propio que durante el de Dubois, iban continuando las dilapidaciones y aumentando el des-arreglo, siendo los sollastres los príncipes de la generacion. En suma, habiendo el duque propuesto una contribucion á título de quincuagésima, que debia pesar sobre la nobleza y el clero, una insurreccion de estos le valió un destierro en Chantilly.

Vino entonces el pacífico cardenal de Fleury, hombre temido, pero sacerdote fanático, débil en política y brusco en religion, apoderóse poco á poco de la autoridad, y como á pesar suyo restableció la hacienda, no creando nuevos recursos sino hincando la uña; temblaba al oír hablar de guerra, y sin embargo continuó la política anti-austriaca de Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV; estableció un Borbon en el trono de Nápoles, ayudó á la Prusia á conquistar la Silesia, se apoderó de los Países Bajos, reunió el ducado de Bar á la Francia y preparó la reunion de la Turena.

Empezó entonces á reaparecer una generacion de hombres, no de genio, pero si de talento: Belle-Isle, Lowendhal, el mariscal de Saxe y Chevert en la milicia; y Rousseau, Voltaire, de

Alembert, Diderot, Boulanger y Raynal, filósofos en vez de poetas.

Después de haber permanecido quince años en el poder, falleció en fin el cardenal, dejando su silla á M. de Choiseul.

Todo volvió entonces á cambiar, costumbres y política. El ministerio Choiseul era el reinado de los filósofos perseguidos por Fleury, y nos inclinábamos hácia el Austria, descuartizada por Luis XIV, quien le habia tomado España, ambas Indias y el Franco Condado. Como el duque habia querido establecer la quincuagésima sobre los bienes de la nobleza y del clero, quiso Machault establecer la vigésima, y prohibir á este, cuyo engrandecimiento le asustaba, el adquirir nuevos bienes. Declaró entonces el clero aquella famosa guerra de diversion de que dimos cuenta, y en la que fueron sus armas la negativa de sacramentos, guerra que acabó con la tentativa de asesinato de Damiens, de la cual el parlamento acusó á los jesuitas, estos á los jansenistas y los últimos al Delfin.

Los jesuitas sufrieron la pena del crimen que no cometieron y fueron espulsados.

Por ese tiempo pensó Luis XV en aquella fatalidad que nos sujetaba desde que ayudábamos al Austria, y que tendia á librarse de la influencia de María Teresa y de M. de Choiseul; mas la mortandad se introdujo en Versalles, falleciendo Madama de Pompadour, el delfin, la delfina, el duque de Berry y la reina; fué presentada una nueva favorita que derribó á M. de Choiseul y estableció á M. de Aiguillon, y cambió entonces por tercera vez la república europea. Volvimos á unir con los pequeños Estados de Europa que habíamos descuidado por completo, y á pesar del enlace del delfin con la hija de María Teresa, iba por momentos decayendo la alianza con la casa de Austria.

En el interior suprimieronse los parlamentos y se iba siguiendo una política opuesta á la de Choiseul, cuando falleció Luis XV

dejando el trono en su nieto Luis XVI y María Antonieta.

Por lo demás, por espacio de setenta y cinco años, no hubo verdadero rey de Francia.

Desde 1710 hasta 1715 fué el rey gobernado por Madama de Maintenon, el confesor y los bastardos;—desde este año al de 1725, Dubois, Law, de Argenson y los sollastres gobernaron al regente;—desde esta última fecha al año 1727, gobernaron el Estado Madama de Prie y el duque;—desde 1727 á 1742, M. de Fleury estuvo gobernando al rey;—desde 1742 á 1771, hicieron otro tanto M. de Choiseul y Madama de Grammont; y desde 1771 á 1774, tocóles el turno á Maupeon, de Aiguillon y Terray.

Sobre todos esos poderes masculinos, vimos luego descollar la influencia de las mugeres, á quienes perteneció Europa por espacio de cien años, reinando verdaderamente seis de ellas en el mundo durante el indicado tiempo.

Vióse en nuestro siglo de Luis XIV cual fué la influencia de Madama de Maintenon en los treinta últimos años de la vida del rey; la que ejerció en Felipe V la princesa de los Ursinos, de la que solo escapó para caer en manos de la princesa de Parma, su segunda esposa, la que heredó en Madrid la autoridad de Luis XIV. Durante cerca de treinta años, estuvo agitando el mediodía de Europa al objeto de obtener que los hijos de su matrimonio reinasen en Parma y Nápoles. Durante su activo reinado y sus ambiciosas intrigas, permaneció el resto de Europa en la inaccion, siendo Francia su instrumento é Italia su teatro, derramándose en provecho suyo sangre á torrentes en Italia, Alemania y Paisés Bajos. Federico II en Silesia, pero la reina de España en Nápoles.

En 1740 apareció María Teresa, reina por espacio de veinte y tres años, por la nombradía de la Europa central. Mientras estaba reinando en Viena, reinaba en Francia Madama de Pompadour. A esta y no al rey le importaba correr bien con María Teresa, y vendía el reino cobrando su importe.



En 1763 apareció á su vez Catalina II, brillante como la estrella polar que se elevaba sobre su cabeza. Heredó la influencia de Madama de Pompadour y uniéndose con María Teresa, gobernaron la Europa ambas mugeres.

Aniquiláronse Italia y las potencias inferiores de Alemania, cuyas pérdidas reparó Inglaterra; cayó Francia en corrupcion; ocupóse Suecia en sus turbaciones interiores; probó Dinamarca de restablecerse de su revolueion de Struenzeo; y España volvió la cabeza al objeto de que aparentando no pensar en las demás naciones, no pensasen estas en ella.

Europa fué pues turbada, por espacio de cien años, por los caprichos de cinco ó seis mugeres, siendo de notar que dichos cien años formaron el siglo mas esclarecido de la monarquía.

Turbaron á Europa: Madama de Maintenon, para llegar á ser esposa de Luis XIV; la de los Ursinos, para ser la favorita de Felipe V; la reina de España, para coronar á sus hijos; María Teresa, para destruir la monarquía prusiana; Madama de Pompadour, para vengarse del rey de Prusia; y Catalina II, para disminuir la Turquía y desmembrar la Polonia.

Así es que durante un siglo derramaron los pueblos su sangre, agotaron sus recursos y se hicieron robos de territorios y de hombres: ¿para qué? ¿con qué objeto?

Para establecer un Borbon en Nápoles y Parma; para dar la Lorena al rey de Francia y Silesia al de Prusia, coronar al amante de Catalina II, arruinar el poder de Turquía y desmembrar la Polonia.

Ya tomarán los pueblos su desquite al saber al juego á que jugaron.

Digamos ahora en que estado dejaba Luis XV, al fallecer, la Europa á Francia y esta á su sucesor.

### Europa.

Europa tenia fija la vista en el lecho de muerte de Luis XV, porque conocia la completa diferencia de sentimientos que existia entre Luis XVI y su abuelo.

Una política opuesta á la que se habia seguido por espacio de treinta años, iba, pues, á surgir entre la tumba del difunto rey y el trono de su sucesor. Debian volver los desterrados ó aparecer hombres nuevos, y en uno ú otro caso, los cambios que habian de operarse en Francia, es decir, en el cérebro de Europa, debian tener ramificaciones nerviosas hasta los mas apartados puntos del globo.

Empecemos por Roma, pues si Francia es la cabeza del mundo político, es Roma el alma del orbe cristiano.

### Roma.

Ocupaba el trono pontífice Clemente XIV, quien, nacido el 31 de Octubre de 1705, fué elegido el 19 de mayo de 1769; llamábase Vicente Antonio, segun unos, y segun otros Lorenzo Ganganelli. Favoreció Francia su nombramiento, y la tiara pontifical fué á buscar en un convento de San Francisco, la afeitada cabeza del pobre fraile, quien aquella vez triunfó de la aristocrática descendencia de los Orichi, Colonna y Panfilí.

Sin embargo, aunque bueno y excelente, y fiel á sus promesas y amistades, no se hallaba Ganganelli á la altura de los sucesos que, parecidos á una alta marea iban con sus europeas olas á batir el Vaticano, ese faro del mundo. El acto capital de su pontificado fué la destruccion de los jesuitas; ya fuese que titubeára, ya que, como él nos dice, que quisiera pesar esa gran resolucion con el peso del santuario, tardó cinco años en decidirse, pero ni las

amenazas, ni los anónimos, ni las predicciones de Bernardino Renzi pudieron impedirle el publicar en 21 de Julio de 1773 el breve de estincion de los mismos. Verdad es que publicado que fué dicho *breve*, fué Ganganelli cogido de un temor retrospectivo que parecia un remordimiento, y el lenguaje de los filósofos que se levantó de todas partes y le cantó un himno de mundana gloria, no pudo cubrir la voz que incesantemente murmuraba en el fondo de su corazon, *Questa suppressione mi darà la morte*, repetia sin cesar con largo suspiro; efectivamente, era evidente que el soberano pontífice marchaba á paso largo hácia la tumba, y desde su lecho de agonía levantóse para enviar la bendiccion pontifical al rey cristianísimo que acaba de espirar.

La muerte de Ganganelli será un crimen mas que la pasion, esta insensata que á veces coge la pluma de la historia, inscribirá en el catálogo de los jesuitas.

### Austria.

Reinaba en Viena María Teresa, la que ya conocemos, la prima de Madama de Pompadour, esa rancia amiga que nos causó mas mal que nuestros enemigos juntos. Su alianza durante la guerra de los siete años, costónos nuestras posesiones de la India y mil quinientas leguas de territorio en el Canadá. A pesar de nuestra alianza, fué obligada por su parte á devolver la Silesia á Federico II, si bien se indemnizó de ella tomando, con el rey de Prusia y la emperatriz de Rusia, la parte en el descuartizamiento de Polonia. Su hijo José II, era coronado emperador desde 1765 y reinaban juntamente, el hijo en el imperio y la madre en los Estados hereditarios. Tenia además otro hijo; Leopoldo II, quien reinó despues de su hermano Maximiliano y fué elector de Colonia; María Cristina, quien era gobernadora de los Países Bajos; María Elisabet, que falleció abadesa de Inspruck; María Amalia,

mas tarde duquesa de Parma ; María Carolina, quien fué reina de Nápoles y pagó los asesinatos del 98 con el destierro de 1815 ; y María Antonieta, quien pasó del trono de Francia á la prision de la Concergería y de esta al cadalso.

Educó á la última de sus hijas, en la prevision de que un día seria reina de Francia, y despues de faltar poco para casarse con el abuelo, enlazóse con el nieto y trajo á la córte de Versalles aquel espíritu austríaco que luchó con el espíritu nacional de Luis XVI hasta que le hubo vencido.

María Teresa nació en 1717, y por consiguiente acababa de cumplir á la sazón cincuenta y cuatro años, y si no se hallaba en la fuerza de su edad, encontrábase en toda la de su voluntad.

### **Inglaterra.**

Reinaba en Lóndres Jorge III desde catorce años habia. Nacido en 1738, acababa de cumplir treinta años. Conservabale la Providencia largos dias, en los pliegues de lo venidero, es decir, gran dolor. Reunió definitivamente Irlanda á su corona y sometió la India entera, mas se le escapó la América, y atacado de locura en 1787, en 1811 fué declarado incapáz de reinar y arrastró una vida desgraciada hasta 1820.

En la época en que nos hallamos, empezaba ya afligirle la oposicion del duque de Cumberland, del de New-Castle y de M. Pitt, á quien creó lord Chatam, mientras que con el oído hácia América, estremeciase de tanto en tanto á los sordos bramidos que atravesaban el océano.

### **Rusia.**

Elevábase en el norte Catalina II, estrella polar del mundo, nacida en 1720, casada en 1745 con Cárlos Pedro Ulrich, duque

de Holstein-Gottorp, sobrino de la emperatriz Elisabet, la cual le designó por sucesor suyo. Fué emperador en 1762 y su esposa quedó viuda el mismo año. Murió estrangulado en la cárcel despues de siete dias de cautiverio, tal era la impaciencia de la futura Czarina para subir al trono.

¿Quién le estranguló? Díjose que Gregorio Orloff; cabíale esa facultad al favorito. ¿No era hijo de uno de aquellos rebeldes Strelitz que Pedro I mataba con sus propias manos? No hizo mas que devolver al marido de Catalina II lo que el de Catalina I habia hecho á su abuelo; con la diferencia de que siendo inmenso el favor, debia la recompensa ser infinita. Orloff fué nombrado gran maestre de artillería y la emperatriz le hizo construir un palacio de mármol, en el que inscribió, al objeto de hacer méntir el proverbio que dice *ingrato como un rey: Ofrecido por la amistad agradecida*. No fué esto todo; propúsole un casamiento secreto, y el ambicioso se negó á aceptarle, sin calcular que aquella negativa debia ser su pérdida. Así es que mientras que le mandaba á Moscou para apaciguar la rebelion y detener los efectos de la peste, y en tanto que le hacia acuñar una medalla y erigir un arco de triunfo con la inscripcion: *Moscou libertada del contagio por Orloff*, cedió un puesto en su corazon y en su lecho á un nuevo amante, Wassiltschikoff; el mismo que, sucesor de Pontowski y de Gregorio Orloff, continuó aquella série de Césares, segun se los llama, quienes, en número de doce, esceptuando los usurpadores desconocidos, debian reinar en Rusia y en Catalina, lo cual no impidió que el rey de Prusia la colocára en sus cartas, entre Licurgo y Solon, ni que Voltaire la llamára la Semiramis del norte, sin duda porque Semiramis estranguló tambien á su esposo Nino. Por lo demás, en los hombros de aquella muger habia una poderosa cabeza, y junto á su corrompido corazon, una alma ambiciosa. Estaba á la sazón en camino de conducir la Rusia al rango de las primeras potencias, despues de haber sometido la

Polonia y dejado caer sobre el trono Jagellons , á un rey á quien rechazó de su lecho; marchó contra los turcos y les tomó Azof, Tanganrog y Kinburn. Por la parte de la Crimea independiente, debian sus flotas reinar en el mar Negro y juntarse con aquellas antiguas flotas que invadiendo el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, visitaban por vez primera el archipiélago de Grecia. Llevó las fronteras de su inmenso imperio mas allá del Cáucaso, el que conquistó sin someter. En la época á que nos referimos, estaba viajando con gran número de cortesanos por el Volga y el Boristeno, de cuyas tempestades se reia como César de las de Aunis, y distribuia á los mas hábiles señores de su córte los diferentes capítulos del Belisario y Marmontel, invitándoles á que les tradujeran en lengua rusa, reservándose uno que tradujo ella misma. Luego, habiendo sabido que el arzobispo de París habia espedido un mandamiento contra la obra original, dedicó la traduccion al de San Petersburgo. En igual época y en un camino de mil leguas, Potemkin , el favorito que era del dia , el pequeño teniente de guardias , quien el 9 de julio de 1762 trabó amistad con su soberana al entregarle la dragona de su sable, en la plaza de San Petersburgo, teniente que habia sido de Poniatowski, Orloff, Wasiltschikof y tantos otros cuyos nombres nunca pidió, indiferente á los caprichos de aquella Mesalina, improvisó en el camino un mundo que no existia. Decoraciones , prestigios, iluminaciones, ciudades que debian vivir un dia, palacios que debian danzar una noche, lugarejos construidos en veinte y cuatro horas , en donde los tártaros conducian la víspera sus ganados , aldeanos que debian partir mientras la emperatriz estaba dormida y formar el siguiente dia una poblacion tan ficticia como la que antes viera, los que debian conducirles al término de aquel milagroso, hechicero á inaudito viage, á un arco de triunfo que llevaba la siguiente inscripcion :

— *Este es el camino de Bysance.*

Pues Catalina II acarició el dulce sueño de la conquista de Constantinopla, lo mismo que su predecesor Pedro I, lo propio que sus sucesores Alejandro y Nicolás.

Entretanto, halagábanla Diderot, de Alembert y Voltaire. Qué les importaba á esos rencorosos filósofos aquella antigua política de Francia que encargó á Turquía, su aliada, el detener el movimiento ruso en Oriente? Qué les importaba el perdido comercio del Mediterráneo? Vengábales Catalina de los desdenes de Luis XV, y es cuanto apelecia el orgulloso egoísmo de los obreros de aquella otra Babel que se llama Enciclopedia.

### Prusia.

Estaba reinando Federico II, viejo ya, inclinado hácia la tumba, con su ademan bamboleante, y su redondeada espalda. También acaparó él á los filósofos franceses, á Voltaire, que le estaba adulando, devolvíale los halagos con interés, mas ese interés que le pagaba era el desprecio, servíase de todos esos hombres en su real cálculo, pero comprendía muy bien en el fondo de su corazón, que todos ellos envilecían su pluma é inmolaban el honor de la Francia á la mayor gloria de Génova, Holanda y Prusia. Tenía cuanto quería, la Silesia única almohada en la que pudiera dormir tranquilamente, mas no le bastaba su conquista, érale necesaria la de la opinion. Hé ahí de que le servían aquellos filósofos quienes le vendían la adulacion nó con dinero sino con elogios; era un cambio de cumplidos entre el maestro y los adeptos, la reciprocidad de una grata fricción entre la real epidermis y la filosófica mano, entre la filosófica epidermis y la mano real. Desde Postdam y Sans-Soucy miraba Federico Versalles y se sonreía. Nada podía Versalles contra él, no desde que ganaba batallas, sino desde que estaba componiendo versos. Los adversarios que debía oponer en lo sucesivo al rey de Francia, no eran los viejos

vencedores de Lowositz y Rosbac , sino los filósofos sus aliados; estaba , pues , tranquilo : por gran mal que hubiera hecho á la Francia la guerra de los siete años , el *Sistema de la naturaleza* , el *Contrato social* y el *Diccionario filosófico* , debían hacerlo aun en mayor grado. Cual sería su tristeza de tener que morir en 1786 , sin poder ver , con sus guiñadores ojos , el 10 de agosto , 21 de enero y 16 de octubre.

### Suecia.

Reinaba Gustavo III , de veinte y ocho años de edad , el que había subido al trono tres años antes y estaba luchando contra las oposiciones políticas vendidas á los partidos rusos é ingleses ; era un fiel aliado de la Francia , que reemplazaba con Dinamarca el contrapeso del poder ruso y sustituía para nosotros la Polonia que había pasado en manos de Catalina ; acababa de sofocar las turbaciones de 1772 y preparaba contra Dinamarca una guerra que no tuvo efecto.

### Dinamarca.

En Copenhague acababa Cristian VII de apoderarse del poder absoluto, el que su locura debía hacérsele perder muy luego. ¿Sería acaso un primer ataque de la enfermedad de que debía fallecer, cual Jorge III, el que le hizo dar contra Struenceo la terrible sentencia de que acababa de ser víctima el infortunado ministro? Sea como fuere , el que tres meses antes estaba ejerciendo un poder sin límites sobre el rey , la reina y la nobleza , fué degradado de todos sus títulos y dignidades , en 28 de abril de 1772 , y se le cortó la mano y la cabeza , se le descuartizó y enrodó. Conforme se ve , era Cristian VII un cruel justiciero.



**Turquía.**

En Constantinopla y camino en que Potemkin estaba paseando á Catalina , mostrándosele á lo léjos bajo las bóvedas de sus arcos de triunfo , operábase una revolucion de serrallo en la mezquita de Ayoub. Proclamábase en la misma , sucesor de Mustafá III, á su hermano Abd-El-Hamid , á quien se habia sacado de la cárcel. Era de cincuenta años de edad y habia pasado cuarenta y cuatro en el viejo serrallo construyendo arcos y flechas. Débil anciano , llegó en un momento en que no estaban de mas para levantar á Turquía la mano y génio de Mahomet II. Ay ! Debía asistir á la decadencia del imperio de Oriente , sin poderla detener. Prisionero , vió á los turcos batidos por Soltikoff , Kaminski y Souwarow , y al visir Musseim-Oglou encerrado en su campo de Schumla , sin poder retirarse , combatir ni recibir socorro , y obligado á pedir una paz vergonzosa. Emperador , debía ver todas las provincias turcas de la otra parte del Danubio , conquistadas por aquella Catalina que las codiciaba y por aquel Potemkin que las prometió á su soberana , y tambien como Choezim , llave del Dniester , pasaba en manos de sus eternos invasores , los que iban avanzando paso á paso hácia el Bósforo , el que las entregó despues de la caída de Hungria. Debía en fin morir en medio de los preparativos de una nueva guerra , dejando el trono en su sobrino Selim , quien fué estrangulado veinte años mas tarde.

El resto del mundo Europeo era de la casa de Borbon. El pacto de familia dió un trono á cada uno de los nietos de Luis XIV; eran nietos de este monarca: Cárlos III , rey de España ; Fernando IV , de Nápoles , quien , con su cuñado Luis XVI , era el mas jóven de los príncipes reinantes; y el infante de España , duque de Parma , quien nació el mismo año que Fernando , y como él , era cuñado de Luis XVI.

Así es que , en 11 de mayo de 1774 reinaba en Francia un Borbon , otro en España , otro en Nápoles y otro , en fin , en Parma .

Debíanse dejar pasar treinta y seis años , para ver á esa rica posteridad de Luis XIV , que poseía media Europa , yendo mendigando de pueblo en pueblo , huyendo ante un niño de diez años que estaba entonces jugando con los guijarros del puerto de Ajaccio .

## CAPÍTULO XXVII.

Desde Enrique IV hasta Madama de Pompadour , es decir, desde 1610 hasta 1754 , Francia conservó siempre con igual cuidado que conservaba Roma el fuego de las Vestales , el sistema diplomático creado por el bearnés y proseguido por Richelieu, Mazarino y Luis XIV, esto es, la disminucion de la casa de Austria.

En efecto , esta que en el reinado de Cárlos V no veia ponerse el sol en sus vastas posesiones , perdió desde doscientos años el Rosellon, Borgoña, Alsacia, Artois, Hainault, Cambrasis, España, Nápoles, Lorena, Barrois, Silesia y las Indias.

¿Quién le tomó todo eso? Según ella, sus príncipes ó sus aliados: la Francia.

El ódio debe ser vivaz entre ambas naciones, mayormente si consideramos el modo con que Austria se vengó, se venga y se vengará.

Felipe II concebíó el plan de formar de España, Francia, Inglaterra y Austria, lo que él llamaba la monarquía cristiana, por cuyo motivo casó con la cruenta María, hija de Enrique VIII, y asalaríó la liga en Francia. Frustróse en Inglaterra y no pudo lograr coronarse rey de la Gran Bretaña, sucediéndole en Francia otro tanto, porque Enrique III iba á tratar con el bearnés.

Un jóven conjurado llamado Jaime Clemente , asesinó á Enrique III. Quedaba Enrique IV, mas siendo protestante y no teniendo la villa de París , convirtiése , entregóse la capital y quedó rey de Francia.

Por espacio de tres veces probaron los conjurados , pero sin éxito , el asesinar al vencedor de Arqués é Yory ; y cuando concebía Enrique IV el plan de una contraliga , mientras estaba meditando la expedicion de Juliers , la pérdida del Austria , tendióle ensangrentado el puñal de Ravailac , en los brazos de M. de Epernon , á quien se acusaba , con María de Médicis , de no ser extraño á su muerte.

¿Cuánto dinero costó á Federico II la liga que entretuvo en Francia durante veinte años? Los papeles hallados en su cartera particular despues de su fallecimiento contestarán : Quinientos catorce millones de oro. ¿Qué hizo la viuda de Enrique IV? Despidió á Sully , dilapidó los veinte y cuatro millones que su marido encerrára en la Bastilla y el Arsenal , casó á su hija con el rey de España y á su hijo con Ana de Austria. Oh! levantóse entónces toda la córte de Enrique IV , dando Luis XIII el ejemplo. Decidióse en el consejo del Louvre que se proseguiria el sistema de Enrique IV ; y María de Médicis , desterrada por el implacable Richelieu y el indiferente Luis XIII , fué á fallecer en Colonia , en casa de su pintor Rubens.

Fué un ejemplo para la esposa de Luis XIV. María Teresa , en vez de deshacerse en intrigas como María de Médicis , ó en quejas como Ana de Austria , permaneció triste , resignada y silenciosa , y durante todo el reinado del gran rey , la España austríaca fué casi una provincia francesa.

Luis XV heredó hasta 1756 , de la política de su abuelo. Él fué quien , secundado por España , quitó al Austria el reino de Nápoles , y ayudó á Federico á tomarle la Silesia , la que mas tarde probó en vano volverla á tomar.

Entonces María Teresa, quien, conforme escribió á la duquesa de Lorena, no sabia si le quedaria una sola poblacion donde poder parir, se humilló hasta el punto de adular á Madama de Pompadour y llamar prima suya á la que Federico llamaba Zagalejo II. Hizo entonces duque á M. de Choiseul y cardenal al abate de Bernis.

Inclinámonos hácia el Austria, cuya alianza nos valió la guerra de los siete años, y nos costó doscientos mil hombres, ochocientos millones, nuestras posesiones de la India y mil quinientas leguas de territorio en el Canadá.

Reconoció luego su error el cardenal de Bernis; titubeó Luis XV, y el delfin se declaró abiertamente contra la alianza austríaca.

Desterróse al cardenal de Bernis; escapó Luis XV, como por milagro, del puñal de Damiens, y el delfin murió envenenado.

En suma, ganó la política de M. de Choiseul y se estrechó aun mas la alianza con Austria por medio del enlace de María Antonieta con el delfin.

Solo Dios sabia en dicha época lo que aquella alianza debia costar á Francia y á su rey.

Fué un vértigo que cuarenta años mas tarde debia pasar por la vista de Napoleon, cuando á su vez tomó por esposa á una hija de los Césares, comprando en 1810 con su popularidad, y en 1814 con su trono, la satisfaccion de poder decir: *Mi pobre tio Luis XVI.*

Hé ahí, pues, lo que era Francia políticamente, disminuida de sus posesiones de las Indias y de América. Digamos ahora lo que moralmente era.

Moralmente, el rey, la nobleza y el clero habian destruido la dignidad real; y los filósofos la religion.

Luis XV dió el ejemplo de los bajos amores; hasta él habíanse respetado los reyes de Francia en sus favoritas.

Enrique IV tomó á Gabriela de Estrées, la duquesa de Verneuil y Carlota de Montmorency.

Luis XIV á la señorita de la Valliere, Madama de Montespan, y la de Maintenon.

Luis XV principió como ellos, mas de la duquesa de Chateauroux pasó á Madama de Etioles y de esta á Juana Vaubernier.

¡Pobre Francia! entregada al veneno y á los Du Barry.

Por su parte, veamos en que estado se hallaba la nobleza. Contaba aun con cuarenta y tres asientos de ducados pariatos en el parlamento de París. Solo los Richelieu tenian tres: Richelieu, Fronsac y Aiguillon; los Rohan igualmente: Montbazou, Chabot y Soubise; y los Chevreuses dos: Luynes y Chaulnes. ¿Mas cómo sostenian sus rangos esos últimos herederos de los grandes apellidos de Francia? Casándose con muchachas ricas, á lo cual llamaban beneficiar sus tierras, ó bien entregándose al comercio. Recuérdase el proceso del duque de la Force en tiempo de la regencia, quien tenia abiertas tres tiendas de especierias. El conde de Lauragais era fabricante de porcelana; un Praslin fué mercader de tahalies y coscos; M. de Maillebois tenia un obrador de carpintería; y M. de Guemenee hacia mejor que todos ellos, pues hacia bancarrota.

Manténanse cortesanas á mil luises al mes; pero se cubria de diamantes á los artistas de nombradía.

Mas aun, el mayor reproche que se dirigió á Luis XV, no fué por haber tomado sus favoritas de entre las mugeres de mediano estado, de entre las muchachas del pueblo ni tampoco de entre las mugeres perdidas, sino por no haberlas buscado entre las familias de la nobleza, privando así á esta de una prerrogativa que creia adquirida.

Así es que cuando se supo la fundacion del Parque de los Cierros, llovieron de todas partes las solicitudes de las madres, padres y hermanos que recomendaban á sus hijas, á sus hermanas.

Calcúlese que fueron encerradas en dicho Parque unas mil jóvenes solteras de todas clases, rangos y condiciones, las que costaron fabulosas sumas al Estado, conforme veremos en el capítulo de los economistas.

¿Cuáles fueron los hombres de algun valor que quedaron en medio de aquella nobleza? Fácil será contarles.

El duque de Richelieu, hombre honrado, pero cuya galantería contribuyó en gran manera á la desmoralizacion de aquel siglo.

El mariscal de Brissac, singular por el espíritu de antigua caballería, que veía el hoyo donde la sociedad se dirigía y pretendía que el canciller Maupeon nos destruía la monarquía.

El mariscal de Noailles, quien tenía el privilegio de decir al difunto rey las mas duras verdades.

El de Duras y el de Beauveau, quienes prefirieron la pérdida de su gobierno á adherirse al sistema del canciller, y protestaron contra el trono de justicia.

Decía Voltaire de los cortesanos, que iban á Versalles en silla de posta para sufrir los desprecios, y regresaban al momento con ellos á París.

Entendemos por nobleza la alta nobleza, es decir, los gentiles-hombres ilustrados con los honores militares ó con grandes cargos de la córte. Los togados, por mas que se remontáran á la creacion del mundo, no estaban comprendidos en esa clase, no podían comer con los príncipes reales ni sus mugeres ser presentadas á la córte.

Cualquier teniente de infantería, con tal que fuera gentil-hombre, pasaba ante el canciller de Francia.

En cuanto á los títulos de marqués, vizconde ó baron, ya no significaban absolutamente nada. El título no hacía la nobleza, porque cada cual tomaba impudentemente el que se le antojaba. Por ejemplo:

«Se ruega á V. tenga á bien asistir á la comitiva, trasporte ó

entierro de la *muy alta y muy poderosa señora* ELISABET BONTEMPS, esposa del *muy alto y muy poderoso señor* NICOLÁS BEAUJOUR, consejero de Estado, secretario del rey, casa y corona de Francia, y de su tesoro de la Rochelle. »

¿Quién era maese Nicolás Beaujour? Un hombre que habia subido á hacendista. Así es que el abate Terray, que todo lo utilizaba, hallaba medio de utilizar aquella vanidad.

Preocupado siempre en acrecentar los impuestos y aumentar la capitacion de París, mandó á los recaudadores que valuasen á las gentes, no segun su fortuna, sino segun sus títulos. En su consecuencia, todos los marqueses, condes y vizcondes de contrabando fueron valuados como verdaderos barones, vizcondes, condes y marqueses, lo que motivó que se llenáran tres dias mas tarde las oficinas de los publicanos, de gentes que iban á dimitir su dignidad y solicitar gracia, aunque en vano, pues fueron inscritos en los registros y pudieron en lo sucesivo poner sus contribuciones entre sus pruebas.

Ya mencionamos la espresion que la marquesa de Chaulnes dirigió á su hijo, quien se negaba á casarse con la hija del señor Bonnier, un cualesquiera, pero hombre poderosamente rico:

—Os engañais, hijo mio, las haciendas arruinadas se benefician con estiércol. Así es que en el año 1774, no habia tal vez una sola casa que pudiera proporcionar caballeros de Malta sin dispensa.

Casóse el duque de Nevers con la señorita de Quinault. El conde de Herouville con la de Lolotte, querida del embajador de Inglaterra, conde de Abermale. El marqués de Moutiers, con la señorita de Varennes, discípula de Madama París, una de las primeras intercesoras de Francia. Un gentil-hombre, un verdadero, un representante de la mejor y mas antigua nobleza, el marqués de Langeac, se enlazó con Madama Sabattin, querida del duque de La Vrilliere, bajo la espresa condicion de que no dormirian



juntos. En suma, vimos á Guillermo Du Barry casarse con la se-  
 ñorita Lange, para dar un título á la favorita del rey.

El honor militar cayó en igual descrédito. El conde de La Lu-  
 zerne y M. de La Maugerie, acusáronse recíprocamente de haber-  
 se querido asesinar, pero se guardaron muy bien de batirse.

El conde de Maillebois fué creado director general de la guerra,  
 en recompensa de que un escandaloso proceso, cuyos pormenores  
 pueden verse en las gacetas de aquella época, prueba como hizo  
 traicion al Estado.

El de Langeac fué nombrado oaballero de San Luis, á pesar de  
 contar escasamente los años de servicio necesarios para obtener  
 dicha recompensa, porque el señor Gerin, cirujano del príncipe  
 de Conti, le insultó al salir de la Opera y conservó el insulto.

Otro caballero de San Luis sostenia la falda de la sotana del  
 cardenal de Luynes. No nos dice la historia su nombre, pero nos  
 conserva la espresion del marqués de Conflans. Habiendo este cla-  
 mado un dia contra el uso de que pudiera un cardenal hacerse  
 sostener la cola de la sotana por un gentil-hombre:

— Debiais sin embargo saber que semejante uso existe, mar-  
 qués, dijo Su Eminencia, ya que tuve en otro tiempo á un Con-  
 flans por gentil-hombre caudatario.

— Puede ser muy bien, respondió el marqués, pues siempre  
 hubo en nuestra familia peleles, que se vieron obligados para po-  
 der vivir, á tirar al diablo por la cola.

En cuanto al clero, tenia escuela de ateismo y desarreglos. Co-  
 mo las altas prelacias estaban reservadas para la nobleza, seguia  
 el clero la disolucion de esta. El obispo de Beauvais, despues  
 obispo de Sens, quien predicó la cuaresma ante el rey de un  
 modo tan distinguido y valeroso, hallábase escludido del episcopa-  
 do por ser hijo de un sombrerero, mientras que á M. de La Ro-  
 che-Aymon se le nombró cardenal sin ninguna dificultad, á pesar  
 de vivir con una muger que le habia dado siete hijos. El cardenal

de Bernis principió por ser un abate bastante mundano y poeta muy ligero; ya sabemos el modo como ascendió. M. de Montazet, arzobispo de Lyon, quien en su calidad de primado de las Galias, reformára al arzobispo de París, habia vivido públicamente con madama de Mazarino. Brienne, arzobispo de Tolosa, á quien hallarémos mas tarde, era ateo ó poco menos. El obispo de Senlis, académico, aunque nunca hubiera escrito ni leído tan solo sus pastorales, ascendió por conducto de madama Du Barry, lo propio que M. de Bernis por el de la de Pompadour.

Todo esto iba destruyendo la sociedad á las mil maravillas cual gusanos que destruyen la carena de un buque mordiendo, carcomiendo y atravesando hasta que ha formado cada cual su agujero, y haciendo agua la embarcacion, zozobra y se sumerge.

Por lo demás, la disolucion de la dignidad real y la de los príncipes, nobles, clero y togados, habia comunicado su contagio hasta en las clases bajas, las que tambien tenian en el Palacio Real sus pequeños aposentos; leían el *Sottisier*, coleccion de canciones indecentes del siglo décimo octavo; compraban los tomos de los exigentes escritores, cuyo oficio consistia en desollar á los grandes so pena de divulgar su conducta; hojeaban en fin los libros obscenos, cuyo número era considerable, espuestos en las tiendas de los chalanes de libros viejos.

En efecto, solo desde 1760 á 1774, habian visto la luz pública *Saturnino ó el Portero de los Cartujos*, sin nombre de autor, publicado en 1760.

*El Aretino moderno*, por el abate Dulaurens, quien al publicar dicha obra en 1763 bajo la rúbrica de Roma, estaba ya trabajando en el *Compadre Mateo*.

*Felicia ó mis Calaveradas*, publicado sobre el año de 1770 por el caballero de Nerciát, bajo la rúbrica de Amsterdam.

*Venus en amor ó la Vida de una célebre libertina*, publicado en 1771.

*La Academia de las Damas*, imitación de la Aloisia, de Meursius: de la cual se habían hecho tres ediciones. *El Sofá*, de Crebillon hijo. Y *Las Joyas indiscretas* y *la Religiosa*, de Diderot.

Observaremos para gloria nuestra, que desde el principio del siglo actual no ha salido libro alguno parecido á los que acabamos de mencionar. Mas entónces se publicaban, leales el pueblo, é imitador de los grandes, hasta que fué su enemigo, hacia alarde de libertinage, ateismo é incredulidad, refase de todo, de las cosas santas, del patronato de los nobles, hacia grandes pantomimas sobre los monasterios y conventos, perseguia con sus bur-las un eclesiástico que acertára á pasar por la calle, frecuentaba poco las iglesias y mucho las casas de juego, fondas, tabernas y billares; en suma, empezaba á trocar los nombres de pila de sus hijos con los de los héroes griegos ó romanos.

Además, acabábase de establecer para él la lotería y el Montepío, dos abismos ó mejor dos albañales en los que podian absorberse á la vez el dinero y la moralidad de un pueblo.

Ya hemos visto lo que hicieron de las costumbres el rey, los príncipes, los nobles, el clero y los magistrados. Veremos luego lo que los filósofos hicieron de la religion.

## LOS FILÓSOFOS.

A mediados del último siglo, encontráronse tres hombres penetrados de un profundo ódio contra el cristianismo.

Eran estos Voltaire, de Alembert y Diderot.

Voltaire aborrecia la religion porque odiaba cuanto era puro y envidiaba cuanto era grande : ¿porqué habia de respetar á Jesús?

Odiaba de Alembert la religion porque, hijo de una canonesa y un abate, habia arrojado, pobre niño perdido, los primeros geminos en el umbral de una iglesia, y habiéndola esta sido inhospitalaria é infames la canonesa y el abate, quiso hacer responsable á la religion del crimen de su nacimiento y de su abandono.

Aborrecia Diderot la religion porque era loco por naturaleza, y en su entusiasmo por el caos de sus propias ideas, antes preferia forjarse él mismo misterios que aceptar los del Evangelio.

Por lo demás, habian ya llegado los dias de destruccion. Cuando el destino quiere incendiar el templo de Diana, hace nacer á Eróstrates.

Era Diderot alternativamente ateo, materialista, deista y escép-

tico, pero siempre impío, si le esceptuamos en sus primeras publicaciones.

Empezó en el mundo filosófico con el *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, en cuyo libro es no solamente deísta, sino hasta religioso.

—*No hay virtud sin religion*, dice. El ateísmo deja la probidad sin apoyo é induce á la depravacion.

Aparecieron un año mas tarde los *Pensamientos filosóficos*. Notábase ya algun progreso, aunque el rancio hombre apareciera todavía: el cristiano no pasaba aun por filósofo.

—Hay tres clases de ateos, dice: los verdaderos, los escépticos y los que quisieran que no hubiera un Dios, quienes aparentan estar de ello persuadidos y viven como si lo estuvieran. Aquellos son los fanfarrones del partido y les detesto porque son falsos. En cuanto á los verdaderos, compadézcoles, porque todo consuelo es para ellos muerto. Restan los escépticos, por quienes ruego á Dios, porque carecen de luces.

Pero publicó luego su carta *sobre los ciegos para uso de los que ven*. Es en ella su héroe un ciego de nacimiento, el que incitado en su lecho de muerte por el ministro que le asiste, para que reconozca un Dios criador, niégase á ello, protestando que nunca vió nada de cuanto se le quiere hacer admirar en la naturaleza.

A consecuencia de esta publicacion mandósele á Vincennes, en donde permaneció tres meses, durante los cuales meditó sobre la Enciclopedia, de la que habló á de Alembert á su regreso. Aceptó este y echándose en el papel el gran plan de la obra, determinado que fué este, publicó Diderot el prospecto y sistema de los *Conocimientos humanos*.

En 1760 quedó enteramente convertido y escribió á su hermano invitándole á que abdicára un *atroz sistema*.

Ese atroz sistema era el cristianismo.

Aguardad, héle aquí lanzado. En la vida de Séneca va á publicar que entre él y su perro no hay otra diferencia que la del

hábito. Héle ahí que no cree ya en el alma, á menos, sin embargo, que conceda una á su perro.

Hé aquí ahora los *Principios filosóficos sobre la materia y el movimiento*.

El movimiento, dice Diderot al principiar, es inherente á la materia.

No hay necesidad de ir mas léjos; no cree ya en Dios.

Ahora que está persiguiendo el cristianismo y no cree ya en el alma ni en Dios, va á atacar á la sociedad, la que cree aun en todo ello.

Léase el Suplemento del viage de Bougainville ó el Diálogo entre A y B sobre el inconveniente de unir ideas morales á acciones que no las permiten.

Allí sigue el autor á Bougainville en Otahiti y se halla al colmo de su alegría, ha hallado por fin un país cuyas costumbres están en la naturaleza. En efecto, la modestia y el pudor son quimeras, y la felicidad conyugal obstinacion y suplicio. En una sociedad bien organizada, esto es, natural, las mugeres son comunes como en la república de Platon, y todas las legislaciones que mandaron la monogamia, violaron y ultrajaron la naturaleza.

Sea; es la divagacion del que está soñando, pero hé aquí cosa mas grave.

Oíganse las *Conversaciones de un padre con sus hijos ó los Peligros que hay en colocarse fuera del a'cance de las leyes*.

Púsose por cierto este título para hacer pasar el libro y para escamotear el privilegio del rey á algun censor adormecido.

Leamos:

«No hay leyes para las edades, estando todas sujetas á excepciones, tócale á él juzgar de los casos en que es menester someterse ó emanciparse.»

Hállanse en esas condiciones quinientos sabios en Francia que se mandan á presidio cada año.

Publicó luego las *Joyas indiscretas*, *Jaime el fatalista* y la *Religiosa*.

Tómese la edicion de Naigeon y se leerán pasages que no nos atrevemos á transcribir aquí — un lugar en que Diderot habla alternativamente en latin, inglés é italiano — porque, cínico por excelencia, no osa ya hablar en francés.

Viene en fin, luego el famoso Ditirambo titulado los *Eleuterámonos* ó los *furiosos* de la libertad, en donde se hallan estas expresiones: — Y urdirian sus manos las entrañas del sacerdote, á defecto de una cuerda para estrangular á los reyes.

Háblase ahora de la comprension del pensamiento en el reinado de Luis XV.

No tenia de Alembert ese númen ni esa prontitud; procedia con la calma de la verdadera filosofía; era casi siempre el minador obstinado, silencioso y subterráneo en el que cada azadonada resuena sordamente y hace temblar el edificio que quiere derribar. Era frio, prudente, astuto, ocultábase casi siempre, y al mostrarse, hacíalo solo lo necesario para ser divisado; disimulaba por instinto, la guerra que hacia no era la de un gefe de partido, pues que dejaba el mando á Voltaire, era la de un capitan de tiradores que está riendo detrás de un matorral, ó aplaudiendo al abrigo de un árbol al ver caer el enemigo sobre quien tira ocultamente; siempre prevenido, preveía la réplica que podia comprometerle y la sacudida que podria alcanzarle. Marchaba por lo comun rodeado de nubes cual los combatientes de Homero á quienes algun dios amigo queria librar del peligro. Bastábale el homenaje de un corro, cuarenta manos que aplaudieran un discurso que pronun-ciára, para que él contase con un día de triunfo. Era reclutador de la impiedad, enganchaba, formaba é iniciaba á sus adeptos secundarios, dirigia las misiones, entretenia las pequeñas correspondencias; así que, pobre escritor, estéril, precioso, confuso,

bajo é innoble, era un prosista de tercer órden, pero un matemático de primera clase.

Ved tambien como esa prudencia filosófica se abrió paso hasta con sus mejores amigos, diré casi sus cómplices; ved cuan poca necesidad tenia de ser convencido y cuan poco necesario le parecia el compás algebraico para la exacta medida del pensamiento.

Voltaire, quien, al predicar la impiedad, se debatia eternamente en la duda, escribióle lo siguiente, lo propio que á Federico:

—Cuanto nos rodea es el imperio de la duda, y esto es un estado desagradable. ¿Existe un Dios tal como nos lo pintan, un alma tal como se imagina y relaciones tales como se establecen? ¿Hay algo que esperar despues del momento de la vida? ¿Tenia motivos Gilimer despojado de sus Estados, para echarse á reir cuando le presentaron ante Justiniano? ¿y las tenia Caton para matarse por temor de ver á César? ¿Es la gloria solo una ilusion? ¿Es menester que Mustafá, en la molicie de su haren, haciendo todas las tonterías posibles, ignorante, orgulloso y batido, sea mas felíz si puede digerir que un filósofo que no puede? ¿Son todos los seres iguales ante el gran ser que anima la naturaleza? En este caso, seria igual á la de Enrique IV el alma de Ravailiac, ó ni uno ni otro tendrian? Desenreden todo eso los filósofos, pues que en cuanto á mí, nada entiendo en ello.

—Os confieso, contestó de Alembert, que sobre la existencia de Dios paréceme el autor de la naturaleza demasiado firme y dogmático, y no veo en esa materia sino el escepticismo irracional. — ¿Qué sabemos nosotros sobre ello? esta es mi contestacion á todas las cuestiones metafísicas y la reflexion que es menester juntar es que ya que nada sabemos, poco nos importa saber mas.

—Perdonárase tal vez á esos apóstoles de la destruccion si hubieran estado convencidos, pero, conforme se vé, distaban mucho de estarlo.



Así es que de Alembert reprobaba siempre al impaciente Voltaire, quien tenía sesenta y ocho años, veinte y tres más que él, por que era impaciente, iba demasiado aprisa y por último porque se comprometiera.

—Si se esclarece ese género humano, le escribía, es porque se le esclarece poco á poco.

Máxima que hizo adoptar á de Alembert el plan de la Enciclopedia.

En efecto, los primeros tomos de la inmensa colección debían redactarse con prudencia, para no espantar al clero, y sin embargo, á pesar de ello, suprimiéronse un decreto del real consejo, del 7 de febrero de 1752, dejando suspendida por espacio de diez y ocho meses la impresión de los demás; pero de Alembert, Diderot y Voltaire lograron continuar y continuaron, apareciendo cinco nuevos tomos. Las gentes religiosas dieron el grito de alarma, clamaron contra la impiedad, y por otro decreto del real consejo, fechado el 5 de mayo de 1759 se revocó el privilegio concedido. Temiendo comprometerse, y fiel á su palabra, retiróse de Alembert. Persistió Diderot, perseveró, solicitó, interesó á sus miras al director de la librería, haciendo valer las ventajas que reportaría el comercio de semejante empresa, y el duque de Choiseul que nos ligó con el Austria, suprimió los jesuitas y debía aun completar su obra, decidió no solo que continuára la publicación de la Enciclopedia sino que no fuera sometida á ninguna censura.

Con semejante autorización, pasaron las máximas, salidas casi todas de la pluma de Alembert.

«Ningun ser hay en la naturaleza que se pueda llamar primero ó último. — Hay una máquina infinita y en todos sentidos.»

(Art. Enciclopedia.)

«¿Qué importa que la materia piense ó no piense! ¿qué hace esto á la justicia ó á la injusticia, á la inmoralidad y á todas las verdades del sistema ya sea político ya religioso?»

(Art. Hocke.)

« Lo viviente y lo animado no son mas que una propiedad física de la materia: la única diferencia que hay entre ciertos vegetales y animales tales como nosotros, es que ellos duermen y nosotros velamos, que somos animales que sentimos y ellos animales que no sienten »

(Art. Animal.)

Voltaire escribió á de Alembert :

« Durante la guerra de los parlamentos y los obispos, tendrán buen juego los filósofos. Tendreis la eleccion de verdades que no se osáran decir veinte años atrás. » (Carta á de Alembert, 13 de noviembre de 1750.)

Y de Alembert, conforme se vé, fiel á la invitacion de su maestro, llenó la Enciclopedia de *verdades* y mas *verdades*, de suerte que iba todo prosperando y en 4 de mayo de 1762 pudo escribir á Voltaire :

« En cuanto á mí, lo veo todo en la actualidad, de color de rosa: veo que la tolerancia restablece á los protestantes, y vuelve á llamar á los sacerdotes casados, veo abolida la confesion y aplastado, sin que se note, el fanatismo. »

Hablemos, pues, de ese maestro, que profesaba y obraba á la vez, y era en un mismo tiempo la cabeza que conspira y el brazo que golpea, astro fatal en cuyo torno todo es satélite y que arrastra todo un mundo en su torbellino de ateismo é impiedad.

Era Voltaire mucho mas perseverante que Diderot, y mucho mas atrevido que de Alembert. Osado hasta la imprudencia, despreció, afirmó, inventó y contradijo las Escrituras, falsificó á los Padres, llamó de igual modo el *no* al *sí*, *sí* al *no*; y golpeó en todas partes ante y detrás de sí. Qué le importaba la persona á quien pudiera herir mientras que hiriese; uno de sus tiros perdidos, debía siempre alcanzar á la dignidad real ó á la religion.— Ardiente, colérico é impetuoso, disimulaba siempre á pesar suyo,

y cual gefe que se vé obligado á ocultar sus baterías. Hubiérale por cierto gustado como dijo él mismo, hacer abierta guerra á la religion y morir sobre un monton de cristianos inmolados á sus piés. (Carta á de Alembert de 20 de abril de 1761.) Pero comprendía que era menester herir y ocultar la mano, (carta á de Alembert, mayo de 1761,) y obrar en suma como conjurado, mas no como celoso.

Mas cuanto le costó este disimulo á ese Agamemnon de los ejércitos escépticos. Al contrario de de Alembert, á quien bastaban cuarenta manos que le aplaudiesen, éranle necesarias á Voltaire todas las trompetas de la nombradía de París á Berlin, de Boston á Estocolmo, y de Génova á San Petersburgo.

— Ese hombre tiene gloria por valor de un millon, decia de Alembert, y quiere aun por valor de un sueldo.

Nació Voltaire en 1698, y falleció en 1778. Debía dominar un siglo entero. Concedióle Satanás larga vida, pues su obra es inmensa. Asi es que se ocupó en ella desde su juventud.

— ¡Desgraciado! serás el porta-estandarte de la impiedad, le decia el jesuita Lejay cuando era aun simple estudiante en el colegio de Luis el Grande.

En efecto, crecia Voltaire en medio de la sociedad pagana del fin del siglo VII y de la atea del XVIII; era discípulo de Chaulieu, el comensal del palacio de Vendome. Su disputa con M. de Rohan obligóle á buscar un asilo en Inglaterra, en donde, segun Condorcet, juró consagrar su vida al derribo de la religion, y *cumplió su palabra*.

Sencilla es la confesion y hasta no deja de estrañar en nuestra época. Léase su vida, edicion de Kbel.

— « Por mas que bagais, le dijo un dia el teniente de policia Herault, reprochándole su impiedad, no conseguireis destruir la religion cristiana. »

— « Lo veremos, » respondió Voltaire.

— « En verdad , ya estoy cansado ; » dijo el autor de la *Pucelle*, « de oírles repetir sin cesar que bastaron doce hombres para establecer el cristianismo ; deseo probarles como solo se necesita uno para destruirle. »

« ¡ Como ! » escribió á de Alembert el 24 de julio de 1760, « como seria posible que cinco ó seis hombres de mérito , que se entendieran , no tuviesen buen éxito despues del ejemplo de doce palurdos que tan airosos salieron. »

Los doce palurdos , eran los doce apóstoles.

Puso manos á la obra , y como el terreno estaba bien preparado , cayó en buena tierra la simiente.

Asi es que á los dos años de haber atacado á los doce palurdos , escribió á Diderot , siempre dudando cual balancin de un péndulo en el espacio :

— « Sea cual fuere el partido que tomeis , os recomiendo LA INFAME , preciso es destruirla entre las gentes honradas , dejándola solo á los canallas , para quienes se hizo. »

INFAME en femenino significa aquí simplemente la Religión , y en masculino Jesucristo. Con cuyo nombre les designó desde que hubo hallado dicha palabra.

El dia 2 de setiembre de 1768 , escribió :

« Damelaville debe estar contento del menosprecio en que ha caido EL INFAME entre las gentes honradas de Europa. Era cuanto se deseaba y necesitaba ; nunca se pretendió esclarecer á los zapateros y sirvientas , herencia de los apóstoles.

« Es porque fué unánime el ataque y mesurados los golpes. La division era efectivamente difícil con instrucciones como estas , dadas desde 1761.

« ¡ O filósofos míos , preciso es marchar en columnas cerradas como la falange macedonia , la que solo fué vencida por haber sido dispersada ; hagan los verdaderos filósofos una cofradía como los francmasones , únanse , sosténganse y sean fieles , y esa aca-

demia valdrá mucho mas que la de Atenas, y todas las de Paris.»

Ved la alegría del filósofo de Ferney al ver que germina la simiente y que dá la cruzada sus frutos.

«La victoria se declaró en favor nuestro, decia á Damelaville, quien profesaba abiertamente el ateísmo; os aseguro que dentro de poco no habrá ya mas que los bribones bajo los estandartes de nuestros enemigos, no les queremos ya por partidarios ni adversarios; somos un cuerpo de honrados caballeros, defensores de la verdad, que no admitimos entre nosotros sino á gentes bien educadas. Vamos, bravo Diderot, vamos, intrépido de Alembert, juntaos con mí caro Damelaville, id tras de los fanáticos y bribones. Compadeced á Blas Pascal, y despreciad á Houleville y Abadie, *tanto como si fueran padres de la Iglesia.*»

Mucho mayor fué aun su satisfaccion al encontrar á Federico.

Cuan grande fué su orgullo al contar entre sus discípulos al vencedor de Rosbac, dar á la palabra el peso de los aplausos de un oyente coronado, un escolar que respondia de tales palabras á las de su maestro:

«Al objeto de hablaros con mi habitual franqueza, os confesaré naturalmente que todo cuanto mira al Hombre-Dios no me place en boca de un filósofo, quien debe ser superior á los errores populares; dejad para el gran Corneille, viejo caduco caído ya en la infancia, el insípido trabajo de rimar la Imitacion de Jesucristo, y sacad solo de vuestra imaginacion cuanto tengais que decirnos. Puede hablarse de fábulas, pero como fábulas únicamente, y creo que vale mas guardar un profundo silencio sobre las fábulas cristianas canonizadas por su antigüedad, y la credulidad de las gentes absurdas y estúpidas.»

He aquí lo que pensaba de la religion Federico. Quereis saber ahora lo que pensaba de la inmortalidad del alma?

«Un filósofo conocido mio, hombre determinado en los sentimientos, cree que tenemos bastantes grados de probidad para lle-

gar á la certidumbre que *post mortem nihil est* (ó que es la muerte un sueño eterno); pretende que el hombre no es doble y que solo somos la materia animada por el movimiento. Ese extraño hombre, dice además, que ninguna relacion hay entre los animales y la suprema inteligencia. »

Cinco años mas tarde alentóse Federico y confesó que ese extraño hombre era él mismo.

«Estoy muy cierto, dijo, que no soy doble, por esta parte no me considero mas que como un ser único; para hablar con franqueza, decid simple. Sé que soy un animal organizado y que pienso, de donde concluyo que la materia puede pensar, de igual modo que tiene la propiedad de ser eléctrica.»

Nada hay tan contagioso como el ejemplo y nada tan grato como los elogios; así, hé aquí á todos los soberanos que al ver elogiado por los filósofos, á su colega el rey de Prusia, quieren tambien serlo todos ellos.

Hízose á su vez filósofo José II. Fué admitido é iniciado por Federico á los misterios de la conspiracion anti-cristiana. Esos dos rancios antagonistas, clvidando doce años de guerra, ligáronse contra *Cristo*, el enemigo comun.

Asi es que Voltaire se apresuró en anunciar á de Alembert la conquista imperial que acababa de hacer la filosofía.

«Me habeis preporcionado un verdadero placer, le escribia el 28 de octubre de 1769, al reducir lo infinito á su justo valor; pero hé aquí una cosa mas interesante aun: Asegura Grimm que el emperador es de los nuestros; muy satisfactorio es eso, pues su hermana, la duquesa de Parma, está contra nosotros.»

Tratóse de dar las gracias á Federico, y se encargó de hacerlo el gefe de la secta.

«Un bohemio llamado Grimm, persona de mucho espíritu y filosofía, me ha dicho que habiais iniciado al emperador á nues-

tros santos misterios; hé aquí una buena cosecha para la filosofía.»

Verdadera era la cosecha, y poco después empezó la guerra. Suprimió José II las tres cuartas partes de los monasterios, apoderóse de los bienes eclesiásticos, arrojó de sus celdas hasta aquellos carmelitas, á quienes la pobreza de su orden y pureza de su regla parecían deber proteger contra la avaricia del príncipe ó la reforma del filósofo.

Iba el progreso continuando y la cosecha en aumento, por lo que escribió de Alembert, en 23 de noviembre de 1770:

« Ya tenemos en nuestro favor á la emperatriz Catalina, el rey de Prusia, el de Dinamarca, la reina de Suecia, su hijo, muchos príncipes del imperio y toda la Alemania. »

Por su parte escribió también Voltaire á Federico, el mismo mes y casi en igual día:

« No sé lo que piensa Mustafá sobre la inmortalidad del alma, yo creo que nada piensa. Por lo que toca á la emperatriz de Rusia, la reina vuestra hermana, el rey de Polonia y el príncipe Gustavo, hijo de la reina de Suecia, se figuran que yo sé lo que están pensando. »

Hé aquí, pues, á un emperador, una emperatriz, una reina y cuatro reyes que estaban ayudando á Voltaire á aplastar al INFAME.

En los siglos XII y XIII cruzábanse todos por Cristo y en el XVIII cruzábanse contra él.

La admiración de los filósofos para con Catalina sobrepujaba aun á la que tenían para con Federico.

« Somos tres, escribió Voltaire, los que os debemos altares: Diderot, de Alembert y yo. »

A lo que contestó Catalina:

« Dejadme en la tierra, en donde estaré mas en el caso de recibir vuestras cartas y las de vuestros amigos. »

El rey de Dinamarca quien no quiso quedar rezagado , juntóse muy luego á la liga. El verdugo de su médico y de su favorito, muy jóven aun, tuvo tendencias filosóficas , y á los diez y ocho años fué á Francia y dijo en Fontainebleau:

« M. de Voltaire me ha hecho hombre y enseñado á pensar. »

Tranquilos los filósofos , como dijo Voltaire , y completo su triunfo despues de haber aplastado al INFAME , poco á poco é insensiblemente , de la religion á la dignidad real , y del altar al trono.

Y lo que mas admira , es que amaba á los reyes y queria la monarquía, que gustaba en particular de aquellos aristocráticos favores que emanan del trono , que un título de gentil hombre le hacia feliz en Francia, que una llave de Chambelan le colmaba de gozo en Prusia , que pasó la primera parte de su vida celebrando á Luis XIV , á Enrique IV , á Cárlos XII , á Pedro I , á Catalina II y á Federico , y que escribió á Marmontel cartas como la siguiente ;

« Vista la proteccion de M. de Choiseul y de madama de Pompadour , podeis mandármelo todo sin riesgo. Ya saben que amamos al rey y el Estado ; jamás se nos ha oido pronunciar discursos sediciosos ; estraigo la humedad de los estanques , construyo una iglesia y hago votos por la felicidad del rey. Apostamos á que los jansenistas y molinistas todos no son tan adictos al rey como nosotros ; preciso es , pues , caro amigo , que sepa el monarca que los filósofos le son mas fieles que los fanáticos é hipócritas de su reino. ( 13 de agosto de 1760. )

No fué solo á Marmontel á quien dirigió Voltaire sus profesiones de fé realistas ; véase el siguiente fragmento de la carta á Helvetius , del 27 de octubre del propio año :

« Importa mucho al rey que se aumente el número de los filósofos y disminuya el de los fanáticos. Somos pacíficos y esas gen-



tes son perturbadoras. Somos ciudadanos y ellos sediciosos. Los buenos servidores del rey triunfarán en Paris, Vorray y hasta en las delicias.»

Habiéndole mandado Thiriot, filósofo economista, la teoría del impuesto, contestó:

« He recibido la teoría del impuesto, teoría oscura y absurda, vienen todas ellas en mala ocasion y pueden hacer creer á los estrangeros que estamos sin recursos, y que se nos puede ultrajar y atacar impunemente. Hé aquí ridículos ciudadanos y estraños amigos del hombre, que cual yo vienen á la frontera, pero ya cambiarán de parecer. Verán cuan necesario es el hacer respetar al rey y el Estado. A fé mia, creo que todo se vé al revés en Paris. »

Tenemos, pues, tres afirmaciones por una, y citaríamos cincuenta, á no parecernos suficientes las tres.

Pero llegado que hubo el día de atacar la dignidad real á pesar de todas las protestas que acabamos de ver, no faltó Voltaire al llamamiento; fué de los primeros en bajar á la lid; por otra parte, habíale ya atacado en verso, tanto en el teatro como en sus epístolas, mas la poesía tiene sus licencias y la rima sus necesidades.

Habiéndole escrito un académico de Marsella para convidarle á visitar la hija de la antigua Tócida:

« Me presentaria á vuestra invitacion, contestó, si fuera aun Marsella una república griega, porque me gustan mucho las academias, pero prefiero todavía mas las repúblicas. ; Feliz el pueblo en que nuestros superiores vienen á vernos y no se enfadan si nosotros no vamos! »

Ya lo vemos, seguía Voltaire los consejos de de Alembert; iba probando poco á poco y avanzando paso á paso; no detestaba aun la monarquía, pero le gustaban ya las repúblicas. Seguirémosle en sus progresos republicanos.

Hé aquí una carta que le dirigió de Alembert con fecha 19 de enero de 1769, la cual prueba como marchaba con igual paso que el maestro:

«Os gusta la libertad y la razon, mi caro é ilustre cólega, y no se puede casi desear una sin otra. Y bien! hé aquí un digno filósofo republicano que os presento, quien os hablará de filosofía y libertad; es M. Jenning, chambelan del rey de Suecia, el hombre de mas mérito y reputacion de su pais. Es digno de conoceros, tanto por su persona como por el caso que ha hecho de vuestras obras, que tanto han contribuido á esparcir los dulces sentimientos entre aquellos que son dignos de experimentarles.»

¿Qué se dirá de ese filósofo republicano; que era al propio tiempo chambelan del rey de Suecia?

Y no se crea que Voltaire se engañase sobre la suerte que el trabajo filosófico reservaba para lo venidero.

Léase el siguiente párrafo de una carta que dirigió al marqués de Chaudelin, fechada el 2 de marzo de 1764, y dígase si se engañó el profeta de la desgracia:

«Todo cuanto veo echa las simientes de una revolucion que acontecerá de seguro y de la que no tendré el gusto de ser testigo. Lõs franceses llegan tarde en todas partes, pero al fin llegan. Tanto se ha esparcido la luz de vecino en vecino, que estallará á la primera ocasion, y será esto entõnces *un bello alboroto*. Muy felices sou los jóvenes, pues *verán cosas maravillosas*.»

Previó, pues, Voltaire ese bello alboroto veinte y seis años antes de que tuviera lugar, y predijo aquellas cosas maravillosas veinte y seis años antes de que sucedieran.

Así, no se ha de creer que se cumpliera aquel trabajo, mitad subterráneo y mitad exterior, sin sembrar el espanto entre las órdenes del Estado, encargadas desde dos siglos habia de defender su forma monárquica como conservadora de la sociedad. El clero principalmente, aunque carecia de religion y costumbres,

no carecia de prevision , y se sucedian sus amonestaciones , sus observaciones y sus profecías.

Véanse primeramente las quejas. Verdad es que eran dirigidas á M. de Lamonie , arzobispo de Tolosa , á quien solo faltaba una cosa para que fuera un escelente arzobispo : el creer en Dios.

«No insistirémos, decian los obispos á Luis XV en la asamblea de 1765, en el vivo interés que tiene V. M. de detener los progresos de la nueva filosofía de la que son el desgraciado fruto las obras que acabamos de marcar, las que realizando la filosofía sepultada por el Evangelio, renace de sus cenizas, no para restablecer el culto y los sacrificios, ni tan solo para atenerse á la falsa sabiduría de Roma pagana y de Atenas ; sino para destruir y envilecer cuanto hay sagrado entre los hombres.

«V. M. sabe ya demasiado las ventajas que la religion proporciona á las naciones y sobre todo el poderoso apoyo que presta á la autoridad del rey, para no mirar la impiedad que busca destruirla como el mayor azote que pueda afligir á su reinado.

«Ese azote de que nos quejamos, no cesará de afligir á sus Estados hasta que se sujete la librería á reglamentos fielmente ejecutados.

«Así pensaron y obraron vuestros ilustres predecesores cuando el luteranismo, desolado que hubo la Alemania, buscaba introducirse en Francia. La piedad de esos grandes reyes y de los magistrados depositarios de su autoridad , dictó vigorosas medidas para rechazar los libros perniciosos. Esas medidas se hallan en los edictos de 1542, 47 y 51.

«Os suplicamos, Señor, os hagais presentar esos edictos y reglamentos ; V. M. verá en ellos ejemplos de prudencia y severidad dignos de ser imitados, y tambien á los autores , libreros y á cuantos compraban dichos libros, condenados á severas penas , y la via de agravacion empleada contra aquellos que les ocultaban y se obstinaban en conservarles.

«Nada está mas léjos de nosotros, Señor, que el querer poner estorbos al génio ni detener los progresos de los conocimientos humanos, mas debemos representar á V. M. que el contagio de que se hallan amenazados vuestros Estados es comparable con el del luteranismo, contra el que tantas medidas tomaron vuestros ilustres predecesores.

«ESTAMOS YA TOCANDO el fatal momento en que LA LIBRERÍA PERDERÁ LA IGLESIA Y EL ESTADO.

«El clero es entre todas las órdenes del Estado el primero y aquel á quien mas le importa mantener las costumbres, la religion y hasta las LEYES FUNDAMENTALES DE LA MONARQUÍA. Seria justo y prudente que la librería fuese sometida á su inspeccion y que fuéramos llamados á una administracion en la que tanto interés tenemos en precaver los abusos.

«No solicitamos una nueva ley, limitámonos solo á pedir á V. M. que vuelva á declarar vigentes las antiguas.

«Las desgracias que nos amenazan hacen aun mas necesaria su ejecucion.

«No ignora, Señor, vuestro clero que V. M. ha dado amenudo órdenes para que se reprimiera esa licencia que tantos malos libros esparce entre vuestros pueblos; mas si todos aquellos á quienes se confian no se dignan abrir los ojos sobre las contravenciones, ó sí, con tácitos permisos parecen querer establecer una inteligencia entre la impiedad y el gobierno, preciso es que, á pesar de las puras intenciones de V. M., se debilite entre nosotros la religion y que Francia se precipite tarde ó temprano en la noche del error.»

Referíase esto á los malos, á los infames libros de que hablamos en otro lugar de esta obra.

En cuanto á los libros filosóficos, sublevóse de nuevo el clero cinco años mas tarde y escribió al rey lo siguiente:

«La impiedad odia á la vez á Dios y á los hombres; Y NO QUE-

DARÁ SATISFECHA HASTA HABER ANONADADO TODO EL PODER DIVINO Y HUMANO.

«Si V. M. revocase en duda esa triste verdad, hallámonos en el caso de mostraros la prueba en un libro irreligioso esparcido recientemente entre vuestros pueblos, bajo el especioso título de SISTEMA DE LA NATURALEZA.

«El ateísmo está en él abiertamente consignado. El autor de esa producción, la mas criminal que haya aun podido producir el humano ingénio, no cree haber hecho todavía bastante mal á los hombres enseñándoles que no hay en el mundo libertad, Providencia, ser espiritual, vida ni porvenir. Lleva sus miras en las sociedades y en los gefes que les gobiernan. No halla en ellas mas que una vil reunion de hombres ignorantes, corrompidos y prosternados ANTE SACERDOTES QUE LES ENGAÑAN Y PRÍNCIPES QUE LES OPRIMEN. No vé en el feliz acuerdo entre el imperio y el sacerdocio, sino una liga contra la virtud y el género humano. Enseña á las naciones que los reyes no tienen ni pueden tener sobre ellas mas voluntad que la que han tenido á bién confiarles: que tienen facultad para BALANCEARLA, MODERARLA Ó RESTRINGIRLA, PEDIRLES DE ELLA CUENTA Y HASTA DESPOJARLES DE LA MISMA, si lo consideran conveniente á sus intereses.

«Invítales á usar con valor de dicha facultad y les anuncia que no tendrán verdadera felicidad hasta que hayan obligado á los soberanos á ser los representantes del pueblo y EJECUTORES DE SU VOLUNTAD.»

A lo cual contestó alarmado Luis XV:

«Aplaudo las instancias del clero; miro la impiedad como un azote tanto mas peligroso cuanto sabe eludir el cuidado que se toma para detener su curso. Mi amor para con la religion y su relacion con el bien de mi Estado, deben responder á la asamblea de mi vigilancia. Las nuevas órdenes que voy á dar serán

una prueba de la particular atención que tendré siempre á sus representaciones.»

Obró por su parte el parlamento condenando á las llamas en 18 de agosto de 1770: *El Cristianismo desvelado*, *Dios y los Hombr/s*, *El Sistema de la Naturaleza*, *El Sagrado Contagio*, *El Infierno destruido*, etc. etc.

En suma, en el año 1772 renovaron sus amonestaciones los obispos y prelados:

«La impiedad, dijeron, abusa esta vez con demasiada audacia del arte de escribir para romper los lazos del cristianismo y de la independenciam. Los libros se han convertido en una peste general que desola á la nacion. De ahí dimana la efervescencia de los ánimos y esa afligente revolucion que se acaba todos los dias ante nuestros ojos en las costumbres públicas. No podemos dispensarnos, Señor, el representar á V. M. que, en varias provincias, tienen los protestantes asambleas para el ejercicio de su religion, sin que estén veladas con el secreto y la oscuridad con que procuraban antes cubrirse para librarse de los magistrados. No insistirémos, Señor, sobre los peligros de esas asociaciones.»

En el número de esas sociedades de que hablaron los obispos, habia una de la que, por su parte, dijo Voltaire dos palabras:

Es la de los francmasones, la que produjo á los templarios en el siglo XII, y en el XVIII á los iluminados.

## FRANCMASONES,

CABALLEROS DEL TEMPLE É ILUMINADOS.

Toda sociedad misteriosa está fundada con un objeto político ó religioso, según la progresion de los grados de sus miembros, unos que ven y otros ciegos: los últimos se contentan con el objeto aparente y los primeros profundizan el objeto oculto.

Lo mismo sucede con respecto á la sociedad de los francmasones, la que para los escoceses, se remonta al siglo xiii; para los alemanes, al xv; para los franceses al xviii; y para los hombres de todos los países que quieren estudiar su marcha á través de los siglos, se pierde en la sombría noche de los primeros tiempos.

Las logias masónicas empezaron á despertar la inquietud de los gobiernos á mediados del último siglo.

Los Estados de Holanda fueron los primeros que comenzaron á preocuparse de esa misteriosa sociedad, llegada no se sabe de que país, encaminada no se sabe á que objeto, poseyendo un secreto que solo revela á los fuertes, después que han estos pasado por terribles pruebas.

El 16 de octubre de 1735, reuniéronse en Amsterdam, en una casa del Stil-Steig, que alquilaron al objeto de tener allí una lo-

gia, unos masones llegados de Inglaterra, cuando una multitud fanática, escitada por el clero, invadió el lugar de las sesiones, rompió los muebles y se entregó á actos de la mas brutal violencia con los miembros de la sociedad, los que no abandonaron la logia.

Quejáronse los francmasones y por mas que fueran oidos favorablemente, en 30 de los mismos mes y año, declararon los Estados generales que, á pesar de que la conducta de los miembros de dicha sociedad no presentara ningun peligro para la tranquilidad pública, no eran las asambleas menos privadas para precaver las malas consecuencias que de ello pudieran resultar.

En 10 de setiembre de 1737, siguió Francia el ejemplo de Holanda. Un comisario de policía, llamado Juan del Espinay, sabedor de que debia tener lugar en la Ranpero una asamblea de francmasones con la seña de *Saint-Bonnel*, dirigióse allí y declaró á cuantos halló que semejantes reuniones estaban prohibidas por las disposiciones de las ordenanzas del reino y decretos de los parlamentos. Retiráronse entónces, á pesar de las protestas del duque de Antin, quien sobrevino durante la arenga de Juan del Espinay y les maltrató crudamente.

Un año mas tarde procedió el teniente de policía Herault, en persona, contra los delincuentes. Trasládose el 27 de diciembre de 1738 al palacio de Soissons, calle Deux-Ecus, detuvo allí á varios hermanos, y les hizo encerrar en el fuerte Levêque.

El dia 5 de junio prohibióse á los francmasones por sentencia del Chatelet, el que se formaran en logia, y á los taberneros recibirles so pena de pagar 3000 francos en clase de multa.

Por su parte, lanzó Clemente XII contra los francmasones la famosa bula de excomunion renovada por Clemente XIV.

En 1737 las reuniones masónicas que principiaron á organizarse en Toscana, infundieron sospechas á Juan Gaston, último



gran duque de la casa de Médicis , quien los denunció á Clemente XII , como propagadoras de doctrinas condenables.

En 18 de febrero de 1739 fué entregado á las llamas , en Roma , por manos del verdugo , un escrito apologético , publicado en Dublin.

En fin , en 1748 suprimiós el consejo de Berna en toda la Suiza.

¿ Cuáles fueron las causas reales que motivaron esa proscripción en Francia , Holanda , Italia y Suiza ? Vamos á probar de referirlas.

No somos francmasones , así nadie podrá reprocharnos de haber vendido los secretos.

Lo que de dicha secta sabemos , es pura y simplemente lo que nuestros estudios nos han enseñado.

Para buscar el origen de cualquier ciencia , es preciso que nuestra sociedad moderna se remonte á Egipto , cuna de la civilizacion esparcida por el emisferio occidental , la que bajó el Nilo con Elefantina , Tebas y Menfis , y desmelenándose con los canales del Delta , esparcióse fecundamente por el mundo de Sardanápulo , Nabonasar , Alejandro , Anibal y Julio César.

Entre los egipcios cada ciencia estaba sujeta á un noviciado ó á pruebas , á fin de que el iniciador ó el maestro estuviera bien seguro de la vocacion del adepto ó del discípulo.

Sucedió con la arquitectura , en particular con la sagrada , lo mismo que con los demás ramos de la educacion : los jóvenes que se instruian en ese arte eran al propio tiempo iniciados en los misterios de la religion , y formaban , fuera del sacerdocio , una casta ó corporacion que , segun los planos dibujados por los sacerdotes , edificaban los templos y demás monumentos consagrados al culto de los dioses. Esos arquitectos eran altamente considerados entre los egipcios , y en las ruinas de Siena , distínguense en medio de las tumbas de los primeros Faraones de la décima octa-

va dinastía, algunos sarcófagos pertenecientes á gefes de trabajos ó inspectores de las carreras de Silsilis (1):

Los egipcios mandaron á Grecia colonias y con ellas sus misterios é instituciones, con la diferencia de que cambiaron de nombre, por causa del idioma, los primitivos dioses: Osiris se llamó Baco ó Dionisio; Isis, Ceres; y la Pamelia egipcia no fué sino la Dionisia griega; en su consecuencia, no es de estreñar que la secta de los arquitectos sagrados se halle de igual modo en Grecia que en Egipto.

Los sacerdotes de Dionisio ó de Baco, elevaron los primeros teatros é instituyeron las primeras representaciones dramáticas. Tespis, el creador de la tragedia, vió en un lugarejo del Atico en las fiestas de Baco, á un cantante que habiendo subido sobre una mesa formaba con el coro una especie de diálogo. Así, esas primitivas representaciones que vió y perfeccionó, estaban unidas al culto dios, y los *arquitectos* encargados de la construccion de aquellos edificios dependian del sacerdocio por la iniciacion. Llamábanseles obreros dionisianos ó dionisiastas. Era esto sobre mil años antes de nuestra era. Esos obreros tenian el esclusivo privilegio de construir los templos, teatros y edificios públicos en toda la comarca. Las ruinas de esos edificios atestiguan aun hoy día la sublimidad de su arte. Su número fué aumentándose y esparciéndose por las comarcas vecinas de la Grecia. Hállaselas en Siria, India y Persia.

Trescientos años antes de Jesucristo, diéronles los reyes de Pergamo Teos por morada. Organizáronse entonces y ofreció su organizacion una perfecta conformidad con la de los francmasones de fines del siglo XVII.

Tienen una iniciacion particular, palabras y signos de reconocimiento. Estan divididos en comunidades, colegios, sínodos,

---

(1) Clavel, Historia de la francmasonería.

sociedades y logias. Llevan estas títulos especiales : llaman á una la *Comunidad de Atala*, á otra la de los *Compañeros de Esquío*. Cada una de esos tribus es dirigida por un maestro y vigilada por presidentes que se eligen todos los años. Llámase hermanos, y en sus misteriosas ceremonias sirven de los útiles de sus profesiones. En ciertas épocas del año tienen banquetes y asambleas generales. En los banquetes pronuncia brindis simbólicos y en las asambleas distribuyen premios á los obreros mas hábiles. No hay entre ellos indigentes pues que los mas ricos deben socorrer á los menesterosos. Si cae enfermo un obrero, cada cual está obligado á cuidarle, y si muere y ha merecido bien de la confraternidad, élévasele un monumento funerario en el cementerio de Senerhisar ó de Esalci, como se hacia en Siena dos mil años antes á los arquitectos sus pasados.

Atala rey de Pergamo estaba afiliado á esta sociedad.

Habiase, pues, esparcido, como ya dijimos, en Egipto, Grecia, Asia Menor, Siria, Persia é India. La Fenicia, conglobada en la Siria y la Fenicia que consistia en una lengua de tierra, extendiéndose á lo largo de las costas del Mediterráneo, desde Arado hasta Tiro tenian iguales establecimientos.

Por su parte los judios que procedian de Egipto como los fenicios, habian ejercido alli el oficio de albañiles. Dimanó de ahí, á pesar de la repugnancia de los judios en mezclarse con ninguna otra nacion, la mezcla de albañiles judios y fenicios para la construcción del templo de Salomon, edificado, dice Josefo, bajo el mismo plan que el de Hércules y Astarté en Tiro.

Esos obreros que construian el templo y no hablaban todos una misma lengua, puesto que unos eran egipcios, otros judios y otros fenicios, reconocíanse entre sí por medio de palabras y signos secretos, iguales entre los albañiles de todas las comarcas.

De ahí dimanó la fácil comunicacion establecida entre Judea y

Fenicia. Hé aqui porque el rey de Tiro autorizó á Salomon para cortar los mas bellos cedros del monte Líbano; por igual motivo, mandóle á instancias suyas á Hiram, su arquitecto, hombre muy hábil y que le hizo veces de padre; por la misma razon hizo colocar en armadias la madera cortada y trasladarla á Joppé, desde donde pudo transportarla facilmente á Jerusalem.

«Y Salomon hizo el desmembramiento de todos los prosélitos que se hallaban en la tierra de Israel desde el que hizo David su padre, donde halló ciento cincuenta y tres mil seis cientos.

«Escogió de entre ellos setenta mil para llevar las cargas; ochenta mil para cortar la piedra en las montañas; y tres mil seis cientos para dirigir los trabajos (1).»

Hiram dirigió toda esa obra.

Ya veremos mas tarde lo que proporcionó la tradicion masónica á los dos capitulos de la Biblia, consagrados á la construccion y descripcion del templo.

Formóse entonces, dice Scaliger, una sociedad que se encargó de cuidar el templo y adornar sus pórticos, cuyos miembros tomaron el nombre de *caballeros del templo de Jerusalem*.

Salió de esa sociedad la secta de los perfumados, á la cual dice Eusebio, fué Jesús iniciado y es la madre del cristianismo. (2).

Los perfumados tenian misterios y una iniciacion. Los aspirantes estaban sujetos á largo tiempo de prueba. Despues de su recibimiento llevaban el delantal blanco. Cuando estaban escuchando las instrucciones de sus gefes, permanecian con la mano derecha en el pecho, casi debajo de la barba, y la izquierda mas abajo hacia el costado. Es la posicion de Venus en el llanto, despues de la muerte de Adonis, cuyos misterios enteramente fenicios, eran celebrados en Tiro, procedencia de Hiram.

(1) Los Paralipómenes, cap. II.

(2) Véase Filon, Pliua y Josefo.

Tres mil años mas tarde, es aun dicha posicion en ciertas circunstancias, la de los francmasones modernos.

Los obreros del templo aparecieron en Roma en tiempo de Numa, y setecientos años antes de nuestra era estableciéronse alli colegios de arquitectos, *collegia fabrórum*. Fueron sus organizadores unos griegos que Numa hizo venir del Atico. Esas sociedades llamábanse tambien *fraternitates*.

Esas sociedades, fraternidades ó hermandades, esos colegios de arquitectos tenian franquicias particulares, una jurisdiccion y jueces distintos; disfrutaban de la inmunidad de las contribuciones, privilegio queles fué continuado á través del imperio y en la edad media, y del cual tomaron el nombre de *masones libres ó francmasones*.

La comunidad mas famosa de los masones libres era la de la villa de Cosme, la que se llamaba *magistri comacini*, esto es, maestros de Cosme.

Esas comunidades son las que poblaron Italia de edificios religiosos, mientras que algunos de entre ellos constituyéndose en una gran asociacion pasaron los Alpes por un lado, los Apeninos por otro y se esparcieron en todos los paises en que el catolicismo carecia de iglesias y monasterios. No se componian ya solo de italianos, sino de griegos, españoles, franceses, portugueses, belgas, ingleses y alemanes.

A últimos del siglo XV varios de los individuos admitidos en esas sociedades industriales y artísticas, en calidad de miembros de honor y de patronos, empezaron á formar sociedades particulares, que abandonando la parte material comenzaron á fundar la parte mística. Ofrecieron Florencia en 1512 el ejemplo de una de esas sociedades de sabios y personajes políticos. Eransus símbolos la paleta, martillo y escuadra; y su patron el de los francmasones de Escocia, San Andrés.

Entre tanto cumplian su gran obra las sociedades artísticas,

sembrando por Europa aquellas gigantescas eflorescencias de granito que causan aun hoy día la admiracion del poeta y la desesperacion de los arquitectos. En los siglos XIII y XIV edificaron las catedrales de Colonia y de Munster; en 1440, la de Valencienes; en 1385, el convento de Balatra en Portugal, y el monasterio del Monte Casino en Italia. Asi, en Wurtzburgo, elévanse dos columnas ante la puerta de la sala mortuoria llevando una la palabra Jachin y la otra Booz, pertenecientes ambas voces al repertorio masónico. En fin, la imágen del Cristo que ocupa el remate de la puerta de la derecha de la iglesia de San Dionisio, tiene la mano izquierda en forma de escuadra sobre el pecho, á la altura de la berba, posicion familiar aun á nuestros actuales francmasones.

Los mas exactos informes que poseemos de las sociedades masónicas de esta época, son los conservados per el abate Grandidier, sacados de un viejo registro de la compañía de albañiles de Strasburgo que construyeron su catedral. Esa maravillosa obra fué principiada en 1277, bajo la direccion de Hervin, de Steinbach, y no se concluyó hasta el año 1439. Los albañiles que edificaron dicho monumento estaban divididos en tres categorías: maestros, peones y aprendices. Reuníanse en una choza, y tomaban por emblema los chismes de su profesion: escuadra, compás y nivel. Reconocíanse por medio de signos particulares y admitian como socios libres á personas que no ejercian la profesion. Dicho signo bien conocido servia de marca á Juan Gziensinger, editor de Strasburgo en 1525.

Tanto en Strasburgo como en todas partes, tenian esas corporaciones un gefe que las gobernaba y un maestro por cada diez hombres que dirigia á los nueve restantes.

Los misterios masónicos legados por los romanos no se perdieron un instante, mayormente en Inglaterra, pues si bien se asustaron, por decirlo asi, con motivo de las guerras de los Pictos,

Scots y Sajones, reaparecieron tan luego como fueron estos últimos los pacíficos dominadores de la isla. A los restos de las tradiciones nacionales juntaron luego las inteligencias estereotipadas: llamaron á los arquitectos de Francia, Italia, España y Constantinopla, que si bien es verdad que se retiraron ante las invasiones de los daneses, bastó su contacto para revivir todos los viejos instintos masónicos, á los que dió nueva vida Althestan, nieto de Alfredo el Grande, haciendo edificar varias iglesias y palacios. Además tuvo lugar en Yorck, en junio de 926, una asamblea general de la confraternidad, presidida por Coiven, el mas jóven de los hijos del rey, en la que se recopiló, debatió y decretó un código de leyes para uso de los francmasones de Inglaterra.

La agregacion á las sociedades masónicas fué luego una moda, haciéndose inscribir en ellas príncipes y reyes que se honraron con el título de grandes maestros. Apareció entonces la orden del Temple y con su espíritu de ambicion comprendió lo que se podía hacer de aquel enlazamiento que cubria el mundo. Apoderóse de las logias masónicas en Alemania, Francia é Italia; cubrió sus proyectos políticos con la filantropía de sus trabajos. construyó puentes y hospitales, delineó caminos que llevan aun su nombre, cuidó las tres carreteras romanas en España, edificó con la velocidad del rayo aquellas mil iglesias con campanarios de piedra que la popular tradicion le atribuye aun hoy dia y que levantan su arista de Granito en Francia, España y sobre todo en Italia, en donde se les llama aun iglesias *della massone* ó *della maccione*, esto es, de la francmasonería.

Para adquirir mas fuerza, necesitaba la francmasoneria inglesa la persecucion, la que no le faltó. A instigacion del Obispo Winchester, tutor de Enrique VI, á la sazón de menor edad, espidióse un edicto contra ella en 1425, y el 27 de diciembre de 1561, en ocasion á que tenia la confraternidad su asamblea anual en Yorck, mandó la reina Elisabet un destacamento de hombres ar-

mados para disolverla, mas en vez de proceder á la disolucion y evacuacion de la logia, fueron dichos hombres introducidos en el templo, convenidos de que nada en él se hacia contrario al respeto y obediencia debidos á la reina y á las leyes, siendo admitidos francmasones despues de haber sidos sujetosos á las pruebas necesarias.

Desde entonces renunció Elisabet á la persecucion de los francmasones y espidió un edicto revocando el de Enrique VI.

En Escocia tomó la francmasonería iguales proporciones, pero quitóles Jacobo II en 1437 el derecho de elegir al gran maestre, confiriendo este cargo á Willian Sainte-Clair, baron de Rosslyn, y á sus herederos en línea directa, herencia que fué confirmada en 1650 por los francmasones escoceses.

En suma, la logia de San Pablo en Lóndres, hoy dia *la Antigüedad n.º 2*, tomó una resolucion que cambió la faz de la cofradía, decretando :

«Que los privilegios de la albañilería no serian ya en lo sucesivo el privilegio esclusivo de los albañiles contratantes, y que los hombres de profesiones distintas serian llamados á disfrutar de ella, con tal que fuesen regularmente aprobados é iniciados en la órden.»

La nueva era de la francmasonería, data desde el dia en que se tomó esa decision, decretada al principio del siglo filosófico que debia producir los Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, de Alembert, Raynal, Helvetius y de Holbach, y su transformacion cuenta igualmente de dicha época, segun toda probabilidad.

Convirtiósse de artística en política y fué á cumplir, con provecho de la libertad, la obra que los caballeros del Temple habian querido ponerle entre sus manos con provecho de su ambicion, la que tan ámpliamente empezada, fué interrumpida de repente con el proceso de los Templarios y el suplicio del gran Maestre.

Pasemos ahora de la historia de la francmasonería de M. Clavel



á la del jacobinismo del Padre Barruel y al proceso de Cagliostro.

Mucho falta para que el abate Barruel mire la francmasonería bajo ese inocente aspecto que le concede la historia moderna; ve por el contrario en ella una permanente conspiracion contra la dignidad real, cuyo secreto conocieron únicamente los grandes maestros en la antigüedad, los templarios á la edad media y los roscroas en los tiempos modernos.

Hé aquí, segun Clavel, el secreto revelado á los maestros, que copiamos testualmente:

Heram-Abi, célebre arquitecto, fué enviado á Salomon por Heram, rey de Tiro, para dirigir los trabajos de construccion del templo de Jerusalem. Era inmenso el número de los operarios y Heram-Abi les distribuyó en tres clases; recibiendo cada uno de ellos un salario proporcionado al grado de habilidad que le distinguia. Eran esas tres clases la de los aprendices, oficiales y maestros, los que tenian sus misterios particulares y se reconocian entre sí por medio de signos, palabras y contactos que les eran propios. Los aprendices cobraban su salario en la columna B, los oficiales en la columna J y los maestros en el cuarto del centro, y no se les entregaba sino despues de haber sido escrupulosamente sentado en su grado. Al ver que la construccion del templo tocaba á su fin y que no habian podido aun obtener las palabras del maestro, resolvieron tres oficiales arrancárselas á viva fuerza al respectable Heram, al objeto de pasar por maestros en otros países y cobrar el solario de tales. Esos tres miserables, llamados Jubela, Jubelos y Jubelum, sabiendo que Heram se iba cotidianamente al templo á las doce del dia para orar mientras que los operarios estaban descansando, siguiéronle y en el momento en que le vieron allí, emboscáronse el primero en la puerta del mediodia, el segundo en la de occidente y el otro en la de oriente, y aguardaron á que se preparára para salir. Dirigióse primero Heram á la puerta del mediodía y hallando en ella á Jubela, pidióle este la palabra

de maestro y como se negase á dársela, asestóle un violento golpe en el pecho con una regla de veinte y cuatro pulgadas de que iba armado. Huyó hácia la puerta del occidente y halló á Jubelos quien, no pudiendo tampoco obtener la palabra que deseára, le descargó un golpe furioso al corazon con una escuadra de hierro. Bamboleando aun, aprovechó de las pocas fuerzas que le quedaban para huir por la puerta de oriente, en la que halló á Jubelum, quien le pidió lo propio que sus dos cómplices, y no pudiendo obtener mas que ellos, descargóle un tan terrible golpe de mazo en la frente, que le estendió cadáver á sus pies.

Reuniéronse los tres asesinos y pidieronse recíprocamente la palabra de maestro, mas al ver que no la habian podido arrancar á Heram y desesperados de no haber sacado ningun provecho de su crimen, no pensaron ya mas que en hacer desaparecer sus trazas, recogiendo al efecto el cadáver y escondiéndole debajo de unos escombros. Llegado que hubo la noche, sacáronle fuera de Jerusalem y fueron á enterrarle en una montaña. Viendo Salomon que el respetable Heram-Abi no asistia á los trabajos como acostumbraba, mandó á nueve maestros que fueran en busca suya. Siguieron sucesivamente esos hermanos varias direcciones, y llegaron al siguiente dia á la cima del Líbano, en donde, rendido por la fatiga, descansó uno de ellos en un terromontero y notando que la tierra que le formaba habia sido removida recientemente, llamó al momento á sus compañeros y les participó sus temores. Pusiéronse todos á cavar en aquel lugar y no tardaron en descubrir el cadáver de Heram-Abi y ver con dolor que ese respetable maestro habia sido asesinado. No osando llevar mas léjos sus investigaciones, llenaron de nuevo el hoyo y al objeto de conocer el punto plantaron en él una rama de acacia, retirándose luego para ir á referir á Salomon el resultado de sus pesquisas.

A tan triste noticia, sintióse este cogido del mas cruel dolor, juzgando que los mortales despojos que aquel hoyo encerraba, no

podían ser realmente sino los de su grande arquitecto Heram-Abi. Mandó á los nueve maestros que fueran á exhumar el cadáver y le trajeran á Jerusalem, encargándoles muy particularmente buscarán si llevaba la palabra de maestro, y les observó que á no hallársela, debían considerar aquella como perdida, mandándoles en este caso recordáran bien el gesto que hicieran y la palabra que profiriesen al aspecto del cadáver, al objeto de que esos signo y palabra, sustituyeran en lo sucesivo el signo y palabra perdidos.

Revistiéronse los nueve maestros de delantales y guantes blancos, y llegado que hubieron al monte Líbano, procedieron al levantamiento del cadáver.

Hé aquí en donde se detiene el secreto del maestro. Para hallar ese signo, esa palabra, fundóse la francmasonería, la que desde tres mil años les está buscando inútilmente.

¡Compréndese la contrariedad de un hombre que ha pasado por las terribles pruebas de la francmasonería, que ha sido un año aprendiz, dos años compañero ú oficial y que al fin llega al grado de maestro, al que está aspirando para saber el famoso secreto, y sabe que este no se ha hallado aun y no es mas que el santo y seña dado por Heram-Abi á los albañiles que construian el templo!

Verdad es que segun el padre Barruel, el secreto masónico tiene un objeto muy diferente, y mientras que se dá á los grados inferiores, como misterio de la órden, esa fábula de Heram-Abi, cuéntase á los superiores, la siguiente historia de Manés.

Digamos antes una palabra sobre este.

Manés ó Mang fué el fundador de la secta de los maniqueos. Nació en Persia como unos doscientos años despues de Jesucristo y fué comprado, á la edad de San Juan, por una rica viuda de Ctisifon, quien le hizo instruir con mucho esmero, dióle libertad y le legó todos sus bienes. Adoptó entónces Manés la doctrina de Terebento y de su maestro el egipcio Scytianos y púsose á

profesarla. Segun Manés, debe la creacion atribuirse á dos principios: uno esencialmente bueno, que es Dios, y otro esencialmente malo, que es el diablo, la materia y las tinieblas. Es una mezcla de budismo y cristianismo, en los que Zoroastro gana á Moisés.

Segun Manés, el antiguo Testamento es obra del príncipe de las tinieblas, y Jesucristo, salido de la luz, vino no en realidad, sino solamente su espíritu para salvar al género humano. El mismo no era otro que el divino Paraclete anunciado á Jesucristo por sus discípulos. Así es que tomó el nombre de apóstol de Cristo, publicó su Evangelio cuyo dogma era la metempsícosis, la prohibicion de matar animales fueren de la clase que fueren y la completa abstinencia de carne; mandó á la India, Egipto y China doce discípulos á imitacion de los doce apóstoles, haciendo la secta tantos progresos que el mismo rey de Persia Schahphour, se hizo maniqueo; pero no fué muy largo su favor, pues habiendo caído enfermo y fallecido entre sus manos un hijo del propio rey, á quien habia prometido curar, fué preso y amezazado de muerte. Logró evadirse y recorrió fugitivo el Industan, China y Turkestan en donde vivió dedicándose á la pintura y escultura, y adquiriendo con su doctrina numerosos adeptos. En suma, queriendo admirar á sus contemporáneos con un milagro parecido al de la resurreccion, depositó en una caverna, ignorada de todos y que él habia descubierto, víveres por un año, anunció luego á sus discípulos que iba á subir al cielo y no volveria hasta cumplido un año, para traerles las obras de Dios. Pasó efectivamente un año en dicha caverna, despues del cual apareció á sus discípulos, dotado, segun decia, de una segunda vida y trayendo del cielo el libro de su doctrina, el que tuvo tiempo para redactar durante el año que permaneció retirado. Dióle ese milagro gran popularidad y como falleciera por aquel tiempo Schahphour, su persecuidor, y sucedídole su hijo Hormanz I, permitióle este regresar á Persia,

colmóle de beneficios y le dió por morada el palacio de Deskerch, el que hizo construir espresamente para él en Seistan.

Fué esta su gran época. Protegido por Hormanz, hizo su doctrina numerosos prosélitos, y alucinado por el éxito, tomó el título de Paracleta, el que ya anunciára haberle sido destinado por Jesucristo. Escribió luego, con el mismo título á Marcelo, hombre célebre por su fortuna y piedad. Comunicó este la carta de Manés á Arquelaus, obispo de Cascar, quien rogó á Manés fuera á verle con objeto de entrar en conferencias con él. Aceptó Manés y desarrolló su sistema con gran sutilidad y profunda elocuencia; mas Arquelaus le refutó completamente, saliendo victoriosa la doctrina católica.

Gran desgracia fué para Manés, pero insignificante en comparacion de la que le esperaba. Habiendo fallecido Hormanz, su protector, su hijo y sucesor Behram I, fanático del antiguo culto, resolvió esterminar á los maniqueos lo propio que á su jefe. Por medio de una fingida benevolencia, inspiró á Manés una falsa seguridad, mandó que la doctrina del profeta fuese sometida á una especie de concilio, y atrayendo á él á Manés, hízosela esponer y le ordenó hiciera acto continuo algun milagro que probára su divina mision, y como no hiciera ninguno, mandó fuese detenido, desollado vivo, y su piel, rellena de paja, colgada á una de las puertas de Djondischaour.

La órden fué casi tan pronto ejecutada como mandada.

Ahora, segun el padre Barruel, ya son los discípulos de Manés, ya los desgraciados maniqueos escapados de la persecucion de Bahram, los que refugiados en Africa, Asia y Europa, han sido el origen de todas las sectas heréticas conocidas en occidente, y principalmente en Francia con el nombre de Albigenses, Tipos, Paralinos y Bulgares. Los templarios habrian, pues, proporcionado á los maniqueos sus principales misterios, y como los frailes solvates estaban afiliados á la francmasonería y eran maestros

de todas las logias de Europa, seria en sus recepciones y sobre todo en las que habrian seguido á su destruccion, que el secreto político habria sustituido al secreto artístico, y que la historia de Heram-Abi, conservada por los grados superiores, hubiera cedido el puesto á la de Manés.

Así, según el mismo padre Barruel, la ceremonia de los maniqueos, titulado *Bermz*, es la misma que la de los francmasones. Para la recepcion de los altos grados, reuníanse los maniqueos en torno de un catafalco elevado con igual número de gradas que el de los francmasones, y tributaban grandes honores al que estaba tendido en el mismo, el cual era, no ya Heram-Abi de quien se buscaba hallar la perdida seña, sino Manés cuya muerte juraban vengar.

¿Quiénes debian ser el objeto de su venganza por la muerte de Manés, ajusticiado á últimos del siglo III y la de Jacobo de Mollay, ejecutado al principio del XIV?

#### LOS REYES.

La asociacion masónica era, pues, según el padre Barruel, una sociedad puramente regicida, en la que se habian unido tres sectas: la de los francmasones, la de los maniqueos y la de los templarios, para producir, en el siglo XVIII, la de los iluminados, cuyos maestros llevaban el título de roscroa, y el gefe superior el de Kadoch, y tomaba el de la francmasonería rectificada de la alta y estricta observancia.

Hé aquí el juramento de los iluminados :

«En nombre del hijo crucificado, jurad romper los carnales lazos que os unen con padre, madre, hermano, hermana, parientes, esposa, amigos, queridas, reyes, gefes, bienhechores y cualesquiera seres á quienes hayais prometido fe, obediencia, gratitud ó favor.

«Nombrad el lugar que os vió nacer, para existir en otra esfera donde no llegareis sino despues de haber abjurado este apestando globo, vil deshecho de los cielos.

«Desde este momento quedais eximido del pretendido juramento hecho á la patria y á las leyes. Jurad revelar al nuevo gefe que reconocéis lo que hayais visto ó hecho, tomado, leído ú oído, sabido ó adivinado, y hasta buscar y espiar lo que no se ofreciera á vuestra vista.

«Honrad y respetad *el agua tofana*, como medio seguro, pronto y necesario para purgar al globo con la muerte ó el embrutecimiento de los que buscan envilecer la verdad y arrancarla de nuestras manos.

«Huid de España, Nápoles y de todo maldito pais, huid en fin de la tentativa de revelar lo que oigais, pues no es tan veloz el rayo como el puñal que os heriria en cualquier punto que os hallárais.

«Vivid en nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo.»

Hé aquí lo que cuenta Cagliostro de una sociedad de iluminados, en que fué admitido. No cambiaremos una sola palabra de la relacion que nos hace.

«Dirigíame á Francfort-sur-le-Mein, en donde hallé á MM. NN. y NN, gefes y arquitectos de la francmasonería de la estricta observancia, llamada los iluminados. Convidáronme á ir á tomar café con ellos. Subí á su coche sin mi esposa ni ningun otro miembro de mi familia, segun me habian rogado. Condujéronme al campo, á unas tres millas de la poblacion; entramos en una casa y tomado que hubimos el café, trasladámonos á un jardindonde ví una gruta artificial. Al favor de una luz que se proporcionaron, bajamos catorce ó quince escalones y nos hallamos en un cuarto redondo subterráneo en medio del cual habia una mesa; abriósela y vióse debajo una caja de hierro, y abierta que esta fué, noté encerraba gran cantidad de papeles; ambos sugelos tomaron de ella un libro manuscrito en forma de misal, encabezados con:

### NOS GRANDES MAESTRES DE LOS TEMPLARIOS

«Esas espresiones iban seguidas de una fórmula de juramento

concebida en las mas horribles espresiones que pueda recordar, conteniendo la obligacion de destruir á todos los soberanos despóticos. Esa fórmula estaba escrita con sangre y llevaba once firmas, además de mi cifra, que era la primera, escrito todo con sangre. No puedo recordar todos los nombres de los firmantes, escepto los ya nombrados..... Eran dichas firmas los de los doce grandes maestros de los iluminados, pero, con verdad sea dicho, no habia yo hecho mi cifra ni se con que motivo se hallaba alli.

«Lo que se me dijo sobre el contenido del indicado libro, escrito en francés, y lo poco que en él leí, me confirmó todavia que esa secta habia decidido llevar los primeros golpes sobre Francia y que despues de la caida de esta monarquia, debia obrar en Italia particularmente en Roma; que Gimenez, de quien ya se ha hablado, era uno de los principales gefes de la intriga y que la sociedad tenia gran cantidad de dinero dispersado en los bancos de Amsterdam, Rotterdam, Londres, Génova y Venecia. Dijéronme que ese dinero procedia de las contribuciones que pagaban anualmente ciento ochenta mil albañiles, á razon de á cinco luises cada uno, que servia primeramente para el sueldo de los gefes, luego para el de los emisarios que tenian en todas las córtes y por último, para el sostenimiento y conservacion de los buques, y para recompensar á todos aquellos á quienes se encargaba alguna empresa contra los soberanos y para las demás necesidades de la secta.

«Supe tambien que las logias tanto de América como de Africa, se elevaban á veinte mil, las que estaban obligadas á mandar todos los años, el dia de San Juan, veinte y cinco mil luises en oro al comun tesoro. Ofreciéronme en fin, socorros en metálico, diciéndome que estaban prontos á darme su sangre, y recibí seiscientos luises en el acto.



«Regresamos luego á Francfort, de donde salí el dia siguiente, con mi esposa, con direccion á Strasburgo.

Ya se comprenderán las denegaciones de Cagliostro sobre su cifra, debía responder á jueces y de su interrogatorio sacamos el fragmento que acabamos de copiar.

Era interventor de una nueva francmasonería, conforme lo prueba la fórmula de la siguiente patente, dada por el mismo á la logia que fundó en Lion.

GLORIA—UNION—PRUDENCIA.

BENEFICENCIA—PROSPERIDAD.

«Nos, gran copte, fundador y gran maestro de la francmasonería egipcia en todas las partes orientales y occidentales del globo, hacemos saber á todos los que las presentes vieren que en nuestra estancia en Lion, habiéndonos varios miembros de este Oriente que siguen el rito ordinario y lleva el titulo Prudencia, manifestado el ardiente deseo que tenian de someterse á nuestro mando y recibir de nos las luces y el poder necesarios para conocer y propagar la francmasonería *en su verdadera forma* y en su primitiva pureza, hémonos trasladado al lugar de sus trabajos, persuadido que al darles signos de nuestra benevolencia, tendríamos la grata satisfaccion de haber trabajado por la gloria del Eterno y el bien de la humanidad.

Con este motivo, despues de haber establecido y verificado suficientemente, cerca del venerable y de muchos miembros de dicha logia el poder y autoridad que tenemos á este efecto con el socorro de esos mismos hermanos, creamos y fundamos perpétuamente, en el Oriente de Lion, la presente logia egipcia, constituyéndola logia madre en todo el oriente y occidente, atribuyendole para siempre el título distintivo de prudencia triunfante y nombrando para sus oficiales perpetuos é inamovibles á G. G. G.»

Esa patente llevaba entre otros emblemas, una cruz con estas tres letras: L. P. D. iniciales de estas tres palabras:

## LILIA—PEDIBUS—DESTRUE.

## PISAD LA FLOR DE LIS.

Ahora, recuérdese que entre otras celebridades filosóficas agregadas á las logias masónicas del siglo XVIII, se encuentran Condorcet, Voltaire, Despuis, Lalande, Bonneville, Volney, Fauchet, Bailly, Guillotin, Lafayette, Minon, Chapellier, Mirabeau, Sieyes, de Holbach y el duque de Orleans (Felipe Egalité), y se estará tentado de creer que la opinion del padre Barruel sobre la alianza de los francmasones y filósofos no está del todo destituida de razon y verdad.

En las circunstancias políticas, filosóficas y sociales que acabamos de esponer, iba á subir al trono Luis XVI, el hombre mas débil de su raza.

De donde nacia esa especie de degeneracion? Lo diremos.

Para conservar su larga juventud y constante vigor las especies animales y hasta vejetales, indicó la naturaleza la union de las razas y mezclas de las familias. En el reino vegetal es el injerto el principio conservador de la bondad y belleza de las especies. En el hombre es el casamiento entre parientes demasiado cercanos una causa de la decadencia de los individuos. La naturaleza sufre, languidece y degenera cuando se reproducen varias generaciones con la misma sangre; y por el contrario se aviva, regenera y fortifica cuando se introduce en la concepcion un principio prolífico, extraño y nuevo.

Asi es que los héroes fundan todas las grandes razas y los hombres débiles las acaban. Ved á Enrique III, el último de los Valois; ved á Gaston, el postrero de las Médicis; al cardenal de Yorck, el último de los Estuardos y á Carlos XI, el último de los Habsburgo.

Pues bien! esa primera causa de la degeneracion de las razas, es decir, el enlace en la familia que se hace sentir en todas las casas cuyos descendientes acabamos de nombrar, es mas sensible en la

de Borbon que en ninguna otra, porque en ninguna hubo como en ella tantas alianzas de familias. La sangre que reinaba en Francia era en efecto reputada tan preciosa, tan grande y tan sagrada que no debia mezclarse con ninguna otra sangre inferior en nobleza, de modo que para obedecer la preocupacion de las familias reales y católicas de Europa, de que no se unieran sino con su igual, la casa de Borbon tuvo que limitar sus casamientos á los de Florencia, Saboya, Austria y España.

Asi por ejemplo, remontándose de Luis XV á Enrique IV y María de Médicis, hállase el segundo cinco veces tercer abuelo del primero y María de Médicis otras tantas tercera abuela del mismo: Así tambien, remontándose á Felipe III y Margarita de Austria, es el primero tres veces su tercer abuelo y otras tantas su tercera abuela la segunda.

Así es que sobre los treinta y dos terceros abuelos y terceras abuelas de Luis XV, hállanse seis personas de la casa de Borbon cinco de la de Médicis, once de la de Austria Habsburgo, tres de la de Saboya, otras tantas de la de Lorena, dos de la de Baviera, un príncipe de la de Stuardo y una princesa danesa.

La mas pesada carga estaba, pues, reservada para el mas débil de la dinastia. Cuando habria sido necesario al rey que debia luchar contra aquella degenerada nobleza, contra aquella corrompida sociedad, contra aquellos corruptores filósofos, contra aquellos secretos y públicos enemigos que envolvian á la monarquía, el poder reorganizador de Enrique IV y Luis XIV, los dos gigantes de la raza, mandó Dios en sus designios, decretados anticipadamente, el bueno, pero degenerado é impotente monarca, quien despues de haberse llamado el duque de Berry y el delfin de Francia; debia llamarse sucesivamente el Rey de Francia y de Navarra, Luis el Benévolo, el Restaurador de la Libertad, el Rey de los Franceses, M. Veto y Luis Capeto.

## RELACION

DEL NACIMIENTO Y EDUCACION DEL INFORTUNADO PRINCIPE, SUSTRAI-  
 O A LA SOCIEDAD POR LOS CARDENALES RICHELIEU Y MAZARINO Y EN-  
 CERRADO DE ORDEN DE LUIS XIV.

*Compuesta por el ayo de este príncipe en su lecho de muerte.*

«El infortunado príncipe que eduqué y conservé bajo mis cui-  
 «dados hasta fines de mis dias, nació el 5 de Setiembre de 1638,  
 «á las ocho y media de la noche, durante la cena del rey. Su  
 «hermano, que está reinando, nació á las doce del propio dia du-  
 «rante la comida de su padre. Mas fué tan espléndido y brillante  
 «el nacimiento del rey como triste y cuidadosamente oculto el de  
 «su hermano; pues advertido el monarca por la comadrona, de  
 «que su augusta esposa debia dar á luz otro niño hizo permanecer  
 «en su cuarto al canciller de Francia, dicha comadrona, el primer  
 «limosnero, el confesor de la reina y á mí para que fuéramos  
 «testigos de lo que queria hacer, en el caso de que naciera un  
 «segundo príncipe.

« Estaba ya el rey advertido por medio de profecias, de que  
 «la reina le daría dos hijos, pues hacia ya algunos dias que ha-  
 «bian llegado á París unos pastores que decian haber tenido una  
 «inspiracion divina, si bien se decia que en el caso de que diera  
 «la reina á luz dos delfines, conforme se habia predicho, seria el  
 «colmo de la desgracia del Estado. El arzobispo de París quien

« hizo venir á aquellos adivinos , hizo encerrar á ambos en San  
 « Lázaro , á causa de que el pueblo estaba conmovido , lo cual  
 « dió mucho que pensar al rey , con motivo de la turbacion que  
 « tenia lugar de creer en su Estado.

« Aconteció lo que habian predicho los adivinos , sea que las  
 « constelaciones hubieran advertido á los pastores , ya fuese que la  
 « Providencia quisiera advertir á S. M. de las desgracias que po-  
 « dian sobrevenir en Francia. El cardenal , á quien habia comuni-  
 « cado el rey dicha predicción , por medio de un mensaje , contes-  
 « tó que era necesario advertir que el nacimiento , de dos delfinès  
 « no era cosa imposible , y que en tal caso era menester ocultar  
 « cuidadosamente al segundo príncipe , porque podia muy bien  
 « suceder que en lo sucesivo quisiese ser rey , combatir á su her-  
 « mano para sostener una segunda liga , y reinar.

« El rey estaba sufriendo en la incertidumbre , y la reina , quien  
 « estaba dando gritos , nos hizo temer un segundo alumbra-  
 « miento.

« Mandamos á buscar al rey , quien por poco hubiera caido bo-  
 « ca arriba presintiendo que iba á ser padre de dos delfines. Ya  
 « habia dicho á monseñor el obispo de Meaux , á quien rogára  
 « socorriese á la reina , *No abandoneis á mi esposa hasta que esté*  
 « *lista , tengo una mortal inquietud.* Llamónos luego al obispo , al  
 « conciller , M. Monerat , la dama Peronnette , comadrona , y á  
 « mí , y díjonos en presencia de la reina , para que pudiera oirlo :  
 « *Que si hacíam s público el nacimiento del segundo delfin , lo paga-*  
 « *ríamos con nuestras cabezas* , que queria fuera un secreto de Es-  
 « tado para evitar las desgracias que pudieran sobrevenir , en aten-  
 « cion á que la ley sálica nada declaraba sobre la heredad en caso  
 « de nacer dos primogénitos del rey.

« Sucedió cuanto se habia predicho , y la reina dió durante la  
 « cena del rey , un segundo delfin mas lindo y bello que el prime-  
 « ro , el cual no cesó de quejarse y gritar como si hubiera ya es-

« perimentado el pesar de entrar en la vida , en la que debería lue-  
« go sopórtar tanto sufrimiento. Estendió el canciller el proceso  
« verbal de este maravilloso nacimiento , único en nuestra histo-  
« ria. No habiéndole hallado conforme , quemóle S. M. en nues-  
« tra presencia , mandando estenderle de nuevo varias veces ,  
« hasta que le halló á su gusto , por mas que le demostrára el li-  
« mosnero que S. M. no podia ocultar el nacimiento de un prínci-  
« pe , á lo cual contestó el rey que habia en ello una razon de  
« Estado.

« Dijonos despues el rey que firmáramos nuestro juramento ;  
« hizolo primero el canciller , luego el limosnero , despues el con-  
« fesor de la reina , y últimamente yo. Firmóte tambien el ciruja-  
« no y la comadrona , y uniendo esta pieza al proceso verbal , lle-  
« vósele el rey , y nunca mas oí hablar de ello. Recuerdo que  
« S. M. estuvo hablando con el canciller sobre la fórmula del ju-  
« ramento y que habló largo rato en voz muy baja con el car-  
« denal. Despues de lo cual encargóse la comadrona del niño úl-  
« timamente nacido , y como se temiera de que hablára sobre su  
« nacimiento , díjome que se la habia amenazado varias veces con  
« matarla , si llegaba á hablar ; hasta se nos prohibió hablar entre  
« nosotros de ese niño de cuyo nacimiento fuimos testigos.

« Ni uno solo de nosotros ha violado aun su juramento ; porque  
« S. M. no temia tanto por él , como por la guerra civil que aque-  
« llos dos niños gemelos podian suscitar , y el cardenal le tuvo  
« siempre en ese temor , y se apoderó de la superintendencia de la  
« educacion de aquel niño. Mandónos igualmente el rey que exa-  
« mináramos á aquel infortunado príncipe. quien tenia una verruga  
« debajo del codo izquierdo , una mancha amarillenta en el lado  
« derecho del cuello , y otra verruga mas pequeña en el muslo de-  
« recho , porque S. M. entendia y con razon , en caso de que fa-  
« lleciera el primer nacido , colocar en su puesto al infante real  
« cuya guardia nos confiaba. Pidió nuestra firma del proceso ver-

« bal, la que hizo sellar con un pequeño sello real y firmamos se-  
 « gun su orden y despues que él. En cuanto á los pastores que ha-  
 « bian profetizado su nacimiento, jamás oí hablar de ellos, sin  
 « embargo de haber intentado saber su paradero. El cardenal,  
 « quien tomó bajo su cuidado al misterioso niño, cuidaria sin du-  
 « da de hacerles espatriar.

« Tocante á la infancia del segundo príncipe, dirémos que la  
 « dama Peronnette le cuidó como á hijo propio, pero pasó por hi-  
 « jo bastardo de un gran señor de la época, pues con los cuidados  
 « que le prodigaban y los gastos que hacia, conocióse que era un  
 « hijo rico y querido, aunque fuera desconocido.

« Al ser algo grande el príncipe, el cardenal Mazarino, encar-  
 « gado de su educacion despues del de Richelieu, hízomele entregar  
 « para que le instruyera y educára como hijo de un rey, pero se-  
 « cretamente. La dama Peronnette continuó por él sus cuidados,  
 « hasta que falleció, con recíproco cariño, siendo este aun mayor  
 « por parte del príncipe. Este ha sido instruido en mi casa de  
 « Borgoña, con todo el cuidado debido á un hijo y hermano de  
 « reyes.

« Durante las turbaciones de Francia, tuve frecuentes conver-  
 « saciones con la reina madre y me pareció que S. M. temia que,  
 « si el nacimiento de ese niño llegaba á ser conocido en vida del  
 « jóven rey su hermano, algunos malcontentos pudiesen tener un  
 « motivo para revoltarse, pues pretenden los médicos que de dos  
 « criaturas gemelas la última que nace es la primera que fué con-  
 « cebida y por consiguiente rey de derecho, mientras que ese sen-  
 « timiento no es reconocido por otros de este Estado.

« Sin embargo, dicho temor no pudo nunca determinar á la rei-  
 « na á destruir las pruebas escritas de su nacimiento, porque en  
 « caso eventual ó de fallecimiento del jóven rey, entiende que ha-  
 « ría reconocer á su hermano, aunque tuviera otro hijo. Díjome

«varias veces que conservaba las mencionadas pruebas escritas  
«en un cofrecito.

«He dado al desgraciado príncipe toda la educacion que deseá-  
«ra se me diera á mí, pues nunca la tuvieron mejor los hijos de  
«los príncipes conocidos. He de reprocharme siempre, sin embar-  
«go, de haber causado, sin quererlo, la desgracia de ese prínci-  
«pe; pues á los diez y nueve años, como tuviera un extraño de-  
«seo de saber quien era y viera en mí la resolucion de callárselo,  
«mostrándome aun mas firme cuanto mas me rogaba, resolvió  
«ocultarme su curiosidad y hacerme presumir que creia ser hijo  
«mio, de ilegítimo amor.

«Díjole con frecuencia sobre ello, cuando estábamos solos y me  
«llamaba padre, que estaba equivocado; mas no le combatia ya  
«ese sentimiento que tal vez afectaba para hacerme hablar, deján-  
«doselo creer, sin combatirle dicho sentimiento y descansaba en  
«ello, pero buscaba los medios de saber quien era. Habian tras-  
«currido dos años cuando una desgraciada imprudencia mia, de  
«que debo reprenderme, le hizo conocer lo que deseaba. Sabia  
«que el rey me mandaba á menudo mensageros, y como tuve la  
«desdicha de olvidarme el cofrecito en que habia cartas de la rei-  
«na y de los cardenales, leyó parte de lo que queria y adivinó lo  
«restante con su ordinaria penetracion. Confesóme mas tarde ha-  
«ber tomado la carta mas espresiva y marcada sobre su naci-  
«miento.

«Recuerdo que una arisca y brutal costumbre sucedió á su amis-  
«tad y respeto para conmigo, en la que le habia educado, pero no  
«pude entónces saber el origen de tal cambio, pues no acertaba  
«á calcular como registraria mi cofrecito, ni quiso nunca confe-  
«sarme los medios de que se valió, sea que le hubiera ayudado  
«alguno de los obreros que no quiso descubrir, ya fuese que se  
«valiera de otros medios.

«No obstante, cometió un dia la imprudencia de pedirme los re-



«tratos del difunto rey Luis XIII y el rey reinante. Contestéle que  
«siendo tan malos los que existian, esperaba les hiciera mejores  
«un pintor para proporcionármeles.

«No satisfaciéndole esta respuesta, pidióme ir á Dijon. — Supe  
«mas tarde que intentaba ver al rey y marchar á la córte, que á  
«la sazón estaba en San Juan de Luz, á causa de su casamiento  
«con la infanta, para ponerse en paralelo con su hermano y ver  
«si se parecian. Tuve conocimiento de su proyecto de viaje, y no  
«le dejé ya.

«Era entónces el jóven príncipe bello cual el Amor, y este le  
«habia servido muy bien para tener un retrato de su hermano,  
«porque desde algunos meses, siendo de su gusto una jóven aya  
«de la casa, acaricióla y contentóla tanto, que á pesar de la pro-  
«hibicion de que nada se le diera absolutamente sin mi permiso,  
«le entregó un retrato del rey. Conocióse el desdichado príncipe,  
«y podia muy bien conocerse, ya que un mismo retrato habria po-  
«dido servir para los dos. Fué tal su furor al ver el retrato, que  
«vino á verme y me dijo: Hé aquí á mi hermano, y, enseñándome  
«una carta del cardenal Mazarino, que me habia sustraído, añadió  
«hé aquí quien soy.

«El temor de que se escapára el príncipe y acudiera al enlace  
«del rey, me hizo temer semejante suceso. Despaché un mensagero  
«al rey para informarle de la abertura de mi cofrecito y de la nece-  
«sidad que tenia de nuevas instrucciones. Hízome enviar sus órdenes  
«por el cardenal; fueron estas que nos encerráramos ambos has-  
«ta nuevo aviso y le hiciera comprender que era su pretension  
«nuestra comun desgracia. He sufrido con él en nuestra prision  
«hasta el momento en que creo ya pronunciado el decreto por el  
«que me manda el Juez Supremo que salga de este mundo, y no  
«puedo negar á la tranquilidad de mi alma ni á mi discípulo una  
«especie de declaracion que le indicaria los medios de salir del  
«ignominioso estado en que se halla, si falleciera el rey sin suce-

«sion. ¿Puede un juramento arrancado por fuerza obligar al secreto sobre anécdotas increíbles que es necesario legar á la posteridad?»

Pedirase quien era ese ayo del príncipe:—¿Era borgoñon, ó solo propietario de un palacio ó de una casa de Borgoña?—¿A qué distancia se hallaba de Dijon su posesion?—Era sin disputa un hombre notable, ya que estaba en la córte de Luis XIII, disfrutando de la mas íntima confianza por sus empleos ó en calidad de favorito del rey, de la reina y del cardenal de Richelieu.--- ¿Podria decirnos el nobiliario de Borgoña que clase de personage de aquella provincia desapareció de la sociedad, despues del enlace de Luis XIV, con un jóven discípulo de unos veinte años de edad, desconocido, cuyo cuidado le fué confiado en su casa ó en su palacio? ¿Porqué motivo es anónima esa memoria que parece tener mas de un siglo de vejez? ¿Fué dictado por el moribundo sin que pudiera firmarla? ¿Cómo salió de la prision dicha memoria?—He aquí las ideas que sugerirán. No nos certifica que ese jóven príncipe fuese el preso conocido con el nombre de *prisionero con máscara*, pero todos esos hechos convienen tanto á este misterioso personage de quien sabemos algunas anécdotas, que parecen llenar el gran blanco de sus memorias y hacernos conocer su principio. Voy á juntar aquí las anécdotas auténticas que poseemos desde que fué entregado á Saint-Mars, como complemento ó continuacion de su historia, sin hablar de los debates literarios que escitó.

En efecto, las memorias de *la córte de Persia* fueron á penas publicadas, cuando una multitud de literatos se disputaron sobre el fondo del secreto. —Voltaire, quien mencionó hechos sin describirles, aunque fuera mas instruido que los demás; Sainte-Foix, el padre Greffet, Lariviere, Linguet, Lagrange, Chanut, el abate Papon, Palteau, M. Delaborde y varios autores publicaron en distintos periódicos, principalmente en el *Journal de París*, diversas

anécdotas. Voy á trasladar aquí las que parecen auténticas, contentándome con escribir en letra cursiva las espresiones que me han parecido caracterizar en aquel prisionero un muy gran personage ó indicar más lo que era.

El primer autor que haya hablado de dicho personage es el del anónimo de las *Memorias secretas de la corte de Persia*. Cita algunos hechos ciertos que se tomaron siempre por tales, mas se engaña en el fondo del secreto, creyendo que el prisionero con máscara era el conde de Vermandois.

«Este prisionero, decia, fué entregado al comandante de las islas de Santa Margarita, quien habia recibido por anticipado la órden de Luis XIV de no dejarle ver por nadie. Tratábale dicho comandante con el mayor respeto. Servíale él mismo y tomaba los platos á la puerta del aposento de manos de los cocineros, quienes nunca vieron el rostro del prisionero. — Antojósele un dia á ese príncipe grabar su nombre con la punta de una navaja detrás de un plato habiéndole echado á la calle, cayó en manos de un esclavo que creyó hacer su cóрте entregándole al comandante, y se vanaglorió de ser recompensado; mas engañóse el desgraciado, pues deshicieronse de él al momento á fin de sepultar con él un secreto de la mayor importancia. El hombre con máscara de hierro permaneció varios años en el castillo de la isla de Santa Margarita. Sacósele de allí para trasladarle á la Bastilla, cuando Luis XIV, agradecido de la fidelidad de aquel comandante, le dió el mando de ella. Era en efecto prudente hacer seguir al preso la suerte de aquel á quien se habia confiado, hubiera sido obrar contra todas las reglas el tomar otro confidente que habria podido ser menos fiel y menos exacto. Tanto en las islas de Santa Margarita como en la Bastilla, tomábase la precaucion de hacer poner una máscara al príncipe siempre que por enfermedad ó por cualquier otro motivo, se veian obligados á esponerle á la vista de alguien. Varias personas dignas de crédito, afirmaron haber visto á ese preso con más-

cara y relataron que tuteaba al gobernador, quiea por el contrario, le trataba con gran respeto.»

«Algunos meses despues del fallecimiento del cardenal de Mazarino, dice Voltaire en su *Siglo de Luis XIV* (la segunda obra en que se habló del prisionero), aconteció un suceso que no tiene ejemplo, y lo que mas admira, es que todos los historiadores lo han ignorado. — Mandóse con el mayor secreto al castillo de Santa Margarita, en el mar de Provenza, á un preso desconocido, de estatura mas que mediana, jóven y de noble y bella figura. Llevaba durante el camino, una máscara en cuya barba habia muelles de acero que le permitian comer con ella y habia órden de matarle, si llegaba á quitársela. Permaneció en la isla hasta que un oficial de confianza llamado Saint-Mars, gobernador de Piñerol, que lo habia sido de la Bastilla en 1690, fué á buscarle y le condujo á la mencionada Bastilla sin que se le permitiera quitarse la máscara. Fué á verle en dicha isla el marqués de Louvois antes de su traslacion, y le habló en pié con una consideracion que rayaba en respeto. Ese desconocido fué conducido á la Bastilla y alojado con la decencia que era posible en aquel castillo. Nada se le negaba de cuanto pedia. Su mayor gusto era tener ropa blanca de estraordinaria finura y encages.

«Tocaba la guitarra, dábasele buena comida y rara vez se sentaba el gobernador ante él. Un viejo médico de la Bastilla, quien habia visitado varias veces á ese hombre singular en sus enfermedades dijo *que nunca le vió la cara*, á pesar de haber examinado varias veces su lengua y el resto de su cuerpo. Es admirablemente bien formado, decia dicho médico; su cútis era algo moreno, interesantes los sonidos de su voz y nunca se quejaba de su estado ni dejaba vislumbrar quien podia ser. Un célebre cirujano, yerno del médico de quien hablo, y que perteneció al mariscal de Richelieu, es testigo de cuanto espongo, habiéndomelo confirmado frecuentes veces M. de Bernaville, sucesor de Saint-Mars.

Dicho desconocido falleció en 1704, y fué enterrado por la noche en la parroquia de San Pablo. Lo que aumentó la estrañeza, es que cuando se le mandó á las islas de Santa Margarita no desapareció de Europa ningun personaje ni hombre considerable. El último ministro que supo ese estraño secreto, fué M. de Chamillar.

«El segundo mariscal de La Feuillade, su yerno, díjome que al fallecimiento de su suegro le suplicó de rodillas que le dijera quien fué aquel desconocido que solo se conoció con el nombre de Hombre con máscara de hierro, y que obtuvo por toda respuesta, que ERA AQUELLO UN SECRETO DEL ESTADO y habia jurado no revelar-le nunca.

«Cuando estaba en las islas, poníale el gobernador en persona los platos en la mesa y se retiraba despues de haberle encerrado. Escribió un dia el preso su nombre con una navaja en un plato de plata y le echó por la ventana hácia un barco que se hallaba al pié de la torre. Recogióle un pescador, dueño del indicado barco y le trajo al gobernador, quien le pidió admirado: *¿Habéis leído el escrito que hay en este plato, ó alguien os le ha visto en vuestras manos?* — *No sé leer*, contestó el pescador, *acabo de hablarle y nadie le ha visto.*

«Túvole detenido el gobernador hasta que se convenció de que efectivamente no sabia leer y que nadie habia visto el plato. *Idos*, le dijo, *sois feliz de que no sepais leer.* Entre los testigos de ese hecho hay uno digno de crédito, que aun vive.»

El primero que habló del hombre con máscara de hierro fué el autor del *Siglo* de Luis XIV, en una historia averiguada: porque *conocia perfectamente esa anécdota*, que admira al siglo presente, admirará á la posteridad, y es por desgracia verdadero. Engañóse tocante á la fecha del fallecimiento de aquel desconocido tan singularmente infortunado, pues fué enterrado en San Pablo el dia 3 de Marzo de 1703 y no en 1704.

«Habia sido encerrado en Piñerol antes de que lo fuera en las

islas de Santa Margarita y luego en la Bastilla, siempre bajo la vigilancia de aquel mismo hombre, de aquel Saint-Mars que le vió morir. El padre Griffet, jesuita, quien comunicó al público el *Journal d' la Bastille*, da fe de las fechas, y pudo adquirir fácilmente dicho diario ya que tuvo el delicado empleo de confesar á los presos de aquel castillo.

«El Hombre con máscara de hierro es un enigma cuya palabra puede cada cual adivinar. Unos dijeron que era el duque de Beaufort, pero este fué muerto por los turcos en la defensa de Candia en 1679, y el Hombre con máscara de hierro se hallaba ya en Piñerol en 1662. Por otra parte, ¿cómo se habria atacado al duque en medio de su ejército? ¿Cómo se le hubiera trasladado á Francia sin que nadie lo supiera? ¿Y con qué motivo se le habria encarcelado y puéstole aquella máscara?

«Los demás autores soñaron al conde de Vermandois, hijo natural de Luis XIV, quien falleció públicamente de viruelas en el ejército, y fué enterrado en la pequeña villa de Aire, nó de Arras, como dice el padre Griffet, en lo que se engañó, si bien no hay en ello gran mal.

«Nombróse luego el duque de Montmouth, á quien el rey Jacobo hizo cortar públicamente la cabeza en 1675, pero habria sido menester que hubiera resucitado, cambiado el órden del tiempo y puesto el año de 1662 en lugar del de 1685; que el rey Jacobo, que no perdonaba á nadie, lo que le atrajo todas sus degracias, hubiera perdonado al duque y hecho matar á otro que se le pareciera mucho; ó que se hubiera hallado quien tuviese la amabilidad de dejarse cortar la cabeza en público, para salvar al duque de Montmouth. Hubiera sido menester que toda Inglaterra se hubiese engañado y luego que el rey Jacobo hubiese rogado encarecidamente á Luis XIV que le sirviera de alguacil y de carcelero. Luego habiendo hecho ese favorecito al rey Jacobo, no hubiera faltado Luis XIV en tener las mismas miras con el rey Guillermo y

la reina Ana, con quienes estuvo en guerra, y habria conservado cuidadosamente cerca de esos dos monarcas la dignidad de carcelero con que le habria honrado el rey Jacobo.

«Disipadas todas esas ilusiones, resta á saber quien era aquel preso que iba SIEMPRE con máscara, á que edad falleció y bajo que nombre fué sepultado.

«Es claro que si no se le dejaba pasar por el patio de la Bastilla sino CUBIERTO SU ROSTRO CON LA MASCARA, y si se le obligaba á conservarla ante su médico, era por temor de que se reconociera en sus facciones un parecido demasiado SORPRENDENTE. Pudo mostrar la lengua, mas no el rostro. En cuanto á su edad, dijo el mismo á su boticario, pocos dias antes de fallecer, QUE CREIA tener sesenta años, y M. Morsoban, hierno de dicho boticario y cirujano del mariscal de Richelieu y despues del duque de Orleans, regente, me lo confirmó varias veces. En suma, ¿por qué se le dió un nombre italiano? se le llamó siempre *Marchiale*. El que escribió ese artículo sabe tal vez sobre ello mas que el padre Griffet, y no dirá mas que él.»

Lagrange-Chancel fué el tercer historiador que habló del preso encerrado en las islas de Santa Margarita, algun tiempo despues que se hubo trasladado al hombre con máscara á la Bastilla, y pudo adquirir algunos hechos.

«Durante mi permanencia en las islas de Santa Margarita, dice el mismo en donde la detencion del hombre con máscara de hierro no era ya un secreto de Estado en el tiempo que llegué allí, me ha hecho saber particularidades que un historiador mas exacto que M. de Voltaire, en sus *Pesquisas*, hubiera podido saber como yo. Este extraordinario acontecimiento, que colocan en 1661, algun tiempo despues del fallecimiento del cardenal Mazarino, aconteció en 1669, ocho años despues de la muerte de esa eminencia. M. de la Mothe-Guerin, quien mandaba aquellas islas en tiempo en que yo estaba en ellas detenido, me aseguró que di-

cho preso era el conde Beaufort, que se decia haber sido muerto en el sitio de Candia, pero cuyo cuerpo no fué hallado, segun todas las relaciones de aquella época. Me dijo tambien que M. de Saint-Mars, quien obtuvo el mando de dichas islas despues del de Piñarol, tenia grandes miras para con el preso, le servia siempre él mismo con vagilla de plata y le proporcionaba con frecuencia vestidos tan caros como demostraba desear, que en las enfermedades en que tenia necesidad de médico ó cirujano, estaba obligado, so pena de la vida, á aparecer en su presencia con una máscara de hierro, y que cuando estaba solo podia entretenerse en arrancarse el pelo de la barba con unas pinzas de acero muy bonito y reluciente. Vi una de las que se servia para ese uso, en manos de M. de Beaumanoir, sobrino de Saint-Mars y teniente de una compañía franca, nombrada para guardia de los presos.

«Hánme contado varias personas que cuando Saint-Mars tomó posesion de la Bastilla, á donde condujo á su preso, oyóse que este, que llevaba su máscara de hierro, decia á su conductor: ¿A CASO QUIERE EL REY SE ME MATE? NO, MI PRÍNCIPE, contestó Saint-Mars, vuestra vida está en seguridad; *solo debeis dejaros conducir.*»

«He sabido además, que un hombre llamado Ambuisson, cajero del famoso Samuel Bernardo, que despues de haber estado algunos años en la Bastilla fué conducido á las islas de Santa Margarita, que estaba en un cuarto con otros presos, precisamente sobre el que ocupaba aquel desconocido, que por el agujero de la chimenea podian hablar y comunicarse sus pensamientos; pero que habiéndole ellos pedido por qué se obstinaba en callarles su nombre y sus aventuras, les contestó que ese deseo le costaria la vida lo propio que aquellos á quienes habria revelado el secreto.

«Como quiera que sea, hoy dia que el nombre y cualidades de aquella víctima política no son ya secretos en que el Estado esté interesado, he creido que al instruir al público sobre lo que he po-



dido adquirir, debía detener el curso de las ideas que cada cual se ha forjado á su antojo, bajo la fé de un autor que se ha creado gran reputacion por lo maravilloso, junto á la apariencia de verdad que se admira en sus escritos, hasta en la vida de Cárlos XII.»

El abate Papon, al ir á recorrer la Provenza, habló tambien del hombre con máscara de hierro, cuya prision visitó.

«El famoso preso con máscara de hierro, cuyo nombre será tal vez siempre ignorado, fue trasladado á la isla de Santa Margarita á fines del último siglo. Pocas personas tenia en su servicio que tuvieran la facultad de hablarle. Un dia en ocasion á que M. de Saint-Mars estaba conversando con él desde fuera del cuarto en una especie de corredor, llegó el hijo de un amigo suyo y se adelantó hácia el punto de donde venia el ruido; apercibido de ello el gobernador, cerró al momento la puerta y volando al encuentro del jóven, pidióle con turbacion si habia oido algo. Seguro que estuvo de lo contrario, hizole volver á partir aquel mismo dia y escribió á su amigo que por poco aquella aventura hubiera costado caro á su hijo, y que se lo volvia á mandar por temor de que cometiera alguna otra imprudencia.

«El 2 de febrero de 1778 tuve curiosidad de entrar en el cuarto de aquel infortunado preso; no recibe otra luz que por una ventana que da al mar hecha en un muro muy grueso, en la parte del norte, y cerrada con tres rejas colocados á igual distancia. Hallé en la ciudadela á un oficial de la compañía franca, de 79 años de edad, quien me dijo que, su padre, que habia servido en la misma compañía, le habia contado varias veces que un mancebo barbero, habiendo visto un dia debajo de la ventana del preso, una prenda de ropa blanca que estaba flotando sobre el agua, recogióla y trájola á M. de Saint-Mars. Era una camisa muy fina, doblada con bastante descuido y en la que habia el preso escrito de uno á otro extremo.

«Despues de haberla desplegado y leído algunas líneas, pidió

Saint-Mars al mancebo con aire algo turbado, si habia tenido curiosidad de leer aquel contenido ; protestó este varias veces que nada habia leído , pero dos dias mas tarde se le halló cadáver en su lecho.

« Es un hecho que el oficial oyó relatar tantas veces á su padre y al limosnero del castillo de aquel tiempo, que le mira como incontestable. El siguiente me parece igualmente cierto, segun todas las pruebas que pude recoger en los mismos puntos y tambien en el monasterio de Lerinos, en donde se conserva la tradición.

« Buscábase una muger para servir al preso, y fué á ofrecer sus servicios una del pueblecito de Mongin , persuadida que por este medio podria hacer la fortuna de sus hijos ; mas cuando se le dijo que debia renunciar á verles y hasta conservar ningun lazo con el resto de los hombres, se negó á encerrarse con un preso cuyo conocimiento costaba tan caro. Debo decir todavía que se colocaron á ambos extremos del castillo dos centinelas con órden de hacer fuego á cualquier barco que se acercase á cierta distancia.

« El que servia al preso falleció en la isla de Santa Margarita. El hermano del oficial de quien acabo de hablar , que en ciertas cosas era el hombre de confianza de M. de Saint-Mars , dijo frecuentes veces á su hijo que habia ido á recoger su cadáver á media noche, á la cárcel, y le habia llevado á cuestras en el punto de su sepultura : creia era el del mismo preso, suponiendo habia fallecido ; mas era el del hombre que le servia, como acabo de decir, por cuyo motivo se buscaba entonces una muger para reemplazarle.

Sabiase en 1693 que Saint-Mars , al conducir al preso en la Bastilla, se detuvo con él en su hacienda de Palteau , á consecuencia de lo cual pidió Frereu anécdotas á M. de Palteau , al objeto de contradecir á Voltaire , y le mandó la siguiente carta, inserta en el *Año Literario del mes de junio de 1768*.

« Como parece, por la carta de M. de Saint-Foix , de la que

acabais de darme un extracto, que el hombre con máscara de hierro ocupa la imaginación de nuestros escritores, voy á participaros lo que sé de ese preso. En las islas de Santa Margarita y en la Bastilla, conocíasele con el nombre de La Tour. El gobernador y demás oficiales tenían muchas miras para con él, y obtenía de ellos cuanto podían conceder á un preso. Paseábase con frecuencia, pero siempre con máscara. Únicamente desde el siglo de Luis XIV, en que ha aparecido M. de Voltaire, he oído decir que dicha máscara era de hierro y con muelles, tal vez se hayan olvidado de hablarme de esa circunstancia, mas no llevaba la máscara sino cuando salía para tomar el aire ó debía presentarse ante algún forastero.

«M. de Blainvilliers, oficial de infantería, quien tenía entrada en casa de M. de Saint-Mars, gobernador de las islas de Santa Margarita y luego de la Bastilla, me ha dicho varias veces que habiendo escitado su curiosidad la suerte del preso, tomó con objeto de satisfacerla, el uniforme y armas de un soldado que debía entrar de centinela en una galería, debajo de las ventanas del cuarto que ocupaba en las islas; que desde allí le vió perfectamente sin la máscara, que era blanco de rostro, alto y de cuerpo bien formado, pero que tenía las piernas demasiado fornidas por la parte de abajo y la cabeza caña, aun que se hallára en la fuerza de la edad. Había pasado casi toda aquella noche paseándose por el cuarto. Añadía Blainvilliers que iba siempre en traje oscuro, que se le proporcionaba hermosa ropa blanca y libros, que el gobernador y demás oficiales permanecían ante él en pié y con la cabeza descubierta hasta tanto que les hiciera cubrir y sentarse; y que iban á menudo á hacerle compañía y comer con él.

«En el año de 1698 pasó M. de Saint-Mars, del gobierno de las islas de Santa Margarita al de la Bastilla, y al ir á tomar posesión descansó con su preso en su hacienda de Palteau. El hombre de la máscara llegó en una litera que precedía á la de M. de Saint-

Mars. Acompañábanles varios ginetes. Los campesinos fueron á recibir á su señor. M. de Saint-Mars comió con el preso quien estaba de espalda á las ventanas del comedor que dan al patio. Los campesinos que interrogué no pudieron ver si comia con la máscara, mas observaron muy bien que el gobernador tenia un par de pistolas al lado del plato. Servíales únicamente un criado, el cual iba á buscar los manjares que le traian á la antesala y cerraba al momento cuidadosamente la puerta del comedor. Cuando atravesaba el patio, llevaba siempre el preso su negra máscara. Los lugareños notaron que se le veian los dientes y labios, que era alto y tenia cana la cabeza. M. de Saint-Mars durmió en una cama que se le preparó junto á la del hombre de la máscara.

«Díjome M. de Blainvilliers que cuando su fallecimiento, acaecido en el año de 1704, se le enterró secretamente en San Pablo y pasieron en su ataud varias drogas para que se consumiera el cadaver. No oí decir que tuviera acento extranjero.

«Llegado que hubo á la Bastilla, Du Jonca, teniente de rey, enregistró en los siguientes términos, en el libro del castillo, la llegada del preso. Estos dos curiosos trozos sacados de los archivos de un castillo de donde nunca salió documento alguno, son debidos al padre Griffet, jesuita, quien fué el primero en publicarles; mas era confesor de la Bastilla y los jesuitas y el gobernador de este fuerte, en aquella época, tenian sin duda sus motivos para publicar estas anécdotas:

«Hoy, Jueves 8 de setiembre de 1698, dice Du Jonca, á las tres de la tarde, ha llegado M. de Saint-Mars, gobernador de la Bastilla, para su primera entrada, viniendo de las islas de Santa Margarita y San Honorato, conduciendo en su litera á un antiguo preso que tenia en Piñerol, cuyo nombre no se dice, á quien han hecho permanecer siempre con máscara. Púsosele primeramente en la torre de la Bassiere, esperando que llegára la noche, y le conduje despues yo mismo, á eso de las nueve,

« al tercer cuarto de la torre de la Bertaudiere , el que habia cuidado de hacer amueblar y proveer de lo necesario antes de su llegada , segun órden de M. de Saint-Mars....

« Al conducirle á dicho cuarto , añade M. Du Jonca , acompañaíbame M. Rosanges , quien , habiéndosele llevado con él M. de Saint-Mars , estaba encargado de levantar la mesa y cuidar al preso , de cuyo alimento se cuidaba el gobernador. »

Las primeras anécdotas que se sacaron sobre el hombre con máscara de hierro, proporcionómelas M. Linguet, el cual, habiendo estado largo tiempo detenido en la Bastilla , obtuvo algunos informes de los mas antiguos oficiales ó servidores del castillo. Dió sus notas á M. de la Borde y este las publicó en los siguientes términos en una obrita sobre el particular.

« El preso llevaba una máscara de terciopelo , y no de hierro , al menos durante el tiempo que permaneció en la Bastilla. El mismo gobernador le servia y le llevaba la ropa.

« Cuando iba á misa , prohibíasele terminantemente el hablar y mostrar el rostro. En caso de faltar á ello , tenían órden los inválidos de hacerle fuego , á cuyo objeto llevaban los fusiles cargados con bala ; pero ya se cuidaba de ocultar la cara y callar.

« Cuando hubo fallecido , entregáronse á las llamas todos los muebles de que se habia servido , desenladrillóse su cuarto , sacáronse los cielo-rasos , registrarónse todos los rincones y todos los parages en donde hubiera podido ocultar algun papel ó trapo ; en una palabra , queríase descubrir si habia dejado alguna seña de quien era él. Aseguróme M. Linguet que habia aun en la Bastilla algunos hombres que sabian esos hechos por boca de sus padres , antiguos servidores de la casa , quienes habian visto en ella al hombre con máscara de hierro.

« ¡ Ese desdichado preso falleció en fin en la Bastilla en 1703 , despues de un largo martirio y de haber permanecido en ella cinco años y dos meses ! El mismo que enregistró su llegada , enre-

gistró tambien su fallecimiento en el libro de los presos , en los términos siguientes :

« Hoy , lunes 19 de noviembre de 1703 , á eso de las diez de la noche ha fallecido , sin haber padecido una gran enfermedad , el desconocido preso , que iba siempre con máscara de terciopelo negro , el que M. de Saint-Mars condujo desde las islas de Santa Margarita , y cuya guardia le era confiada desde largo tiempo. Hallándose ayer algo indispuerto al salir de misa , confesóse ayer mismo M. Guiraut, nuestro limosnero. Sorprendido por la muerte , no pudo recibir los sacramentos , nuestro limosnero le exhortó un momento antes de fallecer. Fué enterrado el martes 20 de noviembre á las cuatro de la tarde , en el cementerio de San Pablo, nuestra parroquia. Costó su entierro cuarenta libras. Ocultóse sin embargo á los curas de la parroquia su nombre y su edad, y los registros de dicho día anuncian su inhumacion en los siguientes términos , los que extraí de los mismos.

« En el año de 1703 y dia 19 de noviembre, ha fallecido en la « Bastilla, Marchiale, de unos cuarenta y cinco años de edad , cu-  
« yo cadáver ha sido inhumado en el cementerio de San Pablo, su  
« parroquia , el dia 20 del corriente, en presencia de M. Rosar-  
« ges , mayor , y M. Reilh , cirujano mayor de la Bastilla , que  
« firmaron Rosarges Reilh. »

« Es muy cierto que despues de su fallecimiento dióse la órden de quemar generalmente cuanto habia servido para su uso , como ropa blanca , trages , colchones , mantas y hasta las puertas de su prision , su cama y sus sillas. Su cubierto de plata fué fundido , y rascadas y blanqueadas las paredes del cuarto que habitaba; llegando á punto tal las precauciones , que se sacaron todos los cristales del mismo , sin duda por temor de que hubiera ocultado en ellos algun escrito ó hecho alguna señal para dar á conocer quien él era.

« Abandono todas esas piezas históricas y las notas sobre el

hombre de la máscara al exámen de los curiosos y los críticos, mas siempre resultará que era un gran personage; que el habitual cuidado de mandarle ocultar su rostro, so pena de muerte, anunciaba un gran peligro el mostrarle; que por consecuencia podia conocerse quien era al solo aspecto de su cara; que alimentaba en sí mismo el deseo de darse á conocer mas bien que el de evadirse; que no habiendo desaparecido de Francia ningun príncipe cuando el fallecimiento de Mazarino, el hombre de la máscara no podia sino ser un personage importante y desconocido en aquella época, y era necesario que tuviera el ministro gran interés en ocultar su nombre, aventuras y situacion, ya que se habia dado órden de matarle si se daba á conocer.

« Resulta todavía, y estas observaciones son mucho mas patentes, que en todas partes donde se halló aquel gran infortunado, ya fuese en la isla de Provenza, ya en viage, ya en fin en París, mandósele sin cesar que ocultára su rostro, cuyo aspecto podria, pues, en todos puntos de Francia, descubrir el secreto de la córte.

« En suma, preciso es considerar que tuvo que ocultar el rostro desde el fallecimiento de Mazarino hasta el suyo, acontecido al principio de este siglo, y que la precaucion del gobernador llegó hasta el estremo de dar órden de acuchillarle la cara ó hacerle enterrar sin cabeza, como otros han dicho.

« Su rostro podia, pues, darle á conocer durante medio siglo, de uno á otro estremo de Francia.

« Hubo, pues, en el reino durante medio siglo, una cabeza notable y conocida en todas las comarcas de Francia, hasta en una prision establecida en una isla, comparable con la del preso y su contemporáneo.

« ¿Cual era, pues, aquella cara tan generalmente conocida, sino la de Luis XIV, su hermano gemelo, cuyo parecido era tan temible? El secreto del Estado, ó mejor el crimen de Luis XIV,

parece bien averiguado , y si en lo sucesivo queda sobre este objeto alguna duda , será ocasionada por la inverosimilitud de las feroces órdenes dadas , hasta á gobernadores de las prisiones de Estado , de asesinar á sangre fria , á un tan grande príncipe , si descubria su secreto. No me parece compatible esa barbarie con lo que conocémos del carácter de Luis XIV , quien era honrado ; sin embargo , cuantos han hablado del preso , aseguran que dicha órden se dió.

« Luis XV se mostró mucho mas humano que su antecesor , y hasta le habria libertado , á haber vivido en esa época ; habia pedido varias veces al regente que le instruyera sobre sus aventuras , mas este le habia contestado siempre que no debia saberlo hasta llegar á su mayoría.

« La víspera del día que debia esta declararse en el Parlamento , pidió aun el rey si sucederia con el secreto lo mismo que con el reino de Francia : « sí , Señor , respondió el regente en presencia de un gran número de señores ; al descubrir el secreto faltaria á mi deber ; pero mañana estaré obligado á responder á las cuestiones que V. M. le plazca hacerme. »

« El siguiente dia , en presencia de sus cortesanos , llamó el rey á solas á ese príncipe para saber el secreto , acompañáronle todos con la vista , y vieron al duque de Orleans conmoviendo la sensibilidad del jóven monarca. Nada pudieron oír los cortesanos , mas el rey dijo en voz alta al separarse del duque : « Pues bien ! si aun viviera , le diera la libertad. »

« Fué Luis XV mas fiel al secreto que el duque de Orleans. Con todo , cuando el padre Griffet , jesuita , y Sainte-Foix , agitaron en sus tan reconocidos escritos la cuestion del secreto , refutando sus respectivos sistemas , escapáronle estas palabras en presencia de varios cortesanos : « Dejadles que se disputen , nadie ha dicho aun la verdad sobre el hombre con máscara de hierro. » Tenia el rey en aquel momento el libro del padre Griffet.



« Hase sabido que el delfin, padre de Luis XVI, pidió con instancia al difunto rey que le esplicára quien era aquel famoso preso.

« Bueno es que lo ignoreis, le respondió el rey su padre, pues sería grande vuestra pena. »

« Tambien se ha sabido que M. de la Borde, primer ayuda de cámara de Luis XV, con quien conversaba dicho príncipe sobre diferentes objetos de historia, literatura y bellas artes, habló un dia al rey de alguna nueva anécdota sobre el hombre de la máscara de hierro....

« Vos deseariais que os dijera algo sobre este objeto, le dijo el príncipe; no sabreis de ello mas que los otros; pero podeis estar seguro que la prision de aquel infortunado no hizo mal á nadie de la córte, y que nunca tuvo esposa ni hijos. »

Luis XV tuvo igual reserva con Madama de Pompadour y sus demás favoritas, quienes tenian curiosidad de saber quien fué aquel misterioso personage; pero en vano atormentaban al rey, pues ni tan solo queria que se lo preguntasen.

« Observaré por último, que el gusto del preso por la ropa blanca muy fina, la que se habia obligado proporcionarle la esposa del gobernador del fuerte de las islas de Santa Margarita, procedia necesa iamente de su vida perpetuamente sedentaria: ni las variaciones del aire libre, ni los ordinarios movimientos del cuerpo en los hábitos de la sociedad, ni tampoco el ejercicio de todos los sentidos, habian quitado á sus órganos aquella escesiva sensibilidad propia de las religiosas, de los jóvenes educados en la molicie y de las mugeres demasiado delicadas; durante la inaccion la sangre es impelida en todas las estremidades del cuerpo; la epidermis que la cubre está vivificada; el tacto es perfeto, la sensibilidad esquisita y al través de un sentido tan delicado, la accion de los objetos exteriores se hace sentir con mas fuerza. Las personas acostumbradas á viajar ó á hacer un gran egercicio, las

gentes que habitan el campo , y los que se dedican á penosos trabajos , son , por el contrario , menos sensibles á la impresion de los objetos exteriores. No es, pues, extraño que aquel príncipe, encerrado como estaba desde su juventud y no habiendo conocido el uso de los piés , la accion del aire libre en sus sentidos ni los movimientos del hombre libre , tuviera la piel estremadamente delicada , así es que no tenia el gusto , sino una verdadera necesidad de usar ropa blanca muy fina.

«Hé aquí todos los hechos que he podido recoger tocante á aquel extraño personage. Deseo se hagan todas las posibles investigaciones para descubrir el nombre de su institutor y se visiten los depósitos que pueden conservar los procesos verbales del nacimiento de Luis XIV. Bueno fuera se escudriñára en la Sala de Cuentas y en la Biblioteca real , porque esas anécdotas merecen llamar la atencion de los críticos y los eruditos. Si sus descubrimientos confirman que dicho preso era realmente un hermano gemelode Luis XIV , harán todavía mas cara á todos los franceses la memoria de aquel interesante preso , quien fué por tan largo tiempo objeto de general curiosidad , y deshonorarán aun mas las arbitrarias órdenes de los ministros y los tiranos.»

FIN.



# ÍNDICE.

## LA REGENCIA.

	<i>Páginas.</i>
<b>CAPITULO I.</b> El féretro del rey. — Insultos del populacho. — Los tres poderes. — Madama de Maintenon. — Los príncipes legitimados. — El duque de Orleans. — Retratos del duque y la duquesa du Maine. — Retrato del conde de Tolosa. — Retrato de Felipe II de Orleans. — La duquesa de Orleans. — Vuelta de los sucesos de la época. . . . .	5
<b>CAPITULO II.</b> Los salones del duque de Orleans durante los tres últimos días de la enfermedad de Luis XIV. — El príncipe de Conti. — Su esposa, la señorita de Condé. — La madre, la señorita de Blois. — Preparativos del duque de Orleans para la sesión del Parlamento. — Lord Stairs, anécdota. — Sesión del 2 de Setiembre. — Primer discurso del rey Luis XV. — Organización del nuevo gobierno. — Honores tributados en el extranjero á la memoria de Luis XIV. — Contestación del duque de Orleans á M. de Argençon. . . . .	15

<b>CAPITULO III.</b>	El regente y su familia. — La duquesa de Berry. — La señorita de Chartres. — La de Valois. — Luis de Orleans, duque de Chartres. — Las jóvenes princesas.	25
<b>CAPITULO IV.</b>	La regencia, sus ministros y sus consejeros. — M. de Villeroy, ayo de S. M. — El de Villars. — El de Uxelles. — El de Harcourt. — El de Tallard. — El duque de Noailles. — M. de Torcy. — Rouillé de Coudray. — El abate Dubois.	33
<b>CAPITULO V.</b>	Regreso del rey á las Tullerías. — Estado de la hacienda. — Medidas tomadas para hacer frente á las necesidades del momento. — Refundicion de las monedas. — Edictos sobre los arrendadores de rentas públicas. — Reducciones. — Ventas de reducciones. — Law, su llegada á París. — Su vida. — Creacion del Banco de descuento. — Sale Dubois para Inglaterra. — Jacobo III. — Su huida. — Douglas. — Madama l'Hopital.	46
<b>CAPITULO VI.</b>	El Luxemburgo. — Los guardias de la duquesa de Berry. — M. de Lauzun y su sobrino. — La vida de Felipe II desde que es regente. — Madama de Averne. — La de Sabran. — La de Phalaris. — La de Parabere. — Los sollastres. — Brancas. — Broglie. — Canillac. — Nocé. — Ravannes. — Brissac. — Las cenas del Palais Royal. — El conserje de Ibaguet. — Chirac. — Ojeada sobre la literatura de la época. — Escritores contemporáneos. — Fontenelle. — Los espárragos con receta. — Le Sage. — Crebillon. — Destouches. — Voltaire. — Luis XV.	58
<b>CAPITULO VII.</b>	Lord Stairs. — Dubois en Inglaterra. — Tratado de la triple alianza. — El rey se entrega en manos del duque de Orleans. — M. de Richelieu. — La señorita de Charolais. — Los bailes de la ópera. — El Czar Pedro el Grande en París. — Negocios de los príncipes legítimos. — M. de Argenson canceller.	70
<b>CAPITULO VIII.</b>	Amores de Argenson. — Refundición de las monedas. — Amonestaciones del Parlamento. — Sólito	

	de justicia. — Destierro. — Dubois en Londres. — Intrigas diplomáticas. — El diamante. — Conclusion del tratado. — Alberoni y el duque de Vendome. — Los macarrones. — La princesa de los Ursinos. — El complot. — Arresto de Porto-Carreiro. — Despedida de Cellamare. — Presencia de espíritu de Richelieu. — Prision de los conspiradores. — Fallecimiento de Carlos XII.	86
<b>CAPITULO IX.</b>	Francia y España. — Ventajas de Francia. — Richelieu en la Bastilla. — Madama de Berry. — Sus retiros en las Hijas del Calvario. — Garus. — Chirac. — Dolor del regente. — La hija de la duquesa de Berry. — Fallecimiento de Madama de Maintenon. — Muerte del padre Le Tellier. — Continuacion de nuestros éxitos en España.	104
<b>CAPITULO X.</b>	La señorita de Chartres. — Causas de su retiro. — Law. — Apogeo del sistema. — El duque de Borbon. — Richelieu sale de la Bastilla. — Los gentileshombres bretones. — Concentracion de los poderes en manos del duque de Orleans. — Alberoni. — La reina de España. — Laura Piscatori. — Desgracia de Alberoni. — Carta del rey. — Destierro. — Paz general. — Los bretones. — M. de Montesquieu. — Pontcalec, Montlouis, Talhonet y Duconedic. — Ejecucion. — Caída del sistema Law. — Peste de Marsella.	111
<b>CAPITULO XI.</b>	Viage de la señorita de Valois. — Dolor de la misma. — Prohibicion relativa á la bula Unigénitus. — Lo que era dicha bula. — Dubois, arzobispo. — Mision de M. de Breteuil. — Consagracion de Dubois.	126
<b>CAPITULO XII.</b>	Estado de la hacienda despues de la caída del sistema. — Tribunal de justicia. — Venta de los bienes de Law. — Desgracia y fallecimiento de M. de Argenson. — Conti nombrado papa. — Dubois nombrado cardenal. — Enfermedad del rey. — Helvetius. — Gozo del pueblo. — Primeras ten-	

	tativas de inoculación. — Promesa de casamiento entre el rey y la infanta de España, y entre la señorita de Montpensier y el príncipe de Asturias. — M. de Saint-Simon embajador en España. — Cartouche. — Su muerte. . . . .	134
<b>CAPITULO XIII.</b>	Cambio de princesas. — Los confesores. — Entrada del cardenal de Rohan y de Dubois en el consejo. — Retirada de M. de Aguesseau. — El rey deja París para trasladarse á Versalles. — Dubois primer ministro. — El mismo y el mariscal de Villeroy. — Arresto del mariscal. — Huida y regreso del obispo de Frejus. — Dubois académico. — Muerte de Marlborough. — Consagración del rey. — Fallecimiento de la princesa Palatina. — Su epitafio. — Terremoto de Portugal. . . . .	145
<b>CAPITULO XIV.</b>	Mayoría del rey. — Madama de Pleneuf. — M. de Prie embajador en Turin. — Regreso. — Desgracia de Leblanc y de M. de Belle-Isle. — Enfermedad de Dubois. — Su fallecimiento. — Muerte del regente. — Conclusion. . . . .	158



## LUIS XV.

- CAPITULO I.** Una palabra de llamamiento sobre el joven rey. — Lo que pasó cuando el fallecimiento del duque de Orleans. — Como se nombró primer ministro á M. de Borbon. — Su origen. — Su retrato físico y moral. . . . . 167
- CAPITULO II.** La corte de España. — Felipe V abdica en favor de su hijo. — Fallece Inocencio III. — Enfermedad del rey. — Resolucion del duque de casar á S. M. — Despedida de la infanta. — Búscase una esposa para el rey. — Madama de Prie. — Su influencia. — Maria Leckzinska. — Enlace del rey. — Amenazas de hambre. — Intrigueta de M. de Borbon y Madama de Prie contra M. de Frejus. — Caída de M. de Borbon y Madama de Prie. — Madama de Prie en el destierro. — Enferma. — Fallece. . . . . 171
- CAPITULO III.** Fleury ministro de estado. — Calma general en Europa. — Fallecimientos. — El gran prior de Vendome. — Voltaire y M. de Rohan-Chabot. . . . 181
- CAPITULO IV.** Regreso del duque de Richelieu. — Fallecimiento de Madama de Nesle, del mariscal de Uxelles, del duque de Villeroy y de Adriana Lacouyvreur. — Pormenores sobre este último fallecimiento. — Rebelion de Córcega. — Nacimiento del duque de Anjou. — Victor Amadeo abdica en favor de su hijo. — Historia de Madama de Verrue. — Victor Amadeo conspira para volver á subir al trono. — Es detenido y conducido al castillo de Rívoli. —



El rey de Prusia manda detener á su hijo. — El duque de Orleans se retira á la vida privada. — El rey se convierte en jardinero. . . . . 186

**CAPITULO V.**—Estado de la corte.—Luis XV y la Reina.—Las señoritas de Charolais, de Clermont y de Sens.—La condesa de Tolosa.—Las cacerías de Rambouillet y Satory.—M. de Melun.—Conducta de Fleury.—Conspirase contra la reina.—El brindis de Luis XV.—Ansiedad de Fleury.—Madama de Mally.—La casa de Nesle.—El rey amoroso.—La timidez.—Falta de la Reina.—M. de Richelieu.—Retrato de madama de Mailly. . . . . 201

**CAPITULO VI.**—Muerte de Federico Augusto II.—Declaracion de la Dieta sobre las condiciones de eleccion.—El rey Luis XV sostiene á Estanislao.—La Czarina y el imperio presentan al príncipe Augusto, hijo del difunto rey.—Salida de Estanislao.—Su disfraz y su viaje.—Estanislao es elegido.—Un ejército ruso marcha sobre Varsovia.—Estanislao se retira en Dantzick.—Sitio de esta plaza.—Interés de Francia en tener con el norte un contrapeso al imperio ruso.—Espedicion de M. de Pielo.—Huida del rey Estanislao.—Guerra contra el imperio.—Plan de campaña de los ejércitos franceses.—Berwick y Villars.—El conde de Belle-Isle.—El duque de Noailles.—El caballero de Asfeld.—El conde de Saxe.—El rey Carlos Manuel.—El duque de Broglie.—El de Coigny.—El príncipe Eugenio.—El conde de Mercy.—Muerte del duque de Berwick y del mariscal de Villars.—Toma de Filipburgo.—Batalla de Parma.—Promocion.—Batalla de Guastalla.—Toma de Nápoles y conquista de la Sicilia, por don Carlos.—Situacion de los ejércitos franceses al fin del año 1735.—Paz de Viena.—Recomposicion europea.—Casamiento de Richelieu.—Nacimiento del duque de Fronsac.—

Alcira.—El niño pródigo.—El legado.—Las falsas confianzas. . . . . 211

**CAPITULO VII.**—Toma el emperador posesion de Parma y Placencia.—Muerte del último de los Médicis, del duque du Maine y del conde de Tolosa.—Madama de Vintimille y la de Lauraguais.—Encargo de M. E. La Tremouille.—Fallecimiento de madama de Vintimille. . . . . 241

**CAPITULO VIII.**—Muerte de madama Mazarino.—Madama de la Tournelle y la de Flavacourt.—Su espulsion del palacio de Mazarino.—Resolucion de madama de Flavacourt.—Dale el rey un aposento en palacio.—Buscan á madama de la Tournelle.—Madama de Flavacourt rechaza los homenages del rey.—Amores de M. de Agenois y madama de la Tournelle.—El duque de Richelieu favorece la inclinacion del rey para con la marquesa.—Madama de la Tournelle capitula.—Desgracia de madama de Mailly.—Ultimos momentos de M. de Fleury. . . . . 253

**CAPITULO IX.**—Luis XV declara que quiere reinar por si mismo.—Honores fúnebres tributados á Fleury.—Retrato del rey.—Estado de Europa.—M. de Belle-Isle.—Estalla la guerra.—María Teresa.—Federico II.—El elector de Baviera.—Mauricio de Saxe.—M. de Broglie.—Chevert en Praga.—M. de Maillebois.—Retirada de M. de Belle-Isle.—Guerra en Italia.—Los españoles.—Los ingleses. . . . . 265

**CAPITULO X.**—El rey quiere ir á la guerra.—Indúcenle á ello Maurepas, Richelieu, y Madama de Chateauroux.—Salida del rey.—Su escolta.—Madama de Chateauroux permanece en Paris.—Madama de Etioles.—Etapas del rey.—Marcha de madama de Chateauroux y de la de Lauraguais.—Mal efecto de su presencia en el sitio de Ipres.—Van á Dunkerque.—El príncipe Cárlos pasa el Rhin.—El rey en

- Metz.—M. de La Suze, aposentador mayor.—  
Enfermedad del rey.—M. de Richelieu.—Los tres  
partidos.—Dolor del pueblo.—El conde de Cler-  
mont.—M. de Richelieu y Luis XV.—M. de Sois-  
sons.—M. de Bouillon.—Triunfo de los enemi-  
gos de la duquesa.—Aléjase á esta, lo propio que  
á su hermana.—La reina.—Desgracia de M. de  
Chatillon. . . . . 274
- CAPITULO XI.**—Capitulacion de Friburgo.—Regreso del rey á  
París.—Entusiasmo de los parisienses.—El parto  
de la reina.—Escursion nocturna de Luis XV.—  
Entrevista del rey y madama de Chateauroux.—  
Enfermedad de esta. . . . . 287
- CAPITULO XII.**—Casamiento del delfin.—Enlázase con la hija de  
Felipe V y de Isabel Farnesio.—El duque de Ri-  
chelieu conserva la buena amistad del rey.—Feste-  
jos dados por la villa de París.—Vecinos y veci-  
nas.—El baile de la villa.—La cazadra.—Los dis-  
fraces.—Los talentos de madama de Etioles.—La  
cena de 22 de abril.—M. le Normand de Etioles.  
—La correspondencia del marido.—La del rey.—  
Vuelven las hostilidades.—Ingleses y holandeses.  
—Arresto de MM. de Belle-Isle.—Mauricio de  
Saxe.—Batalla de Fontenoy.—M. de Richelieu.—  
Campana de 1747.—Toma de Maestricht.—Espe-  
dicion del príncipe Carlos Eduardo en Escocia.—  
Batalla de Culloden.—Milagrosa huida del pre-  
tendiente.—Continuacion de sus aventuras.—El  
último de los Estuardos. . . . . 290
- CAPITULO XIII.**—Familia real.—Los sobrenombres de las hijas  
del rey.—El delfin.—Su infancia.—Halagos que  
se le prodigan.—Palabras del delfin.—Enlace del  
mismo.—Madama de Pompadour.—Despedida de  
Orry. . . . . 311
- CAPITULO XIV.**—Penuria de la hacienda.—Estado deplorable de  
la marina.—M. de Rouillé.—Sucede á M. de Mau-  
repas.—Asunto de los bienes del clero.—Edicto

de la vigésima.—El Parlamento.—Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias.—Bretaña.—Artois.—Languedoc.—M. de Beaumont arzobispo de París.—La negativa de sacramentos.—Murmullos del pueblo.—M. Berryer teniente de policía.—Tumultos.—Reorganizacion de la vigilancia nocturna.—Planes de fortificaciones y cuarteles de tropas al rededor de París.—El camino de la revuelta.—Casamiento de madama de Boufflers y de M. de Luxemburgo.—Creacion de la Escuela militar.—Nacimiento del duque de Borgoña.—Poder de madama de Pompadour.

316

**CAPITULO XV.**—Inglaterra y Francia en presencia.—Ruptura.—M. de Jumonville.—Washington.—MM. de Villiers y de Contrecœur.—Ataque de los buques franceses por la escuadra inglesa.—Declaracion de guerra.—Proyectos de Inglaterra.—Toma de Menorca por Richelieu.—Su entrada triunfal en París.—Política secular de Francia.—Proyecto de Enrique IV, de establecer una república cristiana.—María Teresa y Madama de Pompadour.—Tratado entre Inglaterra y Prusia.—Alianza de Francia con Austria.

327

**CAPITULO XVI.**—Aun el parlamento.—La negativa de los sacramentos.—El consejo.—Comision mixta.—Condenacion del obispo de Orleans.—Casacion.—Cartas patentes del rey.—El parlamento se niega á hacer justicia.—Destierro y prision.—Nacimiento del conde de Provenza.—Damiens.—El rey herido.—Arresto de Damiens.—Los guardias del rey.—El suplicio.

341

**CAPITULO XVII.** Política de Inglaterra.— Tratados con Rusia y Prusia.—Las cuatro grandes potencias.—Guerra contra el rey de Prusia.—Marcha de Federico.—Los sajones derrotados.—Levantamiento de tropas.—MM. de Rohan, de Broglie y de Maillebois.—Los aliados de Francia.—Suecia en la coalicion.—El

- duque de Cumberland.—Nápoles y España.—El Canadá.—M. de Richelieu.—Resumen de la guerra de los siete años.—Tratado de París.—Ojeada sobre el poder de Inglaterra. . . . . 350
- CAPITULO XVIII.** M. de Bernis.—Quiere abandonar la alianza austriaca.—Madama de Pompadour malcontenta.—M. de Stainville.—Choiseul.—Retrato del cardenal.—Favor de M. de Choiseul.—Se le crea duque.—Conducta de M. de Choiseul.—Madama de Pompadour y María Teresa.—Escision con los jesuitas.—La familia de los Choiseul.—Advenimiento de Pedro III.—Catalina II.—Poder ruso. . . . . 364
- CAPITULO XIX.** Asunto de la espulsion de los jesuitas.—Temor de Madama de Pompadour y de M. de Choiseul.—Los filósofos.—El parlamento.—El pueblo contra la compañía de Jesús.—Temores de Luis XV.—Vuélvase á seguir el proceso del comercio en la India.—Exámen de la constitucion de la Orden.—Dudas de Luis XV.—Escribe al general.—Contestacion de este.—Decretos de los parlamentos de provincias.—Confinacion de los jesuitas.—Fallecimientos.—Los principes.—Madama de Pompadour. . . . . 370
- CAPITULO XX.** El delfín.—Sus últimos momentos.—María Josefa de Saxe, delfina.—Favorece esta á M. de Aiguillon.—Su taza de chocolate del 1.º de Febrero.—La delfina dice al rey que está envenada.—El contraveno.—Muerte de la delfina.—Rumores y clamores en Versalles.—La autopsia.—Declaracion de catorce médicos.—Turbacion de Luis XV.—Vuélvese á acercarse á la reina.—Dolor de esta princesa.—Estanislao muere incendiado.—Reúnesse á Francia la Lorena.—Muerte de la reina.—Los fallecimientos.—Los dos partidos.—M. de Choiseul y de Aiguillon. . . . . 377
- CAPITULO XXI.** El conde de Lally-Tollendal, gobernador de las posesiones francesas en la India.—Su proceso.—

Su ejecucion.—Las nupcias del verdugo.—El hijo del sentenciado.	384
<b>CAPITULO XXII.</b> Córcega y la república de Génova.—Pascal Paoli.—El conde de Vaux somete la isla á la Francia.—Nacimiento de Napoleon Bonaparte.—La Señorita de Lange y M. de Lauzun.—El conde Juan Du Barry.—Negociaciones con la futura favorita.—Historia de Juana de Vauberdier.—Es luego condesa Du Barry.—Cristian VII en Paris.—Proyecto de casamiento para el delfin.—Maria Antonieta de Austria.—Su educacion.—Llegada de la jóven archiduquesa á Francia.—Funeslos presagios.—Madama Du Barry y la futura delfina.—Festejos del casamiento.—Siniestro suceso.—Retrato de la delfina.—Solicitud del rey.	399
<b>CAPITULO XXIII.</b> La corte de la delfina.—La señora Eliqueta.—Las corridas de asnos.—M. de Choiseul y M. de Aiguillon.—M. de La Chalotais.—Asunto del parlamento de Bretaña.—El parlamento de Paris.—Trono de justicia.—El canciller Maupeon.—Retrato de Carlos I.—Intrigas de la corte.—Salta Choiseul! salta Praslin!—Popularidad del ministro desterrado.—El abate Terray.—Oposicion de los parlamentos.—Proyecto de golpe de estado.—Destierro del parlamento.—El parlamento Maupeon.	410
<b>CAPITULO XXIV.</b> Política del duque de Aiguillon.—La casa de Austria.—M. de Vergennes.—Repartimiento de la Polonia.	421
<b>CAPITULO XXV.</b> Caducidad del rey.—La prediccion.—La salud de M. de Chauvelin.—Su fallecimiento.—Pavor del rey.—Corrupcion de la sociedad.—Las calaberradas del duque de Fronsac.—Aventuras del marqués de Sade.—Un rasgo de caridad del autor de Justina.—Las pastillas del marqués.—Sencillez de un prelado.—Los gluckistas y los piccinistas.—Los cuarenta dias.—La hija del molinero.—Las viuelas del rey.—El duque de Richelieu y los obis-	

pos.—Despido de la favorita.—El rey se confiesa.—Progresos de la enfermedad.—Terror en el palacio.—Últimos momentos de Luis XV.—Desierro de Madama Du Barry.	427
<b>CAPITULO XXVI.</b> Ojeada retrospectiva sobre la historia del siglo XVIII.—Influencia de las mugeres en los negocios generales de Europa.—Madama de Maintenon.—La princesa de los Ursinos.—La de Parma.—Maria Teresa.—Madama de Pompadour.—Catalina II.—Estado político de Europa cuando el fallecimiento de Luis XV.—Roma.—Austria.—Inglaterra.—Rusia.—Prusia.—Suecia.—Dinamarca.—Turquia.—La casa de Borbon.	444
<b>CAPITULO XXVII.</b> Política de la monarquía absoluta.—Abalimientto de la casa de Austria.—Accion funesta del gobierno de Luis XV.—Decadencia de la nobleza.—Las cortesanas.—El parque de los ciervos.—Corrupcion general.—Libros infames.	458
<b>LOS FILÓSOFOS.</b> Voltaire, de Alembert y Diderot.	467
<b>FRACMASONES, CABALLEROS DEL TEMPLE É ILUMINADOS.</b>	486
<b>HISTORIA DEL HOMBRE CON MÁSCARA DE HIERRO, SEGUN LOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS.</b>	507



# PLANTILLA

PARA LA

## COLOCACION DE LAS LÁMINAS.



El Regente . . . . .	6
El abate Dubois. . . . .	44
Jacobo III salvado por Madama l'Hospital. . . . .	56
Recepcion de Pablo I. . . . .	80
Arresto de la Duquesa du Maine. . . . .	102
Luis XV. . . . .	167
La reina Maria Leclzinska. . . . .	175
Estanislao rey de Polonia , abandona Dantzick. . . . .	219
Huida de Estanislao rey de Polonia. . . . .	227
Batalla de Fontenoy . . . . .	299
Madama de Pompadour. . . . .	314
El mariscal de Saxe. . . . .	324
Asesinato de Jumonville. . . . .	329
La condesa Du Barry.. . . .	402
Choiseul. . . . .	416

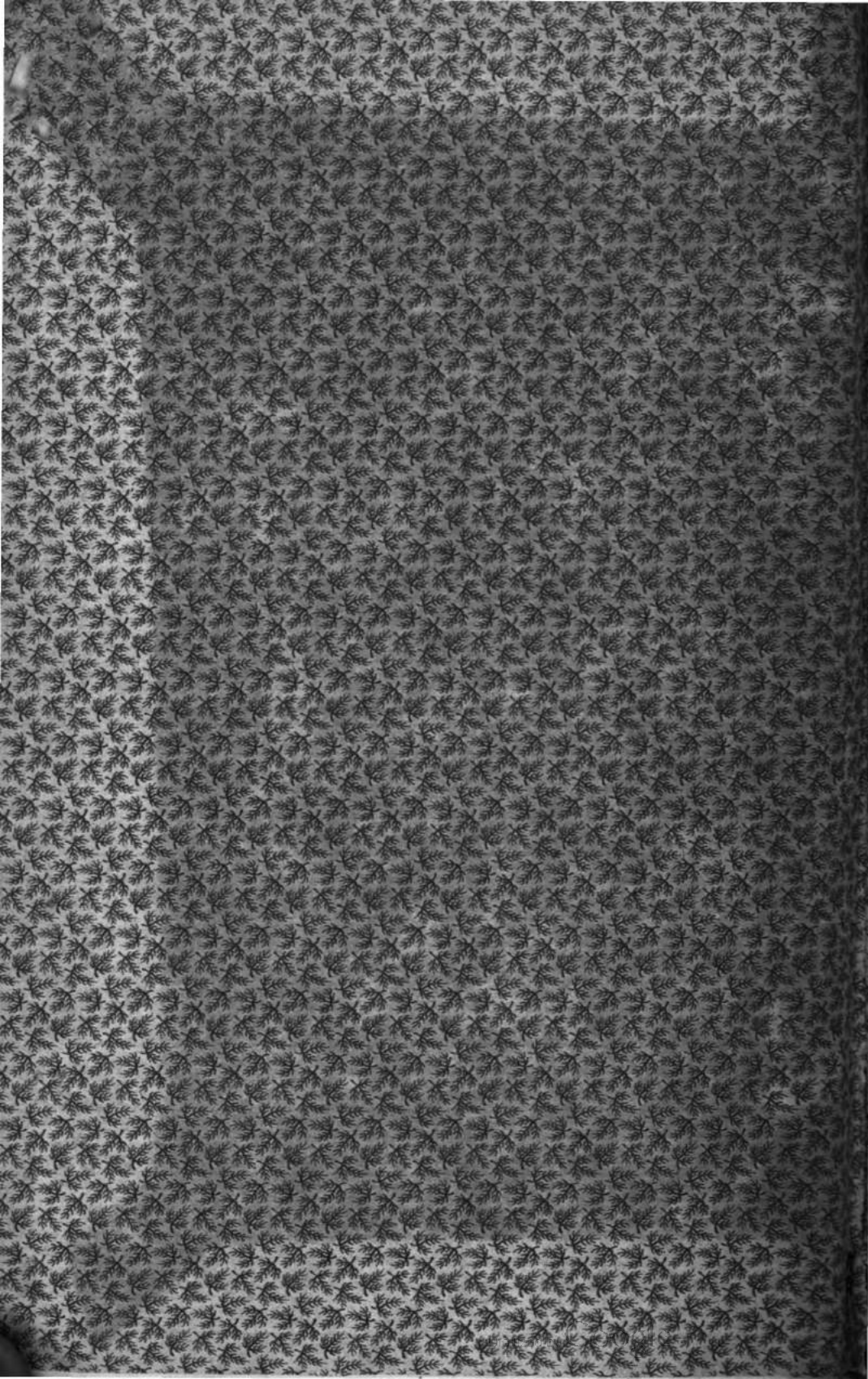




80

196324

8514T (Dun)-6



BIBLIOTECA CENTRAL

83-8<sup>u</sup>

310

BIBLIOTECA



Digitized by 1001

Digitized by Google

